

SIN TITULO

Capítulo I

Justo cuando la puerta del ascensor se cerraba, un sospechoso silencio se adueñó del ambiente de la oficina. Todo el personal de mantenimiento había acabado su jornada, después de que secretarias, directores de departamento, comerciales y el resto de habitantes cotidianos de la empresa hubiera, mucho antes, abandonado el edificio también. Ya no quedaba nadie, excepto los 55 años del fundador de la compañía, que después de verla crecer y subrayar beneficios tras 30 ejercicios fiscales, aún seguía pensando en ella día y noche, desde su despacho en el último piso del inmueble.

En realidad, sus pensamientos daban paso a largas exposiciones que en forma de documentos internos llegarían por la mañana a decenas de sus empleados y también al consejo de administración. En esta ocasión, su pluma estaba decidiendo sobre algo que molestaba en esferas para él desconocidas, de maneras que para él no serían sino extrañas interconexiones de hechos más allá de su entendimiento. No es que disfrutara estando allí, pero el momento en que, al final del día, quedaba a solas con su empresa, como el primer día que la fundó, le hacía sentir más joven, satisfecho y en paz. Quizá orgulloso.

Pero aquella noche, el silencio olía a veneno, a peligro. Los pasillos dejaron de hacer su inaudible sonido habitual que otras veces llenaba de normalidad el ambiente y toda la planta del edificio, incluidas las cosas que en ella había, parecían estar esperando algo. Era como si los objetos hubieran dejado de respirar y las paredes hubieran perdido el aliento y estuvieran embriagadas por la ansiedad por que sucediera ya de una vez lo que hubiera de pasar, si era deseo de no se sabe quién.

La campana del ascensor sonó una vez tras las puertas del despacho del cabal hombre de negocios, helando por un momento su sangre. Trató de calmarse; sería la jefa de mantenimiento, apresurándose a buscar algún objeto olvidado.

- ¿Mary Anne?. ¿Es usted? – le lanzó al silencio. Tantas noches de trabajo insistente le habían servido para labrar una relación distante pero cariñosa con aquella mujer, que tan bien le trataba a él y tan mal al resto de sus empleadas. Alguna vez había pensado incluso que, una vez muerta su esposa años atrás, Mary Anne era su mejor suplente, una especie de esposa prohibida que le decía cada noche que se cuidara, que trabajara menos, que se fuera a casa. En realidad, lo hubiera hecho gustoso si allí le esperara una mujer como ella.

Y ojalá hubiera aquella considerada mujer contestado tras las puertas de su despacho, desde el pasillo, exclamando las negligencias de Dios para con su memoria, o con su vida, que tales eran sus preocupaciones diarias. Pero ninguna mujer contestó tras la puerta.

En su lugar, nuestro encorbatado apenas pudo escuchar el chasquido de un encendedor en el pasillo, y poco después el apretarse de un cierre de bolso de mujer. Parecía un encendedor fino, de estilo femenino, invisiblemente elegante y quizá dorado. A continuación, unos pasos de zapato comenzaron un in crescendo en dirección a la puerta del despacho, a cuyo lado contrario un corazón palpitaba deprisa a medias entre la curiosidad y el miedo. Rápidamente, él mismo abrió un cajón de su mesa, se hizo con un revólver de pequeñas dimensiones, por supuesto descargado, y lo empuñó en el interior del cajón, como rezando por no tener que hacer más que eso, mientras los zapatos cobraban personalidad acercándose.

Hasta que se detuvieron.

Tan pronto como la puerta empezó a abrirse sin permiso, un humo delicioso comenzó a invadir el tradicional estilo del despacho, con sus paredes en madera negra, y a volver el interior de materia onírica, y gaseosa, o eso le pareció a nuestro tembloroso hombre armado, incapaz de reconocer su propio lugar de trabajo. Una Mujer de altura para nada describible como menuda entró desobediente, pero preciosa, en el habitáculo, y sin mediar frase ninguna procedió a cerrar las puertas con un cuidado inusitado ante la mirada descompuesta del canoso individuo aún sentado tras la mesa. Estilizada y autónoma, su semblante recordaba por sus cabellos rubios al estilo de hace ya demasiados años, cuando el pelo se arremolinaba sobre sí mismo al caer sobre los hombros y el cuello de las damas de los años treinta. Era la chica mala de un gángster, mal criada y de mirada desafiante. Su escote marcaba los límites de un vestido en color blanco que se arrugaba hacia el insinuante espacio entre sus senos, donde todo quedaba sujeto por un broche redondo y dorado con adornos brillantes. El mismo recorría sus piernas siéndoles fiel de tal modo que el andar de aquella mujer se le antojó a nuestro hombre, único y sofisticado. Y todo el conjunto cobraba personalidad gracias a unos labios rojos demasiado tópicos para ser descritos sin perder la dignidad de escritor, unos guantes negros hasta medio brazo y un cigarrillo sostenido con desprecio y elegancia en lo más alto de un brazo apoyado por el codo sobre la cintura. Otro detalle cautivó la atención de la escena: una cinta negra de un dedo de anchura ceñida sin holgura al cuello de tan magnífica dama, en terciopelo, de donde colgaba una pequeña ficha redonda de oro puro. Sobre ella, nada inscrito.

- Señor... Francisce, ¿puedo llamarle Laurence? – Su boca se movía lo justo, dejando retadoras pausas y dibujando trayectorias sensuales en su propio quehacer. Las palabras sonaban como el más cautivador de los discursos, tentadoras y llenas de fatalidad.

Que aquella mujer supiera tan bien lo que tenía que hacer o que conociera incluso su nombre de pila no turbó tanto a nuestro hombre como el hecho de preguntarse qué estaría haciendo aquella mujer de la cinta negra alrededor del cuello en su despacho, porque había venido hasta allí o qué tenía que decirle. ¿Y de qué año se había escapado?. De lo que estaba seguro es de que algo diabólico giraba en torno a aquella irresistible dama de primeros de siglo.

- Señorita, no sé cómo ha llegado hasta aquí pero debo pedirle que abandone... – La frase estaba tomando una dirección que le sonaba familiar, cuando decidió cancelarla y reaccionar como la situación merecía. - ... ¿me conoce usted? – dijo cambiando el gesto de frío a extrañado.

La rubia hizo una pausa para dejar que sus labios dejaran escapar una bocanada de humo que a Laurence le supo a influencia divina y se acercó algo más a la mesa del despacho. Sus botas no hacían ahora ruido alguno al trazar la equilibrada trayectoria del más exquisito andar sobre la alfombra que cubría todo el piso de la habitación. De hecho, tan mullida plataforma, el negro oscuro de la madera que les envolvía y la decoración clásica casi a la par que las formas de la dama del cigarrillo convertían a aquel en el ambiente más acogedor que se pueda concebir, aunque Laurence aún apretaba su revólver con la mano en el cajón, a escondidas.

- Puede llamarme Chase, si lo desea. Aunque en realidad, no sé si le resultará de utilidad saberlo – dijo desafiante, sin atender la curiosidad de él. – Usted no puede hacer preguntas, señor Francisce, sólo podrá escuchar lo que tengo que decirle -. El Sr. Francisce relajó su mano y dejó de nuevo el revólver en el fondo del cajón. No parecía que fuera a necesitarlo.

- No sé de dónde ha salido usted, señorita – se levantó de la silla y señaló con su dedo a la dama-, pero si cree que puede hablarme de esa manera le ruego se vaya inmediatamente, a menos que quiera que llame a la policía.

- Oh, vamos, puedo desaparecer tan rápidamente como he llegado. No pensaré que vendría a verle sin pensar en todo, ¿verdad? – dijo mientras dejaba el bolso en la mesa, se llevaba el cigarrillo a la boca y sosteniéndolo así comenzaba a aflojar la corbata del Sr. Francisce por encima de la mesa. Éste estaba demasiado aturdido, no podía manejar la situación quizá por la enorme sorpresa que le causaba no sólo cada frase de aquella inquietante mujer fantasma sino también cada uno de sus actos. Su voz le tenía totalmente cautivado. Desde luego no era la mujer con la que soñaba cada noche, pero no consiguió encontrarle defecto para justificar un rechazo, así que dejó que aquellas manos terminaran de deshacer el nudo.

La mujer le empujó sutilmente por el pecho y le hizo sentarse nuevamente, dio la vuelta a la mesa y se colocó justo al lado de su silla, la misma contra la que se apretaba al cuerpo débil del Sr. Francisce, como intentando desaparecer atravesando el respaldo y no volver a saber nada de la dama. Quizá ese deseo le embargaba de tal manera que le impedía pensar con claridad.

- Verá, Sr. Francisce, hay algunas personas preocupadas por algo que ocupa su atención. Me envían para... expresarle sus puntos de vista y asegurarme de que todo queda... claro.

Sus palabras discurrían lenta y misteriosamente por sus labios, con un tono mafioso de acabado refulgente e irresistible. Comenzó a quitarse, con mucho cuidado, los guantes negros, desnudando unas manos largas y brillantes, las manos de una burguesa de nacimiento.

- Pero ¿quién es usted? – dijo con tono por primera vez sereno.

- Saberlo le haría mal, Sr. Francisce – dijo apagando el cigarrillo en el cenicero del escritorio-. Pero sepa que no ocurrirá nada malo si sigue los consejos de ciertos señores en cuyos nombres le hablo. – Chase se colocó tras la silla y comenzó a acariciarle de arriba abajo el rostro con su mano derecha-.

- Verá, he sido enviada hasta usted para preguntarle... qué le parece el trabajo realizado por el Sr. Copestone en el caso de la Orange Coast.

- Eso es confidencial y creo que lo sabe, señorita... – dijo, esperando que ella terminara la frase.

- ¿No le gusta Chase, Sr. Francisse?. Seamos serios. Usted sabe que conozco muchos detalles sobre lo sucedido, y he venido a hablarle a usted sobre ello – su tono se cobró más puntos en la escala de sensualidad, mientras comenzaba a desabrochar desde detrás de la silla los botones de la camisa de un confundido señor Francisse incapaz de poner fin al bailoteo de los dedos de aquella resabida mujer.

- Diga de una vez lo que tenga que decir... Chase. – Su voz había perdido determinación-

- ¿No cree que es mejor disfrutar las cosas ... poco a poco?. No soporto la frialdad de los negocios, ¿sabe?. Pero... como prefiera – La camisa estaba ya totalmente desabrochada, y Chase comenzó a hacer girar la silla hasta tenerle de frente, mirándola, o mejor, esforzándose por mirar sus ojos y nada más, aunque sabía que así se perdía la imagen dichosa de Chase, a quién deseaba tanto que no reparaba en sus palabras.

Pero antes de pronunciar palabra, las manos de ésta se posaron sobre ambos lados de sus muslos y comenzaron a levantar su vestido. Lo hacía con exquisita suavidad, lentamente, aunque los ojos de él estaban enfrascados en una mirada intensa con los de ella y tardaron unos segundos en descubrir cómo las piernas hermosas, contorneadas como procedía a una mujer de capricho y de sorprendente aparición, iban descubriéndose ante él. Le encantó comprobar que unas medias blancas enfundaban todo el camino de cuanto aquella mujer le enseñaba casi sin esfuerzo.

- Mire, Copestone es un buen hombre.

- No lo sé, si la prensa no hubiera perdido repentinamente el interés por la auditoría realizada por Copestone a la Orange Coast, habríamos sido denunciados, hubiera sido el fin de la compañía. Le quiero fuera de mi empresa lo antes posible, Chase.

Pronunció la última palabra con dicción distraída, ya que las manos de Chase subían ya por encima de sus rodillas. La visión embujaba sus manos y les adjudicaba el espontáneo deseo de acariciar aquellas encantadoras piernas. La luz cálida del interior del despacho las iluminaba con misterio regalando suaves reflejos entre blancos y naranjas, mientras Chase...

- SHHHssss... está haciendo cosas importantes; creemos que merece continuar. Y así queremos que suceda, Sr. Francisse.

- Pero ¿quiénes son ustedes, Chase?.

- Sólo he sido enviada junto con todo lo que ve de mi para hacerle llegar este mensaje. Mi misión consiste en que usted lo tenga todo claro – decía, sabiendo que sus manos habían subido ya lo suficiente para que la mirada de Francisse alcanzara a ver el encaje superior de las medias, y en su borde la pinza del ligero que a todas luces ahí se escondía, tras los pliegues del vestido. Los muslos de ella no tenían igual en la mente de Laurence, que sudaba ya odiando lo que oía y esperando impaciente por que las incontestables y caprichosas manos de Chase le dejaran ver un poquito más. Pero en su mente se tejía ya el conflicto:

- Dígame, Sr. Francisce, ¿seguirá Copestone en su compañía? – dijo mientras flexionaba y adelantaba una de sus piernas entre las de él. La respuesta tardó en llegar. Un suspiro con anhelo de jadeo fue lo primero que salió de su boca, y después:
- Chase, yo estoy... No sé.

Chase se acercó aún más a él, abrió las piernas y se deslizó sobre el regazo de Laurence, con sus piernas flexionadas y apoyadas sobre la silla. Estaba sentada de rodillas, con una pierna a cada lado, sobre sus pantalones. Ahora Laurence podía sentir todo su espacio personal invadido y sentía el aliento de Chase tan cerca, al igual que su pecho, que era imposible resistirse.

Sus manos se lanzaron de improviso y en contra de su voluntad a cada una de las piernas de Chase, que rápidamente lo abofeteó tan fuerte como pudo, alcanzó una minúscula pistola de su bolso sobre la mesa y lo empuñó sobre el cuello de Laurence, que tenía las manos en el aire como si hubiera tocado algo prohibido.

- ¿Qué quieres de mí? – dijo Laurence, derrotado.
- Entonces, ¿seguirá Copestone en su compañía? – repitió.
- ¿Será usted mía, Chase?.
- Depende de usted. Dígamelo.
- Está bien, ¡aunque no sé qué se traen entre manos usted y los hombres que le enviaron!. ¡Por mí pueden irse todos al infierno!.
- Yo soy su mensajera, su contacto, Sr. Francisce. Cumpla su palabra y volveremos a vernos.

Lo dijo con tanta frivolidad que Laurence no tenía claro si había sido su frase, su estupenda y breve sonrisa o la rapidez con que las medias se habían rozado suaves e imparables con sus pantalones mientras Chase se bajaba de encima de él dejándole sentir un frío sobre sus piernas algo desolador y la duda sobre si había cerrado un buen acuerdo.

- Estaré cerca de usted - amenazó, al tiempo que se arreglaba el vestido. Laurence pensó que era un gesto divino, un desprecio irrenunciable por su parte. Aquella mujer superaba sus expectativas de tal manera que en el fondo no creía sus palabras de promesa, de encuentro, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?.

El bolso voló por el aire enganchado al codo de la dama que con el mismo andar erótico con el que entró atravesó la puerta del despacho y desapareció por el pasillo.

Laurence quedó con el torso desnudo, intentando ofrecer una explicación a lo sucedido, buscando la manera de justificar su decisión de una manera que no fuera el miedo o el deseo. Copestone. Sí, era el trato. Tenía que continuar en la empresa... no sólo por el terror de estar siendo vigilado por quiénes le superaban en número y poder, sino también por alimentar la esperanza amarga de encontrarse de nuevo con Chase. Ahora recordaba sus rizos, hacía tan sólo un segundo cerca de él, como sus labios, y su cuerpo recuperaba sensaciones olvidadas desde hacía años. La imagen de su esposa no era sino un reproche silencioso en forma de recuerdo que se empeñaba en apartar por salud mental. ¿Qué otra cosa podría hacer más que concederse al trato?. ¿Volvería a verla?.

Capítulo II

El problema de aquella falda de estilo de entreguerras era la dificultad para moverse, especialmente si había de hacerse en silencio y con celeridad, pero Chase había aprendido después de utilizarlo con éxito en docenas de ocasiones a recoger el vestido en el momento justo y en un par de zancadas doblar esquinas de la manera más impredecible. Sabía que el esfuerzo merecía la pena: la sorpresa de su víctima al encontrarla con semejantes prendas aumentaba la sensación de confusión y podía conseguirse cualquier cosa de cualquier hombre. O al menos eso pensaba, lo que quizá también era otra herramienta en su favor.

Se acercó sin hacer ruido a la puerta de la parcela en cuyo centro se situaba su casa, una casa blanca de tres pisos de alto que en realidad estaba prácticamente vacía por no haberse construido los suelos que dividieran la altura en los tres pisos reglamentarios. Al abrir la puerta, la inmensidad de una gran habitación gigantesca con las luces encendidas le dio la bienvenida. En el centro, una alfombra marrón sostenía un par de sofás, una mesa baja y un prometedor ficus algo desmejorado a la vista por la luz artificial. Las botas del mismo antiguo y provocador atuendo marcaron los pasos resonando en las altas paredes y techos hasta que la trayectoria atravesó la alfombra, momento en que Chase se sentó en el sofá, alcanzó el teléfono sobre la mesa y dejó el bolso a su lado. Marcó un número de teléfono:

- Mil trece – dijo. Y tras una pausa: - Sí, creo que sí. Una visita más y estará asegurado.

A continuación colgó el teléfono, y se durmió en el sofá.

Hacía tan sólo unos meses que había ingresado en La Sociedad, pero habíale encontrado los resortes rápidamente. Como mujer, siempre había sospechado que su facilidad para la seducción se convertiría seguro en una de sus mejores armas y en atajo para el éxito, aunque siempre había imaginado el camino a través de horas de trabajo en oficinas y despachos, realizando tareas de responsabilidad en alguna empresa de éxito. Ella sabía que la vida no tenía más misterios que los hombres, y que los de éstos le eran claros y fáciles de determinar, y acertó al soñar que su camino pasaría sobre ellos.

El sueldo era francamente inmejorable. Daba para poseer una enorme casa con todos los caprichos que pudiera desear, aunque también existía una enorme lista de concesiones personales. La casa, por ejemplo, no podía estar situada en el centro de la ciudad, sino fuera de ella, donde pudiera llevar una vida al margen de la vida. Sus apariciones en público debían corresponder casi totalmente con sus actuaciones profesionales: rápidas, certeras y fugaces, lo que impedía prácticamente mantener relaciones de ningún tipo con las demás personas. Sus contactos se ajustaban estrictamente a los del manual de trabajo. No obstante, Chase se había acostumbrado a esta vida sin demasiados problemas, quizá porque no tuvo relaciones personales a las que renunciar ni personas a las que no volver a ver, ya que era una mujer muy autónoma. De hecho, aunque no estaba segura de poder trabajar así por siempre, se sentía satisfecha.

Su trabajo era de precisión, aunque de materia social, y de gran responsabilidad. Los fallos podrían tener repercusiones impredecibles tanto para ella como para las personas

con las que trabajaba e incluso para la propia Sociedad a quién servía. Poco se le había revelado sobre ésta y su funcionamiento, excepto que se trataba de una colectividad de normas secretas y de corte principalmente masculino. Chase sabía que sus misiones le eran encomendadas por una sociedad de hombres de éxito instalados en cargos desconocidos a lo largo de todo el país y por muy diversas empresas. Sabía también que los socios de esta agrupación intercambiaban favores los unos entre los otros al margen de la ley, por encima de toda consideración externa a la Sociedad. Y por último conocía bien su lugar: una ejecutante.

Las ejecutantes eran mujeres endiabladamente atractivas o aprendiendo a serlo, entrenadas por la Sociedad individualmente, remuneradas generosamente, cuya función era ejecutar misiones puntuales encomendadas a través del teléfono. Cuando la Sociedad necesitaba realizar una intervención para persuadir a un hombre se escogía a una de ellas según el mejor perfil y se le enviaba al lugar en cuestión con la información mínima imprescindible para llegar, actuar, asegurar el éxito y desaparecer a la mayor brevedad. Eran como una fuerza de actuación inmediata y precisa con la peculiaridad de que actuaban absolutamente solas, sin contacto ninguno entre ellas ni con la Sociedad ni ningún individuo de ésta.

Oficialmente, la Sociedad no existía, ni mucho menos ninguno de sus socios. Y, en realidad, incluso para una ejecutante aventajada como ella y a juzgar por la escasa información que tenía sobre su funcionamiento, era como si de veras existiera sólo a ratos.

La claridad se colaba sin esfuerzo a través de los enormes ventanales situados en la parte más alta de una de las paredes del gran salón. Éstas, de blanco impetuoso, reflejaban la luz de un lado a otro hasta convertir el interior de la casa en una extensión del jardín. Lo cierto es que cuando el efecto estaba en todo su apogeo, aquella geometría perdía rápidamente todo indicio del ambiente acogedor de sus noches.

Chase empezaba a bautizar como cada mañana los objetos de su alrededor intentando concienciarse de la importancia de abandonar el duermevela. No tardó en levantarse y dirigirse a una de las esquinas del gran salón, donde una pared delgada separaba una improvisada cocina del resto del espacio diáfano de la enorme habitación. No era mujer de desayunos, así que abrió la nevera y sacó un brik de zumo de naranja que estaba por la mitad, y mientras se paseaba de nuevo por el salón recogiendo sus cosas dejadas anoche según llegaron precipitadamente, iba dándole tragos al zumo y dejando el brik por cada esquina de la casa.

A la altura del segundo piso, un saliente en la pared con una barandilla alrededor, soportaba una cama. O mejor dicho, se adivinaba la presencia de una cama, totalmente oculta por una enorme cantidad de atuendos y trajes, cada uno de un estilo diferente, que cada día repasaba tratando de escoger el más adecuado para cada misión. Subió hasta allí y comenzó a quitarse su última elección, la que le sirvió para reducir al Sr. Francisce. Sabía de él que era un hombre maduro con ideas ciertamente conservadoras, así que sospechó, y ahora sabía que acertadamente, que las sugerencias de perversiones del pasado, léase en forma de moda del ayer, resultarían irresistibles para él. Siempre trataba de averiguar el máximo sobre las personas que tenía que trabajar, aunque los

mandatos de las misiones cada vez eran más breves y menos expositivos. A veces, un nombre y una cantidad era todo lo que se le ofrecía.

Primero dio un trago al brik de zumo y a continuación comenzó a quitarse el vestido blanco con el broche a la altura del pecho. Su cuerpo lucía esplendoroso adornado con las prendas íntimas de las mujeres de los años 30 que, aunque a Chase le resultaban bastante incómodas a decir verdad, en el espejo ella misma se sorprendía del efecto. A continuación se desabrochó el sujetador blanco que había quedado al descubierto, de dimensiones grotescas para la mirada actual, aunque del todo femeninas para la liberada mujer de la Iª Guerra Mundial. Le resultaba difícil identificarse con las trabajadoras, siquiera con las esposas de los comerciantes o burgueses de la época. Aquella ropa le seducía a ella misma, pero le parecía que pertenecían a un estereotipo que nada tenía que ver con ella. Colocó la prenda sobre el vestido sin que perdiera la forma... su forma. Se sentó sobre la cama y desabrochó las pinzas del ligero que las mujeres de entonces vestían inmenso. En realidad su origen era la atrofia a la que fue sometido el corsé después de que las mujeres fueran llamadas a trabajar y hubiera de abandonar dicha prenda de confesado ocio. El deseo de no renunciar a su clase les llevó a mantener el espíritu del corsé reducido hasta lo que hoy consideraríamos una pequeña falda de la que colgaban las pinzas que sujetaban sus medias. Deslizar éstas por sus piernas de ensueño fue el siguiente paso, y después deshacerse del ligero.

Recogió de un cajón abierto unas prendas deportivas sucias y abandonadas así desde el día anterior que decidió ponerse rápidamente. Se bajó la prenda más íntima de las mujeres del período de entreguerras tan rápido como pudo y la dejó sobre el vestido. Su cuerpo desnudo se asombraba de su propia perfección y se veía magnífico ante la alegre y pueril luz de la mañana. Pensó fugazmente en el Sr. Francisce. Sólo un momento. Se acordó de desabrocharse la cinta negra con la plaquita en oro que aún lucía alrededor de su cuello y se sintió aliviada. La dejó sobre una pequeña mesita al lado de la cama. No tardó en enfundarse los shorts y la sudadera y se dirigió hacia la puerta.

No es que hacer ejercicio fuera una necesidad de Chase en absoluto, cuya belleza era el pilar más fuerte de su persona y también el más incorruptible, pero la vuelta de cada mañana suponía una excusa no desdeñable para salir al exterior y fingir normalidad. Los vecinos también fingían normalidad, como si la consideraran una vecina corriente, aunque todos sabían que algo extraño sucedía en su vida.

Pero el verdadero motivo del footing de esa mañana se debía a algo especial que llevaba sucediendo desde hacía varios días. A cinco calles de distancia de su casa, Chase solía cruzarse con una mujer que llamaba su atención. En realidad era su cinta negra de un dedo de ancho, en terciopelo, lo que magnetizaba su mirada hasta que quedaba fuera de su alcance. Cada mañana trataba de fijarse un poco mejor antes de pasar de largo y fingir esa normalidad. De hecho, creía que la propia chica había empezado a notar tan periódica y focalizada atención por su cuello.

Ese día, Chase no dejaría pasar la oportunidad de satisfacer su curiosidad. Salió a la calle y se puso en marcha, primero a un ritmo exigente que fue relajando tan pronto se aproximaba a la zona donde el encuentro se convertía en una auténtica posibilidad. Estaba a sólo unos metros de la cinta de terciopelo, o eso pensó, así que redujo el ritmo y recuperó el aliento. Quería estar lúcida para el encuentro.

Pocos metros después, Chase dobló la esquina que le dejaría en la acera donde cruzarse con la cinta negra de terciopelo. Se atusaba el pelo y se preparaba para el encuentro, cuando descubrió que la realidad se le había adelantado:

La mujer de la cinta negra estaba a menos de un par de metros de ella, parada en la calle, mirándola directamente a los ojos. La estaba esperando.

- ¡AHHH! – gritó Chase, que no pudo asimilar la tensión de verse descubierta, y se quedó inmóvil mirándola a los ojos.

Pasaron unos segundos tan tensos que Chase dejó de respirar por vergüenza, como si no fuera digno de la situación.

- ¿Qué! – preguntó por fin Chase fingiendo no saber porqué se miraban tan fijamente.

- Qué – contestó la mujer de la cinta. Tenía una voz tímida, lo que desconcertó a Chase por no encontrarlo coherente en una mujer capaz de tramar aquel encuentro.

Los segundos pasaban y ambas hacían un grave esfuerzo por no moverse y por encontrar la manera de poner fin a la situación.

Chase reaccionó. Se señaló su propio cuello con el dedo varias veces mientras miraba la cinta negra de la mujer que le estaba analizando cada movimiento, cada facción.

Ésta asintió con la cabeza y los ojos casi inadvertidamente.

Chase no sabía qué hacer. La cinta era la misma, sí, y el colgante de oro hubiera sido demasiada casualidad. Además, el gesto de aquella mujer le sugería una gran complicidad. Estaba segura de que formaban parte del mismo bando, pero el riesgo a equivocarse y descubrir su naturaleza de ejecutante podría no sólo levantar sospechas entre el vecindario, sino también poner en peligro su trabajo y la propia Sociedad. Decidió esperar un poco más.

Ambas sabían que algo había de ser dicho, pero... ¿qué?

- M... Mil veintiuno – creyó escuchar Chase, quién tras unos segundos de desconcierto, dejó escapar algo de aire, relajó sus facciones, dibujó una tibia sonrisa y contestó:

- Mil trece. Sí.

Se trataba de sus números de identificación. Dentro de la Sociedad, las ejecutantes no tenían identidad pues no eran bienvenidas como seres humanos ni como socios, tan sólo como fuerzas amaestradas para actuar al servicio de los intereses del colectivo. Sus presencias eran sobrantes en cuanto que seres con dignidad, de manera que se numeraban sin más. Eso, además, hacía más segura la relación con el grupo, minimizando la información que ellas tenían sobre sus informadores y contactos.

Aquella mujer que ahora trataba de sonreír, como si hubiera encontrado al único ser de su especie sobre la Tierra, era Mil veintiuno. Y así se identificarían como ejecutantes al servicio de la Sociedad.

- ¿Y tu cinta, Mil trece?

- Sólo la llevo actuando, es más seguro.

- ¿No va contra las normas?.
- Quítatela, no informaré.

Mil veintiuno dudó y se tomó su tiempo aunque al final se llevó las manos detrás de la nuca y desabrochó la cinta que acabó al momento perdida en un bolsillo del traje negro que llevaba. Era una mujer menuda, no tan delgada como Chase pensó que serían todas las ejecutantes, y llevaba ese oscuro traje con pantalones y chaqueta larga. Una camisa azul completaba el atuendo de aquella mujer.

- A las 11. En mi casa, en Bestsight Avenue, 2. O no volveremos a hablar – dijo Chase, sintiéndose ella misma de nuevo y tomando las riendas de la situación. Mil veintiuno se colocó la chaqueta como si estuviera pensando algo al mismo tiempo, introdujo una mano en su bolsillo, sacó unas llaves y desapareció sin mediar palabra por la parcela contigua a ese punto de la acera, no sin antes dedicarle a Chase una nueva mirada mientras cerraba la puerta.

Eran las 17:00 horas y Chase trataba de relajar su atención y pasear distraída por la acera del barrio pero le resultó absolutamente imposible. Su mente maquinaba y completaba con un toque de invención, un puñado de intuición y una ración completa de coherencia la información que le faltaba sobre aquella mujer y su peligroso encuentro. Había turbado la estabilidad que la adaptación a aquella vida de ejecutante le había proporcionado durante los últimos meses y no podía más que pensar en Mil veintiuno. Su encuentro atentaba arriesgadamente contra las normas de la Sociedad para el grupo de ejecutantes, pues los contactos entre ellas estaban totalmente prohibidos. Cada ejecutante arriesgaba su puesto violando cualquier norma, aunque la manera cómo eran tratadas sugería que, aunque no fuera lógico, se arriesgaba algo más que el puesto, pero nadie nunca había dicho qué. ¿Quizá estaría su vida en peligro?.

Lo que sentía de verdad era una tremenda curiosidad. La Sociedad era un ente misterioso que gobernaba en muchas parcelas de su vida a cambio de unas prestaciones laborales que hacían parecer a las de un directivo una ridiculez en pleno capitalismo, pero también era un gran misterio. Conocía su propia función en la institución, pero no el sentido general de la existencia de ésta. ¿Qué podría obtener de ella desde su posición?. Su ambición le llevó a descubrir la manera de formar parte de la Sociedad, y ahora le estaba llevando por caminos peligrosos tratando de descubrir detalles de su funcionamiento. Por otra parte, el silencio le hacía pensar que nada malo estaba llevando a cabo, dado además que sus actos no comprometían la estabilidad ni el carácter secreto de la Sociedad.

Tenía que saber más de ella, y estaba dispuesta a interrogar a Mil Veintiuno y obtener todo lo que ella hubiera averiguado. Primero tendría que ganarse su confianza, como había hecho en el pasado con otros hombres a quién sedujo para lograr favores. En realidad, Chase había sido ejecutante desde el día en que descubrió los efectos de sus gestos, sus muecas y sus sonrisas, antes de que esta colección se completara con el escaparate de su piel. Aquella mujer, aunque de otra manera, tenía que ser suya.

Ya está, había llegado hasta “Urban Disguised”, abrió la puerta y se coló hasta el mostrador de la tienda. Se trataba de uno de esos espacios marginales que quedan cuando los edificios no se diseñan correctamente. Como local tenía una forma imposible, pero a pesar de ello, Rayanne, la dueña, había creado un ambiente perfecto para una tienda de disfraces con tres barras horizontales en cada pared, puestas una encima de la otra, de donde colgaban tres filas de disfraces al alcance de los clientes. Sin duda, la mezcla de colores creaba una abigarrada progresión de locuras que el resto de mortales empleaba, previo alquiler, como acicate social para sus fiestas, especialmente las externamente inducidas por el calendario, como la excusa de Halloween: el gran negocio de Rayanne.

En realidad, Chase había encontrado otra manera de explotar su servicio, y es que los distribuidores de prendas no guardaban secretos para la experiencia de la dueña, acostumbrada a atender las más exóticas peticiones de sus clientes. Daba igual cuál fuera la prenda que se buscara, Rayanne la encontraría aunque hubiera que pedirla al más lejano y menos industrializado de los estados del país. Y sus clientes sí eran de los exigentes, solicitando atuendos imposibles con complementos que ya ni se fabricaban. Cualquier persona podía convertirse en cualquier otra en aquella tienda si sabía describir exactamente lo que necesitaba, servicio éste que a Chase le pareció imprescindible para su labor de seductora. Sabía que sus clientes se ablandaban ante perfiles femeninos que a veces poco tenían que ver con las formas actuales de la moda, de manera que tenía que hacerse con aquello que le permitiera abrir las puertas de sus víctimas y desarmar sus dialécticas. Rayanne era su salvación.

- Rayanne, ¿cómo va el día? –saludó.
- Ohhhh, mi peor clienta, ¿qué tal el ligüero modernista?, ya te dije que era una prenda insoportable – hablaba desde detrás de una pila de cajas.
- Ya me conoces – dijo con desprecio, - lo que sea por mis hombres-. Rayanne no sabía de la Sociedad absolutamente nada y por las groserías de Chase había llegado a la conclusión de que ésta vivía de las gratas carteras de hombres maduros a quienes seducía como profesión. Chase lo sospechaba pero en realidad lo consideró desde el principio una excusa espontánea que le servía para ocultar su auténtica realidad.

- ¿Ha llegado ya lo que te encargué?.
- Para una vez que me pides algo menos fatigoso, ¿crees que iba a fallar?. ¡Odio a las mujeres! – y se perdió sonriente negando con la cabeza por una puerta situada tras el mostrador. Chase se imaginaba el interior del almacén de la tienda de Rayanne como el departamento de atrezzo de una cadena de TV, el lugar perfecto para destruir la identidad, lleno de complementos, juguetes y todo tipo de caprichos de clientes aún más insoportables que ella.

- No entiendo... Me has llegado a pedir hasta cuero sadomasoquista y ya te tenía por una desviada perversa – gritaba desde algún lugar del almacén. – Pero reconozco que esto me hace corroerme de curiosidad; ya me contarás para qué lo usas, pero si me aceptas el consejo de una vendedora de disfraces... – y apareció con una caja blanca poco más grande que la de una pizza:

- ... no salgas a la calle con esto, ¿me oyes?.
- Será la primera...

- ¡¡y la última vez!!, que no quiero pensar qué más me pedirás si le coges el gusto, ¡sálvenos el señor! – interrumpió Rayanne.

Chase se acercó al mostrador y levantó mínimamente la tapadera de la caja para echar una rápida ojeada al interior. Un homogéneo color azul cielo en tono claro confirmó su presentimiento: Rayanne había vuelto a acertar. Cerró la caja, sacó unos billetes y los dejó encima de la caja.

- ¡Si pudiéramos disfrazar a éstos!, dijo recogiendo el dinero como si se sintiera culpable.

Ya se dirigía hacia la puerta cuando se detuvo y sin darse la vuelta, la rubia preguntó:

- Por cierto, ¿Qué tienes en estilo... oriental?.

- ¡Vas de lado a lado del tiempo y del planeta!, acabarás con mi tienda. – Hizo una pausa y añadió en un tono derrotista y condescendiente:

– Ven dentro de una semana, traeré un catálogo...

Y Chase salió de la tienda.

10:30 de la noche y Chase estaba delante del gigante espejo situado en una pared en el segundo piso, junto a la cama desaparecida bajo cajas, ropas y plásticos que envolvían más ropas. Por una vez, su ropa interior, lo único que llevaba puesto, se correspondía con su época y el blanco inexpresivo de sus telas se reflejaba en el espejo construyendo la imagen de un cuerpo sobre el que diseñar la mujer que fuera necesaria. Levantó del todo la tapadera de la caja blanca de la tienda de Rayanne y la dejó caer por el otro lado de la cama donde se reunió con otras cajas de encargos del pasado. En su interior, tres prendas envueltas en plástico lucían la virginidad de no haber sido nunca estrenadas. Chase sacó la primera de ellas y la sujetó a la altura de sus ojos con las dos manos. No era sino un jersey de color azul claro de hilo demasiado cursi para ser descrito de otra manera. La siguiente bolsa contenía una falda de color azul pueril y lisa que calculó que le taparía hasta las rodillas. Por último, de la caja salió una camisa de un color blanco tan higiénico que sólo la idea de combinarlo con el jersey y la falda producía la terrible visión de un claro símbolo del sueño americano en su perversión más inmediata: el producto de una clase media acomodada que en sus hijos se traducían y representaba por el perfil del pijo. Era el objetivo, “es perfecto”, pensó Chase. Su armario necesitaba un atuendo como este para seducir a los hombres de mediana edad, quizá algo olvidados por el éxito, cuyos fetichismos hubieran tomado los caminos de la inocencia y se hubieran entregado a la búsqueda del morbo tras las finas apariencias de las niñas de papá. Menudo reproche para ese sueño americano el que se escondía tras las intenciones de Chase.

Tomó la falda y se la subió por las piernas hasta la cintura, donde la abrochó con un cierre pensado para las manos de una niña. Afortunadamente, las medidas de la modelo habían sido diseñadas según el trabajo que iba a realizar, y aquella operación de ambientación no era problema para su figura. La falda era casi la de una adolescente real. Tomó a continuación la camisa y tras despojarla de anclajes y alfileres se la puso con todos los botones. A continuación, sobre ella, se enfundó el jersey. Dejó los puños de las mangas sobresalir resplandecientes en los extremos de sus brazos, y la parte inferior de la camisa caer sobre la falda, por fuera. Sí, era el look inconfundible de una adolescente de reluciente menstruación recién estrenada y mirada curiosa pero

inexperta, sin olvidarnos del toque antipático de una pija en plena exposición de sus ideas. Era perfecto.

De repente sonó el timbre de la puerta.

Chase miró el reloj:

- Oh, no...- y comenzó a arrancarse la ropa a toda velocidad. Atrapó casi por casualidad una bata de seda roja brillante y se la puso mientras bajaba corriendo las escaleras hacia la puerta. No podía ser otra persona que su cita prohibida, aunque en realidad había llegado a creer que con toda seguridad no aparecería.

Abrió la puerta:

- Adelante, siéntate donde quieras.

- Gracias, pero es importante que vengas conmigo. Tenemos que salir. – dijo mientras entraba sólo unos metros en la casa.

- ¿Por qué? – preguntó Chase cerrándose las solapas de la bata, pudorosa, o pretendiendo mostrar corrección.

- No soy la única, ¿sabes?. Lo que hablemos no tendrá sentido si no conoces a las demás.

- ¿ejecutantes?

- Debes vestirme, tenemos que ir.

Mil Veintiuno miró a Chase, sonrió tímidamente y añadió mientras se dirigía al sofá en el centro del gran salón:

- Te esperaré aquí... y abrígate, ¿quieres?.

Chase estaba confundida. No esperaba aquello. ¿Una comunidad secreta de ejecutantes?. Aquello se le antojaba la herejía mayor del código de la Sociedad, pero aquella mujer hablaba con cierta seguridad, como si no fuera nada reciente. Parecía que había estado perdiéndose parte de todo lo que sucedía a las ejecutantes. Por un momento se sintió herida, mas pronto reunió la energía: lo veía como un reto y sobretodo como una gran fuente de información sobre la Sociedad. Ellas sí podrían informarle de todo.

Subió las escaleras mientras se iba deshaciendo de la bata. Mil veintiuno podía ver desde el sofá cómo se desvestía y abría el armario en busca de algo casual que ponerse, cosa que no importó a Chase, que encontró excitante la escena.

- Esta mañana pensé que me iba a dar un ataque, ¿sabes? – dijo la mujer del sofá. – Había pensado que aparecerías... pero no me había preparado del todo. ¡Casi salgo corriendo para no verte nunca más! – y se echó a reír.

- como un inexperto pretendiente – añadió Chase. – Tienes muchas cosas que contarme, ¿sabes?. ¿Cuánto tiempo llevas en la Sociedad?.

- Apenas tres meses, debo ser la última en llegar.

- Pues te has movido deprisa, ya estás organizada con el resto a pesar de las normas.

- No me las recuerdes. En el grupo procuramos no pensar en ellas, porque son precisamente la causa de que nos reunamos. No podemos vivir como Ellos quieren.

- Quizá sólo sea cuestión de acostumbrarse, pero no es eso lo que más me molesta, la verdad.

- ¿A qué te refieres?.

Chase estaba lista y además no debía contestar a la pregunta. Vestía vaqueros de aspecto gastado, una camisa oscura y un pullover gris muy amplio. Ya estaba bajando las escaleras...

- Da igual. ¿Dónde vamos?.
- A tres manzanas de aquí, a la tienda de moda de Jessie. Es seguro.
- Oh, es cierto, tenemos nombres. Yo soy Chase, creo que me estoy presentando.
- Alice, es un secreto placer conocerte – acertó sonriente.
- Vámonos, Alice.

Chase abrió la puerta, descolgó una cazadora e invitó a Alice a salir delante de ella.

- ¿quién eres? – la voz sonó fuerte al otro lado de la puerta de la tienda.
- Soy Alice, vengo con ella.

La puerta se abrió un poco tras el ruido de un par de cerrojos y una cara pequeña se asomó sospechosa antes de apartarse.

- Está bien, pasad.

La puerta se cerró tras ellas y se vieron solas las tres en el interior de una tienda de ropa de oferta con las luces totalmente apagadas. El local padecía un diseño mediocre, con mucho espacio libre, y tenía un larguísimo mostrador con varios archivadores abiertos por la mitad y un ordenador. Eso era todo lo que la luz de la calle que atravesaba por las ventanas enrejadas de la tienda permitía adivinar de aquel escenario que recordaba a un cuento de A. Poe en versión comercial. A Chase aquel proyecto de seguridad le produjo aires de superioridad por lo amateur de su ejecución, pero no era el momento de desplegar su veneno pues aquellas mujeres sabían mucho más de lo que ella podría averiguar en mucho tiempo.

- Jessie, te presento a Chase. Es el número Mil trece.
- Bienvenida, Chase, espero que no seas una trampa de Ellos.
- Yo espero lo mismo, Jessie – replicó Chase.
- ¿Y las demás? – cortó Alice, algo impaciente.
- Están abajo, vamos.

Jessie se movía por la tienda con celeridad sorprendente para lo que se veía allí dentro, esquivando los estantes y mostradores de la tienda, conocedora de la geografía de su lugar de trabajo. O eso quiso pensar Chase, aunque no comprendía el sentido de aquella tienda en la vida de una ejecutante. Se movieron hasta una esquina interior del habitáculo. Una trampilla abierta en el suelo daba acceso a un espacio bajo éste bien iluminado de donde salían varias voces animadas. Jessie comenzó a descender por las escalerillas que llevaban hasta el piso inferior por la trampilla:

- ¡SHHHH!, que se os oye ahí fuera.
- Sí, mamá... – respondieron al unísono varias voces divertidas.

Alice invitó a Chase a bajar la segunda, cosa que hizo con cierto esfuerzo. No sabía cómo reaccionaría ante las demás mujeres ejecutantes. Era una situación algo violenta que de ninguna manera podía someter a su control tal y como estaba acostumbrada a hacer. De hecho, dudaba que hubiera sido prevista siquiera por la Sociedad, tan creyente en sus propias normas. Nunca pensó que este momento fuera a darse teniendo en cuenta lo estricto del tono que la organización empleaba para dirigirse a ellas y cómo parecía controlar cada detalle de su trabajo, de sus vidas, de su aislamiento social...

Una vez abajo, con más luz, Chase se vio en una pequeña habitación de paredes desconchadas que dejaban ver ladrillos reales. El piso era de mármol frío y todo parecía estar abandonado si no fuera por que en la esquina más apartada de las escalerillas de acceso, un conjunto de chicas, sentadas con las piernas cruzadas y de rodillas sobre dos mantas dobladas sobre sí mismas y colocadas sobre el suelo, se reían divertidas. Estaban sentadas en los bordes de las mantas, dejando en el centro de ellas un calentador eléctrico por cuyo calor parecían competir las manos de todas ellas. Así parecía ser cómo aguantaban lo inhóspito del lugar, y tal era el precio de la clandestinidad, pensó Chase.

Alice, que se encontraba ya tras ella sobre el piso de mármol, tiró de una cuerda que colgaba de la trampilla y ésta, con sus escaleras, se cerró ocultando la existencia de aquel microespacio de feminidad y supuesta rebelión.

- Numeritas – exclamó Jessie para captar la atención de todas, - ésta es Chase, la “cinta negra” de la que nos habló Alice.

Chase se tomó unos segundos antes de decir nada a aquellas miradas que la escrutaban quizá en busca de la citada cinta negra que no se encontraba alrededor de su cuello, como de costumbre.

- Gracias por recibirme, me llamo Chase. Estoy...

Pero una de las chicas de la manta le interrumpió:

- Bienvenida, Chase, ¿qué número tienes? – preguntó una pelirroja resuelta que hablaba tan deprisa como locas se movían sus manos y sus ojos. Chase intentó contestar.

- Mil tr...

- ¡Da igual!, se nos olvidará a todas, dalo por hecho. Yo soy Dannii, si quieres puedes llamarme Dan, aunque a mí me gusta menos, pero como mucha gente me llama así... casi me he acostumbrado. Deja que te presente a estas momias sin modales, ¡vale?.

Norah, di algo... ¿va?.

- Va, Dannii, pero ¿quieres calmarte?. – dijo hablando y riendo al mismo tiempo.

- Va, dile algo a Chase.

Norah miró a Chase y se presentó:

- Bienvenida, no dejes que esta lengua olímpica te vuelva loca – Y Dannii le sacó la lengua. – Me llamo Norah. Te presento a Heath...

- Pero, ¿quién te ha dicho que puedes presentar?. ¡Estaba haciéndolo yo!, eres una ejecutante usurpadora – cortó inmediatamente Dannii que escupía palabras a raudales a un lado y a otro con ojos desencajados. - ¿Para qué necesitamos hombres contigo?, ¿eh? ¿Dime?.

Norah le tapó la boca a Dannii aparentemente sin esfuerzo alguno. Sus brazos eran muy fuertes, como los de una mujer capaz de enfrentarse a cualquier hombre en fuerza física. Su pelo rubio corto y sus facciones lisas conformaban un look algo desalentador, aunque a Chase le pareció excelente para convertir en realidad determinadas escenas eróticas para cierto tipo de misiones.

Dannii hacía lo posible por seguir moviendo las manos y con ellas decir lo que su boca no podía, pero no era tan fuerte. La pelirroja era animada como pocas, parecía risueña, quizá perfecta para, con su reducido tamaño, convertirse en la romántica pareja de un hombre de hogar. “Una girl-next-door” simpática para misiones sencillas con hombres fáciles”, pensó Chase.

- Mmmnmm!! – era lo que se oía salir de la boca de Dannii, aún bloqueada, mientras sus dos manos apuntaban a una morena que había pasado desapercibida hasta el momento.

- Ya va, ya... Chase, debes conocer a Heather – dijo Norah, extendiendo su brazo hacia la misma morena. – Es la mejor ejecutante de la Sociedad – añadió con gravedad.

La mirada de Chase descubrió algo para lo que no estaba preparada en ningún caso. Heather era una muñeca de pelo oscuro rizado tan hermosa como jamás habría imaginado a ninguna ejecutante. Su rostro expresaba la belleza de docenas de ejecutantes profesionales pero sin el olor de todas ellas, es decir, se le antojaba una mujer del mundo real, totalmente ajena a las normas políticas de la Sociedad, merecedora por su mirada y su aspecto de las más generosas entregas de hombres honrados y enamorados. Unas pestañas larguísimas eran el vocativo que presentaba a su húmeda mirada, “irresistible” pensó Chase, demasiado maravillosa para una mortal, demasiado perfecta. Los labios, tan deseables como preciosos, se le entreabrieron a cámara lenta en la mente de Chase a punto de decir:

- Hola Chase, me llamo Heather. Soy la número novecientos noventa y cinco, ¿por qué no vienes a sentarte aquí?.

Sus palabras sonaban como contenedoras oficiales e incontestables de sentido común y corrección. Ninguna misión sería demasiado para ella, pensaba Chase, que imaginaba aquella mujer de medidas exquisitas y gestos suaves y primorosos haciendo soñar a hombres de todas las edades con sus labios. Un triunfo de la Sociedad, sin duda.

- ¿Estás sola, Chase? – preguntó Dannii, mientras se hacía a un lado para dejar un hueco a Alice, Jessie y Chase en la manta, junto al calentador. Se quitaron los abrigos y los arrojaron sobre un par de cojines tirados en el suelo.

- He seguido las normas, sí. Estar aquí es un riesgo para todas – contestó mientras se quitaba las zapatillas de deporte y, descalza, cruzó las piernas y se sentó sobre ellas junto al resto de las féminas. Continuó – pero la tentación es demasiado intensa para vivir al margen de todo, incluso de las cosas que suceden en la Sociedad. ¿Cuánto hace que os reunís?.

- Jessie y Norah son las ejecutantes originales de este grupo, ¿sabes?. Se reúnen desde antes de que yo descubriera que todo esto existía y pueden contártelo todo. – Dijo apresurada Dannii.

- Sí, este cuarto asqueroso es ya parte del grupo – dijo Jessie con nostalgia. – Aún recuerdo cuando Norah entró por primera vez aquí sin tener claro si revelaríamos

nuestra condición. Se tropezó por las escaleras y con ello inauguró el grupo. – Y se rió divertida.

- Ya tuvo que contarlo.
- Fue un hito – dijo Jessie y abrió mucho los ojos.
- De eso hace ya más de dos o tres años, Chase. Desde entonces, ella y yo nos reuníamos aquí a solas. Un día, Jessie me comentó que había descubierto a una nueva ejecutante –dijo mirando a Heather- y que la había invitado a venir aquí. – explicaba Norah.
- Menuda reprimenda me lanzaste, insensata. – le reprochó Jessie.
- No es buena idea ampliar el grupo sin control, lo pensaba entonces y lo pienso ahora. Nos compromete a todas, aunque cada vez se necesitan más estas relaciones. Además, así podemos intercambiar información sobre la Sociedad y averiguar cómo funciona.

A Chase le pareció el momento adecuado:

- Es una fortaleza misteriosa que parece no estar en ningún sitio, ¿habéis descubierto algo de cómo funciona? – preguntó. Dannii puso cara de molesta:
- Chica, no somos más que los matones guapos de la familia mafiosa de la Sociedad, somos sus sicarios.
- ¡Eso no es verdad! – exclamó Jessie. – Conduces un coche de lujo y comes en los mejores sitios de la ciudad cada día. Definitivamente, recibimos una vida de estrella por un trabajo bien hecho, y a mi me parece un trato justo. ¿Crees que cobrarías lo mismo ahí fuera de secretaria?.
- ¡Es lo mismo!, seguimos siendo las últimas mandadas de la cadena. Chase, ahí arriba nos usan y nos tapan la boca con lujos, estamos vendidas. No valemos nada.

Los hermosos labios de Heather asomaron una postura que presentaba una frase y la expectación se centró inmediatamente en ella. No defraudó:

- Mi querida Chase, como ves, su fuerza es nuestro desorden. Y también su silencio. Tan sólo hemos podido entender que la Sociedad es una agrupación de hombres que consiguen lo que desean al margen del dinero y de las limitaciones físicas. Tejen una red de influencias que favorece el nepotismo y el beneficio para cada uno de los socios. – Hizo una pausa que nadie profanó. – En cuanto a nosotras, tan sólo somos números, elementos que ejecutamos las misiones de las batallas que forman las guerras de la Sociedad. Somos los elementos tácticos y respondemos a estrategias que trama la Sociedad al margen nuestro. No podemos conocer más que esto, pues es lo que quieren que sepamos. ¿Tu qué opinas?.

Chase se horrorizó: “Además es inteligente, sólo le gano en ambición”, pensó para sí misma.

- Pienso que aún no sabemos suficiente para poder determinar si el intercambio es justo o no. Nuestra dignidad como mujeres está en juego y ello habría de aclararse para entender nuestro lugar.
- Pero, no podemos hacer nada, no sabemos nada de ellos... – Dijo Alice.
- ¡Cuidado con lo que decís!, ¿a caso habéis estado tramando ir más allá de vuestras misiones y vuestro sueldo? – lanzó Jessie al aire con objeto de que sus compañeras se dieran cuenta de lo lejos que estaban empezando a llegar con sus preguntas y su curiosidad.
- Pues claro que lo hemos pensado, Jessie, aunque no lo confesáramos aquí. Es peligroso, y ni siquiera se me ocurre qué narices hacer, pero... – era la voz de Norah.

- Creo que no hacemos mal a nadie si empezamos a entender un poco mejor lo que somos como ejecutantes, y empezamos a contar lo que no somos en realidad y lo que necesitamos como parte de la Sociedad – Chase tomaba las riendas como quería.
- Es una locura, correremos un gran riesgo y sólo ellos saben de qué son capaces si descubrieran que se han violado las normas.
- No, no se trata de llegar tan lejos, sino tan sólo de conocer algo más... – seguía Norah.

Heather sentenció de nuevo, con aquel gesto de potencialidad lesbiana entre el auditorio, totalmente involuntario:

- Sea lo que sea que penséis, debéis recordar que la Sociedad es una agrupación fantasma que no existe ahí fuera, y por tanto sus actuaciones no tienen que responder públicamente ante las leyes. No sabemos qué pasaría si alguna de nosotras fuera capturada. ¿Qué les impediría hacernos desaparecer para siempre?. No tenemos relaciones con el exterior, ni trabajos, ni amigos de fuera de la Sociedad, ¿quién nos reclamaría?.
- Es un suicidio. – Jessie lo tenía claro.
- No lo sé, quizá sea pronto para cualquier cosa... – dudaba Norah.

Todas bajaron la mirada y los brazos en señal de abatimiento. La Sociedad era un fantasma aparentemente poderoso que estaba por encima de todas ellas. Podían ocultarle una asociación pero no parecía adecuado lanzar actuaciones para conocer más a ese gran hermano a veces burocrático y a veces dinámico y eficaz. El debate había llegado a un punto muerto, quizá paralizado por la horrenda sensación de ser capturada en tales circunstancias. Chase, sin embargo, había empezado a entender que ejecutar las misiones debía ser, a partir de ese momento, tan sólo una parte de su trabajo. Sin embargo, por el momento, nada debía ser compartido con aquellas mujeres: Era demasiado peligroso.

Dannii facilitó el momento:

- ¿alguien quiere café?
- ¡Yo!
- y ¡Yo!, sin azúcar, - se apuntaron Alice y Norah.
- Voy. Chase, ¿por qué no llevas la cinta negra? – preguntó mientras se levantaba hacia el otro lado de la habitación, donde Chase pudo ver una pequeña máquina de café y un par de tarritos de cristal.
- Nunca la llevo si no estoy actuando, no soporto ese estigma que nos obligan a lucir como si fuéramos de su propiedad.
- Sí, creen que así nos reducen y nos identifican como lo que somos... – dijo Norah. Pero Alice, la más inexperta y asustada de todas, sólo veía los riesgos:
- Chase, ten cuidado, ¿vale?. Podrían verte en cualquier lado y sabes que llevarlo es una de las normas.
- Yo no pienso que les preocupe demasiado la cinta, seguramente sólo la emplearán como método de identificación. ¿A caso pone algo más que tu número tras la placa de oro de tu cinta?. O quizá sea porque piensan que se nos va a olvidar quiénes somos. – hizo una pausa. – Decidme, ¿Todos los números se acercan a cien entre vosotras?.
- Más o menos – gritó Dannii desde la cafetera. – Norah es el 884 y Jessie tiene el 769, soy muy buena recordando números, puedo grabarme todas las fechas de nacimiento de todas vosotras, las números de teléfono, tallas y hasta el número de pestañas de cada uno de vuestros ojos en un minuto. – Sonrió.
- Sí – Dijo Norah- Parece que los números se entregan por orden de llegada.

- Mil ejecutantes... – murmuró Chase, que hacía sus cuentas.
- Suficientes para cualquier misión, ¿no crees? – dijo Heather.
- ¿Por qué no le cuentas lo del botones del hotel de tu misión de ayer a Chase, Norah? – gritaba riéndose Dannii desde el otro lado de la habitación.
- Te has propuesto arruinar mi reputación ante Chase, ¿a que sí?. – pero Heather ya se reía ruidosamente sólo de acordarse de ello...

La primera en salir de la tienda sería Norah, que ya se despedía del resto de las chicas prometiendo contacto. Esperaron unos minutos para evitar ser relacionadas fácilmente saliendo en grupo, momento en el que Heather se arreglaba su vestido y se ponía el abrigo:

- No dejes de considerarnos lo más parecido a tus amigas, aunque tampoco lo creas demasiado en serio si aún te acuerdas de las normas – le dijo a Chase al ver que le estaba mirando.
- Las normas no impedirán eso, Heather.
- Como veas.

Jessie abrió la puerta en silencio y le hizo un gesto a Chase, que se cerró la cazadora, bajo la cabeza y la ocultó lo que pudo al salir. Comenzó a andar hacia su casa. Allí fuera el tiempo era casi tan ingrato como dentro de aquel cuarto subterráneo a más de un metro del calentador. Era curioso ver cómo aquellas mujeres, tan bien remuneradas, renunciaban a todas las comodidades de sus casas en aquel desolado cuartucho por intentar recuperar algo de lo que fue su vida social. En realidad no imaginaba que ninguna de ellas hubiera tenido una muy extendida. Quizá Dannii, con su incontenible palabrería, aunque a Chase no le pareció probable que sus relaciones hubieran sido muy auténticas antes de entrar en la Sociedad. El caso de Jessie estaba más claro, incluso el de Norah. Pero, ¿y Heather?. Chase estaba realmente confundida por la presencia de aquella número uno de la seducción, uno de los mejores especímenes de la raza humana en todos los sentidos, en aquel cuarto, en la Sociedad. ¿Tanto tenía que ofrecer ésta a una mujer de sus características para que renunciara al mundo?. Imaginó lo que sería vivir siendo como ella ahí fuera en el mundo normal. ¿Por qué aceptaría entrar en un lugar así?. De un modo u otro, estaba llena de posibilidades, y Chase pensó que si alguna vez llegaba el momento de actuar, no con las víctimas, sino por explorar la estructura de la Sociedad, ella sería absolutamente imprescindible... o tremendamente peligrosa. Y eso sin tener en cuenta la manera cómo le respetaban. Sus frases eran definitivas y lo mejor de todo es que lo merecían. Chase no pudo imaginar hombre capaz de resistírsele si en acción era tan buena como en el resto de las cosas.

Atravesó una calle con los semáforos en amarillo intermitente, solitarios. Ni un sólo coche por ningún lado, ni una sola persona. Lo que realmente ocupaba la mente de Chase era el sentido de aquella Sociedad y el sentido de su trabajo en ella. Si las cosas eran tal que así, según había sido expuesto por Heather, las misiones no eran sino formas de degradación de las ejecutantes al servicio de un movimiento que las destruía como seres humanos libres. Las concesiones por aquella vida eran demasiadas para considerarse capaz de controlar la vida de una, y estaba segura de que debía existir una

manera de elevarse, mirar por encima de las cabezas de las demás ejecutantes y diseñar una manera de formar parte de la Sociedad en otras condiciones.

Aquellas chicas le ofrecían formar parte de una alianza secreta a la que nunca se referirían así entre ellas. Pero lo era. Sin embargo, Chase no había ofrecido toda su colaboración, pues de haber sido así, todas ellas habrían sabido de una persona especial de la Sociedad que tenía contacto periódico con Chase. Sí, uno de los socios de la Sociedad que le visitaba en ocasiones forzando las normas que impiden, por seguridad, los contactos con las ejecutantes de cualquier tipo. Se llamaba Josh, y era una especie de pesadilla para Chase: Nunca le revelaba nada sobre él ni sobre la Sociedad, sólo sobre sus sentimientos por ella, aunque mejor sabía él que ella que debían cesar y que en ningún caso podrían convertirse en una proposición en absoluto.

No, no había sido justa con el resto de las chicas. Lo que callaba Chase era la sensación de que en la Sociedad le aguardaban placeres y remuneraciones especiales sólo concebibles en un lugar y una gente organizada para convertir el mundo en un lugar a su antojo. Las presiones políticas, los beneficios económicos, ... todo resultaba demasiado tentador para las ambiciones de Chase, cuyas misiones empezaban a parecerle no sólo un juego de niños (con los niños), sino también una repetitiva y nada estimulante manera de vivir. En cambio, ¿quién sabía qué nivel de poder podría alcanzarse en la estructura de la Sociedad!. El mundo de ahí fuera no le interesaba, era demasiado sencillo y la buena fe de quienes habían formado su círculo social antes de entrar en la Sociedad le ponía enferma. Conocía demasiado bien las relaciones entre las personas como para disfrutarlas inocentemente; no, ella quería llevarlas al límite, explorar su apetito de control. Era quizá una sensación que aquella noche se había convertido en objetivo al comprobar que las ejecutantes competidoras no eran tan peligrosas, no eran tan pensantes, sino mucho más mujeres. “Aunque...” , pensó, “podrían serme útiles”.

Capítulo III

- Pasa, anda... antes de que te vea alguien – dijo Chase cerrando la puerta no sin mirar antes al jardín por si a caso.

- Gracias, te he traído algo.

Josh esta empapado por la lluvia que sonaba aporreando las ventanas superiores del gran salón diáfano de Chase. Llevaba unos pantalones ocasionales de color oscuro, una camisa de cuadros de color blanca y verde y un jersey verde oscuro: la elegancia no era una de sus cualidades más notables. Tenía el pelo tan mojado que apenas se reconocía el siempre personal perfil de su cabeza. Josh tenía el pelo rubio y rizado, con grandes entradas. A Chase le parecía el rostro de un científico chiflado y distraído que sólo vivía para sus fórmulas, aunque la de Josh era Chase, por quién vivía casi sin atender a los placeres que la Sociedad, por su calidad de socio, le proporcionaba casi sin que lo deseara realmente.

Se enamoró de ella durante el proceso de entrenamiento como ejecutante, cuando ésta apareció para formalizar su inserción. Siendo uno de los contables de la secreta Sociedad, era la persona encargada de abrir fichas económicas a todas las integrantes del cuerpo ejecutante global tan pronto eran aceptadas, y así era cómo, sin darse cuenta

realmente, era uno de los pocos afortunados que veía con sus propios ojos a las mujeres de dicho cuerpo de actuación. El primer día que vio a Chase no quiso tomarse en serio sus insultos y desprecios y cometió el error de enamorarse de aquella mujer que ni podría ni quería querer a nadie.

Metió mano al bolsillo interior de su abrigo y sacó un libro que enseñó con una sonrisa a Chase. En la portada ponía: “El Príncipe” de Maquiavelo.

- “Ja”, “Ja”, “¡JA!” – se burló ella mientras le invitaba a sentarse en el sofá.

- No, gracias. – declinó.- En realidad éste es mío... y éste es el tuyo.

Josh sacó otro evidente libro aunque esta vez estaba envuelto como si fuera para la niña del cumpleaños. Chase imaginó que Josh sentía que ella era eso, y que el envoltorio era de lo más adecuado. Normalmente, una vulgaridad tan superficial no le hubiera animado a mover ni un párpado, pero en el fondo disfrutaba fingiendo seducir de verdad a Josh desplegando toda su crueldad y fingir también aceptar de buen grado las atenciones de aquel hombre a todas luces inexperto.

Sin dejar de mirarle, Chase se tumbó boca abajo sobre el sofá como si se acabara de levantar de la siesta y aún estuviera con ganas de más. Llevaba un top blanco y unos shorts del mismo color que dejaban ver casi todo su cuerpo. La combinación se le antojaba a Josh digna de una diosa, eso sí de lo consuetudinario, con aquel atuendo casual perfecto para pasar la tarde en casa. Cuando estuvo lista y hubo cogido un puñado de pipas de un cuenco sobre la mesa de al lado que se llevó a la boca, extendió una mano y recogió el libro envuelto de Josh.

- Mm.. – maulló dulce e irresistible – no deberías molestarte tanto por una ejecutante... lo sabes, ¿verdad?.

- Creo que te será útil en las misiones.

Chase rompió el papel de cumpleaños como una niña de nueve años, sin cuidado y con prisa. El libro estaba al revés; le dio la vuelta y leyó:

- “La comunicación no verbal”... de Flora Davis. ¿No crees que me comunico bien? – ronroneó provocativa poniendo cara de niña buena. Josh quiso decir algo, pero se dio la vuelta y comenzó a pasearse a lo largo de las paredes de aquel salón. Chase rió perversa tras él.

El enorme espacio vacío quedaba sólo domesticado por las altas y blancas paredes de la casa. En ellas, Josh fue descubriendo lo que a veces parecían retales de una vida anterior a la nueva Chase, y en otros objetos básicos para la supervivencia de una ejecutante. Sin embargo, básicamente eran dos las paredes que quedaban para reconocer en ella el trazo personal de la dueña. En una de ellas, lo más impactante era, sin duda, una gigantesca reproducción de “Batalla” de Kandinsky que se desplegaba ocupando más de la mitad del muro. Se trataba de una imagen que muchos han considerado un paso más en el desplazamiento de aquel artista hacia la pintura abstracta, pero en donde las figuras son aún reconocibles. Eso sí, las combinaciones de colores y de formas geométricas que hicieron identificable el estilo del artista ruso eran difíciles de ignorar desde cualquier punto del salón. Estuvieras donde estuvieras, el caos de colores vivos y brillantes cautivaba la mirada incluso de quienes no veían los dos jinetes en pugna en la parte izquierda o los que descansaban en la zona de la derecha, delimitada por dos divisoras líneas negras paralelas en el centro de la composición.

Chase amaba aquel cuadro, quizá por el laberinto de escenas que mostraba como respuesta al orden, a la norma. No había sido nunca mujer de acatamientos, sino de desprecio por el límite y lo establecido, y así era que su vida se asemejaba en poco a la de las mujeres de su ciudad y su edad. Kandinsky reivindicó en vida la libertad para el color y la forma, su emancipación frente a los objetos referenciales y la descripción fiel del mundo. Su modelo era la música, que decía que era libre en el cruce de los planos del sonido con el del tiempo, y en dicho espacio no existían limitaciones. Su búsqueda cromática persiguió aquella libertad crítica que Chase había sabido traducir en acciones y en una personal filosofía de vida sin barreras ni horizontes definidos.

Sólo la energía de sus jinetes eran los horizontes y los fines de la vida de Chase.

En la pared contigua, unos estantes hasta la altura del segundo piso acumulaban revistas, libros y demás objetos decorativos, aunque aún muchos de ellos estaban vacíos dejando ver el blanco de la pared e intensificando aún más el efecto diáfano del salón.

- ¿Has pensado en lo que te dije, Chase?.

Ella no quería ni hablar del asunto y había rezado para que no sacara el tema. En realidad pensó que se daría cuenta por sí solo que se trataba de una locura hecha proposición a propósito de una debilidad pasajera. Sus futuros no estaban llamados a compartir nada, aunque a Josh, aceptarlo, le resultaba algo demasiado doloroso. Para un miembro de la Sociedad era difícil asumir que algo no estuviera al alcance de la mano. Además, Chase no se sentía atraída por él... ni por ningún hombre, y empezaba a pensar que ello no fuera posible que sucediera.

- No sólo no he pensado en absoluto sobre ello, sino que además tampoco tú deberías hacerlo, Josh. Lo sabes. – dijo con tono muy serio.

- Puede ser, pero... He estado pensando en ello, creo que existen maneras de estar juntos sin llamar la atención de nadie, ni siquiera del resto de los socios.

- ¿Quieres convertirme en una perseguida como si ésta fuera una relación clandestina?.

- Tú no lo entiendes, he estado pensando en todo. Lo tengo bajo control.

- Bajo el control de la Sociedad, querrás decir. ¡Vamos, Josh!, están en todas partes. Yo no soy la persona.

- Ven aquí – le dijo, y Josh se acercó hasta el sofá donde Chase comía pipas tan atractiva. Se arrodilló en el suelo al lado de ella, y sintió el peligro, la turbación, de estar en el espacio personal de quién da sentido a la existencia de uno.

- Tienes que entender lo que te digo, Josh. Eres parte de la Sociedad y puedes lograr cuanto desees, incluso también emplear sus fuerzas para lograr a la persona que quieras...

- No, no, no...

-... yo misma he realizado alguna misión emocional a favor de algún socio tímido y caprichoso, ¿qué más necesitas?.

- No conseguirás que mire hacia otro lado o... que obligue a mi corazón a hacer lo mismo. Corro peligro estando aquí, ¡ambos lo corremos!, y eso es porque no quiero conformarme. ¡Estoy buscando la manera...!

- No hay manera, Josh. Ni siquiera has resuelto cómo puedo dejar de ser una ejecutante, ¿sabes qué les pasa a las que lo solicitan?.

Josh quedó mudo. Ella sabía que él no podía hablar de ese asunto confidencial de la Sociedad.

- Me lo temía – suspiró Chase.
- ¿Qué podemos hacer? – preguntó Josh desarmado.
- No creo que haya nada capaz de cambiar la situación. Además yo no sé nada de cómo funciona la Sociedad y tú no sueltas prenda. ¿Cómo voy a resolverlo yo?.
- Quizá pueda contarte alguna cosa... si se te ocurre qué podría ayudarnos.
- No estoy segura de nada. – Mintió Chase. - ¿Qué les pasa a las desertoras?.

Estaba contra las cuerdas: las normas de la Sociedad no le permitían ofrecer información ninguna sobre el futuro de las ejecutantes que desobedecían o que voluntariamente decidían abandonar sus cargos. Era demasiado peligroso que la información corriera entre más ejecutantes y todo el grupo se desintegrara o rebelara.

- Está bien – dijo Josh – sólo puedo decirte que por nada del mundo debes solicitar algo así, ¿me has comprendido?.
- ¿A qué te refieres? – la curiosidad de Chase iba en aumento.
- No puedo decirte más... – Las manos de Josh tomaron el rostro de Chase y sus miradas se volvieron tan intensas como el peligro que se intuía en aquella decisión. – Ahora prométeme que no lo harás, Chase, por favor, promételo.
- No me interesa desertar, ¿suficiente?.
- Eres demasiado tenaz para mí.

Josh se levantó del suelo y se sentó en el sofá libre que estaba colocado en perpendicular al de la bellísima y seria rubia en top y shorts. Las pipas volvieron a sonar al ritmo de antes.

- Sólo dime una cosa, ¿vale? – La voz de él sonó determinante. – Si no fueses... bueno, si no lo fueras, y estuvieras libre, ¿qué sería de nosotros?.

Era la pregunta prohibida. La mirada de Chase bajó y dejó que el silencio y su estaticidad corporal, exagerada y dolorosa para Josh, hablara sin palabras. La última carta se había descubierto, y la esperanza de Josh quedó mermada hasta la aberración.

El teléfono sonó estruendosamente para poner fin, por milagro, al difícil y revelador momento.

Chase se incorporó y levantó el auricular:

- Chase. Mil trece, sí. De acuerdo. ¿Hoy?. ¿Cómo se llama?.
- Se extendió hasta alcanzar un bolígrafo y un bloc de notas blancas donde garabateó un par de nombres y una dirección.
- ¿Qué sabemos de él?. Vamos, dígame algo..., ¿Oiga?.

Y colgó.

- Joder, cada día es más difícil.
- Creo que debo irme. – Josh no encontró sentido ninguno para estar con ella ni en ese ni en otro momento y decidió que debía irse cuanto antes. Además era evidente que Chase tenía una misión.

- Sí, será lo mejor, ¿me llamas?.
- Sí, vale – dijo Josh.
- Y no te preocupes más, ¿de acuerdo?, encontraremos la manera de solucionar todo esto.

A Josh le irritaba que le “despachara” de aquella manera prometiendo soluciones que no llegarían, sólo para lograr un objetivo inmediato. Al menos su ropa se había secado y había dejado de llover así que podría volver cómodamente. Chase se levantó primero y le acompañó hasta la puerta.

- Nos vemos – dijo ella.
- Sí. Adiós – dijo destrozado.- Por cierto, ¿Cómo se llama la víctima?
- ¿Qué?
- La víctima de tu misión, ¿cómo se llama?.
- ¿Puedo decírtelo con seguridad?.
- ¿Se lo dirías a otra persona diferente a mí? – dijo Josh ganando enteros.
- Rucin’ski.
- ¿En serio?. Copestone se alegrará mucho, no se le ha tratado bien. Nos vemos. - Y se marchó dejando a Chase con la pregunta evidente en la boca.

“Copestone”, pensó Chase. Se acordó del picante encuentro con el Sr. Francisce, el dueño de aquella empresa auditora. Recordó que le había persuadido para que Copestone, probablemente uno de sus auditores, no fuera despedido a pesar de haber emitido un juicio auditor que pudo poner en jaque jurídico a la empresa para la que trabajaba. Afortunada y aparentemente, como le dijo Laurence, la prensa había olvidado el asunto y estaba distraída sobre otros asuntos como el “Freeman”, un caso de corrupción en un municipio con más de cinco millones de dólares desaparecidos que ocupaba el tiempo y espacio de los medios esa semana.

“Ambos casos están relacionados”, pensó. El encargo del día se trataba de disuadir a Henryk Rucin’ski, un periodista de origen polaco que escribía en el “Local Chronicles”, de que publicara su artículo sobre la Orange Coast. De nuevo, salía el nombre de la Orange Coast. ¿Por qué resultaba de interés aquella empresa para la Sociedad?. Copestone la había protegido mediante una auditoría probablemente parcial, y ahora este periodista que parecía tener algo que contar sobre ella se había convertido en enemigo de la Sociedad. “Orange Coast debe ser algo muy importante para los de arriba”, pensó. “Veremos qué podemos sacar de él”.

Sin darse cuenta, había llegado más lejos que ninguna otra de sus compañeras ejecutantes puesto que se había decidido a obtener información a partir de sus víctimas e intentar atar cabos a partir de los escasos datos que le llegaran dada su condición. Sabía que estaba corriendo los riesgos que Heather había expuesto con refulgente coherencia y acierto, pero lo de intervenir, actuar y abandonar la escena corriendo para no saber nunca nada más de los efectos de sus actuaciones no era ya una prioridad en sus objetivos. Chase estaba ya por encima de aquella sobriedad que comenzó a parecerle inocente y pueril. La Sociedad era un juego de poder y ella sabía mucho de eso, debía jugar como los demás.

Pero en ese momento, lo importante era preparar con detalle cada movimiento de su plan para la misión. Cogió el teléfono, marcó y esperó unos segundos:

- Buenas tardes, necesito el teléfono del Royale Hilton.

- Sí, espero.

Su mano golpeaba el bolígrafo en el bloc de notas con impaciencia. Era la primera vez que reservaba una habitación en un hotel para algo así, y se le escapó una sonrisa al darse cuenta de lo adolescente que resultaba la idea.

Escribió unos números en el bloc.

- Gracias – dijo colgando. A continuación marcó el teléfono recién obtenido y una gustosa voz femenina contestó al otro lado.

- Desearía reservar una suite para esta noche, señorita. Dos personas. – concretó Chase.

– Da igual, me quedo con ésta. Mi nombre es Chase, y si hace el favor de cargar los gastos a la cuenta de prioridad número cinco barra mil trece, por mi parte será todo. – Esperó unos segundos - Muchas gracias –terminó.

El dinero no debía ser problema ninguno para una ejecutante en plena acción, ésta era la filosofía de la Sociedad, cuyos objetivos trascendían cuestiones meramente económicas. Todas las ejecutantes tenían a su disposición cuentas abiertas en hoteles, restaurantes, tiendas de moda y grandes almacenes a lo largo de toda la ciudad de donde obtener todo lo necesario para conseguir sus objetivos en las misiones. En los meses que Chase había sido ejecutante ya había empleado en tres ocasiones estas cuentas, sin que nunca nadie forzara mediación de explicación alguna ni en el momento de la contratación ni tampoco posteriormente de labios de ninguno de sus contactos con la Sociedad. Las cuentas eran un privilegio financiado por los beneficiarios de las intervenciones de las ejecutantes.

Colgó el teléfono y pensó: “¿Qué show toca hoy?”.

Capítulo IV

Un par de horas después conducía hacia la zona oeste de la ciudad. Se trataba de una zona muy residencial plagada de zonas urbanizadas con casas blancas y jardines en todas partes. Miles de ciudadanos, pensó, trabajaban toda su vida para poseer una de estas diminutas parcelas donde vivir engañados aparentando cierto éxito social. Una casa a medio pagar, un préstamo bancario de cifras pornográficas... pero allí estaban ellos, haciendo galletas y representando una hueca apariencia de comodidad y prosperidad. Sintió asco, y también una bocanada de superioridad que casi creyó que se había oído desde la acera. Afortunadamente ya había anochecido y pocas personas transitaban por el barrio.

Se alegró de pensar que ya había aprendido a conducir con los zapatos menos indicados para ello. Llevaba el complemento de tacón perfecto para un vestido en una pieza de

color azul marino que apenas trazaba frontera a la altura de la mitad de sus muslos. Si el coche fuera transparente, el espectáculo sería monumental. Sin embargo, esa no era más que el comienzo de lo que había tramado para un hombre que trabaja cada día... descubriendo cosas.

Giró a la derecha y se adentró en una calle oscura con edificios de cuatro o cinco plantas de altura y fachada de ladrillo. Iba circulando muy despacio mientras comparaba lo que había escrito en el bloc de notas con los números de la calle. Cuando localizó la puerta de Rucin'ski, aparcó en doble fila y apagó el motor.

Se bajó del coche, se tiró de la falda hacia abajo hasta tapar lo que se podía y se dirigió con andar provocativo a la puerta de Rucin'ski. Se repitió mentalmente el piso del periodista y llamó dos veces. La verdad es que el vestido estaba causando sensación en el barrio, especialmente al otro lado de la calle, donde un grupo de adolescentes fumaba y hacía bromas sin quitarle ojo de encima. “Seguramente será el primer vestido azul que ven en su vida”, pensó, “y el último”. Ya habían pasado unos segundos y no contestaba nadie, de manera que buscó un saliente de piedra en el muro que rodeaba a los jardines de la fachada del edificio y se sentó, en busca de una pose cómoda, temiendo que la espera fuera larga. No era aquello lo que le preocupaba, sino el numerito que los ansiosos vecinos de la acera de enfrente estaban organizando. Ya había visto a alguno hacer el ademán de cruzar la calle con andares de rapero dispuesto a abordarla ante la carcajada de sus amigos. Por supuesto, y afortunadamente, la dirección se cancelaba al poner el primer pie en la calzada y volvía a su sitio no sin antes chocar su mano con la de sus divertidos colegas.

Chase comenzó a pensar en Alice. Se la imaginaba en una situación como aquella y decidió que no era la persona más adecuada para el trabajo. Probablemente, con sus curvas redondas y peso dilatado, aunque no en exceso, contendría algún complejo imposible de superar en un momento como aquel: con un vestido azul ante ese enjambre y en aquel lugar a esas horas. No entendía cómo había aguantado hasta ese momento, puesto que el porqué de que hubiera terminado siendo ejecutante estaba claro: la Sociedad necesita en ocasiones de ejecutantes de su perfil y les formula ofertas imposibles de rechazar. No dejaba de pensar, sin embargo, que la creatividad no era uno de sus puntos fuertes, siendo ello una pieza clave del puzzle del éxito ante la víctima. Los planes sobre actuaciones que habían aprendido durante el entrenamiento pocas veces se cumplían y la mayor parte de las veces no era sino la capacidad de improvisación de la ejecutante lo que proporcionaba la original idea del éxito.

“Eso sí”, pensó, “las ejecutantes no somos mujeres por casualidad”.

Estaba a punto de preguntarse con qué grado de éxito imaginaba que Alice movería sus cartas de mujer cuando, quizá en beneficio de su amiga, un hombre y una mujer se acercaron a la puerta. Su centinela se levantó rápidamente del muro y se acercó hasta ellos:

- ¿Sr. Rucin'ski?

- ¿Le conozco, señorita? – respondió con la última sonrisa aún puesta tras algo gracioso que comentaría con su acompañante.

Se trataba de un hombre muy bajito, débil, como si los años hubieran pasado tan sólo por su cabeza envejeciendo su rostro y su pelo, pero no por el resto del cuerpo y aún siguiera teniendo las medidas de su forma pre-adolescente. Vestía unos pantalones de oficina oscuros y una camisa de cuadro con unos tirantes por encima, aunque sólo eran parcialmente visibles puesto que una chaqueta antaño elegante cubría el resto. Su brazo sostenía el de una mujer rubia que en buena fe hubiera sido descrita acertadamente como una “señora”, con medidas como las que correspondía a un personaje semejante. Vestiría grandes cosas ... Chase estaba segura, pero lo único que se veía era un voluminoso y resplandeciente abrigo de piel que hubiera hecho estallar los cierres de seguridad del cráneo de un ecologista cualquiera. Los zapatos, eso sí, cumplían la función de convertir el conjunto en una propuesta hortera como hacía tiempo que Chase no veía, pero lo achacó al ansia de combinar la prenda principal con cualquier cosa para salir a la calle. Su gesto no era tan gracioso como el de él, y amenazaba con su mirada al vestido de Chase como si fuera el mismísimo diablo o la amante vulgar del que seguramente sería su marido.

- Me llamo Chase – dijo mientras proponía un apretón de manos y se acercaba aún más a la contradictoria pareja. Procedió con su interpretación de amabilidad. – Siento presentarme de esta manera, Sr. Rucin’ski, no pretendo importunarles.
- Dígame, Chase. – contestó mientras echaba una ansiosa pero fugaz mirada a las piernas de la rubia del vestido, que dijo:
- He venido por el asunto de la Orange Coast. – empezaba el juego.

Su cara se tornó en seria y difícil, como si hubiera envejecido una década de repente. Fue entonces cuando se giró y le dijo al visón que entrara en casa, que tenía trabajo. La mujer agarró un enfado considerable, como si fuera la enésima noche que le sucedía o se le hubiera cancelado un plan inconfesable y magnífico. Se puso a darle gritos y a darle razones con los brazos levantados, pero parecía que el gancho de Chase había surtido efecto. Aquel hombre había escuchado las palabras mágicas, algo que había capturado su atención sin lugar a dudas, aunque Chase no sabía todavía si quería quedarse a solas para averiguar nueva información sobre el caso de la Orange Coast o para amenazarle pensando que venía de parte de ella.

La pareja aún discutía, pero ahora Rucin’ski también gritaba enfadado y reprochándole respuestas a sus supuestas acusaciones.

La cosa sólo podía terminar de una manera: La mujer atravesó la puerta despidiéndose con un portazo que resonó en toda la calle, y Rucin’ski se excusó a Chase y le invitó a que le explicara a qué había venido con la esperanza de que la cosa terminara lo antes posible: No obstante, esos... no eran los planes de Chase, que de ninguna manera hubieran pasado la censura de la mujer del visón.

- ¿Qué tiene para mí, Chase?.
- En realidad más de lo que se espera. Tengo mucho que enseñarle y estoy convencido de que le resultará de interés, pero tiene que confiar en mí.
- Este caso oculta cosas importantes, lo sé. Espero que tenga algo que me ayude. ¿Para quién trabaja en este asunto?
- Para alguien que desea trasladarle una oferta importante. Tranquilo, no soy de la Orange Coast, no tengo que ver con ellos ... ni sé a qué se dedican.
- Las ofertas no suelen llegar a gente como nosotros, Chase, más que adjuntas a sobres con dinero, y no quiero saber nada de eso. ¿De qué se trata?

- Verá, es muy importante que me acompañe.
- ¿Acompañarle?. No, no creo que sea una buena idea. – dijo mirando a la puerta por donde desapareció la mujer, como acordándose de ella. – Quizá quiera pasarse mañana por la redacción, le daré una tarjeta.
- Sr. Rucin'ski, la oferta termina esta noche y sólo puedo formulársela si me acompaña. Le prometo que cuando vuelva a casa, verá las cosas de manera muy distinta – Chase sonó convincente y seductora, estaba creyéndose el papel, aunque éste iba a variar radicalmente cuando convenciera al Sr. Rucin'ski.
- Prométame que sólo será durante menos de un par de horas y que no hay dinero de por medio, Chase. Y sea sincera o haré pública la naturaleza de su oferta en el periódico. – Pronunció la última palabra con una intensidad especial, como si estuviera intentando amedrentar a Chase.
- No tiene de qué preocuparse. Si me acompaña al coche, le daré una vuelta. Por cierto, ¿tiene nombre de pila, Sr. Rucin'ski?.
- Henryk, es un nombre polaco. Yo soy de allí, ¿sabe? – le explicaba mientras se dirigían ambos al coche, él portando un maletín oscuro recién descubierto en su mano que Chase imaginó lleno de documentos.

La rubia conducía por la autopista tratando de hacer aquel período lo más corto posible, ya que se trataba de un tiempo muerto en el que ni era la Chase del vestido, ni la sorprendente Chase que estaba a punto de sacarse de algún lado de su más perversa intuición.

El parking del hotel tenía acceso directo a la suite, quizá pensado para el acceso en los casos de acoso por parte de la prensa, lo que se reveló como una ventaja magnífica para Chase y una ironía dadas las invertidas circunstancias. En el ascensor, el juego estaba a punto de comenzar.

- Dígame, Henryk, ¿se molestaría si le pregunto quién era su acompañante de esta noche? – dijo mientras se acercaba mucho a él y dejaba su vestido a tan sólo cinco centímetros del ahora menos valiente periodista. Chase había acertado: la presión al cambiarle el contexto estaba haciendo mella en su autoestima, y también estaba dejando salir los deseos de aquel hombre de reducida estatura, a quién aquel vestido le venía grande en todos los sentidos.

- No, señorita, se trata de mi pareja. No estamos casados... – dijo quitándole importancia no sabía si a ella o a la bronca de la puerta.
- Parecía muy, muy, muy enfadada, ¿no cree?. – El tono de Chase sonaba demasiado dulce para ser el de una informadora secreta o un contacto periodístico.
- Bueno, hablaré con ella y se solucionará. Dentro de la redacción del periódico, sólo yo estoy haciendo avances en este asunto y me interesa muchísimo. Si no fuera así, no habría venido con usted.
- Yo... quiero decirle, Henryk, que estoy muy contenta de que haya venido.

Como salvado por la campana, el ascensor alcanzó el último piso, las puertas se abrieron y tan sólo una puerta más, con una cerradura especial, les separaba de aquella suite que hacía una hora que Chase había acondicionado previamente. Sacó del bolso la singular llave de la habitación sin separarse ni un centímetro del amilanado Henryk que empezaba a dudar en primer lugar de las intenciones de Chase, pero mucho más de lo que debería hacer en aquella situación.

Las puertas se abrieron y ambos entraron en un salón dividido en varias áreas por escalones que elevaban y rebajaban la altura del suelo según la decoración, que era muy recargada, como las oficinas de una empresa pública de la Unión Soviética. Chase empezó a sentirse como Greta Garbo, merecedora del glamour que cada objeto de aquella suite desprendía de sí mismo haciendo realidad los sueños de cualquier ama de casa. No era el caso, y Chase sabía hacer suyo aquel espacio, manejarlo a su antojo:

- Adelante, siéntese en el sofá un momento. Voy a la cocina y vuelvo con unos cafés.
- Está bien, tráigame todo lo que tenga. – dijo dejando su maletín sobre una mesa próxima al sofá y montando un ordenador portátil que de él extrajo al momento.

Chase desapareció por la cocina y comenzó a convertirse en su personaje menos contestable. Los zapatos de tacón salieron solos de su sitio y quedaron tirados por el suelo, como si no valieran lo que Chase pagó por ellos. Sus brazos se cruzaron y levantaron el vestido azul brillante descubriendo su cuerpo de infarto, es decir, el del Sr. Rucin'ski.

Al otro lado de la pared, en el salón, Henryk se estaba poniendo muy nervioso y estaba a punto de abandonar la suite en secreto:

- Chase, ¿está usted ahí?. – dijo mientras se levantaba del sofá para ir a la cocina. Quería irse de allí, se sentía incómodo por la belleza de Chase y el modo cómo le había tratado en el ascensor.

De repente, las luces se apagaron y tan sólo el tibio iluminar de un pequeña lámpara de luz amarilla permitía encontrar los contornos de los objetos.

- ¿Qué ha pasado?. ¿Está usted bien, Chase?. ¿Dónde está usted?

Pero Chase estaba mucho más cerca de él de lo que pensaba. Desde detrás suyo, entre él y el sofá se levantó a media oscuridad con el pelo recogido. Hizo un brusco y violento gesto de brazo que le sirvió para rodear con su brazo el cuello de Henryk. Con la otra mano le pegó una cinta adhesiva de oreja a oreja quedando mudo y casi a disposición de Chase, que lo hizo caer hasta el sofá sobre ella misma. El reducido tamaño de Henryk lo convertía en un rival de altura escasa para una mujer que había cambiado el delicado vestido por una camiseta verde de tirantes que se ajustaba a cada curva de su pecho. Se adivinaba un sujetador verde muy oscuro bajo aquella camiseta de combate y aún sumaba unos pantalones militares con dibujos camuflaje, con lo que todo ello aumentaba el aspecto feroz de una desconocida Chase que apretaba los dientes y sus manos para que ni siquiera los sonidos ahogados de su presa sonaran más allá de la suite. Ella misma se sorprendía de la fuerza de sus dientes, los unos con los otros, que era una pequeña metáfora de su propia fuerza.

Henryk pataleaba pero estaba bien atrapado por los brazos de Chase y no pudo más que dejarse apoyar y esperar su próximo movimiento.

- ¡Sr. Rucin'ski!, ¡si no es ahora, será en cualquier otro momento así que NO se mueva y ESCUCHE!. ¿Me ha entendido!. – gritó Chase con una voz brutal.

Henryk asintió con la cabeza.

- Periodista, ¿dice?. Supongo que le gustará olisquear aquí y allá, descubrir lo que se oculta tras las cosas, ¿no es cierto?. – Chase se quitó aquel pelele asustado de encima y lo dejó sentado con la cinta en la boca y los brazos detrás de la espalda, mientras ella se

levantaba, se arreglaba la ropa, estiraba su cuerpo hasta convertirse en la traducción femenina de un sargento tirano.

- Hoy voy a mostrarle algo oculto, Rucin'ski.

Chase dobló su cuerpo por la cintura hasta pegar su barbilla sobre la frente de su víctima, sin llegar a tocarle. El títere, o lo que quedaba del periodista, sudaba y respiraba fuerte, pero se le cortó al tener en primer plano, a pocos centímetros de sus labios, el escote perfecto y generoso de Chase, cuyos senos se apretaban al sujetador y a la camiseta que los tapaba. Era la primera vez que Henryk sentía que cada pecho del frente de una mujer podía ser, en lugar de objeto de deseo, motivo de dominación, representación de poder y control.

- Tú, periodista, ¿sabes cuando hueles algo tras una noticia? – Henryk trató de ponerse de pie pero los brazos de Chase le cayeron como losas sobre los hombros y claudicó. Chase seguía con su reprimenda:

- No tienes nada, periodista, pero... hueles algo, sabes que algo se cuece. – Y comenzó a quitarse la camiseta que se iba despegando lentamente de su piel primero, y de su sujetador después. La imagen le parecía pavorosa al periodista, superado por una realidad en bruto imposible de desentrañar ni para sí mismo. La imagen, el cuerpo de Chase curvándose y elevando su culito haciendo que todo su cuerpo camuflado formara un arco perfecto superaba el límite de lo aceptable para él. La camiseta llegó al final del camino y quedó enganchada a uno de los brazos de aquella hermosa soldado que la dejó caer detrás suyo perdiéndose en la oscuridad del resto de la suite.

- ... pero poco a poco vas sintiendo la presencia de eso que te inspira, eso que persigues, una verdad incontestable...

Pero Henryk no sabía qué sentido dar a las palabras de Chase, que volvía a curvarse elevando su trasero y aumentando la presencia de sus pechos, aún retenidos tras la trinchera del sujetador. Ahora se acercaba a Henryk y a sólo unos centímetros de su rostro, la rubia trazaba con sus manos paralelas a su cuerpo pero sin tocarse, el perfil de su vientre y subiéndolo, también, el de sus dos pechos. Unos reflejos producidos por el sudor sobre éstos le daban un aspecto comible y peligroso; mejor no dejarlos salir.

- ... algo que sabes que puede ser una bomba, pero... hay que trabajarlo, Henryk, sí, porque... cuando estás acercándote...

Chase se dio la vuelta, se puso de espaldas al pequeño Pulitzer de la nada y colocando sus manos sobre sus rodillas flexionadas comenzó a hacer pasear su culito en verde bicolor por encima de su regazo, a sólo un par de dedos de distancia de sus pantalones. La espalda suave y homogénea, reflectante, de la sargento le parecía a Henryk el modelo con el que cada mujer debería ser fabricada, la imagen platónica original y cautivaba su deseo más profundo y visceral. Pero cuando sus ojos, bajando, trazaron con la mirada los bordes de la espalda ensanchándose para dejar espacio al culito aún cubierto de aquella mujer, las implicaciones morales de su caso quedaron enterradas en la trinchera más profunda del frente de batalla. Aquel ensanche de placer revolvieron sus pulsiones y desorganizaron su esquema de resistencia. Estaba bajo de defensas y aún quedaba más.

... sientes la emboscada del enemigo, una trampa urdida para utilizar tu curiosidad para pillar tus propias manos y quitarte de en medio. Y es que la tentación puede ser muy grande, Henryk...

Su culito bailaba de un lado a otro de su regazo, sin tocarle, y sin mover ni un centímetro la espalda de la que se había enamorado Henryk.

- pero tranquilo, periodista, que esta tentación puede serte concedida y satisfacerte en sustitución de la primera, aunque para ello hemos de intercambiar algunas cosas. Lo que ves puede estar aún más cerca de ti, - dijo quitándole la cinta de la boca de un tirón y colocando sus manos sobre su culito ante la mirada obsesiva de aquel despojo inundado de pasión y sed. - pero tienes que prometerme que el artículo sobre la Orange Coast será historia.- dijo con voz sensual, como si no hablara de aquello. Pero el rostro de Henryk no mostraba ni acuerdo ni desacuerdo alguno.

- ¿Has entendido?. - preguntó de nuevo Chase.

- No.. No... sé qué quieres de mí - musitó.

Las manos de Chase paseaban por su culito trazando líneas divertidas y sexys sobre él.

- Pues... así de sencillo, la Orange Coast es una empresa normal, querido... amigo.

Olvida el artículo y yo te ofreceré algo a ti personalmente.

- Está todo en ... en mi artículo, está listo... para el público.

- Tsg!, ese es el problema, Henryk, lo que pone. ¿Por qué no olvidamos los dos este trivial asunto y ... nos dedicamos a otros menesteres?

- Hay mucho dinero en juego.

- ¿De veras?. No será para tanto... ¿no crees? ¿puedo ... tutearte?.- El tono era demoledor; el ronroneo eran tan sensual que Henryk no podía pensar con claridad en la Orange Coast, apenas en el serpenteo divino de las piernas y el pronunciado trasero bien contorneado por la manos de Chase que a veces se soltaban de ahí y subían por el pecho de Henryk unos centímetros impidiendo ser considerada una visión inexistente.

- claro... Ahh... hay una operación de más de cien millones de dólares de origen desconocido ...

- ¿Cien millones... de veras?...

- O más, que han hecho nacer una empresa fantasma, un conglomerado inexistente y poderoso. El dinero ... oh... el dinero va y viene, entra y sale sin explicaciones, ¿de dónde puede salir esa fuerza que se pretende oculta?.

- Vaya, sí ... que parece serio, Henryk, ¿de dónde?.

- Tráfico de drogas, mafia... cualquier cosa, y está ahí para ser descubierto.

- ¿Qué te dije de las tentaciones?, ¡no me escuchas! - dijo con voz de niña mala. - Aquí la única tentación soy yo, ¿entiendes?.

Las manos de Chase apretaron su culito una vez como si fueran las de Henryk, que no sabían qué hacer, si tocar, abalanzarse o aguantar a que todo pasara. Las de Chase eran su perdición, y ahora habían pellizcado el borde de sus pantalones. A continuación, la rubia, sin mediar palabra y sabedora de la mirada enferma de su víctima, introdujo sus dedos índice y anular de cada mano por el interior de sus pantalones y así, fue bajándoselos muy lentamente comprobando ante Henryk que la progresión de su espalda no era sino mejor que lo que ésta le había enseñado. Bajo los pantalones, poco a poco, fue apareciendo un tanga negro que desaparecía al momento entre su culito. Iba descubriéndose lentamente... sin dejar de bailar... y sin tocarle. Henryk miraba a todas partes de la suite, pero la oscuridad le hacía volver a su obsesión.

- Y dime, cariño, ¿Para qué crees que servirá el dinero en Orange Coast?, ¿MM?.
 - ¡Yo qué sé!, dijo alcanzando un primer y aparente límite de resistencia.
- Chase subió las manos rápidamente y con ellas sus pantalones hasta la cintura cubriendo de nuevo el ya casi descubierto punto de atención de Henryk.
- No, no. No... ...- Gemía y medio lloraba... incapaz de controlarse...
 - ¿Henryk?, ¿para qué puede ser...? dímelo a mi...
 - oh.. nooo...
- Las manos de Chase comenzaron de nuevo el recorrido de su ensanche trasero para re-disfrute de su torturada víctima.
- ¿Me lo dices...?
 - No lo sé, ¡Chase!, estaba investigándolo. Tenía un contacto de alguien en la Orange Coast que me envió una dirección y un nombre.
 - ¿Quién? – dijo Chase bajándose los pantalones lentamente pero ya corriendo por sus muslos, y aún de espaldas a él. Sobre la mesita del ordenador, pudo ver un diskette con una etiqueta: “O.C.”. “Orange Coast”, pensó.
 - No sé quién es, sólo sé que sabe algo.
 - ¿Por qué no me dices de quién se trata?
 - Eso no es posible.

Chase soltó sus pantalones que cayeron arrugados al suelo. Sus larguísimas piernas levantaron primero un pie y después el otro, y ambos quedaron libres de los pantalones. A continuación se dio la vuelta y le enseñó a Henryk la parte frontal de su tanga negro, algo arrugado, pero definitivamente fatal para la mirada.

Parecía que aquel hombre tenía aún mucho que concederle a la dama. Y ésta lo quería todo, de manera que se arrodilló en el suelo entre sus piernas y comenzó a pasear sus manos por los muslos de él, desde la rodilla hasta la entrepierna, detectando el calor que desde hacía rato aquel hombre desprendía. Una mano femenina se posó sobre la bragueta y presionó un poco. Aquel hombre estaba a punto de estallar, pensó Chase. Acercó su boca hasta la cremallera, la cogió con los dientes y la hizo deslizarse sin ayuda de sus manos hasta que estuvo totalmente bajada. Con una mano, una desconocida Chase que estaba dispuesta a llegar hasta el final y que apenas podía creer el núcleo de codicia en su interior de donde surgía toda la energía que desprendía, encontró la manera de desabrochar la ropa interior de Henryk y sacar fuera de sus pantalones su pene erecto. Le miraba a los ojos y vio el terror y el ansia combinados en un sólo deseo que rezumaba por todos los microgestos de su rostro.

- ¿Qué estás haciendo...?

Chase se introdujo unos centímetros de Henryk en su boca rodeándolo con sus labios y sin tocarle por ningún punto, y de repente, mientras le miraba a los ojos, cerró a la vez los suyos y sus labios atrapando a su sexo. Rápido, levantó la cabeza sin abrir los labios provocando a aquel hombre tal placer que ya no podía dedicar ni un sólo momento de su vida a otra cosa que no fuera desear que aquella maldita mujer terminara lo que había comenzado.

Chase levantó la cabeza y comprobó el gesto descompuesto de Rucin'ski, del que ya brotaban unas lágrimas de no se sabe qué.

- Vamos, cariño, dime cómo se llama ese hombre... – preguntó de nuevo Chase bajo las recién estrenadas circunstancias. Rucin'ski cerró los ojos y contestó:
- Steenburgen...
- Y Chase le recompensó con un paseíto de cuatro centímetros por su pene con su lengua... despacito.
- Y... ¿Dónde vive nuestro amigo Steenburgen?, tesoro...
- Leston Park, 467, al norte de la ciudad.
- Verás, Henryk, Estoy a punto de darte lo que necesitas... pero necesito un último favor.
- Déjame ya, ¡por favor!.
- Ahora mismo, cariño... Sólo dime que no publicarás ese artículo. No te conviene. Tenemos gente, ¿sabes?. Te conocemos, y ahora muy bien, Henryk. No queremos que publiques eso, ¿de acuerdo?.
- Dame lo que necesito... ¡zorra! – dijo llorando.
- Así no, Henryk, ¡estábamos a punto de ponernos de acuerdo!. Voy a darte otra oportunidad – dijo mientras acercaba de nuevo su boca al pene de Henryk – Dime que no lo harás,...
- ¡De acuerdo!, Cha...

Su boca no pudo terminar de pronunciar su nombre porque aquella mujer había bajado la cabeza hasta introducir la mitad del pene en su boca y, posando su lengua sobre el miembro en el interior de aquella, apretó sus labios y levantó de nuevo la cabeza al tiempo que retorció su cuello de tal manera que Henryk no pudo aguantar más. Para cuando la boca de la rubia había terminado de subir en espiral a lo largo de su miembro, éste estaba ya corriéndose mientras las manos de aquel hombre apretaron su sexo como si le quemara, llorando y viendo a Chase levantarse, robarle un diskette de la mesa y desaparecer en la oscuridad de la suite con el sonido de la puerta y del ascensor como punto y final.

Capítulo V

Al día siguiente, Chase se sentía poderosa y notaba cómo crecían en su interior dos nuevas pulsiones desconocidas para ella. Estaba tumbada en el sofá de su enorme salón de tres pisos de altura contemplando el diskette robado del Sr. Rucin'ski, y reflexionando sobre lo sucedido. La primera nueva idea que le sorprendía era lo bien que sabía obtener todo lo que quería de un hombre, y lo fácil que puede resultar para una mujer como ella. Había acertado en su plan, en su atuendo... y en sus movimientos, que habían desarmado y por mucho tiempo la curiosidad y voluntad de aquel periodista. La vanidad de Chase sólo era ya el punto de entrada para la superioridad personal exagerada más allá de lo razonable.

La segunda sensación era más peligrosa. Los deseos de averiguar, examinar y entender las acciones de la Sociedad en lugar de actuar a ciegas y por objetivos cortoplacistas cuyo sentido no entendía, se habían convertido ahora en un arranque dominado por la codicia y el poder. Estaba pensando en la delicia que sería el sabor del mando en la estructura de la Sociedad. Ahora tenía la oportunidad de intervenir en un gran asunto de

ésta para tomar posiciones y lograr encontrar un lugar digno para alguien con la capacidad de actuación de la que había hecho gala. ¿Era justo que apenas fuera una ejecutante?. Ni siquiera una aventajada, sino tan sólo una ejecutante computando como la inexperta de Alice o como la siempre parlante Dannii, demasiado frívola incluso para tomarse en serio ella misma.

La Sociedad era su objetivo, sí, entenderla, conocer sus engranajes y encontrar una manera de heredar poder de ella. Si los hombres para los que trabajaba, es decir, los miembros de la Sociedad, eran tan manipulables como las desgraciadas víctimas a quienes había reducido sin problemas durante meses, ¿qué sentido tenía aquella jerarquía en donde seguía situándose en la base de la pirámide?. “¿Debería ser al revés!”, pensó. La Sociedad es necesaria para ellos, pero... quizá no debieron ni instruir ni emplear mujeres como fuerza de actuación pues ellos mismos no estaban preparados para contenerla llegado el caso. Aunque eso sí, todo esto no eran más que suposiciones generalizadas por Chase en su mente a partir de la escasa resistencia encontrada hasta el momento. Quién sabe de qué calaña sería la moral y la resistencia de Ellos, la estructura de la Sociedad. Una estrategia de crédito nunca subestima a sus víctimas, sino que le atribuye de antemano la capacidad de sorprenderle para prever sus reacciones futuras.

De momento tenía aquel disco etiquetado “O.C”, así que debía ir a comprobar su contenido. Recordó que Jessie tenía un ordenador en su larguísimo mostrador en la tienda, así que decidió esperar a las cinco y acudir a la tienda con el diskette.

Pensaba en qué entretenerse cuando sonó el teléfono, como si alguien estuviera esperando un momento libre de su tiempo:

- Diga – contestó fría.
- ¡Hola!, soy Josh... ¿qué tal ayer?.
- Sin novedades, ¿se te permite estar al tanto de mis misiones?
- Esta me interesaba mucho, Chase – dijo cambiando el tono, tras detectar su resistencia verbal.
- ¿Quién es Copestone?. Lo nombraste ayer.
- ¿Se permite a una ejecutante estar al tanto de los temas de la Sociedad?.
- Aquí hay demasiadas preguntas, ¿no te parece?.
- Oye, Copestone no es nadie, sólo un amigo que ahora respirará más tranquilo.
- ¿Tenía una deuda la Sociedad con él o algo así?.
- Digamos... que fue generoso con ella. Nada especial.
- Me intriga tanta generosidad entre vosotros.
- Sí, bueno, por eso lo mantenemos en secreto – dijo divertido.
- ¿A Rucin’ski también? – preguntó Chase probando a ciegas.
- Me... parece que ahora sabes tú más de él que yo mismo.
- Hice mi trabajo, así de simple – aclaró Chase.
- Y yo el mío: los números, sólo escuché su nombre por ahí...

Era cierto. Chase sabía que aunque un contable tenía acceso a ciertos documentos de la Sociedad, no era alguien de confianza absoluta de la misma. Se imaginó armarios enteros de cuadernos económicos llenos de asientos, imposibles de explicar nada por sí mismos. Pero, ¿podría Josh trascender aquellas cifras interminables para obtener de ellas una interpretación de las acciones de la Sociedad?. Quizá debiera prestarle algo más de atención... aunque sería difícil de justificar con el engaño.

- Ya – claudicó Chase – algún día tendrás que contarme más de tu trabajo.
- ¿Llevo velas? – sugirió elocuente un Josh atónito.
- ¡¿Qué he dicho?!
- Nada, déjalo. Oye... conoces las normas.
- Tú no pareces respetarlas tampoco, ¿o con quién estás hablando?.
- Es diferente.
- ¿Sí?.
- Está bien, ya veo que no es un buen momento, te llamaré.
- Bien, cuídate, Josh.
- Tú también. – Y colgó.

Algo empezaba a tomar forma. Rucin'ski había dado con algo, sí... quizá con información que demostrara la falsedad del informe auditor de Copestone sobre la Orange Coast, lo que, de haber sido publicado, le hubiera puesto en una muy difícil situación. “Sólo un amigo que ahora respirará más tranquilo”, así había descrito Josh a Copestone, ¡un amigo!. Chase concluyó hablando despacio “Copestone es socio, sí...”.

- Su trabajo estaba en peligro... – murmuró en voz alta... “y si el artículo de Rucin'ski no se publica, queda libre” añadió a la frase en su mente. Chase había colocado en a Copestone en una difícil situación y se dio cuenta de que la Sociedad no dudaría en eliminarla si empleara aquella información para perjudicar a Copestone, pero... ¿y si la propia Sociedad se viera obligada a claudicar para proteger a Copestone de ella?. Sí, era una forma de ganar posiciones, pensó, pero comenzó a medir los riesgos. La operación le venía grande, especialmente ignorando los métodos de actuación del coloso al que pretendía molestar.

Necesitaba pruebas determinantes.
Cogió el diskette y salió de casa.

- ¡¿Pero qué haces aquí?. ¿Estás loca? – gritó en voz baja Jessie nada más verla. Chase le miraba desde el otro lado de la tienda, vestida como una ama de casa con gafas de sol, sin un ápice de estilo. Fingía revolver en una gran caja de cartón colocada justo al pie de una de las dos columnas que incordian en el interior de la tienda. La verdad es que se trataba una tienda no describible como de pequeñas dimensiones, aunque la decoración no era una de las cosas que Jessie hubiera tenido muy en cuenta. De día, con luz, Chase decidió que el conjunto no mejoraba la visión nocturna de la tienda que ya conocía. Ciertamente, Jessie sabía cómo pasar desapercibida como ejecutante.

En la caja, centenares y centenares de bragas de color amarillo gastado se liaban unas con otras. Eran enormes, de estilo industrial, o lo que es lo mismo, antiestéticas y sabaneras. No dejan hueco a la imaginación de ningún marido, pensó Chase, porque la tela debía de cubrir más piel de la dama de la que ella sabía que podía resultar de interés a su hombre. A Chase le costó imaginar quién podría vestir algo así, aunque no le costó imaginar a quién podría seducir con ellas, no tenía buen concepto de los hombres. No sabía si estaba en la modelo o en la ropa, quizá en los dos, pero no le sería difícil.

- Necesito el ordenador, Jessie. – dijo Chase, volviéndose hacia ella, mientras su mano arrugaba en el interior de la caja una de aquellas bragas dentro de su puño y lo metía a continuación en uno de los bolsillos del abrigo.

- No puedes venir a estas horas... todo el mundo nos verá juntas – replicó.

Chase caminaba en dirección al mostrador donde Jessie tenía instalado el ordenador, un trasto de color gris, producto de los años, que, por su imagen no prometía resolver muchos problemas en la tienda. Ni siquiera estaba encendido.

- Oye, deja de protestar, ¿quieres?. Acabas de abrir, no vendrá nadie.

Chase rodeó el mostrador, dejando un bolso de tela sobre éste y encendió aquella languiducha máquina.

- Me vas a buscar un lío... y las dos lo vamos a pasar mal. ¿Por qué no me has avisado de que vendrías?. – Jessie cogió las llaves de la tienda y corrió hacia las puertas para cerrar. Mientras, Chase ya estaba sentada tras el ordenador y sacando el diskette del bolso.

No era una gran experta en ordenadores, quizá porque no reaccionaba como los hombres, no eran manipulables, ni cálidos, ni vulnerables. Siempre había oído que aquellas malditas máquinas estaban a su servicio e incluso había aprendido, gracias al entrenamiento de la Sociedad, algunos trucos para rastrear ordenadores. Suponía que en algún momento habían pensado que le sería útil, aunque ella esperaba ser capaz de obtener información de maneras más humanas.

Jessie estaba empezando a ponerse algo histérica:-

- ¡Tienes que avisarme, Chase!, si no, no vuelvas a venir a la tienda, ¿me has oído?.

Chase no le miró, pero levantó un brazo y le enseñó durante un medio segundo el diskette que había robado al Sr. Rucin'ski, en cuya etiqueta aún se leía: "O.C.".

- ¿Qué es eso?

- Algo que puede interesarnos.

- ¿De dónde lo has sacado?, espero que no se lo hayas quitado a nadie, ¡prométemelo!. – gritó.

- ¡EH!, no pasa nada, ¿quieres calmarte?. Ayúdame a saber qué tiene.

- Esto nos costará la vida si se entera alguien, ¿tú qué clase de entrenamiento recibiste?.

- Ya he metido el diskette, ¿me ayudas?.

Jessie Suspiró, esperó unos segundos ante la mirada fija de Chase, y acercó una silla a su lado.

- Está bien, déjame.

Jessie parecía moverse con más experiencia.

- Mira, es un documento...

- Pues ábrelo.

- ¡Sólo un momento, de acuerdo?! – dijo extendiendo sus nerviosas manos.

La pantalla de aquel viejo ordenador se convirtió por un momento en la redacción portátil del Sr. Rucin'ski:

- “¿Qué trama la Orange Coast?” – leyó Chase en voz alta.

El documento tenía un titular en negrita y se preguntaba sobre algo con lo que Chase supo identificarse rápidamente, quizá recordando las palabras de Rucin'ski.

- A ver... “Surgida de no sabemos dónde, la Orange Coast Corporation se ha convertido en una de las más importantes compañías del escenario bursátil del país, y aún nos estamos preguntando quién o qué está detrás, qué intereses persigue con sus extraños movimientos que a continuación describiré, y desde luego, de dónde ha salido el capital de que está formada”- leyó Chase en voz alta.

- Oye, no entiendo nada... ¿qué es todo esto?. ¿Qué es la Orange...?

- Es una empresa, espera a ver qué saco de todo esto... “ Puede que usted sea uno de sus miles de accionistas, puede incluso que se haya beneficiado de los dividendos arrojados en el último trimestre por esta corporación tan gigantesca como opaca. Sin embargo, no debe estar al margen de los extraños sucesos que han acontecido con relación a ella en los últimos tiempos. “ – continuó.

- Chase, no podemos ver esto durante horas – dijo Jessie nerviosa, mirando hacia la puerta esperando que no viniera nadie.

- Está bien, me saltaré una parte... – Los ojos de Chase continuaron dando saltos de línea en línea hasta que encontró algo:

- “, es verdad que esta empresa debe resultar de enorme interés para algún empresario desconocido, o quizá para un macrogrupo financiero que tiene sus propios planes. Si no, no se entienden los intensos esfuerzos desplegados para protegerla contra adversidades financieras, comunicativas y jurídicas aparecidas. Apunten este nombre: Copestone, auditor para la Francisce Audits, una marca conocida por todos y hasta ahora sinónimo de confianza y seguridad, no siéndolo de igual manera su citado empleado, que tras comprobar extrañas operaciones y sospechosos asuntos en la gestión, según informan fuentes internas, no duda en colegir y sentenciar positivamente sobre las no demasiado transparentes cuentas de la Orange Coast. ¿Qué interés puede tener este auditor?. El que escribe ha comprobado la inexistencia de contacto accionarial alguno entre Francisce Audits y la Orante Coast, lo que hubiera supuesto un flagrante delito financiero, y entonces, ¿quién tiene interés por la suerte de la Orante Coast?. “

El timbre de la puerta sonó inclemente, incapaz de observar lo que sucedía en el interior de la tienda. Jessie levantó la vista y se horrorizó al comprobar cómo un hombre maduro, de unos 47 años, esperaba al otro lado de la puerta sujetando varias bolsas de comida en cada mano. La cara de Jessie pasó del horror a la estupefacción, y de ahí a un rarísimo gesto:

- ¡Mierda!, es el marido de Maggie, viene a buscar un paquete para su mujer... ¡mierda!, ¡mierda!, ¡mierda...! – y salió corriendo hacia la puerta tras coger las llaves de la misma.

Saludó al avergonzado señor (sabedor de lo incómodo de su presencia en una tienda de aquellas características), que no tenía ganas de dar grandes discursos; por el contrario, recoger rápidamente la caja y desaparecer.

- B.. Buenas tardes, ¿está lista la caja de mi señora? – tartamudeó .

- ¡No!, er... ¡Sí!, estará lista dentro de unos minutos, pero... verá, ahora estoy terminando los últimos detalles, ¿sabe? – dijo nerviosísima – MM... ¿No podría venir dentro de unos minutos? – y achinó los ojos esperando que se lo tomara como no esperaba que hiciera. Pero la vergüenza debió ser demasiada, y el hombre no gritó demasiado:

- ¡Me han dicho que estaría listo!, ¿usted piensa que podemos perder tres tardes con este encargo?

- No, no, no... no se preocupe, estará listo, se lo prometo, pero tendrá que esperar unos minutos...
- Esperaré dentro, si no le importa.
- Pues... sí, mejor que sea fuera, ¿sabe?. ¿Por qué no va a hacer otro recado mientras ... quiere?.
- Oiga... – Iba a interponer alguna excusa maldita de esas que tanto odiaba dar, cuando Chase, que estaba oyéndolo todo, le gritó desde el fondo del mostrador:
- Jeeeeeessie, hazlo.

La idea ni se le había pasado por la cabeza a Jessie, pero aquel hombre estaba a punto de armar un escándalo en la calle y atraer a más vecinos:

- Perdóneme – dijo mientras se desabrochaba el botón más alto de su vestido amplio de dependienta – en este momento no puedo atenderle como me gustaría, pero si quisiera pasarse dentro de un rato – el segundo botón, liberado – creo que podría enseñarle el interior de... la caja, y así quedarse más tranquilo, ¿no querrá que su señora se enfade y tenga que venir de nuevo, verdad? – El tercer botón había caído, y los ojos de su improvisada víctima como ejecutante ya no podían mirar a otro lado salvo al sujetador de Jessie, que aunque pequeño y comprado en otra tienda diferente a la suya, lucía un color blanco brillante que contrastaba con el color de la piel de su pecho.
 - Bueno... luego vendré y ... espero que esté todo listo, señorita.
 - ¡Seguro!.
- Y Jessie cerró la puerta y su vestido tan pronto como pudo:
- Grrr!! ¡Te odio Chase!.
 - Considéralo... los deberes de una ejecutante – bromeó sin dejar de leer de la pantalla.
 - ¿Quieres dejar de llamarme así en alto?.
 - Anda, ven aquí, mira lo que dice de esta fusión.

Jessie no estaba en absoluto interesada pero decidió hacer caso con el fin de que leyera cuanto antes y le dejara en paz. Se suponía que había creado aquella tienda como una estupenda tapadera, una manera de proyectar cotidianeidad y transparencia ante el vecindario. Definitivamente, gustaba de lujos caros, pero ninguno de ellos se llevaba o lucía en público, donde Jessie no era más que una buena ciudadana de corte principalmente conservador. Ni siquiera la tienda contenía artículos capaces de llamar la atención más que de cierto perfil de señora totalmente inofensivo para ella. Sin embargo, Chase estaba arruinando aquella imagen, ¡se suponía que las reuniones eran secretas y nocturnas!, ¡ya hacía suficiente albergándolas en su sótano desde hacía mucho tiempo!.

- Está bien, qué dice... – rodeó el mostrador y se sentó de nuevo junto a Chase.
- “Nadie tiene una explicación verosímil acerca del origen empresarial de la Orange Coast, nacida a partir de una fusión multitudinaria de varias pequeñas empresas. Además, no existen documentos sobre estas operaciones, ni sobre sus cuantías. Tampoco parece que las empresas integrantes tuvieran un pasado, ni capital alguno. Sin embargo, para quién pregunte sin especial interés, la historia de la fusión se propone como la única explicación. Al que escribe, esto le resulta no sólo bastante extraño sino también, probablemente, una tapadera para disfrazar de normal una estrategia de intereses ocultos seguramente perversos en términos económicos”. – Leyó Chase.

- Yo vendería mis acciones de la Orange Coast – dijo Jessie.
- Está visto que este artículo no gustaba a nadie.
- ¿Dónde se publica?
- No se publicará, por el momento – dijo Chase, como si se guardara un as en la manga para mejores momentos.
- Imagino que tú tienes algo que ver con eso... ¿me equivoco?. Dime qué sí... por favor...
- Esta noche, reunión.
- ¡Me lo temía! – exclamó.
- Avisa a las chicas.

Chase iba de camino a casa, paseando, de vuelta de la tienda de Jessie. En su mente, intentaba buscar la mejor manera de combinar nombres de personas, empresas, y todo lo que había descubierto. Estaba claro que la Orange Coast se había convertido en una fuente de problemas para la Sociedad que no hacía más que enviar ejecutantes a misiones para tapar los desperfectos de la operación: un periodista curioso, un auditor parcial descubierto, y quién sabe qué más cosas. Si pudiera contactar con otras de las chicas enviadas a misiones relacionadas... podría atar muchos más cabos, pero no sólo era prácticamente imposible sino además tremendamente peligroso. El grupo de ejecutantes con contactos entre sí era ya suficiente. Más gente suponía más riesgos, y Chase necesitaba discreción para hacerse con información suficiente y preparar su ascenso.

Información. Eso es lo que necesitaba. Sí, tenía un contacto y él podría darle más datos sobre las intenciones de la Orange Coast y su utilidad para la Sociedad o sus socios, pero también tendría que investigar los documentos públicos sobre estas empresas para saber cómo se formaron y intentar atar los cabos sueltos de Rucin'ski. Y además tendría que buscar una manera de conocer mejor las personas implicadas con el asunto desde la Sociedad para encontrar su vía de acceso a la misma, puesto que hasta ese momento, toda su relación con la Sociedad se limitaba a esos telefónicos contactos en los que una voz, a veces incluso distorsionada, le transmitía un nombre, una dirección y un objetivo en una frase. Definitivamente, si no fuera por los ingresos, nadie diría que Chase, o cualquiera otra ejecutante, tenía una relación de ningún tipo con sus jefes.

¿Cómo podría atender tantas fuentes de información?. Ahí era dónde esperaba la colaboración de las chicas, que podrían ocuparse de algunas de estas misiones clandestinas. El problema era que necesitaba la unanimidad del grupo, que cerrara filas en torno al objetivo común asumiendo el riesgo de que alguna de ellas, superada por las circunstancias o por el miedo, perdiera los nervios y enviara todo al diablo dando la voz de alarma. Pensó en Jessie antes de que la frase hubiera terminado de diseñarse por completo en su mente. Sí, ella podría ser un problema, estaba segura porque era muy inestable y estaba obsesionada con mantenerse dentro de las normas.

Otro problema, derivado del grupo de chicas, era que alguna de ellas fracasara. En realidad no sabía cómo de buenas ejecutantes eran cada una de ellas y tendría que delegar misiones con cierto grado de incertidumbre. Ciertamente, no dudaba de Heather lo más mínimo. Se la imaginó desplegando sus encantos y su sentido común ante las perdida mente y la distraída mirada de algún pobre machista en vías de pensar alguna

cosa interesante que decirle y no pudo más que sentir lástima por él. No, Heather no sería un problema excepto en el caso de que no apoyara el inicio de esta campaña.

¿Qué podría pensar de Dannii?. Era la más charlatana de todas, ni siquiera estaba segura de que no fuera a revelar el plan a la primera víctima mientras se quitaba la ropa. “Ha superado el plan de entrenamiento”, pensó Chase intentando justificar la mínima confianza que estaba dispuesta a concederle.

Norah era otro contar, con sus fuertes brazos, musculoso cuerpo y clarísimas y críticas ideas contrarias a la Sociedad y su manera de ver a las ejecutantes. Sabía que sería la primera que apoyaría el plan en cuanto descubriera que su sentido era ascender en la cadena de mando o poner contra la pared a ciertas alturas de la Sociedad.

Tenía que pensar una manera de exponerles la necesidad de dar rienda suelta a la ambición, pero evitando estas palabras o encontraría el rechazo de Jessie y probablemente la inexperta y recién llegada Alice.

Chase caminaba distraída maquinando cuando a punto estuvo de pasarse la puerta de entrada a su propio jardín. Después de atravesar la puerta de su casa y verse perdida en la diafanidad de su salón, lo primero que hizo fue descalzarse y tirarlo todo sobre uno de los sofás. Enseguida subió al saliente de la pared otras veces descrito como el lugar donde la cama que nunca usaba quedaba totalmente cubierta por prendas de disfraces, atuendos... y su ropa personal. La verdad es que la frontera entre ambas se había perdido para siempre dado que, en ocasiones, todo su armario de trabajo no conseguía el punto de normalidad que necesitaba para una misión, y que sí encontraba en sus prendas, por raras que fueran. Ya no estaba claro qué prendas de aquellas eran de Chase y cuáles de la ejecutante, aunque dentro de sí misma, especialmente ante los nuevos objetivos sobre la Sociedad, la diferencia tampoco estaba clara. Estaba cambiando más de lo que nunca pensó, aunque no le importaba: era lo que tenía que hacer dada su situación, sus posibilidades, sus deseos.

Chase dejó encima de todo aquello las bragas que había robado de la tienda de Jessie. “Nunca se sabe”, se aseguró a sí misma.

Aquello necesitaba ser ordenado, sería un buen entretenimiento hasta la reunión con el resto de las cintas negras por la noche, de manera que se puso manos a la obra. Lo más divertido resultó ser descubrir que tenía cosas olvidadas, como aquellas botas de punta afiladísima y tan largas que le llegaban hasta la mitad de los muslos. Brillaban como mil ángeles y prometían ser el centro de atención en cualquier discoteca. “Y en cualquier sitio del mundo”, pensó. También sintió algo de nostalgia al reencontrarse con unos leotardos blancos que utilizó con una de sus primeras víctimas. Le sorprendió con un atuendo propio de una niña de 10 años, aunque la orografía de Chase no hizo del disfraz algo verosímil, cosa que a aquel hombre no le pareció reprochable de todos modos. Y allí también estaba aún, debajo de todo aquello, la liga que llevó bajo el vestido de novia con el que atacó a un funcionario de correos en una misión reciente. Acabaron en una cama, ella sin vestido, mientras él pensaba que sería una gran noche. En el último momento, conseguido el objetivo, Chase saltó y corrió hacia la puerta y desapareció para siempre, eso sí llevándose tan sólo la liga, que era de lo poco que al funcionario no le había dado tiempo de quitarle.

La crueldad de Chase ocupó su mente cuando la prenda que apareció ante sus ojos fue un vestido estampado de flores rojas y blancas que había llevado el día en que Josh abrió su ficha como ejecutante. Era un día de verano, hacía un calor insoportable, y Chase decidió que aquello, que a todas luces era lo más corto que tenía en su armario, llamaría la atención de sus nuevos jefes. Josh quedó totalmente cautivado, quizá por lo luminosa que resultó a su mirada la chica del vestido. Cruel... sí, porque decidió ponérselo, aunque él no estaba allí, sólo para ver cómo le quedaba, qué vio en él, o en ella, aquel contable. Se bajó los vaqueros que llevaba en ese momento y se quitó el jersey que escondía entonces sus pechos. Tomó el vestido y lo hizo deslizar desde la cabeza todo el camino hacia abajo, hasta que quedó completamente estirado sobre su cuerpo. La parte inferior terminaba en un pequeño vuelo de la tela, pero tan corta era ésta que ni un centímetro de sus piernas quedaba oculto en el reflejo del espejo. Ni un centímetro de su ropa interior se veía tampoco, pero sólo si permanecía inmóvil como una estatua griega de medidas armoniosas e impecables, puesto que el más mínimo ademán de movimiento descubría bordes y rápidas visiones de sus braguitas que le recordaron el modo cómo encendieron a Josh.

Decidió dejárselo puesto.

Al fin, y aunque parecía imposible, una cama apareció bajo la montaña de ropa, aunque su estado, al menos el de sus sábanas y mantas, la deprimió tanto que decidió dejar el asunto para otro momento. ¡Tenía que preparar su exposición para la reunión de esa noche!.

- Ayúdame – le dijo Jessie abriendo la trampilla sobre el suelo de su tienda que daba acceso al sótano secreto convertido en guarida ejecutante.
- ¿Soy la primera en llegar?
- Sí, por eso esta portezuela del diablo se resiste tanto. – musitó con dificultad mientras la levantaba – Luego ya se abre fácilmente.

El agujero de la trampilla era el hueco más oscuro que Chase había visto en su vida. No sólo no parecía que hubiera nada en su interior más que un brutal abismo, sino que además era como si de allí se escaparan rayos de oscuridad que iban apagando los reflejos de luz sobre las paredes de la tienda, la poca luz que entraba por las ventanas desde la calle, como todas las noches. La idea de bajar por aquellas escalerillas era lo último que estaba dispuesta a hacer, y se acordaba de aquella ocasión en que quedó atrapada en el ascensor de su casa cuando sólo era una niña. Aún tenía pesadillas recordando la angustia que sufrió durante más de una hora en soledad.

- Está bien, no pongas esa cara... Bajaré yo – dijo Jessie, que acababa de echar un vistazo al rostro de Chase.
- Uff... pensé que no lo dirías. ¿No te mueres haciendo eso cada vez?
- No me cautiva, si es a lo que te refieres, pero me da más miedo que la Sociedad se entere de lo que hacemos aquí abajo.

Chase escuchó un chasquido y las luces se encendieron en el sótano, revelando la figura de Jessie que ya había empezado a ordenar los cojines del suelo y a colocar con

perfección enfermiza las mantas del suelo, perfectamente alineadas las unas con las otras.

- ¿Hola? – sonó al otro lado de la tienda. Otra de las chicas esperaba que le abrieran.
- Jessie, creo que ha llegado Dannii , ¿me oyes? – gritó inclinándose sobre el hueco de la trampilla.
- ¿Estás segura de que es Dannii? – le respondió.
- Creo que sí...
- Entonces ¡déjala fuera!, así nos ahorraremos un par de millones de palabras de su verborrea esta noche...
- ¿Me abríiiiiís? – insistió Dannii desde lejos. – Sé que estáis ahí, vamos.
- Iré a abrir – dijo Chase.

El itinerario entre los mostradores y cajas de la tienda de Jessie hasta llegar a la puerta no estaba bien iluminado, pero había prohibición expresa de no encender más luces que la del interior del sótano, de manera que Chase tuvo que ir palpando cada objeto. Aún así, el trayecto no quedó exento de unas cuantas patadas involuntarias a cajas que ni sabía que estaban allí.

- Buenas noches, Dannii – dijo antes de abrir la puerta, mientras buscaba el cierre de la misma.
- ¡Chase!, ¿por qué has tardado tanto?
- Aquí está todo muy oscuro.
- ¡GRR!, esa obsesión de Jessie, no va a terminar nunca con sus miedos.
- Ya está. – La puerta se abrió y cerró rápidamente para que entrara y comenzó a desabrocharse el abrigo.
- Oye, Jessie me ha dicho que tenías algo que decirnos, espero que no tardes mucho porque me encantan las sorpresas y...
- Sí, pero aún tendrás que esperar a que lleguen las demás. Es algo importante.
- MM:... suena magnífico, magnífico. He traído café, requisito imprescindible para una fiesta de pijamas que se precie...
- ¿F..fiesta, Dannii? – Chase estaba perdida.
- Bueno, seis chicas hablando de cosas importantes, de noche y a solas, ¿a ti qué te parece?.
- Que te vas a aburrir.
- Nooo, - dijo mirando hacia el interior de la tienda y buscando el camino hacia la trampilla – no lo creo. Yo también tengo cosas que contaros...

“Seguro”, pensó para sí misma Chase.

- ¡¡Jessiiiiiiiiieeeee!! , he traído café, ¿me oyes?

Chase creyó escuchar el sonido sordo de un cráneo chocando contra una pared en el subsuelo, pero decidió aguantar el gesto en la oscuridad para no verse contagiada.

Unas palabras se oían, en bajito, al otro lado de la puerta de la tienda, cerca de donde aún estaba Chase:

- ¿Hola? – se oyó.

Chase abrió el cerrojo de nuevo y las figuras oscuras de dos chicas con mucho frío se colaron por la puerta.

- ¡Cierra, cierra!, hace un frío horrible. Espero que funcione el calentador

Eran Norah y Heather, la primera de las cuáles ya había empezado a quejarse. “Vaya noche”, pensó Chase para sí misma.

- Hola, Chase, ya estoy impaciente por saber qué has descubierto – dijo la voz de Heather, que al bajarse el capuchón de su abrigo descubrió toda su belleza. La tenue luz de la tienda se reflejaba preciosa en sus ojos, en sus pendientes con un brillante a cada lado y en la plaquita dorada que colgaba de su cinta negra alrededor del cuello.

- ¡Cómo lo sabes? – preguntó atónita Chase.
- Bah, Jessie me ha contado algo.
- Entonces espero que estés de mi lado.
- Cuéntamelo mejor primero. ¿Bajamos ya?.
- Sí, por favor, vamos al calentador – suplicó Norah.
- Adelante, sólo falta por llegar Alice.

Las tres atravesaron la tienda lentamente y bajaron por la trampilla charlando animadamente. En el interior del sótano el ajeteo era incesante: Dannii estaba recogiendo los cacharros sucios del café de la última vez, mientras que Jessie trataba de mantener a Dannii lo más lejos posible del café y de sus artilugios. Norah acababa de llegar y ya había atesorado cuantos cojines encontró en una montaña que había quedado cubierta bajo su cuerpo derrengado, lo que teniendo en cuenta sus dimensiones la hacía parecer un monstruo malherido, aunque con pantalones. Heather se estaba quitando una cazadora vaquera, quizá para desesperar a Chase dejándole ver la perfección de sus curvas que encontraban en aquellos vaqueros, aquella camisa y los tirantes que, morbosos, se colocaban sobre ésta sólo importunados por sus naturales y perfectos pechos, una representación externa de lo más sensual y sugestivo. Enseguida se ofreció:

- ¿Os puedo ayudar en algo?
- Sí, chúpame los pies o maltrátame la espalda con tus manos, necesito un masaje... – exclamó Norah con la cabeza caída sobre los cojines hacia detrás y su cuerpo extendido.
- ¡¡Café para Norah!! – exclamó con femenina delicadeza Heather mientras insinuaba una maravillosa sonrisa a Chase, una tan estupenda y luminosa que ni la peor intención de ésta fue capaz de para interpretarla de malas maneras.
- No, No, no... ¡el otro día salió mal por tu culpa, Jessie!, ¿quieres dejarme a mi?
- ¿Mi culpa?. ¡¡Por poco quemas mi sótano y dices que es mi culpa?!.
- Jessie, te lo advierto, te dejaré sin café; ¿no recuerdas cuando estuvimos pasando aquel día en el campo?. Te empeñaste en abrir tú misma aquella lata de sardinas...
- Trae aquí, ¡lo tirarás!
- ... y aún deben estar las raspas criando de todo en el suelo de aquel cerro, ¡si tan sólo me hubieras dejado a mi...!

Chase se reía por dentro mirando el panorama. Pocos dirían que allí se daban cita cinco de las más poderosas mujeres, capaces de ablandar las asperezas de la vida de los socios de aquella entidad a la que pertenecían... de alguna manera. Podían conseguir cualquier cosa, tenían el entrenamiento adecuado y el cuerpo perfecto para ello, pero las unas eran demasiado para las otras.

- ¿Me oye alguieeeen? – se oyó bajito, viniendo del piso de arriba.

- Es Alice, voy yo. – Chase comenzó a subir las escaleras hacia el piso de la tienda.

Una mirada algo inocente apretaba la nariz contra el cristal y saludaba confiando que alguien le viera. Chase abrió el cerrojo y Alice entró.

- Uff... pensé que no llegaba y que ya estaríais abajo.
- Sí, ya han llegado todas. Vamos abajo – dijo sujetando el brazo de Chase para que no se fuera tan rápido.
- Me... siento algo asustada cuando bajo ahí, ¿sabes?.
- ¿Qué dices?, pero si fuiste tú quién me trajo a conocerlas.
- Ya, pero... tú eres más como ellas. Me cuesta ver qué tenemos en común.
- Somos ejecutantes, ¿no te sirve?.
- Supongo... pero...
- Pues vamos, reunámonos abajo.

Chase sabía que Alice necesitaba otro tipo de palabras, pero no era el momento, ni quizá ella tampoco la persona más indicada para ofrecérselas. La Sociedad era una meta ambiciosa, un objetivo que podría llevarle años conquistar y necesitaría toda su autoestima y fortaleza. Alice no era como ella, no era como las demás, y Chase sabía que sus impresiones eran ciertas, pero tenía que continuar. Había que convencer a aquellas mujeres de que podían ser más de lo que eran, de que tenían que dejar de ocultarse y tramar una manera de alcanzar nuevas alturas. Con pensamientos como el de Alice, nada de eso podría hacerse realidad.

- ¡Alice!, ¿qué te ha pasado?. – Saludó Dannii ya en el sótano.
- Hola... ¿qué hacéis?, ¿café?, ¿es eso café?. Oh... ¿hay para mí?
- ¡Sólo si Jessie quita sus manazas de aquí!. – dijo mirándola de reojo.
- ¡Es mi sótano! – le respondió Jessie.
- Con leche y mucho azúcar, ¿vale? – concretó Alice, que no soportaba otra manera de tomar el café.

Heather se había sentado delicadamente sobre uno de los cojines que le había robado previamente a Norah, cuyos bufidos hacían presagiar una mente en horas bajas. Ambas estaban exactamente en los lugares donde se habían sentado la vez anterior. Era como si, al menos el lugar de Heather, fuera el de una líder que observaba desde su sitio cómo el resto se peleaba por los trocitos de una conversación cuyas mejores tajadas acabarían en sus fauces de seductora y estratega. Bueno, eso fue lo que pensó Chase, que intentaba adjudicarle a la de los pendientes de brillante alguna intención negativa con tal de considerarla humana, aunque hubo de rendirse y aceptar su divinidad por enésima vez.

Por fin Dannii y Jessie terminaron con el café y lo acercaron a las mantas y los cojines sobre los cuáles se empezaban a sentar todas.

- Cuidado que está caliente – avisó Jessie
- Oye, ¿de quién es este abrigo? – preguntó Norah.
- ¿Quién quiere azúcar?
- Yooo – se apresuró a decir Alice – yooo.
- Mm... pues está muy blandito – continuó Norah acurrucándose sobre el abrigo de alguna de aquellas mujeres.

- Yo quiero una cucharada de azúcar, pero sólo una porque una vez tomé dos y media y estuve sin dormir tres noches. ¡Y no sería porque no se lo avisé a Jessie! – se quejaba Dannii, imparable.
- Chase, ¿por qué nos has hecho venir? – preguntó Norah.
- Sí, vamos, suéltalo... aunque me temo que tendrá que ver con... – había empezado a decir Dannii.
- ¡eh!, deja a Chase que lo diga ella – cortó Jessie. – Esta tarde hemos visto algo.

Chase tomó la taza de café que Dannii le había colocado sobre la manta, le dio un par de vueltas con la cucharilla y tomó un sorbo.

- Veréis, debo hablaros de la Sociedad y de nosotras. – dijo con voz grave.
- Oh, no – Jessie veía venir palabras peligrosas.
- Ayer tuve ocasión de averiguar ciertas cosas sobre algo importante que está sucediendo en ella.
- ¿Has investigado algo? – preguntó Heather, mientras Norah, como si toda la cafeína le hubiera hecho efecto al instante, se incorporó y le miró a los ojos con seriedad.
- Podría ser.

Se tomó un nuevo sorbo.

- Tenemos algo, – dijo. – algo por donde empezar, un hilo de donde ir tirando hasta ver qué obtenemos, pero os prometo una visión amplia de lo que está sucediendo en la Sociedad.
- ¿Qué has averiguado? – dijo impaciente Norah.
- Por ahora poco y con lagunas. Veréis, hay una empresa llamada “Orange Coast”, ¿os suena a alguna?.

Silencio.

- Aún no sé nada de ella, pero por lo que sé, se trata de una empresa muy valiosa para la Sociedad porque ya he sido enviada a dos misiones consecutivas para protegerla a ella o a personas relacionadas.
- ¿A qué se dedica? – preguntó Jessie diciendo no con la cabeza.
- No lo sé, es algo muy confuso, porque parece ser el producto de una fusión múltiple de varias empresas de muy diversos tipos, aunque esto no está confirmado. Lo que sí está seguro es que tiene algunas dificultades. Un periodista llamado Rucin’ski... - pobrecillo... – miró con ojos pícaros Norah.
- ... escribió un artículo en el que acusaba a la empresa de secretismo y de esconder algunas operaciones además de sus propias cuentas e historia. Ya no se publicará, pero me hice con una copia y tras leerlo estoy segura de que la Sociedad tiene algún interés en ella.
- ¿Conoces a alguien de dentro de la Orange Coast? – preguntó Heather.
- No.
- ¿Quién más quiere protegerla? – preguntó Alice.
- Copestone. Es auditor, trabaja para la Francisce Audits, que es la auditora de la Orange Coast. Al parecer, Rucin’ski tenía razón: la empresa no es trigo limpio y necesita un poco de ayuda para pasar los controles. Copestone es la clave y estoy convencida de que es miembro de la Sociedad.

- Vaaaale, parad el carro un momento, ¿queréis? – gritó Jessie. - ¿Alguna está pensando lo que yo?.
- Oh.. no empieces otra vez, ¿quieres? – dijo Norah.
- ¿Empezar qué? ¿a tener cuidado de mi y de vosotras?. Todo esto NO nos incumbe, ¿sabéis?, y las respuestas pueden costarnos el puesto... ¡o sabe Dios qué más!.
- Tengo un contacto que aún no he explorado, pero me parece que nos dará una buena pista para entender qué se propone la Sociedad. Sólo tenemos que investigarlo.
- ¿Me estáis oyendo? – interrumpió de nuevo Jessie. - ¿Es que aquí todo el mundo está contra los que nos pagan el sueldo?. No puedo creerlo.
- ¿Qué sueldo, Jessie? – le preguntó Norah.
- Uno que paga tu casa en el centro de la ciudad y tus especiales caprichos...
- ¿Y qué hay de nuestra dignidad?
- Quizá debiste pensarlo mejor el día que abrieron tu ficha, y además, ¿es que no es digno estar aquí?, ¿no es digno hacer un buen trabajo y ser pagada por ello?. A mi me sirve.
- Sólo te lo pagan porque les eres útil, Jessie – Chase tenía que convencerla o contagiaria a las demás. – No estás a su altura y te harán desaparecer tan pronto dejes de tener sentido para ellos.
- ¡Pues con más motivo! – Jessie lo tenía claro.
- ¿Qué propones, Chase? – preguntó Alice.

Chase se tomó un sorbo de café y pensó lo que iba a decir.

- Tenemos un par de sitios de donde obtener más información. Tenemos que organizarnos, tenemos que conseguir tener una visión más alta y entender qué significa la Orange Coast y porqué es tan especial. Si nos repartimos los objetivos y actuamos con rapidez y discreción, podemos reunir las piezas para terminar el rompecabezas y ...
- Chase abrió mucho los ojos.
- ¿Y qué, Chase? – preguntó Heather.
- y... tomar nuestras posiciones.
- Suena bélico, ¿no te parece? – Heather estaba iniciando su punto de vista.
- Somos parte de una guerra, Heather, la de la Sociedad. Y luchamos por ella. Esto es lo mismo, sólo que lucharemos por nosotras mismas y nuestro ascenso.
- Pero, ¿cómo puedes garantizar que podemos investigar sin ser descubiertas y fulminadas?.
- ¿Estás loca?, ¡no puede! – gritó Jessie.
- No puedo, pero confío en vuestra calidad como ejecutantes. De vuestras intervenciones y de vuestra discreción, depende nuestro éxito. ¿Habéis fallado en vuestras misiones oficiales hasta ahora?.
- Yo no – apuntó Norah.
- No, no, no... creo que no lo soportaría – Dannii prometía una explicación pero no se le permitió.
- Yo no he fallado, pero ahora nuestras víctimas-objetivo serían los más listos de la clase: los que nos envían y lo saben todo de nosotras – Jessie estaba muy nerviosa.
- No hemos fallado, ¿veis?. Y los contactos que tenemos son hombres, víctimas cotidianas, sin armas secretas ni nada especial. Están a nuestra merced. ¿Qué me decís?
- Chase se la jugó.
- Ya sabes lo que pienso, Chase – Norah estaba dispuesta a llegar hasta el final por dar un poco de sentido a su actividad y entender para qué servía realmente ser una ejecutante.

- Yo no creo que os pueda ayudar demasiado, pero... quizá sea buena idea sólo si nadie dice nada en absoluto – musitó Alice.
- ¿Bromeas?. Alice, eres una parte importante. Te necesitaré para llevar a cabo una intervención, tienes que estar con nosotras – le dijo Chase mirándola con energía. - ¡A todas!, os necesito a todas, nos necesitamos para hacer esto porque es algo muy grande. Ahí, delante de nosotras, está la puerta de este gran castillo y tenemos la opción de entrar a alojarnos dentro o seguir durmiendo en la calle.
- Tienes un concepto ciertamente desviado de lo que es dormir en la calle – dijo Jessie, - habría que ver tu casa.
- ¡Jessie!, ya está bien. Quédate fuera si lo deseas, mantén al margen y finge no saber nada de esto. – dijo Heather y Jessie se tomó un respiro. – Chase, definitivamente, lo que propones es muy arriesgado, aunque también tentador. Podemos hacerlo pero si alguna de nosotras cometiera un error pondría en grave peligro al resto del grupo. Yo estoy contigo si interponemos unas normas.
- Como si eso fuera a detenerles... – protestó Jessie en voz baja, pero Heather continuó:
- Para empezar, lo que dijo Alice es crucial: Nadie debe decir nada y si no fuera así, deberá avisar. Además, al primer fallo en una misión de cualquiera de nosotras, todo ha de ser abortado de inmediato. Y por último, nadie debe actuar para intervenir de otra manera que no sea puramente investigadora hasta que haya sido decidido aquí por todas nosotras.
- Me parece cauto – Chase veía cerca un acuerdo.
- Acepto todo eso... – dijo Norah.
- Yo... bueno, tengo tanto miedo como aquella vez en que me sorprendieron unos oficinistas desvestiéndome en su despacho, a punto de entrar a por aquel señor...
- ¡Danniiii! – cortó Heather. - ¿Qué dices?.
- Me tiembla todo, no sé... supongo que no voy a decir que no. Estoy aquí, ¿no?.
- Yo también – añadió Alice.
- ¿Jessie? – preguntó Chase.

El silencio tomó el relevo de las respuestas y nada salió de la boca de aquella hermosa mujer. En realidad tenía mucho miedo, pavor, y sólo de imaginar perder la paz de su vida, en su tienda, todo su cuerpo se estremecía.

- No lo sé, Chase. No os voy dejar solas, pero... no estoy con vosotras al ciento por ciento.
- Correrás un riesgo de todos modos – aclaró Chase.
- ¡Ya lo sé!, es lo que más miedo me da, pero ¿qué puedo hacer?. Ojalá no supiera nada de esto.
- Eso es cruel, Jessie. No estaríamos aquí todas – dijo Alice.
- Ya, ya, ya lo sé. No sé qué hacer. Será mejor que sigáis sin mí. Oye, estoy aquí para ayudar pero primero daré un paso atrás, no quiero colaborar activamente. Al menos por ahora.
- Está bien, es tu decisión. – Chase intentaba conformarse con lo conseguido del resto de las chicas. – Heather, ¿sí?.
- Sí, cuéntanos qué más tienes y qué podemos hacer.

Toda la fuerza y la energía de Chase se reunieron en los músculos de su cara para evitar que una risa maliciosa se dibujara en exceso en su rostro, pero no consiguieron que la impaciencia de aquella mujer fuera cubierta por mucho tiempo. Sus ojos se inundaron

de planes e ideas y su mente trabajaba a toda velocidad decidiendo movimientos en su batalla particular:

- ¡Bien...! – dijo achinando los ojos, - Lo primero que tenemos que hacer es ver dónde nos lleva el contacto secreto que le saqué a Rucin'ski. Se comunicó con él porque era periodista, así que tenía algo que contarle.
- Apuesto a que, sea lo que sea que tenga que contar, no le gustará nada a la Sociedad – apuntó Norah.
- Y ya tendremos precisamente lo que tanto le molesta, que será la clave para entender toda la operación.
- ¿Y si no suelta nada interesante? – Alice estaba siendo ella misma, y Chase leyó en sus palabras su propia inseguridad. Le contestó:
- En realidad ni siquiera es una misión, Alice, dado que ese tío quiere hablar.
- ¿Cómo se llama ese tipo? – dijo Jessie a regañadientes.
- Steenburgen; Tengo su dirección, pero nada más.
- Vale, pero no deberíamos depender de él, ¿no te parece?. Quizá podamos averiguar algo por otro lado – dijo Heather.
- Sí, dadme un respiro, ¿vale?. – Chase se rió y se quedó con los ojos inmóviles mirando los de Heather, pensando a todo gas, y dijo dirigiéndose a Alice:
- ¿Por qué no vas tu a hablar con Steenburgen? – y puso una mirada tan digna que la pobre novata pensó que hasta podría hacerlo.
- Yo... bueno... pero no soy buena averiguando cosas – se excusó.
- En realidad me basta con que tomes buena nota de todo lo que diga y él no averigüe quién eres tú: nada que no hayas hecho hasta ahora. Es sencillo, ¿no?.
- Está bien, le escucharé a ver qué me dice. – dijo asintiendo con la cabeza.
- De acuerdo, ahora tenemos que pensar una manera de investigar ese secreto pasado de la Orange Coast, quién está detrás. Dónde se puede ver algo así... – y se quedó pensando cuando...
- ¡EH!!, yo tengo un amigo, bueno en realidad es algo más porque en una ocasión me hizo llegar unos mensajes de lo más... Uff, que trabaja, aunque es un decir porque no da un palo al agua en todo el día, y eso que pasa allí mil horas por semana, en la oficina del registro, ¿ahí no tienen cosas de esas sobre las empresas? – ametralló Dannii sin que nadie entendiera cómo había estado tanto tiempo callada.
- Parece demasiado sencillo – dijo Chase. – pero no perdemos nada por intentarlo. – Vale, está en tus manos, Dannii. La información pública ya habrá sido revisada por Rucin'ski pero seguro que hay más información de la que se ofrece al público. Suerte.

La sorpresa acabó con toda la lucidez verbal de aquella incontenible narradora que apenas podía encontrar las palabras para confirmar que aceptaba el encargo. Chase pensó que era una misión, si es que aquello alcanzaba la calidad de tal, perfecta para ella, precisamente porque necesitaría embaucar con sus palabras y poco más a un hombre así que lo mejor era que éste hubiera mostrado ya algún interés por ella. Tenía claro, de todas maneras, que no debía fiarse de aquella lengua.

- Y queda algo más, pero será cosa mía – añadió Chase.
- ¿Qué vas a hacer? – preguntó Heather, que sospechaba del secretismo de la rubia.
- Apretaré algunas tuercas a alguien – dijo quitando importancia. – Lo importante es que todas estemos juntas en esto, es muy importante que lo comprendáis. Durante todo el entrenamiento fuimos concienciadas de la gravedad de las maneras y del poder de la

Sociedad, ¿no os mostraron sus múltiples maneras de intervenir, de entremeterse, de interponerse en los intereses de múltiples grupos y gentes?. Ahora estamos dándole la vuelta a esta relación, y estamos olisqueando donde menos les apetece, de manera que tenemos que ser extremadamente cuidadosas.

- Chase, creo que sabemos qué está pasando y qué tenemos que hacer, pero no sé si tenemos claro a dónde queremos llegar.

- Al final.

Las palabras de Chase sonaron tan firmes que hasta sorprendieron a la calculadora Heather tras aquella entonación en forma de sentido común que tantos puntos le había procurado entre el resto de las chicas.

- Sí, hasta donde la Sociedad exista, hasta el final de su estructura. – Siguió Chase. – Esto es lo que somos y lo que tenemos: las migajas de un sistema cuyo poder y alcance, incluso penetración en todas las esferas de la vida y del mundo, parece no tener límites. Y nosotras hemos sido parte de todo eso, sin saberlo, sin que nos dejen saberlo, impidiendo que lo supiéramos, de hecho. Pero tenemos nuestro hueco, merecemos nuestro sillón ahí arriba y recibir parte de los beneficios que se intercambian.

Chase se levantó ante la mirada del resto de las chicas, que creían estar escuchando la propaganda de un partido político, aunque se diferenciaba en que Chase sabía dar en el clavo con los auténticos problemas de una ejecutante. Quizá alguna de ellas estaba tremendamente superada por aquella exposición de ambiciones, pero en general era el deseo de todas ellas tanto si había madurado del todo como si no.

- ¿Habéis pensado que ni siquiera somos miembros de ese colectivo?. ¡No somos más que empleadas!, ¡empleadas de poder enviadas y dirigidas por hombres tan vulnerables como las víctimas que arrollamos!. Si nosotras entráramos, muchas cosas cambiarían, y el alcance de toda la Sociedad crecería para el beneficio de todos, grupo en el que nuestro lugar no estaría en cuestión como ahora. – terminó Chase.

Aquel pequeño cuarto, tan frío, bajó aún más su temperatura por el silencio que quedó tras las palabras de una Chase, ahora sí, totalmente descubierta en sus ambiciones. El auténtico sentido, aunque avanzando con anterioridad, no había sido tan dramatizado hasta ese momento. Y su gesto, el mismo que había asustado algún corazón entre el grupo de chicas, aún permanecía bruto y fuerte, casi poderoso, aunque no. Su cara recobró la tranquilidad y miró a aquellas cinco chicas que a partir de ese momento serían las únicas cinco personas de las que dependería, pues cada una de ellas podía no sólo fallar en sus misiones para con el plan general, sino también delatarla a la Sociedad y poner fin a aquello que pasaría a ser no más que una revuelta de corte sindical totalmente cancelada a tiempo.

La más asustada de todas era Alice, que había tomado su placa dorada de la cinta negra entre sus manos y la mantenía mirando a los encendidos ojos de Chase. Seguramente, pensó ésta, nunca había imaginado que su lugar como ejecutante incluiría esta pequeña parte de ambición, aunque en realidad, lo que su mente ocultaba era la sorpresa al descubrir que una mujer tan atractiva como Chase podía lanzar tanta rabia y exhibir tanta ansia.

Dannii había quedado nuevamente muda, quizá porque su paleta de frivolidades no era capaz de ningún brochazo a la altura del momento, y mejor callar. No eran los mismos sentimientos que los de Norah, cuyo gesto sí quería mostrar cierta sonrisa de satisfacción. No sólo entendía cada palabra de Chase sino que estaba dispuesta a dar cualquier cosa por sus planes, por sus ambiciones. Pensaba: “¿De qué manera han coincidido nuestros pensamientos sin saberlo!, Chase”, pero mantenía la boca cerrada, como esperando más.

Heather era otro asunto. Chase no era capaz de descifrar su gesto, que a veces parecía censor de tanta rabia, y otras veces parecía perseguir los mismos ideales pero a través de diferentes medios. Sus bonitos ojos miraban a Chase mintiendo con su imagen acerca de lo que estaba en su mente, seguramente no tan cálido, sospechó. Pero ¡qué genial modo de mirarle!, Chase había perdido ya el impulso de su dicción enrabietada y había quedado prendada del esfuerzo por entender aquellos ojos tan poderosos para el grupo. Era la líder del resto, hablaba por las demás e ilustraba sus puntos de vista... de manera que su opinión era determinante.

- Aún no sabemos nada de cómo funciona todo esto, Chase. – dijo lentamente, con escepticismo. - ¿Qué podemos esperar?. ¿Poder?. Es un concepto demasiado abstracto...
- capaz de concreciones universales, Heather: bautiza el concepto como quieras, ¡todas vosotras hacedlo libremente!, pero seguirá siendo la misma capacidad personal sobre el mundo.
- Supongo que cada una, si llega el momento, gestionará su ración de capacidad personal de acuerdo a sus intereses y su juego de relaciones en el seno de la Sociedad, si es que eso es posible. Nuestra ignorancia es lo único de lo que podemos estar seguras. Sin embargo, en la medida en que la libertad de gestión se mantenga en el futuro, suscribo tu ideal, Chase.

El intercambio estaba a años luz de las posibilidades de algunas de las que escuchaban alrededor, así que se alegraron de encontrar el momento para celebrar aquel comienzo.

- Esto merece ser sellado con un brindis de cafés vacíos – interrumpió Norah.
- Sí, ¿por qué no? – la cara de Alice se iluminó.
- ¡Esperad!, ¿queréis que prepare más café?, aún queda mucho y puedo tenerlo listo en pocos minutos, eso si os parece buena idea... – Dannii volvía a ser la misma, recuperada de tanta gravedad, y ya se levantaba hacia el rincón del café.
- ¡Oh, no...!, espera, tengo que ir contigo o me destrozará todo de nuevo – le contestó Jessie mientras se levantaba diciendo de nuevo que no con la cabeza.

Capítulo VI

Steenburgen.

Él era la clave para comprender la macro-operación de la Sociedad, aunque ni siquiera él, probablemente, supiera de la existencia de semejante ente. Creía estar al tanto de lo que sucedía, pero no entendía ni la mitad de lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, lo

poco que pudiera contar sería justo la pieza que faltaba para entender el sentido de la Orange Coast, o eso era lo que Chase pensaba.

Ella había decidido que fuera Alice la encargada de obtener esa información ya que era la ejecutante más inexperta y ésta la misión más sencilla del plan. Todo cuanto Steenburgen tuviera que contar, pensó Chase, estaría enrollado a su corazón de tal manera que sería capaz de salir a la calle y gritárselo a todo el mundo con tal de sacudirse la responsabilidad de conocer esos secretos. No, Alice no debería tener problemas, aunque quizá necesitase algo de planificación.

- Es un desconocido, Chase, no hay manera de predecirlo y decidir la mejor manera de atacar.

Alice estaba más perdida de lo que había pensado, ciertamente. No habían transcurrido ni veinticuatro horas desde que ambas estaban despidiéndose tras la importantísima reunión que habían mantenido todas las chicas del grupo, y ya estaba tratando de aclarar su mente sobre lo que tenía que hacer y cómo podía hacerlo.

- Alice, no deberíamos hablar sobre eso de esta manera... a través del... Espero que me entiendas.

Chase hablaba por el teléfono inalámbrico que había instalado en su baño, situado al otro lado de la pared de su dormitorio colgante a la altura del segundo piso de su casa. Su cuerpo estaba hundido y desnudo dentro de una bañera redonda lo suficientemente grande como para ahogarse en ella. Estaba sentada, relajada, con los brazos apoyados sobre el borde exterior y tratando de poner su perezosa mente de nuevo a trabajar aunque sólo fuera por un instante, pero la sensación del agua caliente acariciando su cuerpo al completo, por todos los rincones de su fisiología, le tentaba para dejarse llevar y perderse como antes de contestar al teléfono.

- Ya. Es que estoy algo liada.

- Está bien, déjame que te recuerde algo. Sea quién sea ese hombre, sabemos que está deseando contar ciertas cosas.

- Eso no me ayuda...

- Quizá sí te ayude saber que probablemente espera encontrar a alguien que escuche y tome buena nota de todo lo que diga.

- Mm... voy a ver qué encuentro por ahí... tengo una idea.

- ¡Suerte!.

Chase cortó la conexión, dejó el teléfono en el suelo y cerró los ojos mientras metía de nuevo los brazos en el agua caliente. Los baños eran su punto débil, su momento más vulnerable, apenas un soplo de humanidad que dotaba a aquellas curvas, y a su mente, del calor necesario para considerarla persona, no máquina. Por eso había hecho instalar aquella enorme bañera en la que pasaba horas y horas, esperando misiones y dándole vueltas a sus ideas y estrategias.

En cuanto a Alice... ella sabía que si aparecía con un look excesivamente atractivo, las preocupaciones de Steenburgen serían desplazadas, que era lo que habitualmente tenía que conseguir como ejecutante. Por una vez, las cosas eran justo al revés: había que

traer al frente el interés particular de la víctima y convertirla en el tema a tratar. Sin embargo, Alice también sabía que un empujón no venía mal, especialmente porque no sabía cómo reaccionaría una víctima tan singular, y no era mala idea extrapolar algunas generalidades sobre el comportamiento de los hombres que había podido aprender hasta el momento.

Necesitaba un look atractivo pero no arrollador.

De pronto se le ocurrió algo. Era algo tópico, pero pensó que sería porque siempre tiene éxito.

La casa de Alice estaba situada no muy lejos de la de Chase, lo que había propiciado su encuentro, aunque ambas no se parecían en nada, puesto que la de aquella se parecía más a una casa de planta baja no demasiado espaciosa y adornada como si estuviera en una colina en el bosque. En realidad, si no fuera por que casi todas las casas de alrededor respondían al mismo estilo, hubiera sido fácil determinar que allí vivía alguien muy especial.

Sólo una hora después de hablar con Chase, aquella niña venida a mujer sin pasar por la maquiavélica adolescencia salía de su casa, y de su jardín, escondiendo de todo bajo un plumas de color rosa que le tapaba casi entera. Sólo unos zapatos de hebilla de estilo preadolescente, como procedía con ella, constituían, junto a la negruzca imagen de su pierna tras las medias que lucía, su presentación en sociedad. Eso sí, la calle estaba totalmente vacía, como casi siempre, y era difícil que nadie estuviera atento al misterio de su atuendo.

Comenzó a caminar por la acera hasta que ésta le guió desembocando en una calle mucho más grande, donde el sonido de los coches hacía desaparecer la paz de la calle anterior. A Alice le encantaba caminar, sin ir a ningún sitio, paseando por los escaparates de aquellas tiendas, justo en esa calle, imaginando vidas que aunque tenía dinero para pagar, quizá su corazón no se permitía disfrutar. Ella sabía que era una mujer, si es que la palabra no le venía grande, demasiado diferente a las demás, y desde luego que cualquiera de sus amigas ejecutantes. Y que cualquier ejecutante, quiso añadir tras pensarlo un momento. Tenía un mundo interior muy rico, pero rara vez producía sorpresas en el exterior, en donde sus movimientos quedaban casi siempre limitados por un conjunto de complejos que le impedía ser ella misma.

Pasó en frente de una pastelería, en cuyo escaparate desfilaban las más luminosas y brillantes tartas, iluminadas para la ocasión con una luz amarilla anaranjada que denotaba un lujo extremo. Era su debilidad; y aquella tienda, demasiado para ella. Pero tenía que continuar y dejar atrás aquellos reflejos, y también los de los zapatos de la siguiente tienda y después los maravillosos sombreros y pamelas que llamaban su atención un poco delante, y que sabía que nunca se compraría. O peor, se compraría pero nunca llevaría.

- ¡taxi! – exclamó al verlo de repente.

El vehículo se detuvo a pocos metros y Alice aceleró el paso para llegar a él cuanto antes. Una vez dentro, detectó que no había escogido el mejor de todos los taxis de la

ciudad a juzgar por el dibujo de la tapicería: en blanco y negro ... y fingiendo la piel manchada de una vaca.

- ¿Adónde, señorita? – dijo el taxista, cuya voz tampoco era exactamente lo que Alice hubiera denominado una voz seductora. Por el contrario, la sutileza no era una característica de aquel sonido de pretendido servicio público.

- Leston Park, 467, por favor. – Alice recordó las palabras de Chase al despedirse anoche, indicándole la preciada información sobre la residencia de Steenburgen.

- Eso está al norte de la ciudad, ¿no es cierto?.

- No sé. Es posible.

El vehículo se puso en marcha y los escaparates frustrados de Alice quedaron atrás mientras ella trataba de ponerse cómoda sobre aquella tapicería que además de ser horrible se pegaba a la ropa impidiendo cualquier mínimo movimiento. “Así se alargan las carreras de los clientes”, pensó Alice, que no hubiera apostado nunca por la buena fe de aquel conductor con barba de más de tres días y camisa de leñador. Una sonrisa asomó... pero la quitó de inmediato ante el riesgo de que aquel hombre la interpretara como una invitación a la conversación.

Al cabo de unos minutos, el camino había ya dejado atrás, aunque quizá en contra de la auténtica voluntad de Alice que no sabía si estaba segura de lo que iba a hacer, las tiendas, las calles llenas de tráfico y todos los signos propios de una ciudad en movimiento. El taxi transcurría por una carretera desde la que se veía el perfil de la ciudad a sus espaldas, como si se estuviera alejando de ella. En realidad, aquella zona del norte estaba ocupada por centenares de complejos de chalés y pequeñas urbanizaciones no especialmente acomodadas. El olor de la clase media estaba impregnado en cada rincón de aquellas casas que iban quedando a ambos lados de la carretera.

No pasaron ni cinco minutos antes de que el taxi moderara la velocidad y girara a la derecha para internarse por una calle como todas las de la zona. A sus laterales, puertas numeradas en medio de setos que pretendían separar espacios privados, aunque la vida social se extendía tanto dentro como fuera de ellos, con gente en todas las aceras y niños en todas partes.

- Aaaaquí es, listo – dijo el taxista impresionando de nuevo con sus modales a Alice.

- ¿Cuál, ésa de allí? – señaló ella tratando de aclararse.

- Cuatro, seis, siete, ¿no dijo? – “de letras” pensó Alice.

- Sí, ya veo. – Echó mano al interior del plumas y del bolsillo interior sacó un billete. – Cóbrense, haga el favor.

Alice se subió hasta arriba del todo la cremallera del plumas, abrió la puerta y salió del taxi, cosa que hacía buen rato que deseaba hacer. Se aproximó a la puerta, por supuesto en medio de un seto, con el número en cuestión. “Aquí es”, se dijo a sí misma.

La puerta tenía una cerradura, pero estaba entornada, abierta, de manera que entró sin llamar y cerró tras de sí, recordando una de las primeras normas que aprendió en el entrenamiento como ejecutante.

- ¿Sr. Steenburgen? – trató de hacerse oír en todo el jardín, que estaba vacío.

De la puerta, a través del jardín, salía un camino de pizarra en forma de mosaico que llevaba hasta la puerta de una casa de fachada de color amarillo claro situada en el centro del recinto. Y aproximadamente desde la mitad de dicho camino nacía otro más pequeño, también con el piso en pizarra, que llevaba hacia un ensanche del mismo en donde una mesa y unas sillas blancas, que aparentemente no parecían demasiado cómodas, habían sido utilizadas como soporte para aperos y herramientas de jardinería.

Nadie contestó, de manera que Alice decidió avanzar por el camino y acercarse a la casa.

- ¡Sr. Steenburgen! ¿Puede oírme?

Un hombre alto y desgarbado abrió la puerta y asomó la cabeza:

- ¿Quién es usted! – gritó moviendo mucho la boca, como si le fuera la vida en ello.
- ¿Es usted Steenburgen? – preguntó Alice ignorando la pregunta.
- Sí... ¿y usted?
- Amber Child – dijo Alice sonriendo mientras pronunciaba una vez más el nombre que había ensayado en el espejo antes de salir.
- ¿Y qué puedo hacer por usted, Srta. Child? – Alice se convenció por fin: lo de la boca era permanente. ¿Por qué pronunciaría con tanta precisión todo lo que decía?.
- Bueno, Sr. Steenburgen... – El hombre estaba fijándose en las coletas que salían divertidas a cada lado de la cabeza de Alice, como si tan sólo tuviera seis años y le parecieran la cosa más alegre que había visto en todo el día.
- Llámeme Pete, por favor. – le dijo mientras sonreía, aunque pronunciándolo con tanto ímpetu teatral que a Alice, el nombre en cuestión, le pareció algo ridículo.
- ¡oh! – Alice se llevó la mano al corazón y fingió ruborizarse por la confianza depositada – será un placer... – bajó un poco la cabeza, esperó un segundo y pronunció:
- Pete. En realidad estoy aquí porque me ha enviado el Sr. Rucin'ski, ¿no le dijo que vendría?

La cara de Steenburgen desterró de inmediato la media sonrisa y estuvo a punto de olvidarse de hacer pasar a Alice:

- No, no me dijo más que me avisaría. No pueden ustedes presentarse de esta manera en mi propia casa, ¿saben?.

Aquello no estaba previsto, de manera que Alice decidió comenzar a tirar del único plan que no le hacía falta ensayar. Su mano izquierda empezó a deslizar hacia abajo la hebilla de la cremallera de su llamativo plumas de color rosa y fue descubriendo su plan. Bajo aquella prenda, se escondía el morbosos uniforme de una colegiala algo crecida. Una camisa blanca era incapaz de evitar que se transparentara sus secretos, unos que en realidad quedaban bien marcados en volumen ya que sobre la camisa transcurrían dos tirantes curvados hacia delante como si fueran las dos últimas barreras que contenían a Alice, o sea, a Amber, la nueva Alice pueril para la ocasión.

Los ojos de Pete descubrieron aquello... y decidieron que sería interesante qué pretendía aquella mujer así vestida y qué habría tramado para él el Sr. Rucin'ski, con quién había hablado en tan sólo dos ocasiones prometiendo contactos informativos muy succulentos.

- El Sr. Rucin'ski me ha dicho que tiene usted algo importante que contar, y yo he venido a tomar nota de todo, pero si le parece inoportuna mi presencia quizá pueda encontrar otro momento... – dijo Alice que ya había descubierto hasta la mitad de la cremallera.

- Ande, pase... – dijo Pete abriendo más la puerta y echándose a un lado.

Alice sonrió encantada y se deslizó hasta el interior de la casa. La entrada daba directamente a un salón pequeño con un gran mueble que tapaba la pared. En su interior había una gran televisión y muchas estanterías con vídeos, sintonizadores y un montón de aparatos que Alice no sabía ni para qué servían. “Debe pasar mucho tiempo en casa”, fue su conclusión.

- ¿Quieres quitarte el abrigo? – preguntó como si no fuera con él la visita de Alice.

- Humm... ¡sí!, vale.

Alice tiró rápidamente de la cremallera esperando que esta hiciera todo el camino hasta abajo, pero la realidad torció los planes y también el desparpajo de la ejecutante cuando la hebilla quedó atascada.

“No, no, ahora no...” ; Alice se estaba poniendo muy nerviosa.

- Vaya, parece que tienes algún problema

- No, es sólo que...

- Déjame intentar. – dijo acercándose a ella y arrodillándose para tener bien cerca de los ojos el problema.

- Sí... se ha atascado.

Pete sentía estar demasiado cerca, y notaba que ella lo sentía también, pero era un hombre torpe que encontraba difícil manejar las situaciones y empezaba a decir tonterías y a hacer cosas que ponían nerviosos a los demás. Esta era una de esas situaciones, aunque Alice comenzó a pensar que quizá, aunque de manera imprevista, los hechos estaban precipitando su actuación:

Sus manos tomaron la tela de la camisa y la estiraron para arreglar su aspecto, como si fuera una chiquilla femenina y coqueta preocupada por su aspecto juvenil. Sin embargo, lo juvenil en su cuerpo no era más que las ropas que llevaba, puesto que sus pechos quedaron totalmente apretados contra la tela y justo a diez centímetros del rostro de Pete. Las manos de éste temblaron un instante al ver cómo los pezones de aquella becaria de excepción quedaban calcados a través de su camisa.

- ¡Ya está! – dijo él con voz temblorosa.

- Gracias... Pete. – y se quitó el plumas rosa dejándolo sobre una silla pegada a una de las paredes. Bajo la camisa, una falda de colegiala de cuadro color marrón cubría tan sólo una parte de sus muslos, y de debajo de ella salían dos hermosas piernas de color negro hasta los zapatos. Pete estaba empezando a sentirse algo turbado por aquella combinación.

- Siéntate, ¿quieres tomar algo?
- Oh, no, gracias.

Pete tomó un sillón de orejas y lo colocó casi en frente de Alice, que estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas, sacando de uno de los bolsillos del plumas un bloc de notas y un bolígrafo color verde.

- El... Sr. Rucin'ski me ha dicho que lo primero que debo preguntarle es a qué se dedica.

Pete estaba encendiendo un puro estrecho y corto, como si se preparara para una conversación relajada. Se tomó un momento antes de contestar para aspirar, retener y expulsar el humo como si lo saboreara a conciencia.

- Soy director de recursos humanos, trabajo desde hace más de diez años para la AllCom, ¿sabe lo que es?.
- ¿AllCom? – dijo retóricamente Alice. – No, ¿qué es?
- Es la empresa que paga sus series de televisión favoritas, Srta. Child.
- ¿A qué se refiere?
- Sí, hacemos gran parte de las cosas que el público ve a través de la televisión. Producimos seriales, sitcoms, telefilmes... y también tenemos varios canales de nuestra propiedad. ¿Ve usted la WTMM?
- ¡Oh!, sí, me encantan los programas sobre asesinos y delincuentes que emiten los sábados por la tarde – dijo Alice poniendo cara de niña mala, malísima.
- ya... pues es nuestra. Tenemos más de la tercera parte de sus acciones, al igual que de otros canales como la NMTK o la emisora RNA de radio. Lo que pasa es que nunca nos presentamos como AllCom porque no ofrecemos nada directamente. Somos el grupo que los abarca a todos.
- Deben ser una empresa grande – dijo inocente Alice.
- Bueno, no somos tantos... pero sí valiosos. Movemos un volumen descomunal de dinero.
- ¿Tiene aquello de lo que habló con el Sr. Rucin'ski algo que ver con su trabajo, Pete?
- Alice no sabía si ese era el camino adecuado, pero tenía que explorarlo.

Pete se incorporó un poco separándose del hundido respaldo del sillón y se quedó mirando a Alice mientras le daba una calada larga al pequeño puro. Era una mirada tan inteligente que ella pensó que iba a perder el control de la conversación.

- ¿Cuánto le paga el Sr. Rucin'ski, Srta. Child?

Alice no sabía qué contestar. Ni en su más azaroso devaneo sobre lo que sería la conversación llegó a pensar que su víctima le preguntaría algo semejante. Tenía que inventar un trozo de su vida y hacerlo en menos de tres segundos, tarea completamente nueva para ella que siempre planeaba todo con antelación en sus misiones para la Sociedad.

- Er... bueno, no me paga mucho. – dijo cerrando los ojos y rezando por que aquel hombre no decidiera investigar demasiado.

- Imagine dos millones de dólares, Srta. Child. – Alice estaba demasiado confusa para saber si Pete se estaba tragando su papel. – Eso es lo que me dijeron que me pagarían: Lo mismo que al resto de directivos de AllCom.
- ¡¿Dos millones?! ¿quién le pagaría tanto dinero, Pete?
- Iba a ser un extra por una operación accionarial de la AllCom, pero ¿sabe qué?. No me pagarán ni un dólar de esos dos millones. ¡Han roto su promesa!, me han expulsado del acuerdo sólo para tocar a más en el reparto.
- Pero... ¿quiénes han hecho eso?
- La junta directiva de AllCom, Srta. Child. ¡Ellos!, los indirectos beneficiarios de la operación se adjudicaron una cantidad millonaria para repartir. Ahí tenía que haber entrado yo, ¡en ese reparto!, pero... la vida le enseña a uno que no puede confiar en las bondades injustificadas de los demás, Srta. Child, y mucho menos en las que procedan de personas por encima de uno.

Pete se tomó un momento para recobrar el hilo de lo sucedido y le dio una calada al puro.

- Primero me dijeron... “no hay problema”, “tú no te preocupes, en cuanto te des cuenta... serás rico”, pero al cabo de unas semanas recibí una carta en mi despacho. “Lamentamos comunicarle... bla bla bla ... que el reparto no será ampliado ... bla bla bla ... y por tanto no ... ¡no le pagaremos una mierda y le dejaremos venir a su despacho cada día a seguir lamiéndonos el culo si lo desea! – Pete se había vuelto a incorporar del sofá y su rostro estaba rojo. Era evidente que estaba conteniendo una rabia feroz.

Alice pensó que aquello tenía poco que ver con la Sociedad. Intentó volver un poco atrás:

- Pete, ¿Por qué no me cuenta en qué consistía esa operación?

Pero el rostro de él no dejó de mirar al suelo.

- Eso... es confidencial, Srta. Child, y no importa demasiado. – dijo intentando cambiar de tema.
- ¿En serio?. Quizá si me cuenta algo sobre ello encontremos la manera de contarlo con más detalle en nuestro periódico, ¿no cree?.
- Me jugaría demasiado si se lo contara. De hecho no debería estar contando todo esto, ¡pero me indigna!.
- Cállese, Pete – dijo Alice con voz lenta y somnolienta mientras decidía que aquel asunto confidencial haría las delicias de Chase si lo descubriera. Había que presionar un poquito...

Sus piernas se descruzaron lentamente, rozando una media con otra, haciendo un ruido fino que llamó la atención de Pete, que se fijó en cada detalle de las rodillas de Alice, ahora simétricas y pegadas entre sí, a través de las medias.

- ¡Vamos! – aulló delicadamente – Pete, así podremos ayudarle mejor. Usted sabe que tenemos que conocer la historia para poder narrarla bien.
- Sus lectores sólo deben centrarse en la manera cómo los directivos de mi empresa ¡y de otros centenares de empresas, me juego el cuello!, están reinterpretando la estrategia empresarial para hacerse ricos.

- Si oculta parte de la historia, Pete, la gente inventará sus propias explicaciones...

Las rodillas de Alice comenzaron a separarse.

- ¡Me da igual!

Se separaron un poco más...

- Está bien, en tal caso... quizá quiera contármelo a mi en confidencia. ¡Prometo que no lo diré ni será publicado!. – Pete la miró y se rió.

- ¿Cree que seré tan inocente?. Son ustedes periodistas, por el amor de Dios.

- ¡No!, yo no, Pete. Yo... soy sólo la ayudante del Sr. Rucin'ski, y si me permite decirlo, los periodistas me caen muy mal. – Pete esbozó una sonrisa y quedó satisfecho.

- Ni siquiera se lo contaré a él, le doy... mi palabra. – Dijo mientras se miraba las rodillas, algo separadas, y las levantaba un poco de puntillas para que pudiera ver bajo la falda. Pete no pudo evitar ver los contornos de los muslos de Alice por su parte interior. Brillaban un poco en tono oscuro por las medias. Pete casi sintió el calor que de allí se desprendía, siendo uno de los espacios más íntimos de la topografía de Alice, como si hubiera metido su rostro bajo la falda y estuviera explorando en la oscuridad con sus labios.

Se quedó unos segundos mirándola y de repente apartó violentamente la mirada:

- ¡¡Venderla!! – gritó.

- ¿qué? – preguntó confusa Alice.

- Iban a venderla, a vender la compañía.

- ¿La AllCom? – aventuró Alice girando un poco la cabeza.

- Toda, estaban negociando con una empresa de no sé qué. Quería quedarse con la AllCom.

Alice tuvo un presentimiento.

- Pete, ¿recuerda cómo se llamaba esa empresa?

- ¿Es importante?.

- Quizá podamos averiguar algo sobre ella, ¿no cree?.

- Era algo de Orange... no sé qué. Coast, creo.

El rostro de “Amber” no pudo evitar ser Alice de verdad durante un instante en cuanto escuchó el nombre: “Orange Coast”. En realidad ella no entendía mucho de todo aquello, pero presumía que después de colocar toda aquella información encima de la mesa, y con Chase, todo encajaría y le encontrarían un sentido. ¿La Orange quería comprar la AllCom?. ¿Para qué?. ¿Y si no aceptaban?.

- ¿Está... usted seguro que era Orange Coast, Pete? – dijo con dificultad Alice.

- Sí, algo así, ellos iban a poner el dinero pero... creo que no llegaron a nada, los ánimos se caldearon, hubo algunas discusiones...

- ¿Entre quién?

- En las reuniones con gente de la Orange Coast.

- ¿AllCom no quería vender?

- Sus ¡¡directivos!! sí querían vender, a cambio de un “reparto” para todos ellos, pero las negociaciones se torcieron. Algo pasó y no hubo acuerdo.
- ¿Entonces se canceló toda la operación?
- Eso hubiera sido magnífico... y justo para todos.
- Pero...
- no, parece que estaban muy interesados y amenazaron con comprar por las malas.
- ¿Y lo hicieron?
- ¡Yo qué sé!, eso fue hace varias semanas y no he vuelto a saber nada del asunto. La carta que me enviaron para decirme que me quedaba sin nada fue lo último que supe. ¡Y no quiero saber nada más de ello!. En una reunión me quejé y les dije a todos que la operación sólo tendría beneficios para sus cuentas bancarias y casi pierdo mi empleo, ¿sabe, Srta. Child?. Por eso es tan importante que usen esto, que lo cuenten, que lo escriban en su periódico o donde sea pero que no revelen mi identidad, ¿me ha entendido?. – La desesperación y el miedo se habían quedado con aquel hombre, pensó Alice.

- Sí, Pete. Así se lo diré al Sr. Rucin’ski, esté tranquilo. Es un gran profesional, créame.

Pete le dio dos caladas fuertes al puro con la mirada perdida y desencajada.

- Eso espero, porque si no sé qué será de mí. – Se tomó un respiro y se enervó de nuevo: - Oiga, tienen que conseguir que todo esto se acabe, que la operación termine. Cuéntenle a todo el mundo cómo se las gastan. La gente de dentro quiere cambios y algo como esto, si se pudiera tratar desde la prensa, podría ser la gota que colme el vaso. ¡Podría ser el fin para todos esos avaros egocéntricos e impresentables!.
- Estoy segura de que el Sr. Rucin’ski hará todo lo posible por conseguirlo. Y así se lo pediré yo misma. – dijo Alice juntando de nuevo sus rodillas y tapando el bolígrafo en señal de recogimiento.

- Bien, Pete, me parece que es más que suficiente para que mi jefe pueda ayudarlo. De todas maneras, si hay algún dato que quiera añadir cuando me haya ido, puede contactarnos directamente.

- No, no... les he contado demasiado. Utilicen todo esto de la mejor manera posible sin revelar mi nombre.

- Téngalo por seguro. – dijo poniéndose de pie y guardando el bloc de notas y el bolígrafo en el bolsillo del plumas. De pronto se dio cuenta de que había dado la espalda a Pete y se había doblado ligeramente para guardar sus cosas, de manera que intuyó primero y sintió después la mirada de Pete sobre sus nalgas, parcialmente descubiertas por la falda marrón. De hecho, Pete había observado el cuadro, ahora liberado de su rabia contenida, y descubierto que las medias de Alice en realidad eran pantys y que a través de ellos se adivinaba el blanco de sus bragas totalmente atrapadas.

Al momento, Alice sintió las manos de Pete a cada lado de sus muslos, sobre su falda, subiendo ellas y a ésta lentamente.

- Pete, ¡he de irme!, permítame – se apresuró a decir, excusándose y alejándose de él.
- Dígame al Sr. Rucin’ski que ha sido buena idea enviarme a su ayudante – dijo sonriendo halagador.
- Gracias, puede decírselo usted mismo – Alice se arrepintió al instante de haber dicho aquello – No hace falta que me acompañe, ya me voy.
- Parece incómoda, Srta. Child.

- ¡No!, es que he terminado y tengo que irme ya... Gracias por todo. Comunicaré todo esto a mi jefe.
- Si desea usted quedarse un momento...
- ¡No!, gracias, ya me voy. – y se apresuró a abrir la puerta aún con el abrigo en un brazo, sin ponérselo.

Al salir, corrió por el camino de pizarra del jardín que, seguramente, en otra veraniega estación resultaría medio de una deliciosa tarde de relax, pero que en aquel momento se convirtió en un sprint por abandonar el jardín y el recinto del Sr. Steenburgen.

Una vez en la acera, respiró más tranquila, se enfundó el plumas de nuevo, lo abrochó hasta arriba para evitar llamar demasiado la atención y comenzó a caminar por dónde le había traído el taxi. En realidad no le costó encontrar uno nuevo que le llevó a casa.

Tan pronto como cerró la puerta, respiró tranquila, como pocas veces había hecho en su vida de ejecutante. Saber que se corre un riesgo es, para determinadas personas, la pizca de emoción que da sentido a su vida cotidiana, pero Alice no era una de esas personas y de ello estaba muy segura. En realidad, no entendía porqué había sido designada ejecutante, porqué fue contactada para convertirse en una de ellas. Ella no reunía requisitos físicos que le era fácil encontrar en sus compañeras y que venían de perlas para el puesto, ni tampoco lucía una elocuencia digna de alabanzas de varones.

Sin embargo, con el paso del tiempo, había detectado que sus compañeras no parecían cuestionarse esta circunstancia. Era como si, para ellas, su condición de ejecutante no sólo estuviera justificada sino que además fuera algo natural. No se había decidido entre considerar esa impresión un acto de lástima por parte de sus amigas o simplemente una falta de atención, algo que había sufrido durante toda su vida en reuniones de amigos.

Y quizá por todo esto, el silencio de su casa le hacía sentir tan cómoda, sin nadie alrededor, nadie ante quién construir identidades ni lograr objetivos. Y lo más importante, nadie ante quién fingir ser no el personaje de su intervención como ejecutante, sino el personaje al que su auténtica identidad pretendía aproximarse ante los ojos de los demás. Apartada del mundo por su trabajo, esas otras personas ante las que temer eran sus compañeras ejecutantes.

La lengua de Dannii era un ciclón sin control, conducida bruscamente por pequeñas y locuaces ideas que revoloteaban en el interior de su mente, compitiendo por un poco de saliva para convertirse en frases. Claro que tanta competencia verbal solía tener como resultado un caos expositivo que a su alrededor era ya famoso, como también lo era su constante atención por los demás, una muestra de que, probablemente, detrás de ese manantial de proyectos de frases se escondía, colmado, un corazón de mujer atenta y tierna.

- Hola, ¿ha llegado ya Mike?, porque si tuviera un momento, me encantaría preguntarle unas cosillas.

Acababa de llegar a la Oficina del Registro, situada en la esquina de un edificio céntrico de la ciudad. Desde el exterior, más que una institución pública, parecía una oficina de información de turismo por la elevada atención dedicada a cada detalle de aquel inmueble, tanto en el interior como en el exterior. Desde fuera, lo más característico del lugar eran sus ladrillos de color rojo intenso, con pequeñas ventanas a través de las cuáles era fácil adivinar la enorme cola que personas grises formaban delante de su larguísimo mostrador. Desde dentro las cosas eran mucho más ruidosas, con decenas de personas caminando de un lado a otro de la parte pública de la oficina, delante y detrás de los mostradores, pero nunca atendiendo lo más mínimo a los infelices de la cola.

Dannii se había presentado sin avisar a media mañana y se había colado por delante de al menos una docena de personas para llegar al mostrador principal y atacar a la ventanillera sin ojos. Bueno, Dannii pensaba que seguramente tendría un par, como todo el mundo, pero no podía estar segura pues siempre miraba para abajo, a sus papeles, incluso cuando atendía a los clientes o les entregaba informes. Nunca miraba el rostro de nadie.

Sin embargo, en esta ocasión, las nerviosas manos de la ventanillera, dos segundos después de escuchar la pregunta de Dannii, se posaron interrumpidas sobre la mesa y la cabeza de aquella tétrica mujer de servicio público comenzó a elevarse en busca de la autora de la pregunta. Dannii pensó que preparaba algún arma secreta o que tendrían que despegar su cuerpo de la pared opuesta al otro lado de la oficina a donde iría a parar del grito que presentía iba a recibir, si no de aquella mujer, del unísono colectivo de la cola.

Se quedaron mirándose, mientras Dannii escrutaba aquellos ojos que recibían luz directa de la ventana por primera vez en todo el día. Tragó saliva.

- Tendrá que esperar. – Dijo pronunciando exageradamente cada sílaba de la frase la ventanillera, mostrando su enfado en cada golpe de voz.
- Gracias – Dannii había formulado, no sin terror, la frase más corta de toda la semana.

Y se retiró de la cola por no alargar más el riesgo que se cernía sobre su vida en aquel instante. Se sentó en un sofá de color rojo situado bajo la ventana. “No lo debe usar nadie”, pensó Dannii, que no entendía para qué los habían comprado si todo el mundo pasaba horas de pie en las colas deseando terminar la gestión y desaparecer cuanto antes.

Pero no era eso lo que más intrigaba a nuestra incansable pensadora, sino la misteriosa y aparentemente inútil actividad de los funcionarios tras el mostrador, todos organizados en mesitas con ordenadores y toneladas de papeles, y sobre éstas, toneladas de notitas amarillas pegadas con garabatos inescrutables. Ninguna de esas personas parecían tener el más mínimo contacto con el mundo real. Siempre que había llegado ya estaban allí... y por supuesto seguían ante sus pantallas y sus papeles siempre que Dannii abandonaba la oficina daba igual cuántas horas después. No tenían contacto entre sí en ningún momento, y dudaba que lo tuvieran al llegar por la mañana o al irse a casa por la tarde. Nadie les decía qué tenían que hacer, o si algo lo habían hecho mal y tenían que repetirlo. No. Nunca se enfadaban ni se alegraban: sólo metían sus narices en los papeles y los ordenaban, clasificaban, firmaban, destruían, fotocopiaban... siempre con

sus papeles. A Dannii le resultó complicado entender el servicio de aquellas tan silenciosas como burocráticas manos a la sociedad. O a lo mejor era, simplemente, que eran demasiado diferentes a ella misma.

La puerta de la calle se abrió y entró un hombre de aspecto muy descuidado. Llevaba unos pantalones de pana de color negro y una camisa de tela mullida de rayas verdes, sólo cubierta por una chaqueta de hilo de color marrón de estilo excesivamente campestre, pensó Dannii. No llevaba nada en las manos y entró deprisa, sabiendo exactamente lo que iba a hacer, y con una sonrisa en sus labios, como si fuera uno de los mejores días de su vida.

- ¡Mike! – gritó Dannii con una sonrisa aún mayor.

Él se giró, vio a Dannii incorporarse del sofá rojo y se detuvo en seco:

- ¡Dan! – gritó riéndose.
- Como vuelvas a llamarme así me voy, ¿me has oído? – dijo Dannii también sonriendo pícaro.
- Mujer, cómo te pones. ¿Qué pasa?. ¿Qué haces aquí?. Oye, es fantástico que hayas venido.
- Pues nada...
- Pero ¡pasa a mi despacho!, ¡ven!
- ¡Oh!, ¿ya tienes uno? – El sarcasmo de Dannii no consiguió más que aumentar la sonrisa de él.
- ¡Lo que haga falta para la mujer más hermosa de la oficina!
- Te saldría cara, lo sabes, ¿verdad?. Recuerda cuándo me llevaste al Museo de la Gobernación, justo en la tienda...
- de los souvenir, sí, querías que te comprara desde el sello oficial usado por el primer ministro Roshent de hace dos siglos, hasta el álbum de fotos personales del vicepresidente marxista Nielyn. Creo que aquel fue un día grande en la historia del museo gracias a ti.

Mike abrió una puerta situada detrás del mostrador y extendió la mano hacia dentro invitando a entrar a Dannii la primera:

- Gracias... y dime, ¿acaso no te hizo ilusión hacerme feliz? – puso cara de adolescente.
- Desde luego, aunque no me atrevería a asegurar que aún tienes en casa todo lo que te compré.
- Eso es una grosería. No sé porqué te permito todas estas ironías, Mike. – Hizo una pausa mientras él cerraba la puerta y se sentaba en una silla negra de oficina colocada tras un enorme escritorio. - ¿Es que ya no... me encuentras tan dulce como antes decías que era...?
- ¿Dulce?, es poco para describirte – dijo con su perenne sonrisa sarcástica. Dannii puso cara de frustrada.
- No es justo, ¿qué estoy haciendo aquí?, ¡dime!.
- Vale, vale, está bien, mi querida Dann...
- ¡Una más y...!
- ¡nnii!, lo siento. Estás aquí porque yo te pedí unas... quinientas veces que vinieras a verme pronto la última vez que estuvimos juntos. ¿No?.
- Sí. No, bueno... es una cosa mucho más complicada, ¿sabes?.
- Veo venir la retahíla...

- ¿qué?
- Nada, cuéntamelo.
- Bueno, he venido para... pedirte algo y ... darte una oportunidad.
- ¡Aleluya!, ahora podemos comenzar a salir; con un poco de suerte, en dos meses te besaré.
- Sólo porque no seas capaz de escuchar mis cosas no debes pensar que soy una estrecha, - dijo Dannii medio enfadada. - ¿O debo recordarte...?
- Está bien, Er... un mes.
- ¿Y por qué no antes? – Dannii estaba empezando a encontrar el nivel adecuado para jugar a la altura de Mike, que parecía tener la respuesta a cada cosa que decía preparada desde hacía horas.
- ¡Uf...! Eso sí que no me lo esperaba. Viniendo de ti es algo más que una oportunidad. Es una petición.
- Yo no iría tan despierto, Mike, pero quizá podamos quedar para charlar un rato. Pero para eso debes echarme una mano.
- ¡Ya decía yo que tanta oportunidad...!
- ¡Vengaaaa!, es sólo una pequeña gestión.
- ¿Qué gestión?, dime y luego negociamos.
- Necesito que me lo cuentes todo de una empresa, ¿fácil, eh?
- De hacer sí, de conceder no.
- ¿Ya estás poniendo excusas?
- ¿Qué necesitas?
- Bueno... datos sobre su formación, origen y ... bueno, tú eres el experto, ¿no?. ¿Qué tenéis?
- Dannii, esa es la parte más confidencial de nuestros informes, y tú lo sabes.
- ¿En serio? – Dannii comenzaba a hacerse la ignorante.
- Sí, Dannii. Puedo darte su teléfono, si quieres.
- ¡Eso está en la guía!, no, Mike, yo necesito algo más...
- ¿Para qué?.
- Oye, ¿te pregunto yo quién te escoge esas horribles camisas?
- Podrías escogérmelas tú, si quisieras – y le brilló la sonrisa.
- Una camisa por el año de formación de la empresa, ¿hace? – propuso Dannii.
- Humm... una camisa... ¿eh?. No sé.
- Una camisa... y un beso
- ¡Adjudicado!
- ¡en la mejilla!
- Entonces te daré sólo las dos primeras cifras del año de formación.
- ¡¡¡Te odio, Mike!!!
- ¿No es genial? – exclamó divirtiéndose.
- Vale, un beso pequeñísimo en los labios, ¡UNO!.
- Una camisa y un beso en los labios... El día promete.
- Y recuerda darme también todo sobre su formación, no se te olvide.
- ¿Quieres ampliar el trato?.
- ¿Ampliar?. ¡Ya tenemos un trato!.
- No, no, no, no, tú tienes un año y yo tengo una camisa y un beso en los labios espero que generoso, ¿no?.
- Era un trato general, entraba todo – dijo Dannii un poco colmada.
- Eso no es lo que dijiste. Esa información te costará... una cena.
- Sí, claro... me compraré un vestido bonito con lentejuelas por ti.
- Oh... ¿lo harías? - Y puso cara de tierno con las manos juntas en señal de esperanza.

- ¡NO!
- Entonces el año será suficiente. ¿Quieres que te lo apunte o te acuerdas?
- Desesperas, ¿te lo han dicho alguna vez?
- No tanto como tu imagen, Dannii.
- Corta, ¿eh?, que me tienes muy enfadada...
- Pero ¿por qué?, mi amor...
- Estás jugando conmigo.
- Es que necesito unos pantalones...
- Vale, ¡los pantalones y ya!
- ...para ir a cenar contigo.
- Todo, ¿no?.
- ¿Cómo?
- Tienes que conseguirlo todo siempre.
- Está bien, la cena sólo.
- ¿Irás con esos pantalones? – dijo Dannii señalándoselos.
- ¿Qué les pasa? – respondió Mike mirándoselos extrañado.
- Está bien, ahora soy yo la que impone los pantalones, no pienso cenar contigo así.
- Bien dicho.
- ¿Me traes ya la información, por favoooooor?
- ¡Por supuesto, Mi amor!. Mmm... ¿qué empresa dices que era?
- Espera.

Dannii sacó una pequeña notita del bolso que llevaba consigo, uno pequeño y de color negro. Leyó:

- “Orange... “
- ¡Coast!, Orange Coast, ¿Qué pasa últimamente que todos quieren saber cosas de esa empresa?. ¿Qué vende?.
- Oye, no tengo todo el día y tengo que comprar una camisa y unos pantalones, así que...
- Y darme un beso, ¿recuerdas?
- ¡GR!, ¡Primero trae la información!.
- ¡Va!.

Y Mike desapareció dejándola sola en el despacho. Estaba maravillada de la manera cómo había jugado con ella. Ciertamente, no era la primera vez, y es que su elocuencia era su mejor arma y no había manera de burlarse de él. Al contrario, pareciera que era él quién, aún en la más seria de las conversaciones, se burlaba de todo, incluso de sí mismo. Sabía que estaba enamorado de ella, y esa era la única forma que tenía Dannii para lograr cosas, pero no podría nunca sentirse superior como sucedía en las misiones que le encomendaba la Sociedad.

En el pasado, mucho antes de que ella se hiciera ejecutante, Mike le declaró su amor y le ofreció una vida de esposa de funcionario poco atractiva. Lo hizo a través de unas cartas anónimas que le hacía llegar con poemas y sobretodo con reflexiones y descripciones subidas de tono sobre sus piernas o sobre atuendos determinados que ella se ponía en ocasiones. A Dannii le hacía subir la vanidad y hasta se quedaba sin nada que decir. No podía evitar sentirse muy halagada por las aspiraciones, algo frustradas después de tanto tiempo, de aquel hombre marrón por sus ropas, gris por su empleo.

La puerta se abrió con tanta energía que Dannii se asustó como si estuviera haciendo algo malo.

- ¡1998!
- ¿Qué es eso?

Mike cerró la puerta mientras leía algo de una carpeta marrón recién sacada de algún fichero del registro.

- Lo que buscabas.
- ¿La fecha...
- ... de fundación, sí.

Sin aparente motivo, Mike dejó la carpeta, abierta, sobre su mesa y se sentó también sobre ella justo en frente de la silla de Dannii. Se inclinó sobre ella y juntó los labios:

- ¿beso? – le preguntó el de la pana.
- Cuando me cuentes lo demás.
- ¿Qué demás?. Aquí no tenemos nada más sobre la Orange... Sandance.
- ¡Coast! – dijo indignada, abriendo mucho los ojos. – Vale, espera...

Dannii dejó el bolso en el suelo, se sentó en el borde de la silla y se atusó el pelo como intentando estar más guapa en dos gestos. Estaba visto: Aquel hombre podía con ella, especialmente si ésta tenía que sacar algo.

Se quedó un momento mirándolo, con gesto sincero. De repente, los labios de Dannii se apretaron intentando ahogar una risa y se apresuró a darle un minúsculo beso en los labios a Mike, tan insignificante que éste no hubiera jurado haberlo sentido.

- Gracias por venir, señorita. – Dijo Mike.
- ¡¡Vale!!; espera... ven aquí.

Mike se aproximó a ella un poco más. La mano de Dannii, que habitualmente se mueve tan nerviosa como su lengua, estaba inusualmente calmada y se deslizaba con una personalidad erótica que dejó atónito a Mike, que nunca hubiera esperado tanta delicadeza de aquella mujer tan atorada. La mano se posó sobre el cuello de él, y después, comenzó a desplazarse hasta su nuca, donde le agarró y tiró de él para acercar sus labios a los suyos. Y Dannii apretó sus labios primero muy suavemente sobre los de aquel hombre, a la vez un gran amigo pero también un desconocido, y después de separarlos lentamente los volvió a juntar para besarle más fuerte al tiempo que ladeaba la cabeza.

Duró tan sólo unos segundos, pero a Mike le parecieron milésimas de instante concentradas en forma de sueño convertido en realidad. Nunca había conseguido tanto de ella, ni siquiera en el pasado cuando se esforzaba por componer a veces historias sencillas, otras veces descripciones excitantes sobre Dannii para mandárselas. A su mente vinieron de repente todas aquellas cartas y los momentos de tensión en que se preguntaba en su interior si las habría recibido, si las leería, si le gustarían o le molestarían. Entonces era mucho más vulnerable que ahora y por nada del mundo soñó que llegaría el momento en que aquellos labios hubieran de claudicar, aunque sólo fuera

por cinco segundos, a los suyos. En realidad, que no era tonto, sabía que no se ocultaba futuro ninguno entre Dannii y él, pero aquel beso era tan maravilloso que se sintió muy feliz, y también victorioso.

Torció el gesto y abrió los ojos para mirar a Dannii.

- Si hubieras hecho esto hace años...
- Bueno, lo hago ahora, ¿no?
- Sólo es un intercambio.
- Ya veremos – Dannii no estaba segura de porqué había dicho eso: ¿Quizá por crueldad ya que aún no había recibido la información que buscaba y seguía con su plan?. ¿O era a lo mejor que en realidad estaba enamorándose de aquel antiguo pretendiente nunca considerado?.
- Me subestimas.
- Averigüémoslo, dame la información y ...
- ¡Sí!, será lo mejor – dijo dando la vuelta a su escritorio y dejándose caer sobre la silla. No estaba seguro de querer escuchar más. A continuación alcanzó la carpeta con los documentos y empezó a leer:

- Veamos... “Orange Coast”... 30 de marzo de 1998. Sector... “información”. No es que sea muy explícito, ¿verdad?. – Y continuó leyendo en voz baja. – Orígenes... Aquí hay una tabla de empresas. Sí, parece que fue el resultado de una fusión entre varias empresas a varias bandas simultáneas.
- ¿Y qué significa eso?
- Sólo que una empresa A, otra B, otra C y otra D, o las que sean, deciden unirse para formar una más grande.
- ¿Qué empresas son?
- Son una docena, algunas más grandes que otras. Por ejemplo... “Shoebox Limited”, o “Glenhaven Trading”, que eran las más grandes.
- ¿A qué se dedicaban?
- “Información”, igual que la Orange Coast. Nada específico. Habría que llamar para enterarse, pero como ya no existen...
- ¿Ahora sólo existen como Orange Coast?
- Exacto: deshicieron sus autonomías totalmente.
- ¿Y nombres?. ¿Vienen?.
- Sí, pero... eso es extraordinariamente confidencial, Dannii.
- Lo usaré bien, confía en mí. Y también necesito las direcciones.
- Me pides demasiado... y el beso no ha sido para tanto...

Dannii torció la cabeza en gesto serio de cansancio.

- Está bien – dijo Mike. - ¡Pero no reveles nada de esto!, ¿de acuerdo?.
- Prometido, como aquella vez que me hiciste prometer que no contaría que te habías liado con la amante de tu jefe.
- Aún no estoy seguro de que no fueras tú quién se lo soltara – dijo recuperando la sonrisa.
- Confía en míiii.
- Er... Bueno, aquí hay un nombre: William Shelton... de la Shoebox Limited, Douglas Tracy de Norris Marketing Limited,... – se quedó pensando un momento. – Espera aquí, te haré una copia si prometes guardarla bien y llevar minifalda a la cena.

- ¡Hecho! – dijo Dannii sin pensar demasiado, que se estaba liando con tanta información que no entendía.

Mike se levantó de la silla y colocó una de las hojas de la carpeta sobre la fotocopidora. Bajó la tapadera de ésta y presionó un par de botones. A continuación sacó de nuevo la hoja y tomó la que en ese momento salía, calentita, por la bandeja de salida. Se acercó a Dannii y dijo:

- Mira, aquí tienes la tabla. A la izquierda, las empresas y a la derecha algunos nombres de los titulares originales. No esperes encontrarlos ahora, pero... es lo que querías, ¿no?.

- Claro, muchas gracias.

Mike estaba pensativo, serio. Tomó el original y lo guardó de nuevo en la carpeta sin decir absolutamente nada.

- Bueno, Mike. Te dejo que... estarás muy ocupado.

- Er... sí, más o menos. ¿Me llamas para lo de la cena?

- Claro, esta semana, Bien. – Dijo Dannii que notó enseguida que el ambiente se había enrarecido súbitamente y que deseaba esfumarse de allí lo antes posible.

- Bien.

- Te llamo. Ya me voy...

- Te acompaño.

- ¡No!, no hace falta. Siempre lo haces...

- Como quieras.

Dannii dobló el papel con los nombres de las empresas y se lo metió en un bolsillo de sus pantalones, uno muy apretado de donde pensó que no sería posible que se lo arrebataran. Enseguida se levantó y caminó hacia la puerta.

- Bueno, chao.

- Hasta pronto.

Abrió y cerró la puerta con mucho cuidado, como si no fuera a enterarse de que se había ido. ¿Por qué estaría tan serio, tan reflexivo de repente?. ¿Habría dicho algo ofensivo?. Quizá se habría sentido utilizado por haber aceptado a ofrecer la información, aunque también había conseguido una extraña cita con ella y eso debería haber equilibrado el intercambio. Dannii decidió sentirse satisfecha por lo obtenido y olvidar el asunto. Atravesó la oficina pública del registro y salió a la calle rumbo a su casa.

Al otro lado de la puerta, en el interior del despacho, Mike permanecía levantado, mirando a través de la gran ventana detrás de su silla. Miraba al patio interior del edificio con gesto grave. No había podido superar el beso de Dannii. Sí, claro que sabía que no debía continuar alimentando las fantasías, que por cierto le eran conocidas desde hacía tiempo. Sabía que Dannii había renunciado a sus atenciones en el pasado y que no había motivo para que ahora se comportara de manera diferente. Sin embargo, algo le instaba con fuerza a pensar que, esta dependencia por la información de la Orange Coast, podría ser la oportunidad que siempre deseó para acercarse a ella, sólo que llegada en un mal momento, muchos años después de que todo terminara entre ellos.

La cita. ¿Había sido una buena idea?. ¿Qué podía esperar de ella?. Lo mejor, pensó, sería acudir con un chiste para cada frase, sin perder la frivolidad ni la superficialidad y desde luego no soñar en absoluto. Aunque... dolía sólo pensar en ello.

Capítulo VII

Mientras, en casa de Chase, la vida de Josh estaba tomando un rumbo desconcertante para él. Debió de haberlo previsto cuando Chase aceptó tan fácilmente su propuesta de pasar juntos la tarde, cosa que jamás había visto con buenos ojos. ¿Estaría cambiando quizá su percepción sobre una posible relación entre ambos?. “Demasiado genial, y demasiado peligroso”, pensó. Aún no tenía en absoluto claro la posibilidad de mantener esa clandestina relación sentimental con ella, pero ese no parecía ser el gran problema por ahora, puesto que ni ella misma estaba interesada.

Sin embargo, su corazón no le permitía apartar para siempre su enorme y visceral dependencia de aquella mujer. Cada vez que empujaba su recuerdo, y también su imagen, fuera de su mente, volvía vivamente a su mente al cabo de un minuto. Es más, en ocasiones, en lugar de castigarse con la imagen de la última Chase que había visto hacía unos pocos días, era la angelical imagen que de ella se creó el primer día que la vio la que venía a su mente de nuevo para convertirle en infeliz. Y aquella sí era la artillería pesada de esa seducción pasiva que Chase ponía en marcha cada día, sin saberlo, dentro de la mente de Josh. El recuerdo de aquella mujer ante su mostrador gestionando su nuevo empleo como ejecutante, tan hermosa, autónoma y poderosa, y a la vez femenina como ninguna otra de cuantas vio durante aquellas semanas, doblegaba sus deseos y sometía su albedrío a la más firme adoración. En realidad, tras los contactos mantenidos, la adoración se había convertido en aspiración utópica, aunque la cercanía y su amistad iban rompiendo los frenos y humanizando su figura.

- Creí que no querías que viniera.

Chase cerró la puerta detrás de él luciendo una sonrisa original: Hacía tiempo que no la exhibía para Josh.

- ¿Y por qué pensaste eso? – le respondió Chase mientras le invitaba a pasar a su gigantesco salón diáfano y a tomar asiento. Josh hizo el ademán de contestar, pero no llegó a hacerlo, y se quedó mirando lo que le esperaba allí dentro.

Chase estaba preciosa. Llevaba un bata de raso de color azul oscuro tremendamente brillante y andaba descalza de puntillas por el frío suelo de su casa, corriendo a pisar de nuevo sobre la alfombra central del salón. En el centro de éste, sobre la alfombra, sus dos cómodos sofás, formando una “L”, les esperaban para pasar la tarde, ya que su relación debía mantenerse en secreto y no podrían salir fuera de la casa como una simple pareja.

En cambio, Chase había sido capaz de manipular las luces del salón de tal manera que todo su espacio quedara inundado de una luz tenue de tono amarillo anaranjado tremendamente acogedor, lo que a Josh le resultó especialmente sorprendente teniendo en cuenta las dimensiones de la habitación. La tela de los sofás, bañada en suave luz reflejada de aquí para allá por todo el salón, parecía la más hogareña y hospitalaria de cuantas se pudieran fabricar, y el mullido aspecto de la alfombra rellenaba los huecos entre los sofás, como si sentarse en ellos fuera a ser una experiencia de recogimiento y humanidad digna de dos enamorados acondicionando su espacio de amor.

Los pies de Chase dejaron de moverse nerviosos y desaparecieron bajo el follaje textil de la alfombra, mientras su cara expresaba un alivio algo teatrero que, sin embargo, a Josh le generó ganas de ir a abrazarla rápidamente. No le dio tiempo ni a terminar de imaginarlo, porque de pronto la chica se dio la vuelta, se sentó sobre uno de los sofás y procedió a recoger las piernas y sentarse sobre ellas. La bata de raso le tapaba todo el cuerpo, salvo un pequeño fragmento de su escote, que a Josh le resultó musical por lo menos, y su rostro. El pelo rubio, que le llegaba unos cinco centímetros por debajo de los hombros, caía por delante de la bata y a cada lado de la cabeza que Josh quiso ir a reclinar sobre su pecho pero que tampoco hizo. Y allí estaba, mirándole con los ojos especialmente redondos para la ocasión, esperando que se sentara en el otro sofá que estaba unido al primero por uno de sus extremos formando un ángulo de noventa grados.

- ¡Ven! – dijo Chase dando un par de palmitas con la mano sobre el sofá en el que quería que se sentara. Josh se acercó y se sentó lentamente.
- Ya veo que has preparado algo especial.
- No podemos salir, así que nos quedaremos aquí, si te parece bien – dijo poniendo cara como si de veras estuviera considerando la posibilidad de que Josh no estuviera de acuerdo.
- Me parece idílico, Chase.

Chase sonrió y bajó la cabeza como una niña buena.

- ¿Quieres una? – Chase había tomado un pequeño frasco de la mesa bajita situada en el centro al que se orientaban los sofás, lo había abierto y ofrecía a Josh una de aquellas esferas brillantes del interior.
- ¿Guindas?...
- ...Rojas, ¿no quieres?

Josh alargó un poco el brazo y capturó una de aquellas guindas con dos de sus dedos. Tan pronto como la introdujo en su boca se dio cuenta de que había hecho mal, porque aquella pequeña guinda estaba deseando explotar y verter todo su amargo líquido concentrado.

- ¡Puagh! , ¿Cómo puedes comerte esto?
- Me gusta su sabor intenso... es... como...
- ¡Como tú! – cortó Josh, que había encontrado una comparación ingeniosa. – Son curvas y brillantes, tan apetecibles... por fuera, pero amargas por dentro.
- Por ser hoy, y ser tú, lo consideraré un cumplido, pero ándate con cuidado, Josh.
- Creo que he acertado con la comparación, ¿verdad?. – Dijo satisfecho.
- Humm... ¿de verdad crees que soy ...

- ¿curva?
- No, apetecible.
- No lo digo yo, lo dice la Sociedad.
- A esa no le invito a guindas. Responde.
- Dame otra. – Josh alargó la mano y tomó una guinda más grande que parecía de sabor menos intenso. Se arrepintió.
- Estás intentando cambiar de tema.
- Y... ¿qué has pensado para esta tarde?.
- Está bien, está bien, no digas nada, déjalo estar. ¿Para esta tarde?.
- Sí, ¿a qué nos dedicaremos?

Chase pensó un instante antes de contestar y después le miró a los ojos:

- A ti.
- ¿A mí?
- Bueno, siempre hemos estado un poco fríos, ¿no te parece?
- Sí, pero no sin motivo, Chase.
- Ahora estamos aquí, ¿vale?, estás en mi SO-FÁ, así que no tienes nada que temer y... además yo doy las órdenes. – Josh se rió encantado con la propuesta.
- Muy bien, suena prometedor.
- ¿Un Trivial?
- ¡Yo lo traigo! – dijo Josh levantándose del sofá con fuerza.
- ¡Ni hablar!, que tengo demasiados secretos por ahí como para que los veas – le gritó Chase riéndose.
- ¡Por eso!
- ¡Tú siéntate! – le dijo levantándose ella.

Si Josh hubiera podido atisbar mínimamente las preferencias de Chase se hubiera sentido muy culpable porque ella no tenía ningún interés en el juego. Sin embargo, ella sabía que era su juego favorito y a partir de ese momento también formaría parte de su pequeña estrategia para esa tarde.

Media hora después, reían animadamente burlándose el uno del otro y especialmente de su confusa cultura general, cuyo escaso calado acababa de quedar bien manifiesto.

- ¡Qué pasa porque no lo sepa? – gritaba Chase a punto de morir de risa.
- Bueno, eres una mujer... ¿y no sabes eso?
- ¡oh!, habló el Genio Josephine, capaz de verlo todo, ¡¡el futuro y el pasado, presente y destino!!, perdóneme, señor...
- Lo pensaré.
- ¡Anda, tira!

Josh cogió los dados y los hizo rodar por el tablero.

- ¡Seis doble!
- Serás...
- ¡Pregunta la que quieras!, las sé todas...
- ¡Ja!, veamos... ésta no que es muy fácil, humm... esta.
- A ver.

- “Señal en el cuerpo como forma de afrenta”, ¿qué es?
- Señal en el cuerpo... ¿un piercing? – La risa le impidió terminar la frase y también ver la cara que puso Chase ante aquel despropósito de chiste.
- ¿Y se supone que yo trabajo para ti en la Sociedad? – dijo Chase exagerando el gesto hasta el ridículo. – No tienes ni idea.
- ¡Va!, ¿qué era?
- ¡Estigma!
- Bah... era muy fácil.
- ¿Qué?. ¡Has fallado!
- Por darte ventaja.
- Claro, ¡pero si ni siquiera sabes lo que es un estigma!.
- Sí que lo sé.
- ¡No!.
- ¿Te lo demuestro?
- Si puedes...
- ¿Por qué no llevas puesta la cinta negra con la placa dorada alrededor del cuello?

Chase cambió el gesto y se tomó un par de segundos:

- ¿Por?
- Contesta.
- No la llevo cuando no intervengo. Ahora estoy contigo, pero no como ejecutante.
- Entiendo.
- ¿Qué tiene que ver?
- Eso es un estigma.
- Quizá por eso prefiero no llevarlo.
- Pues estás obviando una norma importante.
- ¡Qué sabrás tú si no lo has llevado nunca!
- He visto amonestar a muchas ejecutantes por no llevarla durante el día.
- Tendrán que venir a pedírmelo personalmente.
- Si no se enteran... no vendrán: Hay muchas normas que no se cumplen en la Sociedad.
- ¿Como cuáles?

Josh se dejó caer sobre el respaldo del sofá y se puso cómodo antes de contestar.

- ¡La Sociedad no es especial!. Dentro sucede lo mismo que fuera... en alguna medida. Las normas no se cumplen del todo.
- Pero... ¿qué cosas?.
- Algunas cosas...
- No vas a decírmelo.
- Ahora tendría que decir “Si te lo dijera tendría que matarte”. – Chase rió al escucharlo:
- ¿Tú a mí? – dijo señalándose a sí misma.
- Todo eso es confidencial, Chase.
- Oye, yo no he sacado el tema, Josh.
- Sí, pero debes respetarlo.
- Siempre acabamos igual, es como si la Sociedad y sus normas fueran un gran novio que yo tengo y que no nos permite continuar.
- ¿Hacia dónde?
- Hacia nosotros. – dijo Chase.
- ¿Existe un “nosotros”?

- ¿Antes o después de la Sociedad?
- No podemos acabar con ella, está ahí. Y es buena.
- Eso es discutible, pero... deberíamos terminar con esta situación, este secretismo. Creo que nos está afectando.
- Es posible. ¿Qué podemos hacer?.
- Hablar.
- ¿Revelar, quieres decir?
- Confiar.
- Arriesgar, Chase, y mucho más de lo que crees.
- ¿Qué darías por mí? ¿No arriesgarías?.
- Si hubiera una posibilidad, mi vida, Chase. Pero no hay nada que obtener. Tú misma lo dijiste.
- De acuerdo, encontremos algo que te interese para compensar el intercambio.
- ¿Intercambio?
- Sí, vamos a intercambiar secretos... y así iremos derribando barreras. – Chase pensaba a toda máquina intentando exprimir la oportunidad y dirigir la situación hacia dónde ella quería.
- Porque... yo... ¿te intereso, Josh? – preguntó con pecado.
- Esa palabra subestimaría mis sentimientos, Chase. – y sonrió.
- Entonces vamos a jugar a algo.
- ¿A qué?
- Un simple juego de preguntas. Tu me preguntas a mí... y yo te pregunto a ti,
- ¿Sobre qué?. – preguntó a su vez Josh que andaba perdido.
- Primero... algo sencillo...
- Oye...
- Dime, Josh, ¿Cuál es tu color favorito?

Josh se quedó mirándola sufriendo por dentro el conflicto de desear con todas sus fuerzas contestarle... pero temiendo que el juego se convirtiera en una trampa para su información protegida sobre la Sociedad. El corazón... contra la responsabilidad.

- El negro.
- ¡Qué horror!, Josh, si una chica te pregunta eso algún día, miénte.
- ¡Qué le voy a hacer?, a mí me gusta.
- Está bien, vale, te toca. Pregúntame algo.
- ¿El qué?
- Lo que quieras, algo sobre mí que siempre hayas querido saber. Dispara.

Una gran cueva prohibida acababa de dibujarse ante los ojos de Josh, una oscuridad tentadora que sabía que no debía explorar por nada del mundo. La Sociedad era muy grande, poderosa y omnipresente. Él sabía que su alcance se extendía más allá de donde Chase suponía, e incluso que él mismo, que apenas conocía una pequeña parte de su funcionamiento. Por eso estaba seguro de que el juego era más peligroso no sólo de lo que Chase trataba de hacerle creer, sino de lo que él pensaba que ella pensaba en realidad.

Pero, por otra parte, la mujer que explicaba por su mera existencia, y mucho más por sus palabras y sus movimientos, la vida de él le proponía asir las puertas de su intimidad y descubrir su dimensión más personal. De hecho, había tratado de imaginarla durante

años, durante noches enteras, completando, con su esfuerzo mental, aquellos fragmentos ocultos de la vida de Chase, tanto los más inocentes, o cotidianos, como los más intransferibles, probablemente incluso vergonzosos. Sin duda, le había dedicado demasiado tiempo a ella, y aún así, reconociéndolo, no podía dejar de sentirse atraído por encima de su capacidad de amar. Estaba desbordado, y la oferta de aquella mujer era excesivamente tentadora.

- No puedo, Chase.
- Vamos, ¿es que nunca te has preguntado nada sobre mí?. Seguro que hay miles de cosas que deseas saber... – Chase estaba apretando los botones adecuados.

Josh, sin respirar, se tomó un segundo para luchar por dentro.

- ¿Lo que quiera?
- ¡Cualquier cosa!

La mano de Josh se extendió hasta tomar el regulador de la lámpara de pie que se encontraba en la esquina que dejaban los dos sofás en los que estaban sentados. Se trataba de un luz orientada hacia el techo, aunque como éste se encontraba a muchos metros por encima de sus cabezas, el reflejo tardaba en llegarles de vuelta, y cuando lo hacía era una luz cansada y corrida. Era la magia de aquel salón con tanto espacio.

Éste tenía dos grandes ventanales. Uno de ellos se situaba en una de las esquinas superiores de la parte del salón, a muchos metros de altura, pegado al techo. Eran tres grandes ventanales que por el día dejaban a los rayos del sol adentrarse y dividir todo el espacio; y por la noche, dejaba ver parte del cielo, sin demasiadas estrellas, pero siempre tan enorme a través de las ventanas. El otro gran ventanal estaba situado alrededor de la puerta principal de la entrada, y elevándose sobre ésta hasta el techo a la misma altura que el techo del salón. Desde fuera era como si la entrada al gran cubo de paredes blancas, de tantos metros de altura, fuera un gran hueco en uno de sus lados, aunque sólo una pequeña parte de éste, la puerta, se abría en realidad.

Desde donde estaban sentados, a través de los ventanales, se sentía la oscuridad exterior como si fuera una forma de temperatura, y les llegaba hasta ellos inspirándoles una gran sensación de bienestar por encontrarse resguardados en aquel mullido microambiente de luz tibia, alfombra suave y sofás hundidos, cómodos.

Josh se incorporó levemente y sacó de la oscuridad una botella de vino tinto que estaba abierta y ya por la mitad. Acercó la copa de Chase, que estaba en frente de ella, a la suya, y sirvió apenas un fondo del caldo cuyo color combinó tan extraordinariamente con el de la escena, que a Chase le pareció estar perdiendo los papeles de su plan y estar empezando a entender el lujo de Josh.

Cuando ambas copas estuvieron listas, Josh entregó una de ellas a Chase quién la aceptó con una sonrisa disimulada y una insinuada afirmación con la cabeza. Entonces ambos se reclinaron cómodamente sobre el respaldo de sus sofás y se miraron en silencio. Josh torció el gesto y arrugó la frente.

- Tu cantante preferida. – Dijo lentamente como guardándose algo para sí mismo.

Chase respiró aliviada en su interior y le sonrió mientras elevaba la cabeza mirando al techo en señal de estar eligiendo la respuesta.

- K.D.Lang. – y se ruborizó ligeramente.
- ¿En serio? – dijo Josh que jamás lo hubiera dicho.
- Sí, ¿qué le voy a hacer?
- Nada, claro...

Los ojos de Chase se abrieron mucho hasta reflejar la poca luz que iluminaba su cuerpo, cuyos bordes estaban difuminados haciendo que su imagen, para Josh, fuera la de una mujer irreal, en una escena absolutamente imposible, utópica.

- ¡Me toca! – dijo.
- Una fácil, ¿eh?
- Mm... ¿Una obra de arte?
- No sé, no las entiendo.
- ¿Qué no entiendes?
- Eso que llamáis arte
- No entiendes el arte, ¿eh?.
- Creo que no.
- ¿Nada?. ¿No te gusta nada?.
- Bueno, me gusta el cine, pero... no es ese arte al que te refieres, ¿verdad?.
- Está bien, el cine también es arte. Una película.
- Una película... mmm...
- Que no sea “Dirty Dancing”, por favor. – Dijo haciendo un gesto de impotencia.
- Iba a decir “Thelma y Louise” – dijo Josh incapaz de fingir seriedad hasta explotar en una carcajada a la que se le unió Chase sólo después de que ésta fingiera que vomitaba en la alfombra.
- ¡Era broma!, era broma.
- Gracias – y suspiro la rubia.
- MM... no tengo una película favorita.
- Bueno, una que te guste.
- ¿Vale “La Historia Interminable”? – dijo temeroso de la reacción.
- ¡¡Pero qué dices?? ¡Josh!
- ¡Lo siento!
- Vas a acabar conmigo, te lo digo en serio. Estoy por traerte “Bambi”, ¿te gustaría?.
- Claro, ¿me dejarás llorar?

Las risas formaban parte integrante de la escena hasta tal punto que a Josh le pareció estar viviendo uno de sus sueños, uno de esos que tenía en la cama a horas avanzadísimas de la noche, haciendo lo posible por imaginar cada detalle de escenas inventadas en su mente a la medida de Chase y de sí mismo, para su goce, para su felicidad y para ... su salud mental.

- ¡Te toca, Josh!, pero sé bueno.
- Mm... Una prenda que nunca te pondrías.
- Hum, esto se pone interesante... – dijo Chase en voz baja.
- Si no quieres, no contestes...
- ¿Bromeas?. Yo me he inventado el juego y lo llevaré hasta sus últimas consecuencias. Pero tendrás que jugar conmigo hasta el final, ¿eh?

- No prometo nada.
- Ya... veremos. Una prenda que... – musitó Chase pensativa. – Creo que un cinturón de castidad – y rompió en una carcajada que Josh no hizo simétrica con su gesto de frustración. - ¡Vale!, chico, cómo te pones... Déjame intentarlo de nuevo.
- ¿Terminará algún día este juego?
- Ya va, ya vaaa... – dijo Chase dando un sorbito a la copa de vino y dejándola sobre la mesa. – Creo que uno de esos... ¿cómo se llaman?, ¿"pichis"? ¡Ohhg!, esas prendas vaqueras del diablo que te recogen por delante como si estuvieras embarazada y fueras a arrastrar la barriga por toda la calle... y que encima por detrás te traicionan con esos tirantes horribles cruzados que te agarran por el culo pareciendo que se te va a caer justo detrás de la barriga. Los odio, ¿cómo puede alguien ponerse algo así?.
- A mí no me parecen tan horribles, he visto mujeres preciosas llevándolos.
- No te creo: Debe ser tu percepción masculina atrofiada por las hormonas.
- De tanto ver uno se vuelve también exigente, ¿por qué no?.
- No, no creo, sois exigentes pero sin estilo, con preferencias personales un poco desviadas según vuestras perversiones.
- Me encanta tu imagen de los hombres, Chase.- dijo sarcástico.
- ¡Es verdad!. Vuestras preferencias, y no digo las generales, sino aquellas que tenéis por individuales y personales y que llevaríais hasta el final suelen ser caprichos motivados por alguna pulsión extraña que nosotras olemos a kilómetros. No tenéis sentido de la moda, sólo impulsos.
- Quizá sea mejor que esforzarse por interiorizar una tendencia presentada como mayoritaria y que no es más que una simple idea de una sola persona.
- ¡Si tan sólo supiérais hacer vosotros eso ya habríais avanzado décadas enteras en el plano de la moda!
- Digamos... que somos más personales.
- Digamos... que sois demasiado insensibles, aunque sea acerca de la estética.
- Oye, tú misma sigues impulsos personales producto de caprichos, ¿Si no de qué criticar los pichis?
- Ohh – se sorprendió Chase inspirando litros de aire. - ¿Estás intentando pillarme?
- ¡No!, sólo creo que tenéis una imagen sobre vosotras que habla de coherencia y sentido común pero que... aún no sé si se está muy comprometida con la realidad.
- Pero, ¿es que no has visto nunca una mujer con un pichi?
- Claro que sí, ¿qué les pasa?
- Son... ¡¡¡un rastrojo estético, un fracaso en la escala de la elegancia, un ultraje al buen gusto, una vejación infinita del derecho al honor y una intolerable ofensa para una sociedad de bien!!!. – exclamó elocuente.
- ¿Has... terminado?.
- Sí – contestó breve Chase, muy digna.
- Te toca.
- Vamos a ver... dime... ¿cuánto tiempo llevas trabajando para la Sociedad? – se arriesgó.

Josh se quedó impertérrito, pensativo, casi a punto de considerarse traicionado.

- Es sólo un juego, Josh... relájate, ¿quieres?
- Unos seis años.
- ¡Vaya!, debes ser todo un experto.
- Sólo llevo algunas cuentas, Chase, lo sabes.

- Vale, vale. Pregunta – Dijo dando un sorbito muy pequeño al vino. Josh tardó nuevamente en dar con su pregunta:
- ¿Qué tal es ser ejecutante? – Había entendido la dinámica del juego ... pero también sus posibilidades.
- Si no llevo la cinta negra puesta, no lo soy, ¿entendido?.
- Eso no es lo que dicen las normas, y lo sabes.
- A la mierda.
- Vale, pero... ¿cómo lo llevas?
- Es algo frustrante.
- ¿Por?
- Hago cosas pero no sé qué, persuado a personas pero no sé quiénes son, consigo cosas que no sé para qué sirven. Me canso de ser el títere y no poder mirar al titiritero.
- Eso es un poco peligroso, ten mucho cuidado.
- Me toca preguntar – dijo cambiando de tema.
- ¿Quiénes sois vosotros, los protagonistas de la Sociedad?
- Me pones en un aprieto, Chase.
- Ya conozco a uno, ¿no?, ¿qué pasa por que sepa algo de los demás como tú?. – Pregunto fingiendo inocencia.
- Sólo somos personas...
- hombres, creo...
- Sí, hombres... pero normales, gente con buenas costumbres pero con ganas de hacer la vida un poco más agradable.
- Pero, ¿cómo se hace eso? – Chase quería confirmar sospechas.
- Bueno, la Sociedad es heterogénea. Tenemos... abogados que dirigen bufettes, presidentes generales de grandes corporaciones...
- ¿Como por ejemplo?
- Como por ejemplo nada, Chase, no me presiones demasiado. También hay gente que consigue ofertas especiales, viajes, etc.
- O sea, que sois hombres a los que la vida les sonríe buscando la carcajada final.
- ¿Por qué no?.
- Ya... y entonces unos benefician a otros.
- Más o menos. Todos tenemos deseos y necesidades que se ponen de manifiesto. Otros con los medios para satisfacerlos actúan generosamente, siendo satisfechos por otros socios. Somos una comunidad.
- Pero...
- ¡Me toca!, Chase. – dijo esbozando una sonrisa autoritaria mientras empezaba a disfrutar del juego. Chase le enseñó las palmas de sus manos como protegiéndose, escondiendo su ofensiva.
- Dime, ¿en qué piensas cuando estás actuando en plena misión y ésta exige cierta entrega personal?
- ¿Quieres decir ... sexual? – Preguntó Chase.
- La incluyo en la pregunta, sí.
- ¡Chico malo, Josh.
- Como tú, creo.
- Pues... bueno, normalmente me río por dentro.
- ¿Te ríes? ¿de qué?
- De vosotros, de los hombres. De vuestra simplicidad, de vuestra maleabilidad. De vuestras buenas intenciones e inocencia más o menos oculta tras esos disfraces de regateadores ofensivos dispuestos a negociar con Dios los últimos cinco minutos de sus vidas.

- ¿Y eso es lo que piensas en ese momento?.
- Sí, pero ... algo más tecnificado, porque lo convierto en gafas de descubrir debilidades masculinas, bastante generales por cierto, y aprovecharlas. Para eso me entrenasteis, Josh.
- Yo no fui, a mí no me hagais responsable, aunque claro que me siento ofendido por eso que dices.
- Deberías ser más analítico; descubrirías cosas interesantes sobre los hombres.
- Si lo soy con las mujeres recibo malas críticas de todo el mundo y ahora encima vosotras me pedís que sea crítico con nosotros los hombres, quizá sea excesivo, ¿no te parece?.
- No quiero guerras de sexos, yo sé bien dónde estoy y de qué es capaz cada cuál. Cada sexo, quiero decir.
- Es un pensamiento muy frío.
- También me entrenasteis para ello.
- ¿En eso piensas de verdad? – dijo Josh intentando hallar un resquicio de ser humano.
- Básicamente. Busco puntos donde atacar. Y ahora me toca preguntar a mí.
- A ver...
- ¿Cómo se centralizan las peticiones de los socios para que se las resuelvan los otros socios?.
- Oye, no te pases con las preguntas o dejaré de jugar.
- ¡Dime eso y ya!

Josh no había sino alejado aún más sus dos posturas en conflicto: la responsabilidad con la tentación. Por una parte, las preguntas de Chase se volvían cada vez más generales y comprometidas, obligándole a diseñar una visión general de la Sociedad, cosa que sabía no podía permitirse, o no se lo permitían. Pero por la otra parte, había comprobado que Chase estaba siendo realmente sincera y transparente con él. Estaba seguro de que contestaría todas sus preguntas sin objeción y al imaginar dónde podría llegar se excitaba de emoción.

- Existe un cauce oficial.
- ¿Un formulario?
- No exactamente. Es un canal humano no escrito que va y viene trayendo y llevando mensajes por diferentes vías adaptadas a las condiciones de membresía de cada socio.
- O sea que, ¿existe un aparato organizado de gestión de la Sociedad?
- Claro, dentro del cuál trabajo yo, Chase, como un funcionario de la Sociedad.
- Eso es lo eres, ¿no?, un funcionario.
- Si lo quieres ver así, por supuesto. Realizo tareas de mantenimiento de la organización, como otros socios.
- Pero vosotros no sois altos cargos de nada, sólo empleados.
- Sí, escogidos por la Sociedad generosamente y sacados del mundo real, igual que tú.
- Sí, pero vosotros tenéis derecho a satisfacciones y servicios del aparato de la Sociedad, ¿no es cierto?.
- A esos efectos... es como si fuéramos socios, sí.
- ¿Por ser hombres?
- No lo sé, no lo decidí yo.
- Por ser hombres.
- ¡¿Acaso hay alguna mujer funcionaria?! – exclamó Chase intentando ser concluyente.
- No, ninguna. – Dijo Josh bajando la cabeza. – y creo que me toca preguntar, que por cada vez que pregunto yo, tú preguntas cuatro veces. – Dijo sonriente, mientras Chase

cambiaba el gesto, lo relajaba y se preparaba para mostrar su lado más seductor, su aspecto más sexy.

- ¿Qué llevaste puesto en tu última misión?
- ¿Es que quieres que me lo ponga para ti?. – Preguntó sibilina Chase.
- Me es suficiente con que lo describas, por ahora.
- “Por ahora”, Humm..
- ¿Cómo era?
- Pues... – dijo Chase alargando la última ese. – Llevaba una camiseta verde de tirantes estilo Vietnam... así muy guerrera. Y muy ce-ñi-da – subrayó Chase separando cada sílaba al tiempo que sus manos se paseaban a un milímetro de su bata de raso azul a la altura de su pecho.
- ¿Y qué más? – preguntó un curioso Josh que estaba empezando a saborear de veras el juego.
- Debajo llevaba un sujetador de color verde oscuro, con los tirantes visibles, al lado de los de la camiseta. ¿qué te parece?.
- Muy radical – rió. - ¿Y qué más?
- Bueno, unos pantalones militares con dibujos de camuflaje, creo que estaba un poco ridícula, he de reconocerlo...
- A mí me parece muy erótico.
- ¿En serio?. Pero si es un estadio antes del sado.
- Quizá sea eso lo más interesante. ¿Y qué más llevabas?
- ¡Nada más!
- ¿Seguro?
- ¡Oh!, ya sé dónde vas... ¡qué impresentable eres! – dijo Chase que sabía de qué iba todo eso mucho antes de fingir que se acababa de enterar. – También llevaba un tanga negro muy pequeño que no sé si mi hombre llegó a ver del todo porque desde atrás... estaba un poco... oculto, si entiendes a qué me refiero. – Confesó Chase dejando el testigo a Josh.
- Uff... no dudo que conseguiste lo que querías.
- Por supuesto – sonrió.
- ¿Aún tienes ese atuendo?
- ¡No me lo voy a poner para ti!, Josh.
- ¡De acuerdo!, ¡de acuerdo!, no iba a pedírtelo.
- ¡Pregunto yo!
- ¡Oh!, cielos...
- Mis preguntas son más fáciles que las tuyas.
- Sin frenos morales... sí, pero no es el caso.
- Qué complicado lo ves todo. Déjame que te pregunte... Todos vosotros, los funcionarios...
- ¡Otra vez!
- sí... vosotros, formáis parte de una estructura, supongo.
- Algo así. No difiere tanto de una empresa convencional.
- Entonces, ¿tenéis superiores?.
- Claro.
- La pregunta es... ¿cómo se organiza ese poder dentro de la estructura?
- Digamos que existen unos jefes y sobre éstos otros... y así, aunque no todas las áreas tienen la misma profundidad.
- ¿Y dónde termina esa cadena de poder, Josh?
- En la cúpula de poder, Chase. – Dijo luciendo una forzadísima sonrisa.

- JA, JA. – Contestó ella reflejando la misma sonrisa forzada.
- Ahí es donde la estructura pasa de ser empresarial a ser más... política.
- Política... como ¿una democracia?. – Preguntó a ciegas.
- No es una democracia total, pero parte de las normas sí responden a criterios democráticos. Existe el equivalente a un parlamento donde se reúnen los Decisores, que son hombres elegidos por los socios para organizar la Sociedad, aunque su capacidad de decisión no es tan absoluta como su designación hace pensar.
- ¿No tienen la última palabra?.
- No, son demasiados para ser el final de la estructura.
- ¿Entonces hay gente por encima de ellos?.
- Más o menos, Chase.
- ¿Quiénes?
- No tan deprisa, ¡que me toca preguntar! – Cortó muy satisfecho Josh que sabía que se había ganado su turno de indagación prohibida.
- Oye, este juego se te da muy bien, estás ganándome a mi juego favorito.
- Buen intento, Chase, pero sabes que eso no es verdad.
- Bah, pregunta, a ver qué quieres saber ahora...

Josh tenía de nuevo la oportunidad de saciar alguna duda de esas dolorosas que se amontonaban en su mente. Tenía que escoger bien, porque aquella escena no duraría para siempre. La protagonista de sus sueños estaba contándole muchas verdades sobre su intimidad, y eso le valdría, pensó, para conocerla mejor, para entender mejor su esencia y también para, ¿por qué no?, explorar una posibilidad de seducción.

- Dime – dijo impaciente. - ¿Qué te pondrías si yo fuera la víctima de una de tus misiones?.

Chase no pudo evitar una gran carcajada que resonó en el altísimo techo del salón. Se estaba divirtiendo a lo grande, en realidad, de eso no había duda, incluso en el caso de que su estrategia para obtener información de Josh estuviera manifiesta. Era un juego.

- Nunca me enviarían a alguien como tú.
- ¿Por qué?
- No sé. – Pero en realidad Chase sabía que ella no era la ejecutante óptima para una víctima burocrática como Josh, a quién seguramente, le resultaría mucho más tentadora una mujer de normas como... Jessie. Sí, ella era la ejecutante ideal de un hombre como Josh, si no fuera porque éste estaba totalmente enamorado de Chase lo que le convertía en la ejecutante perfecta para él.
- Supongo que enviarían a alguien más capacitada. – Mintió Chase.
- Arriba sabemos que eres una de las ejecutantes más capaces, te lo puedo confesar.
- ¿De veras?
- Sí, tus misiones son claves.
- Vaya, no lo hubiera dicho.
- Yo podría ser tu víctima. – “Ya lo soy”, pensó Josh, sin decirlo.
- Pues no sé... supongo que en tal caso, – Comenzó a decir Chase, que le había gustado la pregunta. – llevaría un atuendo de oficinista con una falda, una camisa blanca y unos tirantes negros sobre ésta. Medias negras y zapatos dignos de una white-collar coqueta.
- ¿Con o sin corbata, Josh?.
- Sin corbata, mejor.
- Muy bien. Sin.

- Ya veo...
- ¿Crees que tendría éxito?
- Depende del objetivo, pero he de confesar que la estrategia sería muy buena.
- Tendrías que ver la ejecución.

Josh se rió algo asustado por la provocación.

- No, creo que mejor será que no...
- Sería muy... – Empezó a decir Chase haciendo una pausa. – convincente.
- Será mejor que no llevarle la contraria nunca a la Sociedad – Se rió.
- Bueno, me toca preguntar.
- ¿Ya?
- Ajá. – Dijo mientras se incorporaba un poco sobre el sofá y ponía tenso todo el cuerpo, como poniendo mucha energía en el proceso.
- Dime, Josh, ¿Vive alguna ejecutante cerca de mí? – Chase estaba probando a Josh más de lo que éste pensaba.
- No lo sé.
- ¡Oh...!, ¡Vamos!, Josh, claro que lo sabes: Tú registras sus fichas.
- ¡No me fijo en las direcciones!.
- Eso no es verdad, y tú lo sabes.

Josh hizo otra pausa.

- Eso no puedo decírtelo, Chase, de ninguna manera.
- O sea que la respuesta a mi pregunta es sí.
- O sea que no puedo decirte nada.
- ¿Quién se va a enterar?
- La ejecutante que contactes.
- No iba a llamarla ni nada de eso.
- Eso yo no lo sé.
- Te lo prometo.
- Es igual, Chase.
- Dime al menos cuántas.

Josh dijo que no con la cabeza firmemente.

- Chico, llevas muy lejos tu confidencialidad. ¿También serás así con tu esposa?
- No lo sé... pero no estamos casados.
- No, pero... ¿en quién confías más que en mí?
- Eso no sería difícil de responder, Chase. – Dijo como si fuera obvio.

Josh estaba muy firme. Sabía que había concedido a Chase algunos secretos demasiado peligrosos acerca de la Sociedad y que ello ponía en peligro a todo el mundo en ella, a él y sobretodo a Chase, cuyos conocimientos ahora le convertían en una amenaza desconocida para toda la estructura. Sin embargo, Josh confiaba en que o bien por no llegar tan lejos, o bien por no saber, operativamente, cómo utilizar todo aquello, Chase no empleara aquellos datos en contra de nadie. Pensó, simplemente, que tras años de trabajo para la Sociedad, uno tenía derecho a conocer algo de ésta. Eso sí, Chase no llevaba tanto tiempo, ni tampoco se había comportado como una ejecutante resignada. Josh intentaba racionalizar sus deslices hasta el momento pero tenía claro que si ofrecía

a Chase una vía de asociación estaba estructurando una amenaza evidente para la Sociedad. Tenía que evitarlo, por ahí no podía pasar. No obstante, la amenaza ya se había organizado y aquella conversación era parte de la estrategia de la misma.

De una manera u otra, Chase no iba a lograr una respuesta de Josh, así que no podría comprobar la veracidad de las respuestas. No tenía manera de saber si existían esos Decisores que organizaban el gobierno de la Sociedad, ni si se llamaban así, ni si se escogían democráticamente, ni por qué medio, etc. Pero no podía imaginarse a Josh mintiendo claramente, como mucho, simplemente, diciendo que no podía contestar, pero no inventando datos ni falsas realidades. En incluso en tal caso, sabía que no contestar le produciría un enorme dolor.

- Bueno, me parece que no vas a contestarme, de manera que... me reservo el derecho a no contestar una de tus preguntas. – Dijo un poco sabionda, pero siempre guapa.
- Está bien. ¿Quién pregunta ahora?
- ¡Yo!, a ver si ahora saco algo... ¡en claro! – dijo Chase.
- Pero algo que pueda contarte.
- Sí, ya he visto. Antes decías que por encima de los Decisores había otro nivel. ¿Es una sola persona?.
- No.
- ¿Podrías explicarte? – Dijo Chase con algo de soniquete.

La lucha interna de Josh entre el deber y la tentación estaba ya adoptando dimensiones intolerables. Pero, ¿qué podía hacer?, ¿terminar con ello e irse a casa?. No era un plan muy atractivo. Y nunca había sentido tanta atención por parte de Chase. Sí, estaba viciada, pero era atención, y su corazón lo necesitaba sinceramente.

- Bueno, no es una persona, eso sería...
- ¿Como una tiranía?
- Sí, un abuso en potencia. Creo que en algún momento del pasado de la Sociedad, pero hace mucho tiempo, ¡mucho antes que tú y que yo!, era así, pero en algún punto del pasado la Sociedad sufrió las consecuencias y modificó su manera de verse a sí misma. Desde entonces son dos personas las que dirigen, desde su difícil consenso, toda la Sociedad. Están por encima de los..
- Decisores.
- Sí. Éstos les vigilan... y les obedecen, pero no son escogidos por aquellos.
- ¿Y no hay tensiones entre esos responsables y los Decisores?
- Claro, pero es el marco ideal para un movimiento crítico que gobierna para la mejora permanente, o al menos esa es mi opinión. Existe un debate interno sobre esta circunstancia: Hay quién aboga por un sistema de acuerdo más o menos permanente, pero yo creo que podría ser la puerta abierta para tiempos de corrupción.
- ¿Corrupción?. ¡¡¿También tenéis de eso dentro?!!.
- La Sociedad es una como un reflejo de la vida misma, sólo que oculto y según unas normas arcaicas, pero por lo demás es muy parecido a la realidad externa.
- Pero... ¿Quiénes son esas personas que gobiernan?.
- No puedo hablarte de ellos, Chase... Ellos son los responsables de las políticas generales de la Sociedad. En general los llamamos X e Y.
- ¿Como incógnitas?
- Exacto, porque eso es lo que son. Su identidad no debe ser más firme que su labor, igual que la ruina de una modelo es superar con su persona la calidad de los ropajes que

desfila. En una ecuación con dos incógnitas, todo pierde sentido si falta una de ellas: no se puede resolver o se resuelve de manera arbitraria. Esto es lo que llevaría a la tiranía: la resolución gratuita. Pero con dos incógnitas, la naturaleza de una define y limita a la otra y son la garantía de una resolución ajustada a las normas y probablemente a la realidad.

- En fin, se me ocurren mejoras maneras de gobierno.
- Como te digo, la Sociedad es un cúmulo de normas arcaicas, pero parecen funcionar bien. Sólo hay que mirar la vida de los socios.
- Que no la de las ejecutantes.
- La mayoría están muy conformes y la Sociedad cuida sus asignaciones.
- ¿X e Y tienen que ser hombres? – Dijo Chase, que empezaba a pensar de nuevo a toda marcha.
- No existe ninguna norma que lo explicita, aunque sí existe la que fuerza que los Decisores lo sean, y es de ellos de dónde se extraen X e Y.
- O sea que sí, vamos.
- Sí.

Chase estaba a punto de hacer la pregunta más peligrosa y expuesta de todas...

- ¿Y cómo...?
- ¡Me toca! – Interrumpió Josh, que ya se había acostumbrado a parar las baterías de preguntas de la niña de la bata de raso.
- Quiero saber – Dijo con autoridad. – ¿qué llevas bajo esa ... andriana?
- ¿Mi bata?
- Sí.

Chase notó que toda la tensión que le había servido hasta entonces para apretar a Josh hasta obtener aquella información, ya que el juego era simétrico, le estaba volviendo a ella directamente. En efecto, su juego no contemplaba entrar en un erotismo como aquel, aunque si le decepcionaba... no conseguiría que respondiera a la última pregunta que tenía, la más difícil de todas. No podía confiarse, Josh sabía ser firme cuando la pregunta era demasiado comprometida, de manera que tenía que aumentar la excitación a su favor.

Decidió contestar primero con una sonrisa directa a sus ojos, de donde no se separaban los suyos desde que había formulado la pregunta, como intentando ganar un duelo óptico, o mejor, fingir perderlo para él.

Tras unos segundos, Chase declinó su cabeza en señal de rendimiento, pero delicadamente, con algo de sofisticación. Nuevamente, sus ojos buscaron los de él, pero sin elevar la cabeza de su posición caída.

- Eso es muy secreto, Josh.
- ¡Oh!, lo siento, es sólo que lo que yo te he contado eran nimiedades públicas, ¿verdad?
- No, no, desde luego, yo... valoro tu esfuerzo. – Dijo llevándose la mano al escote alto, justo donde la bata se cerraba con sus solapas decoradas en adornos azules más intensos que los reflejos del raso y en un negro azabache tan sofisticado que con sus revueltas de encaje parecía sólo destinado al vestir de una diosa del mundo moderno, o una vendida

del diablo que hubiere canjeado su divina espontaneidad por el espurio poder de la seducción última.

El gesto, desengañado y algo arrogante, aunque atractivo a rabiar, incluía el pasear suave y femenino de su mano por la piel de su alto pecho descubierto, y a veces sobre la piel de su cuello. Todo él, por culpa de aquella suave luz, algo viciada, pero perfecta para contornear fatalmente, se convertía en el objeto de mayor deseo de Josh, que no sospechaba la desencadenación de emociones que su pregunta provocaría.

- Lo que pasa es que no sé... – dijo hablando como si se lo pensara al mismo tiempo.

Dejó pasar unos segundos.

- ... si debo decirte algo así.
- Antes me dijiste lo que llevaste en tu última misión...
- Sí, pero eso no lo llevo ahora puesto para ti. Es diferente.
- Te he contado muchas cosas.
- Es cierto, te has portado bien.

Su mano dejó de acariciar su cuello y tomó, con dos dedos, el punto justo en que ambas solapas de su bata se cruzaban, soldándolas para que no se abrieran y descubrieran su lencería. Pero esos mismos dedos separaron ese punto de su piel dejando un hueco por donde sólo ella miró durante un instante, como averiguando qué prendas llevaba en ese momento. Sus cejas se levantaron en señal de sorpresa y la comisura de sus labios, Josh pudo verlo a pesar de la inclinación de la cabeza con la barbilla casi pegada a su pecho, se arrugaron por efecto de la sutil sonrisa que dejó salir al comprobar sus dos secretas telas de mujer. A continuación, sus dedos dejaron las solapas nuevamente sobre su pecho cubriendo incluso para su propia vista. Josh estaba muy excitado como espectador de lujo de aquel acto de sublime sensibilidad erótica que había cargado su expectación a niveles que jamás soñó que existieran. Definitivamente, pensó, sólo Chase era capaz de hacerle sentir de ese modo.

- Llevo... algo acorde.
- ¿Cómo de acorde? – dijo temblando él.
- Acorde... con la bata.
- Descríbemelo.
- Pues es un sujetador de color azul brillante y tirantes negros muy finos.
- ¿Cómo es exactamente?
- Tiene encajes negros en la parte superior de las copas, y tiene orificios en el encaje por donde se ve mi piel.
- Mm.. – dijo Josh, cuyo labio inferior había quedado atrapado por sus dientes superiores como mueca de deseo. - ¿Y qué más llevas?
- Bueno, puedes imaginar...
- pero quiero que me lo describas.
- Está bien, también llevo unas braguitas azules muy parecidas.

Chase estaba sorprendida de la manera cómo sus palabras habían afectado a su enamorado compañero, cuyas manos, confundidas, no encontraban la postura inconsciente que su dueño necesitaba para ocultar su inquietud.

- Gracias. – Dijo Josh algo menos satisfecho que antes de hacer la pregunta aún habiendo conseguido su objetivo.
- Nada de gracias: Me toca preguntar.
- Creo que iré pensando la próxima pregunta... – se sonrió Josh.
- Como quieras, pero antes dime...

Chase no sabía si su fatal pregunta sería el final del juego, pero no podía omitir la oportunidad.

- ¿Cómo se llaman X e Y?

El rostro de Josh perdió todo signo de excitación y se tornó tan serio que casi, a la luz de aquella lámpara suave, parecía una persona distinta. Las líneas de su cara, por dónde antaño se doblaba su piel en gesto de risa, ahora parecían haber sido extendidas hasta desaparecer, como si tal emoción nunca hubiera pasado por aquel rostro. Sus ojos habían perdido el titilar excitado producto de su ansiedad y de la esperanza de saber más de Chase. Ahora estaban quietos, fijos, hieráticos. Insensibles.

Sus manos habían encontrado, sin saberlo, la posición inconsciente que antes tanto necesitaba.

- ¿Hasta dónde quieres llevarme, Chase?.

Ésta mantuvo el silencio.

- ¿Se te es suficiente sabiendo cómo somos por dentro?. – Cada frase llevaba una pausa adherida a ella. – Nadie... escúchame, nadie te contará nunca lo que yo ya te he dicho esta noche. Pero para ti no es suficiente, ¿verdad?. Te aprovechas de mí...
- ¿Aprovecharme?. ¿Eso crees, Josh? – alegaba en falso Chase. – Yo he sido la primera que te he contado mis verdades. Has jugado conmigo y te ha gustado, especialmente hasta hace un momento.
- ¡Esas verdades no te comprometen!.
- ¡Son generosas verdades en forma de atenciones que yo te dedico!.

“Atenciones”; que Josh necesitaba. Sabía que era su punto débil... y no supo argumentar más.

- No puedo decirte cómo se llaman, Chase.

Ésta bajó los pies al suelo y se levantó del sofá. Anduvo con sus pies blancos descalzos pero ocultos entre los pelos altos de la alfombra un par de pasos minúsculos y se sentó al otro lado del sofá donde Josh estaba. Éste contemplaba el endiosado caminar de la joven de cabellos descansados sobre los hombros, sobre su bata de brillos azules. Y veía cómo de aquella prenda luz exquisita y cromatismo perfecto caían dos piernas de mujer tan maravillosamente moldeadas que a Josh le parecieron el molde primero de Eva, o mejor, de una perversa Eva diseñada con la capacidad de visión de Dios, pero con las intenciones de Lucifer. La tentación siempre se disfraza mejor. La imperfección de los sentimientos construye siempre escaparates perfectos. Y el de Chase era el mejor que el poder del hombre podía percibir. Y lo vio justo allí, en sus piernas, que ahora se habían

doblado y sobre las que se había sentado el resto de aquella mujer que le hacía apretar los dientes de ansiedad.

- Está bien, cariño – pronunció en voz baja, a pocos centímetros de él, a su lado. – No me dirás dónde viven, ni su teléfono. – Y sonrió.

- No...

- Ni sus defectos.

Josh negaba con la cabeza moviéndola sólo unos milímetros.

- Ni sus virtudes. Ni tampoco sus costumbres... las de ninguno de los dos, ni de X, ni de Y.

- No, no, no puede ser.

La mano izquierda de Chase, la que daba al lado del respaldo del sofá, comenzó a acariciarse la base del cuello y a bajar camino del cruce de solapas.

- Ni sus programas políticos...

Su mano seguía bajando abriendo a su paso las dos solapas que antes parecían soldadas. Ahora mostraban toda su delicadeza de prenda femenina, demasiado personal, dando libre paso a aquella mano que pretendía descubrir poco a poco lo que antes no dejó apenas atisbar.

Mientras, seguía...

- Ni tampoco la marca de su coche...

Ahora sí, la bata empezaba a perder poder y las solapas caían casi paralelas entre sí descubriendo el punto central en el que dos medias lunas de color azul brillante, como prometió Chase antes, se ataban entre sí en el centro de su pecho. Josh veía la mitad de cada una de ellas, cortadas a la visión por las solapas de la bata a cada lado, apreciando la exquisita manera cómo la tela se enamoraba de cada curva en la piel de Chase. Tenía un pecho sólo digno de sus piernas, y ello creaba un conjunto de tentaciones que a Josh se le atragantaron incómodamente. La ansiedad era excesiva, y la visión... mágica, como nunca la había soñado en su cama.

- Pero... ¿Y su nombre, Josh?, ¡Sólo!... su nombre. – dijo terminando como un susurro.

Josh no quitaba ojo del infalible punto dónde su sujetador dividía en dos el pecho de Chase, y la pregunta le sonó lejana, hipnótica, irreal.

- No... no... – dijo a pesar de todo.

Chase se proporcionó un segundo y dijo:

- De acuerdo. Dime entonces el nombre de uno de tus amigos, Josh.

- No puedo... – musitó sin mover los ojos de su destinataria.

- Uno que no sea socio, que no tenga que ver conmigo, ni con la Sociedad, ni con nada... ¡un nombre!

- ¿Un nombre de uno... que no sea Socio?

- Exacto, que no sea más que un simple amigo tuyo de la calle.
- Peter... es mi amigo – dijo alelado.
- ¡Peter!, - repitió la seductora. – Veamos, qué sé yo de Peter... ¿Tiene un coche rojo?.
- No...
- ¿Tiene... bigote?
- No... no tiene.
- ¿Barba quizá?

Josh musitó una sonrisa y contestó sin dejar de mirar a la hermosa mujer que le aplastaba la conciencia a tan poca distancia.

- No, claro que no.
- Bueno, no lo digas así... como si tuviera que saberlo, ¿es tu amigo!, no el mío. Dime, ¿vive en la zona Este de la ciudad?
- No... muy lejos de allí.
- ¡Entonces en la Oeste!
- No, tampoco.
- ¿Tiene un chalet!
- No...
- ¡Oye!, ¡no sé nada de tu amigo Peter!. ¿Al menos está casado?
- ¿Peter?, imposible.
- ¿Ves?. No sé nada de él. No tengo ni idea de cómo es.
- No.

Chase estaba preparada para dar el giro de su argumento.

- ¿Y de X?, ¿sé algo?
- No... no deberías.
- No sé dónde vive, ni qué coche tiene... – Chase enumeraba mientras su mano abría un poco más su bata en un movimiento bien vigilado por Josh. - ... Si supiera su nombre, no sabría nada de él.
- No creo...- Estaba fuera de sí.
- Entonces... ¿puedes decirme cómo se llama?
- Creo que sí.
- ¿Y es?

Los ojos de Josh hacía rato que no parpadeaban.

- Tracy. Douglas Tracy.
- ¿Ves?. ¿Qué sé yo de él...?. ¡No sé nada!.
- No debes saber nada de Tracy. – Chase estaba preocupándose por el grado de consciencia de Josh, pero aún tenía algo que obtener:
- ¿Y cómo se llama Y?
- Tampoco debes saber nada de él.
- Y no lo sé, Josh, nada de nada.
- Nada.
- ¿Entonces cómo se llama?
- Brian... – dijo sin apenas mover los labios.
- ¿Brian?
- Brian Gladd.

Chase tomó aire y decidió ofrecer algo a cambio de tanta debilidad. Tomó una de las manos de Josh y la llevó dentro de su bata por el lado del respaldo hasta colocarla sobre su cintura desnuda. No parecía reaccionar, de manera que, con la suya, fue bajando la de él hasta peregrinar nerviosa sobre la tela de sus braguitas a la altura de sus caderas. Allí se quedó la mano dormida de Josh, mientras las de Chase tomaban a éste por el cuello y lo acercaban a sí misma. A continuación, los labios de ella, besaron suavemente sobre la comisura de los labios a la derecha de la boca de Josh, mientras los ojos de éste se cerraron y todo él reaccionó lentamente en un beso miope y desviado que se entregó en diseñar para ella. A los dos segundos, ella se separó de él y vio cómo los ojos de Josh, ahora vivos, al menos, le miraban como pidiendo piedad, tan humillados como nunca hubiera deseado para nadie. O eso pensaba ella.

- Ven aquí – Le dijo, echándole sobre su cuerpo, con la cabeza sobre sus pechos suaves de raso y abrazándole para dormir. Sus ojos se cerraron, los de ambos, y se quedaron dormidos sobre el sofá.

Antes de desvanecerse, el brazo de Chase, extendido, alcanzó una guinda del tarro, se la metió en la boca y la saboreó. Al momento, sus labios pronunciaron sin voz dos palabras...

- Tracy... Gladd.

Capítulo VIII

En la parte más alta del salón, justo pegadas al techo, un conjunto de cristaleras formaban un enorme hueco por donde la luz se colaba y recorría los más de siete metros de altura del salón de Chase. hasta estamparse sobre el suelo, de color blanco, y sobre la alfombra central. Llevaba meses intentando encontrar un rato para colocar unas pequeñas cortinas que permitieran cerrar el paso a tanta claridad a través de los cristales superiores y así ser capaz de mantener, al menos por las mañanas, un poco de oscuridad. Sin embargo, a falta de tales filtros que permitieran el sueño hasta avanzadas horas matutinas, la luz se convertía en dueña de tan diáfano volumen por capricho natural y las paredes, también blancas, amplificaban los reflejos llenando el interior de una claridad casi ofensiva.

En el dormitorio de la casa las condiciones eran las mismas pues en realidad estaba integrado en la misma diafanidad. La cama estaba situada sobre aquel saliente de la pared al lado de la puerta de entrada. Y como ésta estaba rodeada por nuevas y más altas cristaleras que recorrían toda la altura de la pared desnudando totalmente el interior a los ojos de los posibles paseantes del jardín, la cantidad de luz que se colaba hasta la cama era aún más que hasta el salón. La parte positiva, que a Chase le parecía perfecta,

era que, desde allí tumbada, en la cama, por las mañanas, podía ver no sólo la mitad del salón ahí abajo, sino también la totalidad del jardín al otro lado de la puerta principal a través de las cristaleras. Y por la noche, todo el jardín a medio oscuras, apenas iluminado por la tenue influencia de un punto de luz de pared situado en el exterior de la casa justo encima de la puerta de entrada, parecía una extensión del dormitorio de tal manera que no sólo ganaba en aparente espacio, sino también en integración con el ambiente. Y además, metida en la cama por las noches, Chase podía ver a través de las cristaleras la mitad del cielo lleno de estrellas. Ciertamente, la arquitectura de la casa se salía de lo convencional y acumulaba una serie de problemas específicos, pero a Chase le parecía la mejor casa del mundo, aunque sólo fuera por aquel dormitorio abierto al enorme salón.

Eso sí, aquella mañana, Chase no apareció en el dormitorio.

Su cuerpo comenzó tomar consciencia de sí mismo cuando un rayo de luz se había vuelto cómodo sobre su rostro. El capricho de aquella radiación tan oportuna le costó a Chase el sueño y tras media vuelta sobre algo mullido, libre del dichoso influjo luminoso, decidió abrir un ojo con tal de tomar contacto con la realidad.

Estaba tumbada, en posición poco sugerente, sobre el sofá más largo de su salón. Sola.

Rápidamente, con uno de sus brazos se cubrió con la bata azul los muslos descubiertos y luminosos por efecto de la claridad.

¿Cuánto habría dormido?. Sólo podía recordar a Josh sobre su pecho. “Oh, Dios, ¡Josh!”, pensó, mientras abría los ojos un poco más. “¿Dónde estaba?”. Chase se incorporó ligeramente para echar un vistazo alrededor de los sofás, pero el salón no le quiso adjudicar la imagen de aquel hombre que creía que había dormido con ella durante toda la noche. No, Josh se había ido, eso era lo que parecía.

El cansancio pesaba en los ojos de Chase como si fuera la hora de irse a dormir en lugar de levantarse, y quizá por eso tardó en descubrir un sencillo trozo de papel garabateado alineado con cuidado sobre la mesa bajita al lado de los sofás. Una mano torpe de la hambrienta rubia tomó el papel y se lo acercó:

“Buenos días, cariño. Estaré en casa por si necesitas cualquier cosa. Sé que por la mañana no serás la de anoche, de manera que no tiene sentido mi presencia. Espero que lo veas igual que yo.

Un beso.
Josh.”

Y dejó caer la nota sobre la alfombra.

“¿Qué se habrá creído”, pensó Chase al leerla, aunque pronto decidió cambiar de opinión. Sí, Josh llevaba razón. Lo de anoche, por efecto del vino, o el empacho de su seducción, resultó efectivo y maravilloso. Demasiado estupendo para ser anulado y viciado por la vuelta a la realidad del domingo por la mañana. ¿Qué podía haberle ofrecido si se hubiera quedado hasta que ella se despertara?. ¿Quizá un tierno beso de

“buenos días”?. Hubiera sido uno de los más falsos de todos los besos que hubiera dado desde que se convirtiera en ejecutante, pues al menos los otros perseguían un objetivo y por él se justificaban, pero... ¿Y con Josh?. ¿Cuál sería el objetivo?. Ninguno. Josh ya le había entregado lo que necesitaba y un beso hubiera sido una señal de ternura y amor que Josh hubiera interpretado de una manera que el corazón de Chase no deseaba ni concebir. En el fondo, Josh, sabía entender lo que pasaba entre ellos.

Chase restregó los ojos y anudándose la delicada bata se puso en pie. Estiró los brazos y un dilatado bostezo protagonizó su rostro por unos segundos. A continuación se dirigió hacia la pared del salón contraria a la puerta de entrada y al dormitorio. Allí, una pared delgada se adentraba en el salón dibujando una especie de pasillo en cuyo interior se encontraban los electrodomésticos lógicos para una cocina, aunque poco utilizada. Al fondo del pasillo, una pequeña terraza cerrada por cristales permitía ver otro lado del jardín en cuyo centro se situaba una pequeña piscina cubierta por un plástico enorme. No era tiempo de piscina.

La cocina albergaba decenas de rincones en donde, como dormidos, o por estrenar, sartenes y cacerolas brillantes esperaban su destino como si su vida aún no hubiera comenzado. No era la inquilina mujer de su casa, y menos de su cocina, como aquellos objetos vírgenes de suciedad podían atestiguar. Apenas unos vasos habían conocido el calor del microondas, y es que el desayuno era de las pocas comidas que Chase preparaba por sí misma. Probablemente por falta de energía para llegar a la cafetería más cercana, por supuesto.

Al cabo de unos minutos, Chase estaba sentada sobre el sofá, abrigada por su bata que empezaba a no ser la prenda más apta para resguardarla del frío de una casa enorme en plena mañana, y tomando un café.

No se presentaba el día lleno de excitantes aventuras.

¿Debía llamar a Josh?.

En realidad debía interesarse por las chicas, puesto que hacía ya días que había delegado en ellas misiones clandestinas cuyo resultado, pensó, estaría precipitado ya, esperando atenciones. El plan seguía adelante y estaba segura de que tan pronto como pudiera quedar para juntar los datos adquiriría una visión general que diseñaría las líneas maestras de su estrategia.

Pero las disertaciones domésticas de una Chase algo enfriada terminaron interrumpidas por el sonido del timbre de la puerta. A través de las cristaleras alrededor de ésta pudo contemplar el oscuro y peligroso semblante de dos hombres esperando al otro lado de la puerta. Llevaban dos abrigos de color negro, grandes, aunque no demasiado largos. Colgaban bajo ellos piernas de tela oscura, agresiva, igual que el peinado de ambos: hacia atrás por imperativo de sus dueños. Llevaban gafas de sol impenetrables. Uno de ellos trataba de mirar a través de los cristales buscando movimiento en el interior de la casa.

Chase dejó un momento el café sobre la mesa baja al lado del sofá en que estaba sentada, se cerró la bata hasta el cuello y se puso de pie, en marcha hacia la puerta. La

cara del hombre oscuro se despegó del cristal al ver la femenina aproximación de Chase desde el interior, sabedor de que sería recibido en breve.

El pomo de la puerta giró por efecto de la hospitalidad de Chase apenas unos centímetros a velocidad normal, y el resto, súbitamente a velocidad total, con violencia, hasta que al llegar al final de su camino circular la puerta se abrió con fuerza y golpeó a Chase que terminó en el suelo tumbada de lado, con la cabeza pegada al frío suelo de la casa.

- ¡Buenos días... – Empezó a decir uno de ellos mientras observaba a Chase en el suelo y se quitaba las gafas de sol descubriendo unos ojos pequeños de color marrón
- ¿Qué tal está, Mil Trece? – dijo su compañero, aún con gafas de sol, marcando las sílabas del número de identificación de Chase.

La puerta se cerró y la diafanidad de la casa de Chase se encontró violada por el autoritario comportamiento de aquellos dos hombres oscuros.

El que tenía las gafas de sol tomó a Chase del brazo y, obligándola a ponerse de pie, la acompañó hasta el sofá donde se sentó por obligación. El otro hombre, sin gafas, recorría las paredes del salón, deteniéndose en cada detalle de éste, y observando con atención los colores intensos y expresivos de “La Batalla” de Kandinsky, en una de las paredes.

- ¿Quiénes son ustedes? – dijo por fin Chase.
- Mil Trece, sepa usted que no está en disposición de preguntar nada. Pero permita que le confiese que puede considerarnos... compañeros suyos de trabajo, aunque algo distintos que usted, claro está.
- ¿Son de la Sociedad?
- Lo habrá supuesto por mi manera de dirigirme a usted, supongo.
- ¿Son ejecutantes también?.
- Vamos, Mil Trece, sabe que las ejecutantes son mujeres. No, nosotros... sólo hemos venido a traerle un mensaje. – Dijo mientras su compañero estaba registrando los muebles y cajones que Chase había colocado a pequeña altura en algunas de las paredes del sofá. Abría cada puerta y estudiaba el interior de cada cajón, en busca de algún objeto que no correspondiera a una ejecutante, pensó Chase. Las manos del gorila no tenían cuidado con nada y gran parte del contenido de los cajones terminaba en el suelo de la casa, como si estuviera robando en su hogar con ella delante.
- He de decirle que ha sido usted muy decidida. Pocas veces tenemos mi amigo y yo el privilegio de trabajar con personas tan hábiles como usted.
- ¿De qué está hablando? – preguntó la rubia.
- Vaya... no sabe de qué hablo. La Sociedad sí, ¿sabe?. Algunas cosas han dejado de parecer... normales en su vida de ejecutante, Mil Trece. Ahí arriba han decidido que algo extraño sucede con usted y esperan, sin duda y sinceramente, que sean nada más que actividades educativas desarrolladas en su tiempo libre como corresponde a una buena y discreta... vecina.
- ¡He cumplido con mis misiones! – exclamó Chase.
- Nos consta. Y la Sociedad se expresa agradecida al observar el resultado de sus intervenciones. Ciertamente, ha aprovechado nuestro entrenamiento y ha superado su

potencial. Lo sabemos. Lo hemos visto. – Dijo mientras se volvía hacia ella y le hablaba por primera vez directamente a sus ojos.

- Como también hemos visto, - continuó – que anda usted indagando sobre la Sociedad y sus intenciones, Mil Trece.
- ¿Indagando?. Apenas me dicen ustedes el nombre de mis objetivos, ¿qué iba a sacar sobre su organización?.
- “Organización”. Ha averiguado usted algunas cosas, por lo que veo.
- ¡Es obvio que son una organización!, no necesito investigarles el culo para saber eso.
- Nuestro... “culo”, Mil trece, no le incumbe en absoluto y así debe operar, tanto en sus misiones como fuera de ellas. ¿Acaso no lo entendió cuando aceptó el empleo?
- Perfectamente. Yo no les he investigado.
- No sólo ha hecho usted eso, Mil trece, sino cosas peores. Estamos al corriente.
- ¡Pueden acusarme de lo que quieran!, si les hace felices...
- Es usted una ejecutante muy competente y nosotros deseamos mantener una relación profesional satisfactoria, señorita. Permítame que le exprese nuestro deseo actual. – El hombre se acercó hasta que estuvo al otro lado de la mesa baja en frente del sofá en que estaba sentada y continuó. – Queremos... que forme usted parte de nuestra Sociedad como una eficaz ejecutante. Y por eso le pedimos, y no lo haremos más, que cumpla con su trabajo y con nada más. ¿Lo ha entendido?.

Chase bajó la cabeza, contrita.

- Siempre lo estuvo.

El hombre se alejó un poco más.

- Cerebro escucharlo, Mil trece.

El fin del encuentro estaba a punto de llegar a su fin y así hubiera sucedido si no fuera porque la mirada de aquel hombre cayó, azarosa, sobre la imagen del diskette de Rucin'ski sobre la mesa. Chase se escandalizó por dentro y se erizó en cuerpo y alma sin entender cómo podía haberlo dejado allí ala vista de todos.

- “O.C.” – leyó aquel hombre de la etiqueta del disco y a continuación lo cogió.
- Creo que han terminado, ¿no? – dijo Chase intentando desviar la atención.
- Verá, esto me ha llamado la atención. ¿Sabe a qué pueden corresponder las siglas “O.C.”? – preguntó.
- Ni idea. No tengo ordenador, puede registrar la casa.
- Lo sabemos. De todos modos, no le importará que nos llevemos esto, ¿verdad?. ¿O quizá lo vaya a necesitar en breve?. No quisiéramos... estorbar su actividad, Mil trece.
- ¡Váyanse de una vez! – exclamó Chase.
- Será un placer, señorita. – dijo metiéndose el diskette de Rucin'ski en el bolsillo de su abrigo oscuro.

Los dos hombres, incluido el que había terminado de registrar cada cajón del salón, se reagruparon y tomaron rumbo hacia la puerta de entrada, mientras Chase se levantó del sofá para asegurarse de que se iban.

La puerta de la casa sonó grave abriéndose... pero no cerrándose:

- ¡Por cierto!, Mil trece – dijo el hombre sin gafas de sol, de ojos marrones, dándose la vuelta. Chase estaba a tan sólo un metro de él.

- ¿¿¿Por qué no lleva usted puesta la cinta negra con la placa dorada que le fue entregada?!! – gritó el hombre mientras sus manos, rápidas y descontroladas, certeras, tiraron de las solapas de la bata de Chase desnudando su cuerpo ante aquellos hombres. La tela, delicada, no encontró en el nudo del cinturón freno suficiente para tanta energía, y ya era tarde para taparse: Aquellos hombres estaban contemplando más de lo que el pobre Josh había tenido ante sí anoche después de todo un juego de indirectas y seducciones. Chase no podía evitar que su cuerpo, precioso, estuviera casi desnudo ante aquellos desconocidos con derecho aparente para abusar cuanto desearan impunemente. Y sólo su ropa interior, aún en su sitio afortunadamente, cubría sus encantos más eficaces, aunque, inevitable e involuntariamente, la hacían aún más atractiva.

Su cuello se enervó de improviso. Estaba desnudo, incólume de obstáculo alguno para la visión. Estaba impoluto, femenino... revolucionario sin la cinta negra reglamentaria y obligatoria para una ejecutante.

Las manos de Chase tardaron un segundo, tras este fatal descubrimiento, en cerrar y anudar las solapas de su bata y bajar la cabeza cubriendo su cuello todo lo posible.

- Informaremos – dijo el hombre sin gafas tras unos segundos. – de que tiene usted toda la intención de corregir su comportamiento y cumplir con los requisitos de una ejecutante modelo, Mil trece. No nos haga quedar mal ante esferas que ni siquiera conoce. Buenos días.

Ambos hombres atravesaron la puerta y desaparecieron por el jardín mientras se arreglaban los abrigos y uno de ellos se ponía de nuevo las gafas de sol.

Chase cayó de rodillas sobre el suelo, al otro lado de la puerta, y rompió a llorar de rabia.

A los pocos minutos cayó de nuevo, pero en el sueño, donde imaginó una niña hermosa, rubia e inocente. Estaba en una casa blanca en medio del campo, una casa humilde y algo desconchada con un gran jardín lleno de niños. Había docenas de ellos, todos corriendo y gritando mientras jugaban a diversos pasatiempos cada uno más fantástico que el anterior. Estaban todos felices. Pero ella aún más, porque era la niña del cumpleaños, ella era esa rubia inocente que miraba a su alrededor, al resto de amigos, y se sentía orgullosa de la fiesta. Ella era esa niña radiante, con todo el tiempo del mundo por delante, con toda la felicidad por experimentar, con toda esa gente por conocer.

Allí se sentía libre y orgullosa, no humillada. Humillada.

El sueño se interrumpió pronto por culpa del teléfono, de manera que se levantó con dificultad del suelo y tras comprobar que nadie la observaba a través de las cristalerías de la puerta, se apresuró hacia el centro del salón, hacia la mesita baja, para descolgar.

- Diga.
- Hola, cariño. ¿Qué tal te has levantado? – decía la voz de Josh, que se había convertido en el enemigo de Chase en apenas tres segundos.
- ¡Miserable!, ¡Cabrón!, me vas a pagar con cada gota de tu sangre lo que me has hecho hoy, ¡te lo juro! – gritó histérica Chase, cuya última palabra la pronunció con los dientes apretados y los ojos llenos de lágrimas.
- Pero, ¿de qué me hablas?!
- ¿Y tienes la poca vergüenza de ofenderme con esta treta?. No mereces el aire que respiras, acabaré contigo. ¡No vuelvas a hablarme en tu vida! – y colgó el teléfono con un golpe tremendo.

El teléfono volvió a sonar.

Chase descolgó y puso el auricular en el oído sin decir nada. Escuchó:

- ¡¿Pero qué cojones te pasa?!, ¡Chase!.
- ¡Me has delatado!, ¿creíste a quién te dijo que no me pasaría nada? ¿a que sí?. Pues ya ves, las cosas no han salido como tú pensabas.
- ¿Delatarte?, ¿pero qué has hecho para que te delate?.
- No me trates de imbécil, Josh. Lo de anoche fue demasiado para ti, ¿verdad?. Tenías que contarlo.
- ¿Contarlo? ¿a quién? ¿A quién le contaría lo de anoche?
- ¡A Ellos!
- Oye, esto no es seg... No debem... Voy para allá – y Chase escuchó cómo Josh colgaba el teléfono sin esperar contestación.

“¿Cómo podía haber hecho semejante cosa?”, pensaba Chase, tirada con los ojos empapados en lágrimas sobre el sofá. Quiso imaginar por un momento las caras de los responsables en la estructura de la Sociedad, aquellos funcionarios de seguridad de la misma, cuando Josh les confesaba su treta nocturna para sacar cada detalle sobre la institución. Sí, había tenido éxito, había obtenido información clave, incluso nombres y apellidos, los de los responsables de toda la estructura. Josh le había contado lo que sabía, pero también había sido incapaz de manejar la responsabilidad de haber liberado todos sus secretos a la persona menos adecuada.

“Debí imaginarlo”, se reprochaba en silencio, con los puños apretados y las piernas recogidas. “Debí haberlo supuesto”.

El timbre de la puerta sonó y escuchó unos pequeños golpes sobre las cristalerías al lado de la puerta. Miró hacia ésta y vio la figura maltrecha y desaliñada de Josh. Se apresuró a abrirle:

- ¡Te odio!, Josh, ¿Cómo has podido venir aquí ahora?
- Chase, ¿qué ha pasado?.
- ¡¡Dímelo tú!!, ¡miserable!.
- Yo no he hecho nada, sólo te he llamado y me he encontrado todo esto.
- Mientes muy mal, ¿sabes, Josh?. Me has vendido.
- ¿Venderte a quién? ¿A la Sociedad?

- ¡Sí!, a Ellos, ¿Por qué lo has hecho?. ¿Es este el tipo de amor que sentías por mí, Josh?
- Yo... yo te amo, Chase, ¿Por qué iba a delatarte?
- Tú dirás.
- Mi amor, causarte dolor es lo último que mi mente desea hacer en este mundo; cálmate y cuéntame lo que ha pasado.
- ¡Esta mañana!, dos hombres han venido y me han amenazado.
- ¿Cómo?
- No lo sé, indirectamente. Dicen que lo saben todo de mí, que saben lo que sé... y que estoy haciendo algo que no debo. Sé que estoy en peligro.
- Chase, ¿qué tienes que decir?
- ¡Nada!, sólo te pregunté aquellas cosas sobre la Sociedad, y tú has tenido que decírselo.
- ¿Para qué? ¿Para destruirme yo también? – Chase se quedó mirándole un momento, en silencio. - ¿Qué crees que van a hacer conmigo si descubren que te conté todo aquello?. ¿Que me enviarán un diploma?, ¿que seré el empleado del mes en la Sociedad?. Yo no he dicho nada, y no lo diré, porque no puedo y porque te pondría en peligro.
- Entonces, ¿cómo saben lo que sucedió anoche?.
- ¿Te dijeron algo sobre ello?
- Dijeron que hago cosas que no debo...
- ¡No saben nada!. Quizá sepan otras cosas... porque tienen gente en todas partes, espionando a las ejecutantes, a posibles víctimas, etc. Tienen un departamento de espías callejeros que informan sobre todo lo que hacéis, pero no saben lo que pasó aquí anoche, Chase, ¿quieres calmarte?.
- Está bien. Me siento tan humillada... y... ¡furiosa!.
- Es normal. Ven aquí. – Dijo acogiéndola en sus brazos, como si fuera su auténtica enamorada.
- Josh, estoy dispuesta a acabar con esto.
- Expílicate.
- ¡Esto no puede continuar!, me siento como un animal, controlada y guiada por los caprichos de Ellos.
- Eres una ejecutante, Chase. Tienes de todo, incluida esta casa, a cambio de tu sumisión personal. Y da gracias que es sumisión a trabajos dignos, podría ser peor.
- No puedo continuar.
- ¿Qué vas a hacer? ¿Suicidarte?, ¡venga ya!.
- Tomar medidas.

Chase se estaba reencontrando con la que fue hasta el momento antes de que aquellos hombres atravesaran violentamente el umbral de su puerta, pero no se reconocía en tales sentimientos, ni recuerdos. La Chase de antes era demasiado calmada en comparación con el cocktail de enrabiados sentimientos que se estaba mezclando dentro de ella, en su corazón, herido; y en su mente, que ahora, de nuevo, trabajaba intensamente tramando estrategias y escenas hipotéticas para darle la vuelta a la situación.

Estaba decidida. Sí. Ahora sí que le habían proporcionado el impulso que necesitaba para llevar hasta sus últimas consecuencias cada idea fatal que tenía sobre la Sociedad. Sí, tenía que hacerla arrepentirse de esto, compartir ese poder, ponerla a sus pies para que entendiera la humillación y el error de humillar a quién te supera en temperamento, inteligencia y fatalidad.

Ahora sí que entendía que no podía dejar aquello así. No había marcha atrás: su vida era la de una ejecutante, pero su futuro no.

Estaba dispuesta a todos, y no había mentira, engaño o farsa que le pareciera excesiva para conseguir el más mínimo avance en su proceso de avance.

- Josh, esto no puede seguir así...
- ¿Así cómo?
- No podemos seguir separados por deseo de Ellos.
- ¿Tú y yo?
- ¿Tú me quieres?
- Ya hemos hablado esto. – Dijo soltándola de sus brazos.
- Pues hablemoslo de nuevo, Josh. ¿Vamos a permitir que nos separen así?
- ¿Ya has olvidado lo que me dijiste el otro día?
- ¿Cuándo?
- Cuando tu cabeza me destrozó el corazón, con su gesto y con su silencio, afirmando sin palabras que no había futuro para nosotros.
- ¿Cómo lo puede haber si Ellos nos lo cercenan?
- ¿Hay entonces?
- Dímelo tú.
- No es mi corazón el que viaja del sí al no en función del encuentro, Chase. Es tu turno.
- Josh, creo que podríamos estar juntos, dentro de la Sociedad. – Chase empezaba a creerse el papel de tal manera que la interpretación rozaba el dramatismo perfecto de una novela romántica a la medida de Josh.
- ¿Estás loca?. Mi corazón se muere por estar contigo, pero como no cambies la palabra “dentro” por “fuera” no consideraré cuerdas a ninguna de las de la frase.
- Dentro, Josh, si yo fuera aceptada.
- ¿Aceptada una mujer?. No sabes lo que dices. Piensa otra cosa.
- Ya lo hago, Josh, y creo que tenemos un futuro allí dentro.
- No lo creo, Chase, no es posible.
- Debes confiar en mí.
- ¿Qué vas a hacer?
- Tú déjame a mí, no te manches de nada. Necesitaré que sigas así.
- ¿Y... estarás conmigo?
- Sólo si tú me aceptas.
- ¿Estás loca?, tú eres mi vida, mi Causa Primera. Dios, correremos un peligro inmenso...
- Confía en mí. Pero tendrás que ayudarme, Josh.
- ¡Claro!, lo que sea necesario, he pensado en ello en miles de ocasiones.
- Necesito que me busques una dirección.
- ¿Una dirección?. ¿De quién?
- De Y.
- De Brian... ¿Gladd? – dijo con un gesto de pavor en sus ojos.
- Sí, la necesitaré.
- Pero... ¿para qué?. ¡Cuidado con...!

Apenas podía asimilar lo que le había pedido.

- Está bien, haré lo que pueda. Ya hablaremos, pero cuidado con lo que haces.

- Tendrás que confiar en mí, Josh, y ahora debes irte, no deben atar más cabos en la Sociedad.
- Eso es conceder muchísimo, mi amor. – Dijo mientras la tomaba por la cintura.
- Josh, debes irte. Ahor... – Los labios de Chase quedaron impedidos para pronunciar nada más porque habían quedado sellados por los labios de Josh, que había encontrado súbitamente la energía contenida de decenas de noches de sueños frustrados para besarla por primera vez con todo su corazón, creyendo estar en vida y en medio de la escena de su existencia, la más definitiva de todas.

Chase recibió el beso y lo correspondió ligeramente, pero sin fuerza.

- MM... y ahora debes irte, Josh, ¡fuera!.
- Te llamaré.
- Pero sé discreto, no digas nada de esto. Hablaremos cuando necesite tu ayuda.
- Está bien, me voy. – Dijo Josh en dirección a la puerta. – Intentaré buscar lo que me has pedido y te lo haré llegar.
- De acuerdo. Adiós, Josh.
- Hasta pronto, Chase. Hasta pronto.

Atravesó la puerta y se marchó por el jardín.

Chase quedó sola en la casa, pero no cayó al suelo como hacía apenas unas horas. No. En cambio, dibujó una sonrisa por el flanco izquierdo de su boca y sus ojos vertieron al mundo todo el ingenio contenido que le sobraba después de tramar lo que iba a hacer a continuación. Eso sí, necesitaba información, buena, confidencial, de primera mano.

Tenía que quedar con las chicas.

Capítulo IX

La semana transcurrió despacio para Chase, que empezaba a sufrir los problemas asociados al tiempo libre de una ejecutante, sin posibilidad de relación social más allá de lo anecdótico ni presencia pública demasiado notoria. De hecho, si por la Sociedad fuese, las ejecutantes no saldrían a la calle; o mejor, vivirían en celdas en residencias patrocinadas por la misma Sociedad que tan sólo abandonarían para realizar sus misiones. Era la conclusión a la que había llegado tras examinar las reglas que había de observar y el modo cómo le trataban.

Estaba empezando a abarcar empáticamente la óptica que la Sociedad debía tener del estamento de las ejecutantes. Sin duda, una clase de trabajadores al amparo de una Metrópolis secreta y triunfal oculta entre la realidad del mundo. Ellas no eran más que el último eslabón de una cadena de mando que exigía diplomacia, mano izquierda y

mucho sentido del olfato para lograr los objetivos. Un poco de psicología, y mucha experiencia entre los hombres tampoco venían nada mal. Y si una era capaz de desentrañar los deseos viriles más fetichistas sin perder la base común que reduce a la homogeneidad a los hombres, tenía la llave para la consecución de cuantos objetivos se determinaran, lo que en realidad se convertía en algo triste para una mujeres que superaban con su capacidad el sentido de lo que se les encomendaba.

Chase había dedicado el tiempo a reflexionar intentando completar los huecos del edificio que sería la Sociedad si tuviera un reflejo arquitectónico. ¿Y si fuera como un hotel?. Sin duda, conocía a los aparcacoches y los botones del servicio, pues ella misma, junto con sus compañeras ejecutantes, constituían este grupo con sus labores de mantenimiento y colaboración por el buen funcionamiento de todo el hotel. También conocía a los huéspedes, o al menos su semblante, su naturaleza y sus intereses para con la Sociedad, que serían los socios de ésta, gente como Josh, sólo que probablemente de mayor éxito personal y económico. También conocía al personal de seguridad, de los que los dos hombres negros, con gafas y sin ellas, que le visitaron el pasado domingo por la mañana en su casa serían buenos ejemplos. Sí, vaya si los conocía. ¿Cómo serían los encargados de plantas?. Quizá como los Decisores, aunque a éstos no logró colocarles un rostro o una descripción general. Eran interrogantes en la ecuación de la Sociedad, personajes imposibles de visualizar. Josh decía que resolvían sobre problemas y asuntos de la Sociedad, como si fueran diputados o concejales de un distrito, pero también le dijo que no tenían la última palabra. “Como ministros”, concluyó. Y el director del hotel, en este caso, tendría tintes esquizofrénicos, dividiendo las funciones en dos personas contrarias obligadas a entenderse. ¿Contrarias?. Eso no lo había dicho Josh, era conclusión de Chase, que no podía entender para qué si no disponer de dos responsables simétricos y alineados. Sí, el hotel empezaba a tomar forma en la mente de Chase.

Pero no fue eso lo único que ocupó su tiempo durante la semana. Josh había estado llamando por teléfono un día sí y otro no, contándole nimiedades cotidianas que en nada interesaban a Chase, aunque ésta fingía como una buena novia cariñosa. No demasiado, puesto que tampoco deseaba que Josh desbordara sus sentimientos, y sabía que ello estaba en su mano si lo deseara. No, Josh le sería útil en el futuro, de manera que le necesitaba a su lado, sin romper lazos, aunque sin abusar de ellos. La excusa de evitar ser relacionados le servía para soslayar contactos físicos que no deseaba, aunque aún tenía que decidir por cuánto tiempo le mantendría a salvo, pues Josh comenzaría a solicitar comportamientos propios de quiénes, supuestamente, arriesgan la vida por estar juntos. Habría que decidir algo al respecto. ¿Estaría dispuesta a entregarse en falso a Josh?.

Hacia la mitad de la semana, Chase fue enviada a una misión que en realidad parecía más un recado doméstico. Apenas hubo de trasladarse a un lugar próximo a su casa y tomar una información que posteriormente traspasó por teléfono a la Sociedad. Quizá ésta esperaba que la resistencia fuera mayor, y por eso enviaron a una ejecutante. O quizá, simplemente, necesitaban a una recadera intermediaria para mantenerse en el anonimato. De una manera u otra, aquello sirvió a Chase para mantener la comunicación telefónica más larga que había tenido jamás con alguien de la Sociedad, aunque no para alcanzar una confianza con su interlocutor ni para obtener nueva información sobre el funcionamiento de la estructura. Sus intermediarios estaban bien prevenidos para rehuir complicidades de cualquier tipo con las ejecutantes.

Y el resto del tiempo, que era bastante, Chase se ocupaba en leer el libro que Josh le había regalado: “La comunicación no verbal”, de Flora Davis. La autora le sonaba, sabía que era un clásico de la psicología social, o mejor, de la psicosociología y la interpretación de la conducta social, pero nunca había encontrado la energía para zambullirse en una obra completa sobre el tema. Chase era una mujer práctica que devoraba los textos en busca de consejos pragmáticos y aplicables, y se sintió animada a continuar al descubrir que sólo los músculos de su rostro eran capaces de diseñar hasta doscientas cincuenta mil gestos diferentes. Todos estaban a su disposición, listos para ser presentados y lanzar mensajes con los que ser aún más certera y eficaz en sus misiones. Y eso si atendía solamente a su cara, ya que el cuerpo al completo podía crear hasta setecientos mil gestos, una cantidad brutal que ponía de manifiesto que, en general, el cuerpo humano es una máquina incontenible de comunicar. En los entrenamientos de la Sociedad, toda ejecutante aprendía una colección de gestos escogidos a la medida del empleo, pero Chase sabía que podría aprender todos aquellos que le habían sido ocultados quizá para que no construyera más como ejecutante de lo que la Sociedad quería o para que su eficacia estuviera en última instancia, limitada. Bajo control.

A un lado de la base saliente de la pared sobre la que Chase había instalado el dormitorio, salían unas escaleras pequeñas hasta el suelo de la casa, pero al otro lado del dormitorio había una puerta de madera que daba acceso al baño. En él, Chase había pasado horas durante esa semana mirándose en el espejo, estudiándose las líneas de la cara y buscando los puntos clave para diseñar movimientos y gestos. Hasta mil se han catalogado y podían ser ensayados, y aunque no pretendía alcanzarlos todos, sí deseaba aprender unos cuantos nuevos. Para probarlos, aprovechaba las escasas oportunidades que la vida de una ejecutante proporciona fuera de la actividad “profesional”, como por ejemplo, recogiendo una pizza al repartidor, en la puerta de casa, o quizá saludando a algún vecino al volver a casa.

El jueves, Chase, que se había puesto ropa ancha y cómoda, deportiva, salió a la calle por la tarde corriendo por la acera en dirección a la casa de Alice. Sabía que no debía fomentar el contacto público, pero tampoco tenía métodos alternativos de contacto no susceptibles de ser intervenidos por la Sociedad. El teléfono se había vuelto algo demasiado público si tenía en cuenta que la Sociedad estaría vigilando sus comunicaciones sin duda alguna. En la calle, pensó, sería más sencillo evitar las escuchas.

No tenía un cuerpo diseñado para la actividad y el movimiento, aunque ella misma se sorprendía de la facilidad con la que podía correr varios kilómetros sin sentir apenas cansancio. No le costó llegar hasta la casa sin descansar ni una vez, e incluso después de llamar al timbre, seguía corriendo sin moverse del sitio, arreglándose la cinta cuya función se asemejaba a la de una diadema, sólo que elástica y de color blanco, con la que había recogido su pelo.

- ¿Sí? – La voz de Alice sonó tecnificada y lejana a través del pequeño altavoz que daba a la calle.

- Chase. – Dijo ella, que enseguida escuchó un ruido, empujó la puerta y accedió al jardín de Alice.

La casa, de estilo clásico, estaba a una docena de metros de la puerta del jardín, y en su puerta le esperaba Alice con cara circunspecta.

- ¿Cuándo nos vemos todas?. – Preguntó Chase que no quería demorarse demasiado.
- Vale... digamos el viernes a la una de la mañana en la tienda.
- Hecho. Tú llamas al resto.
- Lárgate, ¡vamos!. Dijo Alice preocupada, aunque no se olvidó de endulzar la frase con una sonrisa cómplice.

Chase continuó corriendo por el jardín hasta abandonarlo y regresar a la calle, donde tomó el camino de vuelta a casa.

Su diáfano salón, como el de la mayoría de los occidentales de clase media, presentaba, a pesar de su espacio y altura, una disposición a favor de la televisión. Aquel podía ser el único detalle de contacto entre la cultura colectiva del exterior y las preferencias de Chase, que a pesar de ello nunca la encendía. Sus sofás se orientaban hacia ella, pero en realidad servían, casi siempre, para pasar la noche o para compartir tiempo con alguien. O quizá, también, para leer o mal comer. Pero la televisión no solía ser la protagonista de su tiempo.

No obstante, el jueves por la noche, cuando Chase dejó caer con una taza de sopa caliente sobre uno de los sofás, quiso el destino que justo debajo estuviera el mando a distancia, y como si éste hubiera aprovechado la forzada ocasión para desarrollar alguna actividad en su vida, decidió encender el aparato sin mandato explícito, aunque cierta presión, eso sí. La pantalla tardó unos segundos en presentar la imagen, pero el sonido enseguida llamó la atención de la descuidada comensal que no pudo evitar enterarse del sentido del programa.

Era un concurso. Había oído hablar de él en algún lado, quizá en la prensa que siempre dedicaba algún espacio a criticar todo lo que las cadenas de TV pensaban para entretener el tiempo de los que, al contrario que ella, se levantaban temprano cada mañana para trabajar y acababan cada noche rendidos en el sofá del Prime Time. Sí, éste era uno de los programas más criticados. Del altavoz salían las voces del presentador y de un hombre cuyo rostro quedaba oculto por un juego de luces y sombras:

- Rick, ¿Estás bien atento a lo que ven tus ojos?
- Completamente, John. Son todas estupendas.
- ¡Ya lo creo!, cincuenta bellezas y una de ellas puede ser tu esposa. ¡Todas quieren!, ¿no se siente algo especial?. – Preguntaba el presentador. La sombra, con una voz masculina y seductora, algo madura, contestaba:
- Sin duda, aunque debo ser competente con tanta responsabilidad. Aún tengo que conocerlas un poco mejor.
- ¡No te preocupes por eso!, porque la próxima sección está pensada justo para eso, ¿no me crees?. ¿No me creen los espectadores en sus casas?. Bien, entonces veamos juntos la PRUEBA – dijo gritando excitado el presentador. - ¡DEL TRAJE DE BAÑO! – Y a continuación, unas letras danzarinas aparecieron por el lado izquierdo de la pantalla y

sobrescritas sobre la imagen rezaban: “El traje de baño” mientras un coro ridículo coreaba la frase. De vuelta al plató, John recogía el testigo y comenzaba a organizar el show. Chase apenas parpadeaba por la impresión.

- Bien, amigos, creo que Rick merece conocer un poco mejor a nuestras cincuenta candidatas a esposa de un Multimillonario. Hay mucho dinero en juego, mucha responsabilidad y un futuro matrimonio a decidir en poco tiempo, así que comencemos ya sin dilación con el desfile de nuestras cincuenta concursantes. Y para ello, necesito la ayuda de una belleza que conocen todos ustedes, amigos. – La cámara pasó a un primer plano de John. – De un lado al otro del país, nadie ha quedado pasivo ante el cuerpo de esta mujer de infarto; nos maravilló en el cine y ahora en TV; ¡¡con todos nosotros!!, ¡¡y sólo para nosotros esta noche!!, ¡¡Dallas Winkley!!!.

Chase no pudo evitarlo:

- ¡PFFF! – Y dedicó una sonrisa burlona a la pantalla de la TV.

Una música cuyo estilo prometía pertenecer a otra época, quizá treinta años atrás, hizo las funciones de continuador y una mujer menuda con un vestido rojo tan corto como el plano que acto seguido se dedicó a su pecho apareció por un lado del plató. Era rubia y tenía unos ojos azules de estilo oceánico absolutamente únicos que se empeñaban en no quitarle ojo a la cámara hasta que llegó al lado de John:

- ¡Bienvenida, Dallas!, no sabes cómo acaba de mejorar nuestro concurso – dijo riéndose.

- Gracias, John, y buenas noches a todos los espectadores.

- Estás a punto de ver la prueba del traje de baño, ¿no estás nerviosa?

- ¡Cardiaca!, John – dijo, mientras su mano se posaba sobre su pecho, bien seguida por el cámara que sabía lo que tenía que enfocar. – Esta prueba no es sólo la más vistosa del concurso, – dijo – además de la más esperada por nuestros espectadores, sino que además revela datos importantes para el que sabe observar y sabe en qué fijarse.

- ¡Fijarse es lo que tendrá que hacer nuestro amigo Rick!, y mucho. ¿Estás cómodo, Rick?.

- Por supuesto, John, impaciente por comenzar.

- ¡¡Pues vamos a allá!! – La música empezó a sonar y unas puertas situadas en la mitad del plató se abrieron de par en par para iluminar, acto seguido, a una mujer hermosa que llevaba unos zapatos de tacón y un bañador negro muy estilizado.

Chase se reía en su interior aunque su gesto externo mostraba una configuración ambigua entre la sorpresa y el escándalo. Recuperó el gesto normal por un momento y tomó un par de cucharadas de la sopa mientras recogía sus piernas del suelo, se sentaba sobre ellas y se dejaba caer sobre el respaldo dispuesta a ver hasta dónde llegaría aquello.

La voz de Dallas comenzó a narrar:

- Para romper esquemas preconcebidos, las concursantes aparecerán en orden aleatorio. Comenzamos por la número cinco: Samantha Heiss – El público rompió en aplausos al verla comenzar a desfilas por un camino de luces y flores de atrezzo colocadas para la ocasión. Iba en dirección a la cámara, mirándola directamente y portando una sonrisa ad hoc ensayada en el espejo.

- Dallas, ¿Qué nos puedes contar de Samantha? – dijo John, cuya voz se oía sobre la imagen de Samantha caminando con sus desnudas y bonitas piernas sobre las rosas del

camino. – Nuestros espectadores se acordarán de ella porque nos sorprendió a todos con su habilidad para crear figuras de papel. – dijo Dallas.

- ¡Oh!, ya recuerdo, ¡es la que nos hizo una rana en directo!

- ¡Y un elefante!, John, no te olvides. Muchos han imaginado su habilidad con las manos en mejores menesteres...

- ¡Qué perversa!, Dallas. Dinos, ¿cuáles son sus medidas?.

- Un combinado de números que se vuelve alcohólico sólo de recitarlo: ¡¡88 – 58 – 86!!

– Y los aplausos del público subieron de tono para despedir a la aún sonriente Samantha, que caminaba de espaldas para goce de audiencia y público (que no le quitaba ojo a su trasero), de nuevo a las puertas por donde desaparecería inmediatamente.

Chase tenía abiertos los ojos como si nunca hubiera visto la televisión. No daba crédito.

La voz de Dallas continuó:

- Y ahora, amigos, nos visita, de amarillo, la número cuarenta y cuatro.

- ¿Su nombre? – Preguntó impaciente John.

- ¡¡Angela Harolds!! – exclamó, mientras la concursante, con bañador de color blanco algo transparente, apareció tras la sombra de Samantha. Comenzó a caminar sonriendo a la cámara, que la tomaba completa de la cabeza a los pies.

- ¡Esta chica sí que se deja conocer!, ¿verdad Rick? – gritó John divertido. Dallas, sus medidas son...

- ¡¡93 – 60 – 91!! – y el público rompió desesperado en aplausos amplificados hasta el ridículo.

- ¡Música para nuestros oídos, esos números!

- Una chica preciosa, ¿no crees, John?.

- Tiene muchas posibilidades, ¿qué sabemos de ella?

- Bueno, esta morena de pelo largo logró ser finalista cuando prometió a la audiencia que de llegar a ser la señora de Rick Rockwell, nuestro multimillonario, dedicaría gran parte de la fortuna a ayudar a los más necesitados de este país y a colaborar con todas los buenos y solidarios proyectos que se le enviaran.

- Una concursante inteligente o ... quizá una mujer de otro tiempo. Veremos qué decide Rick.

- Podría salirle cara una esposa así, ¿no te parece, John?.

- Rick es un hombre muy rico, no creo que considere eso un problema. Además, Angela es una mujer muy valiente, ¿has visto cómo de generoso es su bañador?.

- Desde aquí puedo ver mucho más de lo que ella pensó que dejaría ver, John.

- ¡¡Y yo aún más que tú!!, Dallas.

Angela dio media vuelta y el escaparate de su espalda y su continuación erótica más abajo se convirtieron en el punto de atención de una imagen que prometía repetirse hasta en cincuenta ocasiones.

De pronto, el teléfono sonó y Chase quitó el sonido de la televisión, aunque la imagen de la siguiente concursante, una rubia de pelo rizado y ojos claros en bañador azul con escote de infarto ya ocupaba la totalidad de la silenciosa pantalla.

Chase contestó:

- Diga.

- ¿Estás viendo la TV? – La voz de Josh sonaba tan excitada que Chase ni se acordó de lamentar haber descolgado.
- ¿Qué canal?
- Fox, ¡¡el programa del millonario!! – exclamó.
- Sí, lo tengo puesto, no puedo creer lo que veo.
- Bah, es todo así, te acostumbras. Pero, ¡¡¿No conoces a ese Rick Rockwell?!.
- ¿El millonario?
- El que sólo enseña su figura en sombras.
- ¿Qué le pasa?.
- ¿No lo conoces?
- No, Josh, ¿debería?.
- No lo sé, pero yo sí.
- ¿De qué?.
- ¿Lista?.
- ¿Para?
- Escuchar esto: ¡¡Es de los nuestros!!.
- ¿V... vuestro? – preguntó Chase que había perdido un punto en su capacidad de sorpresa.
- ¡Sí!
- Diablos... ¿Así es como ha conseguido ser el millonario del programa?
- ¿Por qué no?
- Oye, deberíamos colgar, ya sabes...
- Ya, ya, sólo un momento. ¿No es increíble?.
- O sea que yo trabajo para ese hombre...
- De alguna manera, sí.
- Terminaré dimitiendo o pidiendo la baja por locura.
- Pero si es un tío estupendo, Chase. He hablado con él en varias ocasiones.
- ¿De veras?. ¿Y es millonario de verdad?
- No lo sé, pero yo diría que sí.
- Al menos hay algo auténtico en el programa.

Josh hizo una pausa.

- Oye, ¿no podemos vernos?
- ¡¡Josh!., ¿qué haces?. ¿No sabes...?
- Claro que sí, está bien. Pero piénsalo, necesito...
- ¡No sigas!, no pod... no debemos, es peligroso.
- Espero que sepas lo que haces y que lo hagas deprisa.
- Sí, sí...
- Bueno, ya hablaremos.
- Adiós, Josh.
- Adiós c... – iba diciendo éste cuando Chase colgó el teléfono para evitar que la palabra terminara difundándose por la línea telefónica. No sabía si estaba siendo espiada a través del teléfono pero tenía el impulso de creerlo. Y el sentido común le indicaba lo mismo.

Se reclinó sobre el sofá y mientras tomaba la sopa miraba la pantalla de la televisión. Decidió no devolverle el sonido.

En ella, una mujer de color con un bañador amarillo sonreía a la cámara. Tenía unas caderas enormes y unos pechos apretados que marcaban sus pezones a través de la tela.

Era viernes por la tarde, casi de noche. A estas alturas del año la oscuridad llega pronto cada día y enseguida le entran ganas de recogerse, que es una palabra muy de antes aunque cada vez con más sentido. Chase estaba apoyada sobre la cristalera derecha de la puerta de entrada de su casa, mirando al exterior, al cielo. Desde pequeña se había sentido atraída por el momento justo en que la lluvia comenzaba a caer, ese súbito instante en que la paz del cielo, excepto en días de tormenta, se convertía en lluvia. Ojalá, pensaba, pudiera capturar el mínimo momento en que el agua comenzaba a caer. También le gustaba la parafernalia social que se organizaba a medio camino entre lo espontáneo y lo convencional, quizá con un poco de ambos, en plena calle cayendo el agua de la lluvia.

Pensaba.

En tan sólo unas horas se encontraría de nuevo con otras ejecutantes, otras trabajadoras de la Sociedad, como ella. Eran como compañeras de trabajo sólo que no podían desayunar juntas por nada del mundo. Tenían que fingir trabajar en empresas diferentes. Esa noche no. Estarían todas juntas intentando tramar algo que permitiera a su calidad de ejecutantes albergar la esperanza de cambiar las cosas. No tenía ni idea de lo ambicioso que resultaba este objetivo. Quizá fuera a costarle más de lo que estaba dispuesta a entregar, aunque tampoco tenía claro qué cosa no estaría por aceptar en ningún caso. O quizá, quiso pensar también, no fuera necesario ser tan optimista y eso que parecía tan lejano estuviera mucho más cerca de la realidad. Los entresijos de las normas de la Sociedad y su manera de funcionar, que en el fondo se reducía a entender las personas que la formaban, le era algo aún desconocido y debía mostrarse cauta al evaluar la dificultad de sus objetivos.

Pero, ¿y sus compañeras?. ¿En qué grado le acompañarían en su estrategia?. Hasta ahora había sido capaz de motivarles contra la Sociedad, o mejor dicho, a favor de sí mismas. Bueno, excepto a Jessie, que desde su óptica conservadora cada movimiento era demasiado peligroso. ¿Cómo es que es en su tienda donde nos reunimos?, pensó Chase intentando encontrar cierta coherencia a su alrededor. Pero con el resto de las chicas las cosas eran diferentes. Norah era la más activa, estaba convencida de que debían revolucionar realmente las bases de la estructura y poner de manifiesto, sobre la mesa central de la Sociedad estuviera donde estuviera, que la calidad de las encargadas de las misiones estaba muy por encima del nivel para el que fueron contratadas. ¡Que mantenerlas cegadas acerca de los intereses globales de la organización no sólo era un error sino también peligroso para ellos!. Claro que tal actitud pondría en peligro a todas y cada una de ellas de llegar en tales términos a oídos de algún responsable.

¿Podría contar con ellas para su estrategia?. Eran demasiado débiles, manipulables: Chase les había inducido, de hecho, a su antojo. No entendía qué tenían de ejecutantes además de su bagaje como féminas natas. Se las imaginó tramando conspiraciones y saliendo de aprietos de manera diplomática e inteligente. Ninguna de ellas... salió airosa

de dicha prueba en la mente de Chase. Ninguna... excepto Heather, que parecía estar por encima de toda prueba, como si sus capacidades de ejecutante, como de persona, estuvieran más allá de toda cuestión, a pesar de no haberlo demostrado en absoluto hasta la fecha. ¿Qué tenía aquella mujer que con su presencia regentaba casi sin desearlo?. Chase estaba maravillada por la influencia que tenía sobre el resto de las chicas. Su voz era puro sentido común. Chase apenas encontraba maneras de oponerse y hasta sentía que, al hacerlo, comprometía la imagen de todo su argumento ante el resto de espectadoras. Sí, Heather era diferente al resto.

¿Pero como para estar a su lado?.

Chase recordó el modo cómo había manejado conversaciones anteriores. Heather nunca había otorgado la razón frívolamente ni actuado precipitadamente. No imaginaba a aquella mujer apasionada a su lado por el ideal que le obsesionaba, cambiar las normas de la Sociedad a su medida.

Sin embargo, había dos cosas que Chase tenía claras respecto de Heather. En primer lugar, que por nada del mundo debía enemistarse con ella pues lo habría hecho simultánea e inmediatamente, sin mediar más palabras, con el resto de compañeras. Sin necesidad de dirigirles la palabra directamente. Heather, con su silencio, se ganaría su apoyo; y eso siendo optimista y apostando por que no dijera nada, en cuyo caso Chase estaría directamente perdida. La segunda cosa que tenía clara era que, en algún punto de su camino ascendente, aquella ejecutante de cabello rizado y ojos tan bellos como los de la Beatriz que guiara a Dante por el Paraíso, le resultaría muy útil: Sí, necesitaría su apoyo.

Y ni siquiera podía imaginar el potencial de aquella mujer dando de sí el máximo en una misión oficial de tintes sexuales. Definitivamente, la Sociedad tenía una intervencionista de lujo entre sus filas. Debía de atraerla a su misión, pensó Chase.

La tarde transcurrió casta y tranquila. Afuera, el agua había dejado de caer y el espectáculo dejó de ser interesante para Chase, así que subió arriba, al cuarto de baño adyacente al dormitorio elevado, y preparó una bañera de agua caliente y burbujas. El agua brotaba desde un mango de ducha sumergido en el fondo de la bañera, sin hacer ruido, mientras el nivel del agua subía hasta pocos centímetros del borde superior. Mientras, ella, deslizaba su top blanco, prenda óptima para dormir y camuflarse entre las niveas paredes de aquella casa tan luminosa, fuera de su cuerpo, que en realidad no necesitaba baño alguno, y se miraba a sí misma frente al espejo. Con una mano tiró de sus braguitas hasta que éstas cayeron solas guiadas por la extrema suavidad de sus piernas infalibles. Quedaron, fetichizadas hasta la extenuación del voyeur, en el suelo.

A continuación, una de sus piernas elevó un pie y lo convirtió en fuente de placer al introducirlo en el agua caliente de la bañera, dentro de la cuál se vio todo el cuerpo de Chase en pocos segundos. Lo que más disfrutaba era el momento en que sus hombros se inundaban hasta el cuello por primera vez. El calor del agua sobre ellos le hacía sentir deleite como si proviniera de todo su cuerpo al mismo tiempo y no podía evitar cerrar los ojos y relajar una sonrisa, pero una de éstas que sólo duran unos segundos y durante las cuáles uno no puede ni respirar por el proyecto de escalofrío que le embarga a lo largo del cuerpo. Es uno de esos momentos en los que el alma se ve tocado por el escaso placer que el mundo físico puede a pesar de todo en algunas ocasiones proporcionar.

- Llegas tarde – Dijo Jessie mientras abría la puerta de la tienda y se hacía a un lado.

Chase se coló dentro y vio cómo su compañera cerraba la puerta detrás de ella con celeridad, no sin antes echar una rápida y preocupada mirada a la calle en busca de sombras a las que atribuir sospechas.

- ¿Están todas abajo? – Preguntó Chase algo distante, evitando decirle a Jessie que había llegado justo a la hora que tenía pensado llegar.

- Sí – dijo hablando en voz baja exagerando los movimientos de sus labios. – Ve vamos a la trampa.

La tienda estaba algo más desordenada que en ocasiones anteriores, aunque sus pasillo seguían libres y a Chase no le costó hacerse con la ruta adecuada pobremente iluminada, como siempre, por la luz que llegaba desde la calle y se colaba por el escaparate de la tienda. Al otro lado de ésta, en la esquina, se encontraba la trampa por dónde bajar al frío cuarto donde le esperaban el resto de las ejecutantes.

Una vez abajo:

- ¡Chase! – Gritó Dannii, como si hubiera estado semanas aguantando las ganas de contar miles de cosas y viera en aquel momento la ocasión óptima para hacerlo. - ¡No sabes todo lo que tenemos que contarte!, espero que vengas despierta. Alice estuvo donde dijiste y nos estaba contando todo lo que le pasó; está hecha una ejecutante de primera, ¡deberías felicitarle!.

- Hola a todas – dijo Chase.

Alice, ruborizada, Heather y Norah saludaron a la rubia más inteligente de todas ellas mientras ésta se quitaba el abrigo y buscaba un cojín sobre el que cruzar las piernas.

- ¿Quieres un café? – Le preguntó Jessie desde detrás suyo, en la esquina contraria donde yacían la máquina de café, vasos de plástico y demás artilugios de hospitalidad artificial y portátil.

- Sí, gracias. – Dijo de buen grado, esbozando una sonrisa. - ¿Qué tal estos días?. ¿Se os ha dado bien?.

- Como la seda, Chase, todo ha sido estupendamente y tengo un montón de cosas que contarte, sé que las encontrarás muy interesantes. Bueno, eso creo, porque yo no entiendo mucho de todo esto pero sé que tú lo harás. – disparó Jessie a un ritmo de palabras por minuto sorprendente. Estaba excitada.

- ¿Y tú, Chase? – Preguntó Alice. - ¿Se te ha dado bien la investigación?.

- Poco a poco – Intentó poner orden-. Dannii, ¿estuviste en el registro? – preguntó focalizando la atención.

- ¿Qué si estuve?, ¡Vaya que si estuve!, y saqué un papelito que vale su peso en oro – Dijo mientras sacaba del bolsillo de su camisa amarilla un papel doblado una y otra vez sobre sí mismo. Acto seguido se lo entregó a Chase.
- ¡Ahora sabemos muchas cosas de la Ordage Coast! – dijo Dannii, que ya había diseñado en su mente las doce próximas frases que iba a decir sin descanso. Norah interrumpió pasajeramente:
- Orange.
- ¡Eso he dicho! – dijo Dannii dedicándole una mirada rápida a la más fuerte de todas. – Mi amigo Mike me ha dado ese papelito y dice que son las empresas fusionadas para crear la Ordage Coast. – Dijo, mientras Norah suspiraba y miraba al techo medio desesperada.
- ¿Dices que estas empresas se unieron y crearon la Orange Coast?
- Sí, todas ellas, una tras otras... es como una fotografía de familia, pero muy antigua, de esa compañía, ¿no es genial?. Seguro que te es útil.
- Aquí hay muchos nombres... Shoebox Limited...
- Sí, con sus titulares de entonces, aunque ahora a saber dónde estarán, ¡PFF!, imposible adivinar. – Contestó Dannii, que vivía un momento delicioso de protagonismo.
- ... Aciri Enterprises... , Patterdale Trading... ¿Os dice alguna algo? – preguntó Chase.
- ¡Nada! – dijo Norah, algo decepcionada.
- Ya os dije que no conseguiríais mucho – dinamitó Jessie que estaba encantada con el fracaso, mientras colocaba un vaso de plástico con café en el suelo, justo en frente de Chase.
- ¿Eh?... ¡gracias!, Jessie.
- ¿Qué más empresas figuran? – Preguntó Heather con su voz delicada y tranquila.
- Hazelbrooke Limited...
- No me suena, pero...¿qué más datos vienen, Chase? – Preguntó Norah.
- ¿Además de los nombres de las empresas?. – dijo Chase.
- ¡Los dueños!, ¿es que no me escuchas? – gritó Dannii. Norah quiso matarla.
- Sí, William Shelton... , Michael Yusiki, ...

Los ojos de Chase se abrieron de par en par. En el papel, en la columna de los nombres, encontró uno que le sonó familiar:

- Douglas Tracy... – dijo lentamente.
- ¿Qué pasa, Chase? – Preguntó Heather.

Chase ni había oído la pregunta. Estaba absorta, consumida. “Douglas Tracy”.

- ¿Qué pasa?, ¡¿Qué?! – preguntó Dannii, que ya sentía en exceso la impaciencia.
- Douglas Tracy – repitió Chase, y levantó los ojos a Heather. – Es increíble.
- Explicate.
- Está bien, está bien, me toca a mí hablar. Esta semana he averiguado muchas cosas sobre la Sociedad gracias a un contacto con un socio.
- ¡Un socio!. ¿Te has vuelto completamente loca? – gritó Jessie.
- ¿Quién? – preguntó Norah con gesto insaciable.
- Eso da igual, creedme, además no puedo decirlo. Me contó... cómo es por dentro, de alguna manera. La Sociedad tiene dos responsables finales cuyos nombres no se suelen usar, sino que todos se refieren a ellos por las letras X e Y.
- ¿Tienen identidades secretas? – Preguntó Heather.

- No, en absoluto, sus nombres son conocidos, pero se les conoce por las letras. Son dos hombres...
- Predecible. – dijo Norah.
- ... que gobiernan toda la estructura vertical, como si fuera una empresa.
- ¿Y quién es Douglas Tracy? – preguntó Dannii que se había perdido.
- Es X.
- ¡Esto ha llegado demasiado lejos! – interrumpió de nuevo Jessie en medio de la sorpresa general. Todas estaban atónitas intentando asimilar los datos, pero eran demasiado notables para ser integrados sin resistencia en la percepción que cada una de ellas tenía de la estructura. Jessie continuaba con sus alegaciones... a gritos:
- ¿Qué vais a hacer ahora?. ¿Vais a secuestrar a ese hombre o algo así?. ¡Conseguiréis que os maten a todas!.
- Entonces... Tenemos el nombre del presidente de la Sociedad, ¿no es cierto? – preguntó Alice.
- ¡Vale!, ya veo cómo me hacéis caso... El día que os cojan no vengáis a este cuarto a pedir ayuda – dijo Jessie, enfurruñada.
- Deja que Chase cuente lo que sabe, Jessie, eso no empeorará las cosas. – alegó Norah.
- No, Alice. – Dijo Chase. – No es un presidente... ni siquiera sé qué es lo que es. Supongo que un jefe, último, eso sí. Y además no es el único, ya que también está Y.
- ¿Sabes cómo se llama Y? – Preguntó Heather.
- Gladd. De nombre Brian.
- ¡Genial! – apostilló en bajo Jessie que veía todo empeorar por momentos.
- No puedo creerlo, Chase, ¡es fantástico!. – Exclamó Norah.
- Entonces... X, o sea, Tracy, ¿fue dueño de una de las empresas de la lista?. – Preguntó Heather que quería atar cabos como si su mente estuviera muy por encima de la sorpresa del resto.
- ¡Claro!, dueño de... – dijo Dannii, arrebatando el papelito a Chase y consultando la columna de las empresas. - ... de... de... Norris Marketing Limited, aquí lo pone.
- Y esa empresa quedó integrada en la Orange Coast, ¿pero para qué?. – Dijo Norah.
- ¿Quizá para controlar alguna parte de la Orange? – sugirió Heather.
- Sí, podría ser. – Aceptó Chase. – aunque no es más que una empresa entre más de diez. No sería una maniobra muy inteligente.
- Un momento, un momento. – Pidió Norah. – Ese tío tenía una empresa con un valor y entonces se crea la Orange y él deja de estar tras ella. Debió de cobrar una pasta, ¿no creéis?.
- ¡Bingo! – Exclamó Dannii. – Eso es, el tío se forró.
- Vendió. – Dijo Chase mientras lo pensaba todavía. – Vendió la empresa. Pero eso no debe ser algo público, ¿qué pensará la Sociedad de esa maniobra?.
- Chase – Dijo Alice. – Steenburgen me contó algo que quizá te sea de interés.
- ¡Oh!, perdona, ¿qué te contó?.
- Dijo que su empresa estaba a punto de ser comprada y que toda la operación incluía “regalos” y “favores” para los responsables... incluidos los directivos de su empresa. De hecho él iba a cobrar mucho dinero, pero al final todo salió mal. Decía que había mucha gente aprovechando el asunto para recibir compensaciones.
- ¿Crees que Tracy era uno de los beneficiados? – Preguntó Norah.
- No creo que tenga que ver con esas compensaciones ya que se darían con la Orange ya formada pero debió ganar mucho dinero con la venta de su empresa. – Dijo Chase.
- ¿Por qué no?, ¿forma parte de la misma operación!.
- Entonces ¿Tracy habría organizado todo para vender su empresa? – dijo Heather. – No parece razonable. No guiaría a la Sociedad a través de todo este lío de la Orange sólo

para vender su empresa. ¿Para qué metería en el asunto a otra compañía tercera?.

¿Cómo dices que se llama, Alice?.

- Mm... la AllCom.

- ¿Qué es? – preguntó Norah.

- Un grupo de comunicación, tienen muchos medios. – Dijo Jessie a regañadientes, como por inercia.

- No, AllCom debe tener algún interés para la Sociedad... y Tracy debió de aprovechar para vender su empresa. ¿Por qué lo haría a una empresa de la misma Sociedad?. – Aportó Chase convencida.

- ¡Lo tengo, Chase!, el típico caso... – exclamó Heather. – de la empresa fantasma, ¡no existía!, pero la creó en apariencia y en papeles, le puso un precio y se la vendió a sí mismo integrada en la Orange: justo como las demás: ¿Quién notaría nada?.

- ¿A sí mismo? – Alice no encontraba el camino.

- Claro, ¡todas! deben ser empresas de la Sociedad que se juntan para crear la herramienta con la que ésta compraría a la AllCom. ¡La Orange es una representación empresarial de la Sociedad!.

- Entiendo. – Dijo Chase. – Resumiendo. Tenemos un grupo de comunicación que interesa a la Sociedad. Tenemos que ésta lo quiere comprar. ¿Cómo sigo?. – Heather tomó el testigo pensando mientras hablaba...

- Ella no puede comprar por sí misma así que crea una empresa alternativa llamada Orange Coast. ¿Cómo se forma?, ¿por la suma de pequeñas empresas de la Sociedad?. Así sería como ésta financiaría la operación de compra, haciéndole llegar los fondos a partir de las empresas de antes de la fusión.

- Y entonces Tracy aprovecharía para hacer ganar una pequeña fortuna con la operación, creando una empresa fantasma, la Norris... y vendiéndola en el paquete como una más de la operación.

- ¡Seguro que eso no lo saben en la Sociedad! – se apresuró a apuntar Norah, que a pensar mal no le ganaba nadie.

- No creo. – Dijo Chase, que empezaba a entender la operación.

- Da gusto ver que en la Sociedad se reproducen los vicios del mundo real, de la misma manera. – Dijo Alice.

- ¿Y la Orange Coast compra a la AllCom?. – Alice sintió que era su momento:

- Claro, Steenburgen me contó que su empresa había sido contactada por la Orange Coast para una compra amistosa.

- ¡Qué tontería!, ¿se van a dejar comprar por las buenas? – dijo Norah.

- Sí, porque la Orange propuso esas compensaciones millonarias para cada uno de los directivos y grandes accionistas de la empresa. Hasta cargos altos aunque de menor calado iban a percibir mucho dinero.

- Como Steenburgen – Dijo Chase.

- Exacto. Pero luego las conversaciones se torcieron y no llegaron a un acuerdo, así que, según Steenburgen, decidieron no vender.

- ¿Entonces por qué tanto interés por la Orange desde la Sociedad?. La operación está muerta. Hemos llegado tarde. – Dijo Norah.

- No exactamente, porque la Orange decidió tratar de hacerse con el grupo hostilmente.

- ¿Una OPA? – Preguntó Chase.

- Como se llame, sí. ¡Por las malas!, vamos.

- Deben estar muy interesados ahí arriba por la AllCom, ¿qué dices que tiene, Jessie? – Preguntó Chase.

- Son un grupo grande de medios de comunicación. Controlan varias cadenas de TV, varias emisoras de radio, diarios... ya sabes.

- La Sociedad es la cosa más discreta que conozco. ¿Por qué tanto interés entonces en algo así? – Preguntó Alice.
- En fin. ¿Qué más sabemos? – Chase miró a Alice que aún mantenía el rostro dubitoso.
- Poco más, porque aquel hombre estaba demasiado obsesionado con su dinero perdido.
- ¿Cuánto le prometieron? – Chase quería hacer algunos números.
- Dos millones de dólares.
- ¡Dos millones! – gritó Norah.
- Es para estar enfadado, ciertamente, así que me contaba mucho sobre eso y poco sobre la Orange, sobre la que tampoco sabía demasiado.

- Tenemos una opción. – Dijo Chase tras pensar unos segundos, entre el silencio de todas sus compañeras.
- ¿Qué? – dijo Norah, impaciente por actuar.
- Sabemos que Tracy aprovechó la operación en su propio beneficio.
- Lo sabía. – Dijo Jessie que sospechaba a dónde quería llegar Chase.
- Sabemos que ha hecho algo a ocultar... como nos ocultan a nosotras. Como veis, no es tan invulnerable, ¿no os parece?.
- ¡Ni siquiera vais a actuar sobre el portero de la entrada! – Gritó Jessie. – Vosotras vais directamente al jefe supremo, así moriréis rápidamente sin dejar rastro. ¡Gran estrategia!.
- No es tan arriesgado porque tenemos algo por donde presionar a X, Jessie.
- ¡Le tenemos!, podemos apretarle hasta que estalle. – Norah disfrutaba sólo de imaginar cómo chantajear a Tracy... en su mente.
- Cuidado con todo lo que hacemos. Aún no estamos seguras que de Tracy haya hecho eso. Quizá forme parte de la maniobra de la Orange y la Sociedad esté al corriente. – Heather estaba desplegando su discurso inapelable. – Por otra parte, puede que hayamos acertado pero... chantajear a X es muy peligroso. No podemos ni imaginar qué fuerzas tiene a su disposición.
- Cuanto más poderoso sea, - comenzó a decir Chase, - menos deseará que la Sociedad se entere de su jugada y más atrapado estará.
- Y, ¿cómo vas a hacer llegar la información a la Sociedad?.
- Tengo una manera, Heather, confía en mí. – Chase estaba pensando en Josh, que sería fácilmente presionable para difundir un mensaje sin comprometerle directamente. Además... su corazón estaba de su lado y llegado el momento, estaba segura de que contribuiría si pensara que con ello lograría su cariño-. Dannii, dime la dirección de ese Tracy.
- Emmm... – empezó a decir Dannii mientras consultaba la tabla del papelito.- Letsington Avenue, 15. Debe ser un sitio estupendo... ¿puedo ir?
- ¡Noo! – exclamó Norah.

- ¿Y qué es lo que queréis conseguir, eh? – Preguntó Jessie.

- Dignidad. – Chase empezaba a sentirse fuerte de nuevo, empezaba a ver el camino para devolver el golpe a la Sociedad que le envió dos matones de oscuro y gafas a su casa, pasaje que mejor debía ocultar a sus compañeras para que no vieran más riesgos de los evidentes.
- ¿Para?
- Para formar parte de la Sociedad, para ser socias también y formar parte del intercambio. Tendríamos toooda la red a nuestra disposición y esos inútiles entenderían nuestro valor.

- Podríamos demostrarles que somos más poderosas que ellos. – Añadió Norah.
- La Sociedad será nuestra arena de trabajo, y no pasaremos horas en nuestras casas esperando sus llamadas, como si les necesitáramos para sobrevivir.
- ¡Es que no les necesitamos para mantener nuestros estatus actuales? – dijo Jessie.
- Estar dentro y gozar los favores del intercambio no significa renunciar a todo esto. Por el contrario, aumentar nuestro nivel... no sólo en lo material, sino también en lo personal.
- ¡Y en lo psicológico! – dijo Alice, en bajito, casi imperceptiblemente.
- ¡Y como mujeres! – añadió Norah.
- Y en lo político – Terminó Chase.

- ¿Y por qué no lo dejáis en un boicot a la compra de la AllCom? – Sugirió Jessie, intentando desviar la atención de las chicas por la estructura de la Sociedad, siempre peligrosa y subestimada.
- Porque eso no tendría interés para nadie, Jessie – Dijo Chase. – Ni para la Sociedad... ni para nosotras que seguiríamos como estamos. ¡Quiero cambiar esto!, chicas, ¡este cuarto frío en el que estamos!, ¿qué hemos hecho para merecer esta clandestinidad?.
- ¡Sí!, Es una idiotez estar aquí escondidas como si hiciéramos algo malo. – Añadió Norah.
- Lo estamos haciendo. – Dijo Jessie.
- Deberíamos estar ahí fuera, en la calle, con el resto de la gente, y con el resto de los socios dentro de la estructura.
- Todo suena excelente, todo suena prometedor en vuestras mentes... pero el coste de los ideales, aunque se vean reducidos a la Sociedad, siempre ha sido muy alto para los que levantan la cabeza por primera vez.
- Ahora tenemos una manera de levantar la cabeza y mirar a los ojos al del látigo, porque sabemos cómo presionar a X. – Dijo Norah.
- Yo no quiero saber nada de eso. – Sentenció Jessie.
- Jessie, ¿me prometes discreción? – Preguntó Chase con gravedad inaugurando un silencio.

Jessie se tomó un momento para contestar. Recordaba cómo, hacía apenas un par de semanas, sus amigas y ellas, que eran antes amigas que ejecutantes, se reunían en aquel mismo cuarto, igual de frío, para hacer bromas sobre hombres y corbatas horribles que poblaban la ciudad. Se acordaba de cuando llegaban a escondidas y se iban separadas de la tienda para no levantar sospechas sin que ninguna de ellas pusiera en entredicho las condiciones. Estaban agradecidas por el nivel económico que habían estrenado, unas, o al que se habían acostumbrado, las más veteranas. Ya era demasiada casualidad que aquellas ejecutantes se hubieran encontrado y reconocido por la calle como para aspirar a nada más.

Pero las cosas habían cambiado. ¡Chase había cambiado todo con su llegada y sus ideales de libertad!. Claro que Norah también se había hecho rápido a la idea. ¿Y dónde estaba la Heather de la sensatez?, se preguntó. ¿Había caído también en la tentación de las promesas de libertad de Chase?. La tenía en mejor estima, aunque a juzgar por los signos externos, poco había en ella que se opusiera a aquella conspiración de chantajistas. Quizá es que aquel cuarto también le parecía demasiado frío.

Ella quería pensar que aquello tendría un buen resultado y que podrían reunirse en breve en una cafetería a pleno día. Pero su corazón vibraba de temor con tanta fuerza que no

podía mostrar más que el pavor que le inspiraba toda la operación, como el que siente quién ve a otro andar peligrosamente por la barandilla estrecha de una terraza a siete pisos de altura. Sentía una gran turbación, un deseo de mirar hacia a otro lado y sin embargo ser consciente de todo.

- Yo no diré nada de esto, si es a lo que te refieres, Chase. Hasta yo estaría en peligro y sabe Dios qué harían con nosotras. No, no diré nada.

- Bien entonces. – Se conformó Chase.

- ¿Qué vamos a hacer ahora? – Preguntó Norah. Chase tomó el vaso de café y bebió su templado líquido hasta vaciar la mitad.

- Ejecutar la estrategia. – Dijo Norah.

- ¿Cómo contactaremos con X? – Preguntó Heather.

- Dejadlo de mi cuenta, conozco a un socio, Josh Sanders. Nos dará la forma de contacto – dijo Chase-.

- ¿Sanders? – se preguntó en voz alta Dannii-, me suena. Creo que he hecho algo para él hace poco, aunque como hago tantas cosas a lo mejor me estoy confundiendo y sólo es mi casero. Pero suena... la cosa es que...

- No hay problema – Chase estaba altiva y motivada. – Lo que me preocupa es Y.

- ¿Por qué? – Preguntó Heather.

- No conocemos la relación entre X e Y, luego debemos de ponernos en la peor de las posibilidades respecto de nuestro plan, es decir, que exista una estrecha relación entre ambos como para llegar a compartir información sobre nuestras presiones. Debemos asegurarnos de que Y no esté libre para actuar.

- ¿Le secuestramos? – Pregunto Dannii riéndose.

- Necesitamos una... trampa más efectiva incluso que el más oculto de los zulos posibles.

- Una razón. – Dijo Heather, que había entendido a Chase enseguida.

- Sí, una razón para no hablar. Una razón para estar, sin saberlo, de nuestro lado.

- Pues sólo hay dos maneras... y nosotras no podemos sobornar a un hombre rico como seguro será Y, así que sólo queda otra forma... ¿quién de nosotras será capaz? –

Preguntó retóricamente Heather, aunque el resto de las chicas, excepto Chase, no le seguían en su conspiración mental: Demasiado rápido para ellas.

- Yo lo haré – Dijo Chase.

- Me lo temía. – Heather sonrió.

- ¿Alguien me explica de qué habláis? – Pidió Dannii en vano.

Sólo habían transcurrido unos minutos desde que Chase salió de la tienda y ya estaba abriendo la puerta de su casa. Estaba realmente cansada, quizá por lo inhóspito del cuarto frío de Jessie, que era un tesoro para aquellas mujeres, o quizá por las intensas maquinaciones que habían puesto en marcha todas juntas. La verdad es que estaba sorprendida del resultado de la reunión: Las chicas habían conseguido una información muy valiosa y habían colegido bien sobre ella. Heather, nuevamente, había sido una pieza clave para alcanzar una interpretación posible y hacer inteligibles los datos. De hecho, tuvo que confesarse a sí misma no estar segura de si, de no haber estado con Heather, hubiera alcanzado el mismo resultado. Creía estar empezando a enamorarse de ella, si es que eso era posible bajo las condiciones del corazón de Chase.

Encendió el interruptor de las luces del salón y de su dormitorio, elevado. Todo estaba exactamente como lo dejó, lo que dadas las circunstancias de vigilancia en las que se encontraba suponía cierta tranquilidad. Se acercó un momento a los sofás y dejó su bolso y el abrigo mientras un enorme bostezo desfiguró su bonito rostro. De repente sonó el teléfono:

- Diga.
- ¿Chase?
- Josh, esto no es muy seguro... Ya lo sabes – le dijo, algo preocupada por los riesgos.
- ¿Has pasado por la piscina últimamente? – Las palabras de Josh sonaron misteriosas y polisémicas, como tratando de revelar a todas luces algo de carácter secreto. Chase decidió que no sería buena idea contratarlo como detective en ningún caso.
- No... – Intentó contestar pero Josh colgó rápidamente.

“¿La piscina?”, pensó Chase, mientras colgaba el auricular del teléfono del salón. Por fin se decidió, curiosa, a seguir la invitación de su enamorado. Se aproximó a la cocina, que en realidad era ese espacio entre la pared contraria a la puerta de entrada y una delgada pared que se internaba en el salón un par de metros, y la atravesó hasta llegar a la terraza acristalada que permitía ver desde el interior la parte posterior del jardín. Allí, la piscina seguía como siempre, cubierta por el plástico protector propio para la climatología de los inviernos suaves de la ciudad. Sin embargo, en uno de sus bordillos vio una piedra de color blanco sobre algo difícil de reconocer.

Sin pensarlo, corrió la puerta de la terraza y, cerrándose con una mano el cuello de su camisa para resguardarse del frío de aquella avanzada noche, salió a zancadas por aquello bajo la piedra. No tardó en llegar y levantar la piedra bajo la que se encontraba una bolsita de plástico transparente con un papel dentro. La cogió y corrió de nuevo al interior de la casa, cerrando de nuevo la puerta. Empezó a abrir la bolsita mientras se dirigía hacia el salón, a los sofás.

El papelito de la bolsa, una vez desplegado, se convirtió, cuál príncipe encantado, en una carta de puño y letra de Josh:

“ Querida Chase:

Déjame, antes que nada, decirte que confío en ti, en tus planes, en tu futuro y en el nuestro. No puedo pensar en otra cosa desde que nos besamos en la puerta la última vez...” – “¡Me besaste, Josh!, que fuiste tú”, pensó Chase. Siguió leyendo:

“ Y quiero pensar que aquello significó para ti tanto como para mí, o si no, que algún día conseguiré que sientas lo mismo que yo. Estoy ansioso por comenzar a disfrutar de ese tiempo en común que nos espera. Por él, todo el riesgo merece la pena.

En cuanto a tu encargo, creo que te he fallado. No he podido averiguar la dirección, quizá porque es un dato demasiado protegido en la burocracia interna de... ya sabes; sin embargo, he conseguido algo que quizá te resulte útil. Puedo decirte que nuestro hombre estará mañana sábado a partir de las nueve de la noche en el salón principal del hotel Castle King con motivo del acto de degustación de vinos organizado por la Asociación de Importadores de Productos del Vino. Parece ser uno de sus principales intereses personales, quizá te sirva. No puedo decirte mucho más sobre él, salvo que lo

conocerás por ser un hombre con barriga notable, entradas y pelo canoso. También lleva una barba de buen ver y color totalmente blanca. En general, tiene aspecto de buen hombre... y créeme que lo es.

Espero que me cuentes pronto tus progresos y si puedo ayudarte de alguna manera en tu objetivo que ya es el mío también.

Recibe un beso cariñoso del que no firma abajo”

Así terminaba la carta.

Chase imaginó el rostro de Y, Brian Gladd, con su barba y su barriga, y rompió la carta por la mitad varias veces hasta reducirla a trocitos tan pequeños que resultaba imposible de reunificar.

“Vinos”, se dijo a sí misma. ¿Qué sabía ella de aquel bebistrajito del demonio, capricho europeo?. Apenas que se vendía en dos o tres colores y que de vez en cuando salía algún agricultor en la TV hablando maravillas de sus vides. “Narices, ¡no le podían gustar los sellos!”, pensó torciendo el gesto. Si el vino era la vida de aquel hombre, ése era, precisamente, su punto débil; y Chase sabía que tendría que aprovecharlo, aunque para eso tuviera que dedicar las menos de veinticuatro horas que tenía a aprender lo básico sobre aquel líquido súbitamente misterioso.

La cara de Chase se deformó de nuevo por culpa de un bostezo récord y tomó de inmediato dirección al dormitorio. En pocos segundos estaba arropada hasta las orejas, sólo protegida entre las sábanas por sus braguitas, y a punto de caer rendida intelectualmente, vencida por el sueño.

Capítulo X

Chase, abrazada por una bata de color rojo apagado, iba pasando el dedo por los cantos de los libros que tenía ordenados, unos junto a otros, en varios anaqueles de armarios de baja altura que rodeaban una de las paredes del salón. Los tenía de todos los colores y tamaños, diferentes encuadernaciones, géneros... Era el resultado de varios meses de un relax doméstico próximo al aburrimiento y sólo propio de una ejecutante inteligente. La mayoría de ellos habían llegado hasta sus manos gracias a Josh que intentaba ofrecerle información útil para su trabajo... y buenas historias que le sirvieran de entretenimiento. Entre los títulos también tenía algunos que habían llegado allí desde su primera casa, antes de convertirse en ejecutante. No sabía qué hacer con ellos porque representaban a una mujer que Chase dejó de ser hacía tiempo, le alienaban. Sin embargo, tirarlos hubiera sido una ruptura excesivamente simbólica con su pasado.

- Bingo... – dijo mientras su dedo golpeó suavemente un par de veces el canto de un libro menudo con tapas en terciopelo granate y letras en negro azulado: “Óptimo Bouquet” se leía en sentido ascendente. Tirando de su parte superior hacia fuera con un solo dedo, Chase lo deslizó hasta que cayó a sus manos y, levantándose, lo abrió por la primera página y se sentó sin mirar en el sofá.

La luz de la tarde, justo en el momento de la sobremesa, entraba directamente a través de las cristalerías superiores junto a su altísimo techo e impactaba sobre la pared contraria difuminando millones de pequeños y desorientados rayos de luz que llenaban la habitación de claridad. Chase recogió las piernas, como le gustaba hacer, se sentó sobre ellas y se quedó mirando una fotografía de una copa de vino tinto colocada en la primera página del libro. No sabía si era el vino, que empezaba a cambiar su opinión, o la pericia del fotógrafo, pero de una manera u otra el resultado óptico era tan emocionante que tuvo ganas, por un segundo, de habérsela tomado de veras.

A las cinco de la tarde ya estaba preparada para salir al recado que remataría su estrategia estética para aquella noche. Sólo le faltaba cepillarse su pelo rubísimo y suave antes de coger su abrigo y salir a la calle rumbo a la tienda de Rayanne.

Afuera el tiempo estaba mucho más calmado que la noche anterior. El viento había amainado por completo y había dado paso a una tranquilidad tan estival que apenas podía uno creer que tan sólo hubieran transcurrido unas horas. La lluvia, que caía anoche en gotas sueltas y molestas arrastradas y estampadas contra el suelo por el viento tirano, había desaparecido. Sólo el sol hacía acto de presencia, milagrosa, en el cielo, de manera que el caminar de Chase por las aceras era más un paseo de recreo que el camino de un recado.

La tienda de Rayanne, “Urban Disguised”, no se encontraba lejos del número donde vivía Chase. Ésta reconoció enseguida la esquina en la que estaba metida la tienducha con su especial ambiente interior. Se acercó a ella y trató de abrir la puerta, pero ésta no cedió como hubiera hecho cualquier día de diario. Chase dio unos golpes en la puerta y puso las manos pegadas al cristal para acercar la cara y echar un vistazo al interior. Allí, estaban, en efecto, las tres filas por pared de disfraces y prendas dispares de colores imposibles y mezclas aún más inconcebibles. La atmósfera especial de aquel local se percibía atrapado desde el exterior de la tienda.

Chase sabía que Rayanne vivía en la trastienda de aquel local, de manera que no podía andar lejos la buena de la tendera. La rubia dio otros dos golpes en el cristal y le llamó:
- ¡¡Rayanne!

Por un momento, el ambiente cerrado del interior no se perturbó lo más mínimo, pero Chase quiso escuchar unos ruidos que venían de dentro. Se acercó de nuevo para mirar a través de la puerta y la vio abrirse detrás del mostrador de la tienda, tras la cuál apareció la figura de Rayanne, en bata a lo años cincuenta y rulos de infarto.

- ¿Quién es?, ¡Está cerrado!
- ¡Rayanne!, ¡ábreme!, necesito ayuda...
- ¡Chase!, querida... ¡vuelve el lunes!
- ¡Es muy importante, Rayanne!, necesito algo para esta noche.

La mujer del interior puso un gesto de fastidio supino y comenzó a farfullar decenas de sintagmas nominales de lo menos simpáticos, sospechó Chase, que comenzaron a ser audibles tan pronto como la mujer de los rulos se acercó a la puerta de la calle y abrió los pestillos para que Chase pudiera entrar:

- ¡Es sábado por la tarde!, ¡por el amor de Dios!, nadie tiene que disfrazarse con urgencia un sábado por la tarde...
- Rayanne, no necesito nada especial. Sólo un vestido. Y me iré, ¿de acuerdo?.
- ¿Qué clase de vestido? – Preguntó como si estuviera tan interesada como sorprendida de la simplicidad del encargo.
- No sé, uno perfecto para estar elegante en una recepción, tú eres la experta.
- Toda mujer con tus medidas debería tener un vestido así en su casa, y creo que tú debes de tener como ocho, de los cuáles al menos seis te los habré vendido yo. ¿Por qué vienes a marear aquí ahora por algo así?
- Oye, así tardaré más en irme.
- Voy dentro... – dijo con voz ronca.

Y desapareció tras la puerta del mostrador. Chase cerró los ojos y respiró deliberadamente, poniendo toda su atención sobre él, el aire viciado de aroma textil de la tienda. A su alrededor había centenares de disfraces colgados en bolsas de plástico transparentes: piratas, azafatas, princesas, bomberos, reyes, indios y marineros en potencia dormitaban tristes entre las bolsas confiando la llegada de mesías que les llenaran de vida de nuevo. Quizá también nostálgicos de otra época, la época dorada del disfraz, cuando éste era el protagonista de la fiesta y no la vía del humor que les hace perder la dignidad. Pero los tiempos estaban cambiando, y quizá ellos lo sabían. Quizá estuvieran allí ya para siempre.

Chase echó un vistazo alrededor... y después se acercó a la puerta de la calle a mirar a través suyo. Las aceras estaban desiertas de vecinos que ni siquiera por ser sábado, y además casi de noche, se animaban a salir, a buscar planes, y parecían encontrar regocijo revolviéndose en el recogimiento de sus hogares. Será la edad media del barrio, pensó Chase, que no entendía aquellas vidas.

- ¡Vale!, aquí tienes dos ¿cuál te llevas? – Dijo Rayanne que aún no había terminado de pasar con las dos bolsas de los vestidos a través de la puerta de detrás del mostrador.

Chase se dio la vuelta y contempló los dos modelos que la de los rulos le mostraba mientras iba descubriéndolos retirando los plásticos.

- ¡Rayanne!, éste... – Eligió satisfecha y sorprendida hasta el límite Chase, que no era visitante común de tanta vehemencia expresiva.

Eran las ocho y cincuenta y cinco minutos de la noche de un sábado de gala y lujo que el Hotel Castle King transformaba en celebración social. Se trataba de un castillo construido en el siglo XIV y restaurado posteriormente para adecuarlo al servicio exigido a un hotel de lujo apartado de la ciudad. Y es que la construcción se encontraba a más de treinta kilómetros de la misma, en plena naturaleza, a la orilla del lago Blue

King que a esas horas de la noche se mostraba en tonos oscuros profundos y estáticos, como si no existiera ni vida ni movimiento alguno en sus aguas. Entre las paredes posteriores del castillo y la orilla inmóvil del lago se encontraba un menudo pero práctico muelle en donde una docena de embarcaciones de más de una docena de metros de eslora esperaban en las aguas los caprichos de sus ilustres propietarios.

En la puerta del hotel, decenas de limusinas de colores azabache y grises oscuros pero brillantes formaban un atasco de lo más insólito, lleno de glamour en su interior. A medida que se alineaban con las luces de la entrada al hotel, colocadas en la parte inferior de un saliente que cubría varios metros de su entrada desde la acera, de los coches iban apeándose galanes y parejas dignas de toda atención, y a continuación a ellos subían mozos jóvenes con pajarita que hacían desaparecer los coches en algún lugar de los alrededores.

El camino hasta el interior del hotel elevaba la vanidad de los paseantes a niveles no previstos en el momento de salir del coche, quizá alentado por la copa de vino que otro joven ponía en las manos de los recién llegados, quiénes la elevaban junto a su sonrisa, en señal de brindis, ante la cámara de un fotógrafo que se había atrincherado estratégicamente en el umbral de la entrada del hotel. Tanta expectación, aunque fuera fingida, hacía que toda la escena cobrara una relevancia social de órdago, quizá no merecedora de tanto protagonismo para un acto de apertura de una degustación, por mucho que el resto de la semana, delegaciones de negocio, someliers y demás agentes del sector fueran a dedicar su tiempo a actividades propias de una convención internacional.

El coche de Chase, que no era una limusina sino un algo mucho más modesto aunque elegante, alineó su puerta de salida trasera junto al centro geométrico del camino hacia el hotel y la rubia sintió que el momento de hacer su aparición había llegado. Un atractivo mozo, que también lucía pajarita ad hoc, abrió la puerta del vehículo y Chase sonrió todo lo que pudo mientras deslizó sus piernas hasta la alfombra bajo sus pies.

En realidad, comprobó, no eran tantos los curiosos y espectadores, lo que puso de manifiesto el carácter sectorial del evento, aunque también detectó que su elegante vestido negro no desencajaba en absoluto con el ambiente que le esperaba a pocos metros en el interior del hotel.

Los tacones negros de sus sandalias tomaron posiciones sobre el mullido de color rojo y su figura se estilizó desde el interior del coche hasta presentarse en toda su longitud y negruzco reflejo seductor ante los asistentes. Unos tirantes negros acoplaban aquella pieza brillante de tela nocturna de Cartier al cuerpo de la hermosísima Chase, cuyas piernas se iban descubriendo al caminar en pequeños destellos por entre la abertura de su vestido que le llegaba a los tobillos. La espalda quedaba casi totalmente descubierta desde los hombros hasta su cintura, donde el vértice de una uve ficticia ponía límite a las exploraciones visuales de los curiosos. Completaban la demostración unas sandalias oscuras de tiras estrechísimas que lucían los delicados pies de Chase, quién sentía, al caminar, la sensación de ser la más atractiva de las personalidades de la alfombra.

Un último detalle sobre su piel: La cinta negra en terciopelo que, ceñida alrededor de su cuello, contrastaba con el dorado de la pequeña placa del tamaño de una moneda que de ella colgaba por la parte frontal. Nadie sabía interpretarlo, pero aquello significaba

mucho más de lo que parecía tanto a los espectadores del evento como a la propia Chase, que no acostumbraba a lucirla fuera de misiones.

El vestido, gracioso y fino, comenzó a deslizarse vaporoso y suave sobre la piel de aquella mujer alta mientras caminaba por la alfombra en dirección al interior del hotel. A sus manos llegó la copa de vino, que Chase sostuvo entre sus dedos por unos segundos para efectos fotográficos sin darle sorbo alguno y a continuación redujo el paso tras cruzar el umbral y ver todo su contorno dibujado de nuevo en tonos dorados suaves pero recargados. La recepción, como el resto del interior visible desde allí, se caracterizaba por los reflejos de las luces amarillas sobre las baldas acristaladas de los armarios de madera que recubrían todas las paredes. El techo, también en madera, servía de soporte para todos aquellos puntos de luz que se dispersaban por todas partes. El exceso de barniz, junto con el brillo de los gemelos de los mozos que le daban la bienvenida, hacían del entorno un espacio de atmósfera cerrada donde el protocolo y la elegancia de la presencia eran las únicas normas a las que los invitados atendían.

Chase avanzó lentamente por la recepción hasta entrar en un enorme salón que se extendía por ambos lados y que al fondo quedaba limitado por grandes puertas de cristal que en verano se correrían para integrar el jardín dentro del habitáculo, pero que ahora mantenían el ambiente y tan sólo servían para ofrecer a los asistentes una vista magnífica del muelle donde las embarcaciones se balanceaban perezosas en el agua del lago. Por todos lados, grupos de invitados luciendo vestidos para la ocasión y traje negro riguroso formaban conglomerados donde los chistes y las anécdotas viajaban de un lado a otro. Era el ambiente perfecto para lucir modales e ingenio, y también algo de mano con el vino que era el protagonista de la reunión.

Siendo fieles a la observación de Chase, se apreciaba mucho invitado poco versado en la doctrina de los caldos que les habían reunido a todos allí, quizá más enfrascados, en su día a día, en asuntos más propiamente empresariales, “por la falta de viñedos en nuestro país”, pensó Chase. El vino que servían los camareros de la recepción así como el que tomaba el resto de ciudadanos durante el año tenía su origen en la transoceánica Europa en donde los viñedos ofrecían uvas de *terroirs* inigualables que daban como resultado esos aromas tan autóctonos. El que Chase sostenía en su copa era un vino joven, como el que se servía al resto de mujeres, que solían preferir los afrutados sabores frente a los vinos macerados de crianza. No es que sus recién adquiridos conocimientos sobre dicha bebida fueran tan eximios pero un poco de teoría servía bien a su saber estar en tan reservada ocasión.

Uno de los camareros cruzó su mirada con la de Chase y, cambiando de dirección, se aproximó a ella y se aseguró de que fuera exactamente el vino que esperaba:

- ¿Resulta de su agrado, señorita? – le preguntó, haciendo un gesto con los ojos en dirección a la copa.
- Es bueno, gracias... pero... ¿no tendría usted algo con más...?
- ¿Cuerpo?
- Sería más propio, ¿no le parece?.
- Una elección poco común, si me permite decirlo, señorita. Le traeré algo más viejo.

Hizo un movimiento con la cabeza y desapareció entre la multitud de la gente. Chase dejó su copa en algún lado y comenzó a deambular buscando entre las caras de la gente. Todos parecían pasarlo en grande, aunque Chase no supo determinar si se debía a la

calidad de sus relaciones, quizá grandes amigos en el sector del vino, o a los vapores etílicos que los mejores crianzas estaban empezando a surtir efecto aumentando la temperatura ambiente (y corporal) de los invitados. De una manera u otra, todos parecían tener con quién compartir sus aromas etílicos o discutir las bondades de las tierras vinícolas de Sauvignon. A Chase, algunas de estas palabras le sonaban... a recién aprendidas, pero en general prefería no medir su experiencia con ningún miembro de la sala.

Un par de minutos después, una voz le sorprendió por la espalda:

- Los vinos no parecen seducirle tanto como a mí su espalda.

Chase se dio la vuelta y comprobó que tan grosera afirmación provenía de un hombre alto y atractivo vistiendo traje negro con pajarita que por la posición se adivinaba que había disfrutado del vestido de la rubia durante algunos segundos. Su rostro era fuerte, especialmente su mandíbula que trazaba toda la forma, poderosa, de su rostro de varón. En su mano reposaba una copa de interior agitado, lleno de burbujas sobre un color frívolo y casi blanco.

Chase le miró del todo y le devolvió el comentario:

- En cambio la suya enseña tanto como usted sobre vino, ¿o qué celebra con champagne un día como hoy? – le replicó algo tenaz.

- No se moleste, señorita...

- Chase.

- Chase. ¿Es su apellido?

- Es como debe llamarme – dijo sonriendo como sólo una mujer puede hacer sin ser considerada una maleducada-

- Y dígame, Chase, ¿no está tomando nada?

Como por obra del destino en un golpe de inspiración, la oportunidad se antropomorfizó en camarero, justo el que prometió un nuevo vino para Chase. Se coló entre ambos y cumplió con su promesa:

- Señorita, creo que este tinto de reserva satisfará sus expectativas – le dijo haciéndole llegar delicada y protocolariamente una copa con un líquido de color rojo teja intenso.

- Gracias..., ¿Cómo te llamas? – Preguntó Chase al camarero ante el galán de la pajarita y el champagne.

- ¿Se refiere a mí, señorita?

- Sí.

El camarero carraspeó un momento antes de contestar y miró a ambos lados como temiendo ser descubierto.

- Phinselton.

- No, ¡tu nombre! – exclamó Chase riéndose de él.

- Phillip, señorita.

- Phillip... es un nombre agradable – dijo en tono seductor ante la mirada atenta y algo celosa de su acompañante espontáneo.

- Si prefiere otr.. otra elección, no dude en... llamarme – dijo tartamudeando Phillip que encontró la oportunidad de desaparecer. Chase abrió los ojos fingiendo sorpresa por el ardid:

- ¡Oh!, parece que hemos asustado a Phillip. ¿Cómo se llama usted, Cabernet?

- Noo – se apresuró a decir el galán, soltando una carcajada muy europea-. Me llamo Nelidor, pero llámeme Gaulbert.
- Humm... francés. Entonces de ahí el champagne.
- En realidad no. El champagne es la única bebida del vino que soporto mínimamente. Lo hago por dar gusto a papá.
- ¿Papá?. Debe andar cerca...
- Por ahí, vendiendo alguna cosecha de nuestras vides a algún rico caprichoso.
- ¡Ah!, es productor...
- En Francia.
- Usted... no tiene acento francés.
- Nunca lo tuve... porque pasé la infancia en un internado de aquí. Papá viene cada año a la degustación y no consiente que no pase a visitarle, aunque luego se olvida de mí y se dedica a dar a probar su vino a todo el mundo. Cada año me prometo que será el último... pero...
- Debería sentirse más orgulloso de su familia, Gaulbert – mintió Chase-. No todo el mundo puede decir que produce su propio vino.
- Hubiera preferido cualquier cosa excepto vino.
- Veo que la ciudad le ha adoctrinado bien.
- Es cierto, –y se paró a pensar un momento- Este lugar es al vino lo que la cerveza a los japoneses. – Dijo, mientras Chase se reía imaginando la comparación.

Antes de que la rubia se recuperara, Gaulbert volvió a la carga:

- ¿Qué hace usted en una degustación de vinos?, si me permite preguntárselo. Y no me diga que su padre produce Moscatel.

Chase no había previsto la pregunta, aunque ahora le parecía tremendamente evidente y mientras sonreía pensaba rápidamente algo que decir:

- No, vino Toro. – Dijo manteniendo el rostro tan seco como el terroir del vino que había citado. Sin embargo, tanta severidad se desmoronó en una carcajada contenida que floreció en la cara de Chase mientras le contagiaba la diversión al francés.
- Noooo, ¡¡es broma!!, ¡es broma!... – dijo mirando al suelo.
- ¡Menos mal!, podrías haber sido competencia de mi familia – Dijo Gaulbert, contagiado por la risa.
- ¡Oh! Nunca cometería semejante sacrilegio vinícola contra los más altos expertos maceradores.
- Mi padre lo celebraría, estoy seguro.

Chase tomó un diminuto sorbo del tinto que le hizo perder algo de elegancia, pero ganar en complicidad.

- Oye, Gaulbert, ¿conoces a toda esta gente? – le preguntó Chase, que no quería perder más tiempo.
- ¡No!, sólo a algunos clientes de mi padre porque se empeña en que herede el negocio.
- ¿Quién es el organizador de todo esto?. ¿Le conoces?.
- Monsier Olière. Todo el mundo lo busca en noches como ésta para conseguir autógrafos. Debe ser el mayor experto en vinos residente en la ciudad, pero... no le veo por aquí.
- ¿Es un hombre mayor? – indagó Chase.

- Ciertamente. Es un hombre achaparrado como una vid y gesto enjuto, permanente.
- Vaya, debería beber más vino.
- Para ser el que más sabe debe ser el que menos bebe. Mi padre consiguió hace años que probara un mililitro de nuestro vino... y se dejó el resto de la copa. Nunca averiguó qué le pareció.
- Bueno, entonces mejor que no le ansíe como amigo.
- No me creo que hayas venido aquí a hacer amigos, cuéntame de qué se trata, Chase.
- Nada especial, acompaño a mi profesor de cata... el Sr. Gladd. ¿Le conoces?.
- ¿Una mujer tan bella enamorada del vino?. No, no, algo me falla. Ese Gladd, a quién debo decirte que no tengo el gusto de conocer, debe ser un hombre muy atractivo.
- De hecho me encantaría saber dónde está ahora mismo.
- Puedo preguntarle a mi padre, quizá le conozca.
- No, no te preocupes, Gaulbert. Voy a buscarle. Te veré luego, ¿de acuerdo?.
- Estaré junto a mi padre, aquel hombrecillo que viste de pana: ¿Le ves? – decía mientras señalaba con el dedo, sutilmente, a un hombre mayor que dedicaba esfuerzos más allá de lo que le correspondía por la edad para intentar expresar decenas de ideas a un grupo de hombres y mujeres de mediana edad que sostenían copas de tinto al otro lado del salón.

Chase se despidió mientras se alejaba ya entre la gente en busca de su objetivo: El Sr. Gladd debía estar por allí, sosteniendo alguna copa de vino que Chase sospechó que sería un crianza digno de un incondicional de casta. Se movía serpenteando sus caderas entre los huecos que los grupos de degustadores dejaban espontáneamente con sus risas y ademanes. Era complicado moverse sin golpear copas a un lado y al otro, derramando el preciado líquido violeta rojizo sobre el parqué del salón, y así el avance de la rubia por el mismo no resultaba ni sano ni efectivo.

Quieta, esperando a que un diplodocus con forma de ser humano, gigantesco, dejara de bloquearle el paso, estudiaba las caras de todas las personas a su alrededor. Las había de todas las formas y tamaños, incluso algunas tan deformadas por la edad que parecía difícil no pensar que estuvieran violando alguna prohibición de sus médicos al estar allí con una copa roja entre las manos. Otras se reían tan desencajadas que hasta determinar su sexo era complicado.

Una camarera de rostro menudo obraba milagros para avanzar en dirección contraria a la de Chase sin verter el contenido de las copas que portaba sobre la maltrecha bandeja. Chase le asaltó:

- Disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar al Sr. Gladd?

Chase no estuvo segura de que el mensaje hubiera alcanzado a la destinataria entre aquel barullo, especialmente por la marejada que azuzaba a la pobre joven, pero en cuanto ésta hubo completado la última fase de lo que en otras condiciones hubiera sido denominado “paso”, miró a los ojos a Chase y le gritó:

- ¡Creo que podrá encontrarle en las mesas de la sala contigua!, ¡señorita!.
- ¡Gracias! – exclamó Chase aunque sin esperanza ya de hacerse oír.

Era como tratar de caminar en una ventisca, sólo que el aire traía bocanadas etílicas producto de las copas de los asistentes en lugar de nieves descontroladas. Finalmente, Chase consiguió abandonar la corriente circulatoria, tan caótica, y acercarse a la pared

del fondo. Estaba al lado de las puertas acristaladas correderas que durante el verano daban acceso al jardín posterior del hotel, y detrás de éste al muelle. A la izquierda de las puertas más de una docena de botellas de vino tinto esperaban ser descorchadas y servidas por los camareros, en una mesa larga y estrecha pegada a la pared. Un camarero alto que llevaba un paño blanco sobre la manga derecha de su chaqueta oscura reluciente tomó una de las botellas y comenzó a descorcharla con algo de prisa.

- Hola, ¿todo esto es para nosotros? – le preguntó Chase con aire de simpática, como si practicara para cheerleader.

- ¿Se refiere a los invitados, señorita? – le contestó el mozo que parecía no entender demasiado de vino a juzgar por su escasa pericia con el corcho.

Chase le arrebató la botella y el sacacorchos con un gesto de desdén consentido:

- ¡Anda!, ¡trae!, déjame ser amable.

- Como la vea mi jefe, estoy despedido.

- Qué jefe más intransigente tienes – dijo a risotadas luminosas de quinceañera. – Deberías decirle que se tomara una de éstas, ¿no te parece? – y dejó que sus ojos escribieran sobre la situación los puntos suspensivos que de haber sido literatura hubieran terminado su propuesta.

- ¿No está con nadie?

- Estoy contigo, ¿no?.

El joven esbozó una sonrisa, bajó la cabeza y fingió que le picaba la nariz para desviar la atención. No esperaba la respuesta.

Un ruido característico, reconocible en todo el mundo, sonó oportuno junto a ellos. La botella de Chase había sido descorchada, en efecto, aunque a juzgar por la distancia a la que el pobre corcho salió despedido, uno diría que con alguna escasez de idoneidad. Especialmente en una degustación donde a los asistentes se les supone todos los aires concebibles de gusto y estilo (aunque la parte central del habitáculo, en plena ventisca vinícola, no hiciera pensar eso en absoluto). El mozo se sintió aliviado de que nadie con consciencia suficiente como para sentirse ofendido por el impacto del corcho hubiera sido impactado y se apresuró a arrancar la botella de las manos de Chase.

- ¡Gracias!, creo que tengo que ir ahí dentro – y señaló con un dedo la marejadilla del barullo.

- ¡Pues que haya suerte! – exclamó Chase que seguía sintiéndose de infarto en aquel estereotipo de adolescente. – Oye, ¿no tienes una botella... ¡Wow!?

- ¿Wow? – le preguntó el chico definitivamente apabullado por tanto desmelene cursi sólo aceptable en mujeres atractivas.

- Sí, una botella buena. La que les dais a los peces gordos.

- Son... para los peces gordos.

- ¿Y si te dijera que voy a invitar al Sr. Gladd? – probó Chase.

El mozo no tenía idea de quién era el Sr. Gladd, de manera que mostró algo de resistencia:

- Me parece que es un truco. ¿Dónde está ese Sr. Gladd?

- Bueno, tu compañera me ha dicho que está en aquella sala – le dijo, señalándole con un delicioso dedo de cheerleader, mental, el lugar por donde la camarera de la tormenta le dijo que podría encontrar a Y.

- Ya. Hagamos un trato. Dígame cómo es su amigo..., yo iré, lo buscaré y le diré si puede pasar o no.
- ¡Qué desconfiado!, pero por suerte, - le dijo con ojos titilantes de juventud, - mi amigo es, de, ver, dad – le deletreó la rubia.
- Veámoslo. ¿Cómo es su amigo?.

Chase trató de recordar los escasos datos que Josh le había hecho llegar la noche anterior.

- MM... es... un hombre con barriga. Sí, sí, se lo he dicho miles de veces: “Eso acabará contigo”, pero no me hace caso. Él dice algo sobre la felicidad y a mi no me gusta discutir. Tiene una barba blanca y pelo canoso, un aspecto inocente, desde luego. ¿Quiere mirar a ver si está ahí dentro?.

El mozo intentó retener todos los datos y mirando al techo, como estudiándoselos, se dio media vuelta y comenzó a caminar. Lo hacía despacio hasta que se detuvo junto a la pared, abrió una caja de cartón y extrajo una botella de vino envuelta en polvo. Se levantó y se acercó al marco de la puerta que daba acceso al salón donde la camarera le había dicho que encontraría al Sr. Gladd.

El rostro del chico se volvió un momento hacia Chase, después un momento hacia el interior del salón y después otra vez hacia Chase, sin señales a interpretar. Al momento, ésta vio que él le enviaba un gesto de aprobación que a ella también le supo a rendición. El joven dejó la botella en el suelo y se cruzó con Chase de camino a la mesa de donde cogió la bandeja y la botella recién descorchada, la elevó y se marchó. Al pasar de nuevo al lado de Chase, le dijo al oído:

- Le conozco. Es un hombre bueno y se merece el mejor vino – y desapareció.

Chase quedó algo contrariada tratando de escudriñar el alcance del saber de aquel aparentemente simple camarero, aunque no quiso darle demasiada importancia. Se acercó al marco de la puerta y levantó del suelo la deteriorada botella de tinto que allí había quedado esperando. A continuación echó una ojeada al interior de aquel salón que hasta ese momento apenas había visto parcialmente.

Había no más de media docena de mesas de madera oscura y deteriorada del uso y del tiempo. Se trataba de piezas históricas sobre las que los comensales se apoyaban y comían como si no tuvieran más valor que el que recibe cualquier mueble del género. Sin embargo, aquellas maderas, cuyo barniz casi desaparecido se había integrado para crear una textura sabia y fuerte (al menos a la vista), encajaba con las paredes recubiertas con planchas de madera algo más joven pero igual de oscura. Hasta allí no llegaba el murmullo del salón principal. Por el contrario, se trataba de una sala protegida en cuyo interior se respiraba no sólo el humo de los cigarros de algunos hombres maduros sino también la tranquilidad, la atmósfera adecuada para la degustación de los vinos de mejor calidad.

Al fondo, debajo de una ventana que daba al jardín de detrás del hotel, la figura redonda y voluminosa de un hombre con barba destacaba contrastando con la de un delgado vendedor que con manos nerviosas y rápidas desplegaba toda suerte de catálogos y papeles sobre la mesa. Llevaba un maletín negro con los cierres dorados que había

abierto sobre la mesa y del que se vertían un montón de ofertas, probablemente de vinos según se dedujo Chase. El hombre voluminoso estaba de espaldas a la entrada de la habitación y por tanto de espaldas a la rubia que tenía un presentimiento, y trataba de mirar a través de la ventana enviando señales inequívocas de aburrimiento y hastío al nervioso hombrecillo del maletín.

Chase dedujo lo que sucedía y decidió pasar a la acción, lo mejor que sabía hacer.

Con paso firme, incluso masculino, perdiendo todo garbo y con los pies pisando cada uno en su lado natural al contrario de lo que el estilo impera sobre una señorita de refinado caminar. Chase se dirigió imparable hacia la mesa y cuando hubo llegado tan cerca como para que el hombre del maletín detectara su presencia dejó la botella de vino en el suelo y lo cogió por el nudo de la corbata con su mano izquierda mientras recogía todos sus trastos tirándolos de malas formas al interior del maletín.

- Ande, llévese esto... y esto... y esto... – le decía mientras los catálogos, llenos de fotos de botellas de vinos y copas relucientes en tonos rojizos, volaban en pequeños viajes bruscos al interior del maletín.

- Oiga, ¿qué est... está haciendo? – tartamudeó el débil varón.

- Y ahora coja esto – continuó Chase que ya había cerrado el maletín no sin algo de esfuerzo por lo apretado del contenido – y lárguese, ¿quiere?.

- No creo que mi cliente apruebe esto, señorita. ¡Me obliga a exigirle que explique qué se propone! – exclamó con voz poco acostumbrada a elevar el tono.

- ¿Me ha oído?. ¡Lárguese! – le decía Chase, como si hablara con un hamster-. ¡Vamos!, ¡vamos...!.

El hombre apretó los labios y miró al hombre de la barba que aún estaba en frente de él esperando algo de apoyo, pero éste no debió de prestarle demasiada atención porque los labios de su vendedor se apretaron mucho más y sólo después de respirar desesperado, tomó el maletín y se despidió:

- No se preocupe, Sr. Gladd. Le haré llegar los catálogos a su oficina. ¡Será posible! – y se marchó.

Chase recuperó todo su aura de mujer, de maravillosa mujer, y se sentó en la silla en frente del Sr. Gladd... con un gesto de extenuación y de aburrimiento dirigido sin palabras a aquel vendedor y a todos los de su colegio profesional. Quizá a toda la profesión misma.

El hombre que se sentaba en frente de ella, la miraba con un rostro de sorpresa totalmente hierático, con los ojos fijos.

- ¿Qué? – preguntó natural Chase.

El hombre recuperó la sangre en la cara y comenzó a reírse satisfecho. Sus risas contagiaron a Chase que hacía esfuerzos por continuar con su representación, pero que veía cómo los músculos de su cara le traicionaban. Nunca hubiera pensado que alguien como aquel hombre, que se reía divertido y feliz, sorprendido también, fuera tan poderoso. Poderoso.

El hombre, que ya trataba de recuperar aire, aunque no había perdido felicidad, tomó una botella que yacía sobre la mesa por la mitad. Tomó una copa vacía de un grupo de seis o siete que había sobre la mesa, pegadas a la pared bajo la ventana, y trató de servirle a Chase. Sin embargo, ella colocó su graciosa y estilizada mano sobre la boca de la copa para evitar ser servida.

- Déjeme a mí, he traído algo especial – dijo Chase mientras se agachaba a recoger la botella que había traído.
- Está bien, veamos qué ha traído, señorita... – su voz sonó benévola.
- Chase, y usted... ¿prefiere que le llame por su nombre o por su letra?.

El Sr. Gladd le miró a los ojos atentamente y al momento se relajó, algo cómplice.

- Chase. Es bonito – dijo tomando la botella-. ¿Sabe?, jamás pensé que una de mis ejecutantes fuera a salvarme de un vulgar vendedor.

Chase se acordó de la cinta negra de terciopelo que lucía en su cuello, y también de la placa dorada que de ella pendía, visible, en lo alto de su pecho.

- Bueno, parece que ya sabemos quiénes somos, pero aún no me ha dicho cómo debo llamarle.
- Llámeme Gladd, así es cómo me conocen aquí.
- ¿Viene mucho por el hotel? – preguntó Chase con mucha naturalidad, mientras Y terminaba de descorchar.
- Sí, suelo pasar mis vacaciones en este lugar. Creo que cada vez soporto menos la ciudad. ¿Usted vive allí?.
- Más o menos. En las afueras.
- ¡Ya lo intenté! – dijo, mientras su tarea manual alcanzó su término y el tinto, con lágrima cansada y reflejos en rojo ladrillo, fue servido despacio en la copa de Chase, primero, y en la suya después-. Tenía una casa pequeña en la zona Sur; un sitio muy tranquilo, hasta que los vecinos decidieron animarse un poco. ¡Oiga!, este vino es excepcional, ¿a quién ha sobornado?.
- ¡Eh!, confíe en la ejecutante más aventajada, ¿de acuerdo?.
- Estoy en sus manos, Chase. Al menos por esta noche y lo que dure la botella-. Chase se rió y le contestó al instante:
- Será mejor que le eche una mano con ella si no quiero terminar hablando yo sola – dijo elevando la copa, mirándola al trasluz, y tomando un sorbo de aquel preciado caldo que se adhería a las paredes de la copa resbalando con dificultad, contando, sólo por la velocidad de su caída, el lustro que había vivido entre madera y cristal.
- Sauvignon – leyó el Sr. Gladd de la etiqueta, aunque en realidad ya la había reconocido sin necesidad de leerla. La contemplaba admirado mientras torcía el gesto de sus labios como si así estrujara mejor la esencia de aquel líquido.
- Francia. Me encantaría vivir en el lugar donde se hizo este vino – confesó Chase.
- Bueno, tenemos amigos en Francia... y allí también hay lugar para una como usted.
- ¿Se avergüenza de nosotras, Sr. Gladd?.
- Nunca. Es sólo que no es conveniente airear la jerga en público. Pero tenga claro que mis... ejecutantes... son una parte valiosísima.
- Ahora habla usted como si fuera nuestro padre.
- De alguna manera, Chase. Pero dígame, ¿qué está haciendo aquí?.
- Me tomo una copa de vino con usted, ¡qué manía tiene esta noche todo el mundo!.

- Bueno, no soy muy famoso entre las ejecutantes, por muy al corriente que esté de ellas – dijo.
- ¿Nos espía?.
- ¡Oh!, no, no, no. Nunca haría algo así, aunque siempre procuro informarme de quiénes son ustedes, sus condiciones y todo eso.
- Pues entonces a mí debería conocerme porque se han preocupado por mí en las últimas semanas unos señores con gafas de sol. Muy maleducados.
- Disculpenos, Chase. Sólo protegemos nuestro círculo. No estoy al corriente de las investigaciones de ese cuerpo, así que no sé qué ha hecho para merecer tanta atención.
- ¿No le importa estar aquí ahora hablando conmigo? – preguntó Chase.
- Me ha salvado de tal manera que he quedado atónito con los métodos de nuestras nuevas intervinientes, así que me he quedado algo encaprichado de su conversación.
- Es un placer estar aquí con usted, Sr. Gladd.
- Por favor, mi nombre es Brian.
- Brian – repitió Chase, que ya conocía el dato, mientras sonreía.
- Me decías que te gustaría ir a Francia.
- Sí, es uno de mis sueños.
- Yo viví allí, ¿sabe? – dijo antes de beber de la copa-. Cosas de finanzas en una empresa exportadora. Por allí pasaba mucho vino, ¡buen vino!.
- ¿De veras?.
- Ya lo creo. ¿Te gusta a ti el vino o sólo lo bebes en las degustaciones a las que va tu jefe? – dijo malévolo.
- ¡No!, me gusta... sí, aunque no soy una gran experta.
- Pues para no serlo, tu elección ha sido digna de tu talento como...
- ¿Crees que merezco una recompensa? – preguntó Chase.
- Una recompensa... ¿eh?. ¿Por ejemplo?.
- Un viaje a Francia estaría bien.

Brian comenzó a reír a carcajadas, divertido, y Chase se le unió espontáneamente.

- Está bien... es buena idea.
- ¡Oh, Dios mío!; ahora sí que vendrán por mí los de las gafas oscuras – le dijo riéndose.
- Habrás abandonado tu puesto de trabajo. No se puede abandonar la ciudad, Chase – Gladd seguía con la broma.
- ¿Ni siquiera de la mano del jefe mayor? – y puso la cara de adolescente con la que sedujo al mozo de la botella.
- ¡Especialmente! – se rió él. – Nos perseguirían a los dos. Las chicas como tú sois patrimonio de todos los socios.
- ¡Oh!, bueno es saberlo. Así no negaré mis favores sexuales cuando alguno me los reclame – dijo Chase, sarcástica.
- Sí, es curioso que los disfruten más las víctimas que los socios.
- Afortunadamente... se encuentran soluciones para eso – confesó ella.
- ¿Soluciones?, sí que han avanzado vuestros métodos...
- Son trucos de mi propia cosecha. Normalmente no hay que ofrecer tanto.
- Sí que han cambiado. En fin, supongo que así será mejor.
- ¡Tenéis alguna consideración por nosotras! – celebró Chase excitada-. Esto sí que no me lo esperaba – dijo levantando la copa y proponiéndole un brindis.
- No somos como crees, Chase, ... un poco sí, pero no del todo. ¿Por qué brindamos?.
- ¿Por el viaje a Francia? – y ambos se rieron.

- Vale, por esos enormes campos de color verde bajo el sol mediterráneo de donde viene este maldito líquido del diablo, ¡tan bueno!.
- Chin, chin – dijo Chase, y golpeó suavemente su copa contra la de él.

Ambos sonrieron y bebieron la copa hasta vaciarla, de una vez. Chase se sentía realmente cómoda, en el ambiente perfecto para excitar el corazón de aquel cansado hombre de vida. Quizá hubiera sido de todo, directivo de casi todo y rey en todas partes del mundo; quizá tuviera tanto poder en sus manos en todo el mundo que pudiera hacerla desaparecer en un segundo. Sin embargo, ante ella, no era más que un hombre de fondo impecable y maneras simpáticas intentando pasar un buen rato y saborear aquel vino francés.

- ¿Desde cuándo te gusta el vino, Brian?
 - Desde que tenía unos veintiocho años.
 - ¿Qué pasó?
 - Entonces trabajaba pintando pequeñas embarcaciones en la costa para una empresa de reparaciones. Yo daba capas y capas de pintura a aquellos armatostes tan preciosos... que yo no podía comprar.
 - Bueno, me temo que eso ha cambiado.
 - Sí, pero entonces era mi sueño. Los tenía cerca de mí... pero eran de otros. Lo que menos me gustaba era el momento de entregárselo de nuevo al dueño, recién pintado. En una ocasión, un cliente pidió que no se lo enviáramos por carretera sino que iría él mismo a recogerlo, ¡y lo quería en el agua!.
 - ¿En el mar?
 - En efecto. De manera que después de esperar una semana a que la pintura se secara y todos los demás arreglos estuvieran listos, el cliente se personó para asistir al gran momento.
 - Sería un fastidio para todos.
 - Eso pensamos, pero él había planeado hacer de aquello una fiesta y llegó con varias botellas de vino. Era un gran aficionado.
 - ¡Sería un vino joven! – se rió Chase.
 - Al contrario, Chase. Un vino excelente. Nunca pensamos, ninguno de mis compañeros y yo, que aquello pudiera estar tan bueno.
 - Esa no suele ser la respuesta habitual al vino ... la primera vez, Brian.
 - No había sido nuestra... – se ruborizó- “primera vez”, pero esa vez sí que nos sedujo de veras.
 - Entonces debisteis montar una fiesta como para acordarse veinticinco años después.
 - Por ahí, sí. Fue una fiesta estupenda que terminó... como debía.
 - ¿Todos en el agua? – Chase seguía inventando su propia versión.
 - Eso vino un poco después, impaciente. No, lo que hicimos fue botar la embarcación con una de aquellas botellas de vino.
 - ¡No!, ¿no dices que era buen vino?.
 - De los mejores que he probado en mi vida.
 - ¿Y lo estrellasteis contra la quilla de aquella cosa?
 - ¿Cosa, Chase?. Era un barco divino, ¡bien merecía el bouquet de aquel vino!.
- Estrellamos la botella contra el barco y se deshizo en mil pedazos. Supongo que las gotas de aquel líquido aún flotan por la bahía...
- No puedo creerlo.
 - Así que la imagen de la botella impactando contra aquella belleza... es el resumen de mis pasiones: vino y barcos.

- Ahora tiene las dos cosas.
- ¡Entonces no sabía nada!.

El tiempo pasaba rápido y Chase ya llevaba más de media hora sentada frente a uno de los hombres más poderosos del país, aunque en la sombra. Nadie hubiera dado nada por el pobre cincuentón, quizá ansioso por el vino, con el que brindaba de vez en cuando, aunque cada vez más... midiendo la cantidad servida en las copas. El salón se estaba quedando solo ya que el resto de los comensales de tan retirada y tranquila habitación iban saliendo al salón donde se esperaba que el presidente de la asociación convocante dijera unas palabras sobre el estado de la degustación, la importación y otros temas que en realidad no importaban a aquel auditorio inmerso en sus propios sueños étlicos.

- Odio estos discursos falsos y vacíos – Dijo Brian.
- Sí, yo también. ¿Podemos evitarlo?.
- Sí, pero el año que viene habrá otro.
- Entonces déjalo – sonrió Chase -. ¡Qué calores viajan por este hotel!
- Bueno o malo, el vino siempre factura... Chase. Dime, ¿Cómo has sabido que era yo?.
- Creo que necesito algo de aire fresco. ¿Me enseñas este jardín? – dijo Chase señalando con el dedo a través de la ventana-.
- No has contestado. ¿Cómo me has conocido?.
- Créeme, no ha sido fácil... Estás a salvo. ¿Qué hay del jardín?.
- Mm... un placer, pero con una condición, querida.
- ¿Condición o mandato del jefe?.
- Quítate la cinta.
- ¿Por qué?. Pensé que un socio ... de honor le encantaría esta señal.
- Desde luego, pero será mejor no levantar rumores ni perjudicarnos la vida.
- ¿Pueden perjudicarnosla?.
- A ti más que a mí, pero a ambos en cualquier caso.
- Pensé que serías un hombre poderoso.
- Cada día renuncio más a eso. Y también tenemos avispaditos metomentodos que arman líos Dentro a costa de todo. No sé si lo sabes, Chase, pero... por dentro está lleno de políticos y señores que quieren subir. Tiburones.
- Como en todas partes. Está bien, está bien – dijo llevándose las manos detrás de la nuca y desabrochando el cierre de la cinta negra. La tomó y se la ató alrededor del tobillo de su pierna izquierda. Cambiado el lugar, cambiado el sentido.
- Mm... tengo que proponer esta modificación al Consejo – se rió Brian que no se perdió ni un segundo del pequeño show que suponía aquella ejecutante particular abrochándose la cinta a la pierna que le asomaba por entre el vestido negro. La imagen era cautivadora para el Sr. Gladd, que se había percatado de la perfección de las pantorrillas de aquella fantástica mujer y de su Cartier negro.
- ¿Vamos?.
- Tú primero – y ambos se levantaron y salieron al salón principal. Allí se aproximaron a las puertas correderas acristaladas, abrieron unos centímetros y salieron al jardín.

La noche estaba realmente tranquila: el aire no se movía en absoluto y el frío de días anteriores se había convertido en un frescor que sentó a las enrojecidas mejillas del uno y de la otra como divino fármaco nocturno.

- Parece una noche de comienzos de primavera – dijo Chase, que interpretaba su papel con progresos claros.
- Sí, está tan calmada... Chase, deberías conocer este jardín en verano; es uno de los mejores sitios de todo el país.
- ¿Tan especial es?
- Créeme. Aquellos árboles – dijo señalando a los que, como si fuera una valla natural, separaban el recinto privado del hotel del exterior – se vuelven frondosos en primavera y duran así casi todo el verano. En estas mesas de madera paso horas saboreando buenos vinos y disfrutando de la hierba ... Aquí son muy cuidadosos con ella.
- ¿Y qué haces aquí?. ¿Sólo tomas vino?
- No soy un hombre muy sociable. Algunas tardes converso con los camareros... y a veces con algunos amigos, históricos, que vienen desde la ciudad, pero en general no puedo confiar en nadie.
- ¿Por tu cargo?
- Sí. Antes intentaba determinar quiénes se aproximaban con buenas intenciones, pero ahora... procuro, simplemente, desconfiar de todo el mundo.
- ¿También de las ejecutantes? – dijo Chase algo pillado. Gladd se rió:
- ¡Por ahora no he tenido el gusto!
- Pero...
- Pero hay buenas perspectivas, si es lo que querías oír.
- Algo es algo – contestó Chase que se volvió a mirar junto a Brian hacia el muelle, lleno de barcos.
- Dime, ¿cuánto hace que estás con nosotros? – preguntó Brian, que estaba intrigado por aquel encuentro ¿fortuito?.
- Bueno, estar, estar... nunca he estado. Mis contactos han sido hasta ahora puramente telefónicos...
- Conoces a algunas personas, pues el registro se hace en persona.
- En un lugar temporal alquilado por vosotros y material que después desaparece. ¡AH! Y personas que nunca he vuelto a ver – mintió la rubia.
- Es por vuestra seguridad y la nuestra, no creas que es algo personal. Al menos es así cómo se justifica dentro.
- Soy poco creyente de tal fórmula. Entré hace unos meses y ya me gustaría cambiar muchas cosas – rió Chase.
- Si supieras lo poco que puedo cambiar yo a pesar de mi puesto...
- Al menos conoces la cara de las personas con las que hablas por teléfono.
- ¿Y cómo llevas esta vida? – le preguntó.
- Leo, veo la TV y colecciono ropa... es mi hobby.
- Es práctico, supongo.
- ¿Por qué soy...?
- Claro.
- Sí, bueno, tiene sus ventajas, aunque la moda siempre me ha gustado, antes de todo esto.
- Puedo dar fe de que no sólo es tu hobby... – comenzó a decir Brian, que se volvió hacia ella -, sino que además sabes cautivar con tu criterio.

Brian habíase quedado mirando con devoción la figura estilizada en negro de Chase. Se fijó en su piel, que en aquel momento reflejaba en tonos dorados debido a una luz instalada en la pared exterior del hotel. Una de sus piernas enseñaba kilómetros de su recorrido embriagador por la abertura del Cartier. Chase se dio cuenta y le miró.

Después le sonrió y le pasó la mano por la cara... con un trazo tan femenino que aquel hombre pensó no haber conocido mujer antes.

- Así que te gusta los barcos – dijo Chase volviendo a mirar al frente, hacia el muelle. Brian también se fijó en él.
- Mi gran pasión.
- “Beyond Marie” – leyó Chase en la parte posterior de uno de los yates amarrados.
- ¡Oh!, una preciosidad. Tiene dos motores silenciosos y dos camarotes profundos llenos de claridad durante el día.
- ¿Cómo es que lo conoces?
- Pertenece al director del hotel, el Sr. Southstone. A veces vamos de pesca.
- ¿Y ése?, el “Play Fish”.
- Es el más rápido de todos, una cabra marina. Algún día terminará hundido en el fondo del lago.
- ¿Por qué?.
- Es de un triunfador de la bolsa, demasiado joven para entender lo que hace con ese potro.
- ¿Hay algún barco aquí que no conozcas? – le dijo mirándole y sonriendo.
- No. No he estado en todos pero conozco a sus dueños.
- ¿Y de quién es ese tan robusto y cristaleras?

Brian se quedó pensando un momento.

- De un hombre cercano.
- ¿A quién?
- A ti, Chase.
- ¡No...! – exclamó ella.
- ¿Quieres dar una paseo por el lago? – le preguntó él mientras se arreglaba la camisa haciéndose el importante.
- ¿Podemos? – Chase estaba excitada.
- En realidad no. El muelle se cierra por la noche y aunque podríamos salir de él no podríamos llegar y atracar de nuevo sin ayuda del personal.
- ¡Ohh... vamos! – pataleó Chase, encantadora.
- Seguro que no quieres pasar la noche en un barco: Todo hace unos ruidos horribles.
- ¿Dormir en el barco?.
- Sí, en una ocasión se me hizo tarde y el muelle cerró, de manera que decidí quedarme a dormir con unos amigos en el propio barco para regresar por la mañana.
- ¡Dormir en un barco!, ¡suena perfecto! – Chase acababa de decidir. Y era una ejecutante.
- Es una experiencia algo tétrica.
- ¡Quiero ir!, ¡quiero ir! – Chase nunca había fingido hasta tal punto, ni había estado jamás tan asequible y encantadora.
- ¡Si vamos no podremos volver!, ¿recuerdas?.
- Prometido – dijo Chase levantando la mano derecha como si jurara ante un tribunal.

Brian la miró, con su Cartier y la mano derecha levantada. Estaba tan bonita... Se acordó del día en que conoció a una de las mujeres de su vida. Hacía, desde luego, más de una década desde aquello, pero recordó el impulso especial que sintió dentro de sí cuando ésta le miró por primera vez, sabiéndose él destinatario de aquella mirada histórica. Se

acordó de cómo la quiso. Y luego se acordó de los años tristes que había pasado sin poder confiar en nadie ni en nada. Hacía tiempo que Brian no se enamoraba.

Esa noche, él sabía mejor que nadie en toda la Sociedad que no debía enamorarse. ¡Y cómo hacerlo de una jovencita ejecutante de quién debería desconfiar más que nadie en el mundo!. Sin embargo, Chase estaba tratándole con tanta naturalidad que le resultaba inverosímil a todas luces considerar que entre sus frases y sus ruegos de niña mala se escondieran objetivos perversos. La había visto moverse, caminar sobre aquella hierba del jardín, tan elegante. No podía creer que fuera una trampa. No quería creer. Tenía derecho a pensar que Chase era cuanto decía.

De pronto se acordó que aún no le había dicho cómo le había encontrado. Miles de personas habían tratado de dar con él, como con otras personalidades de la Sociedad, pero no lo habían conseguido. El sistema de seguridad de la Sociedad garantizaba el anonimato de sus líneas faciales sólo atravesado por determinadas personalidades. Sin embargo, aquella mujer alta y hermosa había dado con él. Pensó en abortarlo todo y preguntarle cómo lo había conseguido. No obstante, era consciente de que ahí comenzaría a encontrar la mugre de los ardides de los que tan cansado estaba a su edad. No quería encontrar más porquería, sino un poco de atención y felicidad.

- Está bien, vamos – le concedió Brian, echándose mano al bolsillo y sacando unas llaves.

- ¡Genial! – gritó Chase, excitadísima, dando un par de pequeños saltitos silenciosos sobre la hierba fresca.

Ambos se pusieron en marcha. A pesar de la edad de Brian, las labores en el muelle se realizaron con presteza y en pocos minutos, él invitó a Chase a subir a bordo por una escalerilla de unos cincuenta centímetros de anchura. Las sandalias de ella no ayudaron en el empeño, pero tampoco fueron excesivo problema.

El barco era enorme, con más de diez metros de eslora, aunque lo más interesante era el interior. Chase y Brian estaban en la parte posterior del barco, por donde se subía hasta él, y al que daban unas puertas de cristal cerradas con llave. Las llaves de Brian sonaron golpeándose entre sí y en pocos segundos, ella le ayuda a descorrer una de las puertas. Chase entró primero.

- ¡Vaaaaaya! – dijo admirada por la magnificencia del pequeño salón que en su interior se desplegaba con todo lujo de detalles. - ¿Aquí hay luz? – preguntó.

- Sí, pero he de subir al piso de arriba primero. Dame un minuto.

Brian salió y comenzó a subir no sin alguna dificultad por las escalerillas exteriores que llevaban a una pequeña terracita superior cubierta por un techo que se extendía hasta la parte posterior y quedaba sostenido por dos barras de hierro que caían sobre las esquinas de la parte trasera del barco. Allí, introdujo una de las llaves.

- ¡Prueba ahora! – gritó Brian desde arriba.

Chase le oyó pero no sabía que hacer, de manera que comenzó a buscar un interruptor a su alrededor. En la pared de la derecha encontró algo similar a un interruptor que

accionó y toda la pequeña sala se llenó de luz amarilla que provenía de varios puntos en el techo.

- ¿Quieres venir arriba? – le preguntó desde el exterior Brian.

Chase no podía dar crédito a sus ojos, pero pensó que sería interesante observar la maniobra de partida desde mejor sitio. Salió de la sala dejando las luces encendidas y subió al piso de arriba detrás de Brian, que no había terminado de bajarlas completas para preguntarle.

La parte superior no era muy espaciosa, pero tenía dos pequeños sillones.

- Siéntate. No están muy limpios, pero al menos no te caerás – le dijo Brian. Chase tomó asiento en el lado derecho y él en el izquierdo, frente a los mandos. Accionó la llave de nuevo y un rugido le hizo pensar a Chase que algo iba mal, hasta que entendió que estaban a punto de partir.

Los motores imprimieron más fuerza y la embarcación comenzó a desplazarse hacia delante.

- ¡WOW! – exclamó Chase, que se había puesto de pie para ver mejor.

- ¿Te gusta?

- ¡Ya lo creo!.

- Siéntate, puedes caerte – dijo Brian, y Chase obedeció.

- ¿Dónde vamos?

- Primero tenemos que esquivar esa manga que tenemos en frente. La salida esta a su izquierda.

El barco avanzó unos metros y comenzó a virar hacia babor lentamente. Su envergadura no era descomunal pero sí lo suficientemente grande como para que los movimientos fueran difíciles y suaves. El pequeño arco tomó al patrón un buen rato de maniobra hasta que se encontró de frente con la inmensidad oscura del lago. Chase comenzó a sentir algo de miedo.

- Brian, ¿no es peligroso navegar de noche?.

- Definitivamente, aunque conozco demasiado bien estas aguas.

- Podemos encallar en algún lado...

- No, sé por dónde hemos de ir. Además sólo nos alejaremos un poco.

- Está bien. ¿Has traído alguna vez contigo a una chica?

- ¿Al barco? – preguntó él sonriendo -. No, lo uso para pescar y navegar yo solo.

- Entonces tengo el placer...

- ¿de ser la primera mujer a bordo?. Creo que sí.

- ¡Qué honor! – dijo Chase disfrutando.

La proa, rumbo al interior del lago, iba dividiendo el camino en dos partes longitudinales y apartándolas suavemente a cada lado de la quilla. Sin espuma, lentamente.

Al cabo de unos diez minutos, Brian apagó los motores y fijó la embarcación al fondo del lago.

El silencio era tan profundo que no se oía ni el movimiento del agua. Era una sensación de total calma y paz. Retiro. Una pequeña brisa comenzó a deslizarse por la superficie del lago y Chase se agarró los brazos cruzados:

- Qué silencio.
- Aún los he escuchado peores.
- ¿Silencios? – preguntó ella.
- Sí, aunque los peores no se oyen aquí en el agua, sino entre las personas, cuando no se sabe qué decir.
- ¡Ah!, sí, odio eso. ¡Es tan incómodo!.
- Me pasa muy frecuentemente.
- Pues no te envidio.
- No sé, creo que lo genero yo mismo.
- A ti no te conozco, pero estoy de acuerdo: Hay quién lo promueve. Aunque sea inconscientemente.
- ¿Alguna vez has pasado... – comenzó a preguntar Brian, mientras contemplaba el negro más oscuro del horizonte sobre el lago- un rato de esos que parecen diez minutos pero en realidad son cuatro o seis horas?.
- ¡Con alguien especial, hablando de cosas especiales y sintiéndote ... tan especial...!
- Sí, son momentos maravillosos. El tiempo se detiene y te encuentras tan bien...

Chase pensó nostálgica un momento:

- Hace mucho tiempo que no sentía nada así.
- ¿Sentías? – preguntó Brian mirándola a los ojos.
- Brian, yo no quiero que se acabe esta noche – le dijo mirando al infinito.

Él no podía creer lo que estaba oyendo.

- Yo tampoco, Chase – Ella sonrió.
- Entonces que no se acabe, ¿de acuerdo? – le dijo mirándole de nuevo.
- De acuerdo. ¿Tienes frío?.
- Sí, un poco.
- Vamos abajo, se estará bien.

Ambos se levantaron dejando al barco fijo en el lugar, en medio del agua, y bajaron por la escalerilla hasta el piso inferior. Se colaron por una de las puertas correderas y cerraron detrás de ellos. Allí dentro, en aquel pequeño salón recubierto de madera de roble, Chase detectó el auténtico lujo de la embarcación, pues sólo con todo lo que allí había se igualaba el valor de todo el barco. Las paredes tenían estanterías con libros y una pequeña mesa de cristal en dorado se situaba delante de dos sofás de color marrón, pegados al fondo y a una de las paredes del habitáculo. Sobre la pared, tras el sofá central que estaba en frente de las puertas correderas, un gran espejo reflejaba el interior de tal manera que la sensación de espacio se multiplicaba por arte de magia.

Chase se sentó con todo cuidado en el sofá central y Brian en el otro.

- Bajo el sofá en el que estás sentada tengo algo de vino, pero creo que no es el día adecuado para ofrecerte más.

- ¡No...!, déjame disfrutar de este lugar con sobriedad – exclamó mirando a su alrededor como si estuviera en plena audiencia real con Carlos I de España -. Tú sí que sabes en qué gastarte el dinero.
- No me gasto mucho, pero este capricho desequilibró para siempre la balanza.
- En realidad, – dijo Chase pasando su mano suave por encima del sofá, aún más suave – imagino que los tipos de la Sociedad tendrán deseos más caros.
- Y más perversos, sí.
- ¡Oh!, sí, como ejecutante he tenido ocasión de comprobarlo.
- Ya imagino. Siento que seas enviada para cosas como ésas... Me refiero a interceder para hacer realidad fantasías extrañas de los socios. Deberíais ser enviadas sólo para intervenciones planeadas por la Dirección, pero estas influencias existen desde hace siglos en nuestra Sociedad y no son fáciles de erradicar.
- Ya me he acostumbrado. Además tan sólo he tenido que sufrirlo en dos ocasiones y no hizo falta llegar demasiado lejos. Lejos llegaría el socio con sus fantasías con quién fuere luego, claro, pero no conmigo.
- Veo que sabes escabullirte bien de las situaciones difíciles – dijo Brian sonriendo.
- Nos enseñáis a hacerlo.

Chase miraba a través de las puertas y veía, a lo lejos, las luces empujadas del hotel. Su mente ponía el sonido; un murmullo propio de la celebración sobre aquella imagen bohemia, aunque su situación, tan aristocrática, contradecía claramente el ideal bohemio.

De pronto, Chase se levantó e hizo sonar sus sandalias sobre el suelo enmoquetado mientras se aproximó a las puertas correderas y deslizó ante ellas una cortina plegada en el lado derecho hasta que cubrió toda la entrada. El salón quedó totalmente aislado del exterior y si no fuera por los sensuales movimientos del barco sobre el agua, nadie hubiera asegurado que se encontraban en medio de un lago continental. Por el contrario, pensaría que habían alquilado una habitación en el hotel Castle King.

Las sandalias tocaron de nuevo y el cuerpo de Chase se sentó de nuevo sobre el sofá, mirando a un sonriente Brian:

- Así estamos mejor. Hoy no quiero estar con nadie más que contigo – le dijo.
- ¿De dónde has salido? ¿Y quién eres, Chase? – le preguntó Brian, misterioso.
- Vengo de un lugar que no está ni fuera ni dentro de tu Sociedad, Brian. Y sólo soy quién se encuentra bien a tu lado.

Esperó unos segundos viendo cómo Brian la miraba con gusto.

- Aunque... ¡aquí todas las mujeres del mundo se encontrarían bien a tu lado! – se rió Chase.
- Me alegro mucho de que hayas venido esta noche.
- Yo también, Brian.

Chase se levantó y se sentó a su lado en el otro sofá, haciéndose hueco entre los cojines que hacían aún más cómodo el lugar. Él se sentó hacia ella, mirándola. La mujer del Cartier se acercó aún más a él y se dispuso a besar a aquel hombre rico tan escaso de atenciones. Los labios de Chase volaron juntos, pegados el uno contra el otro, hasta rozarse con los de Brian, los cuáles no eran tan apetitosos como los de su ejecutante

aventajada, pero igualmente supieron tiernos y cariñosos. El beso estaba en algún lugar entre el plan de Chase y sus sentimientos. Aún se debatía la rubia por no dejarse llevar demasiado por la situación, aunque aquello había dirigido los acontecimientos por un camino que no podía haber previsto en ningún caso. “Un beso estratégico”, se dijo, aunque quizá se lo hubiera dado de todas maneras sin estrategia alguna.

Así estuvieron más de un minuto, dedicándose pequeños besitos de enamorados. Más el uno que la otra, sin duda.

Al cabo de dicho minuto, los brazos de Brian, aún fuertes, se acogieron a la cintura de Chase y ésta decidió en un segundo lo que iba a suceder.

Le apartó las manos, se levantó y le preguntó:

- Llévame dentro.
- ¿Dónde?.
- ¿Dónde está el camarote principal?.
- Sólo hay uno, Chase.
- Llévame.

Brian se levantó y tomó la mano de Chase mientras comenzaba a andar hacia una de las esquinas del pequeño salón no sin antes apagar la luz. Allí, una barandilla dorada comenzaba a la altura de un pasamanos habitual y bajaba a un piso inferior que apenas tendría dos metros de altura. Por allí bajaron ambos unidos de la mano; él primero.

Abajo, encendió la luz y Chase pudo contemplar que en realidad no era sino un espacio de techo muy bajo en donde se había hecho encajar una cama de dimensiones ad hoc. Tenía una forma irregular, adaptándose a los entrantes y salientes en la pared del fondo, que sin duda bordearía otros dispositivos del barco intentando aprovechar el espacio. La cama era de color granate y sobre ella... Chase se tumbo boca arriba primero, de lado un momento después.

Al momento, Brian se tumbó junto a ella, por detrás. Ambos miraban hacia el mismo lado, con sus cuerpos pegados.

- Eres como un ángel tentador e inesperado— dijo Brian.

Ella sonrió, aunque él no la vio, y cogiéndole la mano la puso sobre su muslo izquierdo, acariciando el Cartier y adivinando el otro lado de la tela. La mano de Brian comenzó a subir por el muslo de Chase llevándose consigo el vestido, que fue arrugándose sobre la cadera de aquella mujer que había cerrado los ojos y había pegado las manos al colchón casi delante de su cara. Le dejaba hacer.

El negro fue perdiendo tierras sobre la orografía del cuerpo de Chase y el brillo homogéneo de su piel comenzó a ganar terreno y excitar el corazón de Brian. Los muslos de Chase estaban prácticamente descubiertos ante él. No quitaba ojo a su labor que iba descubriendo, ya en la parte superior de las piernas, el encaje superior de las medias, uno en cada pierna. Brian pasó su mano por encima sintiendo sus irregularidades, sus adornos.

A continuación, su mano, torpe, se coló por debajo del poco vestido que aún cubría algo de Chase y tocó sus braguitas de seda negra, pequeñas. Estaban totalmente pegadas a su piel, sin holguras ni concesiones, aunque el tacto eran suave; ¡tanto que Brian dudaba de estar sintiendo algo con sus dedos!.

Sus dedos se juntaron entre sí y luego se apretaron contra la tela que cubría el monte de Venus de Chase, quién rodó nerviosa hasta darse la vuelta y ponerse frente a Brian, a quién, a su vez, obligó a darse la vuelta hasta quedar ambos nuevamente mirando en el mismo sentido, pero el contrario del anterior. Chase, empleando sus ahora desnudas piernas, bien iluminadas por la luz cálida del camarote, juntó su pecho a la espalda de Brian y su cintura a la de él. Al momento pasó su pierna derecha sobre las piernas de él, abrazándole con ella.

- Eres un hombre magnífico, Brian – le dijo Chase al oído, muy bajito.

Su mano lo abrazó por el pecho y al apretar, todo su cuerpo se juntó aún más al de él. Su corazón caminaba al trote y Chase se sintió halagada por ello. Su mano comenzó a descender por su pecho, sobre su ropa, hasta situarse justo encima de su cinturón. La destreza de Chase, quizá aprendida con la práctica o quizá en la docencia de la Sociedad, sirvió a la mano de ésta para desabrochar aquel cinturón lentamente. El botón de los pantalones no fue problema tampoco, mucho menos la cremallera de aquellos pantalones oscuros que estaban perdiendo su autonomía.

Los dedos tramposos de la rubia jugaron abriendo aquellos pantalones mientras un brazo de hombre, convulso, se echó atrás y agarró con firmeza la pierna de Chase que le abrazaba por encima de sus piernas. Aquella mano, nerviosa, apretaba a Chase por impaciencia y ansiedad, y exploraba la suavidad de aquella arma tan perfecta.

Chase seguía, imparable, buscando. Sus dedos estaban ya tirando de la ropa interior de Brian para abrir el camino, pero no hubo de buscar demasiado pues cuando la ropa fue tentada cedió y el pene de Brian se extendió entre los dedos de Chase, todo lo erecto que podía estar. Ella apretó la mano y sintió primero el calor que de él se desprendía; y después la fuerza extraviada en la mano de Brian que seguía con toda su angustia acariciando y apretando el muslo de Chase. Y justo cuando apretaba la mano él, ella apretaba el puño y dentro de él su miembro que respondía tensándose concordantemente. Pronto decidió Chase continuar con el ritmo, apretando y relajando su puño, creando una infernal escalada de tensión que dieron con la rotura de su media por efecto salvaje de la mano de aquel hombre enfurecido de ansiedad sobre la pierna de Chase. La ascensión estaba siendo rápida y la rubia sentía que su enamoradizo galán no aguantaría mucho, pues todo su cuerpo estaba tenso, todos sus músculos en rigidez convulsa, y de pronto, Brian dejó escapar un rugido que ahogó pegando su boca a la cama y apretando su rostro allí mientras su pene ganaba en centímetros y tomaba un aspecto bruto y atorado. En un instante, la mano de Chase, que proseguía con su ritmo de contracciones sólo que más fuertes y acompasadas, detectó la enorme tensión dentro del pene que al momento se liberó disparando una imparable mancha de semen sobre la pared a casi un metro de él. La pierna de Chase se apretó sobre sus piernas manteniéndole fijo, sin cambiar de posición, hasta que todo hubo terminado.

La mano de Brian quedó muerta sobre el muslo de Chase, algo enrojecido. Ella pegó todo su cuerpo de nuevo al de él, sus labios en su cuello, su mano aún sujetando su miembro... y dejó caer sus zapatos al suelo del camarote.

Y así quedaron el resto de la noche.

Capítulo XI

A la mañana siguiente, desde algún lugar de la ciudad, un hombre que vestía una camisa de cuadros roja de tela resistencia, algo rústica, se afanaba en marcar una y otra vez el mismo número de teléfono. Era Josh, intentando localizar a la usuaria de la información que le ofreció, pero la rubia no parecía tener intención de volver a casa.

“¿O le habrá pasado algo malo?”, se preguntó a sí mismo, comenzando a temblar sólo de pensar la suerte que Chase podría haber corrido si hubiera sido descubierta en sus intenciones. Josh sabía de qué eran capaces las peores cédulas de actuación de la Sociedad, que percibían a las ejecutantes como extremidades atractivas de un plan al que no pertenecían. Las veían, pues, como instrumentos sin sentimientos, engañadas e introducidas en un intercambio a todas luces injusto maquillado a su favor. No, de veras que no tendrían piedad de ella. Josh lo sabía. Muchas antes que Chase habían intentado agujerear la piel de la Sociedad, encontrar un hueco en ella, pero no habían tenido más éxito que el que las llevó a sufrir torturas indescriptibles cuyas técnicas y métodos ahondaban su experiencia en los más bárbaros recuerdos de la Edad Media, cuando el hierro y el fuego eran las herramientas principales.

No obstante, cierto era que Chase parecía sin duda una mujer tan distinta a las demás... Josh tenía esperanza, confiaba en su competencia. Algunas mujeres aceptaban el intercambio y disfrutaban mientras el contrato durara y siguiera manteniendo interés para los socios. Otras no tenían capacidad para aspirar a nada más, pero tenían la suerte de ser conscientes de ello. Otras, desde su condición, interpretaban la escasa información que recibían sobre la Sociedad y urdían planes para tomarla por vías a veces violentas, otras veces como espías casi siempre descubiertas a tiempo.

Pero Chase parecía diferente, capaz, autónoma. Josh sabía estar tan por debajo de ella... que se sentía extraordinariamente afortunado por gozar de sus atenciones. Eso se repetía a cada minuto, intentando asimilar el giro que le adjudicaba al destino. “¿Cómo era posible?”. Sí, pensaba que sus deseos y plegarias habían sido escuchadas. O que sus constantes contactos habían surtido efecto. De un modo u otro, y aunque más en peligro que nunca, Chase era suya.

Llevaba más de cinco minutos marcando y colgando, marcando y colgando: Tenía que hablar con ella, tenía que saber que estaba bien. ¿No estaba en casa o no contestaba?. Imposible de saber desde allí.

Justo en ese instante, un Cartier negro, algo deslucido por la ofensiva luz de la mañana, se plegaba con poco tino al sentarse, junto a su dueña, sobre la piel oscura de los asientos de uno coche negro.

Un hombre que no entendía nada conducía el vehículo.

Chase intentaba dormir, pero las sensaciones eran demasiado intensas. Recordaba todo lo sucedido en la embarcación de Brian, y también el despertar divino de aquella misma mañana. La cama era tan cómoda y el balanceo de ésta tan sensual que era imposible no desear quedarse allí durante el resto del día. Sin embargo, Brian era un hombre con responsabilidades más allá de las visibles, y sin duda tenía qué hacer en tierra.

Chase recordaba en su mente una y otra vez la naturalidad de aquel desayuno en la cafetería del hotel antes de despedirse. Parecían en verdad dos enamorados con miles de cosas que decirse el uno al otro. ¡Hasta Chase estaba sorprendida de la manera cómo todo había sucedido!. Ciertamente que algunas acciones de la estratagema estaban planeadas, aunque otras no... y desde luego no el escenario en que sucederían. Pero donde más sorpresas se habían producido era en su corazón. No, claro que Chase no estaba enamorada, aunque entendió que otra mujer, otra que no fuera ejecutante ni tuviera tales ambiciones, pudiera llegar a encontrar al Sr. Gladd un hombre muy atractivo. Quizá su exterior no concordaba con la calidad de su embarcación, aunque aquel hombre tenía algo que ofrecer realmente valioso. Sólo tenía que dar con la mujer ideal.

El coche estaba ya entrando en la ciudad. Chase reconoció con algo de desconfianza las primeras vistas de ella y de sus edificios más característicos. Intentaba ubicar, desde lejos, la posición de su enorme salón diáfano al que ansiaba llegar para aterrizar, quizá con cierta violencia, sobre la cama durante unas cuantas horas. “Entiendo por qué Cartier se dedica a los relojes”, pensó, mientras se tiraba del vestido a la altura de la cadera con un gesto de molestia y algo de desesperación. Dichoso el momento de deshacerse del vestido.

En su mano, arrugado, un pequeño papel con un número de teléfono garabateado.

Unos minutos después, el coche se detuvo frente al rectángulo tridimensional de color blanco que a la postre era la casa de Chase. Ésta bajó, por cierto sólo cuando el chófer hubo abierto la puerta más próxima a la acera, y dando las gracias se las agenció para recuperar las llaves y entrar en su jardín.

A la llave le costó encontrar la pericia para instalarse en la cerradura por culpa de la lucidez desaparecida en la mente de Chase, que sólo veía camas... de todos los tipos y colores, en todas las posiciones, de todos los tamaños, llenas de gente y vacías...

Finalmente, dentro, se abalanzó directamente sobre la barandilla blanca, en curva, que le llevaba hasta el piso segundo, el saliente en la pared que sostenía la cama y todo lo demás. Y una vez allí, como si hubiera sido construido de hierro, su cuerpo perdió al instante toda gracilidad y acabó inerte sobre las sábanas.

¿Cómo serían los ecos de vidas pasadas?. Si las personas, antes de ser quiénes son, fueron otra cosa, otra persona, ¿qué queda de aquellas en el momento presente?. Quizá la esencia del pasado, de material nuboso, informe, impregne cada parte de nosotros mismo en nuestra vida actual y nos condicione; o nos influya de alguna manera. Así, para aprender lo que supimos y experimentamos en el pasado, muchos años ha, bastaría con saberse escuchar uno mismo, entender el retumbar calmado y lejano de aquella esencia en el mismo cuerpo de uno.

Así, sería como si una vida paralela, narrándose a pesar de nuestro desinterés, se fuera hilando en nuestro inconsciente. Sentirlo sería como esas especiales sensaciones que uno recibe cuando duerme y sin embargo atiende al mismo tiempo al exterior del cuerpo. En ese fugaz momento del duermevela, mitad sueño y mitad vigilia se entrecruzan e integran en sí mismos provocando una tremenda confusión. Al momento, la atención recuperada y energizada por el descanso retira de nuestra mente la confusión y recuperamos la información que nos hace competentes. Entonces, en ocasiones, recordamos cómo mientras dormíamos hacía sólo unos minutos, algo había estado sucediendo fuera sin que nos diéramos cuenta; o mejor, sin que hiciéramos nada al respecto pero siendo conocedores de ello.

Así fue como Chase sintió el teléfono sonando desde la mesa central situada en el salón, en el piso de abajo. Supo de inmediato que había sonado durante horas. Era un eco lúcido.

Sus ojos fueron encontrándose de nuevo con la claridad del día, aunque le extrañó no ser herida por ella como cada mañana.

En efecto, no era hora de mañana.
Era más de media tarde.

Se incorporó ligeramente y abrió los ojos del todo. Sentada sobre el borde tuvo un momento para inspeccionar con dificultad el jardín, visible a través de las cristaleras alrededor de la puerta de entrada. Estaba tranquilo y desierto, con tonos en naranja oscuro quizá por la hora que era.

Se levantó y se estiró mientras sus manos tiraron del Cartier, ya para entonces indigno de su marca dado el estado, y acabó arrugado en el suelo. Un atentado de glamour,

pensó, aunque merecido. Descubierta ahora, la lencería negra de Chase la vestía mientras bajaba las escaleras y fotografiaba una mujer tan bella que si no fuera por su pelo aterrizado de la mañana hubiérase definido como un reflejo femenino del brillo de los ojos de Dios.

Se sentó en el sofá a punto de encender la TV, aunque el escarmiento de la última ocasión se atoró por entrar en su mente y disuadirla por completo. Así sucedió.

Al momento comenzó a sonar el teléfono... y Chase reconoció en ello las docenas de ruidos que le había lanzado desde que llegó a casa, aún estando dormida. Estiró un brazo y levantó el auricular:

- Diga.
- ¡Chase!, ¿dónde estabas!, ¡¡Estás bien?!, ¿Por qué...? – gritaba histérico Josh desde el otro lado.
- ¡jeeeee!, Josh, ¿quieres calmarte?. Estaba durmiendo.
- ¿Durmiendo?. ¿Después de lo que ha debido de suceder?.
- Fue una noche muy larga... estaba rendida.
- He estado muy preocupado. Me temí lo peor.
- No deberías ser tan sensible.
- No puedo evitar preocuparme por ti.

Chase entendió que Josh aún esperaba encontrar al otro lado del teléfono la Chase ilusionada y esperanzada por ese virtual futuro en común que les esperaba.

- Estoy bien, cariño. No ha pasado nada malo. Por el contrario.
- ¿En serio?. ¿Fue todo bien?.
- Estupendamente. No debes preocuparte.
- ¿No vas a contármelo?.
- Ya sabes lo que pasa, Josh, no es posible así.
- Entonces voy para allá.
- ¡No!, no te preocupes. En fin... mira, todo salió bien: es una persona magnífica y creo que tenemos una buena relación.
- ¿Buena?.
- Sí, creo que no habrá problema.
- No puedo creerlo, ¿eso significa que tuviste éxito?.
- Más o menos. Recuerda que lo difícil está por llegar.
- ¡Oh!, Dios mío, siempre pensé que podrías hacerlo.
- Claro que sí, ya te dije. Aunque no podría haberlo conseguido sin ti – dijo Chase enterneciendo el tono.
- Pídemelo lo que haga falta que haré lo que sea por que esto salga bien.
- Necesitaré tu ayuda, así que no comprometas más tu lugar.
- De acuerdo, pero recuerda que estoy... en fin, enamorado de ti, Chase.
- Eres un cielo, Josh. Pronto estaremos juntos. Ahora debes dejarme... queda mucho por hacer.
- Un beso.
- ¡Otro! – dijo Chase mientras colgaba.

De pronto, una dirección acudió a la mente de Chase: “Letsington...

- ¡Avenue! – dijo Chase, cuya frase aún continuó en su mente: “15”.

Sí, era el siguiente paso. Era El paso a dar. La dirección de Douglas Tracy, sin duda su nuevo y flamante objetivo, aunque sospechaba que éste no sería tan sencillo de lidiar. A fin de cuentas, no sabía nada de él, excepto que, con toda probabilidad, llevaba una vida financiera paralela de la que nada contaba a la Sociedad. Tracy sería su objetivo y Chase ya preparaba en su mente las palabras que convertirían la vida de aquél en una encerrona de difícil situación.

La problemática más importante provenía de la ignorancia. A fin de cuentas, el apunte rápido de Josh sobre Y fue suficiente para cuadrar una estrategia, un proceso de aproximación y la pista para construir una identidad virtual ante sus ojos diseñada a la medida de sus preferencias. Pero... ¿Y qué pasaba con X?. No sabía nada de él. Sólo tenía una dirección y un potencial chantaje. No era mucho para una ejecutante habituada a conocer algún mínimo dato.

Y no acababa ahí la ignorancia de Chase. Tampoco alcanzaba a conocer los métodos de defensa que aquel hombre desplegaría, sin duda un hombre poderoso y despierto. Chase no podía imaginar a Y como titiritero de maniobras financieras recónditas y sofisticadas: por el contrario parecía un hombre sencillo. Sin embargo, no sería el caso de X, Chase estaba segura. X era capaz de aquello y debía estar preparada para enfrentarse a un hombre cuyos recursos eran imposibles de medir o predecir.

El resto de la tarde transcurrió entre planes, estratagemas y trocitos de ideas que volaban en el interior de la mente de Chase, como si estuviera componiendo un puzzle que una vez resuelto le proporcionara los pasos a seguir para lograr el objetivo, para reducir, como si fuera una víctima más, a X. Consideraba todas las opciones posibles: qué decirle, cómo, en qué momento... e incluso en qué lugar debía hacerlo. Como ejecutante sabía que todas las variables, combinadas a su favor, se tornaban en aliadas capitales, pero su integración, como parte de una estrategia, exigía un gran esfuerzo y mucha sensibilidad.

Por la noche, vistiendo tan sólo un pijama rojo de seda y tumbada boca arriba sobre uno de los sofás con un cojín bajo la cabeza, veía la televisión y comía comida china directamente del cartón en el que le había sido entregada. Su mirada estaba fija en la televisión que pasaba un documental sobre la prostitución en la ciudad. La voz en off, en tono expositivo, iba describiendo las diversas modalidades de prostitución que se podían contratar, desde las más baratas, antihigiénicas e instantáneas, hasta el servicio gourmet de alta calidad, ritmo lento y todo detalles y lujos. Desde las figuras rechonchas y castigadas de las mujeres peor tratadas, hasta la seda y el perfume de las señoritas de nivel que atendían en sus propias habitaciones de hotel. La misma voz explicaba cómo la prostitución se constituía en la segunda *industria* del país por volumen de negocio, moviendo cantidades descomunales por la espalda de la sociedad. De vez en cuando, la exposición daba paso a testimonios reales de prostitutas... Una tal “Heidi”, que avisaba que ése no era su auténtico nombre, narraba que tenía dos hijos

viviendo en algún lugar de otro continente, y una madre a quién mantener. También decía que ésta no sabía nada de su ocupación. Otra, llamada “Evilia”, puta de saldo, se quejaba de los insultos y los cubos de agua que le caían cada día desde las terrazas de los vecinos de la calle en donde trabajaba.

Chase miraba fijamente, desde su sofá, con su comida chica, con su pijama de seda y el calor difuminado por todo el salón.

“Me llamo Sherry”, decía una joven en lencería negra sobre una cama de hotel en la televisión. Su idioma, recién aprendido, pretendía recordar al de Chase, aunque aún tenía mucho que mejorar. “¿Qué tipo de clientes acuden a ti?” le preguntaba la voz de una sombra escondida fuera del plano. Y Sherry contestaba: “todos tipos. Hombres que saben tratar a mujer y otros que no. Pegan... empujan...”, decía ella. “¿Y qué te piden que hagas?”, le siguió preguntando la voz escondida. “Casi todo, pero yo no hago todo, no completo”. Chase sintió algo de frío en su espalda.

“Ya ven. De todos los tipos y precios. Para todos los gustos. La prostitución es heterogénea y flexible, tiene un escaparate para cada demanda, y desde la sombra, paralelamente al mundo de muchos de ustedes” decía la voz de la televisión, “continúa reuniendo consumidores y oferentes, moviendo mucho dinero”.

Chase decidió apagar a la televisión.

Estaba boca arriba, mirando el techo de su salón cuando decidió tomar un pequeño bloc de notas y un bolígrafo. Así, tumbada sobre el sofá, comenzó a escribir un pequeño mensaje con fingida letra de médico:

“Todo marcha según lo previsto. Tengo avances importantes. Os informaré en cuanto me sea posible. Ahora necesito vuestra ayuda: avisadme cuando recibáis misión alguna”.

Arrancó el papel del bloc, lo dobló en cuatro y lo dejó sobre la mesa. Dos minutos más tarde se quedó dormida sobre el sofá.

Eran las diez y cuarto de la mañana. En excitante ropa deportiva para los espectadores del vecindario, Chase salió por la puerta de su jardín y comenzó a correr con ritmo lento por la acera en dirección a la tienda de Jessie. En su bolsillo, el papel.

Chase era consciente de que Jessie no era el eslabón ideal para coordinar todos los movimientos de las chicas, pero era quién había realizado la labor de comunicación hasta el momento, y lo había hecho con gran diligencia. Además, ponía a disposición de todas aquel frío cuarto bajo su local, que aunque inhóspito como pocos, servía bien a los intereses del grupo. Estaba segura de que la Sociedad no tenía noticia alguna de aquel rincón a pesar de que el curriculum de éste comenzaba a ser notable.

Por el momento, Jessie era la única que sabía enviar mensajes al resto de las chicas. Era el nexo de unión, aunque el más reacio de todos con diferencia.

Una señora con un abrigo de piel ostentoso, cuya falsedad supo detectar Chase mientras le dejaba paso, salía en aquel momento de la tienda de Jessie.

- Gracias – le dijo.

- A usted, señora – contestó Chase algo jocosa.

Dentro, procuró hacerse la menos interesante de todas las clientas. Los pasillos de la tienda no estaban llenos de gente (Chase pensó que nunca lo habían estado y que jamás lo llegarían a estar salvo que se celebrara en la ciudad la Iª Convención de Amas de Casa horteras) pero tampoco estaban vacíos. Varias cuarentonas de imposible gusto estético discutían los extremos de la relación calidad-precio de una oferta debidamente expuesta en un cartón de calidad semejante a la de las fajas que publicitaba. Parecían no ponerse de acuerdo sobre la conveniencia de acogerse a tan oportuna oferta. Mientras, Chase consiguió avistar a Jessie, que se encontraba recogiendo del suelo unas camisetas de tamaño gigante que estaban tiradas en el suelo. Decidió disimular, como si buscara alguna prenda de la tienda, aunque encontró el serio problema de decidir la prenda que quería de cuantas allí encontraba. “Pero ¿por qué diablos pondría Jessie una tienda así”, se preguntó por enésima vez Chase en voz baja.

Pero la camiseta que Jessie trataba de adecentar terminó cayendo de nuevo al suelo en cuanto su manipuladora levantó la vista y vio a Chase mirando distraídamente entre las cajas de ropa barata. Se agachó de nuevo al suelo, recogió la camiseta y la tiró de malas formas de nuevo al cajón. Miró a Chase, abrió muchos los ojos, luego los cerró al igual que los dientes y se dirigió hacia ella.

- Pero, ¿qué estás haciendo a aquí de nuevo? – le gritó en voz baja, evitando ser oída por el resto de las clientas.

- Ya me voy. Sólo envía esto a las chicas – dijo Chase entregándole el papel doblado.

- ¡Trae!, anda... ¿algo más?.

- Nada. Muchas gracias – dijo en voz alta Chase, fingiendo normalidad para ser escuchada por las cuarentonas.

Al salir por la puerta de la tienda, de nuevo, se puso a correr por la acera acaparando las miradas de hombres y maridos oportunos y felices por las detalles de su visión.

Chase se dijo a sí misma en su mente: “Ahora sólo queda esperar”.

Al día siguiente, el silencio de su enorme casa se había convertido en un angustioso ambiente de donde Chase deseaba escapar lo antes posible. La tranquilidad, la estabilidad, con la que su mente había atravesado por los primeros meses como ejecutante, sin poder apenas mantener relaciones sociales ni contactos con nadie, contrastaba ahora con la ansiedad que reinaba en su mente.

Nada de misiones. Sin noticias de Jessie. Nada de parte de Josh, por mandato suyo, eso sí. Nada de nada. Sólo estaba ella en su enorme salón esperando a que la pasara algo.

“Si por lo menos estuviera aquí Josh...”, se dijo a sí misma, no sin darse cuenta de lo egoísta de su pensamiento. Josh no había sido digno de sus atenciones en ningún momento del pasado. Sólo había sido un peón utilizado por ella para ejecutar, qué palabra tan oportuna, la estrategia desplegada para tomar la fortaleza, si es que se podía llamar así dado lo vaporoso del enclave a batir. No... Josh sólo era una pequeña parte y desde luego sin capacidad para decidir nada. Así lo veía Chase. Sin embargo, a pesar de estar por encima de todo, necesitaba salir de aquella cárcel en que se habían convertido aquellas paredes refulgentes de blanco impoluto. Y Josh hubiera sido una excelente distracción. Por otra parte, la rubia sabía que Josh era una pieza clave pues le permitía acceder a la Sociedad por la puerta de atrás, de manera que no debía perderlo como herramienta. Verse en persona con él sería comprometer esa herramienta, y “la estrategia es lo primero”, se dijo a sí mismo Chase.

Las horas pasaban lentamente... ¿Hasta cuándo tendría que esperar?. ¿Tan infrecuentes eran las misiones encomendadas a las ejecutantes?. Lo cierto es que la idea perdió peso, teniendo en cuenta que eran más de mil las contratadas por la Sociedad. O al menos eso era lo que el dato de su número de identificación, el mil trece, le hacía suponer. No, definitivamente las misiones debían ser algo cotidiano. Además, sabía que formaban parte del intercambio de favores entre los socios... y éstos eran numerosos en todo el mundo. Alguno de ellos, pensó Chase, necesitaré en breve los servicios de una profesional. Y contaba hasta cinco... asegurándose a sí misma que tendría noticias de alguna de las chicas a las que se le habría encomendado la responsabilidad de satisfacer de alguna manera a ese socio, o algún interés general de la Sociedad.

Pero la señal no llegaba.

Estaba tumbada en el sofá. A su lado, en el suelo, por lo menos una docena de libros se ordenaban formando una torre de cuya altura se derivaba el tiempo que la lectora llevaba allí. Esperando.

Ya había ido al espejo más de tres o cuatro veces a ensayar gestos y señales explicados en el libro de Flora Davis, y también había terminado de leer su guía de vino confiando en que todo lo aprendido le resultara de utilidad para futuros encuentros con X. Por cierto, ¿qué habría sido de él?, se preguntó. No había tenido noticias suyas desde que se despidieron, como dos enamorados, en la recepción del hotel. Se habían asegurado contactos y no podía concebir que él no estuviera dispuesto a saber de nuevo de ella. No... aquella relación parecía sincera, al menos por las apariencias y por la emoción de aquel hombre, poderoso e inocente al mismo tiempo.

Podía llamarle.

No lo hizo.

Empezó a pensar en Heather. Le confundía aquel compromiso a medias que la del pelo rizado había mantenido desde el primer momento con su plan. De hecho, lo había mantenido siempre hacia ella, hacia todo lo que Chase decía o proponía. Ciertamente era que algunas de sus ideas entraban en consonancia con las aspiraciones de Chase, aunque también había que reconocer que el apoyo era ambiguo y que parecía seguir siendo parte más integrada del grupo de las chicas que de las ideas de Chase.

¿Estaría dispuesta a formar parte de una intervención como táctica de la estrategia global de Chase?. ¿Aceptaría contribuir como ejecutante?. Quizá sí, aunque en tal caso, Chase no estaba segura de si debía confiar plenamente en ella. Su potencial como ejecutante, a juzgar por su sentido común y por su inconmensurable físico perfecto, estaba fuera de toda cuestión, y probablemente, pensó Chase, también su conciencia estuviera por encima de su naturaleza como ejecutante, aunque hasta ahora no lo había demostrado. ¿A qué esperaba?. “Quizá me esté equivocando respecto a ella”, se dijo Chase. “Pero, si ella es mucho más que una ejecutante, ¿por qué no apoya del todo nuestra embate?”.

Chase se imaginó a Heather vistiendo tan sólo un bañador de color marrón y rojo y paseando por una playa en plena puesta de sol. La imaginó tan elegante, tan atractiva... tan mujer como realmente era. Sintió celos. No habría posible misión capaz de resistirse a Heather, pensó Chase. Ella podía conseguir cualquier cosa. Heather no tenía el pelo rubio, como ella, de manera que no resultaba tan sorprendente como imaginamos a las mujeres atractivas. La rubia tiene la ventaja de su impacto, pero la morena aplica la estrategia de la confianza y de la complicidad, la estrategia de la mujer que crea un puente y absorbe y manipula desde dentro. Sin duda, Heather era una gran baza de la Sociedad, y a lo mejor, también a favor de Chase, aunque sería difícil confiar en ella.

Los devaneos estratégicos de Chase aterrizaron en la vida real para contestar al teléfono:

- Diga.
- Hola, Chase. Aquí.
- ¡Brian!, ¡qué sorpresa!, ¿dónde estás? – decía Chase encantadísima con la llamada que le servía para comprobar, en primer lugar, que la relación había tomado cuerpo; y segundo, que aún estaba viva y en contacto con el mundo a pesar de la inactividad.
- Volando hacia el Norte del país – dijo la voz de Gladd, que se sumaba a la de un fondo de ruido homogéneo que Chase detectó e identificó inmediatamente.
- Pero, ¿y eso?
- Una reunión... espero poder volver mañana mismo – Esperó un momento antes de seguir, cogió aire y continuó diciendo:
- Oye, espero que no pienses que lo del otro día fue un error. He pensado mucho en todo esto y ... creo que merece la pena.
- ¡Pues claro que sí, cariño!, tú sólo preocúpate de volver pronto.
- No es tan sencillo, Chase. Todo ha de ocultarse... no podemos decir nada. – Le dijo a Chase, a quién aquello le sonaba mucho más familiar de lo que Gladd hubiera pensado.
- Deberíamos hablar de eso... algún día las cosas deberían cambiar.
- Imposible.
- ¿A ti te gustaría que cambiaran?.
- Debes saber que existe una tendencia Dentro que no permite disentir del parecer general sobre las mujeres.
- Un parecer algo antiguo, Brian.
- Es casi dogmático.
- Pero... ¿tú qué opinas?.
- Que... te... bueno, que eres una mujer estupenda, Chase. Espero estar contigo pronto.
- No has contestado – dijo sonriendo Chase confiando que el gesto llegara intacto a través de la línea telefónica.

- Sería fantástico, pero está más allá de nuestras posibilidades.
- Bueno, dime... ¿vas tú solo o te has llevado a una secretaria de compañía con una cinta negra alrededor del cuello? – bromeó Chase.
- ¡Lleva una cinta en el tobillo izquierdo! – le contestó Brian, quedándose con ella. -
- ¡Desde que te lo vi estoy por imponer la tendencia!.
- Nuevos aires ejecutantes, ¡veo en el horizonte!.
- ¿Ves?, la Sociedad tiene algunos... guiños de modernidad.
- ¡Qué democrático!.
- No te quejes tanto, que lo pasarás mal. Bueno, te llamaré... cuando vuelva.
- De acuerdo, cuídate.
- Chao.

Un nuevo día en el salón de Chase. El tiempo ya no transcurría; se arrastraba entre aquellas paredes. La cárcel blanca de Chase se había reducido, había encogido y la diafanidad del salón, antaño tan amplio, parecía ahora un zulo psicológico que carcomía la estabilidad de Chase.

Eran las doce de la mañana de ese nuevo día. Chase yacía derrumbada y olorosa en uno de los sofás, boca arriba, con los ojos abiertos y mirando hacia la puerta de la casa con la cabeza al revés. Sin pensar en nada.

De pronto, una figura poco grácil se aproximó a la puerta de entrada. Chase la vio desde el sofá, aunque sus músculos entumecidos no recibieron la fuerza suficiente para reaccionar a tiempo. Antes de que hubiera conseguido levantar la cabeza y ver de nuevo el mundo al derecho, la figura ya se había marchado. En un par de segundos, Chase escuchó la verja de su jardín, cerrándose. Se puso de pie y se acercó a la puerta, en frente de la cuál encontró un sobre. Se acercó a él, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, lo cogió y sacó de su interior una pequeña hoja de rayas que se notaba que había sido arrancada de un cuaderno escolar.

“Hola Chase” comenzó a leer ésta en la hoja.

“Es fantástico saber de ti de nuevo y recibir buenas noticias de nuestro plan. Espero que nos cuentes tus avances pronto. Por aquí todo sigue normal... aunque ahora nos vemos menos porque Jessie anda algo rara y las reuniones no parecen hacerle tanta gracia.

Respecto de lo que pediste, debes saber que me han encargado una misión para mañana por la tarde. La víctima es un abogado que ha molestado a alguien de Dentro. Algo rutinario. Espero que te sirva. Ten cuidado con lo que haces... que si metes la pata, me muero, ¿eh?.

Besos, Alice” , leyó Chase.

Después destruyó la hoja.

¡Por fin!, la señal. Ya podía operar. Chase corrió al teléfono y marcó un número:

“¿hola?”, “¿Me puede dar los números de un par de sex-shops en el centro de la ciudad, por favor?”. Chase se sentía de nuevo viva, llena de energía, ambiciosa. Estaba poniendo en marcha un plan que había urdido durante la reciente inactividad de la espera. “De acuerdo, dígamelos”.

Después marcó uno de los números que había apuntado:

- ¿Puedo hablar con el encargado? – preguntó Chase al empleado del negocio.

Su voz rezumaba vigor de nuevo.

- Tengo un negocio que proponerle, señor. Espero que tenga un minuto para que pueda explicárselo – le dijo a la nueva voz que le contestó a través del teléfono.

Mientras, su mano ya estaba de nuevo garabateando una carta, esta vez con mejor letra, sobre una cuartilla en blanco. Mientras le contaba el asunto al gerente del sex-shop, redactaba...

“Estimado Sr. Tracy:

¿Ser X era demasiado insignificante para usted, verdad?. Quizá su poder le aburra o le parezca que merece esferas mayores que las que ahora regenta. Sin embargo, ha cometido errores. Sé todo sobre la Norris Marketing Limited. Sé lo que ganó usted con ella. Sé cómo lo hizo. Sé que no debió.

Sé muchas cosas más sobre usted, pero por ahora mantendré discreción. Hablemos de ello o faltaré a mi promesa.

Espero reunirme con usted mañana por la tarde en...”

- ¿Entonces tenemos un trato? – Preguntó Chase al gerente animadamente.

- ¡Menudo negocio!, ¡por supuesto!, señorita.

- Dígame la dirección de su local, ¿quiere? – Y Chase comenzó a escribirla en el papel.

Una hora más tarde, la carta, en un sobre cuyo destinatario era Douglas Tracy, dirección Letsington Avenue 15, atravesaba la ciudad.

La misión encomendada a Alice justificaba el importe que la propia Sociedad financiaría sólo que no para amedrentar a un terco abogado, una *pobre* víctima, sino para sobornar a un gerente y alquilar los servicios de su local durante unas horas.

La idea de recurrir a un escenario como el de un local de productos eróticos no eran totalmente compatible con la suerte de artimañas de una ejecutante de éxito, para la que el sexo no debe ser más que un plano alternativo y recurrente pero no un elemento protagonista del plan. Sin embargo, Chase necesitaba un lugar donde pudiera hablar a solas con un desconocido, donde pudiera retenerle y conversar incluso contra su

voluntad. Había pocos lugares públicos donde alguien se introdujera en una cabina para ver sin ser visto.

¿Sería éste el punto de inflexión de su estrategia?. Hasta ahora, sus artimañas podían haber sido consideradas travesuras de mala fe de una ejecutante con ideas desviadas, pero la fase en la que se adentraba presionando a X directamente era susceptible de diferenciarse esencialmente de todo lo anterior. El engaño tiene un punto de pacífico, pero el chantaje tiene un comienzo de violencia, por no hablar de sus efectos. Sí, quizá todo fuera a cambiar a partir de ese momento.

Debía prepararse adecuadamente. Había decidido que no necesitaría atuendo especial ni ningún tipo de apariencia concreta. Se interpretaría a sí misma pero en una dimensión perversa que aún estaba decidiendo si era ella misma o no. No necesitaba disfraces. X la encontraría como ejecutante, como lo que era... puesto que, en teoría, sería ella la que tendría el poder de la situación, la información grave. Se suponía que X acudiría de incógnito para mantener en secreto los detalles de aquella operación.

No obstante, necesitaría algunos elementos tópicos para un incógnito decente: unas gafas de sol, un abrigo grueso que no dejara ver nada de su figura... lo necesario para no ser reconocida por otras personas diferentes a X aunque pertenecientes a la Sociedad que pudieran haber sido llamados para la ocasión. Esos eran los que le preocupaban.

Aquella noche, Chase, en la cama, se repetía a sí misma, una y otra vez, las frases de diseño que había conceptualizado. Incluso las había dramatizado para darles el punto de credibilidad que creía que merecían. Jamás había realizado algo aquello, de manera que no sabía cómo debían de sonar unas palabras semejantes. El cine era una fuente de inspiración, pero quizá fuera el camino más rápido para terminar con la dignidad de la estrategia. No, había que evitar frases hechas o tópicas. No era una película de cine negro, sino una maniobra peligrosa con una persona poderosa (aunque no sabía exactamente cómo podría defenderse) y en la vida real.

Había llegado con tiempo antes que de la cita con X al local en cuestión, en cuya puerta le esperaba el dueño: Se trataba de un hombre de mediana estatura y poco más de veintisiete años cuyo rasgo más notable era una enorme y pícara sonrisa que a Chase le pareció a todas luces inapropiada para cobrar a los clientes, tras la caja registradora del sex-shop, cualquier producto comprado allí. No tenía mucho pelo y tampoco paraba de mover las manos.

- Bueno, ahora necesito que esperes aquí a que entre mi novio, ¿de acuerdo? – le dijo Chase, explicándole su plan. El hombre, que acababa de cobrar generosa y directamente de las manos de Chase, estaba dispuesto a cumplir su parte.
- Vale, tía... – dijo nervioso. - ¿y cómo sé que es él, eh?
- Bueno, es bastante más mayor que yo. Y vendrá solo, creo. Si no fuera así, tendrás que decirle que debe entrar él solito, ¿lo harás?.
- Vale, vale... si yo se lo digo... de ahí a que...
- Es importante, ¿de acuerdo?.

- Vale, vale... – dijo sin convencerse del todo. Ni Chase tampoco.
- Cuando entre... le sigues. Verás que se meterá en una de las cabinas, la que está más derecha según se entra a la sala.
- ¿Y si se va a otra?.
- Yo me ocuparé de que acierte, no te preocupes. Pero necesito que bajes detrás de él sin que te vea. Entonces, atranca la puerta; ¿has traído lo que necesitas?.
- Lo tengo ahí dentro, aunque... como le dé un viaje gordo lo manda a tomar vientos, así que espero que no sea muy fuerte, tu novio...¿eh?.
- Bueno, da igual. Tú lárgate luego que ya corre de mi cuenta.
- Mejor.
- ¿Tienes la llave de la cabina central?.
- Toma – le dijo, sacando de su bolsillo derecho una llavero con una sola llave plateada, algo sucia.
- Vale, ¿y la salida trasera?.
- ¡Qué juegos raros os traéis!.
- ¡¿Qué pasa?! – preguntó Chase con la cara más seria de su existencia.
- A mi nada, que ya he cobrado.
- ¿La puerta de atrás?.
- No tiene llave. Tú empujas y sales al patio. Y... ¿Cuándo vuelvo yo?.
- Después que salga el mismo hombre.
- Joder, a esperar...
- Voy dentro – dijo Chase cogiendo la llave y entrando ya en la tienda.

El local estaba formado por dos plantas: Una, la que se extendía a la misma altura que la calle; la otra, por debajo de la primera, a dónde se llegaba bajando por unas escaleras bastante oscuras. El piso de arriba tenía forma de pasillo, con el mostrador a la izquierda y toda la pared de la derecha llena de productos multicolor. Al fondo, un lineal de cuatro alturas ordenaba unas junto a otras docenas de películas pornográficas con nombres ridículos. En la pared de la derecha, al fondo, estaban las escaleras que llevaban al piso de abajo y sobre éstas un cartel colgado que rezaba: “Sex-Show”.

Chase echó mano al bolsillo y sacó de él una cinta de terciopelo negro de un centímetro de ancho de tela exactamente igual a la empleada en su cinta negra, que llevaba puesta en ese momento. Eso sí, la cinta que sacó del bolsillo tenía más de dos metros de longitud y no terminaba con ninguna plaquita dorada. La desenrolló y la extendió sobre el suelo a lo largo del pasillo que era la tienda. A continuación, torció el extremo delantero de la cinta, el más alejado de la puerta de entrada del local, en dirección a las escaleras que llevaban al piso de abajo como si fuera una flecha marcando el camino.

Estuvo unos segundos mirando la cinta y por fin se decidió a bajar por las escaleras hasta el piso de abajo. La luz allí era lúgubre y densa; y el olor a tabaco tan intenso que aquel lugar parecía no estar construido con materiales reales sino con los ficticios de los comics.

Según se pisaba el piso de abajo, uno se encontraba frente a una habitación de forma circular en cuyo centro se situaban cabinas decoradas con señales propias de una cámara radiactiva, con franjas blancas y rojas de peligro. Cada cabina tenía una puerta de

aspecto peligroso sobre la que se leía un número. Y así estaban todas numeradas, dispuestas formando un círculo en cuyo centro Chase imaginó que debía colocarse ella, como si fuera la modelo deseada de los clientes del local.

Comenzó a caminar dejando las cabinas a su izquierda hasta que llegó al otro lado de la habitación, en donde se situaba un pasillo que comunicaba la pared con el centro al que miraban todas las cabinas. “Por aquí”, pensó la rubia, “debe entrar la modelo”. A la derecha del pasillo sobre la pared del fondo se localizaba una puerta con llave.

Chase recuperó la llave que le había entregado el joven de las manos nerviosas arriba y la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió y accedió a un pequeño espacio con un par de bancos de madera y perchas en la pared. Era un cuarto tan pequeño que la luz del interior concentraba el calor más allá de lo humano. A un lado del cuartucho había una puerta sin llave que Chase pensó que daría acceso al patio trasero de la tienda. Por el otro, se extendía el interior del pasillo que había visto desde fuera y que llevaba hasta el interior de las cabinas. Se asomó y vio al final del pequeño túnel una puerta.

Ciertamente, el pasillo no debía medir más de dos o tres metros, aunque Chase pensó la enorme distancia que separaría a las mujeres que entraban por un extremo y a las que saldrían por el otro ante las miradas anónimas de los clientes. A este lado del pasillo, pensó, entraba... una mujer convencional, pero por el otro lado aparecía un objeto de deseo cuya condición de “deseada” le era tan explícita como que alguien había pagado para estar allí, al otro lado de los cristales. Éstos se encajaban los unos al lado de los otros en torno a ella, que se ponía sobre el colchón rojo circular en medio del círculo de cristales. Cuando se sentaba o contoneaba la modelo... no había ángulo de su cuerpo que no estuviera siendo espiado por miradas ansiosas y excitadas. Ella sólo podía ver sombras, pero diferenciaba a grandes rasgos a sus habituales, los cigarrillos de los clientes más difíciles... y los quehaceres de los más fáciles de seducir.

Chase avanzó por el pasillo vistiendo vaqueros ajustados, camisa blanca y tirantes, nada que ver con los atuendos que imaginó llevarían las profesionales de aquel pasillo. El abrigo había quedado en la percha de fuera. Se sentó en el centro de aquella cárcel de miradas y se sintió la mujer más atractiva del mundo, y también la más sucia de todas. Sobre ella, tapando el habitáculo, cinco puntos de luz le disparaban directamente quedando su figura a expensas de las miradas de quiénes se ocultaran tras los cristales. Por ahora, estaba sola... aunque fantaseaba con miradas desde cada cabina, estudiando cada detalle de su cuerpo enfundado en algún vestido rojo demasiado corto para mantener la elegancia.

Su corazón latía con fuerza.

De repente escuchó el ruido de una de las puertas de alguna cabina abrirse... y al momento detectó luz a través de uno de los cristales, justo el que tenía en frente de ella. La luz desapareció al momento y Chase escuchó de nuevo el sonido de una puerta.

Al otro lado del cristal, apareció una figura oscura. Chase pudo adivinar que se trataba de un hombre maduro sin mucho pelo que se mantenía algo alejado del cristal por donde, sin embargo, la miraba fijamente.

Chase apretó un pequeño botón negro situado en el interior de su habitáculo redondo, justo debajo de la cabina en la que se encontraba el que probablemente sería el poderoso Sr. X.

- Bienvenido, Sr. Tracy.
- ¿No se le ocurrió nada más discreto?.
- Bueno, así podrá verme bien – dijo Chase, que hacía lo posible por ocultar su nerviosismo.
- ¿Quién es usted?.
- Así no avanzaremos... – Chase cruzó las piernas como solía hacer en su sofá de casa y apoyó las manos detrás de su cuerpo, sobre el colchón. Su pecho quedó marcado a través de la camisa blanca y los tirantes negros decidieron adaptar su recorrido al de la nueva orografía voluptuosa del pecho de Chase. Era una “modelo” de Show algo especial... quizá excesivamente cotidiana por su vestir, pero mucho más poderosa de lo que ninguna de las profesionales que por allí habían pasado sería jamás.
- Le he preguntado que Quién Es Usted – repitió X, con tono severo.

Chase entendió que Tracy no sería lo mismo que Gladd. Operaba una maniobra de jaque al rey siendo apenas una peón desobediente.

- No le engañaré, Sr. Tracy. Soy una ejecutante, aunque eso ya lo sabe,... a su servicio.
- Por poco tiempo, número...
- ¡Señorita! – contestó Chase, que no quería ser tratada como un número nunca más-. Si no le importa-. Y sonrió.
- Puede usted ser lo que prefiera en sus ratos libres, que veo que son dilatados, pero para mí es usted su código de identificación. ¿Cuál es?.
- ¡No está usted...! – comenzó exclamando Chase para rebajar su tono en varios enteros después-. ...en posición de trasladar exigencia alguna – Chase abrió mucho los ojos y giró la cabeza un poco hacia la derecha sin dejar de prestar atención a la figura oscura. Pensó que para entonces, el dueño del local habría atrancado ya la puerta de la cabina de X.
- Terminemos con esto.
- Sí, es buena idea... – convino Chase relajando un poco su cuerpo y abandonando su seductora planta habitual. Continuó, - Verá, antes de nada debo decirle que si me atrapa, no tendrá que preocuparse más de lo que sé sobre usted, porque llegará a la Sociedad en apenas veinticuatro horas. Lo he dejado arreglado por si a caso. Si desea que este... asunto... no trascienda, se preocupará de salvaguardar mi buena salud, Sr. Tracy.
- ¿Suele tener éxito en nuestras misiones lanzando estos faroles tan pueriles?
- Por ahora me han pagado ustedes muy bien, de acuerdo con lo que corresponde a una ejecutante de prestigio. ¿Cree que hubiera venido sin cubrirme las espaldas?.
- Sus trucos de principiante no le servirán, Chase.
- ¡Muy bien! – contestó divertida desde el interior del habitáculo vigilado. - ¡Chase es mi nombre! – continuó la rubia que hablaba en bajo pero con fuerza, como sedienta de nuevas conquistas. Empezaba a encontrarse con una Chase que había empezado a crecer en su interior reclutando cada día nuevos argumentos para desarrollarse. Sí, Chase estaba empezando a entender que la fuerza de aquella sombra provenía de la crueldad posible de sus acciones, y que sólo el cultivo de cuantas ruines intenciones fueran necesarias para igualar las de aquél le presentaría la puerta para convertirse por siempre

ya en la victoriosa Chase que presentía en su interior y en el personaje capaz de derrotarlo.

Sin embargo, la experiencia de aquel hombre logró una nueva batalla sobre la dialéctica de Chase:

- ¿Qué sabe de mí?
- Que engañó.
- Le escucho.
- Norris... Marketing... Limited – dijo Chase separando cada palabra y dramatizándola con gestos de inclemencia.
- ¿Qué es eso?
- Es la etiqueta de su corrupción, Sr. Tracy. Su plan para enriquecerse a costa de los socios.
- Esa empresa no existe.
- ¿Cómo lo sabe, Sr. X? – le preguntó Chase que acaba de apuntarse su primer punto dialéctico. - ¿A caso porque fue suya?
- Esto no le sirve. Y lo sabe.
- No esté tan seguro. Si acertara a enviar su nombre y el nombre de esta empresa a algunas esferas de la Sociedad...
- Moriría usted, sépalo.
- ¿Me mataría usted, quizá? – pregunto sarcástica Chase.
- No me hace falta.
- ¡Oh!, entonces solicitaría a las fuerzas de la Sociedad que lo hicieran ellas... ¿no es así?. ¿Y ponerles en bandeja descubrir su pequeño secreto?. Creo que debería meditar mejor sobre su posición, Sr. ... X.
- ¿Qué quiere usted?
- ¡Mm!... es difícil de explicar, permítame que le cuente algo – dijo Chase poniéndose cómoda sobre el colchón rojo y los cojines que allí encontró. – Verá, no tengo un número grabado en mis muslos, me cree... ¿verdad?. ¿O tendré que cobrarle la tarifa de la cabina y enseñárselo? – preguntó pícaro.
- Continúe.
- Pues bien, ustedes se empeñan en reducirme a eso. Les he servido obedientemente durante muchos meses, Sr. Tracy. He seguido sus indicaciones a pesar de albergar principios contrarios a este “trabajo”. Y eso sucede desde antiguo, ¿sabe?.
- Nadie le obligó a unirse.
- Eso es discutible, aunque suponiendo que eso fuera así, no significaría que hubiere de aceptar mi destino de mejorar el suyo por siempre jamás, ¿no le parece?.
- Termine.
- El caso es que me ha interesado su peculiar economía de ...”favores”, si me permite llamarlo así. Es un marco muy atractivo el que se sostiene gracias a gente como yo, Sr. Tracy. Pero... parece que lo han vedado según su caprichoso sentido del elitismo.
- Y usted lo preserva, ¿se da cuenta?.
- ¿Cómo no!, Sr. X. Pero también lo quiero saborear.

Tracy estalló en una risa algo falseada pero no obstante profunda y ofensiva.

- ¡Eso es la idiotez más enorme que he oído desde hace tiempo!
- Y usted un hombre sin cargo si no se calla ahora mismo.
- ¡Usted no me dé órdenes!, si no fuera por gente como yo no sería más que una ama de casa con aspiraciones.

- Que le enviará a la calle si no observa y atiende un período de modificación de las normas internas para admitir Decisores mujer.

Tracy se rió de nuevo.

- ¡Ha hecho los deberes!, aunque... déjeme que le diga que todo esto le viene grande.

- Tendrá oportunidad de demostrármelo por el camino, Sr. Tracy. Pasaremos tiempo juntos, ¿no cree?.

- ¿Y qué puedo hacer yo por usted?

- Abra el proceso de reflexión, plantee la propuesta y asegúrese de que la medida prospere... o será la última que podrá administrar como Sr. X.

- Lamentablemente, ha hecho usted los deberes... mal. – La sangre de Chase se heló-. Ni siquiera yo puedo iniciar algo así. Verá... Chase – dijo pronunciando el nombre con algo de repulsa verbal-, esa maniobra precisa de cierto acuerdo.

- Se refiere a... Y. ¿Es un problema?.

- Nunca le he oído hablar a favor de modificar esta norma. Creo que subestima usted el tamaño de su exigencia.

- Quizá le sorprenda la opinión de su compañero, Sr. X.

Éste fue ahora el que heló su gesto al advertir que quizá Y hubiera sido ya contactado por aquella mujer que le miraba algo sonriente.

- Se votará. – Dijo con tono preocupado-. Y saldrá que no.

- Habrá un período de reflexión, le he dicho.

- ¿Para qué?.

- Yo haré mis propuestas. Se me garantizará seguridad. Y usted garantizará que yo tenga mi oportunidad de hablar al Consejo.

- ¿Y nos obsequiará con mítines? – dijo riéndose irónicamente.

- Déjelo de mi cuenta...

- Si Y no está conmigo, no hay nada que hacer.

- Más le vale convencerlo, Sr. X., o será el mismo Y quién le acuse de corrupción en el propio Consejo.

Tracy guardó silencio.

- ¿Cómo contactaré con usted?.

- Sólo publique la propuesta de mujeres Decisor en el seno de la Sociedad. Yo me enteraré.

- ¿Y con usted?.

- No le será posible – le dijo con gesto despreocupado, preparándose ya para ponerse de pie-. Hable con Y hoy mismo. Consiga este objetivo... y no hablaré jamás de la Norris. Si no, yo desapareceré y después usted también, pero por motivos diferentes.

- Está usted loca. Lo que se propone no tiene sentido. ¡Usted no sabe cómo funciona todo por dentro! – le dijo Tracy. Chase no podía creerlo: Su hombre estaba perdiendo los papeles.

- No se preocupe tanto por mi ignorancia. Ustedes, los hombres, son los creadores de esta Sociedad...así que... no puede ser tan complicada – dijo sonriéndole justo antes de desaparecer por la puerta y adentrarse en el pasillo.

Se movía deprisa, sin hacer demasiado ruido por si hubiera alguien fuera. Atravesó el cuarto con los bancos y las perchas y cogió de nuevo su abrigo. A continuación apretó

el pomo de la puerta al otro lado y ésta se abrió dejando que una luz natural lacerante como pocas se colara hasta el interior del cuarto. En pocos segundos, se encontró en el patio trasero. La puerta se cerró y su único camino posible era un oscuro y pestilente túnel en la pared contraria del patio que la llevó directamente a la acera de la calle contraria a la del local. Corrió calle abajo y reduciendo el ritmo logró desaparecer entre la gente.

Capítulo XII

Miró atrás una y otra vez, y su mente no estuvo en paz hasta que se convenció de no haber sido seguida, aunque su corazón estaba a un ritmo del que probablemente no descendería por mucho que tratara de olvidar lo que había sucedido. Toda ella estaba turbada, abrumada por las consecuencias de cuanto había iniciado: “¿qué había pensado que podría llegar a hacer?”. Sí, eso pensaba, en su mente resonaban las palabras: “Usted no sabe cómo funciona todo por dentro”. “No sabe...”. Creía estar escuchando las palabras de Tracy una y otra vez, como si fuera otro sujeto el que se las susurrara a propósito.

Intentaba esconder su rostro por debajo de la bufanda de colores tras la que se escondía. Intentaba pasar desapercibida, como si tuviera la sensación de que todas las personas con las que se cruzaba sabían quién era, qué estaba haciendo. Era como si todos, al cruzarse con ella, se preguntaran qué diablos pensaba hacer, hasta dónde quería llegar siendo apenas lo que era. Todas aquellas miradas serias parecían decirle: Sabemos qué has hecho. No estamos contigo. Además, ¿Por qué iban a estarlo?. En realidad, tan sólo estaba moviendo los hilos, unos más peligrosos de lo que había medido al comienzo de todo, para estar aún por encima de los que ya se elevan sobre los demás con intereses particulares. Era su egoísmo, no debía olvidarlo, lo que le había llevado hasta allí. Había sido su fe en sí misma en detrimento de los demás. ¿Qué esperaba entonces de aquellas caras con las que se cruzaba?.

Por otra parte, Chase sabía cómo funcionaban las mentes de aquellas personas. Los rostros enjutos, apresurados y desinteresados de los transeúntes comenzaron a revelar una interpretación alternativa. Quizá en sus seriedades se escondieran los recelos, los miedos y temores ante el estratega. Quizá se sintieran cohibidos por el camino recorrido de una Chase que empezaba a recuperar su fuerza. Sí, aquellas personas... no sólo no sabían nada de lo que acababa de pasar, en contra de lo que acababa de conjeturar hacía un instante, sino que además nunca jamás serían capaces de imaginar lo que sucedía a sus espaldas, en un plano segundo de la realidad que se representaba ante sus narices. Ellos nunca serían dignos de alcanzar ese sótano de la vida donde se deciden gran parte de las fachadas de la calle.

Recordó la simplicidad de las mentes de sus antiguas víctimas, cuando tan sólo era una ejecutante algo aventajada, aunque aún aprendiendo. Recordó cómo se sorprendía de la

manera cómo se reducían, cómo se iban abandonando a sus sentidos y cerrando el paso a la razón. ¿Qué eran si no máquinas del aburrimiento fáciles de manipular?. No sabían encontrar su integridad, sus decisiones, ... no podían entender sus propias vidas sin la ayuda de otros, que desde luego, eran gente como Chase, cuyos actos de guía en realidad respondían a la fuerza de una táctica integrada en visiones más generales por encima del mundo y de su ritmo natural. Chase comenzó a reencontrarse con sus posibilidades, su capacidad para la guía perversa. El mundo era su arena de trabajo y quiénes paseaban por la calle desconocerían por siempre la existencia de ese sótano donde Chase había instalado su sede permanente.

El hombro de Chase sintió un golpe que le obligó a perder su eje natural y garbo propio de una ejecutante con estilo. Un paseante, uno de esos transeúntes apletaados en el mundo, aun en su traje de marca si fuera el caso, había golpeado con su hombro el de Chase quizá para abrirse camino, o quizá como consecuencia de no haber previsto bien el suyo de antemano. ¿Quizá un proletario de la estrategia en vías de iluminación?. ¿Quizá una mente “tocada” por la razón?. Quizá carne potencial de la Sociedad, pensó Chase, que sonrió por la satisfacción de haberse cruzado con un rival que presumía, con su osadía de transeúnte, sentirse a la altura de su contraria. “¿Qué sabes tú?”, pensó Chase sintiéndole alejarse tras su espalda sin decir nada.

- ¡Tracy!, espero que hayas traído cebos – dijo Brian, saludando con confianza y una enorme y refulgente sonrisa de hombre feliz.
 - ¿Qué hay?, ¿Has leído...
 - Como me hables de trabajo prometo que te tiraré al agua.
- Tracy forzó sus oxidados pliegues faciales y encontró la manera difícil de esbozar una sonrisa que sin embargo por su sonido cayó sincera al bueno de Brian:
- Me conoces demasiado bien, viejo...
 - ¿Qué sería yo sin ti?.
 - Un pescador rico y tranquilo.
 - Es cierto. Mejor trae el cebo y nos vemos a la vuelta – bromeó Brian.

Atrás habían quedado los años en que Y turbó un poco más el siempre excitado ambiente político de la Sociedad para alcanzar su puesto en ésta. Durante los últimos años, gracias a la excelente amistad entre X e Y, la Sociedad había encontrado una estabilidad digna de su historia y sus pilares. Los dos hombres, aunque distintos en su percepción del mundo, pero quizá por haber alcanzado la edad propicia para cambiar la actitud más que la realidad, encontraban el uno en el otro el auténtico destinatario de sus confesiones, pues nadie como ellos podían entenderse mutuamente.

Aunque ya de viejos, las batallas terminadas y apenas apagando los fuegos cotidianos de su gestión en la Sociedad, ambos se dedicaban a la pesca, arte y tino propio de aquellos sabedores en exceso que aún encontraban en aquel misterio del agua pasión

alguna para encender sus corazones. Como cada mes, encontraban el hueco en sus cotidianos sinsabores para probar fortuna en el embarcadero de la Mansión Lord Hellich.

Se trataba de una vieja construcción de piedra cuyas paredes y techos se encontraban prácticamente cubiertos por la hiedra y la vegetación aspirante. Cada valla de piedra que dividía los jardines alrededor de la mansión se encontraba tomada por el verde frío de la naturaleza domesticada que se le va a uno de las manos y toma sus propios caminos por dónde antaño fue esclavizada. Tras estas ramas y arbustos, se adivinaba la vejez de una piedra que aunque aún conservaba su color blanquecino, hacía lo posible por ocultar su experiencia. Los inviernos de la zona, al Norte del país, habían terminado haciendo mella en la dureza y resistencia de la estructura. No obstante, tanta historia era la responsable del aura mágico que envolvía aquel caserón de no más de dos pisos de altura y estilo ... demasiado viejo.

Se encontraba situada en medio de un pequeño bosque que se abría en un círculo de poco más de trescientos metros de diámetro en cuyo centro se colocaba la mansión rodeada de vegetación en forma de jardines abandonados. La Sociedad tenía por costumbre celebrar en aquel lugar sus eventos más sonados y... también resultaba ser morada privada al servicio de sus más altos dirigentes, a la postre X e Y.

Estos apenas se hospedaban allí en raras ocasiones, prefiriendo de entre sus instalaciones tan sólo el embarcadero que tomaban periódicamente armados de sillas sucias, cañas de pescar y un cesto con más ilusión que peso en su interior. Allí era donde pasaban gran parte del tiempo libre que disfrutaban, normalmente en soledad. Las celebraciones se habían reducido, quizá porque el protocolo de las mismas denotaba un sabor añejo que muchos de los nuevos socios no soportaban sin ruborizarse. La Sociedad no era una empresa... por mucho que determinadas corrientes internas en el Consejo pudieran sugerirlo. No, su historia, sus normas al margen de la ley, su propia narración del pasado y la interpretación que ella misma hacía de la Historia del país pesaban en exceso y condicionaban presente y futuro de la organización. ¿Lastre o privilegio?. X e Y trataban de no caer en exceso en lo primero... aunque lo segundo no les tentaba con devoción. Su objetivo debía ser, sin embargo, el equilibrio en consonancia con los tiempos para mantener la estabilidad de todos los socios.

Lord Hellich era el nombre de un mito interno, uno de esos grandes hombres cuyas hazañas apenas perduran en el recuerdo de unos cuantos privilegiados o de quiénes les conocieron. Ninguno de los socios tenía permiso para rendir más homenaje a Hellich que los que de manera organizada y secreta ponía en marcha la propia Sociedad. Su nombre estaba ligado al del nacimiento mismo de toda la estructura. Sus episodios, palabra santa entre la literatura de la misma Sociedad, construyen los viajes y testimonios sagrados que dieron lugar a una asociación de seguidores siglos atrás. Como herencia de la lucidez y el entusiasmo de aquellos elegidos de la historia, queda una maraña de relaciones más allá de los hombres, aunque entre hombres, a la que llamaban Sociedad, en efecto. Cuando Hellich falleció, sus seguidores no sólo construyeron aquella mansión en el punto más recóndito de aquel bosque no demasiado lejano a la ciudad donde éste moró durante años, sino que además formalizaron mediante manuscritos graves el espíritu de lo construido y su mandato de luz y éxito para los socios del futuro.

Allí estaban aquellos dos hombres, amigos recientes aunque con mucho en común dada su condición. Eso sí, como personas, dispares y desencontradas, condición que a la Sociedad, sin embargo, aunque fuera apenas desde su óptica política, le resultaba recomendable para la salud de las decisiones cupulares. La heterogeneidad en lo más alto es garantía de libertad y ahuyenta las tiranías que en el pasado tantos quebraderos de cabeza dieron a la estructura.

- ¿Esta vez pescarás algo para variar? – preguntó Brian sarcástico.
- ¿Qué dices?, ¡aún estoy cenándome el botín del mes pasado!.
- Siempre has sido de constitución delgaducha...
- aunque perversa.
- Eso es cierto. Deberías aprender a vivir mejor – Dijo el más gordo de los dos, Brian, dejándose caer sobre una de las sillas a pocos centímetros del borde de madera del embarcadero.
- ¡Sí...! – contestó Tracy como suspirando-. Ya no es momento de volverse contestones.
- Eso te costará repetírmelo – se rió Brian.
- No me juzgues tan rápido, que estoy viejo... – Tracy estaba pensando deprisa mientras conversaba. También se sentó en una silla a su lado y comenzó a preparar su caña.
- Te juzgo por lo que me dices siempre.
- Los años me restan tozudez, se ve.
- Mm... te noto algo pesimista. Quizá debería sacar de nuevo algunas conversaciones clásicas sobre temas de la Sociedad... Creo que podría negociarte con éxito esta tarde.
- ¿Ah, sí?. ¿De qué hablarías?.
- ¡No!, he dicho que hoy no es el día.
- No, No, me interesa... – dijo Tracy que acababa de tirar el cebo al agua y bloqueado su carrito para que éste permitiera tan sólo recoger el cebo y no soltar más hilo. Brian comenzó a reírse a carcajadas...
- ¡Aún recuerdo cómo discutimos sobre si debíamos procurar caprichos demasiado... “particulares” a los socios!.
- ¡Oh, no!, de eso hace mucho tiempo...
- Estabas empeñado en tu estrategia a largo plazo, tus grandes planes...
- ¿Y tú qué?, ¿eh? – le arguyó divertido Tracy-. Siempre has estado por mimar a los socios. Si por ti fuera, hasta algún universitario recién matriculado sería uno de nosotros.
- ¿Qué tiene de malo?.
- ¿Lo ves?

Los dos hombres se rieron mirando de nuevo a la superficie del agua. El río, en ese punto, bajaba tan lento y pesado que parecía haberse detenido. Las partículas del fondo, oscuras, habían tomado toda la altura del agua en los lugares en que ésta estaba casi estancada y se había convertido en un líquido viscoso donde se hacinaban pequeños insectos. A unos metros de la orilla, el agua se movía con pereza aunque con un bajar perceptible que renovaba y aclaraba el río y donde los peces negociaban con aquellos dos hombres.

- No, si... en parte llevas razón – concedió Tracy.

X estaba trabajando. Su mente intentaba serpentear en su interior de una frase a otra, de un tema a otro, buscando la mejor manera de hilvanar una conversación que le permitiera hacer avanzar su problema. Su mente estaba poniendo imágenes a sus ideas,

todas ellas motivadas por su encuentro con Chase. Ya habían transcurrido varios días desde entonces, pero nada de aquello había perdido su impacto inicial. Se encontraba en una situación complicada, próxima a la desesperación temiendo las reacciones de las arcaicas normas de la Sociedad de ser informada de cuanto Chase había descubierto, y no había terminado de decidir qué hacer. Se encontraba ante un dilema moral: ¿Debía informar de lo sucedido a Y?.

Sin duda, pensó, aquel hombre, de aspecto bueno, sabría integrar aquella amenaza como realmente merecía. Además, su temple calmado y reflexivo le daría el punto necesario de sosiego para estudiar la situación con menos nerviosismo. Así, aplicando un examen frío, quizá encontraría una respuesta contundente.

Sin embargo, los secretos, bien lo había descubierto y no por los caminos más primaverales, son gritos villanos que sus destinatarios profanaban a quiénes menos dignos eran de ellos y sin acuse ninguno para el más perjudicado. Si aquel hombre decidiera emprender medidas de defensa por la estabilidad de toda la estructura, desde luego amenazada por aquella ejecutante, podría perder el control de su secreto y aunque el destino de la organización encontrara luz de nuevo y seguridad en su futuro, probablemente no sería coincidente con el suyo personal, que nunca más viviría de aquel modo si no por torturados caminos producto de la demencia de la Sociedad cuando encontraba sus propias maneras de ajusticiar.

No, el secreto era digno de todo cuidado e Y no era, por su cargo y su responsabilidad, destinatario ideal del mismo.

¿Qué estrategia adoptar entonces?.

Quizá no hubiera más salida que aceptar aquella exigencia y guardar paciente por la oportunidad de devolver el embate a tan osada voluntad.

- ¿Llevo razón?.
- Quizá sí. Tanta severidad...
- Rigidez, diría yo...
- Es posible. Deberíamos abrírnos más, ser más condescendientes con la vida humana.
- ¿Para qué estamos aquí si no para disfrutar?. Tracy, ¿por qué crees que Hellich fundó todo esto?

Se tomó un segundo mientras miraba a su amigo sin pestañear.

Y se respondió a sí mismo:

- Para hacer del transcurso de la vida de los hombres algo merecedor de su sensibilidad.
- Y de su inteligencia.
- Los de Hellich fueron tiempos difíciles y quizá su adaptación de la realidad para la vida de los socios no habría ido tan lejos como ha ido la nuestra, pero también hay que argüir que los suyos eran otros tiempos, otra sociedad... y otras normas.
- Sí... vivimos la mejor parte de todo esto. Tantos años después, los sueños de Hellich se han hecho realidad.
- Desde luego. Piensa en los asuntos que tratan los Decisores...
- Nimiedades – interrumpió Tracy.
- ¡Prueba de nuestro éxito!. Ahora sólo queda abrírnos para extender las comodidades.
- Ahí es donde podríamos intervenir...

- ¿En qué estás pensando?.
- Algo importante.
- ¿Viniedo de ti?. Me asustas... espera que recojo el sedal – ambos rieron.
- Estoy pensando en los que utilizamos para nuestro interés.
- ¿Cómo?. Me extraña que no me digas ahora lo que decías antaño.
- ¿El qué? – le preguntó Tracy mirándole a los ojos.
- Que necesitamos una base sobre la que apoyarnos para elevar nuestra condición. Que la injusticia, en algún grado, es inevitable.
- Sí, sí... todo eso es cierto. No pienso en la base más popular, sino en aquellos que ... de alguna manera son parte de nosotros mismos y sobre cuyos hombros nos apoyamos para erigirnos en lo que somos.
- ¿Piensas en los administradores?. Ya tienen importantes retribuciones, cargos... y disfrutan del régimen de intercambio de intervenciones, aunque merecen toda nuestra atención, sí...
- No, No, ellos son parte de nosotros desde hace tiempo.
- ¿Las fuerzas de actuación?.
- ¿Has pensado últimamente en las ejecutantes? – dijo algo temeroso Tracy que sintió sus palabras pesar como cargas de profundidad de efectos imprevisibles.
- Tracy, me dejas de piedra.

Ambos hombres compartieron una carcajada.

- No, lo digo en serio.
- ¿En qué estás pensando?
- Ellas saben de nosotros. Nada podría lograrse para bien de nadie, ni de los socios de la propia Sociedad, si no tuviera éxito en sus encargos.
- ¿Pero qué se te ocurre?.
- Creo que la Sociedad debería encontrar maneras de obtener un rendimiento mayor de sus capacidades.
- Eso es contradictorio... ¿no querrás explotar sus servicios?.
- Por el contrario. Su labor es básica, debe continuar y a un ritmo sano.
- ¿Entonces – preguntó Brian que no encontraba el hilo para obtener el objetivo de Tracy.
- ¿Qué me dices de integrarlas en la Sociedad?.
- ¿Te refieres ... que vean todo el conjunto?.
- No solamente. Que formen parte de los intercambios.
- No lo había pensado nunca, Tracy, debo confesártelo.
- ¡Me extraña!; siempre has tenido en cuenta a todo el mundo, seguro que más de lo que has concedido al Consejo durante años.
- He pensado de veras en mucha gente, pero cuando consideraba la posición de las ejecutantes tan sólo me proponía encontrar maneras de sustituirlas y así evitar la explotación posible.
- ¿Por qué preocuparnos por eso cuando podemos ofrecerles formar parte de algo como lo que hemos construido gracias a ellas durante décadas?.
- Y siglos – matizó Brian, que estaba dando forma a la propuesta de Tracy en su mente.
- Y de ahí a enriquecerla, a mejorarla con sus propuestas...
- Tracy, eso es ¡reconocer derechos políticos...! – dijo Brian, que no daba crédito a la idea propuesta por la fuente de la misma.

- En efecto. Políticos, sí. Si su potencial es ése y ha reducido conciencias durante siglos en todas las partes del mundo, ¿qué no podrían ofrecer a la estrategia global de la Sociedad?
- También podrían destruirnos si en lugar de adherirse prefirieran destaparnos.
- ¿Por qué iban a hacerlo si se convirtieran en socias como los demás?. ¿Qué motivos tienen ahora los socios para destaparnos?. Sólo habría que tener los mismos cuidados que ahora con los hombres.
- ¿Y si no valoraran la propuesta?. Entonces sí podrían destaparlo todo y no habría nada que las detuviera.
- Salvo perder su condición, sus retribuciones...
- Pero también las exigentes normas de soledad y control en sus vidas.
- Tal y como yo lo veo, no deberían actuar así sobretodo si sus ambiciones se integraran con las de la propia Sociedad.
- ¿Cómo haríamos eso?.
- Permitiéndoles alcanzar instituciones políticas o apoyar a quiénes de entre ellas propongan alcanzar esas alturas.
- Presumes un estilo gregario en las mujeres que no estoy seguro de haber comprobado durante años, Tracy. Un grupo de socias no se comportan como socios.
- Salvo que tengan un objetivo común.
- ¿De veras crees que les motivaría?.
- Si no lo hace directamente, lo harán las promesas que sus representantes formalicen para lograr el apoyo y alcanzar el Consejo.
- ¡Una mujer en el Consejo!, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo, Tracy?.
- Si Hellich estuviera escuchándome...
- No, No, yo creo en Hellich. Creo en su visión de comodidad, Tracy, de progreso. Nunca hubiera actuado de manera distinta a la nuestra si viviera, estoy seguro.
- ¡Creo que él querría esto!, ya que hemos alcanzado este punto. Y el fortalecimiento a través de la integración de las mujeres reduciría las vulnerabilidades de la Sociedad.
- No te entiendo.
- Por una parte, las propuestas femeninas permitirán a la Sociedad avanzar por caminos inexplorados hasta ahora. Creceremos por donde aún no lo hemos hecho y eso se hará deprisa. Por la otra, la homogeneidad sexual es el peor producto del escaparate. Si la Sociedad descubriera el proyecto de Hellich, sería la restricción masculina lo que pondría a la opinión pública contra nosotros.
- Siempre ha sido así, en efecto. ¡Y todo a pesar de la discreción!. Sin embargo, sabes que la Orange Coast es una estrategia para prevenir esos peligros.
- La Orange Coast no es más que una operación de seguridad a largo plazo incapaz de dar respuesta a un destape total e instantáneo de la organización. ¿Qué podría decir la AllCom sobre nosotros que cambiara la imagen del país?.
- A posteriori... nada.
- ¡Exacto!. La AllCom será útil para beneficiar aún más a nuestros socios. Ni siquiera Hellich pudo imaginar una operación tan sutil y moderna para sus protegidos, utilizando la comunicación. Sin embargo, estamos perdidos si dependemos de ella para protegernos como organización ante la opinión pública.
- Mujeres en el Consejo... No puedo creerlo.

La mente de Brian empezó a integrar aquella información con su propia vida, y la imagen de Chase vino a su mente. En aquel instante, los dos hombres estaban pensando en la misma mujer sin saberlo, aunque por motivos dispares. Brian encontró en la

palabras de Tracy la esperanza para un encuentro público, un capricho de relación con una mujer bella y joven que podría ofrecerle algo que la Sociedad no había conseguido para él: un amor real y espontáneo, no condicionado, para sus últimos años de vida. Era una nueva versión, más clásica, del mismo deseo y motivación que movían a otro hombre: Josh, y hacia la misma mujer. Aunque de esto, ni uno ni otro sabían nada... ni el uno del otro en absoluto.

Tracy, por su parte, tenía la imagen de Chase bien presente en su mente. Sabía que de un acuerdo con Y podría conseguir mantener en secreto su maniobra. ¡Cómo odiaba a aquella mujer!, ¡hubiera deseado eliminarla como a otros individuos que en el pasado se opusieron a él o a la Sociedad!, pero Chase había previsto aquello y le había prometido que su fin sería también el suyo.

- Tracy, ¡el Consejo! – dijo Brian de repente, tras unos segundos de reflexión.
- ¿Qué!.
- ¡No se dejarán!, son fieles a las escrituras, reaccionarios.
- No creas que no he pensado en ello. Son materialistas.
- ¡Egoístas!, verán la maniobra con recelo; pensarán que perderán poder.
- Y lo harán. Pero hay que convencerles de otra manera.
- Apelando a su sentido de socios, quizá... Son socios primeros mejores que ningún otro, en el fondo – dijo Brian que desde su intención permanente de consenso buscaba la manera de mantener la estabilidad.
- ¿Argumentos morales con esos tiburones?. ¡Noo!, perderemos la partida. Hay que aprovecharse de su vanidad y de la presencia firme de intereses particulares.
- ¿Prometerles...? – comenzó a decir Brian.
- No lo sé. Pero creo que las ejecutantes sabrán hacer su campaña electoral. Sólo hay que suscitar el debate y dejar que éstas lleguen a ellos.
- ¿Crees que esto saldrá bien?.
- Hellich lo aprobaría – dijo con determinación Tracy, que encontraba ahora en los argumentos de su amigo razones para justificar su cambio de actitud. Además, podemos plantearlo tan solo y ver qué sucede. Si el apoyo es escaso, sólo quedará el recuerdo de haberlo propuesto. Da algo de miedo, pero ...
- Tengo algo de miedo. No es mi hora de revoluciones.
- ¡Vamos...!, piensa que somos los que menos tenemos que perder.
- El pasado, Tracy.
- No es más que el camino que justifica lo que vamos a hacer.
- Ojalá salga bien – deseó en voz alta Brian mientras sus manos creyeron sentir el calor del abrazo de aquella rubia apasionada.

El operador de la máquina dudó durante un minuto eterno y por fin tensó sus músculos mientras levantaba el auricular:

- ¿Me escucha?

Su voz no era tan firme y sólida como de costumbre.

- ¿Esto... está bien?. Digo la página cinco del Orden de Reunión, cuando dice “período público sobre incorporación...” – Su voz se cortó de inmediato al recibir un “Sí, todo correcto” desde el otro lado del teléfono, “Continúe la impresión”-. Dibujó una sonrisa cargada de malicia y a continuación la borró y substituyó por un gesto de miedo, como el

que ponen las masas en el ejercicio de su alma colectiva cuando ven ir hacia ellos un enorme peligro.

- ¡Qué clase de broma es esta? – sonó en la sala.

La voz, de esas capaces de moverse en una amplia gama de tonos, serpenteando entre la ironía y la ambigüedad según interés del titular, inauguró una resistencia que creía encarnar el espíritu original del propio Hellich. Era la dialéctica, siempre reaccionaria, de uno de los nombres más antiguos del Consejo, cuyo asiento político heredó de su progenitor y éste del suyo: Bracken.

Conor Bracken tenía un rostro alargado y ojos perspicaces, siempre avizores. Las frases que sonaban a su alrededor eran constantemente analizadas por su estratégica y vigilante mente mientras sostenía un gesto de desconfianza hacia el mundo. Muchos le asignaban una ideología puramente conservadora y enervada que a menudo reivindicaba a Hellich como la solución para el presente, pero en realidad estaba más allá de él, sólo cerca de sí mismo, sólo capaz de desarrollar sus propias teorías. Su egocentrismo había consumido su coherencia ideológica pero no la vehemencia y la agresividad con la que hacía sonar su voz entre aquellas paredes medievales.

- ¡Desde aquel que es su rincón jamás ha visto más que el pasado de sus predecesores, Bracken!. Nos llevará al inmovilismo, lo sabe – gritó X señalándole con el dedo y mirándole fija y directamente a los ojos con un gesto de odio-.

- No permitiré que sus debilidades viriles condenen el futuro de nuestro brillante sociedad. Está condenado si aprueba la propuesta. ¡Exijo saber qué opina Y!.

Los ojos de Brian cobraron algo de vida y su mano tembló convulsa un instante, como si el dardo le hubiera inoculado la energía necesaria para abandonar su sueño rubio por un momento. Todo su cuerpo se tensó y al instante se puso en pie mientras sus ancianas manos abrochaban los botones de su chaqueta. Brian examinó al auditorio, que se extendía alrededor de una mesa de madera maciza y oscurecida por el paso del tiempo, y les miró uno a uno con cierto detenimiento.

Ninguno de los Decisores tenía menos de cinco o seis décadas de vida. Todos eran el resultado de decenas de decisiones tomadas bajo la presión que supone ser fieles y eficaces con y gracias al legado de Hellich. En las arrugas de sus frentes se leía el esfuerzo y la experiencia, la de algunos moderada, la de otros virulenta y envenenada, atesorados con el grave paso del tiempo.

Se encontraban en una sala gigantesca de estilo medieval, en cuyas paredes parecían reverberar aún los gritos de hombres pavorosos y crueles capaces de hablar en nombre de Dios y de la muerte. Completamente construida en madera y ésta envejecida por el paso del tiempo, la sala encerraba para siempre el recuerdo de las propuestas de los grandes nombres de la historia de la Sociedad. Por allí pasaron los brazos poderosos y las facultades de las mentes que habían tramado aquella realidad paralela que era la propia Sociedad. Desde allí, desde el Consejo de Decisores, se gobernaba dicha

Realidad, como si fuera un barco gigantesco cuyo rumbo fuera imposible de variar a toda máquina y cada orden tuviera que ser confirmada por decenas de capitanes.

Se encontraban en el salón del Consejo en medio de una de las construcciones más antiguas de la Sociedad, donde se reunían todos los integrantes de éste. Hacía las funciones de Parlamento, aunque la democracia interna de la Sociedad resultaba ciertamente especial. En su interior, la realidad parecía haber conservado aún los estilos y las formas de los contemporáneos de Hellich e incluso los olores correspondían a los de un tiempo pasado y enterrado que nunca volverá salvo en las mentes de muchos Decisores anclados en un rancio historicismo y enamorados de un género oscuro de pensamiento demasiado putrefacto para ser apoyado en forma de propuesta en el seno del Consejo, pero con fuerza aún para condicionar sus decisiones.

Los rostros de los asistentes, iluminados por inestables ráfagas de luz anaranjada provenientes de más de cincuenta antorchas repartidas por las paredes, se giraron al unísono hacia el preocupado y nervioso gesto de Brian. Sabía que había llegado el momento de poner a prueba la confianza de gran parte de la cámara, una que saboreó en el pasado cuando llevó a cabo las gestas que lo convirtieron en Y. Aquellos hombres, allí presentes, habían apoyado siempre sus pareceres y jamás habían dudado de su gran corazón.

- Amigos – comenzó diciendo mientras miraba a un lado y al otro de la mesa-. Decisores; y hombres de bien. Todos recordamos las batallas libradas para mantener nuestra supervivencia. Bracken, - dijo buscándole con su mirada entre el auditorio-, tú, especialmente, que viste a tu padre, el gran Ian Bracken, luchar por todos nosotros y por Hellich, sabes que aquí siempre hemos respetado el buen hacer. Sabéis todos que es nuestra garantía de existencia. Y todos sabéis que Hellich nos dejó una filosofía que ha inspirado las decisiones de varios siglos. A él le debemos cuanto tenemos.

Las manos de Brian habían empezado a dejar de temblar, aunque aún saboreaba en su boca el gusto extraño de la responsabilidad desmedida. Medía cada palabra.

- Pero nuestro mundo ha cambiado – dijo poniendo su mano derecha sobre el hombro de Tracy y haciéndole sentar a su lado, como pidiéndole el testigo-. Ni Hellich pudo prever algunos de los cambios que atravesamos, y apenas mantendríamos nuestra dignidad si acaso el mundo exterior descubriera este lugar, y no hablo de nuestros cargos aquí, señores, sino tan sólo de esta cueva aristocrática en la que estamos. Nos acusarían de masones.

La sala se permitió un rumor colectivo, un sonido suave aunque algo perturbado, que comentaba la frase de Brian, tan atrevida.

- ¿Osa relativizar a Hellich, Gladd? – Gritó uno de los Decisores desde el otro lado de la mesa.

- Sólo al Hellich del siglo XIV, señor Colm.

- ¡Acaso hay otro?.

- El que nos asiste hoy, señores Decisores. ¿Acaso piensan que Él no hizo lo mismo que hacemos nosotros ahora?. ¡Ustedes!, señores, se sientan donde están gracias a que alguien pensó que SU tiempo merecía cambios. No olviden que Hellich y los suyos

diseñaron la Sociedad porque su tiempo exigía un alivio, aunque fuera para un estamento de privilegio, en un mundo de tragedia.

Brian guardó silencio un momento como recordando junto a aquellos hombres el pasado heroico de los que atravesaron la época de gloria de la Sociedad.

- Ellos construyeron su espacio de placer, su Sociedad, como respuesta al mundo del siglo XIV, y nosotros no podemos seguir escapando de nuestro tiempo con aquella Realidad a la medida de tan lejano siglo, Señorías. Nuestro tiempo está cambiando ahí fuera ¡y nosotros no podemos cambiar tan sólo los disfraces de las ejecutantes que nos protegen!.
- El deseo de Hellich fue proteger a los hombres, ¡nunca a las mujeres!.
- ¡Falso! – exclamó Brian-. Hellich privilegió a un círculo de confianza para salvarlo de las inclemencias del amargor de su tiempo. Se rodeó de placeres y diseñó el mundo a su medida y a la de quiénes le fueron fieles y generosos. Los socios de Hellich merecen la caricia de su Obra, la Sociedad, y quiénes crean en él y en su obra habrán de saborear las mieles de su estructura, hombre o ¡mujer!.
- ¡Qué otra cosa nos traerán sino el riesgo de ser destapados? – Preguntó Bracken, capaz siempre de dar en el punto débil.
- ¡No más riesgo que el que cada uno de nosotros añadimos!, Sr. Bracken. – contestó Brian mirándole sin actitud de reto ni contienda.
- ¡Nosotros tenemos qué perder! – arguyó.
- Igual que usted, igual que todos nosotros, que añadimos cada uno una porción de riesgo. E igual que ellas, las ejecutantes llegado el caso. La confianza, Sr. Bracken, y el deseo de gozar del efecto de nuestra alianza, son las únicas razones que nos mantienen juntos y a salvo. Las nuevas Decisoras habrán de confiar para disfrutar de la alianza, del poder y de nuestra confianza mutua capaz de serles tan satisfactoria como lo ha sido para nosotros durante siglos.

Brian no podía evitarlo. Su mente estaba urdiendo caminos mentales para llegar directo a los cabales senderos de las mentes conservadoras del Consejo, pero sus manos buscaban en cada movimiento el sabor lejano de la piel de Chase, a quién estaba deseando de tal manera que cada una de sus palabras perdía cada vez más sentido si no eran acompañadas de la imagen de la rubia perfecta que había cambiado su manera de ver el mundo. Su corazón se había vaciado durante años, pero de repente había encontrado el plasma brillante que encendía sus energías; y sólo por el brillar de aquella mujer, entre sus sábanas, convenía interpretar a Hellich y su mito, su memoria. De alguna manera, se decía a sí mismo, ninguna de sus palabras había sido apoyada en falsa opinión, pues siempre había considerado que las adaptaciones eran necesarias y que incluso el propio Hellich habría modificado sus teorías para adecuarlo a un mundo tan diferente. Pero eso sí, en aquel momento, en aquella oscura estancia gigante cuyo techo se encontraba a más de diez metros de altura – aunque era imposible verlo con la luz de las antorchas -, la presencia cuyo corazón más necesitaba entender era el de Chase, y su roce encontrar lo antes posible.

Ella inspiraba su persuasión.

X no pudo resistir más y se levantó mientras ya gritaba a aquellos hombres:

- ¡Imaginad por un momento!, ¡la estrategia que hemos doblegado a nuestro servicio en forma de ejecutantes... a disposición de la estrategia del Consejo!.

La idea cogió por sorpresa no sólo a la totalidad del auditorio, excepto a Bracken que ya desconfiaba incluso de aquello, sino también a Brian cuyo discurso quedó truncado y hubo de tragar saliva y sentarse de nuevo confiando haber convencido al menos al sector moderado del Consejo.

- No podemos confiar en la estrategia de las mujeres, las mismas cuyo criterio fue humillado por Hellich – contestó Bracken.

- Sólo si sus objetivos son los nuestros – añadió Brian desde su asiento.

- ¡¡Y lo serán!! – exclamó Tracy mirando a Bracken a los ojos-. Las ansias de poder de este Consejo será el mismo que sentirán las nuevas adquisiciones. Ellas serán parte de nuestra estructura, estaremos reclutando de entre nuestra propia plantilla.

- Además, sus Señorías advertirán que la integración de las ejecutantes en el proceso político de la Sociedad reduce el riesgo actual, uno que ni Hellich supo resolver completamente, de que la red de ejecución se vuelva contra nosotros guiada por el sentimiento de exclusión o explotación y nos destape.

- Su remuneración es notable, Brian. – Dijo otra voz de entre los Decisores.

- Como la suya, y la mía y la de todos los presentes, pero eso no garantiza que nuestras ambiciones queden totalmente mermadas a favor de la estructura. Aquí, señores, negociamos mucho Poder. El Poder de manipular la realidad de ahí fuera, la capacidad de manejar el mundo a nuestro antojo. Y eso es más que dinero; es un escaparate infinito donde cada uno vemos reflejados nuestros íntimos deseos, esos que van más allá del dinero y que nos corrompen hasta el final. Esa corrupción a la que todos los presentes hemos sido arrastrados, Señorías, es el legado de Hellich y su genio lo intensificó de tal manera que no hay alma, incluidas las femeninas, que no sucumba ante la tentación infinita. Sus objetivos serán los nuestros, como los suyos, Sr. Bracken, no difieren tanto de los míos. Si no temo por que su disenter del mío nos destruya, no lo haré respecto de nuevas integrantes.

En aquel momento, la cámara dio un paso adelante. Una voz al fondo de la mesa, aunque sin la energía de un Bracken encendido, sugirió:

- Hay que conceder que su estrategia de ejecutantes podría lograr avances importantes en...

- ¿En qué? – Preguntó Tracy encantado de encontrar por fin un apoyo.

- ...bueno, ¿cuál es el límite interviniente de la Sociedad?. ¿Hasta dónde podemos llegar?. Podríamos incluir la estrategia suficiente para llegar más lejos en nuestra decisiones. Exploraríamos caminos para cambiar más y mejor el mundo a nuestro alrededor.

- Además, las ejecutantes, reconvertidas en socias, darían más de sí mismas en cada operación sabiendo que son parte del todo – Añadió alguien.

- Eso es discutible, si no existe un sistema de representación democrático, y eso es conceder demasiado un sexo a nuestro servicio – dijo Bracken haciendo de sí mismo.

- Será representativo, participarán en el proceso de selección político y verán sus ideas en el Consejo para el que trabajarán con sus misiones, más comprometidas, más personales, más exigentes con su propia moral, cada día que pase – aclaró un Tracy iluminado que había comenzado a censurar ligeramente a su propia exaltación.

- ¡Esto es de locos!, ¡Mujeres aquí sentadas!

Brian se sorprendió diciendo casi sin desearlo, con su mente aún reflejando el brillo de los cabellos de Chase, a quién parecía estar viendo allí, mirándole orgulloso:

- Socias activas, no se confunda. Una red de socias capaces de vigilarse ellas mismas y exigirse aún más de lo que nuestros sueldos de ejecutantes nos permiten exigirles ahora. Serán como nosotros, sólo que todos seremos más eficaces.

- El Consejo se corromperá en conspiraciones, es el legado de Hellich el que nos lo hace presagiar.

- Hellich jamás subestimó el poder de las mujeres, sobre el que construyó nuestra Sociedad, considerándolas sobretodo capaces de lo mejor. Y, por otra parte, Sr. Bracken, en realidad el Consejo está ya lo suficientemente corrompido como para que las nuevas presiones, si llegan, nos parezcan aire fresco – dijo con cierto sarcasmo gracioso Brian, a lo que la mesa contestó con una sonada risa general que hizo patente el paulatino cambio de opinión de la audiencia.

- ¿Cómo sabemos si en realidad desean llegar aquí?. Quizá su remuneración les resulte bastante.

- No estima usted bien, Sr. Colm, el punto de vista de las ejecutantes. Desde sus misiones, no les resulta difícil averiguar dónde llevan los caminos que recorren sólo en parte. Ellas saben para qué sirve su actuación, pues disponen de los métodos para intervenir a nuestro favor y por tanto para enterarse de cuanto deseen, no lo olvide. Y si conocen el sentido de su trabajo, entonces hace tiempo que saben, a grandes rasgos, lo que sucede a este otro lado. ¿De veras cree que este lado no les parece mejor?.

- Quizá nos odien, Gladd.

Un intenso pinchazo recorrió la espalda de Brian y la imagen de Chase, desnuda y de rodillas sobre él, con las piernas abiertas, le nubló la vista. Le veía, en frente suyo, con un fondo tormentoso y una expresión de lujuria ciega y desmedida. No era el primero que se turbaba imaginándola así, quizá algo lógico dada su actividad, pero nunca nadie le había atribuido al mismo tiempo nobles deseos, ni un ápice de sinceridad.

- Si es así, lo habremos generado nosotros limitando sus aspiraciones, comprando con nuestro dinero el cercenado de su dignidad como mujeres.

- ¿Y si decidieran locuras?, quizá diseñen propuestas dispares, un rumbo nefasto para todos nosotros.

- La ignorancia es la primera causa del temor, amigo – le dijo Brian con tono condescendiente-. Y si así fuera, tenemos un Consejo que no se reducirá en miembros, con sus normas democráticas y sus procesos de decisión. Si hoy entrara en la más tenebrosa locura, querido amigo, su condición de Decisoras no pondría en peligro a nuestro Consejo, y la Sociedad estaría a salvo. Cuento con usted para poner freno a una demencial carrera de propuestas nefastas, si llegara el caso.

El Consejo se atrevió a reír comedidamente, lo que a continuación obligó a esbozar una sonrisa al Decisor escéptico que había planteado esa posibilidad.

- ¡Amigos!, ¡amigos! – intentó resumir Brian logrando apoyos-, ¿vendríamos Tracy y yo con el enemigo a casa?. Durante décadas hemos dirigido este Consejo y debéis creerme cuando os digo que toda propuesta no es más que el fruto de una experiencia y una reflexión que respeta los intereses de todos. Es el momento de tomar una cuyo cascarón parece revolucionario, pero en realidad no lo es tanto. En cambio, las posibilidades que se abren ante nosotros estimularán nuestra presencia en la Sociedad.

Y por cierto, quizá reduzcan la miopía estratégica de este Consejo al que, últimamente, le cuesta diseñar nuestro camino hacia un futuro que cada día nos resulta más difícil de prever.

Brian tomó un momento para mirar las caras de los miembros del Consejo. Eran de atención, con dubitaciones, sí, pero nada más. Incluso Bracken había bajado el mentón y buscaba obstáculos que presentar a la cámara, aunque aún mantenía silencio. Quizá el único que podía desplegar era el del respeto por el mito de Hellich, uno ya desmontado por las explicaciones de Brian. Incluso el gerontocrático Consejo se había dado cuenta de que los cambios eran necesarios, que alguien debía introducir esa clarividencia para hacer a la Sociedad entrar en la nueva realidad desde una posición renovada e integrada que protegiera su seguridad, su anonimato. No, el Consejo no encontraba la manera de justificar el mantenimiento de una forma de política que por el dogmatismo de sus representantes empezaba a asemejarse peligrosamente a una religión autodestructiva.

- Recuerden, Señorías, que aquí estaremos todos nosotros. Seremos testigos de excepción de cuanto acontezca en esta sala. Y si las novedades toman un rumbo peligroso para nosotros y para nuestros socios a quienes protegemos, - la voz de Brian bajó de tono y sonó tétrica y peligrosa – sus Señorías entenderán que la Sociedad sabrá qué hacer al respecto.

Los rostros de los Decisores habían perdido el color. No era extraño hablar de medidas tan drásticas en aquel lugar, pues la red de intereses que manejaba la Sociedad era poderosa como ninguna y tales medidas no eran extrañas, pero la manera de ser planteadas había colmado las expectativas de aquellos hombres, sedientos de cierto abuso de poder.

Mientras todo esto sucedía, una Chase, aún expectante, impaciente y también preocupada, esperaba noticias. Si el Consejo tomaba la decisión, se le asignaría un momento para dirigirse a él y presentar su candidatura, pero también podía suceder lo más fatídico de todo: que X encontrara la manera de soslayar la presión, la destapara y fuera denunciada ante el mismo Consejo al que pretendía persuadir. Aún no podía dejar de pensar que aunque el rédito era descomunal, también el riesgo lo era, como la imposibilidad de escaparse llegado el momento. La Sociedad se extendía como una red infinita por empresas, administración pública, política... Todo queda bajo su control, todo el mundo está a su disposición. La posibilidad de desaparecer ante sus ojos no era más que una misión utópica.

Habían pasado varios días desde que retara a Tracy, pero su vida había vuelto a una fingida normalidad. Había cumplido con sus obligaciones de ejecutante, había adquirido nuevos disfraces listos para seducir y también se había reunido en una ocasión con el resto de las chicas en la tienda de Jessie. Era difícil sentirse segura en aquel lugar, especialmente porque su apoyo no era homogéneo y el paso del tiempo, un tiempo silencioso que no traía noticias de ningún tipo, hacía presagiar lo peor al grupo. La lógica de su amenaza había sido firme y correcta, pero la falta de respuesta estaba comenzando a minar su propia confianza.

El mismo día que el Consejo debatía la pertinencia de eliminar las limitaciones a las ejecutantes, tales como la imposibilidad de contacto con más personas de la Sociedad, o el que más interesaba a Chase, los limitantes políticos, ésta se esforzaba por alcanzar un nuevo éxito en una misión recién encomendada.

- Hemos llegado – escuchó Chase de una voz ronca y alcohólica.
- ¿Eh? – dijo ella, como volviendo a nacer en un nuevo mundo, porque aquel del que venía acababa de ser cancelado repentinamente. Había alcanzado tanta seguridad en sus misiones, que hasta el sueño le visitaba minutos antes de sus actuaciones-.

Chase echó mano a su apretadísimo bolsillo y deslizó un billete entre los dos asientos delanteros del taxi:

- Cóbrense, ¿quiere? – dijo sin mirarle, intentando adivinar en qué parte del aeropuerto se encontraba.

- Claro, aunque si quiere abrir las piernas – dijo mirando por el espejo retrovisor -, y contar hasta diez, cerramos negocio y le devuelvo el dinero... - y firmó su propuesta con una sonrisa torcida para sostener un cigarro casi consumido.

Chase recogió su maletín, uno negro, fino, de piel y cierres dorados, abrió la puerta y extendió sus enormes piernas sobre la acera sin prestar atención ninguna por la palabras del taxista:

- ¡¡Lláname cuando regreses del viaje!!, pu-ti-ta – le siguió diciendo, mientras Chase cerró la puerta sin recoger el cambio.

Chase se puso unas gafas de sol tan oscuras que consiguió combatir la claridad impertinente de un clarísimo día. Parecía verano, si no fuera por el frío que enseguida sintió en sus piernas, casi desnudas, imposibles de cubrir con su minifalda ejecutiva. Llevaba un traje que los peatones hubieran definitivamente vinculado al mundo de los negocios, cosa que Chase consideraría un nuevo éxito de atrezzo y no tanto un acto de comunicación no verbal, a pesar de que ambas cosas tienen mucho que ver entre sí. No, Chase había decidido de antemano que era, precisamente, la reacción que necesitaba. Era lo que su nueva víctima esperaba encontrar: un ser humano de negocios, aunque lo de que fuera una mujer, sin duda, iba a sorprenderle.

El hombre, cuya aparición se esperaba para dentro de cinco minutos por la entrada de desembarcos nacionales, se llamaba Berton Boube, un abogado del otro lado del país enviado para destruir la vida de un hombre cuyo destino le había sido arrebatado a las manos del azar para ser puesto en las de una Sociedad que, en forma de ángel de la guarda, iba a hacer de él un espacio más cómodo donde vivir. Y Chase era la herramienta, aunque en esta ocasión, la misión estaría muy por debajo de la herramienta. La rubia lo demostró cuando, dejando el maletín en el suelo y bajándose las gafas de sol un centímetro sobre la nariz para ver por encima de ellas un instante, atrasó una hora su reloj de pulsera. La nueva hora era la una de la tarde.

A continuación, recogiendo el maletín, comenzó a dibujar ángulos perfectos con sus piernas en forma de tijera hasta deslizar todo su arsenal hasta el interior del aeropuerto. El interior del mismo era un espacio amplio con un mostrador central en el que prometían información, aunque a Chase le sirvió como punto de reunión con el Sr. Boube. Allí se encontraban dos hombres: uno de ellos llevaba una camisa estampada hawaiana perfecta para descubrir las utópicas playas de tan idílico archipiélago pacífico,

pero que a la observadora le resultó de lo menos indicado para una vista judicial en menos de seis o siete horas. La maleta de viaje de piel que adjuntaba junto a su muslo izquierdo tampoco fue un motivo para considerarlo “su hombre”. No así sucedió con el otro individuo, que vestía un traje oscuro con rayas discretas y una corbata de color rojo. Estaba bien afeitado, llevaba un maletín de color negro y a medida que Chase lo se acercó a él descubrió que agarraba un sombrero colocado sobre el mostrador de información.

La perfecta ejecutante no revela sus cartas hasta el último momento, excepto aquellas que sirven a los intereses de un farol bien llevado, de manera que continuó observando. Esa era la primera norma que la Sociedad le enseñó: saber mirar a su alrededor, atribuir perfiles y mentalidades a sus víctimas y construir ideas y conocimientos a partir de los indicios a su alrededor. Claro que, en este caso, no era necesario ser una ejecutante de grado para saber escudriñar quién de los dos sería el Sr. Boube, de manera que dio debut a su premeditado show:

Se acercó al mostrador, a sólo cinco centímetros de las rayas del traje del hombre del sombrero. Dejó su maletín en el suelo lentamente, como saboreando la subida desde él, en paralelo con aquel hombre, y preguntó a la azafata del interior del mostrador:

- ¡Disculpe! – su voz sonó dulce y atractiva como la de una secretaria de lujo capaz de hacer a un hombre feliz.

El hombre a su lado pudo oler a Chase y, con un gesto de gusto, se apartó ligeramente para restar tensión.

- ¿Puedo ayudarla, señorita? – dijo la azafata dando media vuelta.

- Es posible. Estoy buscando a un hombre llamado Boube con quién me he citado aquí mismo. ¿Ha preguntado alguien con ese nombre?.

El rabillo del ojo derecho de Chase estaba en plena misión, examinando cada gesto del hombre que tenía a su lado, esperando de él un gesto de interpelación, aunque fuera involuntario, que terminara revelando su identidad. Sería el momento para que Chase comenzara a aumentar su dulce tono e interpretar a la mujer que le acompañaría durante el día hasta la hora del tribunal y vuelta al aeropuerto. Sería la mujer de sus sueños, profesional... y algo más, por unas horas.

Pero las cosas no fueron exactamente de ese modo. Su rabillo no sirvió de mucho, ya que ningún gesto de identificación fue detectado por el flanco derecho. Muy al contrario que su visión de fondo, desde donde, el hombre de colores abigarrados, levantó la mano con una enorme sonrisa poco afeitada:

- Perdona, ¿es usted Chase? – Tenía unos ojos pequeños abiertos del todo para la ocasión, quizá por efecto de ver a la hermosa mujer de negocios que había venido para recogerlo a él.

Chase también abrió los ojos y, disculpándose con la azafata, recogió de nuevo el maletín, rodeó el mostrador y besó por obligación en las mejillas al gordo turista con estudios de derecho que sería “su hombre”, como nunca hubiera acertado inicialmente.

- Es un placer conocerle, Sr. Boube.

- ¡Para mí también!, ya lo creo, ¡preciosa! – y soltó dos pequeñas carcajadas de impaciencia y premeditación sexual que a Chase no le gustaron lo más mínimo.

- Si me permite, le acompañaré durante el día y me ocuparé de que llegue al tribunal con tiempo suficiente.
- Creo que hoy me lo voy a pasar muy bien, fíjese.
- Estoy seguro de que sí – contestó Chase con seriedad, manteniendo las formas más que prometiendo servicios que en el pasado había entregado para otros pero que hoy no estaba dispuesta a ofrecer dado el escenario.

Ambos salieron del aeropuerto y se metieron en un taxi.

- Supongo que le apetecerá almorzar, ¿no es cierto? – Preguntó Chase, quitándose las gafas de sol.
- Si es con usted, lo que haga falta – contestó él con su sonrisa impaciente y su camisa hawaiana.
- Conozco un lugar tranquilo fuera del centro de la ciudad, espero que no viniera con intención de conocerla.
- Esta no es la ciudad de mis sueños, créame. Creo que será mejor conocerla a usted, ¿no le parece?.
- Estoy seguro de que tendrá ocasión, Sr. Boube – dijo mientras se dirigía al taxista, en esta ocasión silencioso y educado-. Vamos a Beauty Hills, a “Smithsons”, por favor.
- De acuerdo – contestó el taxista mientras se ponía en marcha.

Los monumentos, esas cicatrices anacrónicas en las que muchos encuentran la identidad del individuo que es cada ciudad, no habían resultado de especial interés para Chase, o al menos más allá de los trabajos escolares, aunque, éstos, aprendidos y entendidos casi por obligación, como muestra de un sistema docente de escasa calidad, habían quedado vagamente retenidos en la mente de la rubia. Por lo menos, aquellos conocimientos daban de sí lo suficiente para, según se iba a ellos acercando, rodeando y rebasando, el taxi, ir comentando dos o tres apuntes, alguno de ellos seguramente inventado (para regocijo secreto del taxista que escuchaba silencioso y correcto), que sirvieran a modo de nota turística de tercera. El Sr. Boube hacía más caso de las rodillas de Chase que del desarrollo histórico de los acontecimientos, torpemente narrados por la rubia, acerca de los monumentos mostrados en cuestión, aunque trataba de hacer un fingido caso a las indicaciones de su improvisada guía con la no tan inocente intención de agarrarse a sus palabras e, inventando chistes malos, conseguir las atenciones, incluso pequeñas sonrisas sin importancia, de su femenina acompañante. Le hubiera gustado lograr de ella una atención incondicional, pero aquella mujer de piernas infinitas, enfundadas en oscuro y cubiertas tan sólo parcialmente por la falda ejecutiva, se mostraba tan digna como él necesitaba para sentirse aún más atraído.

El camino se veía frecuentemente interrumpido por las inclemencias inapelables del tráfico habitual de la zona, especialmente en día de diario y a hora punta. En realidad no sucedía por casualidad, y mucho menos como motivo de fastidio para Chase, que había tramado de antemano un desplazamiento lento y accidentado en lo posible para demorarse todo lo posible a lo largo del día. Su objetivo, evitar que el Sr. Boube llegara a su relevante cita vespertina, no sólo pasaba por poner a funcionar sus encantos visuales, cosa que hacía desde que se encontró con aquel hombre en el aeropuerto, sino que pasaba por un completo programa de despropósitos en el itinerario hacia todos y cada uno de los posibles destinos durante su estancia en la ciudad. De esta manera, como había descubierto en otras ocasiones, los embotellamientos urbanos podían hacer por ella un trabajo de ejecutante y ahorrarle un despliegue sexual que no deseaba.

realizar, mucho menos con aquel sudoroso abogado cuya vida empezaba a ser considerada por Chase como la menos interesante de cuantas víctimas había despachado en su nuevo trabajo.

El tiempo fue pasando y el vehículo alcanzó por fin la frontera límite del casco urbano, abandonado el cuál apareció un camino mucho más rápido que se dirigía hacia una zona montañosa fuera de la ciudad. En realidad, el trayecto fue muy veloz a partir de aquel momento y no tardaron en alcanzar una minúscula zona comercial ciertamente elevada desde donde se alcanzaba a ver gran parte de la ciudad. El Sr. Boube se mostró encantado con el lugar y lamentó no tener pensado quedarse más que esa tarde y no poder subir a ese lugar durante la noche para disfrutar de la vista. Chase reconoció la posible escena nocturna como una oportunidad ideal de reducirlo como víctima (de hecho algo tópica, eso sí), pero decidió que no sería necesario dado que la cita del Sr. Boube sería a las seis de la tarde.

- Bienvenidos, ¿serán dos personas? – Preguntó una hermosa y joven camarera sosteniendo un par de cartas, además de su sonrisa-
- Sí, gracias. Una mesa especial, por favor – Pidió Chase, cuyo objetivo era que el ambiente de aquel local, y un poco de alcohol bien justificado, espesaran la lucidez de su víctima-
- ¡Eh!, ¡preciosa!, sabe usted pedir una mesa... - le dijo el Sr. Boube en voz alta a Chase mientras soltaba una enorme carcajada y se relamía con la mirada.
- Este es un sitio agradable, creo que servirá para que se relaje antes de su compromiso de esta tarde, Sr. Boube.
- Sí, creo que me vendrá bien, ¡no todo va a ser trabajar!, ¿no les parece? – Contestó riéndose mientras miraba a la camarera y a Chase.
- Si me acompañan, por favor... - murmuró la camarera dando media vuelta y enderezando su cuerpo al completo antes de empezar a andar, quizá temiendo que el de la camisa hawaiana comenzara una examen biológico algo grosero de sus posaderas y formas femeninas desde su privilegiada situación tras ella (cosa que, por cierto, no tardó en hacer, primero con la camarera y después con Chase).

El local no hubiera sido destacado en ninguna guía gastronómica ni de ocio por su excepcional tratamiento de la luz. Por el contrario, no sólo apenas dejaba entrar luz natural, sino que además no gestionaba bien la poca luz interior que se reflejaba de una pared a otra. Se trataba de un lugar muy oscuro dividido en pequeñas habitaciones sin puerta que partían todas de un pasillo central. Las paredes tenían una textura arcillosa pero de color amarillo gastado, casi gualda, y una caída irregular llena de salientes, como si hubieran sido moldeadas con manos humanas. En el interior de cada pequeña habitación había un par de velas encendidas y unos puntos de luz alrededor, muy discretos, que alumbraban en tonos amarillos toda la pequeña estancia.

Según caminaban a lo largo del pasillo iban dejando, a izquierda y derecha, habitaciones de donde partía cierto alboroto lleno de risas y gritos de otros clientes. Era inevitable echar una ojeada de lado a lado y descubrir que a través de las puertas de aquellas estancias se iban descubriendo varios de los comensales. Algunos de ellos proponían sonoros brindis para celebrar eventos que tan sólo ellos conocían, pero otros contaban historias o anécdotas en voz alta, casi como si pretendieran compartir su recuerdo con el resto de clientes del local.

Al final del pasillo había dos estancias. La de la izquierda, mucho más pequeña, había sido utilizada por los empleados del “Smithsons” para depositar cajas vacías y cartones que contenían botellas de vino y otras cosas. Era una suerte de despensa improvisada en un lugar diseñado inicialmente para los clientes al igual que el resto de las salas del local. En la estancia de la derecha, no demasiado grande, fue donde la camarera instaló a Chase y al Sr. Boube, que enseguida celebraron, más él que ella, mejor ella que él, la intimidad del lugar. Resultaba, si cabe, más oscuro que el resto de las estancias oteadas al pasar y, al estar al final del lugar, recibía pocos ruidos. Por supuesto, la reducción del espacio no supuso perjuicio para el par de velas colocadas sobre la mesa central de madera de la estancia. La camarera, a continuación, dejó las cartas sobre la mesa, encendió las velas y abandonó la estancia.

- ¿Está usted casado, Sr. Boube? – Preguntó Chase buscando un tema cómodo.
- Buf... hoy no, ¿me lo acepta? – Dijo él, después de resoplar con disgusto evidente.

Chase lo miró a los ojos y le dibujó una congelada sonrisa distante, aunque a él le pareció un gesto de agrado.

- Bueno, no le pediré que me hable de su esposa.
- ¡Como si no tuviera!; esa vieja no se acuerda de mí más que para pagar las putas fac...
- Seguro que no es así, tendría usted que conocerla mejor.
- ¿Conocerla?. ¡Echarla de casa! Eso es...
- Está bien, está bien, hoy no tendrá que pensar en ella.
- ¡Pero si no lo hago!, ¿no ve que pienso en usted? – y soltó una risotada.

Chase buscaba la manera de mantener la distancia, diseñarse a sí misma como un objeto de deseo, pero no estaba dispuesta a entregarse fácilmente o buscar una situación de ataque explícito. Había sido entrenada para ello, pero había descubierto cómo conseguir sus objetivos reduciendo sus concesiones. Aquel hombre, en realidad, no estaba a la altura de casi nada en la vida, mucho menos de un juicio como aquel en el que tendría que participar esa tarde, y aún menos para combatir contra una especialista como Chase.

- Creo que será mejor que deje de pensar en su esposa, le veo algo indignado.
- Usted me alegrará el día, ¿de acuerdo?.
- Como sabe, Sr. Boube, yo sólo estoy aquí para acompañarle mientras resida en la ciudad.
- Sí, sí, pero sólo estaré hasta esta noche, Chase – Dijo mientras ponía una de sus manos sobre la rodilla de Chase. Ella fingió sorprenderse ligeramente y abrió los ojos, mirándole. Una interpretación impecable.

- Sr. – tragó saliva- Boube, sabe que mi tarea es acompañarle, y nada más. – Él rió sin mucho estruendo-.
- La verdad es que usted es lo mejor del día.
- De momento habrá que pensar en qué pedir, ¿qué le apetece tomar?.

El Sr. Boube tenía la mente en muchos y diversos lugares, pero de la anatomía, la cubierta y la descubierta, del cuerpo de Chase, y no la orografía de los platos que iban llegando uno tras otro a lo largo de la conversación. Puede que aquel hombre debiera haber tomado lo más adecuado para un día de responsabilidades, pero su impaciencia por el traje negro de Chase despistaba su apetito, y la camarera retiraba cada plato casi

sin tocar. Él estaba entusiasmado, apenas podía creer que la empresa le hubiera enviado una acompañante tan maravillosa. Sin duda, debía ser un error, o quizá es que querían agasajarle dada la responsabilidad que asumía acudiendo a su cita de por la tarde. Tales eran sus reflexiones, aunque algo fragmentadas puesto que sus ojos desnudaban a Chase a cada frase que ella decía. Y su mano, importunada por el molesto manejo de los cubiertos en tan inoportuno momento, iba y venía de la pierna de Chase a la mesa, del pan a la rodilla de Chase, y entre la mesa y Chase se pasaron toda la comida, especialmente durante la fase del café, bebida que pudo tomar con la ayuda de una única mano. La ejecutante sabía lo que hacía y prestaba su rodilla, como triunfo para él, en forma de irrelevante concesión para ella. Mientras, su interpretación seguía en marcha.

- Sr. Boube, son las tres y media – mintió Chase mirando su reloj primero y enseñandoselo a él luego -.
- ¿En serio?, así tendremos más tiempo para nosotros – dijo él entusiasmado haciendo el gesto de mirar su propio reloj, pero cancelando el movimiento justo en el último instante, como si desestimara la necesidad de comprobarlo por sí mismo.
- Sí. Aquí al lado hay un pequeño hostel en donde puede descansar y preparar su reunión, si le parece buena idea.
- ¿Ir a un hostel?, ¡claro!, ¿vendrá usted conmigo?.
- Es mi tarea acompañarle durante todo el día, como ya sabe.
- Ya lo creo, ¿y cómo de profesional es usted en su trabajo? – dijo, y rompió en una gran carcajada maliciosa a la que Chase contestó con un gesto de agrado.
- Eso es lo más importante que he venido a hacer. ¿Vamos?
- ¡Vamos!

El hostel “Sueño Lúcido” parecía, en realidad, una especie de construcción mexicana, con la fachada de color blanca, y tan sólo un segundo piso de altura con un par de balcones. Era una negocio familiar, regentado por una señora de facciones apretadas y duras, de esas capaces de enseñarle a uno la habitación alquilada para volver a entrar casi sin llamar a los diez minutos, como si en realidad aquella siguiera siendo su casa y la habitación una más de la morada. Vigilaba cada movimiento de sus clientes en las habitaciones, como si le fuera en ello la responsabilidad de la seguridad de todo el negocio. Ella fue quién acompañó a Chase y al hawaiano sudoroso hasta el piso de arriba, a habitaciones separadas. La de él era la más grande de las dos, ya que Chase se empeñó en que su servicio era mejorar su estancia en todo lo posible. Los gastos también corrieron por cuenta de la rubia, que en realidad no pagaría ni un céntimo de la factura por sí misma, aunque de eso, el Sr. Boube, en realidad, sabía bastante poco... y jamás hubiera entendido ni una sola palabra. Las cuestiones de la Sociedad estaban muy por encima del entendimiento que él practicaba del mundo, o mejor, muy por debajo de donde él pisaba, como sosteniendo la realidad que él consideraba sincera y sólida, pero agujereada en realidad.

Chase se despidió del Sr. Boube justo después de prometer que podía estar seguro de que le despertaría una hora antes del juicio, tiempo que él consideró más que suficiente para invitar a la ejecutante a su habitación, instar a suceder determinado manoseo que ansiaba con todo su cuerpo y llegar a tiempo al tribunal. El plan de Chase se estaba tramando solo, de manera que no tuvo ningún reparo en aceptar el encargo. Ambos entraron en sus respectivas habitaciones, aunque lo que sucedió en cada una de ellas resultó muy distinto. Mientras en la de él, las prendas, también sudorosas y amplias, volaban hasta caer sobre el respaldo de una silla de madera que había en frente de una

pequeña mesita bajo la única ventana, en la de ella ninguna prenda dejó de acometer su función natural. La única excepción fueron los zapatos que Chase se quitó enseguida: “Mataré a Rayanne”, mientras se frotaba los pies con un gesto de dolor. Sabía que no debía dormir, ni tampoco dejar de estar alerta. Era muy improbable que el indeseable abogado al que estaba martirizando con su simple y sexy andar abandonara de improviso la habitación y se las arreglara para llegar rápidamente hasta el tribunal, cosa que Chase debía evitar a toda costa. Sin embargo, no era cuestión de correr riesgos innecesarios, de manera que tomó la correspondiente silla de madera que su habitación también incorporaba y la arrastró hasta estar a diez centímetros de la puerta principal de la habitación, la que daba al pasillo. “Desde aquí oiré lo que sucede ahí fuera”. En realidad, la silla también estaba lo suficientemente cerca de la pared común con la habitación del Sr. Boube como para escuchar los movimientos que allí se produjeran. Por ahora, todo estaba tranquilo y aunque casi podía sentir el influjo del sueño, ya logrado, del Sr. Boube al otro lado del tabique, aguantó atenta con el traje impecable, sentada derecha y en vigilia.

La mente de Chase, de todos modos, no pudo evitar vagar durante un momento por las vitrinas de su propia vida, una de la que se había distanciado deliberadamente como método de seguridad durante la operación. Cuanto más lejos estuviera de quién verdaderamente es, menos posibilidades habría de que la vida falsa que representaba se confundiera con la auténtica revelando datos confidenciales... o peor, dando lugar a contradicciones que pondrían en entredicho su papel y comprometerían el objetivo final. Verdaderamente, el tiempo había permitido a aquella mujer experimentar y perfeccionar más que de sobra la estrategia y su capacidad para olvidar su propia vida tan sólo se veía amenazada en etapas de espera, demoras vacías, etc. durante las operaciones. Eran momentos inocentes, de todos modos.

En aquel momento, los recuerdos de Chase se centraban en la escena vivida con X, el Sr. Tracy. Su órdago había sido de gran contundencia y el silencio que se había generado desde entonces empezaba a preocuparle. Los cabos habían sido atados con atención y existían pocas cosas en las que Chase no hubiera pensado con anterioridad. Sin duda, aquel hombre encontraría difícil averiguar la manera de desmontar su acción de presión, pero no era menos cierto que la percepción que ella tenía de aquel líder era excesivamente parcial como para prever con toda seguridad que no guardaba ningún as en su manga. “Un hombre de tanto poder debe tener muchos recursos”, se dijo a sí misma. Se moría de ganas por saber qué estaba sucediendo en algún lugar, dentro de la Sociedad, pero no tenía modo directo de informarse. El contacto de Josh era demasiado arriesgado, demasiado sencillo de descubrir, especialmente después de haber descubierto su identidad a X que tenía acceso a toda la información personal sobre ella, incluyendo su dirección. No, tendría que esperar que los acontecimientos, en el interior de la Sociedad, de ir en la dirección que ella esperaba, se produjeran con total solidez y que de ellos fuera informada por Y, la única persona que podía hacerle llegar información de manera segura y sin levantar la sospecha de que escondía una estratagema.

De repente, Chase se vio cerrando amorosamente sus brazos en torno al cuello de Brian Gladd y propinándole un amoroso beso en los labios. Llevaba un salto de cama de color burdeos brillante y ropa interior de raso. Él tenía los ojos cerrados y la cogía por la cintura. Y rápidamente, los ojos de Chase se abrieron por decisión de un impulso

salvaje que había liquidado toda posibilidad de continuar con tan insólito sueño: “¡NO!, ahora tengo que vigilar a Boube”, se exclamó mentalmente.

De una manera u otra, el tiempo pasó y el reloj de Chase, con su actitud tan deshonesto como la de su dueña, marcaba ya las cuatro y media de la tarde: la hora prometida para despertar a Boube. Sólo quedaban treinta minutos para que el tribunal tomara una decisión nada favorable para los intereses de la compañía a la que representaba el Sr. Boube, a pesar de que él hubiera llegado con toda la intención de obtener un éxito rotundo. Si al menos se hubiera despertado por sí solo en aquel momento y hubiera mirado su propio reloj, el único punto débil de la estrategia de Chase, quizá pudiera haber tomado un taxi y haberse estresado por llegar al tribunal a tiempo. Pero las curvas de la rubia lo habían hipnotizado y estaba, claro, fuera de batalla alguna. Y además, convencido de que no eran más que las cuatro y media de la tarde.

- ¡Sr. Boube!, ¿está usted ahí? – Exclamó Chase desde el otro lado de la puerta de la habitación del Sr. Boube, la número tres del hostel. Por un momento, la rubia sintió su sangre congelarse al no recibir respuesta, pero finalmente logró una:

- ¿Es usted ... Chase? – Ella quiso entender estas palabras a partir de un musitar lánguido que procedía del interior. Pareciera que el hawaiano hubiera tenido una mala digestión, aunque cuando recibió la invitación de entrar y lo vio, descubrió que, simplemente, las siestas de aquel abogado fracasado eran repugnantes y terminaban por dejarlo peor de lo que estaba antes. La cama estaba totalmente desarmada y la sábana superior mostraba una enorme mancha oscura producto del sudor de aquel feto gigante y grasiento, con pelos por toda la barriga, que trataba de enfundarse los mismos pantalones de aquella mañana.

- En un momento estaré con usted, ¡preciosa! – dijo con voz sin energía, como realizando un esfuerzo sobrehumano en su cotidiana labor.

- No se preocupe, ¿ha dormido bien?.

- No sé porqué le hice caso, Chase. Tenía que haberse quedado conmigo, así no habría dormido y ahora estaría mejor.

- ¡Qué dice!, ahora estará más despejado.

- No creo...

- Y tendrá un viaje de regreso más animado. Quizá tenga que salir tarde del tribunal, ¿lo ha pensado?.

- Ni me lo recuerde... ¿quiere pasarme ese vaso de agua, hace el favor? – Le dijo mirándola por primera vez desde que había entrado y señalando a la pequeña mesita junto a la cama. Sobre ella yacía un sucio vaso que prometía contener agua, aunque nadie la hubiera catalogado como tal sin un análisis químico previo dado el color del líquido que contenía. Chase sintió una náusea pero se la dejó dentro, para sí misma -.

- ¿Cómo no? – Dijo ella, acercándose a la mesa, tomando el vaso con la menor superficie de contacto posible y se lo acercó.

- Gracias. ¿Usted ha dormido? – y bebió el plasma del interior del vaso con desafortunada avidez.

- Er... no mucho, no tengo costumbre.

- Yo tampoco debería – dijo, y a continuación, casi sin pausa, dejó salir en bocanada todo el aire retenido mientras bebía sus tragos enormes-. Pero si lo intento, lo consigo, ¿no es una desgracia?.

- Hay quién pagaría por tener esa capacidad, ¿lo ha pensado?.

- Se la regalo.

- No vea así las cosas. Piense en recuperarse... ¿quiere tomarse una copa de algo?
- ¡Usted quiere matarme!, Chase, ¿seguro que está de mi lado?
- Por supuesto, Sr. Boube. Pero es la primera vez que me rechazan una copa. Es usted un hombre muy especial, por lo que veo – Chase miró su reloj: las cinco menos cuarto, una hora más en el tribunal. Quince minutos de gloria para una ejecutante aventajada-.
- Ojalá pudiera demostrárselo, hermosura...
- ¿Cómo lo haría?, tengo curiosidad. – Chase empezaba a endulzar su tono, contando los segundos para alcanzar el fin de su nueva proeza. Seguido, se quitó la chaqueta oscura de su traje y se lució ante el de la camisa de colores con su minifalda de infarto, el de él, y una camisa blanca de rayas agrises sólo subdividida, como fronteras de orden sexual, por unos tirantes que pusieron a tope al Sr. Boube-.
- ¡Vaya!; es usted aún más atractiva de lo que parece... y parece que tiene una parte oculta.
- ¡Oh!, no, no se crea tanto, Sr. Boube – dijo mientras caminaba hacia él.
- ¡Vaya que si lo tiene!, ¿quiere hacerme caso? – exclamó mientras abandonaba la cama, se ponía en pie y trataba de alcanzar con sus brazos la cintura de Chase-.
- Quizá lleve algo de razón. Debo decirle que no suelo comportarme así en estas situaciones.

Pero eso ya se lo temía el Sr. Boube, engañado por más cosas de las que hubiera podido sospechar incluso de haber estado sobre aviso, mientras la tomaba ya en efecto por la cintura y sentía el ensancharse de la falda, corta, bajo ella. Chase miró de reojo su reloj: las cinco menos diez. Aún quedaba la última maniobra.

Con un movimiento brusco, cogió las manos de él, las levantó por encima de su cabeza y le empujó de esta guisa hasta la pared. Lo tenía entre la espada y su camisa, con sus manos levantadas, y con el pecho apretado con el de aquel hombre. Chase respiraba por la nariz lo que fue interpretado por Boube como un gesto de desinhibición y excitación, pero de verdad no era más que la estrategia que Chase tuvo que poner a funcionar urgentemente para afrontar la arcada que sentía subirle por la traquea.

Él se reía como paladeando el éxito, uno cuyo mérito se atribuía por alguna extraña razón.

- ¡Sabía que al final tendría que caer!, Chase – le dijo, aunque ella no escuchaba, sólo contaba. Contaba los segundos que imaginaba que su reloj estaba marcando de camino directo hacia las cinco de la tarde, las seis en cualquier otro lugar del edificio y de la ciudad. Contaba los pasos que daría para abandonar a toda velocidad el hostel. Contaba con el coche que había aparcado el día anterior a pocos metros del hostel en previsión de una situación que de espontánea no tenía ni el principio. Contaba con imaginar a aquel seboso abogado fuera de juego, prácticamente desnudo, asqueroso, sin medio de transporte, sin saber dónde estaba en realidad, sin saber cómo llegar al tribunal... y sin saber la hora. E insistida por esa prisa y ese disfrute de tanto contar, dejaba que su cuerpo se restregara por el de él, especialmente sus pechos. Él reía, cada vez más fuerte, con el riesgo de que la dueña del hostel decidiera investigar por su cuenta. Las ropas de ella comenzaban a perder su rectitud y su limpieza, comenzaban a arrugarse de tanto roce. Él ya no reía, sólo resoplaba y movía sus brazos cortitos y ridículos por la espalda y el trasero de Chase, demasiado dinámicos, ambos, para ser palpados con detenimiento. La verdad es que sólo buscaba, desesperadamente, apretarla contra sí mismo, a pesar de que no era necesario porque ella ya hacía fuerza para pegar todo su cuerpo al de él. Una de sus piernas había empezado a flexionarse elevando la rodilla

entre las piernas de él, resbalando desnuda con facilidad y rozándose con la tela de sus pantalones.

De reojo, vio las cinco menos cinco.

En ese momento, y además precisamente por eso, se alejó de repente de él dejándole en pleno respirar de emergencia, recuperando el aliento. La miraba interrogativo, confuso, pero también muy excitado.

- No te acerques – Le dijo-.

- Muñeca... - sollozó, implorándola.

Chase estaba a un metro de distancia. Giró sobre sí misma y se puso de espaldas a él. Tenía las piernas juntas, preciosas, y terminaban desvaneciéndose bajo la falda oscura, de negocios. Él escudriñaba el plano como para recordarlo para siempre, pero también sintiendo en su interior las ganas de tirarla sobre la cama con toda la violencia de sus músculos.

Llegó a dar medio paso sobre ella, pero...

- ¡¡¡SHHHHH!!! – le ordenó Chase con un dedo comandante, lo que le detuvo de inmediato-.

Las manos de Chase se posaron una a cada lado de su falda, sobre sus caderas. Y empezaron a subir, solidarias con la tela que fue descubriendo lo que de los muslos de Chase, el Sr. Boube aún no había visto ni tocado. Éste sudaba haciendo grandes esfuerzos por no hacer nada. Pero ella continuaba, sin mirarle. Por la parte inferior de la línea horizontal que la tela de su falda trazaba detrás de ella, justo en frente de la tensa mirada del Sr. Boube, fue apareciendo una mancha de color negro, en forma de bulto, y de encajes. Poco a poco, la zona se convirtió en las braguitas de la muchacha totalmente descubiertas. La falda quedaba como arremangada sobre la cintura, descubriendo una fotografía que a Boube le pareció utópica, imposible, excesivamente pulcra y precisa para ser de verdad.

Y entonces, Chase inclinó su cuerpo lentamente, sin flexionar sus piernas, hacia delante al tiempo que abría éstas, quedando en una posición que excedía dilatadamente la capacidad de excitación del Sr. Boube. Todo su culito, en posición de recepción, sólo protegido por una tela que más que atenuante era el agravante principal de la escena, quedaba a merced de aquel hombre incapaz de gestionar lo que estaba sucediendo. La realidad le obsequiaba con lo que parecía ser la mejora infinita de la escena de una revista erótica o uno de sus sueños más encendidos, los más que cuidados. Era imposible desviar la atención, imposible pensar en otra cosa... como el tribunal, o la hora que era; imposible pensar en el lugar en el que estaba, cómo iba a volver a la ciudad o porqué estaba sucediendo algo así delante de sus narices. Sólo podía sentir el pulso en su miembro, latiendo con las ganas de salir y, atrapándola grosera y poderosamente con sus brazos, empujarse dentro de ella hasta explotar.

Y eso fue lo que estuvo a punto de suceder, si no fuera porque, tal como Chase, por otra parte, había premeditado con matemática precisión, en aquel momento se cumplieron las cinco de la tarde, es decir, las seis por el resto de los relojes de su zona horaria: Era

imposible que, aquel pobre perdedor, de haber tenido, gracias a un lúcido flash heurístico en su mente la genial aunque inútil idea de mirar su reloj, hubiera descubierto la auténtica hora que era, el engaño al que había sido sometido y la humillación en la que se encontraba a todas luces. Esto último, motivado especialmente porque la falda de la rubia cayó como una persiana y su cintura recuperó el equilibrio con sencillez. En un segundo, se encontraba ella arreglándose la ropa, recuperando su chaqueta y saliendo por la puerta ante la mirada desbaratada del Sr. Boubé:

- ¿A dónde vas...? – dijo él.

Sólo diez minutos más tarde, Chase dejaba que el viento despeinara su melena, libremente, mientras su coche recorría a gran velocidad los kilómetros que separaban el hostel de su casa en la ciudad. Era el momento de ir mudando la piel de aquella asistente del abogado, su personaje por unas horas, y recuperara el contexto de su auténtica intimidad. Empezaba a acordarse de nuevo de la tienda de Jessie, de la que hacía mucho tiempo que no sabía nada; del hermoso rostro de Heather, que aún le resultaba misterioso. Y peligroso... de alguna manera. También se acordaba de su pequeña Alice, a la que le suponía ya una experiencia avanzada, nada que ver con la novata ejecutante que conoció hacía tiempo. No es que echara de menos a aquellas mujeres, puesto que la distancia entre ellas y Chase era enorme en todos los sentidos, pero sí debía reconocer que necesitaba hablar con personas que conocieran su situación, ante las cuáles no tuviera que realizar un esfuerzo por ocultar los pormenores de su actividad. La mayor parte del tiempo la pasaba con personas ante quiénes debía fingir ser otra identidad totalmente diferente, o al menos disfrazarse de persona normal y rezar por los adentros para que no le preguntaran por su trabajo, pues ello le obligaría a mentir a quién no lo merecía.

Estaba ya alcanzando el límite exterior de la ciudad, a punto de entrar en sus calles más urbanas, cuando Chase escuchó el sonido impertinente de un teléfono. Con una mano en el volante, palpó a su derecha y descubrió un pequeño hueco de donde extrajo un minúsculo auricular sin cable. Pensó que decidir si contestar o no sería tenía poco sentido ya que la Sociedad sabía que se encontraba allí, en aquel vehículo, o lo averiguaría en poco tiempo. Siempre llevaban un control de todos los recursos que las ejecutantes consumían en su trabajo. No es que desearan reducir costes, pero sí mantener cierto control sobre los actos de sus chicas, verificar una correlación adecuada entre sus inversiones y sus resultados, y que nunca terminaran empleando las comodidades de la Sociedad en favor de estrategias privadas que pudieran incluso servir a conspiraciones revolucionarias. Así que pulsó un botón, el sonido dejó de molestarle y se lo acercó al oído:

- ¿Chase?, ¿eres tú? – preguntó una voz familiar para Chase.
- ¿Quién es usted?
- Uff... me alegro de saber de ti, ¿te encuentras bien?, tengo buenas noticias.
- ¿Josh? – preguntó Chase, insegura.
- ¡Aquí Brian! – exclamó divertido aquel hombre, como si jugara a un juego de identidades falsas-.

Chase abrió mucho los ojos y desarmó completamente esa identidad que en realidad era la suya propia y en la que se estaba sumergiendo de nuevo para convertirse en un instante en la amante mimosa e inteligente que Y esperaba encontrar. Su voz sonaba algo más entusiasmada que de costumbre, o al menos así era como la recordaba Chase, pero no tardó en reconocerle.

- ¡cariño!, ¿qué tal va todo? – dijo con voz cariñosa-.
- Mejor de lo que podrías esperar.
- ¡mmm!, ¿qué pasa?
- Lo han votado. Y han dicho que ...
- ¡Qué? – interrumpió Chase, impaciente-.
- ¡Que os van a dar una oportunidad! – exclamó Brian.
- ¡Síííí! – Gritó Chase a todo pulmón-. ¿Cuándo?
- No seas impaciente, dales unos días... esto lleva su ritmo.
- ¿Cuándo lo han decidido?
- Oye, no preguntes no vaya a ser que deje de contestarte.
- Por mi seguridad, ¿verdad?

Él mantuvo un silencio.

- Me lo temía. Bueno, no te enfades, ¡hoy es un gran día!.
- Ya lo creo, Chase. Tengo unas ganas enormes de verte. ¿Crees que...?
- ¡Hemos esperado esto durante mucho tiempo, Brian!, ¿ahora quieres...?.
- Nosotros, juntos, damos sentido a esto. ¿No puedo verte?.
- Podrás verme el resto de tu vida... cuando todo esto esté terminado y hayamos cambiado las cosas como de verdad queremos, Brian.
- Sí, supongo. Pero...
- Dame algo de tiempo, tengo que pensar cómo voy a convencer al Consejo.
- Puedo ayudarte.
- No, no, creo que ya has hecho demasiado por mí... y por todas nosotras.
- También es mi reto, Chase.
- Es más nuestro... y además necesitamos nuestra autonomía para que sea un proyecto legítimo.
- El Consejo lo ha ratificado, ¿qué más quieres?
- Tan sólo ha ratificado que nos dará la oportunidad, es sólo el comienzo. Todo está por decidirse. ¿Cuándo se me escuchará?
- Te avisaré, pero no será antes de una semana. Quizá dos.
- ¿Se notificará al resto de ejecutantes?
- No, el Consejo tiene su límite. Te darán a ti una oportunidad y después ya se verá. Yo he tomado responsabilidad sobre ti.
- ¿Me estás llamando en secreto?
- ¿Cómo de secreto es el teléfono que tienes en la mano, Chase?.
- Ya...
- No, este mensaje es oficial. Te estoy dando la noticia como parte del proyecto. Puedes comenzar a trabajar. Y ojalá pudiera yo hacerlo contigo.
- Vaya, entonces esta llamada...
- Esta llamada es conocida por la Sociedad, y no tienes nada de qué temer.
- Eso aún debo dudarlo.

- Hazme caso. Todo el proceso está parado... y el que os permite a vosotras declarar en el Consejo acaba de empezar. Es el nuevo orden.
- Está bien, está bien. Empezaré enseguida a preparar el discurso.
- Perfecto, mi amor.
- ¿Confías en mí?
- Claro que sí, seguro que tienes mucho éxito. Y yo estaré allí para apoyarte.
- Creo que te necesitaré mucho, Brian – Mintió la rubia-
- Confía en mí también.
- Lo hago.
- Un beso.
- Gracias por avisarme, un beso.

Casi en el momento de cortar la comunicación, su coche llegaba hasta la puerta de entrada al jardín de su casa. Allí sería donde quedaría aparcado, en espera de que alguien de la Sociedad, posteriormente, lo recogiera y lo enviara directamente al lugar de donde fue recogido en previsión de que otra ejecutante pudiera necesitar de él. Se trataba de una red logística que mantenía todos los recursos de la Sociedad ordenados y a disposición de sus mujeres ejecutantes.

Ya en el interior de la casa, encontró un sobre en blanco en el suelo, ante la puerta. Lo recogió doblando sus hermosas piernas y forzando los pliegues de su pequeña falda ejecutiva, se dirigió hacia el sofá del salón y allí soltó, como si pesaran toneladas y las hubiera cargado durante días, todas las prendas y objetos que había utilizado en su misión, tales como el maletín, en cuyo interior había poco más que papeles sucios, y la chaqueta que había terminado quitándose por el hastío de llevarla durante todo el día. Casi detrás de ésta cayó Chase, rendida, sobre el mismo sofá. Se quedó un momento mirando al techo, desde donde se la veía desmallada sobre los cojines de aquel lugar, totalmente desenergizada, aunque incluso en un momento como aquel, atractiva. Nadie hubiera encontrado aquel cuerpo indigno de una caricia, y a ello contribuía aquel traje, algo arrugado entonces, quizá fuera cierto, pero también morboso. La pequeña minifalda no podía subírsele más porque tan pequeña era que ni forma tenía que perder. Pero lo mejor era su camisa, totalmente pegada a su pecho, descubriendo su volumen y su forma, uno que muchas veces durante el día había traspasado la mente del Sr. Boube. En realidad llegó a catarlo poco, como correspondía a una misión de una ejecutante aventajada como Chase. Sin embargo, lo había tenido cerca. Ahora estaba allí, solo. No echaba de menos las manos de nadie, pues su función no era servir al corazón de su dueña, ese que tan cerca tenían, sino a la mente que gobernaba todo el cuerpo y que ya discurría las estrategias grandiosas en las que andaba inmersa.

Como si del sofá hubiera surgido una corriente eléctrica espasmódica, el cuerpo de Chase se arqueó y bajo la curva de su espalda se deslizaron sus dos manos, cada una por su lado, hasta encontrarse justo detrás, en la cremallera de la minifalda. Un sonido entre mecánico y vibratorio sonó enormemente prometedor y todo el contorno de la falda se destensó. A continuación le siguió un recorrer todo el kilometraje de sus piernas, elevadas en el aire, por el que se deslizó la deseada prenda hasta dejar a la rubia en braguitas. La falda terminó en el suelo, sobre la alfombra.

Chase tomó el sobre anónimo, se dio la vuelta hasta ponerse boca abajo sobre el sofá y la miró intentando adivinar qué habría en su interior.

¿Una carta de Alice?. ¿Quizá de Heather?. Hacía tiempo que no sabía de ellas, era lógico que quisieran enterarse de lo que estaba sucediendo. También podía ser de Tracy. Eso hizo que se helaran sus piernas, sobre las que tiró con dificultad un par de cojines como para taparlas. ¿Qué quería?. ¿Decirle que ya había cumplido con su parte?. ¿O quizá para decirle que había encontrado la manera de acabar con ella sin que la información sobre su empresa llegara a quién no debía llegar?. Lamentó por un instante haber trazado aquella estrategia basada en el chantaje a un hombre que no conocía, aunque se acordó de la llamada de Brian y ello le hizo sentirse más confiada. Estaba a punto de conseguir algo muy grande y no era el momento de lamentar los pequeños trazos de estrategias pasadas, se dijo a sí misma.

Abrió el sobre y extrajo de él un papel firmado en su parte inferior: Josh.

Una letra a máquina se articulaba como podía para decir:

“Querida Chase:

Si no te veo, si no me dices qué está pasando, empezaré a dudar de tus planes. ¿Por qué no puedo verte?. Sé que estás en marcha, que estás trabajando, pero ya no sé si por nosotros o sólo por ti. Bueno, debes saber que algo está sucediendo Dentro, ya sabes. Los socios están inquietos, como si hubiera un secreto rodando por ahí. He intentado enterarme, pero nadie suelta prenda. Sólo me dicen que dentro de poco, algo se hará público. Algo me dice que tú tienes algo que ver en esto, ya que nunca se había agitado tanto la estructura desde que la conozco. Si es así, si tú estás detrás, por favor dímelo. Llámame.

Josh. “

El gesto de Chase, entre molesta y pensativa, se torció sin que ella se diera cuenta. Josh había sido una escalera firme, una táctica para conseguir un punto de vista privilegiado. Sin duda, sin él no había conseguido alcanzar tan dentro de la Sociedad, aunque ahora no le necesitaba. De hecho, se dijo a sí misma, había empezado a ser una molestia. Toda una traba, un obstáculo. En realidad no era él, sino el efecto de haberle implicado a través de una sibilina y embustera relación sentimental que tan sólo se describiría a sí misma como tal vista desde el lado de Josh. El engaño ya había surtido efecto y Chase pensó que no lo necesitaría en el futuro. ¿Y si Josh se reencontrara con la realidad?. El corazón de Chase, algo inerte, podría espantar sus sueños, sus deseos para con Chase. No obstante, los prácticos conocimientos que la rubia había adquirido a través de tantas misiones de éxito para la Sociedad, al menos en lo que toca a psicología social, le servían para predecir una peligrosa respuesta por parte de aquel hombre herido. Si Josh descubriera la materia con que el corazón de Chase estaba construido; si entendiera lo inocente que había sido, lo simple que había sido la red con la que ella lo había capturado ciegamente, podría alimentar semejante sentimiento de odio y venganza que todo su plan podría temblar y correr peligro. Bien sabía ella que los sentimientos empujan a los hombres a perder la estructura de la vida, y que no podría esperar sino una respuesta poco meditaba y algo suicida. Desde luego, peligrosa.

No, Josh no debía descubrir ni un ápice de lo que estaba sucediendo en aquella Sociedad que creía conocer. De alguna manera, aún se debía de considerar a sí mismo, pensó Chase, como su confidente, como el hombre de dentro que le hacía llegar la información

clave para la estrategia final que pudiera reunir sus vidas. Él, pensó, debía seguir creyendo que era su fuente. Pero Chase había encontrado fuentes informativas mucho mejores, como Brian. Sí, su discurso debía estar sesgado de alguna manera, puesto que aunque el suyo era un corazón poco apropiado para dirigir semejante institución, no hay que olvidar que eran ya muchos los años durante los cuáles había regentado tal función y la experiencia puede tensar la carne de un corazón de buena fe. Cada palabra era una oportunidad para dudar de su propia veracidad, de sus intenciones. Pero, sin duda, versarían sobre los asuntos más privados y esenciales de la Sociedad y de su dirección, dando pistas sobre las que reflexionar e ir componiendo el puzzle de una estrategia que se venía urdiendo a dos bandas inconexas: la de X y la de Y.

Capítulo XIII

Tenía una cita, una que debía haber atendido hacía ya tiempo, con sus viejas amigas. La grandiosidad de sus planes le habían hecho subestimar a aquellas ejecutantes que le ayudaron a dar los primeros pasos y que enfocaron su estrategia, así como la propia filosofía de sus planes. Su conversación con Tracy... su venenosa relación con Brian... todo estaba muy por encima de las posibilidades de aquel grupo de chicas. ¿Qué podían ellas saber de lo que sucedía en la Sociedad?. Sin embargo, al igual que Josh, representaban una plataforma de lanzamiento con demasiado poder. Podían echar abajo sus planes en cualquier momento. Por otra parte, contar con su ayuda podría ser una buena decisión.

Pero la mente de Chase había ido ya más lejos. La estructura de su discurso ante el Consejo estaba empezando a cobrar forma, como las líneas maestras del dibujo que un artista va arrancando al papel a fuerza de pasar el lápiz una y otra vez por los mismos sitios y en la misma dirección. Los pilares de sus palabras se articularían sobre unas ofertas que los Decisores, aunque ella aún no los conocía de cerca, sabía que no podrían rechazar. O al menos ese era el objetivo que pretendía conseguir trazando unas ofrendas en forma de servicios a la altura de la Sociedad no que existía, sino la que sería posible si la propuesta era aceptada.

Pero para poder alcanzar semejante altura, desarrollar discurso tan ambicioso y tener éxito, no podía olvidar que aquel momento y aquel lugar serían, en combinación simultánea, la oportunidad que las mujeres no habían tenido desde el primer día de existencia de la Sociedad. Se trataría de la única vez en que los intereses de las mujeres serían puestos a consideración en un foro donde éstos no habían sido sino obstáculos operativos de un plan general que iba más allá de sus necesidades cotidianas. Las mujeres no habían sido más que herramientas, y sus problemas personales, tan sólo pequeños reparos a resolver sin más. El día que se avecinaba supondría la primera vez que una mujer representaría los intereses de todas las ejecutantes ante los ojos que las convirtieron en lo que eran. Y para ello, debía contar con su apoyo.

Brian le había informado de que la oportunidad, aunque histórica, se había dibujado limitadamente. Una Sociedad con tanta inercia histórica no podía permitirse una oleada de mujeres en su seno. Las mentes, los recuerdos, las personalidades de aquellos hombres Decisores tenían su propio ritmo. Los cambios no eran nota frecuente en el

movimiento de la institución y ésta era considerada una de las virtudes de la dirección de la Sociedad durante siglos. No podrían aceptar más que un único discurso que no hiciera temblar en exceso los pilares de una política forjada desde antiguo. Ningún público femenino aplaudiría su alegato. Ninguna mujer, a su alrededor, sin una cinta de terciopelo alrededor del cuello, le daría, durante la interpretación, signo alguno de aprobación o reproche con respecto a sus persuasivas palabras. ¿De qué serviría lograr conquistas que el resto de ejecutantes no entendieran después?.

No, debía entrevistarse con las ejecutantes que mejor conocía, entender sus deseos y, sobretudo, persuadirles de la necesidad de poner en marcha un alegato... algo diferente al que ellas esperaban.

Todo esto pasaba por la mente de Chase mientras, de vez en cuando, ya casi con dolor, echaba la mirada atrás como explorando el escenario a su alrededor en busca de los ojos de la Sociedad. No dudaba de que existía la posibilidad de que su devaneo nocturno estuviera siendo seguido por ciertos ojos en la oscuridad, delegados de la Sociedad para garantizar la seguridad de ésta. La rubia había ocultado su melena bajo un gorro tan negro como la calle por la que se arrastraba en completo silencio. Intentaba no dejar rastro alguno de su presencia, llegar a la tienda de Jessie y desaparecer en su interior... y después, por una grieta, en el interior del interior de aquel espacio que, supuestamente, quedaba libre de las miradas de la Sociedad.

La tienda tenía una extraña apariencia. Chase miraba el escaparate, totalmente apagado, y veía en él las ropas, completamente estiradas y pegadas a las paredes de éste, acordándose de su aspecto diurno. Por la noche, aquel cristal, aquella disposición de las prendas, el letrero comercial... todo se volvía misterioso. Caminó a lo largo del cristal hasta la puerta de entrada. Sacó las dos manos de los bolsillos, se quitó la manopla de su mano derecha y dio un modesto y confidencial golpecito sobre el cristal. Era difícil controlar el ruido porque la calle estaba totalmente vacía en medio de la noche y cualquier ruido se convertía en un clarísimo sonido fácil de interpretar. Incluso para los vecinos. Afortunadamente, al otro lado del cristal no tardó en aparecer la figura, nerviosa como de costumbre, de Jessie, que se apresuró a mirar a través del cristal a ambos lados de Chase, como para comprobar lo que ésta ya había venido verificando desde que salió de casa, que venía sola. Un par de engranes se movieron en el interior de la puerta y ésta se abrió sólo un poquito. La figura de Jessie desapareció en la oscuridad de la tienda y Chase, quitándose la otra manopla y aguardando ambas en un bolsillo del abrigo, entró en silencio y cerró con cuidado.

Enseguida aspiró primero y reconoció después el olor viejo y arrugado de las telas de la lencería de segunda que Jessie se empeñaba en vender a las más mayores señoras del barrio durante el día. Reconoció también las cajas de cartón que servían de almacenes imposibles de prendas amontonadas sin más cuidado que el que el proveedor, pensó Chase, había puesto en su labor de reunir las y deshacerse de ellas trayéndolas hasta la tienda de Jessie. En otros lados, pequeños estantes de metal recogían nuevas prendas, algunas avergonzantes, y confeccionaban los pasillos de un local en el que escaseaba el glamour.

- ¡Ya está bien que nos honres con tu presencia!, preciosa – Chase reconoció rápidamente el tono irónico de las palabras de Jessie-

- ¿Han llegado las demás?

- Hace horas. Ve bajando – Le dijo, mientras se acercaba de nuevo a la puerta de la entrada y, desde la oscuridad del interior de la tienda, escudriñaba el escenario de la calle a ver qué podía sacar de él, como si estuviera, como Chase, segura de que alguien sabía de ellas y de sus reuniones-.

Chase sorteó con cuidado los estantes de la tienda y se dirigió directamente a la esquina de donde partían las escaleras hacia el cuartucho interior. De él salían voces... quizá no tan divertidas como las que antaño conociera cuando bajó las primeras veces.

Probablemente, pensó la rubia, no estaban tan receptivas como anteriormente. Semanas sin noticias de ella... podían haber causado grietas en el apoyo que le prometieron.

- No me gustó, hacedme caso... fue una sensación horrible – Era la voz de Alice, creyó reconocer Chase mientras bajaba las escaleras-.

- ¿De veras crees que no fue mas que una casualidad? – Ésta sí era la voz incontinente de Dannii, haciendo un gran esfuerzo por no comenzar a argumentar en forma de cascada imparable.

- ¿Una casualidad?, ¡excesiva!, no... yo creo que nos siguen, que nos espían... que están tras nosotras...

- Debéis calmaros, chicas. Lo que decís es muy grave y lo más probable es que no sea cierto – otra voz conocida, la siempre incontestable Heather-.

- ¡Chase! – gritó Norah en cuanto vio las piernas cubiertas de la rubia a punto de poner los dos pies sobre el piso del subsuelo de la tienda-.

Chase se arrebató el gorro del pelo y su rubio cabello cayó alrededor de su cabeza, demostrando ante los ojos de las asistentes que pocas de las que allí estaban sentadas sobre los cojines y las mantas podían competir con ella en hermosura. Eso sí, el gesto no estaba a la altura y era un poco más comprometido:

- ¿Qué tal, ejecutantes? – saludó.

- ¡Vaya comienzo!, Chase. ¿No sabes que a Alice la llamaron en cuanto abrió la puerta de su casa regresando de una misión para ver si había tenido éxito? – le preguntó Norah

- Creemos que nos espían... que nos escuchan y vas tú y les desvelas lo que somos.

- ¿Cómo? – se interesó Chase. - ¿Te llamaron a casa?. Siempre lo hacen.

- No dos segundos después de cerrar la puerta de casa, Chase – le contestó Alice, con voz temblorosa. Tenía el gesto como si lo quisiera esconder entre los brazos, ante el mundo-.

- Llevarían horas rellamándote hasta que entraste en casa, yo no me preocuparía.

- Yo creo que lo saben todo de nosotras, incluso que estamos aquí – dijo Jessie, que acababa de bajar por las escaleras y había cerrado la trampilla del piso superior. La habitación había quedado... en principio, sellada-.

- ¡Eh...!, es normal que sintáis todo esto. No estamos siendo buenas chicas. Estamos haciendo travesuras y puede que tengamos la tentación de pensar que estamos siendo vigiladas, pero en el fondo no son más que temores que nosotras estamos creando. No existen motivos para pensar que saben más de la cuenta – Dijo Chase, sospechando, al mismo tiempo, que quizá eso no fuera del todo cierto pero que probablemente sería lo mejor que debían pensar sus compañeras-.

- Es lo que intentaba decirles – se acopló la voz de la bellísima Heather, con su pelo rizado, oscuro y elegante como el de ninguna de las chicas de la manta-. Nos estamos volviendo locas... nosotras solas.

- Alice, cariño, no pienses más en ello.

- ¿Y lo de Norah de la semana pasada?.
- ¿qué pasa con Norah? – Preguntó Chase-.
- Nada, sólo que falló la semana pasada en una misión – dijo Heather, que pretendía evitar a Norah el compromiso de confesarlo por segunda vez-. Francamente, el objetivo era excesivo, una misión totalmente fuera del alcance de una intervención no preparada.

Se creó un silencio.

- Bueno – cortó Jessie-. ¿Cómo te atreves a tenernos durante ¡semanas! sin informarnos de nada?. Podríamos estar en peligro y no saberlo, Chase.
- No lo estáis.
- ¿No? – repitió Jessie.
- Al menos no más que la última vez que salí de esta habitación.
- Pero has estado haciendo cosas... ¿no es cierto? – le preguntó Norah, mirándola con gesto pícaro-.
- Han pasado cosas, es cierto. No os voy a mentir... cosas favorables para nuestros planes.
- ¡Venga!, ¡venga!, ¡venga!, Chase, ¿es que no nos lo vas a contar?. ¿Qué has hecho durante tanto tiempo?. Menudo discurso nos plantaste la última vez... Seguro que con tanta cabeza como tienes has hecho miles de cosas, has hablado con mucha gente... - se embolsó Dannii, que no podía contener la emoción-.
- ¡¿Quieres dejar a Chase explicarlo?! – le cortó Jessie con los ojos enormes y mirando al suelo, como desesperada -.
- Veréis – empezó a decir la rubia, al tiempo que abría una lata de refresco de las que había en el suelo, junto a la manta-. Tenemos una oportunidad única como ejecutantes.
- ¿¿Te han aceptado en la Sociedad?? – preguntó Norah-.
- No, no tan rápido. No soy más que una de vosotras, pero tendremos la oportunidad de ser escuchadas en el Consejo.
- ¿Consejo?. ¿Qué es el Consejo? – Heather acababa de estrenar su cara de inteligente y reflexiva, una a la que Chase no acababa de acostumbrarse ya que la consideraba una provocación, un reto entre ambas-.

Chase se desenfundó el abrigo y lo dejó sobre los de las demás chicas, le dio un trago a la lata, cruzó las piernas cómodamente y miró a los ojos de Heather:

- Os hablé de dos personas, X e Y.
- Los innombrables – Apostilló Norah, que se acordaba bien de la primera vez que oyó hablar de ellos-.
- Exacto. Os dije que gobernaban la Sociedad... pero eso no es del todo cierto. En realidad son los responsables finales de una estructura que delega funciones y decisiones en una especie de...
- ¿ministros? – propuso Heather-.
- ... Parlamento – Resolvió Chase-. Está formado por varias docenas de personas que reciben el nombre de Decisores.
- Genial, ya no os conformáis con los dos peces gordos – Se quejó Jessie -, ahora también queréis a todo el gobierno.
- Esto hace las cosas más fáciles, Jessie. Verás, esos Decisores son personas alcanzables.
- ¿Pero quién toma entonces las decisiones en la Sociedad? – Preguntó Norah con buen criterio-.

- Es complicado, la toma de decisión está dividida. El Consejo tiene capacidad para aprobar cosas pero X y también Y reprueban y reafirman las decisiones. También tienen capacidad para sugerir e imponer debates sobre propuestas. En realidad ya han propuesto y suscitado un debate que nos ha resultado muy rentable.

- ¿Cuál? – dijo impaciente Dannii, que miraba algo desconcertada, como yendo por detrás que sus compañeras en la comprensión del organigrama de la Sociedad-.

Chase se tomó su tiempo. Decidía a toda máquina cuánta información debía ofrecer a sus compañeras, premeditando el que podría ser su papel en todo el juego.

- Hace unos días, la Sociedad debatió la pertinencia de escuchar a una mujer en el Consejo.

- ¿Acerca de la inserción de las ejecutantes en la estructura?, ¿es eso? – dijo Jessie, que se temía lo peor-.

- Exacto. Y aceptaron. Habrá una especie de vista dentro de pocos días... a la que he sido invitada.

- ¡Pero eso es genial!, ¡Lograrás que nos acepten! – gritó Norah-.

- ¡No tan deprisa! – cortó Heather, experta ya en hacer volver al suelo a sus amigas-. El Consejo no puede estar a favor de algo así. No aceptarán la propuesta, ni siquiera entiendo porqué te aceptarán allí. ¿Seguro que no es una trampa, Chase?.

- Tengo motivos para pensar que no lo es, aunque nunca se sabe lo que puede suceder. Es cierto que el auditorio no será receptivo, pero existen presiones que garantizar que tendremos una oportunidad de hablar.

- ¿De eso también te has ocupado?.

- Ha sido lo más difícil, pero lo importante es que nos haremos oír.

- Pero, ¡Chase!, no puedes llegar allí y decir: “Hola, vengo a decirles que las ejecutantes somos personas y merecemos el respeto de todos ustedes, acéptennos”.

- Sería ingenuo – dijo Norah, que a pesar de su emoción al ver avanzar el plan, se daba cuenta de lo inverosímil que resultaban las palabras de Chase. Nunca sería capaz de convencer a los Decisores de que debían ser solidarios. Los ejercicios empáticos fueron la primera cosa con la que la Sociedad acabó para poder funcionar, organizándose sobre una estructura pragmática que no era difícil de relacionar con el egoísmo, aunque la Sociedad tenía su propia filosofía y se justificaba en base a argumentos más políticos-.

“Ingenuas vosotras que pensáis que ese será mi argumento”, pensó Chase en silencio.

Un momento cundió en forma de pasar lento y armonioso, como sólo corresponde al tiempo que los humanos odian sentir transcurrir entre ellos en los peores momentos.

Heather demostró porqué su silencio era valioso:

- No dirás eso, ¿verdad?

Chase abrió un poco los ojos. Se sintió confundida. No esperaba que aquella mujer de pelo exquisito olisqueara su estrategia tan pronto.

- Nunca lograríamos nada. Hemos de ser más sibilinas – Asintió-.

- ¿Cuánto y cómo?

- Tengo una idea – dijo Dannii -. Haciendo lo que mejor sabemos hacer.

- ¡No voy a hacer más que lo necesario por esos cerdos! – exclamó Norah-.

Chase cambió el gesto. El escenario se complicaba.

- Norah, hemos de jugar nuestras cartas con perspicacia y sobretodo con picardía.
 - ¿Qué quieres decir?.
 - Hacemos esto por nosotras... pero hemos de venderlo como si fuera por la Sociedad.
 - No pienso hacer nada por ella, Chase.
 - Lo harás por ti, créeme.
 - ¡Pero tu aparecerás allí y les dirás que haremos tal y cual...!
 - ¿Cómo si no hemos de ser aceptadas?.
 - ¡Pero eso es traicionar todo lo que nos dijiste la última vez!, ¿es que lo has olvidado?.
- Hablaste de libertad, de tratar a la Sociedad de igual a igual.
- No podemos hacer eso mañana mismo. Hay un proceso, un tiempo de cambios... las cosas irán despacio. Si no, seremos desterradas como ejecutantes y tu y yo destruidas por el atrevimiento.

Heather trató de poner un poco de orden:

- Lo que Chase plantea es un proceso frío para lograr una inserción paulatina, pero... - dijo mientras giraba la cabeza hacia la rubia -, eso supondrá renunciar aún más a nuestras libertades.
- Lo primero que hemos de obtener es el reconocimiento entre los socios. Ahora... ni existimos. Cuando lo hagamos, ante ellos, en el Consejo, podremos presionar para mejorar las condiciones.
- Será un camino lento. Las cosas apenas cambiarán – Dijo Norah, que se sentía algo traicionada-.
- ¿Cuánto tiempo he tardado en conseguir esta oportunidad, Norah?. Confía en mí. Yo aceleraré los trámites, pero han de conseguirse poco a poco. Y el primer paso es que aceptemos un compromiso mayor para entrar en ese lugar.
- ¿Por cuánto tiempo? – Preguntó Dannii-.
- No lo sé. Quizá unas semanas. Quizá menos. Debéis entenderlo. Demostraré a los Decisores cómo podemos ayudarles, cómo podemos mejorar aún más esta cosa que es la Sociedad y que tan experta se ha hecho en explotar y limitar nuestras condiciones.
- Es la única estrategia posible, es cierto – dijo Heather, cuyas palabras cayeron pesadas sobre la opinión de las demás chicas-. Pero has de buscar la manera de convertirte en necesaria para ellos.
- Sólo después de ofrecer.
- Pero la Sociedad no será tan idiota de caer en vuestra trampa - dijo Jessie-. Nunca tendréis poder alguno: Tomará nuestra oferta, la perfeccionará y nos pedirá aún más de lo que ya hacemos. Y luego rechazará nuestras peticiones. ¡Las diferencias nunca desaparecerán!.

Chase la miró durante un momento.

- Tienes miedo, Jessie.
- ¡Claro que tengo miedo!, porque nuestras vidas están en peligro, ¿cuántas veces os lo he dicho?.
- Puede que lleves razón, pero nuestra solicitud es válida y si aceptan nuestra oferta, cobramos una fuerza con la que negociar, ¿no lo entiendes?.
- ¿Negociar?, ¿Chase?, ¿negociar?.. Ellos no tienen porqué hacerlo. Cuando les digas que quieres algo para nosotras, te matarán y elegirán a otra representante para seguir perdiendo el tiempo. Dirán que estamos representadas en ese estúpido Consejo pero no será más que para servirles de tapadera y seguir manteniendo la actual situación.
- Ya lo veremos.

- Perderemos la vida.
- No diré tu nombre, Jessie, pues estar tranquila. No digas tú el de nadie y me bastará.

Ciertamente, no se podía decir que la idea de Chase hubiera hecho surgir un entusiasmo refulgente entre las chicas. Era lógico: La idea perseguía ventajas importantes, pero atravesaba, además de los peligros esperables, ofrendas extraordinarias para aquellos a quienes pretendían reducir. ¿Cómo trabajar aún más y mejor en las misiones pensando que conseguirían resultados si nadie se lo prometía siquiera?. Todo dependía de las gestiones políticas que una mujer, en cualquier caso eliminable, o eso pensaban ellas, iba a poner en marcha en el seno del Consejo.

- Tendréis noticias mías – Dijo Chase, despidiéndose al final de la noche-

Salió en silencio de la tienda y, poniéndose el gorro y las manoplas, escondió la máxima superficie de piel posible para recorrer el camino hasta casa. Allí había dejado a aquellas mujeres, debatiendo aquella idea que sabía que no les había convencido del todo. Bueno, quizá sus mentes, su esfuerzo racional estaba convencido. Aquella sería la única manera de conseguir algo para el conjunto de las ejecutantes y mejorar sus condiciones, pero exigía concesiones importantes que aún no sabían cómo aceptarían ofrecer. ¿Con qué actitud aumentarían sus labores?. Exactamente, ¿Qué cosas extraordinarias tendrían que ofrecer?. Si al menos Chase hubiera sido más específica, pero lo cierto es que aún no podía serlo. Todo dependía del momento, del lugar, de lo que aquellos hombres le pudieran decir en el preciso momento de alegato. La responsabilidad era máxima, y Chase necesitaba un apoyo casi ciego por parte de unas compañeras que, esperaba, representaban al resto de ejecutantes. Era función suya entender el camino, saber leer el proceso de cambio, lento, que Chase estaba poniendo en marcha.

El camino de vuelta se le hizo más corto que la ida, quizá porque ya había empezado a rellenar los huecos de su discurso para el Consejo, dando forma a las frases y las palabras que tendría que emplear. Había incluso comenzado a prever las objeciones de los miembros del Consejo, personas a quienes, sin conocerlas, debía atribuir, lo sabía, una actitud mortíferamente contraria, producto de la más rancia inercia histórica de la costumbre en el seno de una institución regida por normas anquilosadas. Debía imaginar en su mente el peor escenario posible, pues ni siquiera Tracy estaría de su parte, a pesar de haber trabajado por la celebración del debate; ni tampoco Brian debía apoyar su tesis a todas luces, ante el Consejo, pues resultaría sospechoso.

Las vibraciones del coche habían terminado por vencer la inquietud en la que Chase se encontraba, de camino al lugar donde debía enfrentarse por fin al Consejo. El viaje estaba siendo no sólo largo sino además muy fatigoso. Tenía los ojos vendados y ni idea de por dónde la habían llevado durante más de cinco horas de camino a través de una carretera llena de irregularidades y curvas. Cuando despertó, a pesar de no poder ver nada por culpa de la venda, sintió que el hombre que viajaba a su lado le agarraba el brazo. Sólo le había visto la cara un momento antes de comenzar el viaje, cuando la recogieron, pero le había reconocido: el mismo que la amenazó en su casa, el de las

gafas oscuras, el de la fuerza policial de la Sociedad que sospechaba que la seguía a todas horas.

En realidad no iba él solo, sino dos hombres más, también de oscuro, como el coche en el que viajaba. A ellos también les sentía cerca de pesar de que no decían ni una palabra.

- Ya falta poco – le dijo una voz que provenía de su lado izquierdo-.
- ¿Puedo quitarme la venda? – La voz de Chase sonó amable pero algo quebradiza por el efecto del sueño-.
- Es mejor que no lo haga. Espero al menos unos minutos, yo le avisaré.

Apenas podía entender Chase cómo aquella voz tan autoritaria que aún retenía en su memoria se había convertido en la de un atento caballero preocupado al mismo tiempo por llevarla ante el Consejo con toda la seguridad posible y por resultar cortés, como nunca lo había sido con ella anteriormente. Suponía que sus influencias con Brian habían surtido efecto y su estatus había aumentado repentinamente. Aunque probablemente, pensó, aquel hombre sabría más de lo que iba a suceder que ella misma. O al menos sobre gran parte de lo que sucedería antes de llegar a ese Consejo. Ella, por el contrario, ni siquiera sabía dónde estaba, cuánto faltaba para llegar al destino o a quién se encontraría allí. Debía comportarse educadamente aunque sin mostrar debilidad.

Había decidido mostrarse ante el Consejo con un aspecto que, probablemente, no esperarían de una ejecutante de éxito. Seguramente, había pensado, esperarán encontrar a una mujer de tono acariciador y escote de carreras, además de piernas visibles en casi su eterna longitud, dirigiéndose a aquellos hombres con tono de provocación y articulación morbosa tanto en lo verbal como en lo corporal. Sin embargo, la mujer vendada que iba en el coche llevaba pantalones oscuros y un jersey de cuello alto y color también oscuro que no tenía mangas. Llevaba además un abrigo largo de color crema muy elegante. Nadie podría imaginar las cosas que por aquellos hombres y sus misiones, habían llevado a cabo aquellas piernas ahora cubiertas. Era un ardid de Chase, que pretendía sorprender al Consejo desde el primer momento.

Lo único que el Consejo esperaba encontrar y así lo haría era la correspondiente cinta de terciopelo negro, perfectamente limpia, alrededor de su cuello y de la cuál colgaba la pequeña medalla dorada. Un signo de ejecutante que hoy no podía dejar de llevar si no quería que su gesto se entendiera como una ofensa a la autoridad del Consejo.

Al cabo de unos minutos, el hombre a su lado interrumpió el silencio:

- Ya puede quitarse la venda, si lo desea.
- Gracias – contestó Chase, mientras se corría la prenda por encima de los ojos, la frente hasta quitársela por detrás de la cabeza-.

Sin duda, el paisaje había cambiado muchísimo. Se trataba de un paraje sin apenas vegetación aparte de algunos matorrales de plantas secas como arrojadas al azar sobre aquel suelo de tierra casi desértica. Había rocas que salían del suelo, medio enterradas, a ambos lados de la carretera. El coche había abandonado la carretera principal y discurría ahora por un camino de tierra y baches a reducida velocidad.

Chase miraba por la ventana... dándose perfecta cuenta de que si las cosas no iban bien, no tendría manera de salir de allí por su propio pie. Daba igual dónde la llevaran, estaría rodeada de kilómetros de desierto de tierra y rocas.

Al fondo de la carretera apareció un cerro donde la naturaleza parecía haber ganado algo de espacio al desierto. Había varios árboles muy altos aunque no demasiado frondosos. Entre ellos se veía una construcción de poco más de un par de pisos y de estilo francamente anticuado. Parecía un levantamiento anterior a la llegada de los adornos arquitectónicos, lo que sirvió a Chase para datar en lo posible al edificio.

La carretera llegaba hasta la entrada a través de una verja al espacio protegido que era el edificio. Las puertas estaban abiertas, de manera que a pesar de que redujeron la velocidad, no se detuvieron y enseguida comenzaron a aproximarse hasta la fachada de la construcción. Allí, en frente, había un seto húmedo y cuidado con el esmero menos propio de un paraje como aquel. Chase detectó rápidamente que no se trataba de un lugar abandonado, sino camuflado para no ser descubierto desde el exterior del cerro.

El coche se detuvo justo en frente de la puerta principal. Todos bajaron, incluida ella y esperaron unos segundos. Al momento aparecieron varios hombres con una túnica medieval doblada sujeta sobre los brazos extendidos de uno de ellos. Se dirigieron hacia Chase:

- Bienvenida, señorita Chase. Puede llamarme Bob.
- Gracias – saludó ella-.
- Si hace el favor de ponerse la “túnica de paseante”, le acompañaremos al interior. El Consejo la espera.
- ¿Es necesario que me ponga esto? – Chase no encontraba atractiva aquella prenda de color marrón y con una capucha en cuyo interior cabría toda su cabeza-.
- No lo dude. Ninguna mujer puede entrar en las instalaciones sin ella.
- ¿Y puedo quitármela en la sala del Consejo?
- Eso lo descubriremos sobre la marcha, Sr. Chase. Ninguna mujer ha entrado jamás allí y no existe protocolo alguno que obedecer.

Chase entendía que aquella obligación era una humillación personal, pero entendía que sólo su presencia allí, ante la puerta de aquel caserón, ya suponía una conquista en la historia de las ejecutantes. Entendía que se encontraba en el buen camino y que no debía permitir que los gestos estúpidos de una tradición mal forjada por hombres perdidos en luchas simbólicas truncara sus posibilidades ante el Consejo.

Tomó la túnica, la dejó desdoblarse cayendo hasta tocar el suelo y se la puso sobre su ropa. El abrigo quedó en el coche sin más cuidados.

- Si le parece bien, le acompañaremos hasta la cámara.
- Adelante, gracias.

Aquellos hombres se dieron la vuelta y entraron en la casa. Chase entró justo después.

- Debe ponerse la capucha, señorita Chase – le dijo el mismo hombre-.

Chase se tomó un momento antes de hacer nada. Respiró hondo y se la puso, haciendo prácticamente desaparecer su rostro bajo la tela gruesa de la túnica. Sintió un olor fuerte que le permitió presumir que nunca nadie se había puesto esa prenda antes que ella, aunque no por eso le hacía sentir mejor llevarla.

Comenzaron a recorrer un pasillo que partía del *hall* al que daba la puerta principal. En el interior de la casa no había luz artificial alguna y las paredes no tardaron en convertirse en límites oscuros pero invisibles perdidos en una oscuridad total. Anduvieron así durante varios metros, totalmente a oscuras. Chase se guiaba por el sonido de los zapatos de los hombres que iban delante de ella.

- Espere un momento por favor – dijo en la oscuridad la voz-.

Al instante, Chase escuchó un llamara y recibió la luz cálida de una antorcha de impecable acabado, una auténtica obra de arte cuya antigüedad hubiera determinado mirando bien atrás entre los siglos.

- Puede que nuestras costumbres le resulten insólitas, señorita Chase, pero debo decirle que somos gente de tradición.
- No tengo intención de juzgar sus costumbres, Bob, sólo conocerlas.
- Entonces déjeme que le cuente algo más sobre lo que tenemos alrededor.
- ¡Por favor! – dijo Chase, con sincera curiosidad-.

Se pusieron nuevamente en marcha, ahora más cómodos por la luz de la antorcha iluminando un pasillo largo y estrecho que giraba a veces a un lado y en otras al contrario, dejando grutas y habitaciones oscuras a ambos lados del camino.

- Ahora nos encontramos en uno de los túneles que llevan hasta las dependencias principales y los aposentos de las instalaciones.
- ¿Qué tipo de instalaciones?
- La cámara del Consejo, señorita Chase.
- ¿Aquí se reúnen todos los Decisores?
- Desde luego, aunque sólo sucede unas pocas veces al cabo del año.
- ¿Cómo llegan hasta aquí?
- No puedo informarle acerca de eso, aunque puedo decirle que existen diferentes caminos. Los señores Decisores emplean varios sistemas para no levantar sospechas. Sus señorías se encuentran aquí con el resto de sus colegas.

El pasillo giró bruscamente hacia la derecha y a continuación aparecieron unas escaleras de piedra algo húmedas.

- Tenga cuidado, señorita Chase. Esta no es la entrada principal y está algo descuidada.
- ¿Por qué no hemos ido por ella? – Preguntó Chase algo desconcertada. Pensó que no tenía sentido que, representando ella un evento tan único en la historia de la Sociedad, parecía lógico proceder por un camino más aristocrático-.
- El resto de las entradas están siendo utilizadas por sus señorías que llegan desde sus lugares de origen. No debe usted encontrarse con nadie hasta que el Consejo haya inaugurado la sesión y aprobado que será hoy cuando comparezca usted según lo tratado.
- Pensé que eso estaba ya decidido.

- Y lo está, señorita Chase, pero se ha de corroborar de nuevo como medida estética. Debe entender que la cámara se rige por un reglamento con varios siglos de antigüedad, muy formal, lleno de procedimientos burocráticos y aparentemente inútiles. Forma parte de la cultura de nuestra Sociedad y sirve para contener el espíritu de nuestro fundador.
- Me temo que no conozco realmente la historia de su Sociedad. No conozco a ningún fundador.
- Creo que no debo contarle nada sobre él, ha de ser una decisión del Consejo.
- ¿Ni siquiera me dirá cómo se llamaba?.
- Mi labor es guiarla a usted hasta la sala de comparecencias de la cámara principal y acompañarla hasta que sea llamada dentro. Todo lo demás son extralimitaciones mías que le concedo generosamente y comprometiendo mi labor, de manera que acepte mis indicaciones sin más indagaciones, por favor.
- No se preocupe. Sólo quiero llegar hasta el Consejo.
- Llegaremos enseguida, no se preocupe.

Chase continuó en silencio siguiendo la luz temblorosa de la antorcha y el ruido de los zapatos del enigmático Bob. Se daba cuenta de que sería mucho más difícil ahora escapar tras haber recorrido docenas de metros por un túnel totalmente oscuro. Quizá hubiera otras salidas pero no sabía ni dónde estaban ni si estarían a su disposición en caso de huida. Al cabo de un momento se dio cuenta de que ya sólo escuchaba los zapatos de Bob y ninguno de los hombres que les habían acompañado desde el principio del recorrido.

Enseguida llegaron a un lugar de donde procedía algo de luz. Se trataba de una habitación de piedra con dos puertas. Bob la abrió sin problemas y ambos entraron a unas dependencias totalmente escavadas en piedra pero decoradas en su interior con todo tipo de lujos. Varios puntos de luz en las paredes, a base de candelas y velas, iluminaban toda la estancia, en cuyo centro se encontraba una mesa de madera con fruta. Alrededor había varias sillas acolchadas.

- Puede esperar aquí al momento oportuno. ¿Le importa que me quede con usted?.
- Al contrario, se lo agradezco. ¿Desde aquí se accede a la cámara?
- Sólo cuando sea usted llamada, sí.
- ¿De veras es necesario todo este complejo tan primario? – Preguntó Chase con un tono conciliador y curioso antes que crítico-.
- No se trata de eso, señorita Chase. Lo que ve es el producto de varios siglos de tradición contra la que ninguno de nosotros quiere luchar... y también de la sensación de protección que ampara a todos y cada uno de los miembros del Consejo en este lugar. Tradición, seguridad y privacidad total, como ve.
- Pero... los tiempos han cambiado. Nosotras las ejecutantes, ¡hemos cambiado!... – comenzó a argumentar-.
- Nadie aquí dentro desea hacerlo, señorita Chase. De todos modos, dijo que no venía a juzgar nuestras costumbres.
- Sólo conocerlas, es cierto, pero no deja de sorprenderme.
- Puedo entenderlo. ¿No quiere sentarse? – Le dijo señalando una de las sillas decoradas con pedrería y cómodos cojines-.

Ambos se sentaron y se vieron abrumados por el silencio.

- ¿Cuánto esperaremos? – Preguntó Chase-.

- La cámara no tiene horario fijado de antemano. Depende de la sesión. De todos modos, hoy no creo que le hagan esperar en exceso. Si me permite la confidencia, el evento se espera desde hace días. Sus Señorías están algo excitados.
- ¿Para bien?.
- No debo comentar nada sobre eso, entiéndalo. Pero sí puedo decirle que debe juzgar la relevancia de su presencia aquí como un momento histórico en nuestra trayectoria a lo largo de siglos – dijo con cierto aire de orgullo-. Si me permite, iré dentro a comprobar la marcha de todo.
- De acuerdo.
- Es posible que no regrese. En tal caso, vendrán por usted cuando se preciso. Buena suerte.
- Gracias, Bob – dijo Chase, dedicándole una sonrisa de ejecutante experta-.

El hombre abrió una de las puertas de la estancia y desapareció.

El silencio era inefable. Chase supuso que docenas y docenas de metros de roca viva rodeaban la pequeña estancia en la que se encontraba en todas direcciones. No importaba la fuerza con la que gritara, ningún ser humano escucharía su voz en la superficie. La cámara debía estar totalmente escavada en roca y desaparecida ante el resto de personas del mundo exterior para siempre. Era imposible de detectar, sin duda, y además estaba totalmente camuflada por la construcción levantada justo encima. Sólo el oscuro pasillo que partía del *hall* de entrada, algo oculto, revelaría al mundo exterior lo que allí se encontraba, pero la escena le pareció a Chase de lo más improbable. Lo más insoportable era el modo cómo resonaban los sonidos en el interior de aquella estancia. Cada roce de sus zapatos con el suelo, a trozos encharcado, generaba un ruido que se oía perfectamente en todo el espacio de la sala. Era un silencio mortífero.

Chase se acordó entonces de la estrecha habitación escondida bajo el piso de la tienda de Jessie. Se imaginó allí a todas sus compañeras ejecutantes, discutiendo sobre la gravedad de lo que estaba a punto de suceder. Encontró alguna dificultad para trazar la trayectoria que podía unir aquel escenario, no demasiado lejos de su casa y junto a personas no tan diferentes a ella, con aquel lugar frío, húmedo y lo suficientemente medieval como para considerarlo fruto de la imaginación. Allí dentro, la sensación era tan intensa y la manera como se subrayaba la distancia entre lo que uno es arriba y lo que es abajo, allí en esa estancia, es tan eficaz, que Chase comenzó a sentirse una persona totalmente diferente, incapaz de reconocerse a sí misma en el interior de aquel espacio como la misma persona que había estado con el Sr. Boube no hacía demasiados días... o que había indagado el pasado de una compañía llamada “Orange Coast”. ¿Qué tenía que ver la empresa aquella con aquel momento?. Sí, claro, si lo buscaba, el camino que unía ambas cosas terminaría refulgiendo, pero en realidad resultaba inverosímil. Nunca había imaginado que detrás de aquella institución oscura para la que trabajaba se encontrara una red tan gótica y macabra como la que estaba a punto de descubrir.

La puerta se abrió y un hombre que llevaba una túnica marrón algo más trabajada en su decoración que la que había sido entregada a Chase se asomó y dijo:

- Señorita Chase, puede usted pasar. El Consejo la espera.
- Gracias.

Se levantó y cruzó la puerta por donde anteriormente había desaparecido Bob. Pensó que nunca más volvería a verle.

Al otro lado se encontró un biombo que no le permitía contemplar la totalidad de la nueva dependencia en la que había entrado. A cambio, le obligaba a cambiar de dirección a la derecha, cosa que hizo, y entonces sí, Chase descubrió una gigantesca cámara que por todas partes acababa en roca y madera colocada sobre aquella. El techo era altísimo y no había columnas de ninguna clase por ningún lado, lo que hizo pensar a Chase que, en efecto, por todas partes le rodeaban metros de piedra infranqueables.

Todo el suelo de la gigantesca estancia estaba cubierto por alfombras que, por sus colores y su decoración, Chase consideró que tenían más de varios siglos de antigüedad. La sala estaba iluminada por las llamas de pocas antorchas colocadas alrededor de toda la descomunal cavidad y también por la delicada luz de otros puntos más suaves. El resultado era una luz a la vez estable y poderosa, y también cálida, que hacían de aquel inhóspito lugar un ambiente más acogedor.

Todas las paredes alrededor de la sala estaban cubiertas por madera hasta una altura de poco más de dos metros, por encima de los cuáles sólo se levantaba ya la piedra fría que cubría el techo y el suelo de la gruta. Bajo esos recubrimientos de madera tan agradables se encontraban dos filas de sillas con cientos de personas sentadas y mirándola a ella directamente. Había aparecido en un extremo y todas aquellas personas dejaban caer su mirada precisamente sobre ella.

En una de esas paredes se apoyaba una vitrina dorada a través de cuyos cristales se podía admirar una genial colección de armas históricas. Floretes, espadas y todo tipo de armas de fuego de todas las épocas brillaban impolutas y prometedoras como testigos geniales de la trayectoria de la propia Sociedad.

En el centro de la sala, mejor iluminados que el resto, Chase se encontró con los Decisores. No le costó identificarlos dada su disposición y su vestimenta. Para empezar, todos llevaban túnicas de color negro brillante con decoraciones hechas de cuerda dorada. Se encontraban dispuestos al otro lado de una mesa de madera de color marrón claro, bien barnizada, y de varios metros de longitud. Hacía forma de L y los Decisores se colocaban alrededor de ella por el lado exterior de la supuesta letra. En el lado que le faltaba a la L para convertirse en una U había una mesa mucho más alta, no conectada directamente con la otra en forma de L, y sobre la que se habían colocado dos atriles. En la parte frontal de cada atril, la que daba hacia el interior de la U, se habían grabado dos letras: X en uno e Y en el otro. Eran letras medievales logradas por una quemadura perenne sobre la madera elegante de ambos muebles.

Tras el atril denominado X, Chase descubrió el gesto Douglas Tracy, a quién no había podido ver directamente nunca, sólo a través de cristal. Tenía un rostro algo descompuesto, preocupado.

Tras el atril denominado Y, Brian Gladd dedicaba un gesto sonriente y tranquilo a Chase, como enviándole con su mirada toda la fuerza que la rubia iba a necesitar.

En total, varios cientos de hombres ataviados con túnicas oscuras y diferentes simbologías fijaban su mirada sobre Chase, que no pudo evitar sentirse algo abrumada por el peso de la sala.

- Señorita Chase, sea bien recibida en el honorable Consejo de la Sociedad.

Chase contestó con una inclinación de cabeza y ninguna palabra.

A continuación, un muchacho joven apareció de algún rincón de la sala portando un púlpito de madera de pequeñas dimensiones y lo colocó en el lugar que sería el lado que le falta a la U para convertirse en una O.

- Si hace el favor de acercarse y tomar posición, empezaremos.

Chase no había localizado exactamente la fuente de aquella voz autoritaria, pero en realidad no hizo ningún esfuerzo por dilucidarlo. Simplemente, avanzó con lentitud hasta el púlpito y trató de no mirar fijamente hacia ninguno de los Decisores. A su izquierda quedaban los dos atriles de X, el más cercano a ella, y de Y. En el lado de enfrente y en el de la derecha se encontraban todos los Decisores, ninguno de los cuáles, o al menos eso le pareció a Chase a partir de un barrido discreto y rápido no comprometedor, bajaba de los cincuenta años de edad.

Una voz de entre los bancos de la derecha exclamó:

- Señorita Chase – y se hizo el silencio -. Sepa usted que se trata de la primera mujer que ha entrado en esta cámara histórica de la Sociedad.

Su voz sonó grave, relevante y viril. Era una amenaza en sí misma... y lo cierto es que algún éxito estaba consiguiendo sobre Chase que se sentía algo amedrentada.

- Muchas gracias. Permítanme saludar a todos los asistentes – dijo barriendo con la mirada a su alrededor- especialmente a sus señorías Decisores y los dos últimos responsables del Consejo, sus señorías X e Y.

- Es mi honorable obligación hacerle saber, señorita Chase, que su vida corre grave peligro en este lugar.

- ¿Peligro? – preguntó la única mujer de la sala con voz aterrada-.

- De sus palabras sublimaremos una decisión que puede llegar a incumplir su... vida.

- Bien, entonces sé que he de dirigirme a la verdad sin demora ninguna en todo lo que declare.

- Así se lo agradeceremos – La voz se tomó un silencio que a Chase se le hizo eterno-. Deje que me presente. Mi nombre es Bracken y pertenezco – dijo hablando sobre un silencio absoluto que provenía de cada rincón de la descomunal sala de piedra – al grupo más crítico del Consejo. Ninguno de los actuales dirigentes, ni X, ni Y, han sido escogidos de entre las filas del grupo al que represento. Quizá será por ello que aunque tanto uno como el otro han avalado ante mí la tesis que usted ha venido hoy a defender, ninguno de ellos ha logrado convencerme completamente.

Bracken abrió un cuaderno de cuero y una gran B dorada pintada sobre la tapa superior, pasó varias hojas y quedó un rato leyendo unas notas que Chase no podía leer desde su púlpito.

- El procedimiento, que existe desde mucho antes de que usted decidiera venir aquí a proponernos nada, no contempla esta insólita situación, es decir, que una mujer proponga al Consejo una consideración. Ni siquiera contempla nuestro sagrado reglamento la posibilidad de que un hombre... no... socio... - dijo pronunciando con claridad extraordinaria – proponga nada a la consideración del Consejo. Por ello, hemos de actuar como se ha debatido y acordado antes de su llegada.
- Ruego al Consejo que me informe del procedimiento adoptado – dijo Chase – si no resulta molestia.
- Se ha decidido que fuera mi grupo el que confirmara los términos de su propuesta y que sólo después fueran los dirigentes, bien X o Y, quiénes le presentaran a usted. A continuación dispondrá de nuestra atención por un tiempo cuya duración quedará a nuestro albedrío, señorita Chase. Huelga recomendarle concreción y coherencia... bajo la amenaza de perder toda nuestra consideración por su discurso, por usted... y por su vida.

Una voz menos autoritaria interrumpió a Bracken desde el lado de la U más próximo a X e Y, el que correspondía a los Decisores próximos a éstos.

- Bracken, sólo el Consejo, y no usted en solitario, puede decidir sobre la vida de la ejecutante, y aún no se me ocurre qué podría hacer ella para merecer perderla.
- ¡Quizá! Su Señoría no alcance a mensurar la relevancia inherente a la presencia de la señorita Chase ante todos nosotros.
- Tarea de medición que, nuevamente se lo aclaro, Bracken, también correspondería al Consejo; y no a usted en solitario.
- Ante el loable, creo, intento por no dilatar más esta protocolaria e inútil discusión con usted, Sr. Tassle, pasaré por alto sus declaraciones...
- El Consejo también se lo agradece, Bracken.
- ... y procederé a dirigirme a la señorita ejecutante Chase, que por su cinta de terciopelo nos descubre legalmente su identidad. Dígame si es verdad que, según ha sido pasado al Consejo a través del Orden del día, acude usted ante nuestra consideración para proponer la modificación de una normativa que se remonta a los mismos estatutos de fundación de nuestra Sociedad.
- Ruego al Consejo no tenga a mal ser informado de que no podré confirmar dicho extremo – decía Chase con especial dicción y respeto – dado que mi condición de ejecutante no me ha permitido acceder a ninguna documentación sobre la Sociedad más allá de la que corresponde al entrenamiento de una trabajadora de mi clase.
- Sea usted informada entonces de que el extremo al que me refiero es la exclusión de las mujeres de la condición de membresía legítima de la Sociedad.
- Se lo confirmo a usted y al Consejo, con todos los respetos.
- ¿Se da cuenta de la gravedad de lo que propone, señorita Chase?.
- Advierto lo excepcional de la propuesta, Sr. Bracken, pero espero tener la oportunidad de mostrarle los beneficios que esa modificación podría traer.
- Lo dudo, señorita Chase, pero... no puedo evitar, y sepa que lo siento, que tenga la oportunidad a la que hace referencia. ¿Mostrará usted al Consejo porqué, en su opinión, las mujeres deben formar parte de nuestra comunidad?.
- Le confirmo que ese es, y no otro, el objeto de mi presencia ante sus Señorías.
- Cedo a la dirección el turno para que pueda presentar a la compareciente.

Tracy y Brian se miraron sin tanto respeto como Bracken había empleado para dirigirse al Consejo y decidieron con la mirada que fuera Y el que realizara la presentación, cosa

que Chase ya había imaginado dado que era él el único capaz de presentarla y contar algún dato personal.

- Señorías – comenzó diciendo Y -, deben saber, en primer lugar, que se encuentran ante la ejecutante de mayor éxito de toda nuestra fuerza de intervención. En los últimos meses ha realizado varias decenas de misiones y ha obtenido el éxito para nuestra Sociedad en todas ellas. No importa el género de la situación, la señorita Chase ha demostrado ser capaz de combinar los recursos que disposición de toda ejecutante ha puesto nuestra Sociedad para lograr el objetivo determinado por nuestros cuerpos estratégicos y de operaciones. Han sido muchos los socios de nuestra institución que han mejorado sus vidas gracias a las intervenciones de esta mujer.

El ala próximo a Y había empezado a tomar notas mientras que el contrario, el que se enfrentaba a él tanto en sus ideas como físicamente a lo largo de la U, fingía mirar hacia otro lado, aunque tomaba nota de los datos importantes sobre Chase por si resultaban de utilidad posteriormente.

- El análisis de sus maneras y formas ha revelado – continuó Y – que además resulta muy inteligente, enérgica y que es capaz de controlar las situaciones siempre en favor de nuestros socios. Nunca ha realizado acción alguna que haya comprometido la seguridad de la Sociedad – mintió Y – y, sin duda, sería merecedora de cualquier galardón que el Consejo decidiera imponer a la mejor ejecutante disponible.

Brian tomó unos segundos para mirar a los Decisores y después a Chase, a quién dedicó una sonrisa tranquilizadora.

- Sin embargo, Señorías, la señorita Chase también ha hecho gala de unas ideas progresistas que deseamos poner bajo su consideración, confiando demuestren su capacidad para juzgar con objetividad las propuestas que prometen mejorar el futuro de nuestra institución y la vida de nuestros socios. Es deseo de la dirección de la Sociedad que la señorita Chase cuente con su oportunidad para demostrar porqué la adaptación de los estatutos resulta pertinente – A continuación miró de nuevo a Chase y agregó -. Bienvenida, señorita Chase. Puede retirar su capucha. Le escuchamos.

Chase deslizó la enorme capucha que casi tapaba su cabeza completa hasta caer sobre su espalda y reveló un rostro que toda la sala comenzó a explorar inmediatamente. Ante aquellos asistentes, Chase compareció como una visión hermosa e irresistible que contrastaba salvajemente con los rostros curtidos y tallados de los Decisores y del resto de asistentes. Sus cabellos rubios, jóvenes, y su tez tersa y brillante trasladaron hasta aquellos hombres la sensación de estar ante una ejecutante a la altura de su presentación por parte de Brian, y se sintieron orgullosos de contar con una fuerza de intervención como la que prometía la presencia de Chase allí ante ellos.

- Señorías Decisores, X, Y, y demás personas de la sala: - dijo Chase mirando a cada uno de los aludidos directamente o en barrido visual – Desde el primer día de mi entrenamiento oficial como ejecutante he tenido ocasión de comprobar la eficacia del reglamento que al que el Sr. Bracken hacía referencia anteriormente. Su diseño es impecable cuando se orienta a la consecución de objetivos como los que persigo en cada una de mis intervenciones. Se nota, si me permiten decirlo, que su tejido demuestra el

talento del sastre que lo creó y su conocimiento de las telas con que se confecciona el mundo.

Chase se tomó un momento antes de llevar a la contraria al propio fundador Hellich, aunque ella ni siquiera supiese cómo se llamaba.

Continuó.

- Sin embargo – dijo mientras notaba tensarse los músculos de muchos rostros a su alrededor -, es indudable que el mundo ha cambiado algunas de las telas con las que se confecciona cada día. Ahora hay nuevas maneras de tejer, nuevos colores... todo ha cambiado ahí fuera en la superficie, incluyendo los papeles que el género femenino desempeña. Ustedes han contemplado como todas nosotras, las ejecutantes, la ampliación de las responsabilidades de la mujer, pero no las responsabilidades ni las posibilidades de las ejecutantes, cuyo perfil responde al de una mujer anacrónica en nuestra sociedad. Existe, por tanto, una desincronización entre las mujeres de la Sociedad y las mujeres del mundo, y es difícil de combinar nuestra función en el mundo al mismo tiempo que ejecutantes de la Sociedad. Es imposible no contemplar un salto que afecta a nuestra percepción y a la de los que nos rodean.

- ¡Qué tiene que ver todo esto con la incorporación de las mujeres a la Sociedad? – Interrumpió el Sr. Colm, colega de Bracken, desde sus filas -.

- Permítame, señoría, que le diga que esa incómoda situación en la que las mujeres ejecutantes se encuentran fomenta una pérdida de eficacia en las intervenciones ordenadas.

- Señorita Chase, ¿podría explicar la conexión entre ambos fenómenos? – Preguntó Bracken-.

- Con mucho gusto. Las ejecutantes empiezan a no conocer bien los papeles de las nuevas mujeres y eso les impide conocer a los hombres del mundo de hoy, que también cambian mientras cambian sus mujeres. Las víctimas de las operaciones comienzan a reaccionar de maneras diferentes a cómo el reglamento predice.

Chase escuchó el propio silencio que sus palabras habían abierto y quiso interpretarlo, a falta de críticas, como la confirmación de que su argumento anterior no había caído en saco roto.

- Por otra parte – continuó -, las ejecutantes descubrimos en el ejercicio de nuestra obligación cotidiana que nuestras técnicas se quedan miopes en el mundo actual y que determinadas víctimas pueden ser capaces de ir más lejos que nuestra técnica. Es necesario desarrollar nuevas formas de ataque y dotar a las mujeres ejecutantes de la actitud necesaria para adoptar cambios y estar dispuestas a ofrecer más de sí mismas para conseguir los objetivos propuestos.

- ¿Dice usted, señorita Chase, que sus compañeras y usted misma deberían trabajar más para la Sociedad?. Su discurso me confunde, créame- dijo Colm-.

- No digo que deban hacerlo, sino que podrían; y, de hacerlo, aumentarían su productividad y la capacidad de intervención total de la Sociedad.

- Entienda usted, señorita Chase, - comenzó a decir Bracken – que lo que propone parece más una de nuestras posibles reivindicaciones antes que la que se atribuiría al colectivo ejecutante. Sin duda... parece muy extraño. ¿Qué se oculta tras sus palabras?. ¿Qué tiene eso que ver con hacer socias a las ejecutantes?, que era el tema a tratar...

- Mi propuesta no pretende engañarles, Señorías. Lo que me atrevo a proponer es una reforma que tendría ventajas importantes para ambos lados, la Sociedad y las propias ejecutantes. La situación que les he descrito se puede solucionar a través de un compromiso de actuación y de entrega personal por parte de las ejecutantes, si saben entender a qué me refiero, muy superior al actual. Pero para ello hemos de pasar a un nuevo tipo de intervenciones.
- ¿Un nuevo tipo? – Preguntó Brian que empezaba a tener problemas para reconocer la estrategia de Chase, a quién se suponía que estaba apoyando.
- En efecto. Se me ha avisado de que de mis palabras depende mi vida, de manera que, o entienden mi punto de vista o puedo perderlo todo. Debo, entonces, explotar todas mis opciones. Y eso incluye informarles de que he sido informada de que alguna ejecutante ha fracasado en determinadas misiones. Desde el punto de vista de mi colectivo, el asunto es claro: las técnicas están perdiendo efectividad. Hace falta adecuar la manera de intervenir a la nueva sociedad, las nuevas mujeres y los nuevos hombres a los que se somete. Y ello supone poner en marcha organizaciones de intervención modernas capaces de presionar con mayor intensidad.
- Finjamos que no hemos oído nada acerca de esa información ilegal que ha conseguido usted y díganos ahora, de qué técnicas habla, si hace el favor... - le pidió Colm.
- Verán. Algunas de las misiones que nos encomiendan van más allá de nuestras posibilidades o se realizan con una alta probabilidad de error, dependiendo el resultado final de la habilidad de la intérprete mucho más que de lo acertado de su técnica. Por ejemplo, ustedes saben que la altura en el cargo de la persona a persuadir tiene un límite por encima del cuál, pocas ejecutantes tienen éxito. Cuanto mayor es la responsabilidad de la víctima, menor es la probabilidad de que las técnicas actuales persuadan y condicionen su comportamiento. Sin embargo, existe alguna forma de condicionar a estos escalones, por ejemplo combinando ejecutantes.
- ¡Eso está prohibido! – gritó Bracken-.
- ¿Puede imaginar, Sr. Bracken, la fuerza de tres o cuatro ejecutantes experimentadas combinando sus técnicas?
- Los estatutos impiden esa posibilidad.
- Debería saber que la combinación de estas mujeres entrenadas abre la posibilidad de nuevas formas de actuación, nuevas maneras de tortura sexual o de generación de paisajes sexuales a la altura de las exigencias de personas de tanta responsabilidad. Sr. Bracken, el director de un medio de comunicación internacional no va a doblegar su voluntad y perjudicar a su grupo empresarial a cambio de una chica ejecutante, usted lo sabe.
- ¿A dónde quiere ir?
- Pero la suma de las técnicas de varias ejecutantes articuladas de una manera que aproveche su número sí puede.
- ¡Si fuera así ya se habría probado!
- No, Sr. Bracken, permítame que le describa una técnica que puede ponerse en marcha. ¿Le gustaría poder controlar a un altísimo cargo, de los que normalmente quedan fuera del alcance ejecutante y sólo son alcanzables por el soborno directo y no siempre, de un lado al otro de una decisión como si fuera una marioneta?. Ponga en marcha una técnica de combinación como la de la *doble tensión de amor*.
- ¡Qué diablos es eso?
- Si una ejecutante se convirtiera en la acompañante oficial de la víctima y a la vez otra fuera su amante, combinadas entre sí, podrían permitir a la Sociedad presionar desde el corazón, no desde el sexo, en un sentido u otro dependiendo de los intereses de los socios. ¡¡ESTO!!, Señorías, sólo es posible con la combinación de ejecutantes, que es

una de las técnicas que creemos debería ponerse en marcha, permitiendo el contacto horizontal entre las mujeres.

- Nuestro fundador predijo que eso traería la destrucción de la Sociedad.
- El riesgo, Sr. Bracken, de lo que le cuento es que las ejecutantes se conozcan en las condiciones actuales. Sepan sus Señorías que la visión que las ejecutantes tienen de la Sociedad apenas se mantiene por lo dilatado de sus sueldos, pero no goza de una salud indudable. La unión de ejecutantes podría traer nuevos horizontes y objetivos fascinantes para la Sociedad pero si las mujeres no están perfectamente integradas en la estructura de la misma podrían generar una plataforma de destrucción, volverse contra la estructura. Para solucionar eso, Señorías, y llego al punto central de la propuesta, basta con convertir a las ejecutantes en socios de la propia institución.

X entendió inmediatamente la idea y trató de colaborar con la tesis de Chase:

- Eso permitiría, corrija me si me equivoco, señorita Chase, que las ejecutantes se sintieran parte de nosotros y, al igual que nuestros socios hombres actuales, no pensarán en destruir la Sociedad sino en mejorarla.
- Exacto, Señoría. Y ello, a su vez, daría paso a todas estas técnicas de persuasión que permitirían a la Sociedad llegar aún más lejos.
- Pero usted no sabe cómo de lejos hemos llegado – le arguyó Bracken-.

X salió al rescate:

- ¡Por el amor de Dios!, Bracken, no se tire faroles, usted sabe dónde están nuestros límites.
- No dé argumentos a la ejecutante, X, o mi grupo le acusará de traición.
- Con todos los respetos, Señorías – interrumpió Chase que intentaba manejar la situación con diplomacia pero con profundidad -, dudo que puedan manipular sobre los responsables últimos de grupos internacionales o de grupos políticos. Por no hablar de los miembros de los Think Tank internacionales o las fundaciones políticas. Los empleados de alta responsabilidad son una cosa pero aquellos cuya responsabilidad les supera a sí mismos son inalcanzables por las técnicas actuales. Lo que propongo al Consejo es desplazar hacia el horizonte la línea límite de las posibilidades de toda la Sociedad, aumentar las posibilidades de intervención a favor de los socios, mejorar el futuro de toda la institución, garantizar con más fiabilidad su propia subsistencia... y todo a cambio de incluir entre sus socios a poco más de mil mujeres deseosas de participar del genial sistema de intercambios como cualquier otro socio.
- ¿Estarían dispuestas las ejecutantes a, como “cualquier otro socio”, participar del intercambio de favores con los socios hombres actuales?.
- Las ejecutantes solicitamos que se nos considere socios de pleno derecho con las mismas ventajas pero también con las mismas obligaciones que el resto de socios. La respuesta es sí.
- Veamos si me estoy enterando – cortó X que pretendía aplicar la técnica del resumen de puntos fuertes para ayudar a Chase a convencer al Consejo - . Usted propone que tan sólo mil mujeres se conviertan en socias y enriquezcan la red de favores de nuestros actuales socios... que pasarían a disfrutar de una red aún más grande. ¿Y además no dejarían de trabajar como ejecutantes?.
- No sólo eso, sino que además la actitud será mejor, entregaremos aún más de nuestros encantos personales en forma de esas concesiones sexuales que en sus cursos de entrenamiento para ejecutantes se empeñan en que hagamos a las víctimas, participaremos en la estrategia de las operaciones de intervención para combinar la fuerza de la ejecutantes... ¡La Sociedad aumentará sus posibilidades!.

- Antes de que todos se vuelvan excesivamente optimistas – cortó Bracken – debo indicarles que nuestro fundador prohibió este extremo, ustedes lo saben. ¿Qué otras de sus ideas pretenden traicionar, pueden decírmelo?.
- El mundo ha cambiado, Bracken – le dijo X-. No hemos cambiado el reglamento en todos estos siglos y esa puede ser la principal amenaza para nuestra supervivencia. Lo que se nos ofrece es ser más inteligentes en las intervenciones, aumentar los recursos de nuestros socios y otras ventajas...
- ¡Es un riesgo!, podrían descubrirnos.
- En realidad – comenzó a decir Chase sonriendo - , la posibilidad de que una ejecutante traicione a la Sociedad y la descubra ante la Sociedad es mayor ahora por dos motivos: en primer lugar, la situación de marginación y explotación personal en la que viven, totalmente apartadas de la estructura de la Sociedad, alimenta una animadversión por ella. Y en segundo lugar, entienda que si fueran socias, los objetivos de la Sociedad serían sus objetivos también; de manera que descubrirla sería descubrirse ellas mismas y destruir el tráfico de favores que tanto les beneficiaría como al resto de socios. Por tanto, tanto a ustedes como a nosotras, nos interesa que la estructura nos integre.

Bracken guardó silencio. Colm comenzó a leer unas notas de su cuaderno. Los argumentos habían llegado a una situación de crisis por parte de la oposición.

El silencio parecía saber a victoria, la de Chase, que empezaba a sonreír, pero...

- Señorías – Dijo con voz alta, firme y grave, X, Tracy, que no había abierto la boca en toda la sesión-
- En su momento prometí a mi colega Y que traeríamos hasta ustedes este debate y que lo plantearíamos de la manera más objetiva que fuera posible. Sin embargo, y después de escuchar atentamente las razones de la señorita Chase, debo reflexionar en voz alta que no considero que se haya demostrado que esas técnicas tan supuestamente avanzadas vayan a permitir alcanzar alturas que ahora estén fuera de nuestro radio de influencia.

Sus palabras transcurrían lentamente, pero sus pensamientos se movían a la velocidad del rayo. Allí, tras haber discutido Bracken en su lugar, ya había cumplido su parte del trato, más bien chantaje, con la rubia allí presente. Su silencio durante la sesión era la mejor prueba de que la presión de Chase, su estrategia con él, había surtido efecto... hasta el final. Sin embargo, éste acababa de ser alcanzando. El debate prometido había tenido lugar y ahora debía interrumpirlo lo antes posible ante el riesgo de que el Consejo convocara una votación con la posibilidad de aceptar la propuesta de Chase.

Los reflejos de Chase diseñaron en el aire unas palabras sólo dignas de la más poderosa intervención que desde la sombra enviaba el argumento imposible, inocente ante los ojos de los demás Decisores:

- Creo que – sentenció Chase -, el señor X nos está ocultando... información acerca ... de... - decía mirándole a los ojos-

- ¿Sobre qué, señorita Chase?. ¿Sobre qué oculta información el Sr. X?. Advierta usted que la pretensión de sus palabras no es propia de este lugar y puede costarle la vida – exclamó una voz modesta entre los Decisores próximos a X-

Sin embargo, él, que había descodificado bien la amenaza sutil de Chase de revelar más, mucho más, de lo que había venido a contar, interrumpió a su Decisor compañero:

- Que se haga lo que el Consejo decida – finalizó sin más repercusión X-
- Propongo una votación – dijo en voz alta Chase-

La propuesta fue aplaudida por el grupo de Decisores próximos a Y. Cundía un fervor entre sus Señorías que aunque no alcanzaba a tanto entre las filas de Bracken, cierto era también que algunos de sus compañeros sonreían confusos.

- Bien – dijo Y-, a no ser que mi colega X tenga inconveniente al respecto de la propuesta, solicito al Consejo proceda a iniciar la votación.
- Que la señorita Chase sea desalojada de la cámara, inmediatamente – ordenó Bracken, aún molesto por el modo cómo se habían desarrollado las cosas y no encontrar manera alguna de bloquear la votación-.

El mismo hombre que le había hecho pasar, agarró de nuevo el brazo de Chase y la hizo bajar del púlpito:

- Acompañeme, por favor. No se permite su permanencia durante la votación.
- oh... de acuerdo.

El camino hasta el biombo que le retornaría de nuevo hasta la sala de espera anterior no era demasiado largo de manera que Chase hizo lo posible por caminar con lentitud y escuchar el máximo posible de comentarios que se sucedían entre los Decisores antes de abandonar la sala. Estaban excitados, especialmente los Decisores de Bracken. La Sociedad se erigía como una democracia estructurada pero con total libertad de decisión en el seno de los grupos. No era descabellado que Decisores opositores aceptaran la propuesta al igual que cabría esperar desertores ideológicos entre los próximos a Y. El anonimato de las decisiones y la enorme trayectoria democrática del Consejo habían eliminado la predictibilidad de sus resoluciones.

La puerta se cerró en cuanto hubieron entrado Chase y su acompañante a la salita. Seguía tan silenciosa como antes, aunque ahora ya sabía que era sólo el efecto de la impenetrable piedra alrededor de ella, pues a pocos metros, un enjambre de políticos discutían con fervor una propuesta que podría cambiar el futuro de la toda la Sociedad. “Así que es así como funciona”, pensó la rubia, incapaz de asimilar del todo lo que estaba sucediendo. Apenas podía entender dónde estaba ... y sin embargo ya era capaz de presionar al Consejo. Era muy confuso.

- ¿Ahora votarán la propuesta? – preguntó Chase al hombre que le acompañaba en la sala-.

El hombre no contestó. Ni siquiera hizo ningún esfuerzo por dejar ver su rostro más allá de lo poco que la túnica negra permitía.

- ¡Vamos!, me enteraré de todos modos.
- Primero discutirán, señorita.
- ¿Y...? – dijo Chase acompañando con un gesto de continuidad...-.
- Luego votarán.
- ¿Y entonces me llamarán?
- No sé.

Un gesto de desesperación, aunque comedido por las circunstancias, batalló y se apoderó a pesar de la resistencia de su pretendida obediencia, del rostro de Chase. Era increíble que se negaran a informarle de algo tan básico, cuando ella estaba a punto de

reformular por completo una división entera de la propia Sociedad. Las cosas cambiarían, se dijo, si la propuesta finalmente se aprueba.

Tomó un par de los cojines que había sobre los asientos y los colocó en forma de almohada. A continuación se recostó como preparando una espera larga y tensa.

Pensó en Josh. ¿Dónde estaría?. ¿Era posible que estuviera en la cámara?. A fin de cuentas, centenares de personas se sentaban junto a las 4 paredes de la enorme sala, en sillas discretas. Eran centenares de ojos que no parecían estar directamente relacionados con el juego político que se desempeñaba en el centro de la sala. Por el contrario, sólo parecían observadores, como si fuera la grada desde dónde observaba un público interesado pero no invitado a jugar. “Quizá sean algunos de los socios”, pensó Chase. Si fuera así, tenía muchos motivos para pensar que Josh podría estar allí sentado. No sólo era un socio de pleno derecho, sino que además era un administrativo de la propia Sociedad, realizaba funciones para ella. Y tenía capacidad de acceso a los documentos internos donde, supuestamente, la propuesta, o al menos parte de ella, debería haber sido publicada durante los días precedentes a la sesión. Sí, era muy posible Josh hubiera sido testigo de lo que había hecho.

Era difícil imaginar su reacción. Chase pensó que Josh podría llegar a sentirse orgulloso de ella al ver que el silencio mantenido con tensión durante varias semanas estaba a punto de culminar en una operación histórica que allanaría el camino para una vida juntos. Lástima que otro hombre en la misma sala, el mismísimo Y, esperara lo mismo cuando miraba a la misma mujer. El conflicto, en secreto, permanecía latente.

El tiempo pasaba lentamente y aunque a Chase le era imposible encontrar la puerta del sueño en aquel lugar, sabiendo que cosa tan importante se dirimía a pocos metros de ella, pudo sentir sin embargo el llegar de cierta relajación, como una sensación de satisfacción. No sabía cuál sería la decisión final del Consejo, pero sabía que Y trataría de sacar el máximo partido a las palabras que había enviado a los integrantes del Consejo con bastante acierto. Aquellos hombres no se habían quedado realmente a solas como creían, sino que Brian trataría de representar en cada una de sus frases el espíritu de cuanto ella había defendido. Por otra parte, no debía dejar de temer que X, que se encontraba en una difícil situación, presionado por el chantaje pero también por sus ganas de destruirla, pudiera dirigirse nuevamente al Consejo y revelar información sobre el sucio modo cómo había ella alcanzado la dicha de ser centro de atención del propio Consejo. En este compás de espera, Chase descubriría cómo de bien o mal había trazado las líneas de ese chantaje que ahora, en el momento final, debía mantenerse en pie y aguantar un último esfuerzo.

- Señorita – creyó escuchar una somnolienta Chase -.
- ¡Señorita!
- ¿Qué? – dijo la rubia abriendo los ojos y echando una mirada a un muchacho joven que le traía una jarra con agua y unas frutas-.
- Le recomiendo que coma algo. La sesión podría extenderse.
- Ah... gracias – dijo incorporándose poco a poco. En realidad, los cojines no resultaban tan cómodos como pensó la primera vez que los vio colocados y atractivos sobre los asientos-.

Ahí, al otro lado de la estancia, seguía el hombre de la cara casi cubierta. No se había movido un ápice. Chase podía sentir desde donde se encontraba que aquel hombre tenía poca experiencia tratando a las mujeres, que su presencia femenina le incomodaba profundamente. Quizá llevara años en aquel lugar sin contacto con mujeres que no pudiera someter por influencia de la Sociedad. ¿Sería un socio de derecho?. En realidad, a juzgar por el estilo de lo que le rodeaba y la antigüedad de las normas contra las que luchaba, no le hubiera extrañado que la cantidad de personas del círculo de la Sociedad que no disfrutaran de los derechos de socio no fuera tan reducida como había pensado en un principio.

Apenas había bebido un trago de agua cuando la puerta se abrió de nuevo:

- Señorita Chase, si hace el favor de pasar...

Ya podía escuchar de nuevo el murmullo de las voces que provenían de la gran sala, aunque ninguna de ellas parecía la de un Decisor o uno de los dos dirigentes. Parecía un jolgorio general.

Se puso de pie, se cubrió la cabeza con la capucha de la túnica y atravesó la puerta. El biombo le guió hasta aparecer de nuevo en la sala. El ambiente se había densificado un tanto y la luz parecía un poco más apagada que cuando salió.

- Señorita Chase, acérquese.

La voz era la de X, lo que hizo que se le helara todo el cuerpo. Si X le daba la bienvenida, ¿qué podría esperar acerca de la decisión tomada?. Si hubiera sido él el líder del discurso de decisión, no sólo sería imposible esperar una decisión favorable para con su propuesta sino que incluso su vida podría estar en peligro, como se le había repetido en varias ocasiones.

Con paso dubitativo comenzó a acercarse hasta el púlpito desde el que se dirigió al Consejo y se subió de nuevo a él. Todos aquellos hombres la miraban... alguno de ellos como políticos suspicaces, otros como hombres deseosos incapaces de respetar las líneas que el organigrama de la Sociedad había impuesto para la seguridad de todos. Un Decisor que ansía a una ejecutante suponía un riesgo, como el propio Hellich ya había previsto. Sin embargo, no se pueden dibujar líneas separadoras a los instintos, especialmente los de hombres poderosos que ya no sufren sus limitaciones sino que las exploran con avidez en busca de nuevos límites.

- El Consejo – empezó a decir X -, no ha tomado una decisión en firme.

El rostro de Chase se apagó como si todo estuviera a punto de estrellarse contra un muro tan firme como las paredes que le rodeaban en aquella sala.

- En su lugar, se ha redactado una contrapropuesta que el Consejo procederá a transmitirle. Puede usted tenerla a consideración durante unos minutos y plantear sus dudas al Consejo. A continuación, le exigiremos una respuesta. ¿Ha entendido, señorita Chase?.

- Por supuesto – contestó con muchas dudas pendientes sobre lo que iba a suceder pero consciente de que no era el momento de preguntar cosas como qué pasaría si rechazara la propuesta o si de ello depende salir con vida de aquella cámara-.

Un hombre se le acercó y depositó sobre el atril integrado en su púlpito un documento. Se trataba de un papel de tono amarillo gastado sobre el que se habían manuscrito unas líneas.

- No se preocupe en leerlo, señorita Chase. Permítame que se lo plantee yo mismo – solicitó X-.
- De acuerdo.
- Verá, el Consejo ha estimado atractivos algunos de sus futuribles para la Sociedad. Ha planteado usted líneas de actuación que podrían resolver algunos asuntos ... que han precisado de nuestra atención durante algún tiempo.

Chase no pudo evitar acordarse de la Orange Coast y de los problemas que, según sus indagaciones, la Sociedad estaba encontrando para hacerse con el control de una pieza estratégica como era un grupo de comunicación. No era difícil entender que el tipo de presiones que necesitaban para lograr hacerse con grupos como la AllCom sólo podía ser conseguido a través de sobornos, que no siempre resultaban de interés, o técnicas ejecutantes de segunda generación, ideas que ni el propio Hellich hubiera tenido siglos atrás.

- Por ello, el Consejo no descarta atender su solicitud acerca de la membresía del cuerpo ejecutante.

Chase se sintió de nuevo animada.

- Celebro oír esto, Señoría.
- No lo celebre por completo, haga el favor – la voz se volvió macabra en este punto -. Debe saber que, para que esta medida se haga efectiva, el Consejo exige el levantamiento de ciertos... muros de contención que aseguren la posición de la Sociedad.
- ¿A qué se refiere?
- El cuerpo ejecutante deberá aceptar unas imposiciones procesales y normativas si quiere disfrutar de su membresía en la Sociedad. Encontrará una enumeración de estas imposiciones en el documento del que se le ha hecho entrega, aunque puedo resumir para usted las más importantes, si lo desea.
- Adelante.
- En primer lugar, señorita Chase, las ejecutantes aumentarán su peso específico en la Sociedad pero sólo podrán desplazarse en dirección ascendente dentro del organigrama. Es decir, una ejecutante podrá convertirse en socio si lo desea, pero no podrá abandonar la Sociedad bajo ningún concepto.
- ¿Y si lo hicieran?.
- La Sociedad se ocuparía.

El gesto de Chase se volvió gris y preocupado.

- Tampoco podrán reducir su calidad de socios, señorita Chase. Digamos que... el Consejo no desea que, como consecuencia de su calidad de socios de derecho durante un tiempo, dejen de necesitar de sus servicios y pretendan abandonar la institución.
- ¿Por qué suponen que seríamos peligrosas para ustedes?.

- Como socias... el Consejo ha decidido que podrían no serlo, pero como ex socias... no está tan claro. Toda ejecutante debe conocer el ... riesgo, si sabe entenderme, que corre al abandonar su puesto.
- ¿Qué otras imposiciones existirán?
- Usted y quiénes escoja posteriormente trabajarán activamente para desarrollar las técnicas que describió en su discurso de apertura, señorita Chase. Queremos ver los resultados de sus propuestas sobre las nuevas técnicas ejecutantes. Y queremos que usted las optimice.
- Eso es algo que podrá realizar cualquier ejecutante con experiencia, estoy segura.
- No nos interesa su defensa gremial, señorita Chase. Hemos decidido al respecto. Si no está de acuerdo, rechace nuestra propuesta al completo.

Chase guardó silencio mientras miraba al documento.

- Además, y no caiga en la tentación de malinterpretar esta imposición, el Consejo también ha determinado que usted se convierta inmediatamente en órgano Decisor de segunda categoría.
- ¿Eso qué significa?
- Que usted será un Decisor permanente en el Consejo y sobre usted caerán las responsabilidades derivadas de las ejecutantes convertidas en socios.
- ¿Seré Decisor?
- Así es, señorita Chase. No lo celebre en exceso, puesto que sabremos bien lo que hace y lo que dice... teniéndola tan cerca de todos los miembros del Consejo.
- ¿Desempeñaré funciones normales de Decisor?
- Eso se espera de usted, señorita Chase, especialmente si es teniendo en cuenta cómo sus recién incorporadas ejecutantes pueden servir a los intereses y objetivos sobre los que se le dará buena cuenta durante las correspondientes sesiones de este Consejo.
- Eso será un placer, señorías.
- Lo dudo... - contestó con ironía X mientras miraba a Bracken-

La cámara quedó en silencio, incluida Chase, preguntándose si habría más imposiciones.

- ¿Y bien, señorita Chase?. ¿Ha decidido ya sobre nuestra propuesta?- preguntó Bracken mientras sonreía-

¿Qué pensaría una Heather o una Alice de todo aquello?. Algunas de sus compañeras buscaban libertad pero lo que se les ofrecía era mayor responsabilidad. Por otra parte, el reconocimiento del Consejo sería completo, formarían parte de la Sociedad y estarían a la altura de aquellos para los que habían trabajado sin saberlo durante tanto tiempo. Chase se acordó de una conversación pasada con Josh... “¿qué les pasa a las ejecutantes que abandonan su cargo?”. Tenía un fatal presentimiento sobre ello. Si cada ejecutante ponía en peligro su vida al dejar de serlo, no había más sentido que el de avanzar en su puesto. Y eso estaba sucediendo ya sin aprobar la contrapropuesta del Consejo, de manera que la nueva imposición no resultaría totalmente novedosa para las ejecutantes. En cuanto al resto de imposiciones, ciertamente, le afectaban más a ella que al resto de ejecutantes. ¿Era eso lo que buscaba?. En realidad no, pero sus objetivos, sus ambiciones, al estar tan lejos de allí todavía, precisaban de ese lugar en el Consejo como Decisor y para alcanzarlo debía aceptar esas imposiciones que le afectaban.

Probablemente, pensó, no serían más que funciones cotidianas a resolver sin más problema.

Chase tomó una decisión en nombre de más de mil mujeres a las que no conocía, las ejecutantes.

- Si de la lectura exhaustiva del documento que tengo en mis manos resultara coincidencia con todo lo expuesto, me prestaría a firmarlo enseguida – dijo con la primera voz desafiante y poderosa que sacó de sí misma en aquella sala desde que había entrado-.
- Que así sea entonces.

Chase se acercó el documento y leyó por encima casi todas las frases que componían su texto. Todo estaba de acuerdo con las explicaciones de X, salvo la existencia de otras imposiciones paralelas que no consideró importantes.

En el púlpito encontró una auténtica pluma de ave y una oquedad en la madera recubierta de estaño en cuyo interior había aproximadamente un milímetro de altura de tinta. Chase tomó la pluma, introdujo la punta en la tinta y trazó una firma, una que pretendía creer que era la suya de verdad (sabía rubricar de docenas de formas diferentes como resultado de su experiencia de ejecutante) y dejó la pluma nuevamente sobre el púlpito.

- ¡Bienvenida, señorita Chase! – exclamó Y, encantado y exultante-. Puede quitarse la túnica de paseante y vestir la de Decisor. Quizá no se adapte a sus formas, entienda que no esperábamos una mujer en el Consejo para los próximos cien años, pero haremos lo posible por modificarla para la próxima sesión – Una risa general acompañó las palabras de Brian que miraba a Chase como una hija de la que sentirse orgulloso, pero también como la amante cariñosa que había sido con él y que esperaba que fuera aún por mucho tiempo, durante al menos todos sus años de declive y vejez-.

El muchacho del púlpito se acercó de nuevo a Chase, por detrás, y le ofreció una túnica de terciopelo negro, muy pesada, con adornos dorados. Enseguida se la puso se bajó del púlpito. Estaba arreglándosela... cuando un estruendoso aplauso que parecía estallar de cada rincón de la formidable sala de piedra la sorprendió y le arrancó una sonrisa. Centenares de manos, no sólo de los Decisores sino también de todos aquellos sentados alrededor de la sala, junto a las paredes, los mismos que Chase había pensado que eran socios de la institución, aplaudían con fruición conscientes de haber tomado una decisión histórica, una de esas ideas que hacen cambiar el futuro de las vidas de muchas personas.

Chase miraba a su alrededor y en todas partes encontraba la mirada divertida de hombres amables que le dedicaban gestos de apoyo, de empatía... incluso de auténtica diversión. La responsabilidad del Consejo era máxima, pero el resto de los asistentes disfrutaban el momento saboreando la materia exquisita de la que están contruidos los momentos importantes, las primeras veces de las grandes cosas de la vida, como era la vida de la propia Sociedad.

Capítulo XIV

Los desiertos pueden llegar a ser lugares sorprendentes. Una mirada poco comprometida no revelará más que cuantos accidentes visuales, por tópicos, uno les atribuye sin mayor noticia, o sea, tierra, naturaleza seca y poco más. Sin embargo, la llegada de la lluvia, que aunque escasa de vez en cuando aparece, puede revelar el secreto mundo de vida que se esconde tras esa monotonía. Quizá no lo vemos cotidianamente pero, bajo la arena aparentemente muerta, bajo las piedras inertes, existen pequeñas vidas, pequeños seres, que aprovechan la llegada del agua para pasear y cambiar el aspecto de su hábitat.

Como el agua del desierto, la propuesta de Chase hizo surgir la vida de donde aparentemente no había nada. Las ejecutantes de la Sociedad fueron inmediatamente contactadas, eso sí, a través de métodos diplomáticos y bien reflexionados para mantener los intereses de la Sociedad en primer lugar, y docenas de mujeres comenzaron a danzar por los pasillos de los lugares que hasta ese momento se habían mantenido cerrados y a oscuras, al alcance exclusivo de la gerontocracia gótica de sus dirigentes y de los miembros del Consejo. Chase había abierto una nueva etapa y los primeros encantados de saborear el nuevo mundo creado bajo el subsuelo eran los propios socios originales.

Muchas fueron las ejecutantes que comenzaron a pasear por las salas y cámaras de la Sociedad, hasta el punto de que, siempre gracias a las propuestas que Chase hacía llevar hasta el seno del Consejo, éste aceptó construir y adquirir espacios donde desarrollar, a modo de club privado, la vida que las ejecutantes estaban inyectando al tejido secreto de la comunidad en general. En pocas semanas, socios y ejecutantes ascendidas compartían mucho más de lo que los socios hombres habían compartido durante décadas de historia sin mujeres. Todo se llenó de una energía especial.

Chase se convirtió no sólo en el símbolo viviente de ese cambio sino también en su más eficaz promotora patrocinando modificaciones y legislaciones internas que favorecían el cambio. Su argumento ante quiénes le escuchaban era siempre que a mayor sensación de pertenencia, es decir, de membresía entre las ejecutantes, mayores serían los beneficios para la Sociedad.

En esa dirección ya había alcanzando nuevas libertades para las ejecutantes. Algunas de ellas eran tan sencillas como aumentar y adecuar los recursos que, para sus trabajos, podían emplear sin cargo alguno. La Sociedad mejoró los transportes, aumentó la red de hoteles contactados con acuerdos específicos para ejecutantes y, en general, se convirtió en una agencia organizada que hacía de las gestiones de las profesionales una labor más sencilla y más compatible con su vida en el seno de la comunidad. Pero, por otra parte, Chase había conseguido que se viera con buenos ojos el contacto entre las mujeres.

De esos contactos partieron revelaciones que obligan a darse cuenta de que bajo las arenas del desierto no eran pocos los seres que vivían y trataban de sobrevivir. Si Chase y su grupo de colegas ejecutantes Heather, Dannii, Jessie, Norah y Alice eran un buen ejemplo de esta vida bajo las rocas, lo cuál parece del todo literal teniendo en cuenta el lugar donde se reunían en realidad, otros buenos ejemplos comenzaron a ser

presentados. Tuvieron conocimiento de que otras ejecutantes también habían tenido la fortuna de encontrarse y reconocerse, así como de organizarse para compartir información. Sin duda, ninguna de estas agrupaciones había tenido consecuencias tan fértiles para la Sociedad, pues ninguna había organizado su ambición, si es que la habían tenido alguna vez, pero datan directamente la existencia de esa vida al margen del oscurantismo medieval de la antigua Sociedad.

El Consejo había comenzado a preocuparse por este aperturismo y la posibilidad de que terminara afectando a la propia identidad de la Sociedad. Por ello había determinado la necesidad de adoctrinar a todas las nuevas socias de la institución bajo los ideales del propio Hellich, fundador de la Sociedad. La problemática, como bien había apuntado Chase tan pronto se debatió en el seno del Consejo, provenía de la discrepancia ideológica entre los textos e ideas originales de Hellich y el nuevo mundo en el que la Sociedad extendía sus raíces de influencia. Quizá eran demasiadas las diferencias entre los dos mundos, aunque nadie en el Consejo estaba, aparte de ella, dispuesto a renunciar a las ideas de Hellich. Los proyectos seguían su curso aunque los efectos eran aún limitados.

Paralelamente, Chase había comenzado a trabajar en una comisión sobre lo que se vino en llamar la *Nueva generación de intervenciones*, una célula integrada sobretodo por mujeres ejecutantes, aunque vigilada por el Consejo, que trataba de diseñar técnicas de actuación que hicieran de los métodos ejecutantes algo mucho más efectivo. Poco a poco, las ejecutantes fueron ilustradas en la utilización de las nuevas técnicas y éstas fueron probadas paulatinamente sobre el terreno y al servicio de objetivos de la Sociedad totalmente reales. En un primer estadio, los resultados no fueron tan espectaculares como el original y ya histórico discurso de la rubia había vaticinado con expectación, aunque con el paso del tiempo, en pocas semanas de hecho, las cosas mejoraron. Las técnicas hubieron de ser aderezadas con psicología tan perversa como las intenciones de las mujeres ejecutantes pero el resultado se consiguió.

Una tarde en la que ya comenzaba a sentirse el primer calor de la llegada del verano, el grupo de ejecutantes de Chase se hallaba reunido junto a otras colegas recién conocidas tras el aperturismo en la propia casa de Chase. Heather se había sentado con estilo en uno de los extremos del sofá pequeño del salón. Jessie y Norah se habían sentado en el otro sofá y el resto de los espacios los cubrían Alice y Dannii, que tomaban un par de refrescos. En el suelo, sobre la alfombra, sus dos nuevas colegas trataban de aclimatarse a las formas y maneras, además de las discusiones habituales, del grupo original. Eran Sarah y Angela.

Sarah medía casi dos metros y aunque su longitud pudiera hacer creer que no contenía belleza alguna para ser una ejecutante, en realidad sí que lo hacía. De hecho, tenía un alto índice de efectividad en las misiones más complicadas, aunque desde hacía poco tiempo había sido asignada a intervenciones combinadas con otras ejecutantes. Al parecer, su perfil era el de aquellas ejecutantes que más mejoraban cuando trabajaban junto a otras ejecutantes. Tenía el pelo largo y lacio y la cara un poco estirada, pero lo mejor de ella era su simpatía y su capacidad para hacer a todos los demás sentirse divertidos y alegres. Quizá era su estrategia de seducción, y aún no había nadie en la Sociedad capaz de decirle que esa no era la manera cómo debía hacerlo. Ella tenía éxito y nadie la cuestionó nunca, aunque muchas de las ejecutantes que allí estaban esa tarde se preguntaban cómo fue que resultó aceptada tras las pruebas de selección... o dónde

guardaba las técnicas que se supone había adquirido y de las que nunca hablaba, como si no las conociera.

Angela, por el contrario, era rubia aunque su color tenía un tono anaranjado imposible de esconder. Era alta, quizá no tanto como Sarah, y una voz poco estridente, más bien suave, que encajaba bien con su personalidad adaptable. Nunca era la titular de chiste alguno pero su porte era tan elegante que enseguida se convertía en el tipo de mujer que muchos treintañeros deseaban tener a su lado para mejorar su aspecto en la vida. Esa era su estrategia más habitual, cosa perfecta para los nuevos tiempos ejecutantes en la Sociedad puesto que encajaba a la perfección con las ideas y nuevas técnicas que Chase estaba desarrollando. Angela era la amante perfecta para hombres que hubieran caído en las redes de novias oficiales, por supuesto también ejecutantes. Tal era su éxito en ese papel que en tan sólo dos semanas había llegado a ser la amante de varios hombres – víctima en diferentes misiones simultáneas.

- Un día tenéis que enseñarnos a Sarah y a mí el cuartucho ese en donde antes os reuníais, ¿sí? – pidió Angela en voz alta, aunque no demasiado-.
- ¡UF!, eso es una reliquia – dijo Norah -.
- Pero muy valiosa, todo un símbolo, ¿no os parece? – Dijo animada Sarah-.
- ¡Sí!, sería genial volver a allí y pasar toda una tarde, ¿no os parece? – comenzó a ametrallar Dannii llena de vigor primaveral en forma de elocuencia verbal -, tenéis que ver ese sitio; la verdad es que en invierno hace un frío horroroso, incluso teníamos que pasar allí horas entre mantas para no congelarnos. Claro que también teníamos una máquina de café, ¡mira que le dimos trabajo!...
- Las cosas han cambiado tanto... - apuntó Heather – que casi echo de menos aquella clandestinidad.

Chase apareció de regreso de la cocina, desde donde se escuchaba perfectamente la conversación, portando una bandeja llena de refrescos y café con hielo:

- Bueno, no somos chicas obedientes... Aún estamos tomando el pelo a la Sociedad de muchas maneras. Así que no te sientas demasiado legal, Heather...
- Pero ¿qué dices? – cortó Jessie, que ya temía otra tormenta -. Para una vez que podemos hacer lo que antes tanto deseábamos, o sea, vernos sin que nadie quiera matarnos por ello, ya se te ocurren planes para volver a enfadarles.
- ¡Vamos!, Jessie... mira lo que hemos conseguido, y todo gracias a que no dijiste nada y confiaste en nosotras.
- Jessie siempre fue la más... - empezó a explicar Alice a las nuevas amigas-.
- ¡Cuidado con lo que dices! – dijo Jessie.
- la más... en fin, sí, fue la que más – terminó diciendo mientras miraba a Jessie. El grupo de amigas se rió y un momento después también lo hizo Chase que había entendido que no era el momento para grandes estrategias-.
- Bueno, en realidad creo que yo también me habría asustado mucho en aquel cuarto – dijo Sarah-. ¿Cómo no hacerlo?. Antes de que Chase estuviera en el Consejo podían decidir cualquier cosa y hacernos desaparecer sin más problema. ¿Quién de nosotras se enteraría?.
- Nadie – dijo Jessie, que por fin encontraba una voz a la que adherirse -.
- ¿De qué se habla en el Consejo últimamente, Chase? – preguntó Norah, siempre abierta a nuevas reivindicaciones-.

- Hay un grupo de ejecutantes que están pidiendo que se derogue la imposición de llevar la cinta de terciopelo. Dicen que es una especie de estigma de humillación.
- Estoy harta de este yugo. Como es suave, se creen que no nos molesta... - dijo Norah.
- En realidad no hay tanto consenso sobre ese asunto, Norah. No hemos encontrado tanto apoyo de ejecutantes sobre ello. Es como si de tanto llevarla, la mayoría de las mujeres se hubiera acostumbrado. Algunas incluso lo defienden.
- Será por el síndrome de Estocolmo – dijo Sarah.
- De un modo u otro... no está nada claro qué pasará sobre ello. Además, el Consejo se está cansando de atender reivindicaciones poco importantes. Quiere comenzar a tratar macroobjetivos lo antes posible.
- Bueno, si no me he enterado mal, eso es lo que mejor se les prometió – Dijo la ácida Heather.
- Sí, gracias a ello estamos todas aquí tomando refrescos. Supongo que empezaremos a hablar de todo ello en breve.
- Es curioso cómo vamos a tratar el caso de la AllCom... pero desde el otro lado – dijo Jessie-. Es como si ahora supiéramos bien con quién jugamos.
- No te equivoques, Jessie – interrumpió Chase-. La AllCom es un objetivo de la Sociedad, no es nuestro.
- Pero... ahora somos la Sociedad.
- Unas más que otras. Quizá tú lo seas para siempre, aunque...
- ¡Cuidado con las metas que te pones, Chase!, tu suerte podría encontrar un nuevo destino – Dijo Heather.
- No me hagáis caso. ¿Queréis salir al jardín? – dijo sonriendo Chase por efecto de un conjunto de gestos artificiales que forzó en su rostro para cambiar de tema.

Tras dos semanas de silencio, el asunto de Josh, lejos de perder fuerza hasta desinflarse por completo, generó un enfado traicionero en su corazón y terminó explotando. Aquel hombre, que hasta el último momento había confiado en Chase, ahora veía que tenía escasos motivos ante sí para seguir creyendo que aquella mujer terminaría dedicándole todo su amor. En realidad empezaba a dudar incluso del supuesto amor que había recibido en el pasado, en aquellas veladas tan cálidas junto a ella. En verdad, se decía, que le había parecido la mujer de los sueños de cualquier ser humano, y estaba condenado a compartirla con las víctimas que la institución a la que pertenecía manipulaba para los socios, gente como él. Y lo peor de todo es que se suponía que, como miembro de pleno derecho de esa Sociedad, había en teoría pocas cosas alrededor que no se le pudieran ofrecer. Pero Chase estaba fuera de su alcance. Ni siquiera el deseo espontáneo de Chase por estar junto a él era suficiente, pues las normas de la Sociedad eran claras al respecto. No se permitía ese tipo de contactos entre un socio y una ejecutante. La estrategia que ella le dijo que tendería para dar libertad a su amor había funcionado, pero ahora era ella la que no quería nada con él. No se lo había dicho así, especialmente porque ni siquiera se habían encontrado, pero ¿qué otra cosa podía interpretar de la distancia que había interpuesto Chase entre sí misma y él?

Sin embargo, su rabia, la de haber contribuido a una felicidad cundida a su alrededor sin que él pudiera participar de ella, le inducía a no dejar las cosas como estaban, a luchar por Chase, o al menos a reprocharle haberle utilizado para sus propios intereses.

Nunca se había vestido Josh con tanto esmero como ese día. Se encontraba en la puerta de la casa de Chase, había tocado el timbre y se había puesto a mirar a través de los cristales enormes que rodeaban toda la puerta y que hacían de pared hasta la parte más alta de la casa. Toda la fachada, salvo por la puerta que era opaca, era completamente transparente, confeccionada a base de vidrio grueso.

A través de esos cristales pudo comprobar que en el interior de la casa todo estaba el calma. Era quizá demasiado pronto en la casa de una ejecutante sin horarios concretos para topar con actividad alguna. No se trataba de una mañana demasiado luminosa. Por el contrario, el cielo estaba encapotado y era poca la luz que entraba hasta el interior de la casa.

Josh volvió a llamar al timbre y esperó unos segundos.

Al momento apareció una dormidísima Chase ataviándose una bata de seda de color rosa que bajaba por las escaleras que conectaban el dormitorio, totalmente a la vista desde el exterior de la casa, con la planta baja. Cuando llegó allí se acercó a la puerta y echó un vistazo al exterior a ver quién llamaba. Su rostro se despertó súbitamente, se arregló el pelo, miró por un momento hacia arriba, al dormitorio, y volvió a mirar a través de los cristales con la esperanza de que la persona que había llamado se hubiera terminado yendo por aburrimiento. Pero no. Al contrario. El gesto de Chase había animado a Josh que ahora tenía más ganas de averiguar qué estaba sucediendo en realidad, porque no se había puesto la rubia en contacto con él durante todo este tiempo y qué quedaba de aquella estrategia por estar juntos.

La puerta se abrió y Chase la sujetó con una mano mientras que con la otra se apoyó en el marco contrario. Su posición hacía que Josh no pudiera pasar, cosa que debía hacer con todo su cuerpo.

- Hola, Josh, ¿cuánto hace que no nos veíamos?.
- Buenos días, Chase, esperaba que te pusieras en contacto conmigo... ahora que las cosas han cambiado tanto.
- Sí... estaba esperando el mejor momento.
- Hace ya más de mes y medio desde aquella magnífica noche en aquel sofá – dijo Josh señalando por encima del hombro de Chase al sofá que a medio oscuras se veía sin embargo aún en el centro del salón de la enorme casa-.
- Sí, fue una noche bonita. Te diría que pasaras pero...
- Será un placer – dijo mientras se echaba encima de la rubia hasta que ésta tuvo que ceder y, sin mediar contacto alguno, sólo incitado por la repentina reducción de la distancia interpersonal entre él y ella, dejarlo pasar hasta el interior. Chase entornó la puerta sin llegar a cerrarla con la esperanza de que fuera un símbolo, una invitación a salir cuanto antes-.

Josh se dirigió hasta el salón y allí esperó a que Chase llegara.

- ¿Por qué no me has llamado, Chase?. Si supieras cómo he pasado estas semanas...

La de la bata rosa hubiera deseado saber con antelación de la llegada de aquel hombre para diseñar una recepción a la altura de las circunstancias, pero ya no podía echar el tiempo atrás. Intentó encontrar una respuesta digna de la ejecutante que en realidad era,

o mejor aún, la ejecutante que había llegado a ser por encima de la que fue hacía varias semanas.

- Josh, ahora las cosas han cambiado mucho. Tengo muchas responsabilidades en el Consejo. Sabes todo lo que ha pasado...

- ¡¡Yo te ayudé, Chase!! – exclamó-.

- Chase, ¿estás bien? – se oyó provenir desde dormitorio elevado. Era una voz algo anciana, quebrada por los años y por la frescura de la mañana. Era Brian, que se había despertado por los gritos de Josh. Desde la cama podía ahora escuchar todo lo que sucedía abajo en el salón al que estaba totalmente abierto, y si se incorporaba, podría incluso haber echado un vistazo con sus propios ojos a la escena entre Josh y Chase-.

- Oh... Josh... - lamentó Chase tras ver cómo Josh había perdido la respiración al detectar la presencia de aquel hombre a quién supo reconocer por haber acudido en varias ocasiones a las sesiones del Consejo-.

- No puedo creerlo, Chase. Eres una condenada ejecutante 24 horas al día – dijo con los dientes apretados-.

- ¿Qué querías que hiciera? – respondió Chase, que buscaba la manera de explicarle que era la única forma de conseguir todas las cosas buenas que estaban sucediendo en la Sociedad, pero que no podía decirlo así por que no lo escuchara Brian desde la cama-.

- Que sintieras por una vez en tu vida lo que quién tienes en frente sentía de verdad. Estaba enamorado de ti... y todavía creo estarlo, y ahora me siento traicionado.

- Tengo mi camino.

- Sí, cegado de ambición, insultante con quién te ha querido, Chase. ¡Dios santo!, incluso te ayudé a llegar a donde estás, te ayudé, arriesgando mi vida, a conseguir lo que tienes, a que estés en el Consejo, incluso a que ese tipo esté en tu cama.

- ¡¿Quién es usted?! – gritó Brian desde la cama que había escuchado palabras peligrosas y enigmáticas. Chase cambió de tema inmediatamente-.

- ¡Le ruego que abandone mi casa! – gritó Chase fingiendo no conocerle-.

Josh soltó una sonrisa equívoca.

- Tengo lo que merezco por confiar en una ejecutante puta que por cliente tiene la vida entera de los demás.

- ERROR – le respondió Chase con los dientes juntos -, el de la Sociedad al aceptar miembros que no llegan a la altura mínima para ser socios. Lárgate de aquí y cuenta a todos lo que hice, cuéntales a todos que supiste quién era, ¡qué era!, y que dejaste que te engatusara. Sólo tu existencia es una razón para desmantelarnos todos, pero ya que no puedo hacer nada al respecto, a pesar de que soy más que tú, al menos déjanos en paz a todos. Disfruta de nuestros servicios y olvídate de nosotras. Lárgate, Josh.

- Sí, ya me voy. Para siempre. Ojalá pudiera arrebatarte cuanto he hecho por ti.

- Tuviste ración de honor de mi cuerpo, querido... el que acaricio por la cara de las víctimas que tu Sociedad me hace reducir en tu favor. ¿Qué más quieres de mí?. Ahora vete.

Josh caminó con firmeza pero también con visible desolación, el corazón destrozado, hacia la puerta de salida. Sólo tiró de ella, que había quedado abierta, y ésta cedió lo suficiente para que pudiera salir sin hacer ningún ruido. Chase le siguió y cerró la puerta tras él con esmero por no preocupar más a su huésped de cama. A continuación subió corriendo las escaleras hasta el dormitorio. Brian parecía estar a punto de levantarse por ver qué sucedía abajo.

- ¿Dónde vas, mi amor? – dijo Chase mientras se desabotonaba la bata rosa y la dejaba resbalar silenciosa sobre su piel hasta caer al suelo. Todo su cuerpo cayó encima del endeble Brian que no pudo más que relajar sus músculos y sentir cómo Chase le colocaba una pierna a cada lado de las suyas y se ponía encima de él, a besarle y apretarle.

- ¿Qué pasaba... ahí... abajo? – Preguntó entre beso y beso de la rubia-.
- Nada malo – maulló la gatita-. Bésame.
- He oído gritos, algo de la Sociedad... creo.
- No era más que un tipo que no estaba de acuerdo con nuestros cambios... ¿por qué no me haces el amor... eh?.
- ¿No estaba de acuerdo?. ¿Qué te ha dicho?.
- ¡Vaaaamos!, no puedo gustarle a todo el mundo, pero te gusto a ti, ¿no?.
- Claro, cariño, pero no me gusta que te traten mal.
- Ya ha pasado todo. Ha sido una tontería... - dijo, mientras cogía la mano de Brian y la introducía por detrás de ella bajo sus bragas -.

Un par de horas después, cuando algunos rayos de sol, ya alto, empezaban a atravesar los ventanales superiores del salón de la casa, Brian y Chase improvisaban un desayuno:

- Debiste llamarme, lo habría solucionado rápidamente – dijo Brian, que empezaba a reencontrarse con su identidad de Y, su auténtico poder como dirigente de la Sociedad y que no podía quitarse de la cabeza lo que había sucedido por la mañana-.
- ¿Otra vez vas a empezar? – dijo Chase cariñosamente-.
- No soy un hombre tan poderoso para que molesten a mi amada. Lo hubiera solucionado rápido.
- Ehh... - le dijo mirándole a los ojos por un instante -, soy más poderosa de lo que crees – y se rió. También él al cabo de un momento-.
- Lo sé, lo sé. Al menos lo eres conmigo, y lo sabes.
- Y aún seré mucho más poderosa.
- Cuando te cases conmigo, ¿quieres decir?.
- ¡Pero!, ¿de qué hablas!, loco – le dijo entre risas-.
- No sé, olvídalo. ¿de qué hablas tú?.
- De crecer.
- Es un poco tarde, ¿no crees?.
- Oye, pienso darte un guantazo y devolvarte a la cama si sigues así de gracioso – dijo de nuevo entre risas sinceras Chase-.
- Por ti he desarrollado ese don, ¿pretendes atrofiármelo?.
- Espero que lo afines ipso facto o sufrirás la ira de mi nuevo y mi futuro poder.
- Estás muy presumida esta mañana con ese poder... del que aún no me has contado nada.
- Bueno, tengo mis planes.
- uhh... Parece prometedor. ¿Me incumbe a mí?.
- De refilón.
- Cuéntamelo. Creo que me estás asustando.
- Son mis ideas, mis planes, mejor esperar a que estén terminados.

- Eres capaz de cualquier cosa, será mejor que te disuada ahora que estoy a tiempo.
- ¿No tenías que irte temprano hoy?.
- Yo soy el hombre poderoso, ¿recuerdas?. Que me esperen.
- Mira quién presume ahora.
- Estás cambiando de tema, me he dado cuenta.
- ¿Dónde está ese recién adquirido don para el humor cuando hace falta?.
- Me reiré para ti en falso justo después de que me cuentes de qué hablas sobre tanto poder.
- Vaya... no te irás hasta que te dé una pista, ¿no es cierto?.
- Bueno, sería un principio.
- Está bien, está bien... pero... tienes que prometerme que no te enfadarás.

Josh cogió una de las tostadas de mantequilla que Chase había untado durante la conversación y que había ido depositando en una bandeja sobre la encimera de la cocina. Le dio un mordisco y después un sorbo al café antes de contestar:

- No sé si debo hacerlo – dijo con la boca llena-.
- Entonces nada.
- Está bien, prometo hacer un esfuerzo por ver las cosas como tú. Creo que no me va a gustar lo que me vas a contar.
- ¿Qué te parecería si los que estamos aquí, en esta cocina, dirigiéramos la Sociedad?.
- Peligroso. Muy peligroso.

Chase se rió ofendida.

- ¡¿¿por quéeeee??!!, ¿qué he hecho yo para sufrir tu falta de apoyo?.
- Sería el caos, pensé que hablabas en serio.
- ¡Lo he hecho!.
- Eso no puede ser, Chase. ¿Por qué iba X a dejarte su puesto?... y... espera, espera, ¿por qué iba el Consejo a aceptarte como titular del puesto de X, eh?. No... imposible.
- Puede ser.
- Estás tramando algo, lo sé.
- ¿Creías que pretendería algo así sin pensar en alguna cosa para conseguirlo?.
- ¿De qué se trata?.
- Aún no lo he pensado – Mintió Chase-. Pero sé que necesitaré tu ayuda, ¿puedo contar con ella?.
- No te lo prometo.
- ¡ohhh!; vaaaaa, ¿no me quieres tanto?, ¿no te gustaría verme a tu lado dirigiendo todo esto?.
- X es amigo mío y además una de las personas más indicadas para dirigir “todo esto”, Chase.
- No puedo creer que estés poniéndome detrás del calvo ése.
- El calvo ése ha logrado que la Sociedad atravesase dificultades inmensas en el pasado. Merece mi respeto y el de todos los que sabemos que esto existe. Incluso merece el tuyo, el que le estás faltando al hablar de suplantarle.
- Eso lo has dicho tú. Pero bueno, está bien, está bien, no contaré contigo para nada de esto.
- No me comprometas, ¿entendido?.
- Pensé que tendría en ti un aliado fiel.

- Aliado sí... sabes que lo he sido cuando más falta te ha hecho. ¿O se te ha olvidado el día de la propuesta sobre las ejecutantes socias?

Chase guardó silencio.

- Pero no pienso ser – continuó Brian – cómplice de conspiraciones.
- Si así lo quieres llamar... adelante, aunque estés equivocado.
- Eso espero.
- Bueno, no discutamos, ¿vale?.
- Sí... siento ponerme de este modo, pero ... por favor, ten cuidado con lo que haces. Yo no puedo salvarte de todo.
- Tampoco aspiro a ello, Brian, mi amor.
- Ven aquí – dijo soltando el café y la tostada-.

Chase soltó lo suyo y se acercó a él, quién la abrazó por completo y la besó con pasión. Sentía sus pechos pegados al suyo y el suave roce de la tela rosa en la espalda de ella.

- No sé de qué habría servido todo esto si tú no me quisieras.
- Bueno, la Sociedad ha mejorado.
- Siempre me dio igual y tú lo sabes.
- Yo te quiero.
- Y yo a ti, mi amor.

- Buenos días tengan sus Señorías del Consejo. Damos por comenzada la sesión. Tiene la palabra su Señoría el Sr. Colm – dijo el ujier -.
- Gracias. Señorita Chase – interpelló el Sr. Colm -, ¿Tendría usted la bondad de informar a este Consejo sobre los avances en el caso AllCom?.

Chase, que en realidad ya había extraído de su carpeta los documentos apropiados previendo la pregunta del Consejo, demoró un momento su respuesta, como si el contenido de cuanto iba a decir estuviera a un nivel superior al del propio auditorio y estuviera pensando si debía compartir la información con él. Al final se decidió, cosa que sabía que haría pues no era más que una estrategia de comunicación:

- Señoría – dijo mirando a Colm -, Señorías del Consejo – mirando al resto de sus compañeros -, es cierto que aún no hemos finalizado las investigaciones y desarrollos de las nuevas técnicas de intervención que pretendíamos aplicar, de manera que no estamos al cien por cien de nuestra capacidad de actuación. Sin embargo, puedo informarles de los avances conseguidos.
- Si hace el favor... - le invitó el Sr. Colm-.
- Como sus Señorías conocen ya, nuestra Sociedad – la expresión hizo sentir a Chase una vibración en la columna vertebral que le recorrió todo el cuerpo, quizá un efecto de la alienación por lo que estaba sugiriendo -, enarbola y sostiene una oferta de adquisición sobre nuestro objetivo, la AllCom. También saben que la oferta se envía a través de una representación de la Sociedad en el mundo exterior que se llama Orange Coast. Sin embargo, la operación quedó bloqueada por completo por el Directorio directivo de AllCom que declinó la oferta.
- ¿Sabemos con qué objeto, señorita Chase?.

- Según la información obtenida por las ejecutantes infiltradas durante mi mandato sobre el proyecto – Chase no pudo evitar la tentación de apropiarse públicamente de dicha función- las razones son varias en función de la persona a la que se pregunte. Déjenme que les represente un mapa del Directorio de AllCom.

Chase se tomó unos segundos de descanso y al mismo tiempo de reflexión. A ella le parecieron infinitos ante el exigente silencio de la cámara, pero la percepción de ésta fue, sin embargo, más flexible y natural. Quizá es que aún se dejaban encantar por el veneno del rostro de Chase que aun en el Consejo y como Decisor, no dejaba de ser del todo una ejecutante profesional y multidisciplinar. El efecto estaba garantizado en aquel viril entorno, por mucho que las edades de los miembros propusieran describir al Consejo como una gerontocracia. Si así era, al menos, no había perdido su libido, cosa que Chase sabía manejar conscientemente.

- Tenemos a tres personas implicadas en la decisión – dijo al rato-. Por un lado, la señorita Lorna Anderson y el Sr. Martin Carter que se muestran contrarios a la decisión y fueron ellos los que la bloquearon en el pasado. Por el otro lado tenemos a un hombre razonable llamado Alan Berne a quién conocemos bien en la Sociedad ya que se trata de alguien accesible y terrenal. Es un hombre sencillo que apuesta por la integración.

Bracken, que se había mantenido callado atestiguando el desarrollo de la exposición de Chase, no puedo aguantar más:

- Entonces, si hemos comprendido bien, tenemos a tres personas capaces de tomar la decisión. Nuestro error fue no saber convencer a esas dos personas... ¿cómo se llamaban?

- Anderson y Carter, Sr. Bracken – Dijo Chase -.

- Anderson y Carter... sí. Ellos son nuestro objetivo.

- Para desbloquear la decisión, en efecto.

- Y díganos, ¿qué ha hecho usted al respecto durante las últimas semanas?.

Bracken había cometido el error de plantear una pregunta cuya respuesta no podía controlar ni conocía de antemano, una de las reglas básicas de un parlamentario... incluso de uno tan singular como era él en una cámara tan extraordinaria como la de la Sociedad.

- Es un placer informarles de que hemos desplegado un plan completo de presión.

- Ah... Ya veo. ¿Qué sabemos de eso?

- Los primeros contactos han revelado dos personalidades antagónicas con expectativas diversas.

- ¿A qué se refiere con expectativas?. ¿Lo explicaría al Consejo?

- Con mucho gusto. Las dos personas citadas... Anderson y Carter, examinan la propuesta de la Orange como una oportunidad para conseguir algo que les interesa. Sin embargo, a cada uno le interesa algo diferente. En el caso de la señorita Lorna Anderson, a quién podríamos describir como ambiciosa, materialista, ... feminista – Chase pronunció esta palabra con mucho esfuerzo y pocos decibelios – e incluso falta de escrúpulos en determinadas ocasiones, se ve motivada por la generosa oferta económica que la venta le supone personalmente. Sería un incentivo millonario que ingresaría en solitario y por ello pretende maximizarlo al máximo. Ha bloqueado la decisión exigiendo una cifra mayor a la ofrecida actualmente.

- Los fondos aprobados para el caso de la Orange ya se consumieron por completo – apostilló Tracy en una primera intervención-.
- Esta es una maniobra estratégica a largo plazo, ¿va a cuidar un pequeñísimo aumento del presupuesto, Señor X? – contestó Bracken-.
- Aumento que ingresará una persona, no una institución ni una empresa.
- ¡Si me disculpan! – interrumpió Chase -, creo que valorarán saber que la señorita Anderson quedaría satisfecha con un aumento simbólico pues no está dispuesta a demorar en exceso el cobro. Consideren sus Señorías que su interés económico es nuestro mejor aliado pues le infunde precipitación. En mi opinión, un escaso aumento de la oferta a nivel personalizado podría resolver el problema.
- Debería ser aprobado por el Consejo en votación – torpedeó X -.
- No tengo inconveniente. Se llevará a cabo – dijo Bracken-. ¿Quiere continuar señorita Chase?.
- Gracias. El mayor problema y la fase en la que actualmente trabajamos es la decisión del Sr. Carter, un viejo miembro del Directorio de la AllCom a quien nuestra oferta económica resulta de escasa importancia.
- ¿Dinero que no convence?. Si Hellich viera todo esto... - se rió Colm-.
- En realidad, Sr. Colm, la AllCom llevó a cabo hace un lustro un programa de remuneraciones extraordinarias en el Directorio que resultó... si sabe entenderme, muy beneficioso para Carter. Claro que todo eso sucedió antes de que la señorita Anderson alcanzara el Directorio, lo que explicaría sus diferencias de motivación.
- ¿Quiere decir que Carter ya recibió mucho dinero?.
- No sólo eso, Sr. Colm. Sus expectativas económicas existen pero no son comparables a sus expectativas de libertad.
- ¿Qué tipo de libertad pretende?. Quizá podamos ofrecérsela.

Chase sintió cómo aquel hombre estaba en un nivel varios pisos inferior al suyo. Acababa de llegar, era la recién llegada al Consejo y, sin embargo, se había hecho con las riendas de uno de los proyectos más importantes. Y ahí estaban aquellos hombres, los mismos que no ha mucho tiempo dirigían desde la sombra su vida y su destino, preguntándole ¡a ella! sobre los problemas de llevar a cabo una operación que ella descubrió. Del cuarto de Jessie a la cámara principal del Consejo de la Sociedad.

- Libertad editorial, justo lo que no podemos ofrecer.
- ¿Quiere ser libre en eso?
- En efecto.
- ¿Entonces porqué está considerando una venta?. ¡Es una contradicción!.
- Se contradice usted, Sr. Colm. Recuerde que somos nosotros los que proponemos la venta, no él.

El Sr. Colm tragó saliva, se preparó para hablar y vio cómo Chase se le adelantó. La inconsistencia de lo que había pensado decir le invitó a dejar hablar a la rubia.

- No, la estrategia no puede dirigirse más que atendiendo a sus intereses.
- ¿Qué pide?
- Nada.
- ¿No podemos ofrecerle nada?.
- Claro que sí, pero no lo ha explicitado.
- Señorita Chase, ¿por qué no aplica una técnica ejecutante de cuantas está desarrollando?. Prometió que gracias a ella conseguiríamos avances – dijo Bracken-.

- Estamos en ello. Como les decía, disponemos de dos ejecutantes infiltradas que nos sirven de informantes.
- ¿Cómo de infiltradas?
- Déjenos hacer nuestro trabajo, Sr. Bracken – le dijo Chase sonriendo sinceramente. Toda la cámara se rindió a sus pies y rió también. Poco después, también Bracken claudicó satisfecho-.
- Está bien, está bien... - dijo el crítico Decisor-.
- Podemos condicionar su decisión a través de una relación sentimental que manejamos. Han hecho falta dos elementos de intervención femeninos para conseguirlo... e incluso debo confesar que aún no se ha terminado, pero hay buenas perspectivas.

Una voz conocida cambió de inmediato el tono de la sesión. El timbre sonaba desafiante, incluso de fondo sarcástico, como si desde la primera palabra supiera a dónde quería llevar el debate del Consejo y conociera todas las características de esa situación de llegada que, a todas luces, le daría la razón. Era la peor voz posible... la del propio X, Tracy:

- ¿En qué consiste esa relación sentimental tan persuasiva, señorita Chase?.

El vocativo final sonó tan retador como el propio significado de aquellas palabras. Era precisamente lo que Chase había evitado decir hacía un momento, incluso ganándose al Consejo. Su enemigo secreto había detectado uno de sus puntos débiles y estaba dispuesto a hacer de ello un gran argumento, aunque aún no sabía cómo:

- Como le decía, son técnicas nuevas que hemos desarrollado...
- ¿Podría darnos algún detalle? – Insistió fatalmente-.
- ¿Cómo no? – dijo despacio y con gesto serio-. En la Comisión de investigación lo llamamos “Intervención emocional de doble presión”.
- ¿Quiere aclarar el tecnicismo?
- Se trata de una técnica que instaura una doble relación sentimental de percepción sincera.
- ¿Eso basta para doblegar a alguien?.
- No, claro que no. En realidad se necesita radicalizar las posturas y las presiones hasta posicionar a la víctima en una situación de desequilibrio emocional grave.
- ¿Y cómo ayuda eso?
- Bueno, en realidad... es la base para... lograr el cambio de decisión. Creo que al Consejo le debe interesar más...
- ¿Y cómo se cambia esa decisión en virtud de esa doble relación tan intensa, señorita Chase?.

Era X. Era uno de los dirigentes finales. No existía posible camino alternativo para evadir la pregunta. No tenía idea de si X aprobaba aquellas técnicas pero tenía la sensación de que decir la verdad le colocaría en una situación comprometida. Estaba segura de que fuera cual fuera su auténtico parecer, atacaría esas nuevas técnicas de intervención para erosionar su recién adquirida posición en el Consejo:

Chase tomó aire un segundo y dijo:

- La presión, que se lleva hasta el límite del aguante físico de la víctima, condiciona su percepción del mundo... y por tanto del contexto de decisión.
- Y es entonces cuando su conducta es maleable, ¿no es cierto?.
- Así lo creemos según hemos investigado.
- Dígame, señorita Chase. ¿No es esta una técnica de eficacia muy superior a las empleadas hasta el momento anterior a su ingreso en la Sociedad?.
- Eso esperamos, para eso fui nombrada Decisor, señor X.
- Corríjame si me equivoco: ¿No es verdad que esta técnica puede causar un perjuicio grave y quizá irreparable en la víctima?
- No hemos demostrado lo contrario... pero tampoco tenemos prueba de que así sea.
- ¿Adónde quiere ir, X? – Exclamó Bracken, indignado -.
- ¡Estas técnicas son contrarias a los principios que Hellich determinó y que hemos obedecido durante siglos!.
- ¡Eso no es cierto! – contestó Bracken-. Todas nuestras intervenciones han hecho unas interpretaciones flexibles de los principios de Hellich.
- ¡Nunca habíamos alcanzado este extremo!.
- ¡Ni siquiera sabemos si se alcanza o no! – Gritó aún más fuerte Bracken-.
- ¡La técnica no es legal!.
- ¿Me están diciendo que aquello para lo que fui traída aquí es ilegal? – planteó Chase -.
- ¡X, está usted loco!, ¡Los intereses de la Sociedad son los de sus Socios y ellos merecen toda nuestra capacidad de actuación!.
- Es usted un ¡traidor!, un anti-Hellichiano de vanguardia que se esconde tras el paraguas de la adaptación.
- ¡Reaccionario irresponsable!. Abusa usted – dijo Bracken con los dientes apretados – de su puesto, ¿qué es lo que de verdad persigue?
- Sólo lo mejor para aquellos a quién usted dice representar y a los que sin embargo traiciona con sus palabras.
- ¡Estamos ante un nuevo mundo de oportunidades!, ¡un mundo que amenaza la supervivencia de eso que Hellich creó y a lo que todos pertenecemos!. Hemos aprobado la segunda generación de técnicas de intervención para hacernos hueco en el nuevo mundo y si ahora usted cuestiona esta estrategia pone en peligro todo el futuro de la Sociedad. ¡Usted es el traidor!.
- ¡¡Señorías!! – interrumpió con ganas Y -. Sólo un momento de calma.
- ¿Para qué? Sólo será útil para el avituallamiento del traidor – dijo Bracken mirando directamente a los ojos de X -.

No era la primera vez que Brian se enfrentaba a una situación semejante. En todos sus años en la Sociedad había asistido a enfrentamientos acalorados que pretendían versar sobre los asuntos más relevantes que la Sociedad puede tratar. Sin embargo, sabía bien que lo importante era la forma y no tanto el contenido, pues todo asunto era superable. Eso sí, era necesaria una voz calmada que recuperara los puntos de consenso.

- Señorías, el Consejo a su alrededor sabe que tanto uno como el otro han sido de gran utilidad y provecho en la dirección de la Sociedad. Ninguno de ustedes, estamos seguros, es un traidor de la Sociedad, ¿o acaso alguien está dispuesto a aseverar lo contrario?.

Las palabras de Brian cayeron como una auténtica provocación en la cámara, aunque ninguno de los asistentes encontró la idea pertinente para decir algo a la altura de la

pregunta. Era una estrategia firme que Y sabía que tendría éxito, sobretodo porque era un gran conocedor de la psicología del Consejo. La había estudiado durante años y sabía que aunque le resultaba fácil y tentador elevar las formas de las provocaciones, el auténtico significado de las propuestas era siempre menos comprometido. Bastaba arrinconar contra la pared de la transparencia a los contertulios para que éstos recuperaran posturas más verosímiles.

- Yo lo asevero – pronunció Chase ante el pavor generalizado de la cámara-.

Todas las miradas cambiaron de objetivo y buscaron inmediatamente a la responsable de aquellas palabras. Chase sintió el aire a su alrededor ganar enteros en densidad y hasta los colores de las cosas del mundo parecieron cobrar intensidad, como si en aquel momento estuviera más viva que en ningún otro momento de su existencia.

¿Cómo de alto quería llegar en la Sociedad?. Era el momento de decidirlo.

- ¿Qué ha dicho, señorita Chase? – le preguntó Brian, tembloroso-.

- El Sr. X no es honesto con la cámara.

El pavor cundió entre los rostros de los Decisores.

- ¿Tiene usted, señorita Chase, alguna información que el Consejo no conozca? – preguntó Bracken en voz alta con la esperanza de que la rubia supiera cómo no amedrentar su discurso y responder con valentía. Si la cosa funcionaba bien, Bracken podría ver su conflicto con X terminar con éste en sesión pública del Consejo-.

Chase se llevó la mano hasta el cuello de la camisa y buscó por debajo de él la medalla dorada que colgaba de su cinta de terciopelo negro brillante. Quizá necesitó la energía ejecutante que de ella brotaba para mirar a los ojos de X:

- ¿Sabe el Consejo lo que es la Norris Marketing Limited? – dijo con voz sólida-.

Contó hasta tres y continuó:

- El Sr. X es un empresario avizor... talento éste que quizá le ha llevado a ser Decisor Final de este Consejo. Sin embargo, esta afortunada virtud que cuenta entre sus talentos parece no ser contenible.

- ¿De qué está hablando, señorita Chase? – dijo Colm, absorto -.

- Hablo de cómo este señor que dice defender las tesis de vuestro Hellich ha traicionado a este Consejo y a todos los socios de la institución en su propio beneficio.

- Pero ¡¿qué estás diciendo?! – gritó Brian, que no podía dejar de pensar que Chase había quedado irremisiblemente cegada por la ambición y terminaría ardiendo ante las miradas de todos -.

- Es cierto, Brian. Todos deberíais saber...

- ¡No te atrevas, Chase! – interrumpió violentamente X-.

- ¿A qué, Tracy?. ¿A decirles cómo ingresaste el dinero de los socios vendiendo una empresa que creaste de la nada?.

- ¿Qué empresa? ¿de qué habla? – Preguntó Bracken, carnicero -.

- ¿A decirles a todos que la Norris Marketing Limited, empresa que ¡tu! creaste, no valía un centavo?. ¿A decirles que los socios pagaron millones por esa empresa de tu propiedad?.
- ¡Te destruiré, Chase!, ¿Qué opinará el Consejo de tu chantaje?. ¡De tus perversas conspiraciones al margen de nuestra legalidad!.
- ¿A decirles que con la excusa de la Orange Coast has ¡robado! A quiénes te han encumbrado?.
- ¡¡Traidor!! – exclamó Bracken que se había levantado y ya le señalaba con el dedo esperando la reacción unánime del Consejo contra Tracy-. ¡Dimite de tu envenenado puesto!, ¡de tu asqueroso sillón putrefacto y corrompido!.
- ¡Que se vote la investigación de la empresa Norris Marketing...!, ¡ahora mismo! – Gritó Colm-.
- ¡NO!, ¡que se inicie una moción de censura!; que se vote la continuidad de este despojo rancio de lo que un día fue nuestro líder – propuso Bracken en su lugar-.
- ¡Que sepa entonces el Consejo que soy objeto de un chantaje de la señorita Chase!.

Bracken, Colm y el resto de sus Señorías del grupo rompieron en carcajadas:

- ¡Pobre!, ¡muy pobre su defensa, señor X!, ¡¡no mancille aún más el honor de la silla que regenta y dimita!!, por el amor de Dios – Gritó Bracken-.
- ¡Es cierto!, la señorita Chase me chantajeó y así logró ser escuchada en el Consejo, ¡yo mismo favorecí esa vista!, ¿no lo recuerdan?.
- Claro que sí, Tracy – ironizó Bracken -, y también chantajeó a Brian que propuso la vista de Chase sobre su propuesta incluso con más ganas que tú. ¿No es cierto, Brian? – planteó a ciegas -.

Brian no sabía cómo reaccionar. No podía creer que su aliada hubiera organizado aquello, ni podía entender que realmente hubiera tenido el poder de chantajear a su histórico compañero. Incluso en tal caso, tampoco podía entender porqué éste no lo había compartido con él. ¿Es que X había, a su vez, jugado con él?. A fin de cuentas, le había ocultado la trampa en la que se encontraba. ¡Por no hablar de la corrupción!. Eso no sería nunca perdonado por los socios...

- Tracy, ¿qué has hecho? – Le dijo mirándole con paciencia y cierto tono de lamento-.
- Me chantajeó, Brian.
- ¿Cómo has podido hacerle esto a tantos socios?
- ¡Escúchame, viejo amigo, no te mentiría!.
- Tracy, conozco a Chase... más de lo que crees saber; y aunque me cuesta reconocer su vigor y su atrevimiento en este mismo instante, sé que no puede haber sido capaz de ello – le contestó Brian, incapaz de confesar en el Consejo que ya se enamoró de Chase antes de que llegara una más entre los hombres de la cámara, que la conocía de veras, que la amaba con todo su corazón y... que si hubiera tenido entre sus manos un asunto como el del chantaje, estaba convencido de que se habría enterado, aunque la realidad, sólo conocida por la callada mente de Chase, no fuera exactamente así-.

El rostro de X se desencajó: la oposición de Bracken era cotidiana y su fuerza también, pero el sentimiento de decepción que había calado en su compañero fue demasiado.

- ¡Chase!, ¡morirás!, ¡morirás en cuanto demuestre tus artes...!, ¡Nunca debimos aceptar mujeres en el Consejo!, ¡Nunca!. ¡Tenía que haber descubierto tu plan cuando estuve a tiempo!.

Chase le sonrió macabramente sin decir una sola palabra.

- Señorías del Consejo – comenzó a decir Brian -, creo que no es necesario votar la continuidad de nuestro compañero Douglas Tracy al frente de su labor. En nombre de este Consejo, declaro vacante el sillón X.

No había terminado de pronunciar su última frase cuando el conjunto de Decisores rompió en aplausos. Toda la sala se llenó al mismo tiempo de los ecos de las frases de Tracy, aún amenazando a Chase, y las palmadas de aquellos hombres que creían conocer un poco mejor cómo funcionaba en realidad aquello que llamaban Consejo y que elevaban como símbolo de excelente democracia.

- Ujier, ¡llévese a Tracy fuera de la cámara! Y manténgalo detenido hasta que este Consejo decida su suerte – terminó de declarar Brian-.

Pocos minutos más tarde, Chase se dejaba caer, algo agotada, sobre el respaldo de la silla de su despacho. Se encontraba en el mismo edificio construido sobre la cámara del Consejo, el mismo que servía de tapadera visual para éste y que vio por primera vez aquel día en que fue llevada como una vulgar prisionera venida a más. Mucho habían cambiado las cosas. Incluso le habían adjudicado ese despacho, un pequeño aunque agradable rincón entre los muros pesados y gruesos, infalibles en su función contenedora, de que estaba formada toda la construcción. Tenía una ventana que daba, como el resto de los despachos, a un patio interior prácticamente oscuro, aunque resultaba muy relajante cuando se volvía de lo más profundo de aquel lugar, de una cámara completamente sellada por la roca fría en todas direcciones y a varias docenas de metros bajo tierra.

Estaba pensando en lo que acababa de suceder en la cámara. Apenas se encontraba capaz de aceptar como propia la lucidez que le llevó a presionar de aquella manera a X, a Douglas Tracy. Sin duda, pensó que se trataría de un hombre de recursos casi inimaginables, como un agente secreto que nunca perdía de vista su último recurso para salir ileso de las peores situaciones y al mismo tiempo hacer de ellas espacios mortales para sus enemigos. ¿Cómo era posible que una recién llegada hubiera sellado todas las puertas de salida de aquel hombre?. El Consejo se había pronunciado en contra y lo había destituido in situ... y pensó en sus colegas.

Pensó por un momento en Heather y torció el gesto, reflexiva.

Alguien llamó en ese instante a la puerta. Se trataba de un sonido especial puesto que la puerta, que encajaba perfectamente en su estilo con el resto de aquella especie de castillo, era tan maciza que amortiguó el sonido y se lo tragó muy dentro, como si lo hubiera derivado para siempre a alguna cámara secreta también en las profundidades. Tan especial era, sin duda, aquel lugar.

- Adelante – dijo Chase, casi sin energías-.

- Creo que aún tienes mucho que explicarme, jovencita – aseguró Brian entrando sin saludar y cerrando la puerta enseguida-.

- oh... ¿qué haces aquí? – dijo con un gesto fastidiado -.
- Bueno, has montado un show como no se recuerda en el Consejo y... te has largado corriendo. La verdad es que tienes muchas cosas que contarme a mí...
- oh... venga...
- ... y al Consejo... mi amor.

La rubia no movió ni un milímetro su expresión desenergizada.

- Parece que te molesta que te llame así.
- No, no, no es eso, pero... estoy algo cansada.
- Creo que tendrás mucho tiempo para descansar cuando el Consejo haya juzgado a X. ¿Por qué no me cuentas ahora de dónde ha salido todo eso?. Me has puesto en una situación muy difícil.
- Todo es verdad.
- No digo que no... desde luego, pero es tan grave que no deberías haberlo presentado así. Deberías habérmelo dicho primero.
- No pude prever tu reacción.
- ¿Qué tiene que ver eso?
- Sólo te lo hubiera dicho a ti primero si hubiera estado segura de que me habrías ayudado.
- Aun en el caso de que no hubiera tenido ganas de hacerlo, cosa que sabes que no es cierta, lo habría hecho por respeto al Consejo y a la Sociedad.
- Yo eso no lo sabía.
- Pudiste preguntarlo.
- Te pedí apoyo y me diste largas. ¿Qué querías que hiciera? ¿que pusiera en peligro todo mi plan?. ¿Es eso?.

Brian tomó aire y la miró con condescendencia.

- Está bien, eso ahora da igual. Me siento... roto, decepcionado con Tracy. Hemos sido grandes amigos y... de alguna manera aún espero las pruebas para creer que realmente ha faltado a la Sociedad.
- ¡¿Qué pruebas?!, ¡pero si ni siquiera ha negado su falta!.
- Hablaba de un chantaje... y créeme que no quiero preguntarte al respecto.

Chase guardó silencio mirándole de vez en cuando a los ojos.

- Mejor no saber nada – insistió Brian-. Lo importante es que hemos descubierto un fraude importante.
- Sí... y que ahora crearás más en mí y me apoyarás en mis planes.
- Si aún siguen siendo los que me confesaste en tu casa, no estoy seguro de estar dispuesto a ello.
- ¡Vamos!, he descubierto el fraude, creo que sería una excelente X, ¿no crees?.
- Me pones ante en una difícilísima decisión.
- Mide tus palabras... Eso suena como un insulto, Brian.
- ¡Qué quieres que haga?. Es un puesto clave y no ...
- ..¿NO??? ¿qué? – preguntó ella, impaciente y casi desesperada -.
- ... no sé si Hellich lo aprobaría. Hemos pasado en pocas semanas de no tener mujeres en la cámara a tenerlas por todos lados. Y tu, ahora, sin más dilación, quieres ser X.

- No creo que la cosa sea tan grave. A fin de cuentas, hemos mejorado muchos asuntos de la Sociedad.
- Todo va demasiado deprisa. Deja que el Consejo escoja un X de transición. Yo me ocuparé de apoyar tu candidatura moderada para dentro de unos meses.
- ¡Meses?. Imposible.
- No sabes cómo me presionas, Chase.
- ¿No ves que estás haciendo lo mismo que el otro día?
- ¿Cuándo? – preguntó él desconcertado -.
- Cuando te pedí apoyo para algo importante, algo que hoy ha cobrado forma de manera definitiva ante tus propios ojos. Y no me lo diste.
- No sabía...
- Ahora estás a punto de cometer el mismo error, Brian. ¡Apóyame y deja que todo siga su curso normal!.
- ¡No es tan fácil!.
- ¿A caso no soñamos con esto... hace tiempo?.

Decenas de imágenes, cariñosas y cálidas, atravesaron la mente de aquel hombre en un momento.

- Si quieres estar conmigo... debes apoyar este ascenso.
- Nuevamente, no te prometo nada – dijo erosionado por sus recuerdos -.

Chase suspiró quejumbrosa y se dio la vuelta. Él la miraba con las manos extendidas y abiertas como preguntándose a sí mismo qué podía hacer, qué podía decirle a aquella mujer para que tomara otro camino en su estrategia.

- Todo seguirá según lo previsto – dijo Chase mirando a la pared, con los brazos cruzados y una voz seca y congelada-.
- Chase...
- Si me apoyas, esta conversación no habrá tenido lugar. Si no lo haces, nada entre nosotros habrá tenido lugar.
- Ch... ¿qué dices?. No puedes borrar las cosas de este modo. Lo que ha sucedido no se puede eliminar porque sí.
- Tú decides.
- Dios... eres demasiado para mí, pero no puedo resistirme. Esta es mi decisión: Depende de cómo sea tu camino hacia el sillón de X, así te apoyaré o no.
- Tú decides.

El resto de la tarde transcurrió entre felicitaciones y descalificaciones escondidas tras la rumorología a su alrededor. Por los pasillos, en los despachos, todo el mundo discutía lo sucedido y se articulaban tanto alabanzas desmedidas y casi salvatorias como voces temerosas que insinuaban mandatos de detención de aquella rubia revolucionaria que tantas noticias había traído a aquel lugar podrido en su propia consuetudinariedad de siglos tras siglos. El silencio que consolidaba la tradición ideológica de la Sociedad había quedado profanado y en su interior había comenzado a aparecer un ritmo de cambios que Hellich hubiera declarado peligroso. Muchas de las estructuras políticas y sociales de aquel marco privado de actuación que era la Sociedad estaban comenzando a evolucionar en pocas semanas como no lo habían hecho durante cientos de años.

Y todo esto llegaba a través de la puerta de su despacho a oídos de Chase, que buscaba la manera de perder estratégicamente algo de protagonismo y permitir que todo volviera al ritmo anterior a su golpe de efecto. Poco a poco, el rumor exterior comenzó a menguar como la propia tarde, hasta que con la puesta del sol desaparecieron las voces, los rumores e incluso el trasiego de los pasillos.

Como colofón para un día tan largo como histórico, Chase aceptó la invitación de sus chicas, sus protegidas ejecutantes compañeras del antiguo zulo de la tienda de Jessie, para una cena en aquel inhóspito y frío lugar subterráneo con el único objetivo de revivir la sensación de la clandestinidad. Era el homenaje que todas querían rendirse mutuamente trayendo de nuevo a un primer plano las emociones y los recuerdos de cuando el mero hecho de enclaustrarse en dicho lugar podía poner en peligro sus propias vidas. Esperaba encontrarse con ellas a media noche, llegando al lugar de una en una, como antaño.

Tras las meditaciones del día, llegada casi la hora de partir al encuentro, Chase comenzó a prepararse para abandonar el edificio. Le esperaba aún un largo camino hasta la ciudad, aunque le era agradable conducir de noche. Era un paseo durante el cuál aprovechaba para colocar las ideas correctamente en su cabeza, repasar mentalmente los acontecimientos del día (especialmente si resultaban tan históricos y fértiles como los de aquel día en especial) y alcanzar de nuevo su hogar, su cama, su vida... con una perspectiva más realista. A fin de cuentas, a pesar del tiempo transcurrido desde la liberación femenina en la Sociedad, aún le parecía necesario detenerse y reflexionar sobre la velocidad con la que las vicisitudes internas estaban cambiando a su alrededor. Había que tener mucho cuidado para que las obras de los cimientos, por impacientes, no terminaran echando abajo toda la estructura, como hubiera profetizado Hellich.

Chase se levantó de la silla detrás de la mesa del despacho y se dirigió hasta el lateral contrario a la ventana, donde se encontraba la puerta del vestidor. Se trataba de un rincón mágico en la habitación, precisamente otro de los motivos por los que ésta le fue entregada a Chase por petición propia y no otra. La puerta se abría hacia adentro revelando una estancia de más de dos metros y medio de profundidad y casi lo mismo de anchura, aunque en realidad el espacio caminable había sido reducido por las docenas de trajes y cajones situados en todas las paredes a su alrededor. A Chase le encantaba aquel lugar de tal manera que en cuanto entraba en él cerraba la puerta y se encerraba voluntariamente. En su interior encontraba un silencio vanidoso y delicado, probablemente el único del edificio, que le inspiraba visiones de sí misma atractivas y seductoras.

Sin embargo, había entrado allí aquella noche para deshacerse de su ropa de guerra burocrática y política. Se sentó en una banqueta de terciopelo de color rojo que hacía juego con el marrón claro de la madera cálida que forraba las paredes del vestidor y el rosado de la moqueta que cubría el suelo del mismo. Enseguida se fue quitando la ropa del día, con especial cuidado la barroca lencería en negro que se retorció perversa en sus diseños bajo la tela de su traje. Si tan sólo hubieran imaginado aquellos hombres del Consejo que mientras profería aquellas acusaciones, su piel era acariciada con malicia por aquellas formas floradas negras en el silencio de debajo de sus ropas, probablemente el escándalo organizado hubiera perdido decibelios. “Buena cortina de humo”, pensó Chase imaginando las mentes ocupadas de aquellos hombres.

Su mano fue pasando por las telas contenidas y organizadas en aquella cueva femenina y maravillosa como buscando la mejor opción para una noche de chicas hasta que encontró un traje que ella recordaba siempre por su comodidad. “Hoy... sí”, pensó, mientras los descolgaba con cuidado y se lo ponía.

Sintió, como cada vez, algo de pena por tener que abandonar tan íntimo lugar del despacho, pero se sintió aliviada al pensar el lugar donde se dirigía. No era mal final para un día tan agradecido. Dos minutos más tarde, cerraba con llave la puerta de su lugar de trabajo y comenzaba a marcar el ritmo del pasillo con el ruido de sus tacones. “Debo ser la última”, pensó.

Sus pasos sonaban decididos pero a medida que el pasillo se fue alargando bajo sus pies y la poca luz comenzó a tornarse aún más gótica, su ánimo se fue deshaciendo. Sintió una helada brisa que le venía de frente, como si alguien hubiera abierto una puerta o una ventana a la calle. La corriente la confundió... y al momento sintió la presencia de alguien detrás de ella. Pensó si debía girarse para sorprenderle, pero el miedo bloqueó sus movimientos. Su entrenamiento le permitiría salir de muchas situaciones inesperadas, excepto de aquellos contextos que su mente proyectara sobre la realidad con sus propios miedos y puntos débiles. Todo su cuerpo quedó agarrotado... y no pudo reaccionar lo más mínimo cuando dos pares de brazos fuertes surgieron de la oscuridad desde sus dos lados y la agarraron por brazos y piernas. Chase lanzó un grito estremecedor que encontró ecos por todos lados, retumbando su miedo por las paredes del pasillo en el que se encontraba y por las paredes de otros que ni siquiera había visto. Le duró poco esa libertad vocal que fue inmediatamente cancelada por un trozo de tela arrugada en la su boca, convirtiendo sus proyectos de alaridos en amortiguadas notas de ridículo alcance.

- No te pasará nada. Sólo te llevamos ante alguien. – Le dijo una voz tan calmada que Chase imaginó que aquello de secuestrar no le resultaba demasiado extraordinario -.

Chase relajó sus músculos... sabedora de que ningún esfuerzo modificaría la dirección en la que estaba siendo arrastrada. Incluso comenzó a cooperar, aunque sólo fuera por no arrugar más su traje más cómodo.

No había andado demasiado cuando la soltaron y dejaron sola ante una puerta doble de madera.

- Llama y entra, te está esperando.

- ¿Quién? – preguntó ella, pero nadie contestó. Al segundo se encontraba sola ante las puertas -.

Sus manos, aún algo tensas, se elevaron hasta media altura y golpearon tres veces sin perjuicio de una educación propia de su nivel. A continuación giró el pomo de una de las puertas y se asomó al interior.

- Adelante, señorita Chase, no tenga miedo – escuchó, reconociendo de inmediato la voz. Era una de las voces más importantes del consejo-. Procure encontrar un asiento cómodo ... y, ¡por favor!, disculpe las formas de mi invitación. No volverá a suceder.

- Sr. Bracken, jamás pensé que usted tuviera la menor intención de intimar conmigo – dijo Chase, algo irónica-.

- Por favor, pase, póngase cómoda... no creo que pueda seducirla, pero permítame al menos ser mínimamente caballeroso.

Chase cerró la puerta tras de sí y echó una rápida ojeada al despacho. En efecto, era más de dos o tres veces más amplio que el suyo. Al fondo, una enorme cristalera ofrecía una vista gloriosa de la parte más artística de la construcción, extendiéndose ante la vista de quién se animara a asomarse por ella. A la izquierda, un par de sofás de aspecto cómodo descansaban sobre una alfombra gruesa. Y en frente de ellos se encontraba una chimenea encendida, la única fuente de luz de toda la habitación que quedaba por el lado derecho casi en penumbra. Precisamente allí, en la oscuridad, se encontraba la figura de rostro largo de Conor Bracken.

La rubia comenzó a pasear sus tacones hasta que estos perdieron el turno de palabra al pasar por la alfombra y tomó asiento en uno de los sillones frente a la chimenea.

- Su caballerosidad no resulta tan cálida como los servicios de su despacho, señor Bracken.

- Forma parte de mi estrategia de seducción, ¿no se siente mejor ahora?.

- No puedo negarlo, desde luego – Chase se tomó un momento antes de continuar -. ¿Qué puedo hacer por usted?... ¿Para qué me ha hecho venir?.

Bracken bajó la cabeza, se acercó hasta la chimenea y se sentó frente a ella en el otro sofá libre.

- Verá, tengo el presentimiento de que puedo proponerle un trato sincero.

- ¿Sincero?. ¿Un trato? – Chase se rió con desdén -. ¿Qué puede una revolucionaria reformista progresista esperar de un trato propuesto por un neoconservador rancio y amargado?.

- También lo era mi padre, Ian Bracken, señorita Chase. Pregunte por ahí sobre él... y entenderá porqué lo glorioso de este despacho.

- No me asusta. Seguro que su padre me hubiera zancadilleado, como pensará usted hacer igualmente.

- Se equivoca, se equivoca de veras. Puede que mi tanto mi padre como yo hayamos tenido, y tengamos, ciertas visiones incompatibles con sus políticas reformistas. No obstante, nuestras visiones se solapan en ciertos puntos que quisiera tratar con usted.

- ¿Serán sólo flecos ideológicos no tratados por mi voluntad política?. Tardaré poco en llamarlos al orden y someterlos a una dinámica contraria a la suya, será cosa de principios.

- Relativice, relativícelos usted, no tenga miedo; ni se ponga límites voluntarios que cercenen su techo, señorita.

- ¿Qué techos?.

- Vamos, vamos... No engaña usted a nadie con su juego de tensiones en el Consejo y en los pasillos. Quizá los rumores aún anden algo miopes, pero en mi grupo sabemos bien qué pretende usted.

- ¿En serio?. ¿Y qué es lo que su grupo piensa que yo pretendo?.

- Llegar a lo más alto.

- Bueno, incluso si así fuera, no creo que sea una pretensión muy rara. ¿Cuántas de sus señorías albergan el mismo anhelo?. Docenas. Si no más.

- Ya, pero... ¿Cuántos tienen la capacidad de alcanzar y positivizar ese anhelo? -. Chase iba a contestar, pero Bracken se le adelantó. – Y... ¿Cuántas de esas personas han planeado el camino para alcanzar ese objetivo? – Chase quedó en silencio-.

Por un momento, lo único que se oía eran las llamas de un escaso fuego que apuraba al máximo un par de tizones prácticamente acabados.

- Hasta donde yo entiendo, señor Bracken, usted podría no ser nada en mi camino... o uno de mis peores obstáculos. No entiendo qué puntos en común puede usted encontrar con mi supuesta estrategia.

- Debe usted entender primero qué va a suceder ahora que la lucha por la sucesión de X ha comenzado. Y, esperando gobernar con la menor oposición posible, aspirará a colocar en el sillón de X a una persona de su mismo grupo. Por desgracia... todos nuestros esfuerzos por modificar los estatutos e impedir por medio de ellos que ambos sillones estén gobernados por el mismo grupo no han dado frutos hasta ahora, así que X podría conseguir su objetivo. Por nuestra parte, presentaríamos un candidato para suceder a X que, en realidad, señorita Chase, nunca saldría elegido. El grupo de Y nunca lo votaría... y el resto de votantes libres no alineados tampoco nos admira en exceso, si entiende a qué me refiero.

- Ya siento empatía por esos votantes...

- Ya, lo imaginaba. De una manera u otra, nunca alcanzaríamos ese sillón. Y, agotando las posibilidades, entenderá rápidamente que ningún otro que se presentara sin alineación encontraría el apoyo de ninguno de los dos grupos, el de Y y el nuestro. Así las cosas, como ve, la situación resulta favorable para Brian y su grupo, cosa que nuestro grupo lamenta profundamente.

- Reciban mi pésame.

La mirada de Bracken se fijó con firmeza en los ojos de Chase, ahora algo confusos. Sus palabras sonaron más misteriosas a partir de ese momento.

- Sin embargo, si una persona no alineada, fresca, inteligente y capaz se presentara como candidata tendría una posibilidad de alcanzar el sillón.

- Me temo que el grupo de Y no sería fácil de convencer, señor Bracken, y el suyo, de ideología contraria, tampoco me apoyaría. En cuanto a los votantes no alineados... cabe esperar una fractura de opiniones que esquilmaría mis posibilidades.

- Subestima usted su capacidad de convocatoria, señorita Chase. Sin duda, no encantará a los votantes de Y ... y mucho menos a los nuestros así sin más. Sin embargo, debe saber que sus señorías no alineadas están desde hace décadas algo cansadas de la dualidad entre nuestro grupo y el de Y. No creo que tuvieran dudas en votar por usted si les ofreciera algo atractivo.

- Incluso así, no conseguiría apoyo suficiente.

- ¿Y si nuestro grupo apoyara su candidatura?

- Vamos, me toma por idiota. ¿Por qué iba a hacer su grupo tal cosa?. Y segundo, ¿cree que entonces me votarían los no alineados?

- Nuestro voto puede orientarse, señorita Chase, si nos hace una oferta interesante. Por lo demás, este apoyo puede mantenerse en secreto durante la campaña y hasta el momento de la votación para no perjudicar su candidatura y lograr el apoyo de todos.

- Me temo que... esa ... “oferta interesante” que menciona habrá sido ya diseñada por usted, ¿me equivoco?.

- Pero... ¡claro!, señorita Chase, nosotros le proponemos la oferta que usted, libremente, puede hacernos llegar posteriormente.
- Su concepto de la libertad es abrumador, déjeme que se lo confiese.
- Es nuestra especialidad – Dijo Bracken sonriendo-.
- Bien, propóngame su oferta libre.
- Verá... nuestra visión sobre sus reformas es algo crítica, supongo que lo habrá notado durante estas semanas.
- Esas reformas me han traído hasta su despacho, señor Bracken. No me ha ido tan mal con ellas, ¿no le parece?.
- Incluso en tal caso, le ofrecemos dar un paso atrás para dar dos hacia delante después.
- Explíquese.
- ¿Cuánto desea usted ser X, señorita Chase?.
- Ya se lo haré saber. ¿Cuál es la oferta?.
- Ponga fin a sus reformas y continúe desarrollando las técnicas de intervención ejecutante para mejorar nuestra efectividad de las misiones.
- Pero eso supone el fin de la libertad ejecutante.
- ¿No cree usted que ya se ha conseguido demasiado para ellas?.
- Usted no ha sido nunca una de ellas, eso está claro. Pero, además, lo que me pide es recortar los derechos ya conseguidos.
- Tan sólo parcialmente... y poco a poco, durante los próximos meses.
- Me pide que traicione a las mujeres que son lo que yo fui, y por tanto que me traicione yo misma.
- Por ser ... X, señorita Chase.
- Pero... si llego a ser X, podré hacer lo que desee. Incluso traicionar este trato. Podría hacerlo.
- No se lo recomiendo, señorita Chase. Nuestro grupo podría hacer circular los detalles del trato que le permitió ser X... y eso podría hacerle caer tan rápido como cayó Tracy, ¿lo recuerda?.
- Usted subestima mis principios.
- Se equivoca. Usted... y yo ... no somos tan distintos. Y creo que sé cómo funciona su mente.
- Si así fuera, conspiraría para arrebatarme las posibilidades de ser X.
- Si le planteo todo esto, señorita Chase, es porque ya he confirmado la imposibilidad de que yo sea X. No crea que no me ha costado aceptarlo, pero es la realidad. Sin embargo, puedo ser X, de alguna manera, a través de usted. Podría ejercer a través de usted y poner fin a esta locura de reformas que traerán la desintegración de nuestro orden.
- Usted y su grupo son los que habrían de desintegrarse para siempre, son el lastre que la Sociedad ha de soltar para correr más rápido y alcanzar una posición segura en la sociedad de hoy.
- La discusión nos viene grande... a usted y a mí, señorita Chase. No creo que quiera perderse en ella. Yo tampoco, por cierto. Tan sólo le propongo este manjar político para que lo considere.
- Considerado. Gracias.
- ¿Y bien?.
- Exploraré mis posibilidades sin la generosa ayuda de su grupo.
- Ya lo hemos hecho nosotros, ¿o no lo cree?.
- Pero no lamento comunicarle que no tiene más opciones. El Consejo está maduro y estructurado, hay poco margen de maniobra sin una alianza clara con uno de los dos grupos mayoritarios.
- ¿Y qué le hace pensar que no puedo ser apoyada por el grupo de Y?.

- Muchas cosas se saben desde que los cambios llegaron, señorita Chase. Incluso cosas sobre la vida de todos nosotros... incluso la suya. Tenemos información sobre las cosas que suceden en la cabeza de X. Déjeme preguntarle si está segura de ser capaz de lograr ese apoyo.
- Eso no es asunto suyo. Lo comprobará el día de la votación.
- Creo que debería considerar de nuevo nuestro trato, señorita Chase. Podría resolver esta misma noche su ascenso definitivo.
- Sería firmar mi posterior caída por la traición de quién más me apoya. Además, quizá el Consejo apruebe el sufragio universal para todos los socios... y las socias, lo que desestructuraría su tan maduro Consejo, señor Bracken. ¿Cree que ellas las ejecutantes le votarán a usted?
- Le falta a usted experiencia en estas maniobras, déjeme que le diga. El Consejo no aprobará más propuestas parlamentarias hasta que no sea escogido un sucesor de Tracy.
- ¿Qué dice? – dijo Chase, algo descompuesta-
- ¿No contaba con ello?. Ya irá aprendiendo estas cosas... En efecto, señorita Chase, el Consejo no puede discutir propuestas, y mucho menos aprobarlas, si los dos sillones no están debida y legítimamente ocupados. Eso pospone indefinidamente cuantas decisiones estuvieran pendientes por el Consejo.
- ¡Esto es inaudito!, ¿es usted una serpiente, Bracken!.
- ¡Oh!, ¡vamos!, es usted una mujer muy inteligente; si no no estaría aquí, usted lo dijo. Considere lo que nuestro grupo le propone con toda sinceridad.

El rostro de Chase perdió por un instante su indignación y dejó entrever los mecanismos que en su mente se estaban poniendo en marcha. No podía negar que la oferta la situaba directamente en el punto de destino desde donde podría tomar las decisiones que quisiera. Por otra parte, esa libertad quedaría definitivamente condicionada por el grupo de Bracken. Chase tenía claro que éste no se conformaría con presionarla, ya siendo X, para conseguir tan sólo la parte convenida del trato, sino que se apoyaría en el deseo fatal de la rubia por ocupar tan preciado sillón para chantajearla y conseguir decidir a través de ella sobre docenas de cuestiones de la Sociedad. Ella sería un canal para que Bracken gobernara desde la sombra. Pero, ¡la tentación!, era tan intensa...

- No puedo aceptar su propuesta, Bracken – Dijo Chase con cierto dolor -.
- Me decepciona usted, de veras.
- No debería. Su oferta es muy tentadora...
- Eso pretendía.
- ... pero su precio es muy alto.
- ¿Apenas una decisión?.
- No soy tan ingenua.
- Nadie lo ha insinuado.
- De alguna manera, sí. No quiero continuar con esto.
- Como usted quiera, pero recuerde que si no está de nuestro lado, está en contra.
- No me asusta. Su grupo también tendrá puntos débiles.
- ¿De veras lo cree?. Ya le he confesado nuestro callejón... pero eso es todo.
- Ya veremos.
- Nuestra oferta continúa en pie.
- No me interesa.

Algo en el interior del cuerpo, y del espíritu, de Chase se retorció perversamente como si lamentara haber parecido honesta cuando en realidad se trataba tan sólo de no haber

encontrado la manera de equilibrar un trato maldito que le tentaba como ninguno otro. Era la oportunidad más grande que se le había presentado pero había tenido que dejarla pasar ante sus narices. “¿Cómo encontrar la manera de ser X sin venderme de esa manera?”. Incluso peor, Chase sabía que el trato la alejaba de sus compañeras ejecutantes cuyo apoyo consideraba estratégicamente importante a pesar de haber descubierto que no le serviría de nada de cara a la votación sucesoria. De alguna manera, aquellas mujeres encontrarían la manera de devolverle el favor que les había proporcionado la libertad. Aquellas mujeres debían idolatrarla, debían considerarla una heroína magnífica a la que debían quizá más de lo que pensaban. Chase no quería perder ese apoyo.

Poco después había abandonado el despacho que un día fue del gran Ian Bracken, ahora de su hijo, y conducía rápida, acelerador hundido hasta el fondo, por la carretera de vuelta a la ciudad. Llegaría algo tarde, pero se encontraría con las ejecutantes que mejor conocía, las que más le apoyaban y a las que más debía también ella.

Al aproximarse a las afueras de la ciudad comenzó a reconocer en las construcciones, las calles, las luces, etc. los signos suficientes para reencontrarse con la mujer que verdaderamente era, o eso pensaba en aquel momento. Se sintió como si estuviera entrando en su propia casa, como si estuviera entrando de nuevo en su cuerpo real. Pensó en su nombre... “Chase”, y de nuevo lo reconoció como propio y se proyectó en él como lo había hecho siempre, excepto durante las últimas horas. Chase se dio cuenta de que sus gestiones en aquel edificio, o mejor, dentro de la Sociedad en general, la habían transformando en una nueva mujer, diferente de la que era cuando llegó, aún más diferente que la ejecutante que fue cuando estaba totalmente ciega; pero totalmente ajena ya a la mujer que una vez fue hacía años, cuando ni siquiera era una ejecutante. Entonces, ser Chase era algo totalmente diferente. ¡Ni siquiera era capaz de localizar de veras a esa Chase en su mente!

Pudo haber conducido su coche hasta la puerta misma de la tienda de Jessie, pero ello hubiera violado el compromiso de saborear los viejos tiempos con la mayor fidelidad posible. Aquello hubiera sido un suicidio en aquellos tiempos, de manera que aparcó en su propia casa y después caminó hasta el lugar de reunión por el mismo camino de meses atrás.

- ¡Ya era hora!; que llegas igual de tarde que cuando venías de incógnito – le dijo Jessie, igual de gruñona que cuando tenía motivos para ser arisca, mientras abría la puerta-. Pasa, ya sabes dónde están.

Chase caminó con garbo por los pasillos de la tienda de Jessie, que no había mejorado en atractivo desde que ya no cumplía la función de servir de tapadera para las reuniones, ahora totalmente iluminada a pesar de la hora. Nada presagiaba que estuvieran siendo vigiladas... e incluso en tal caso, nadie podría reprocharles la maniobra. Menos aún teniendo en cuenta que entre las asistentes se encontraba tan relevante personaje del Consejo. Nadie se atrevería a profanar así la autoridad de Chase.

Al fondo de la tienda se encontraba la trampilla original por donde se introdujo Chase para bajar al piso de abajo. Jessie bajó detrás de ella y pronto se encontraron todas juntas, como antaño, en aquel lugar.

- ¡Vaya!, veo que esto ha mejorado bastante – dijo Chase como saludo al comprobar cuán cómoda se había vuelto la estancia. Una estufa había hecho de las mantas algo innecesario y hasta allí se habían hecho llevar varios sofás, un tresillo y hasta una pequeña mesa baja. Una de las paredes se había recubierto por varios espejos adosados uno tras otro y en otra de ellas se había colocado cierto mobiliario que había cambiado la apariencia general del lugar, mucho más acogedor.

- Jessie ha empezado a sacar algo de dinerillo de ese que guarda tan celosamente... - dijo Alice sonriendo-. ¿Qué tal estás, Chase?.

- ¡La business-woman más trepa! – dijo Norah-. Ahí está mi chica.

- Hola a todas, chicas – dijo Chase mirando a una silenciosa Heather que se había hecho con el control del sillón frente a la mesa central. Desde allí, en silencio, controlaba la reunión casi tanto como en el pasado-.

- ¡Bueno!, aquí estamos todas de nuevo – empezó a decir emocionada Dannii-. No puedo creerlo, aquí todas... como si todavía nos vigilaran, creo que voy a hacer café como en los viejos tiempos, ¿cómo lo queréis?, aunque bueno, después de tanto tiempo... sería bonito que me acordara de las preferencias de cada una, ¿no os parece?. ¡No contestéis!, ¡no contestéis!, voy a intentarlo... Veamos... - Norah miró al techo con cierta desesperación y la dejó continuar por lástima-.

- ... creo que Heather lo tomaba solo, pero claro, Alice prefería los cortos... ¿O era Norah?... ¡Vale!, ¡no me ayudéis, ¿eh?! – Norah estuvo a punto de levantarse y estrangularla pero Heather la detuvo mientras se reía alegremente, quizá porque a ella, en efecto, le gustaba solo-.

- ¿Qué puedes contarnos de lo que está pasando por el Consejo, Chase? – preguntó Alice -. Cuéntanos al menos lo que puedas...

- Poca cosa. Ya sabéis el revuelo que se ha armado tras lo de Tracy.

- ¡Menudo tema! – Cortó Norah -. Ha sido brutal.

- No creo que traiga nada bueno... - dijo Jessie- .

- ¡Ya estamos como siempre!. Esta ceniza se empeña en ver demonios hasta en el Cielo... - se quejó Norah-.

- ¡Ya me daréis la razón!.

- ¿Se sabe quién se presentará como candidato?.

- Serán varias personas, aunque aún no se han presentado oficialmente.

- ¿Alguna mujer? – Preguntó Heather-.

- Imposible. Hasta que el Consejo no tenga un nuevo X no se podrá presentar ninguna mujer.

- ¿Ni siquiera tú, Chase? – Preguntó Dannii, desde la esquina contraria de la habitación donde se encontraba la cafetera-.

- ¡ALAAA!, ¿Cómo va a presentarse ella?. Imposible – dijo Jessie-.

- No creo que me presente, pero podría hacerlo, Jessie.

- ¡¿Qué?! – exclamó Heather -.

- Sí, como miembro del Consejo me apoyaría en las normas actuales para defender mi derecho a presentar candidatura-.

- No creo que fuera una buena idea – le replicó Heather-.

- Yo tampoco. Aún hay que tramar mejor la estratagema.

- No, creo que nos estarías traicionando a muchas de nosotras, ¿lo has pensado?.

- ¿Cómo?.

- Sí, no pongas esa cara. Sabes que si te presentas estarás burlándote de muchas ejecutantes. Ellas no pueden presentarse y probablemente querrían hacerlo. Estás robándoles esa oportunidad.

- No puedo creer que me digas eso, Heather. ¿No será mejor que al menos yo, como mujer, ocupe ese sillón?.
- Sí, Heather, ¿por qué no? – dijo Norah-.
- Me parece que este camino que tú has dibujado te resulta más rentable a ti que a las demás... a las que dices beneficiar, Chase – dijo Heather-.
- Pero, ¿qué me estás diciendo?. ¡Yo he corrido los riesgos que ninguna quiso para conseguir todo esto que disfrutas!.
- ¿Que no quisimos... Chase?. ¿Cuándo nos lo ofreciste?. Incluso nos ofrecías sólo parte de la información que tenías. ¡Nos apartabas!... y...
- ¿Y qué, Heather?, ¿Qué más hice con vosotras?.
- ¡Nos utilizaste! – exclamó -.
- ¡No puedo creerlo!. ¿Fue cuando os conseguí el derecho a compartir los servicios como socias de pleno derecho?. ¿O fue cuando os aumenté la retribución desde el Consejo?. ¿O quizá cuando os organicé según vuestras preferencias personales en misiones afines?.
- Todo eso son favores lógicos que has puesto en marcha... para que ahora dependamos de ti, pero debes saber que no vamos a sentir por ti más que gratitud, sin más deudas.
- Yo no quiero deudas, sólo el respeto que mi trabajo merece y cuyos efectos disfrutas cada día.
- Deja que sigamos nosotras nuestro propio camino, Chase. Déjanos el camino libre para que todas construyamos la vida que viviremos como socias.
- No hay problema. También tú podrás presentarte... pronto.
- ¿Seguro que no bloquearás el acceso a cuantas mujeres pretendan arrebatarte el puesto, Chase?.

La rubia sintió tan dentro el fuego avivado por semejante sarcasmo que pensó que ardería toda por combustión espontánea. Y si no hubiera sido porque el resto de ejecutantes intentó abrir una válvula de escape en la conversación, Chase habría saltado sobre Heather para transformar en venganza su ardor de ofendida.

- ¡Bueno!, Heather... serás una estupenda Directora Suprema Total... Algún día, seguro – dijo Alice -.

Pero Heather y Chase se miraban a los ojos fijamente con gesto serio.

- A otra cosa – dijo Norah -. ¿Se ha decidido ya qué se hará con Tracy?.
- ¡Pobre hombre!, no quiero ni pensar en su futuro – dijo Alice -.
- Probablemente se decidirá en los próximos días – concretó Heather que tenía información de primera mano-. Será condenado pero no se sabe cómo.
- ¿Quién lo decidirá? – preguntó Heather que aún mantenía la mirada de la rubia-.
- El Consejo.
- ¿Quién del Consejo?.
- Si hay acuerdo, las dos cabezas.
- Así que... cuando existan dos.
- En efecto, sólo entonces.
- ¡Quizá tú decidas sobre ello! – dijo Heather -.
- ¡¿Qué problema tienes?! – exclamó Chase, que sentía de nuevo el ardor en su interior. No podía comprender tanta ingratitud-.
- ¡Ninguno! – replicó-.
- ¡Bien! – cortó Chase intentando poner fin definitivo-.

- Creo que debería ser apartado de toda función, francamente – propuso Alice, quitando hierro -, aunque no ser torturado ni nada semejante.
- Eso no se sabe. Es competencia del Consejo y cualquier opción es plausible.
- ¡Quién iba a saber que detrás de la pared que construyeron ante nosotros para que no viéramos nada estaba sucediendo todo esto! – apuntó Jessie -. Creo que hubiera sido mejor no saber nada de nada, a fin de cuentas sólo nos traerá problemas.
- Por el momento hemos conseguido vivir mejor, Jessie, hija, que siempre ves la parte negativa.
- Algún día hasta llegaremos a pasear por los pasillos del Consejo, ¡quién sabe! – dijo Norah, entusiasmada-.
- ¿Por qué no se hace una reunión de ejecutantes? – se preguntó Alice -.
- Bueno. ¿Qué crees que es esto, Alice? – le contestó Jessie -.
- No, no, me refiero a una gran reunión donde las mil pudiéramos vernos en persona.
- ¡Mil mujeres en persona viéndose las unas a las otras!, es bastante complicado – dijo Heather-.
- Es más complicado de lo que parece – explicó Chase -. Una reunión semejante tendría que ser aceptada por el Consejo y ello nunca se conseguirá mientras éste considere que podría dar lugar a una asociación de ejecutantes o algo similar. No correrán ese riesgo voluntariamente.
- ¡Es una gran idea!, una asociación de ejecutantes... - dijo Norah-. Quizá te ayudaría en el Consejo, Chase, a conseguir más cosas para todas nosotras. Presionaríamos más fuerte.

Chase visualizó por un momento la idea y comprendió que algo así podría recortar su poder en el Consejo. La asociación se erigiría como la auténtica representante de los intereses del colectivo... y no ella.

- Tan sólo que el Consejo se plantee esa posibilidad sería suficiente para frenar el proceso aperturista durante años. No, imposible – condenó Chase-.
- No lo creo – Dijo Heather -. Sería una gran idea. La asociación podría ser democrática y escoger a una presidenta oficial que representara los deseos de todas. Tendría voz en el Consejo y explotaría las opciones del gremio ejecutante.
- Crees que serías elegida presidenta, ¿no es cierto, Heather? – replicó Chase-.
- ¿Te importaría mucho? – contestó-.
- No contarías con mi apoyo.
- ¿Por qué, Chase? – preguntó Alice-.
- Sería el fin del movimiento, un retroceso en el proceso. Minaría mis esfuerzos.
- Una reunión de fuerzas en la misma dirección... no minaría nada, Chase. Temes perder tu posición, ¿no es cierto?.
- ¡Yo estoy donde estoy gracias a mis movimientos!, no sólo merezco el lugar, sino que además no dejaré que desplazéis.
- Pero Chase, eso... es algo ... egoísta – dijo Alice-.
- ¿Egoísta?. ¡Vosotras sois las egoístas!, ¡después de que cuanto he hecho por todas vosotras!.
- Norah, ¿podrías conseguir las direcciones de otras ejecutantes?. Hay que contactarlas – dijo Heather-.
- No sé, es posible. Pero... - musitó Norah, confusa por encontrarse entre dos fuegos-.
- Norah, estaréis firmando vuestra sentencia de muerte. El Consejo no está maduro para resistir una maniobra tan democrática. ¡Aún no es una auténtica democracia!.

- ¡No dices más que lo que quieres que escuchemos para disuadirnos en nuestro empeño! – exclamó Heather-.

Cada víscera de Chase encontró su propia manera de acumular indignación y todo el conjunto se inflamó hasta crecer dentro de su cuerpo como un cáncer explosivo y perverso. ¡¿Cómo era posible que estuvieran dispuestas a poner en marcha algo así?!!. ¡Destrozarían su posición!, ¡después de todo lo que había conseguido por ellas!, se dijo a sí misma. Aquel lugar que siempre había sido de calma, apoyo y acuerdo se había convertido en un segundo Consejo clandestino en donde se estaba tramando una estratagema para destruir algo valioso para Chase. Sus antiguas compañeras, que quizá nunca lo fueron, estaban buscando la manera de presionar su presencia y su influencia en un lugar que Chase sabía que no entendían, que no podrían controlar y que terminaría con ellas y con todos los buenos y loables esfuerzos de Chase por conseguir mejores condiciones para más de mil mujeres ejecutantes.

Todo su cuerpo se tensó. Al momento se puso de pie y reunió todas sus fuerzas en sus manos que a punto estuvieron de rodear el cuello de aquella cabecilla inútil, miope y sobretodo ingrata. Sin embargo, tan sólo permaneció de pie sin mover un solo músculo. A continuación relajó su cuerpo y se dirigió hacia la escalera de salida. Tomó su abrigo y desapareció del zulo.

- ¡Chase!, ¿Dónde vas? – gritó Norah-.

- ¡Chase!, ¡Chase!, ¡sólo era una idea!, ya conoces a Heather... - gritó Dannii-.

Chase escuchó tan sólo parte de estos gritos porque ya estaba saliendo por la puerta de la tienda y adentrándose en la fría y oscura noche del exterior. Se cubrió lo máximo posible con su abrigo y comenzó el camino de vuelta a casa intentando entender el motivo de aquella escena. ¿Por qué se había comportado así Heather?. ¿Quizá estaba celosa de ella?. Era lo más probable, sí, aunque no parecía de las que sucumben ante una pulsión tan baja. No, debía ser algo más elaborado. ¡Quizá, simplemente, deseaba su cuota de poder!. A fin de cuentas, siempre había parecido la más sensata de todas, la más admirable de las ejecutantes. Quizá le doliera no encontrar el rédito de tanta virtud. Sin embargo, la realidad era aquella, sin tapujos: Heather estaba organizando un movimiento que hacía peligrar su posición en el Consejo. ¡Qué ingratitud!, pensó Chase. No podía creer que tuviera la sangre fría de impulsar semejante movimiento. Por otra parte, sabía que, si se llevaba con un mínimo de profesionalidad, la unión funcionaría y se llevaría a cabo aprovechando la falsa ilusión de libertad y de democracia que había empezado a nacer en las conciencias de las ejecutantes. Se había acostumbrado a estrenar derechos y libertades conseguidas por Chase durante los últimos meses y todo le parecía más sencillo. Pero la rubia del Consejo sabía que éste arrastraba prejuicios y limitaciones incompatibles con un lobby tan manifiestamente presentado. “Una asociación de ejecutantes”, se dijo a sí misma, como ridiculizando la idea. Sería pasar en pocos meses de una situación en la que el encuentro entre dos ejecutantes podía costarle la vida a ambas ... a otra en la que la totalidad de las ejecutantes se unía para reivindicar derechos. Definitivamente, pensó, al Consejo le entrará pavor y tomará decisiones drásticas.

El camino se hizo más corto que de costumbre, quizá producto de la rapidez con la que caminaba y también del ensimismamiento en el que se encontraba dándole vueltas a todo esto.

Ya en casa, mientras se desnudaba y buscaba cuatro prendas cómodas que colocarse sin esmero, se decía a sí misma: “¡Esto no quedará así!, ¡las cosas van a cambiar!”. Bajó al salón y se tumbó en el sofá que más en frente de la televisión había sido colocado. Elevó las piernas hasta adoptar posición horizontal, encendió el televisor y comenzó a mirarlo... aunque en realidad no pensaba en él. Su mente seguía repitiéndose: “Esto no quedará así”. Y terminó pronunciando mentalmente: “No daréis ni un paso más en el Consejo, ni un paso más en la Sociedad, ni un paso más en la vida”.

Rodó unos grados sobre el sofá hasta acercarse al teléfono, extendió un brazo, levantó el auricular y marcó con dificultad un número. Esperó un momento y escuchó la grabación del contestador automático del despacho de Bracken. A continuación grabó:

- Soy Chase – Hizo una pausa y añadió... - Tenemos un trato.

Capítulo XV

Muchos son los que conocen el origen del pergamino, donde los monjes medievales redactaban sus escritos y copiaban los escasos ejemplares que eran conservados en bibliotecas precarias y húmedas. Sabrán entonces que, en esencia, no es sino piel de res (otras veces gacela) tratada y secada para dar lugar a una superficie flexible, fácilmente enrollable, donde la tinta parece fijarse con cierta eficacia en comparación con otras superficies anteriores a la Edad Media. Lo que muchos no sabrán es que aunque su fase álgida se produjo en dicho momento, su descubrimiento se remonta a tiempos anteriores al papiro, superficie para la escritura de utilización en tiempos de Egipto y Grecia. De una manera u otra, pocos papeles, si así se nos permitiera denominarlos, han quedado tan ligados a una época como el pergamino medieval, de estética amarillenta y bordes quemados por el paso del tiempo y de los elementos.

De pergamino estaban confeccionados los pequeños pedazos de papel en que sus señorías del Consejo escribieron aquel día el nombre del candidato elegido para suceder al denostado Tracy, como si fueran los auténticos compañeros de Hellich en plena era medieval. Era una costumbre estética de la Sociedad que lejos de haberse apenas mantenido durante siglos, había sido mejorada en su arte y en su acabado técnico hasta crear una textura suave y tersa sobre la que la tinta agarraba con mayor precisión. Todo el Consejo rendía tributo a su cultura secreta y sus tradiciones durante los días de votaciones. No se trataba de la aprobación de una propuesta ordinaria, sino de la elección de uno de los dos directores máximos de la Sociedad, algo que cada uno de los asistentes entendía similar a encontrar el nuevo corazón de Hellich y su temple sublime.

Todos, menos Chase.

Su se hubiera permitido un gesto de sinceridad, hubiera aterrorizado al Consejo con sus ideas sobre ese fantasma poderoso que manipulaba las conciencias, según su opinión, de los integrantes del Consejo. Para Chase, Hellich no era más que una poder misterioso y contrario a sus intereses. Aún más, Hellich fue el demiurgo maldito que diseñó las normas de la Sociedad tal y como ella la descubrió cuando fue contratada ejecutante, es decir, como una cárcel para su dignidad, un espacio donde su libertad quedaba comprada y probablemente para siempre. ¿Qué podía sentir una ejecutante por la mente responsable de aquella situación?. ¿Acaso debía presentar su respeto como un miembro del Consejo más?. Ninguna de las mujeres intervinientes habían gozado de ningún servicio por parte de la Sociedad hasta que Chase, traicionando los postulados de Hellich al tiempo que hacía pensar al Consejo que en realidad no estaba sino mejorándolos, modificó las normas y consiguió traer luz al futuro del estamento ejecutante.

Aquella votación, por tanto, podía ser entendida como una oportunidad para el gremio femenino de la Sociedad que podía ser utilizada para comenzar a romper los hilos que Hellich empleada para dirigir las decisiones desde la tumba. Para el resto, sin embargo, se trataba de un acto casi sagrado, pues la sucesión de un sillón de dirección no era en absoluto algo corriente. La mayoría de los socios sólo conocían a uno o dos directores por sillón a lo largo de su vida, como si fuera un Papa al frente de la Iglesia. Sólo en raras ocasiones y en muy determinadas circunstancias permitían los estatutos un cambio semejante en la estructura. Era, por tanto, un momento histórico para todos... aunque para cada uno por diferentes motivos.

A lo largo de esa semana, la Sociedad puso en marcha los mecanismos habituales en caso de votación de dirección para garantizar la seguridad. El conjunto de las ejecutantes quedó incomunicado con sus fuentes de misiones temporalmente para que no pudieran ser empleadas ilegalmente en misiones secretas para favorecer a ningún candidato. En cuanto a las fuerzas de actuación especial, integradas por hombres entrenados en combate, fueron liberados de permiso durante el tiempo necesario para realizar la votación. También se aceptaron solicitudes de más de veinte socios para actuar como garantes de seguridad y vigilantes oculares de los procesos burocráticos de la votación, a pesar de que con ello perdían su derecho al sufragio para esa convocatoria. En general, la Sociedad se convirtió en un aparato democrático totalmente blindado que hacía esfuerzos por mantener el orden y la transparencia en todas sus actuaciones.

Tan sólo en una ocasión, hacía ya más de un siglo, se detectó una irregularidad flagrante a favor de uno de los candidatos. Se trataba de un joven de futuro brillante en la Sociedad que muchos se empeñaron en elevar hasta lo más alto a pesar de que no había completado la trayectoria de desarrollo personal que la organización exige a los aspirantes. Se trata de que todo aquel que alcance el más alto de los sillones haya conocido realmente todos los entresijos del funcionamiento de la institución y una dilatada experiencia personal en burocracia y política. Temerosos de que su candidato no alcanzar el objetivo, algunos de sus mentores organizaron un sistema para condicionar el resultado. Fue descubierto por uno de los comisarios imparciales que participan en los procesos de recuento. Al candidato le costó la cabeza a pesar de que, como se demostraría posteriormente, nunca había estado al tanto de lo que se organizó para que lograra el éxito. Muchas cabezas más rodaron cuando toda la trama quedó al descubierto. Pocos meses más tarde, la Sociedad hubo de repetir el proceso de elección

y, como método para traer de nuevo la estabilidad al sistema, no se escogió uno sino dos candidatos, lo que inauguró un directorio de tres hombres fuertes al frente de la Sociedad. Durante más de dos años, fueron aquellos tres hombres los que la dirigieron, dando lugar a un período que en la Sociedad se recordaba aún como el más democrático de su historia, aunque también uno de los más inoperantes.

Desde entonces, toda la institución apartaba sus preocupaciones laterales en tiempos de elecciones y se prestaba con toda su atención a la labor de organizar los comicios con la mejor intención de transparencia democrática.

El proceso de elección no se prolongó más de media hora. Durante ese período, sus señorías escribieron el nombre del candidato elegido sobre el pergamino y lo doblaron sobre sí mismo varias veces. A continuación, uno de los ujieres oficiales del Consejo, elegido al azar momentos antes para mantener la seguridad, tomó una urna totalmente cubierta de terciopelo negro intenso que había sido traída ex profeso para el evento. No medía más de treinta centímetros por cada lado y tenía en una de sus paredes una abertura confeccionada también con terciopelo por donde se hacía introducir la papeleta. Cada Decisor procedió a meter la mano con el pedazo de pergamino por la abertura de terciopelo y dejarlo caer en su interior. Por supuesto, antes de recoger ni un sólo voto, el ujier había enseñado el interior vacío de la urna a Brian como comprobación de seguridad.

A continuación, el grupo organizador de la elección obtuvo la urna, la vació de nuevo sobre su escritorio y comenzó a contar los votos. Al cabo de unos minutos, uno de ellos tomó un pedazo de pergamino algo más blanquecino de lo habitual y escribió algo que fue pasado inmediatamente a Brian.

- Señorías, gracias a todos por sus votos. Gracias también a los servicios de la cámara por oficiar los trámites. Si sus señorías candidatos se ponen en pie, procederé a leer el resultado.

La bella Chase, ataviada con una túnica blanca y adornos dorados en mangas y cuello, se puso en pie. A su lado, sus compañeros, vistiendo de la misma manera, como correspondía a todos los candidatos a un sillón de la Sociedad, hicieron lo mismo. Allí estaban, además de la rubia, Colm, el candidato conservador de Bracken que sabía de antemano que no saldría elegido pues su grupo votaría en pleno a Chase; Goring, el candidato de Brian que contaba a su vez con el apoyo del grupo de éste... y quizá no al completo; y también Liasson y Bergman, dos Decisores no alineados autoproclamados candidatos que esperaban lograr el apoyo del resto de los Decisores no alineados y quizá varios votos de los dos grupos mayoritarios de Bracken e Y por parte de algunos de sus Decisores desencantados. Sin embargo, sus cálculos serían ciertamente erróneos, pues ya habían alcanzado algún apoyo en el pasado y nunca había resultado de utilidad para los Decisores libres.

Tal y como Bracken sospechó, estos decidieron votar a título particular, en secreto e individualmente a Chase, o al menos así lo hicieron más de la mitad, que pronto fueron suficientes al combinar sus votos con los del grupo de Bracken para que...

- Este sillón que ahora permanece en silencio y que hasta ahora había pertenecido a mi colega y buen amigo Tracy hablará ahora en nombre de Hellich por la boca de – se

detuvo para echar un vistazo al pergamino que le habían pasado y añadió, - la señorita Chase.

El impacto recorrió los rostros de los miembros del Consejo. Ni una sola palabra provenía del grupo de Brian, que no entendía cómo era posible que la rubia hubiera sumado votos para arrebatárles un sillón que el grupo de Bracken también quería para su candidato Colm. Por otro lado, el grupo de los no alineados permanecía inmóvil, como si no fuera capaz de dar crédito al éxito conseguido. Por fin, su voto había decidido una votación al contrario de lo que venía sucediendo hasta ese momento. Ellos sabían que por sí solos no eran capaces de subir al sillón a nadie, de manera que aún se preguntaban de qué manera habían logrado ese éxito.

No sucedía lo mismo en el grupo de Bracken, donde las caras fingían una sorpresa que sus corazones no albergaban. Miraban en silencio cómo su estrategia comenzaba a dar sus frutos y su maniobra sería el principio de una época de oposición fuerte al grupo de Brian.

Pasados unos segundos, Chase sonrió aliviada, besó a sus compañeros aún de pie y absorbió por la decisión, como esperando instrucciones por parte de sus grupos y avanzó hasta el centro del Consejo.

- Señorías – dijo sonriendo -, creo que la última persona capacitada para entender el significado de mi elección hoy para suceder a Tracy... soy yo misma.

El Consejo inauguró un murmullo breve y paró para continuar escuchando las palabras de Chase:

- Sé que muchos de ustedes se sienten escépticos ante el resultado y quiero que sepan que entiendo sus motivos, que entiendo sus expectativas y que no deseo otra cosa que satisfacerlas.

Sus señorías se movían en los escaños hablando los unos con los otros, descubriendo la estrategia de Bracken a medida que echaban cuentas con los votos de cada grupo y confeccionaban la postura que iban a mantener a partir de ese momento.

- También sé que para ustedes, los sillones X e Y son la representación política de la existencia de Hellich y que mi elección puede ser entendida como una ofensa para su historia. Créanme cuando les digo que será en él en quién piense cuando firme las propuestas aprobadas en esta cámara, y que sólo en respeto y tributo de su memoria realizaré el desempeño de mis funciones, así como en beneficio de todos los que formamos parte de esta casa desde nuestros respectivos puestos.

Chase se tomó un momento, miró a su alrededor para interpelar a todos y cada uno de los Decisores que la miraban ahora con atención y concluyó:

- Muchas gracias a todos. No les defraudaré.

Brian, que aún conservaba la cara que puso cuando leyó el pergamino, parpadeó dos veces seguidas y recuperó su compostura. No podía creer cómo, de una manera totalmente imprevista, su amante le había ganado la partida. No sólo no la había

apoyado como ella le había pedido argumentando razones personales y el propio compromiso de su relación, sino que, peor aún, había perdido la partida.

- Señorías, invitemos a nuestra nueva X, si les parece bien, a ocupar el que será su sillón a partir de este momento.

Chase se quitó la túnica blanca que ocultaba su vestimenta de Decisora convencional y se la entregó al ujier de la Cámara. A continuación se subió a la tarima de los sillones y se sentó en el sillón de X, justo al lado de Brian.

- Muchas gracias a todos – dijo Chase-.

- Gracias a todos. Ujier, levante acta, entrégala para firmar y ponga fin al acto.

Los Decisores se levantaron y fueron abandonando la sala progresivamente entre murmullos, corrillos y tertulias que intentaban desentrañar los detalles de la estratagema a la que habían asistido. Los Decisores del grupo de Y se sentían confusos, engañados, pero no encontraban la manera de deslegitimar lo que acababa de suceder. Todo había transcurrido según las normas más básicas, aunque en este caso, la que mantiene el anonimato de los votantes, había sido empleada para urdir esa estrategia maliciosa que había secuestrado el orden lógico de toda votación. El resultado se les había escapado y todo el acto se había envuelto de un aura de confusión y de decepción. Era como si les hubieran robado la cartera y aún no hubieran descubierto ni dónde, ni cómo, ni cuándo. No obstante, todo estaba terminado. La sesión, levantada. Nada que decir al Consejo, nada que añadir hacia nadie. Tan sólo quedaba la obligación de aceptar que una nueva etapa se abría en el Consejo. Una nueva forma de estructurar los apoyos acababa de ser inaugurada. Todas las estrategias, los apoyos, las simpatías, etc. debían ser revisadas para perseguir los objetivos del grupo en el nuevo orden parlamentario.

- Te dije que llegaría hasta aquí – le dijo Chase a Brian, a su lado -. No he tardado tanto, ¿verdad?. Aunque no ha sido gracias a tu apoyo.

- No sé cómo has podido. Aún no entiendo cómo lo has logrado ni qué es lo que pretendes, pero me enteraré. Y más te vale que en verdad vayas a estar a mi lado para ser sincera con todos nosotros y trabajar por la Sociedad, que está por encima de ti y de mí.

- ¡Oh!, Brian, Brian, no seas tan grandilocuente... - comenzó a decir -.

- ¡Me lo dice la del discurso pro Hellich! – interrumpió sarcásticamente Brian -.

- ¿Hubieras preferido un recuerdo para Tracy?. ¿Para el corrupto de Tracy?.

- Siempre merecerá mi admiración. Y debes saber que él hizo por nosotros más de lo que tú serás capaz de hacer mientras estos cimientos de barro te sostengan a esta altura.

- Cuidado con tus cimientos, Brian – dijo Chase mientras se levantaba del sillón y dejaba a Brian atónito con semejantes palabras-.

Poco a poco, la sala del Consejo se fue quedando vacía como fingiendo que nada había sucedido pocas horas antes. Sin embargo, todo había cambiado en exceso para una Sociedad acostumbrada a los tiempos geológicos, al lento transcurrir del tiempo como único ritmo del cambio. En pocos meses, una intrusa se había colado hasta el más alto sillón de toda la Sociedad. Y lo peor estaba aún por llegar.

Los primeros días de Chase al frente del sillón de X fueron la ejecución del compromiso que ella misma adquirió públicamente al tomar el cargo: su fidelidad a Hellich. Las primeras resoluciones, nada comprometedoras, no se convirtieron en oportunidades para comprobar la manera de actuar de la nueva X. Sin embargo, dos semanas después, las primeras propuestas, algunas de ellas elevadas y formalizadas por ella misma cuando aún no era más que una Decisora de segunda categoría, colocaron a Chase en una difícil situación. En concreto, una de esas propuestas era la del sufragio femenino en la Sociedad.

Chase reconoció su propia letra en el informe sobre la propuesta. Recogía los motivos que ella misma redactó para beneficio del gremio ejecutante cuando pensaba en aumentar los derechos de personas como Alice o Norah. Incluso Heather, claro. Ahora las cosas habían cambiado diametralmente. Su pacto con Bracken, del que dependía su mantenimiento en el Consejo como sillón X, le obligaba a bloquear la decisión, aunque en realidad era ella misma la que, a la luz de la nueva relación que mantenía con una arrogante e ingrata Heather, pretendía bloquear ese derecho femenino sin más explicaciones.

Desde su lugar, Chase no encontró problemas para paralizar esa y otras propuestas que le siguieron posteriormente. La sorpresa del Consejo no fue más que lluvia sobre la acera mojada, pues nadie en la cámara ignoraba que raras tensiones gobernaban los sillones de dirección y que el timón andaba como loco de babor a estribor en función de corrientes marinas desconocidas para el colectivo. Sin embargo, lejos de denunciar públicamente el secuestro de los sillones, los grupos parlamentarios buscaban la manera de documentarse adecuadamente y preparar un golpe de efecto posterior. Por supuesto, el grupo de Y protestó activamente la actuación de Chase, pero el apoyo de Bracken y Colm, siempre dispuestos a proteger a Chase para mantener su vínculo con la dirección de la Sociedad, terminaron salvando el pellejo de la rubia en más de una ocasión conflictiva.

Al cabo de las semanas, la política de Chase, orquestada cada vez menos desde las filas de Bracken que empezaban a considerar a X como una integrante más de su grupo a la que no era preciso presionar para que pusiera en marcha políticas acordes con los intereses del mismo, se había vuelto más conservadora que la del propio Colm, uno de los grandes amigos del difunto Ian Bracken. Toda la cámara consideraba ya a Chase como la cabeza más visible del grupo conservador y aunque eso trajo a las mentes de los Decisores la seguridad de que las medidas de liberación progresista a favor de las ejecutantes habían tocado techo, nadie se encontraba tranquilo y esperaban que la política de Chase se convirtiera en un obstáculo más tarde o más temprano.

A lo largo de este período, Chase tuvo conocimiento de la creación de unos vínculos asociativos entre algunas ejecutantes cuya identidad no le fue revelada, aunque no lo necesitó para saber de quién se trataba. No tardó en enviar a algunas ejecutantes de máxima confianza con el Consejo para desestabilizar esos intentos de organización y también para lograr información privilegiada sobre sus planes. Incluso recurrió a intervenciones de fuerza para evitar determinadas acciones que pretendían presionar a Chase para que aceptara y diera luz verde a las propuestas elevadas desde su altura ejecutante. La tensión fue en aumento entre aquellas chicas que se empezaban a arrepentir de la confianza que habían depositado en Chase desde el primer día que Alice

se la presentó en el zulo de Jessie. Maldijeron durante semanas aquel encuentro entre ejecutantes hacía ya meses y las consecuencias que ello tuvo.

Sin embargo, las peores pesadillas de aquellas mujeres comenzaron a hacerse realidad. Chase planteó al Consejo una propuesta para desarrollar una tercera generación de intervenciones ejecutantes que reclamaba de su cuerpo de mujeres intervinientes concesiones más allá de lo sexual, explorando campos propiedad del fetichismo y la perversión. En sus conclusiones ulteriores, el informe de Chase proponía indagar información en la documentación de las investigaciones conductistas que pudiera ser empleada para mejorar las técnicas de tortura sexual. Las ejecutantes enviaron al Consejo por medio de su no oficial asociación un comunicado contrario a estas prácticas. Chase amenazó con una renovación de la plantilla ejecutante que el Consejo frenó en bloque por considerarla demasiado radical y contraria a los intereses de la Sociedad.

Poco después, Chase hizo aprobar con la fuerza del grupo de Bracken y algunos no alineados, combinación “rodillo” que servía para secuestrar a menudo el talante democrático del Consejo, una leve modificación de los estatutos de la Sociedad que sirvieron para obstaculizar aún más el ascenso de mujeres por la jerarquía, aunque su redacción concreta resultaba lo suficientemente diplomática para que no fuera tildada de radical ni supusiera un obstáculo para su ascenso personal.

El colmo se alcanzó cuando Chase propuso una reducción de las remuneraciones ejecutantes alegando que el aumento excesivo del patrimonio de las intervinientes podría llegar a hacerles creer que no dependían de la Sociedad y que no la necesitaban en absoluto, lo que rompería el lazo de vínculo y por tanto la garantía de seguridad que la Sociedad había construido a cambio de su integración en la misma.

Estaba claro que Chase había propuesto apretar las condiciones de las ejecutantes más allá de lo que éstas habían previsto. Heather y su grupo de amigas, junto con sus últimas incorporaciones, Sarah y Angela, intentaban organizar una respuesta a la altura del embate. La tarde que conocieron la propuesta de Chase de reducir las remuneraciones se reunieron de urgencia en el famoso zulo de Jessie, ya totalmente acondicionado como merecía:

- ¿¿¿Habéis oído...!!!! – exclamó Norah terminando de bajar las escaleras bajo la trampilla, ya en el cuarto subterráneo de la tienda de Jessie-.
- Sí, sí – contestó Alice -, por supuesto que sí. Hay que detenerla.
- ¡Es una traición!
- Esa puta de Chase se ha quedado con todo y ahora quiere quitarnos todos nuestros derechos – Dijo Heather, a quién jamás habían oído insultar a nadie -.
- ¡Heather!, ella estuvo aquí con nosotros, no puedo creer todo lo que está haciendo – comenzó a exponer Norah, que era incapaz de reconocer a Chase en sus últimas decisiones-. Quizá está siendo presionada por alguien... Pero, ¿quién?.
- ¡Su propia ambición! – contestó Heather -. La misma que le indujo a pisarte a ti y a mí para conseguir su objetivo. Está ciega, sedienta... y no va a parar hasta que consiga llegar a lo más alto da igual a costa de quién.
- ¡Qué podemos hacer?. No podemos votar, ni proponer nada al Consejo, estamos mudas.

- ¿Por qué no enviamos un documento anónimo para pedir que se nos permita votar al menos algún tipo de propuesta en el Consejo? – propuso Sarah -.
- Bracken lo bloqueará con sus votos en la cámara – contestó Heather -. Ya has visto lo que ha pasado hasta ahora con nuestras ideas.
- Quizá si lo hiciéramos llegar hasta los Decisores libres...
- De nada serviría, ¿no ves que el Consejo está en una línea conservadora?. ¿Quién votaría por algo así en este momento?.
- Brian. Y su gente, claro.
- No sería suficiente. Un sólo grupo no aprueba nada en el Consejo en estas circunstancias – le argumentaba Heather, que no veía la manera de hincarle el diente a la rubia-.

Por un momento, todas quedaron en silencio. Estaba claro que la vía política les cerraba las puertas. El rodillo del Chase, Bracken y su apoyo parcial de los Decisores libres podían enviar al traste cualquier propuesta oficial. Ninguna idea que llegara al Consejo sería aceptada. La única manera de que algo fuera aprobado para cambiar el rumbo de los acontecimientos era ofrecer algo al grupo de Bracken, pero... ¿Qué le podían ofrecer a cambio si ya estaba siendo sillón X de manera indirecta a través de Chase?. ¿Qué otra cosa en el mundo cegaba más a aquel hombre que el sillón X?. Quizá ser él mismo el sillón X, pero eso no estaba en las manos de Heather y su grupo.

Los ojos de la más activa e inteligente de las mujeres del agujero en que se encontraban levantó su mirada perdida y tensa a la vez. Después regaló a sus compañeras un segundo de ojos preciosos, grandes y seductores... paseando la mirada por todas ellas. Cuando hubo terminado, dijo con voz tétrica:

- Tenemos que hacerla caer, cueste lo que cueste.
- Pero, ¿Cómo? – preguntó Alice-.
- ¿Qué pasaría si Bracken no pudiera apoyar a Chase? – se preguntó retóricamente Heather-.
- Se quedaría sola y caería, claro. Eso ya lo sabemos, Heather, pero no cómo crear esa situación – apuntó Jessie, que por fin sentía cómo sus compañeras actuaban como ella quería: En contra de aquella mujer que tanta inestabilidad había traído a su vida y a la vida de la Sociedad-.
- Todos tenemos nuestros puntos débiles. ¿Qué sabemos de Chase?, decidme.
- Ni idea. Sólo que es la bruja más lista y perversa que ha creado la naturaleza – dijo Sarah -. Vosotras la conocéis de antes...
- Sabemos que vive en esa casa enorme y vacía, es un sitio grandísimo donde pareciera que nadie ha sentido nada nunca. Lo noté cuando la conocí. – Recordó Alice -. Sólo estuve allí un momento, pero enseguida sentí algo raro en esa casa.
- También sabemos cómo viste... - dijo Dannii – y permitidme que diga que tiene un estilo impecable, no como algunas de nosotras, que no valdríamos para llegar a ser ni Decisoras, con estos trapos que nos ponemos...
- Eso no parece ser útil para cazar a Chase – dijo Alice. - ¿Qué sabemos de sus ... no sé, amigas?
- ¡JA!, ¿Amigas?. ¿Ésa? – dijo Jessie, sarcástica.
- Sí, ¿alguna vez habló de alguien que no fuéramos nosotras o los directores? – preguntó Heather-.
- No, nunca – dijo Jessie-.

- Sanders. Sí, - comenzó a decir Dannii, cuya verborrea, por una vez, iba a ser escuchada con atención – una vez habló de un tal Josh Sanders. Era...
- ¡Socio!, sí, ya me acuerdo – apostilló Alice -. ¿Se llamaba Sanders?.
- No, era Josh. Josh Sanders. Pero no sabemos quién es – dijo Dannii-.
- Eso se puede arreglar – dijo Heather con gesto adusto -. Dannii, habla con el resto de ejecutantes que conozcas... Mira a ver si alguien lo conoce, sabe dónde vive, etc.
- De acuerdo, aunque no será fácil dar con él.
- ¡Ni siquiera sabemos quién es! – dijo Jessie -. Hasta es posible que sea uno de sus admiradores. Puede que esté dispuesto a defenderla, ya sabéis cómo están reaccionando los socios ante su ascenso.
- Es posible, pero... no podemos dejar pasar la oportunidad de preguntarle – contestó Heather-. Y además, algo me hace pensar que Chase deja su huella... y no es precisamente suave.

Al mismo tiempo que todo esto sucedía, Tracy soñaba en su celda, encerrado como prisionero de la Sociedad. Llevaba allí ya meses enteros durante los cuáles le mantenían con vida en espera de su sentencia. En realidad se trataba de un trámite que la pesada y lenta justicia de la Sociedad daría con un final conocido de antemano. Tracy sabía que, acusado de traición, no tenía manera de salvar la vida. Él mismo hubiera firmado la sentencia de muerte si se hubiera tratado de otra persona cuya traición se hubiera hecho pública.

En su sueño, el inconsciente jugaba con él como si tuviera que aprovechar y sacar hacia la conciencia de Tracy todo lo que aún guardaba del pasado. Era como si su más oscura dimensión interior fuera consciente de que le quedaban pocas horas de vida y tuviera que terminar todo acto de comunicación, todo acto de liberación mental. O mejor, como si tuviera que enviarle algún mensaje.

Tracy soñaba con Chase. La abrazaba con cariño, con una ternura impropia de su carácter, con unos ojos cálidos que no supo reconocer como propios, aunque en realidad, dentro del sueño, pensaba que eran los suyos. Ambos caminaba gozosos, felices e impacientes por llegar a la pequeña mansión de Tracy, una casa blanca con columnas frontales de estilo americano. No era demasiado extensa, pero sí resultaba ciertamente ostentosa. Cuando llegaron a la entrada, entre risas, Chase se colocó frente a él, apoyada sobre la puerta, mirándole a los ojos. Así estuvieron al menos unos segundos, hasta que ambos se dejaron llevar por un beso largo y amoroso.

La puerta cedió, se abrió de improviso y ambos cayeron hacia el interior, sobre la alfombra del recibidor donde quedaron tendidos: él sobre ella. Se besaban, ahora con pasión, con impaciencia, con una sed sexual que, en vigilia, hubiera generado arcadas profundas a Tracy. En el sueño, sin embargo, todo funcionaba con suavidad y coherencia, como si fuera la mujer que había deseado poseer a lo largo de toda su vida, por fin bajo él. La besaba el cuello, o más bien, se lo mordía con fuerza, mientras ella dejaba salir unos gritos ahogados que terminaban en forma de gemidos. Mientras, ella pasaba sus manos entre el pelo de Tracy, apretándolo contra sí misma, luego contra su pecho.

Poco después, ambos estaban sobre la alfombra, prácticamente desnudos. La pasión corroía de tal manera el aguante de cada uno de los dos que por fin las manos de él arrebataron con fuerza las bragas de Chase recorriendo todos los centímetros de las piernas de ella con una rapidez sólo propia de un corrido obseso imparable. La prenda salió disparada tras las piernas de ella, a través del umbral de la puerta aún abierta de la entrada y hasta caer sobre el césped del jardín exterior, a la vista de todos. Tracy se deslizó entre las piernas de aquella Chase onírica, le agarró las piernas como agarraban los remeros esclavos de Roma los remos de las embarcaciones y con todas sus fuerzas se clavó en el sexo de ella insensible de su orografía, sólo abriéndose camino por entre su cuerpo sin atender miramientos biológicos ni suaves roces sensuales. Ella gritó de dolor.

De repente, él mismo sintió el frío clavarle en la base de su pene, totalmente ardiendo. Extrañado se miró y se horrorizó como nunca al comprobar que la vagina de aquella amante se abría como una boca monstruosa repleta de dientes sucios, amarillos y duros como nada en el mundo. Y aquellos dientes, que parecían responder a las órdenes de una conciencia interna del cuerpo de su presa, se retorcían mordiéndole el pene, rasgando la carne que ahora sólo era de color rojo sangre. Ante la visión de su propio cuerpo desgarrado y sintiendo el más intenso dolor que su mente había sufrido a lo largo de su vida... Tracy se despertó, solo, en la celda, sudando.

Al instante, la puerta del habitáculo se abrió. Habría sido el destino o una sensación sobrenatural.

Un hombre vestido con las clásicas ropas de la Sociedad, medievales, caminó unos metros dentro de la celda, le tiró una túnica negra y le dijo:

- Desnúdate y ponte esto. Vuelvo dentro de un rato. – Y se marchó cerrando la puerta -.

Tracy se levantó y sintió su rostro húmedo. “Maldita Chase...” se dijo a sí mismo, atribuyéndole el mérito de su sudor nocturno. Se quitó la ropa, una que llevaba puesta desde hacía demasiado tiempo y se vistió con la oscura túnica que le había entregado aquel hombre. En realidad, a pesar de sentir la tela de la prenda por su cuerpo, bajo ella estaba totalmente desnudo e indefenso. Pudo sentir el frío por debajo de sus piernas y se sintió de veras como si hubiera retrocedido varios siglos en el tiempo.

Una hora después, el hombre abrió la puerta de la celda nuevamente, sin avisar antes. Tracy yacía tumbado con los ojos abiertos. Enseguida se incorporó y miró el rostro severo de aquel hombre de ojos cansados.

- Salga – le dijo-.

Tracy atravesó el umbral de la celda y descubrió que dos hombres fuertes se esposaron a él por las muñecas, uno a cada uno de sus brazos.

- Vamos – le dijo el hombre de ojos serios-.

Caminaron por unos pasillos fríos y húmedos que Tracy tan sólo había visto antes en una ocasión: el día que le condujeron hasta la celda donde había permanecido durante tanto tiempo. El suelo era de piedra y despedía un hedor frío repulsivo. Los cuatro hombres se dirigieron hacia unas escaleras que les llevaron hasta una zona aún más

oscura. Al cabo de una distancia imposible de calcular pero que Tracy estimó superior a cien metros, los cuatro se detuvieron. El primer hombre sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta del habitáculo en frente del cuál se encontraban, aunque resultaba difícil de percibir en la oscuridad.

- Entra aquí – le dijo entonces mientras abrían las esposas que le mantenían unido a aquellos dos hombres-.

Tracy obedeció y descubrió una nueva celda aún más pequeña que aquella donde había sido recluido hasta ese día. En su centro, una tabla de madera yacía fija en horizontal sobre un pedestal de granito. La tabla quedaba a la altura de la cintura de un hombre de estatura media. Tracy, rebajado en este punto del relato al mero Douglas, su nombre de pila, entendió que pronto se encontraría sobre aquella madera.

- Desnúdate y tumbate ahí.

No había calculado que fuera a suceder tan pronto.

- Pero... ¿ahí?. ¿Qué me van a hacer?. – Preguntó, asustado-.

- A su debido tiempo.

Tracy, entre temblores, se despojó de la túnica y, con su cuerpo desnudo a la intemperie, se subió y tumbó sobre la tabla de madera. Estaba fría, pero al menos su cuerpo no estaba sobre la roca dura del pedestal. En las esquinas del tablero descubrió cuatro cierres de hierro en forma de medio círculo que giraban atrapando sus brazos y sus piernas por muñecas y tobillos.

- Ya sabes lo que tienes que hacer – Le dijo señalando los cierres-.

- ¿Tengo que ponérmelos?.

- Si no quieres que uno de ellos – dijo mirando a los dos hombres de las esposas que esperaban fuera de la sala – se encargue de hacerlo. Y te puedo asegurar que no será muy cuidadoso.

Tracy atrapó primero sus piernas, comprobando que no había manera de sacarlas de los cierres sin la llave para abrirlos de nuevo, luego su brazo izquierdo y colocó finalmente su brazo derecho en la posición justa para que alguien echara el último de los cierres, puesto que él no era capaz con una sola mano. Lo hicieron aquellos ojos duros con un ruido estridente. Tracy estaba esposado a la tabla, desnudo y boca arriba.

- ¿Y ahora qué?, ¿qué me van a hacer? – preguntó... aguantando tanto la desesperación como el terror que recorrían su cuerpo-.

- Pronto lo sabrás. Ahora tendrás que esperar – Dijo el hombre saliendo de la sala, cerrando la sólida puerta y dejándole solo casi a oscuras-.

El tiempo transcurrió, podía sentirlo, pero no sabían a qué velocidad. No supo si había estado allí cinco minutos, quince o quizá veinte, cuando se abrió la puerta y pudo ver la luz cálida de varias antorchas colarse hasta el fondo de la sala.

Tracy vio cómo cuatro hombres portando antorchas entraron en la sala y llenaron el ambiente de reflejos titilantes en tonos naranjas y amarillos en contraste con el oscuro

color de la piedra a lo largo de todas las paredes. A continuación, dos hombres vistiendo una túnica similar a la que Tracy llevara cuando fuese Decisor, hacía años ya, entraron y se colocaron entre Tracy y la pared en frente de sus piernas. Por último, un hombre anciano con las líneas faciales marcadas y duras entró y se colocó entre el umbral de la puerta y el pedestal de granito donde se hallaba Tracy. Vestía una muy amplia capa de color negro con un cuello blanco y un símbolo rojo en el pecho que el atrapado reconoció como el símbolo de la justicia de la Sociedad. Alguien cerró la puerta desde el exterior.

- Douglas Tracy. ¿Es ese su nombre? – Preguntó el hombre del símbolo de la justicia-.
- Sí, ¿qué pasa?. ¿Qué ... me van a hacer?. ¡Déjenme ir!, ¡déjenme salir de aquí y no volverán a saber de mí!.
- Tras considerar los hechos presentados por el Consejo, entre los cuáles, aunque no lo crea, hubo quién le defendió – comenzó a decir - hemos resuelto aprobar su sentencia de muerte.
- ¡NOO!. ¡Están locos!, ¡totalmente locos!.
- ¡Vamos!, señor Tracy. Usted ha firmado varias de estas sentencias ... lo sabe.
- ¡Todo ha sido un error!, ¡Chase me chantajeó, me vendió y falseó todo en mi contra!.
- Cuidado con lo que dice de la actual sillón X, señor Tracy. Su sentencia de muerte podría variar por un método... más doloroso.
- ¡Les venderá a todos ustedes!, ¡ella es el demonio y pronto lo sabrán!
- Señor Tracy, aún estoy escuchando sus alegaciones y me estoy cansando de su insolencia.
- ¿Creen acaso que ha llegado para hacerles la vida mejor?. ¡Sólo acabará con todos ustedes!, como lo ha hecho conmigo. Mentirá, chantajeará y venderá a quién sea necesario, ¡lo descubrirán muy pronto!.

EL juez, cuya paciencia estaba a punto de acabarse, miró a sus dos colegas de sentencia que se hallaban allí también en la sala. Estos le contestaron sin decir una sola palabra con un movimiento de su cabeza: “no”.

- Tiene usted suerte, señor Tracy – Dijo entonces el juez sacando un documento de su bolsillo -. Ahora le leeré su sentencia y nos iremos enseguida sin escuchar ni una sola de sus palabras. Así no tendremos que cambiar lo que ya hemos decidido.
- ¡Escúchenme!, ¡vamos!, ¡investíguenla!, ¡descubran sus trampas!
- Douglas Tracy, sentenciado a muerte por el Órgano de Justicia de la Sociedad de Hellich. Será ejecutado por un método propuesto por alguien del Consejo que ha sido considerado idóneo teniendo en cuenta su delito. Su muerte será la respuesta de nuestra solemne institución y su explicación aleccionadora. Procure entender el sentido de la manera cómo morirá.
- ¿Cómo!., ¡que muera ella!, ¡mátenla!, ¡mátenla ustedes! – gritaba Tracy, desnudo, mientras todos sus acompañantes abandonaban la sala sin escucharle-.

El último de los hombres en salir, uno de los portadores de antorcha, dejó ésta enganchada en un soporte ad hoc de hierro situado en una de las paredes. Su luz alumbraba el interior de la sala con los mismos colores amarillos de antes, sólo que con menos intensidad.

Cuando todos hubieron abandonado la sala, una mujer entró en ella y cerró la puerta. Alguien cerró con llave desde el exterior y Tracy entendió que acababa de ser

entregado, con todas las consecuencias, a aquella mujer misteriosa y siniestra que acababa de entrar. Vestía unos pantalones de piel oscura y un top del mismo color tremendamente ceñido a sus pechos, fácilmente detectables en todo su volumen.

- Bueno, Tracy, no puedo creer que tú seas la persona. ¡Pero si te he visto en el Consejo muchas veces!.
- ¿Quién es usted? – Preguntó Tracy en vano -.
- No creo que le sirviera de nada. Ahora no. En cambio... para mí, usted sí resulta de interés, ¿sabe?. Llámeme sólo Aída.

La mujer comenzó a caminar alrededor de la mesa sobre la que yacía tendido el desnudo cuerpo de Tracy, helado por el frío de la sala.

- ¿Aída? – Dijo él -. ¿Viene a matarme?.
- Más o menos.
- ¿Qué?. ¡De qué está hablando?, ¡déjeme hablar con el Consejo!.
- Un poco tarde para semejante solicitud, ¿no le parece?.
- ¡Mi vida está en juego!, ¡escúcheme!.
- No, ahora es cosa entre usted y yo. Esos hombres se han ido y no quieren volver, ¿no se ha dado cuenta?.
- ¿Cómo lo sabe?.
- Porque hago esto de vez en cuando y siempre son los mismos.
- Entonces ha venido a matarme.
- Ya le he dicho que... más o menos.
- Deje de jugar conmigo, Aída, ¡tráigame a alguien!
- ¿Es que no le valgo yo, Tracy? – preguntó ella con voz sensual mientras se subía sobre él, sobre la mesa, a cuatro patas sobre su cuerpo, con las piernas al lado de las suyas y sus manos apoyadas sobre el tablero bajo sus brazos retenidos por los cierres-.
- ¿Qué?, ¿de qué me habla ahora?.

Aída se incorporó sobre sus rodillas y se quitó el top ante la mirada confusa de Tracy.

- ¿Esto es lo que ha venido a hacer?.
- Más o menos, Tracy. Poco a poco. ¿Cómo es tu nombre?.
- Déjeme, llame a alguien. Quiero que me escuche alguien.
- ¡Vamos!, dígame cómo se llama, Tracy.
- ¿Para qué?.
- Por hacer de esto algo más sencillo. Aunque si no quiere...
- Douglas. ¡Y hace no tanto tiempo fui el sillón X de esta Sociedad!.
- ¡Oh!, sí, ya le he dicho que lo recuerdo bien. Fue usted un buen director... en realidad no entiendo cómo ha llegado hasta aquí.
- ¡Me tendieron una trampa!.
- ¡No sólo una, Douglas!. ¿Puedo llamarle Doug?.
- ¿Cómo que no sólo una?.
- En verdad está usted dentro de otra trampa más.
- ¿De Chase?.
- ¿La nueva X?
- ¡Ella!
- ¡Oh!, nooo – contestó Aída entre risas -. No es usted muy listo, Doug.

Aída tiró su top negro al suelo y se volvió a colocar a cuatro patas sobre Tracy a quién le puso sus pechos a pocos centímetros de sus labios.

- Me refiero a ¡mi! trampa, Doug.

Tracy miraba los pechos de Aída mientras le apuntaban con firmeza. La de Aída era, sin duda, una orografía generosa, pero también excelentemente curtida. Tracy adivinó el tacto duro de aquellos pechos que no podía tocar pues sus manos estaban atrapadas bajo los cierres.

- ¡Maldita sea!, he sido X, ¿cree de veras que puede controlarme como si fuera la víctima de una ejecutante cualquiera?
- ¡No!, claro que no, Doug. Es usted quién me controlará a mí.
- Entonces apártese y déjeme hablar con alguien. Tráigame a Brian.
- Ni siquiera sé cómo hablar con él. ¿No prefiere hablar con estas? – le dijo mientras dejaba caer sus pechos sobre los labios de Tracy. Sus pezones cayeron entre sus labios y él confirmó que, en efecto, Aída tenía un cuerpo irresistible. Sus manos hicieron el gesto reflejo de atrapar aquellos pechos como si, por un momento, hubiera perdido el control. Enseguida lo recuperó:

- ¡Aída!, no conseguirá nada de mí.

Ella se incorporó de nuevo y, de rodillas sobre el tablero, con las piernas a ambos lados de las de Tracy, comenzó a tirar de un cordel que asomaba desde la parte superior de sus pantalones oscuros. Era de cuero, cortado fino, y su función era la de retener junto al resto del pantalón el trozo de tela que cubría su sexo en la entrepierna. Cuando el cordel se hubo desenrollando de su hilado por ambas piezas, la que cubría su zona más íntima cayó descubriendo ante Tracy los apetitosos labios de su abertura. Aída quedó, aunque aún con pantalones, descubierta por donde haría sufrir a Tracy.

- Pero, ¿qué pretende?. ¿Es este alguno de esos trucos de segunda generación que ha inventado esa bruja?
- ¡NO!, al contrario, Doug: Esto lo he pensado yo solita. ¿Qué le parece?
- Moderno. ¿Y ahora qué?. ¿Ya se ha divertido?. ¿Por qué no me dice su número? – le preguntó Tracy insultándola al llamarla simple ejecutante-.

Aída se enfadó súbitamente y agarró a Tracy por su flácido pene. Era evidente que sus técnicas de seducción podían servir para amedrentar, reducir y desesperar a hombres del mundo normal, pero no a un experto de vuelta de aquellas técnicas como un antiguo Director. Debía ser más tenaz.

- ¡Está usted acabando con mi paciencia!, Doug.
- No me diga – contestó Tracy, que ya no podía, a pesar de sus insolencias, dejar de mirar el cuerpo de Aída. Se trataba de una mujer alta con muslos poderosos. Tenía un rostro muy femenino y un cabello castaño rizado, con aspecto inocente cuando no hablaba ni hacía nada-.

Su mano apretó el pene de él y, así, lo acercó hasta su entrada de mujer. El glande de él se rozaba con el vello púbico de Aída y poco después, según ésta fue separando sus rodillas y haciendo a su sexo perder altura, rozarse con los labios de sus genitales, ya

algo calientes y listos. La mano de aquella mujer comenzó a sentir cómo Tracy había notado también aquellos labios, demasiado cerca de su virilidad.

- ¡Veó que empiezas a aprobarme! – Oyó Tracy, que no contestó y empezó a respirar fuerte-. No creas que voy a dártelo todo, Doug. En realidad, si por mi fuera, no te daría nada.

- ¿Qué estás haciendo conmigo?. ¿A qué viene esto?. ¿Qué maniobra del Consejo es esta? – preguntaba, pero sus palabras se empezaban a entrecortar por el efecto de su respiración agitada. El sexo de Aída estaba demasiado cerca del suyo, podía sentirlo-.

- Sólo es mi maniobra, Doug – Le dijo, mientras su mano comenzó a apretar rítmicamente el pene de él-.

A continuación, además de obsequiarle con aquellas presiones rítmicas, Aída empezó a mover su mano arrastrando el pene, a media erección, de Doug arriba y abajo, a lo largo de sus labios íntimos, recorriendo toda su abertura. Tracy cerró los ojos incapaz de apartar de su mente la sensación maravillosa de empujar su sexo dentro de aquella mujer. Por una parte, la odiaba y le atemorizaba. Por la otra, si no hubiera sido por los cierres de hierro, hubiera saltado sobre ella y le hubiera clavado su pene hasta lo más dentro de su insolente vagina. Pero no era ella, sino sus labios de presentación los que se abrían tímidamente para dar forma a un surco húmedo e idílico por donde corría el glándulo de Tracy, rozándose una y otra vez, desde abajo, desde la abertura de su vagina, hasta la parte más alta de su sexo, donde Tracy imaginó su clítoris hinchado.

- ¡Pare!, Aída. ¡¡Pare ahora mismo!! – exclamó él-.

- ¿Por qué? – le contestó ella, con voz de gatita sensual -. ¿No le gusta?.

- ¿Qué pretende usted?.

- Darle algo.

- ¿Qué?.

- Algo que disfrutará...

- ¿Para qué?. ¿Por qué hace esto?.

La mano de Aída se apretó un poco más y situando de nuevo el glándulo en la parte inferior de su sexo comenzó de nuevo a trazar el surco a lo largo de su abertura camino hacia su clítoris, sólo que esta vez un milímetro ya dentro de ella. El rostro de él se llenó de placer, primero, y de furia asesina después.

- ¡Aída!, ¿Piensa follarme? – dijo con los dientes apretados en cólera-.

- ¡Ahora lo ha entendido?, Doug. Ha tardado un poco.

La pelvis de Tracy hizo un gesto violento para colarse por las malas hasta el interior de la vagina de Aída, pero ella elevó su cuerpo a la par y frustró el intento de su víctima cuyo cuerpo se desplomó a continuación sobre el tablero, fatigado.

- ¡Deje que yo se lo entregue!, Doug.

- ¡GRRR! – Tracy gruñó mirándola primero a los ojos y después a su sexo, viendo cómo su pene, totalmente erecto, erguido y duro como el granito del pedestal, aún atrapado por la mano de Aída, apuntaba directamente al interior de aquella mujer-. ¡Entréguese! – exclamó-.

- En circunstancias normales – comenzó a decir ella, demasiado calmada para lo que estaba sucediendo-, ya lo habría hecho, Doug, pero ... es usted algo insoportable.

- ¡Zorra barata!, ¡métsela o déjeme en paz!.

Entonces, y no antes, fue cuando el cuerpo de Aída con todo su peso se dejó caer sobre el sexo durísimo de Tracy clavándoselo muy dentro de ella, sin que el pene cediera ni un milímetro en su elevación ostentosa. Todo el miembro quedó engullido por la entrepierna de Aída que ahora había cerrado los ojos como para no dejar escapar nada de aquella sensación. A continuación comenzó a reír...

- ¡AHH! – exclamó aliviado Tracy -.

- Ja, Ja...

Tracy respiraba con dificultad, aún albergando tanta pasión que hubiera sido capaz de arquear su cuerpo y elevar a aquella mujer con su pelvis, metiendo su pene aún más dentro de su tentador sexo de mujer. Sin embargo, las carcajadas de aquella mujer de pelo rizado le habían desconcertado.

- ¿Qué tiene de gracioso?, ¿tan a menudo lo haces, puta, que eso es lo que te produce?.

Pero ella seguía riéndose. Reía con histerismo, como loca, perversa y corrida.

- La codicia te ha matado. Y de nuevo, una mujer.

- ¿Qué?. ¿De qué hablas?.

Aída se incorporó deslizando el pene de Tracy fuera de ella, aunque tan duro estaba éste que no se inclinó en absoluto.

- ¿Adónde va, Aída?

- Ayy... bueno,

- ¿Bueno?.

- Ya está.

- ¿El qué?.

- Mi trabajo.

- ¿Qué?. ¿Este es su trabajo?. ¿Le pagan para hacer esto a los condenados?.

- No, por ejecutarlos.

- ¡Ejecutarlos!. Es usted la que hace el trabajo sucio, ¿eh?.

- En efecto.

- Pues parece que conmigo aún le queda por hacer.

- No lo crea, Doug.

- Aún estoy vivo... y yo diría que bastante más vivo que cuando entré aquí por primera vez.

- ¡No por mucho tiempo! – contestó ella recuperando la risa-.

- ¡AH!, ahora es cuando me mata...

- Se morirá usted solito – contestó, mientras recogía del suelo el trozo de tela y comenzaba a fijarlo de nuevo en su entrepierna-.

- ¿Yo solo?. – Dijo Tracy con gesto mucho más serio -.

- Sí. Sólo tardará unos minutos. En mí, ahí dentro, ha encontrado usted su perdición.

- ¿Qué perdición?.

- Otra trampa, Doug, como la de Chase, ¿recuerda?. Sólo que esta le será mortal.

- No entiendo nada.

- Yo soy la trampa, se lo dije.

- Yo no confío en usted, ¿qué me va a hacer?.
- Ya ha confiado... y ciertamente me ha llegado dentro, ya lo creo.
- ¿Qué tiene que ver?.
- Soy... una mujer algo venenosa, debo confesárselo.
- Sí, en eso es usted igual que Chase.
- ¡¡Noo!!!, yo lo soy de verdad. Pronto lo sentirá.
- ¿Venenosa? – dijo Tracy, empezando a sentir un mareo extraño-.
- Mortalmente.
- ¿Qué me está pasando?, se me va la cabeza...
- Es el principio, sólo déjese llevar y piense en porqué ha vuelto a confiar.
- ¡Qué?, ¿qué me pasa?...

Aída terminaba de colocarse el top mientras le miraba, como si hubiera asistido a la escena en decenas de ocasiones similares. Aquella no tenía nada de especial, salvo que la víctima había sido alguien poderoso. Nada más.

- Bueno, ahora le dejaré. Después le recogerán.
- ¡No puedo respirar!, ¡y me mareo!... - exclamaba Tracy que cada vez tenía menos fuerzas para nada-.

- Ha sido un... placer, - dijo riéndose Aída y dando unos toquitos a la puerta. Al cabo de unos segundos, alguien abrió desde el otro lado y la mujer del pelo rizado abandonó la sala. La puerta se cerró de nuevo.

El cuerpo de Tracy comenzó a doblarse ante el avance incontestable de un cansancio dulce que fue inundando todos sus músculos, sus extremidades... y poco después también su cuello y su mente. El último recuerdo fue para Chase, articulado en base a palabras que sólo el odio y el lecho de muerte, en combinación clarividente, pueden generar.

Muchos pisos por encima de aquel lugar donde Tracy había encontrado la muerte, la rubia de su último recuerdo usaba una pequeña llave escondida en su sujetador para abrir uno de los cajones de su escritorio. En él depositó un pequeño revólver y cerró de nuevo con llave.

Capítulo XVI

- ¿Es usted Josh Sanders? – Preguntó Heather al hombre que abrió la puerta del piso número quince de aquel edificio-.
- ¿Qué desean? – Preguntó a las dos mujeres que habían ido a su encuentro confesando con la cabeza que sí era la persona que buscaban-.
- Hablar con usted.

- ¿Sobre qué?
- Sobre Chase.
- ¡AH!, ustedes conocen a la... S... ¡ya!, entonces debería darles con la puerta en las narices – dijo mostrando su enfado con la rubia de Chase-.
- Podríamos ayudarle a estampar la puerta por el mismo motivo, señor Sanders – dijo la otra mujer, de pelo corto-. Josh tardó algo en responder y se quedó mirándolas fijamente. Finalmente...
- Entonces sean bienvenidas. Adelante – dijo Josh riéndose-.
- Gracias. Yo me llamo Heather y esta es Norah – informó la preciosidad del pelo rizado y largas pestañas-. Encantadas de conocerle.
- Lo mismo digo. Llámenme Josh, hagan el favor.
- Gracias.

Heather y Norah entraron en el piso y comprobaron que no se trataba ni de un lugar muy ordenado ni muy luminoso. Apenas una ventana, cuya persiana se encontraba bajada del todo (y daba la sensación que desde hacía mucho tiempo), sirvió antaño para dejar entrar la claridad al piso, pero ahora estaba totalmente en desuso por aquel hombre de aspecto distraído.

- Siéntense donde puedan...
- Gracias – dijo Heather, tomando asiento en el sofá junto a Norah. Josh, en frente, las miraba con curiosidad-.
- ¿Qué puedo hacer por ustedes?.
- Verá, ¿ha oído hablar de la asociación de ejecutantes?.
- Algo he oído.
- Nosotras formamos parte.
- ¿Y tienen ustedes algo en contra de Chase, dicen?.
- ¡Mucho!, ¡mucho en contra!, Josh – dijo Norah-.
- Pero si les ha beneficiado en todo, no lo entiendo.
- Eso fue al principio, Josh – dijo Heather-. ¿No conoce las últimas resoluciones de Chase sobre las ejecutantes?.
- Miren, la verdad es que he preferido saber poco de ella.
- A nosotras también nos llegó esa tentación, pero sus decisiones nos están destrozando.
- Es una persona especial, ¿eh? – dijo con ironía Josh -.
- Demasiado, sí – contestó Norah -.
- Si pudiera, la mataría.
- Celebramos oír eso, Josh. ¿Qué le ha hecho a usted? – preguntó la del pelo rizado-.
- Primero díganme porqué han venido aquí.
- Bueno, estamos buscando apoyos contra Chase, Josh. Sabemos que ustedes se conocen, aunque no qué tipo de relación mantuvieron – dijo Heather-.
- Nos conocimos, sí. Pero no pasó nada más.

Heather y Norah se miraron la una a la otra.

- Me da la sensación de que no confía del todo en nosotras – Dijo Heather-.
- Bueno, ¿por qué debería hacerlo?.
- Porque tenemos objetivos comunes, Josh.
- Hace tiempo que dejé de pegarme con Chase. Ya no quiero saber nada de ella. Sólo que me deje en paz y que siga con sus ridículas políticas.
- ¡Claro!, a usted no le destrozan la vida – exclamó Norah -.

- ¡Ciertamente... no!, no les voy a engañar.
- Cuéntenos qué pasó entre ustedes – pidió Heather-.
- Ya se lo he dicho. Nos conocimos, nada más.
- ¡Vamos!, así no vamos a poder ayudarle.
- ¿Quién les ha pedido nada?.
- Chase debe ser detenida, usted lo sabe.
- Este no es un mundo justo, señorita.
- ¿Y qué hace usted por que lo sea?.
- No sea ingenua. Chase es capaz de cualquier cosa. Está por encima de usted, de su amiga y de mí, todos juntos.
- Por eso ha de ser parada. ¿No ve lo que está haciendo?.
- Ya le he dicho que no quiero saber nada de ella.

Heather se tomó un momento antes de decir:

- Debí de quererla mucho, ¿no es cierto?.

El rostro de Josh se levantó y miró fijamente a Heather. Mantuvo silencio.

Heather volvió a la carga:

- ¿Le engañó?.

Los ojos de Josh se humedecieron y su gesto cobró unas líneas curvas por toda su cara que antes no tenía. Todo su aspecto se desmoronó y sus manos cubrieron su rostro.

- ¿Qué pasó, Josh? – le preguntó de nuevo Heather-.
- Me utilizó – se oyó entre los sollozos de aquel hombre-.
- ¡A nosotras también!, hay que detenerla.
- ¡No se puede!, es más fuerte que todos.
- ¡Estamos todos juntos!, hemos de intentarlo.
- No será posible – dijo mientras seguía llorando-.
- Piense que Chase no se detendrá ante nada... y puede que vuelva a utilizarle a usted cuando le sea útil.

Josh miró de nuevo a Heather:

- Ella no quiere saber nada de mí.
- Hasta que le necesite de nuevo. ¿No lo entiende?. Ha de ser detenida.
- Sí, sí, sí... pero ... no hay manera de hacerlo.
- Sí que la hay. Ayúdenos. Cuéntenos lo que le hizo.
- ¿De qué servirá eso?.
- ¿Cómo se conocieron? – Preguntó Norah-.

Durante los diez minutos siguientes, Josh les contó entre lágrimas y sollozos cómo la vio por primera vez el día en que se inscribió como ejecutante, pues esa era su función en la Sociedad: tomar nota e inscribir a las intervinientes. Les contó cómo se había enamorado de ella sin remedio, cómo le visitaba cuando la rubia se dejaba y cómo tramaban la manera de estar juntos. También les contó cosas que había descubierto después de haber sido abandonado por ella, como que entonces era él el que deseaba cambiar las normas de la Sociedad para poder estar juntos y que ella fingía el mismo deseo que en realidad no albergaba en su interior. Les contó cómo Chase le engañó y le

hizo arriesgar su puesto para obtener información sobre Brian Gladd. Les contó que le había enviado información para contactar con Y y persuadirle como una ejecutante para conseguir esa vida en común que nunca llegó. Y les contó cómo les descubrió una mañana en la cama, ella en bata... revelándole la realidad, su frialdad, sus inexistentes sentimientos consumidos por su ambición.

Heather y Norah no podían creer el relato de Josh, el de un hombre quemado por aquella mujer y sus mentiras. El dolor, enterrado en el corazón de Josh desde el mismo día en que Chase le contó la realidad, le hizo dejar de pensar en ella, hacerla desaparecer de su mente incluso para tramar venganza alguna. Sin embargo, la presencia de aquellas mujeres y su apoyo incondicional había avivado sus pasiones y sus fuerzas. Se sentía orgulloso y herido. Gracias a las palabras de Heather encontró el camino para dejar salir el odio que le unía, ¡y de qué manera!, a Chase... y también encontró las ganas para retarla en el Consejo.

Un par de días más tarde, el grupo de ejecutantes de Heather y Josh formalizaban una solicitud de audiencia en nombre de éste que, como socio, tenía derecho legítimo a ser recibido por el Consejo durante una sesión ordinaria. Era uno de los derechos de todo socio.

Durante esos días de espera, Josh se sintió obligado a pasear de nuevo por sus recuerdos de Chase. No podía quitarse de la cabeza su imagen aquella mañana, mientras bajaba por las escaleras para abrirle la puerta, en bata, mientras en su cama yacía aquel otro hombre. También recordaba aquella mágica y morbosa noche que Chase y él compartieron hacía ya meses. Entonces pensó de veras que la rubia estaba enamorada de él. Sí, quizá no se tratara de un amor profundo e incondicional, porque una mujer como aquella, tan autónoma, jamás sentiría nada semejante, pero recordaba cómo sí había llegado a pensar que había algo entre ambos y que de alguna manera, Chase sentía un gran cariño por él. Los acontecimientos le arrebataron la razón. Ahora todo empezaba a brotar de nuevo desde lo más profundo de su mente como si hubiera sido almacenado allí para pudrirse y ahora surgiera con una pestilencia irrespirable. ¡Esa! era la sensación que acompañaba a aquellos recuerdos.

Josh no salió de casa. Tan sólo mantuvo una relación con el mundo exterior: Una breve comunicación que una de las ejecutantes de la asociación le hizo llegar con todo sigilo para confirmarle la conveniencia y el avance del plan propuesto. Le decían que todo marchaba según lo previsto y que en poco tiempo, gracias a su ayuda, serían libres por fin del reino maldito que Chase había tendido sobre todos. Aquellas palabras no hicieron que Josh se sintiera mejor sino que recordara con aún mayor dolor sus momentos con Chase. Sin embargo, pronto entendió de nuevo porqué debía ayudar a detener a aquella mujer. A fin de cuentas, no sólo él había sido perjudicado, no sólo él sentía aquel dolor tal y como había descubierto gracias a aquellas mujeres. Entendió que el futuro de la Sociedad se tornaría mucho más oscuro si no hacía nada para evitarlo. Aquellas mujeres le estaban dando el paso, le proponían un camino conjunto para terminar con Chase... ¿qué más necesitaba para aprovechar la ocasión?.

Sin embargo, los oídos de Chase eran más finos de lo que Heather o Josh creían o hubieran en efecto deseado. Aquellos planes no le eran conocidos plenamente, pero sí sabía la rubia que algo se cocía entre aquellas mujeres. Y también sabía que Josh estaba implicado. ¿Cómo podía aquello sorprenderle si fue ella misma la que utilizó y después humilló a Josh?. Lo único que había hecho durante meses había sido esperar el momento en que su antiguo amante, nunca correspondido, se atreviera a levantar su furia y su despecho y tratara de terminar con su recién adquirido poder. Sabía qué secretos esgrimiría, conocía bien su estrategia, pero confiaba en su propia estrategia y su fuerza política para callarlo, ¡a él que no era más que un socio más!, por mucho que fuera al primero que miró cuando fue nombrada ejecutante.

El día se levantó soleado. Era el primer viernes de la primavera, aunque ésta apenas se esbozaba en el ambiente aún algo fresco. Por supuesto, allí dentro, entre las paredes rocosas de las cavidades políticas de la Sociedad, siempre era invierno, siempre había una fuerte oscuridad y un frescor algo macabro que helaba la mente de cuantos en ella se internaban. Quizá por ese motivo se había construido la parte superior donde se encontraban los despachos y las instalaciones públicas de la Sociedad. Allí, los integrantes podían trabajar con al menos una ventana por dónde dejar pasar la luz del sol. Eso sí, los grandes eventos se producían varias decenas de metros debajo de aquellos lugares, donde todo empezó hacía varios siglos.

La sala principal, donde se reunía el Consejo, estaba totalmente vacía cuando entró Brian, oculto bajo su túnica. Caminó hasta el centro de la sala, un lugar rodeado por los bancos y escaños de los Decisores en dos de sus lados, por el estrado donde se sentaban Chase y él como principales en otro y por el atril donde se situaban los invitados, testigos y demás personajes que en algún momento pudieran ser objeto de atención por parte del Consejo. Todo estaba en silencio y casi a oscuras si no fuera por la titilante y leve iluminación que provenía de las pequeñas antorchas en las paredes. “Cómo ha cambiado este lugar”, pensó Brian para sus adentros, percatándose de que incluso su mirada era incapaz de reconocer el lugar que, antes de la llegada de Chase, era el hogar del auténtico y original espíritu de Hellich. Desde que la rubia había cambiado tantas cosas, aquel lugar se veía diferente. En efecto, aún era oscuro y frío, pero también había de reconocerse el ritmo y la vida que se había colado por la puerta. Probablemente nadie defendía aquello más que la propia Chase y muchos Decisores valoraban esa estrategia aperturista que empezaba a sentirse sobretodo en los ambientes de aquella sala. Sin embargo, Brian sintió un aliento frío que inspiró en su corazón una enorme incertidumbre, como si un fantasma le hubiera soplado en su nuca y le hubiera hecho aprehender de golpe una visión diferente de todo aquello. Sus hombros se encogieron violentamente como si hubiera sido un escalofrío pero al momento se quedaron fijos, como el rostros de Brian, mientras entendía lo que acababa de entender. “Algo está yendo MUY mal” se dijo.

Al cabo de las horas, ya eran varios los asistentes que caminaban con prisa por toda la sala llevando de un lado a otro diferentes utensilios. Unas veces eran plumas... otras túnicas suaves y limpias que acumulaban en algunos escaños, preparadas para sus dueños. Posteriormente, por orden y entre varios, fueron alimentando y avituallando las antorchas para asegurar su luz durante toda la sesión. No resultaba un trabajo fácil puesto que la cantidad de ellas era grande. Aquellos hombres formaban parte del

corazón de la misma Sociedad pero al mismo tiempo no eran más que sus sirvientes más indirectos. ¡Nada tenían que ver con ella, de alguna forma!. Vivían en una constante contradicción que se sostenía tan sólo por la fe y la confianza que tenían por la organización. Su reclutamiento era una de las obras más perfectas jamás llevada a cabo por la Sociedad.

Al media tarde, algunos Decisores comenzaron a llegar a la descomunal sala entre risas y comentarios políticos de ida y vuelta. La sesión estaba próxima al momento de comenzar y la sala estaba ya captando algo de ritmo y vida... esa que Brian había visto con algo de desconfianza.

Entre tanto, Josh se encontraba en el interior de un coche a pocos kilómetros de allí. En otras circunstancias debía haber llevado los ojos vendados pero, ¿qué sentido tenía evitar que viera un lugar que ya había conocido como “funcionario” de la Sociedad?.

- Llegaremos en pocos minutos.
- Sí, sí... lo sé. Aunque esta vez se me ha hecho más largo de lo normal – Respondió Josh a su acompañante en el coche que había recibido orden de ir a recogerlo y llevarlo ante el Consejo tal y como había solicitado formalmente-.
- Es un día importante, es normal.

Josh miraba por la ventana como si estuviera siendo llevado a su lecho de muerte donde sería enterrado para siempre y nunca jamás fuera a ver aquellas tierras desiertas que rodeaban el camino. El aire tenía un toque fúnebre que aunque no correspondía... todos allí dentro del habitáculo sentían algo justificado.

El coche tardó un poco pero finalmente llegó hasta la verja de la entrada. A continuación se detuvo ante la puerta principal. Josh y su acompañante se apearon del vehículo. Al momento aparecieron varios hombres con una túnica medieval doblada sujeta sobre los brazos extendidos de uno de ellos. Se dirigieron hacia él:

- Bienvenido, señor Sanders. Puede llamarme Bob.
- Gracias – saludó él.
- Como usted sabe, el Consejo le recibirá en breve.
- Bien.
- Me ha sido pedido que le informe de que la agenda del día es apretada. Le rogamos que no abuse de su derecho de audiencia.
- El Consejo tiene derecho a saber cuanto vengo a decirle. Él decidirá lo dilatado de mi estancia.
- Eso no lo dude, señor Sanders. Sólo insistiré en que se le ruega brevedad.
- Quedo informado, Bob.
- Si me acompaña, le conduciré por el camino que le llevará ante el Consejo.
- Con gusto.

Josh se puso en marcha detrás de aquel hombre que le invitó a entrar. Allí dentro, Bob le arrebató el primer puesto y comenzó a guiarle a través de túneles y pasillos oscuros... los mismos que Chase había recorrido hacía meses cuando se adentró por primera vez en el corazón mismo de la Sociedad. Quizá con los cambios y los nuevos vientos frescos que Chase había hecho soplar en el interior de la organización, la imagen de ésta

hubiera rejuvenecido varias décadas y hubiera cobrado al mismo tiempo un adorno más cosmopolita y liberal. Sin embargo, era imposible mantener aquella sensación de apertura cuando se caminaba a través de aquellos pasillos oscuros y húmedos. A pocos metros, Tracy había sido ajusticiado por una mujer venenosa... pero eso Josh no lo sabía. A lo mejor por eso se encontraba más tranquilo.

El camino duró unos minutos y finalizó cuando entró en un habitáculo de roca viva con varias entradas. Había una mesa de madera muy bajita sobre la que se encontraba una bandeja con frutas frescas. También había varias sillas adornadas lujosamente y varias candelas en las paredes. Chase reconocería rápidamente aquella habitación sombría pero para Josh era totalmente nueva en su vida.

- Aquí es donde esperará la llamada del Consejo, señor Sanders – dijo su guía.
- ¿Aquí?. Esperaba ser llevado inmediatamente.
- El Consejo no está en disposición de recibirle aún. Cuando sea el momento vendré a buscarle. Esté preparado. Mientras, aproveche para descansar de su viaje.
- Será sólo un momento, ¿no es cierto?.
- No puedo satisfacer su curiosidad porque no sé cuándo comenzará la sesión. Espero que no tarde demasiado. No se preocupe por ello.

A continuación, Bob desapareció por la otra puerta de la habitación y Josh quedó a solas mientras empezaba a arrepentirse ligeramente de su movimiento. Quizá todo aquello tuviera unas dimensiones demasiado inabordables para él, quizá todo le viniera grande. Quizá debiera haber permanecido en su caverna donde había estado a salvo durante todas estas semanas. ¿Por qué se había animado a golpear con su pequeño puño el tobillo de aquel gigante despistado?. Fuera por un motivo o por otro, ya era demasiado tarde. Al otro lado, todos aquellos hombres poderosos esperaban su discurso, aunque no pensarán en absoluto que fueran a contarles precisamente lo que Josh venía a decir: que su nueva líder era nociva para todos y que debía ser apartada del poder y del privilegio de hablar por la boca de Hellich. Ya era tarde para echarse atrás, ¿qué pasaría si echara a correr?. ¿Qué pasaría con su condición de socio?. En realidad nada grave, pero no quería llamar la atención de sus compañeros inútilmente. No, había llegado hasta allí, su corazón ardía de rabia al recordar a Chase y sus mentiras y era el momento de sellar para siempre ese asunto dejando salir todo aquello al exterior.

Mientras, Chase se enfundaba la túnica que, por sus adornos dorados, le identificaban como Principal de la Sociedad, X. Se encontraba en su despacho en la parte superior del edificio, muy por encima de la caverna oscura donde esperaba Josh. Ella sabía de su presencia allí, sabía que la sesión de ese viernes no sería una más sino otra de cuantas formaban parte de una evolución decisiva en la historia de la Sociedad. Debía estar a la altura, aunque aquel hombrecillo que tanta lástima le hacía sentir tenía información muy punzante y demasiado peligrosa ante la mirada del Consejo. Tenía que manejar la situación con inteligencia y mucha astucia.

De todos modos, su mano se escurrió hasta el fondo de uno de sus cajones y se hizo con el revólver. A continuación lo escondió en el bolsillo interior de su túnica donde se encontraba a salvo de cualquier mirada del Consejo. Nadie sabía que llevaba aquel arma a no ser que fuera cacheada, algo que nadie se atrevía a hacer a X ni a Y, no por respeto sino porque nadie consideraba que ninguno de ellos pudiera albergar malas

intenciones contra nadie. Por decirlo de alguna manera, Chase estaba tomando por sorpresa las tradiciones y las normas de la Sociedad. Las pervertía y las doblegaba a su favor.

Pocos minutos más tarde salió de su despacho y cerró la puerta con llave. Mientras lo hacía, vio al fondo del pasillo el andar ligero de Bracken quién le guiñó un ojo. Ella le miró con algo de frialdad pero entendiendo el gesto. Poco después se encontraba bajando las escaleras hacia la sala principal del Consejo.

Y, por último, Heather y las demás integrantes de la asociación ejecutante llegaban por otra entrada como parte del grupo visitante de la sesión del Consejo. Nadie sabía que ellas estaban al corriente del plan de Josh, que esperaba a solas en algún lugar bajo el edificio principal. Sin embargo, no sólo conocían ese plan sino que además pensaban integrarse en él si era necesario. Hasta ese punto llegaba el arroyo enfurecido y excitado de aquellas mujeres traicionadas. Pocos eran los caminos que las gestiones de Chase les habían dejado para las de su calidad, las ejecutantes, pero estaban dispuestas a utilizarlos todos e incluso llegar más lejos.

Todas bajaron del autocar que las había trasladado y fueron invitadas, junto al resto de personas, a ataviarse con unas túnicas oscuras sin adorno alguno que se entendían adecuadas para cualquier visitante del Consejo. Las chicas estaban animadas como si se tratara de una excursión simpática y amena, aunque la sobriedad de aquel lugar cercenó rápidamente sus ganas de bromear. Sus gestos se volvieron tan serios como los de las personas que les indicaban por dónde bajar hasta la sala principal. En pocos segundos se vieron caminando en silencio como si fueran condenadas a muerte por algún tribunal medieval.

Su trayectoria discurría por pasillo mucho más amplios que aquel por dónde Josh había sido conducido algunos minutos antes. Al final del mismo encontraron unas escaleras alfombradas en color burdeos por donde bajaron todas juntas, casi rozándose para transmitirse algo de seguridad entre ellas. Al final de las escaleras encontraron otro pasillo que viraba hacia la derecha y cuyas paredes se encontraban vigiladas por pequeñas antorchas que iluminaban el camino más de lo que era necesario. Caminaron así todas juntas entre el fuego hasta que al final atisbaron el final del pasillo. Éste daba a la gran sala principal del Consejo donde la luz no era tan escasa aunque sí lo suficiente como para descubrir, por primera vez para ellas, que el techo se encontraba tan alto como para que la luz de las antorchas no iluminara nada en absoluto.

Cuando llegaron a la sala dedicaron unos segundos a mirar a su alrededor, a todas partes, arriba y abajo, localizándose las unas a las otras y tratando de ubicarse mentalmente en aquella estancia tan capaz. Uno de los asistentes se apresuró a recibir a aquellas mujeres:

- Señoritas, ¿conocen su lugar?.
- ¿Nuestro lugar? – Preguntó Alice, algo aturrida-.
- Sí, sus bancos de visitante.
- No, si hace el favor de indicarnos... - contestó Heather algo más lúcida y con tono serio-.
- Con mucho gusto. Si me siguen, por favor, les llevaré hasta su lugar... - Dijo mientras comenzaba a caminar por uno de los lados de la sala rodeando los escaños centrales del

Consejo. Mientras les iba narrando – Se encuentran ustedes en la sala principal del Consejo de la Sociedad. Posteriormente, mi compañero les describirá los muebles centrales y los escaños principales para que entiendan la estructura. Yo, por mi parte, sólo les contaré que todos los asientos pegados a las paredes están reservados para los socios masculinos que acudirán a la sesión como ustedes.

- ¿Todos esos asientos son para los socios, dice? – Preguntó Norah-

- En efecto.

- ¿Y cuántos suelen venir a las sesiones?.

- Depende del tipo de sesión; en las ordinarias, no suelen asistir más de una docena.

- ¡Pues nosotras hemos tenido que remover de todo para ser admitidas hoy aquí! – Exclamó Norah-

- ¡Ya sabes! – Dijo Alice-, será una resolución de Chase.

- ¡Tanta resolución de ...! – Iba a decir Norah cuando Heather le interrumpió con astucia-

- ¡SHHH!, os vais a perder la explicación – Les dijo mientras les guiñaba un ojo. Ambas entendieron el riesgo de terminar aquella frase-

- Estos son sus asientos, señoritas. Esperamos que disfruten de la sesión. Les recuerdo que se espera de ustedes silencio total. No tienen permiso para participar en la sesión y si así lo hicieran, el Consejo tomaría sus medidas de oficio para resolver el asunto.

- Está bien, está bien – Dijo Heather deseando quedarse a solas -. Puede confiar en nosotras.

Las chicas se acomodaron como buenamente pudieron en aquellas sillas de ángulos rectos perfectas para sentarse a cenar a la mesa pero no para asistir a una sesión del Consejo que podía durar varias horas. Definitivamente, consensuaron, no era deseo de éste que fueran muchos los visitantes de las sesiones. Tampoco la sala permitía demasiado lujo con tan fúnebre entorno.

Todas ellas pudieron comprobar poco después que el mayor túnel que daba a la sala se empezaba a llenar de Decisores que iban poco a poco tomando asiento en sus correspondientes escaños. Poco a poco, todo el centro de la sala empezaba a estar lleno de gente y de él partían la mayor parte de los jolgorios.

Un hombre que vestía túnica oscura se levantó de uno de los asientos reservados para los visitantes. Su túnica reveló entonces adornos dorados. Parecía que había estado allí sentado, ocultándose, durante varias horas. Era Brian... que con la cabeza baja y los ojos casi cerrados comenzó a caminar hacia el estrado central. Sus pasos eran cansados y algo torpes pero no tardó demasiado en colocarse en lo más alto y echar una ojeada al resto de compañeros en los escaños.

- Señores... - dijo Brian en voz no demasiado alta-

En ese momento se oyó el eco de los tacones de Chase que enseguida apareció, femenina como nunca, por el mismo túnel. Caminaba despacio, saboreando cada paso y sin mirar demasiado a su alrededor, como si no tuviera interés alguno no ya por los visitantes que la observaban desde las incómodas sillas rectas situadas en las paredes de la sala sino tampoco por sus colegas políticos. Sólo envió una mirada breve y aparentemente inexpresiva a Bracken que ya estaba también tomando asiento en su escaño.

Al momento, el magnífico cuerpo de Chase, cuyas curvas quedaban sin embargo ocultas por aquella túnica poderosa, tomó asiento en el sillón X.

Uno de los asistentes se acercó y pronunció la frase de apertura de la sesión. A continuación, Brian tomó la palabra:

- Señores, gracias a todos por venir. Antes de comenzar a tratar las propuestas de Chase y de su señoría Bracken, que están en el orden del día, tendremos a bien, con el permiso de todos, dar audiencia legítima a uno de nuestros socios. Su nombre es ... - dijo mirando uno de sus documentos ante él – Josh Sanders. De hecho, es uno de nuestros empleados. Háganle pasar.

Josh tardó casi un minuto en entrar en la sala y aparecer tras recorrer el biombo que cubría la entrada. En cuanto estuvo dentro, nada en su interior pudo evitar que lanzara una mirada interrogativa a Chase a quién no había visto desde hacía meses. Ella, sin embargo, fingía leer su documentación y no sentir nada ante su presencia allí. Josh se dijo a sí mismo que ya se esperaba ese comportamiento, aunque en realidad no había pensado nada semejante. Continuó caminando ahora mucho más nervioso hasta el atril que se encontraba a pocos metros ante él.

Cuando estuvo allí, y antes de pronunciar palabra alguna, miró a su alrededor y localizó a Norah sentada en una de las sillas de visitante. A su lado detectó la presencia de Heather, Alice, Sarah y el resto de las chicas, quiénes le miraban con un gesto deseoso de gritarle ánimos pero que no podían permitirse semejante lujo.

Bajó la mirada, dejó pasar unos segundos que se hicieron lo suficientemente eternos como para que Chase levantara la vista y le mirara, aunque con frialdad, y comenzó a decir:

- ¿Y si les dijera, señorías, que el honor de esta Cámara ha sido mancillado? – preguntó al Consejo por sorpresa.

Brian estuvo a punto de pronunciar la primera palabra de una frase que nunca llegó a existir ya que Josh fue más rápido en romper el silencio que él mismo había creado:

- ¡Disculpenme!, señorías, temo haber sido excesivamente...
- ¡Irreverente!, señor Sanders – dijo Brian intentando recuperar el control de la sesión.
- Directo, habría dicho yo. Permítanme que les presente mis disculpas, pero también mis argumentos.
- No le será fácil si continúa en ese tono y con la misma acusación.
- Créame que no es mi deseo ofender el espíritu de la Cámara, pero ha llegado el momento de exponer algunos hechos que ésta debería conocer – dijo Josh... que comenzó a sentir cómo sus piernas temblaban debajo de sus ropas. Chase levantó sus cejas como si hubiera encontrado un error en lo que fingía leer... aunque en realidad había presentido que el momento más difícil de su mandato estaba a punto de llegar. Josh continuó:
- Todos conocemos el recuerdo, ¡el mito!, de nuestro mentor e iluminador Hellich – dijo mientras notaba que aquel nombre captó la atención de toda la cámara, excepto la de la terca rubia que aún evitaba mirar frente a sí. Con las miradas sobre él, Josh explicó:

- Él apostó por una democracia que limitara e impulsara al mismo tiempo esta organización. Pero, señorías, el sentido democrático y la justicia se han perdido y ya no guían las decisiones de esta cámara.
- ¿Tiene usted alguna queja sobre el sistema de gobierno, Sr. Sanders? – Preguntó Brian.
- Más bien, sobre la legitimidad de sus miembros.
- ¡Nuevamente se acerca usted demasiado al límite permisible, Sanders!, ¡no continúe por esa línea!.
- No es sobre todos los miembros, Sr. Y. Se trata de tan sólo uno de ellos.
- Debería saber, Sr. Sanders, que el sistema tiene sus métodos para purgar las imperfecciones.
- ¡Su sistema no será capaz de depurar la cúspide de la pirámide!.

Las caras de los Decisores se llenaron de horror mientras decidían si la causa era la premonición de castigo que podría caer en los hombros de aquel pobre funcionario cuyas acusaciones sonaban herejes, o si era por la curiosidad morbosa acerca de la acusación vertida contra el propio Brian.

- ¡Me está acusando de ilegitimidad política? – exclamó Brian levantándose de su asiento.
- ¡Nunca! – gritó Josh levantando la cabeza y mirando a los ojos a aquel hombre gordo con cara aturdida.

Las miradas de la Cámara se volvieron, sin perder el gesto, contra Chase. Se abrió un silencio denso y oscuro que pesó demasiado sobre la rubia... aunque sólo lo rompió unos eternos segundos después de que la palabra de Josh dejara de retumbar en las paredes de roca viva de la sala.

Chase levantó con suavidad la cabeza y miró con aire retador al hombre del atril, aquel confuso perdedor, ante ella, que buscaba la manera de recobrar su dignidad en el único sitio donde eso era posible. Sin embargo, no estaba dispuesta a luchar si no era necesario. Era consciente de que ella tenía más que perder que aquel hombre destrozado y quemado por la soledad en la que, ahora lo veía, había quedado sumido durante meses.

- Sr. Sanders – comenzó diciendo Chase -, el tono de su discurso resulta ofensivo y si no lo varía inmediatamente, este Consejo solicitará los servicios del personal de seguridad.
- ¡Vamos, Chase!, ¿a qué estás jugando? – le contestó Josh intentando hacerla salir de aquella pared detrás de la cuál se había escondido la rubia. - ¡Cuéntales a todos tu secreto!.

Un brumoso jolgorio se levantó entre sus señorías Decisores formado por docenas de comentarios que iban y venían a lo largo de los escaños del Consejo. Se había producido un ligero escándalo que nadie podía dejar pasar. La curiosidad se había adueñado de todos en aquel lugar, excepto de unas personas que sabían de antemano de qué secreto se trataba... unas cuantas mujeres sentadas en sillas incómodas, una rubia de terciopelo que ahora miraba con genio contenido a aquel hombre tembloroso... y desde luego ese mismo hombre.

- ¿De qué está hablando?. Explíquese o lárguese de aquí – exclamó Brian.

Josh sintió que la escena le venía excesivamente grande y que no estaría su discurso a la altura de la situación: Comenzó a sentir vértigo y su pierna derecha le falló un instante. Cuando recuperó el control, aunque su silencio se prolongaba ya más de lo recomendable tras el ruego oficial de Brian, echó una mirada a las chicas. Desde la pared, en las sillas, Norah le guiñó un ojo y le hizo un gesto afirmativo. Josh pudo sentir el funcionar del corazón de aquella chica hermanado con el del resto de ellas y pudo recordar el empeño y la ilusión con que lo habían apoyado. Se acordó también de la crueldad con la que Chase había decretado aquellos cambios que habían transformado la Sociedad que él había visto desde siempre en un caos de tiranía política donde las decisiones traicionaban el espíritu de quién había creado Todo.

Entendió entonces lo nimio de su discurso, la inconsistencia de sus palabras, la titilante estructura que antaño se elevaba en su mente como un rascacielos poderoso y firme alimentado por la rabia. No obstante, también entendió la importancia de su cometido y la necesidad de comenzar un proceso que quizá no sería capaz de terminar pero sin el cuál, la Sociedad podría dejar de ser su auténtico hogar.

Puso sentir cómo sus músculos se tensaron y todo su cuerpo se puso erguido, también su cuello que ahora le permitía apuntar directamente a los ojos de Chase.

Mientras se miraba con ella, habló para el Consejo:

- ¡Esa mujer que tienen ante ustedes...! – gritó con todas sus fuerzas - ... no merece su confianza.
- ¡Sr. Sanders! – comenzó a gritar Chase.
- ¡Y no descansaré hasta que esta Cámara entienda cómo les ha traicionado a todos!
- ¡Basta ya! – siguió Chase.
- ¡NO!, ¡no hasta que todos en esta sala sintamos el mismo dolor por la traición!.

Chase había desencajado el rostro y estuvo a punto de pedir el apoyo con el que antes había amenazado, pero su garganta quedó enmudecida y temblorosa cuando sintió sobre su mano izquierda la de Brian, lenta, pesada.

- ¿Qué tipo de traición, Sr. Sanders?. Aquí, sabe usted, lo que se dice puede acabar con la vida de uno. Lo que usted está diciendo es francamente peligroso y la recomendación de la Cámara es que mida cuanto tenga que declarar. No obstante, le pido que exponga su reproche.

- Gracias, señoría. – Dijo mientras Chase juntaba los dientes esperando el momento para saltar e interrumpir aquella acusación inminente-. Los que aquí se sientan piensan que durante los últimos meses se han producido cambios en nuestra Sociedad y que todos ellos nos conducen a un futuro brillante. Bueno, en realidad, mirándoles ahora a todos, no creo que sea un sentimiento compartido por todos, pero sí compartimos esa esperanza. Sin embargo, mi visión es algo distinta puesto que conozco algunos detalles sobre el modo cómo estos cambios se han producido. Y probablemente no sean conocidos por la cámara, señorías.

Brian relajó los músculos y se dispuso a escuchar. Chase seguía callada por efecto de la mano de su compañero que le sugería que no dejarle hablar sería interpretado por la Cámara negativamente hacia ella.

El cúmulo de Decisores perdió la paciencia ante el discurso de Josh que no encontraba la manera de explicar lo que sabía. Se oyó vituperado:

- ¡Qué sabes?, dilo ya – y el resto de ellos se animó e hizo eco de estos gritos.

Josh supo que el momento había llegado:

- La mujer que aquí contemplan hoy como gran instigadora de tan magníficos cambios ha hecho cosas horribles para llegar donde se sienta. Cosas ominosas, vergonzosas que nadie debería hacer jamás y que si las hiciera, nunca debería sentarse en esta sala. No ya como uno de ustedes, mucho menos como X. Esa mujer – dijo señalando directamente a Chase pero sin mirarla directamente – ha engañado, chantajeado y apretado cada botón maldito de esta Sociedad para someterla a su control.

- ¿Chantaje? – dijo Bracken, poniéndose en pie e inaugurando su actuación -. Esta señorita ha sido elegida por la Cámara en representación de gente como usted, Sr. Sanders. Y si tiene pruebas que sustenten sus acusaciones, ¡es el momento de presentarlas!, o... créame que va a tener problemas.

- ¡En realidad no soy el primero que dice esto!, señorías. ¡Yo! presencié cómo Tracy, ¡por cierto, ¿dónde se encuentra?, acusó antes que yo a la misma persona de las mismas perversas acciones. ¿No recuerdan sus reproches desesperados contra la señorita Chase?.

- Para usted... sigue siendo X, Sr. Sanders – contestó Bracken, que intentaba defender la posición de su marioneta en el sillón X.

- No por mi deseo. Ni debería ser el de esta Cámara. Déjenme decirles que mucho antes de que ustedes conocieran a esta mujer, ya tramaba contra ustedes!. Cuando sólo era una ejecutante, cuando no sabía que ninguno de ustedes existía ni que todo esto tenía lugar sobre ella... ya buscaba la manera de descubrirlo y controlarlo.

- ¡Basta ya! – gritó Chase -, exijo al Consejo que eche a este individuo y deje de escuchar toda esta porquería.

- ¿Porquería?, ¡porquería fue lo que me prometiste!.

- ¡¿Promesas?, ¿qué promesas, Sr. Sanders?! No tiene pruebas de nada de eso...

Josh entendió que se le había preguntado por algo muy especial. Dejó que su alegato muriera en ese punto pero no pudo superar la tentación de recordar el dulzor del cariño de Chase y de su promesa:

- de amor – dijo Josh muy bajito.

La Cámara completa desacreditó a aquel hombre, ahora hundido del todo. Había perdido antes de empezar la batalla.

- ¿Amor? – dijo Chase sonriendo cruelmente-. No creo que nadie en esta Cámara crea que yo le he prometido amor a usted nunca...

- Yo tampoco – dijo abatido-. Pero es cierto.

¿Cómo podía transmitirles a aquellos hombres que sus sentimientos de amor habían sido tan puros como la rabia que sintió meses después cuando entendió que sólo había sido una herramienta?. ¿Existía alguna manera de dignificar sus sentimientos de tal manera que no inspiraran aquella ridícula sensación?. La empresa se convertía en

imposible si miraba a su alrededor. Nadie parecía dispuesto a creer sus palabras aunque salieran del fondo mismo de su corazón.

- ¡¡Esperen!! – se oyó desde una pared de la sala.

Decisores y no Decisores giraron su cabeza y comprobaron cómo una mujer de pelo rizado y gesto serio y enérgico se había levantado contraviniendo las normas del asistente. Heather miraba, levantada, directamente a los ojos de Josh. Chase descompuso el gesto cuando giró su cabeza y comprobó cómo aquella voz que le parecía provenir de lo más oscuro y recóndito de su pasado... ahora volvía a esgrimirse autónoma y crítica contra el Consejo. La situación le estaba desbordando.

- ¿Quién es usted? – Preguntó Brian.

- ¡Josh!, ¡tú nos lo contaste!, ¿tuvo contacto Chase con el Sr. Douglas Tracy antes de conocerlo aquí en esta sala? – le preguntó forzando su voz al límite de sus energías. Toda la sala quedó muda esperando la respuesta... confusa por el sentido de aquellas preguntas que no entendían cómo podían estar siendo formuladas por una persona ajena a la Cámara.

- ¡Sí! – contestó Josh.

- ¡¿Chantajeó Chase al Sr. Tracy para que se discutiera la reforma sobre las mujeres en este Consejo?!! – Volvió a preguntar Heather sin dejar pasar ni un segundo de pausa.

- ¡Sí!

- ¡¿Te mintió y engañó para que le proporcionaras el contacto con Brian, hoy el Sr. Y?!!

- ¡Claro que sí!, claro que sí, ¡claro que sí!! – la garganta de Josh recobró una rabia perdida, una fuerza atorada y enquistada que le hacía producir una voz grave y poderosa. Sus dientes se apretaban y sus ojos no pestañeaban ni una vez. Sólo miraba a Heather... y después a Chase:

- ¡Sí!, ¡Sí!, todo es cierto, ¡me engañó como una vulgar puta!, y sólo me quería para sacar la manera de engañar después al Sr. Gladd, ¡sí es cierto!.

- Sr. Sanders – dijo Brian -, ¿dice que Chase le engañó para dar conmigo? – Dijo Brian, recordando cómo aquella rubia nunca le había contado cómo llegó hasta él. Se acordó, claro, de su primer encuentro ante la botella de Sauvignon y ... del paseo en barco durante toda la noche. Pero también recordó que Chase soslayó siempre contarle cómo le reconoció. Quedó en silencio y miró a Chase, como interrogándola.

- ¡Claro que sí!, ¿Cómo cree si no que podría una ejecutante haber dado con usted?. ¡Yo lo hubiera dado todo por esa mujer!, y por supuesto una dirección... - pronunció las últimas palabras con depresión y tono descendente.

- ¡Pero!, ¿Cómo es posible?.

- Él trabaja para ustedes, ¡dentro de ustedes!! – gritó Heather.

- ¿Y usted quién es? – le preguntó Brian.

- Me llamo Heather, soy una ejecutante y estoy aquí para decirles que Josh Sanders es una víctima, que todos nosotros hemos sido engañados por esa mujer y que el Consejo está en sus manos que no son las de Hellich, como se creen ustedes, sino en las de la avaricia y las ansias de poder.

- ¡Eres una zorra incapaz de tramar nada decente!, Heather. ¡Siempre has sido así!, gritó Chase, que se dio inmediata cuenta del error que acababa de cometer. Toda la sala se giró para mirarla interrogativamente pidiendo explicaciones. Bracken guardó silencio.
- ¿Os conocéis de hace mucho? – preguntó Goring, desde su escaño cerca de Brian, no sin cierta guasa-. Quizá deberías explicárnoslo, Chase.
- ¿Qué? – contestó confusa-. No hay nada que explicar. Esta mujer es la vergüenza de las ejecutantes. Deberíamos tener más cuidado a la hora de reclutarlas. ¡Mis propuestas van a acabar de una vez por todas con estos caprichosos y reprochables comportamientos de crías!, ¡voy a acabar con sus tonterías!.
- Sí, eso es lo que has estado haciendo básicamente durante las últimas semanas, Chase – dijo Brian, a quién las palabras de Heather le habían suscitado una grave desconfianza por la rubia. O mejor, había confirmado sus temores.
- ¿Qué dices?, ¡Déjame en paz!, no es más que una zorra malcriada a la que le pagamos demasiado.
- Seguramente, pero dice conocerte. Y sabe mucho más de lo que tu dices... a juzgar por sus preguntas al Sr. Sanders.
- ¡Tengo muchas más!, señorita – dijo Heather mirando con rabia a Chase. Miró a Josh y le preguntó de nuevo-. Josh, ¿te confesó Chase que se aplicaría como ejecutante para manipular la Sociedad a favor de vuestro amor?.
- ¡JA!, ¡nuestro amor!, ¡del mío, querrás decir!, porque ella jamás sentirá nada tan bondadoso como eso. No alberga más que la mierda que ella misma genera.
- ¡No toleraré este comportamiento en MI Consejo! – exclamó Chase soliviantada por el comentario de Josh.
- ¿TU consejo, Chase? – le preguntó a ahora Brian a Chase.- DISTA mucho de ser el tuyo, querida – dijo pronunciando con sarcasmo.- ¡Qué dices, Bracken?. ¿No vas a salir a defender a tu muchacha?.

Chase miró a Bracken con ojos desesperados, arrinconados, esperando que aquel poderoso político le echara una mano. Sin embargo, su contestación fue:

- Quédatala – dijo mientras Chase sintió su rostro romperse en mil pedazos imposibles de controlar.
- ¡Pero, ¿alguien la quiere?! – exclamó Brian, ahora totalmente enfadado. – ¿Sabes una cosa?, mi AMIGO Tracy me convenció para aceptar aquella resolución a favor de las mujeres, me convenció para que te escucháramos aquí. Tú sabes como yo lo que ha sido de Tracy, no lo dudes, porque tu fijaste su final. Ahora dime, ¿fue sólo una treta tuya?, ¿lo manipulaste?.
- Yo no... ¡Brian!, ¡¿de qué parte estás?!.
- ¡Contesta!

Chase se tomó un momento. Algo estaba cambiando en su interior.

- ¿Y tú, Brian?. ¡Cuenta tú también cómo fue mi entrepierna la que influyó sobre esta sala!. Cuéntales a todos también cómo con mis tetas he seducido a todo el Consejo a través tuyo. ¡Sólo así hemos hecho grande a esta Sociedad!.
- ¿Es que todo eso era tu plan?. ¿Esos eran tus planes de futuro?. ¿Esos que... íbamos a firmar y apoyar hoy mismo, otra vez más, a través de tus propuestas?.
- ¡Basta!, ¡Basta ya!, ¿es que nadie va a denunciar que este don nadie que hoy ha salido de la nada nos vendió?

- ¿Qué dices, Chase?, ¿cómo va a defenderte eso?. Dime, ¿y nuestro...? – preguntó confuso Brian que no quiso desvelar del todo sus sentimientos al Consejo, al menos los que un día tuvo - ¿...también fue falso?.
- ¡¡Él!! y nadie más, vendió a esta Sociedad. Nos vendió a todos.

Brian sintió algo pesado que había estado sosteniendo con todas sus fuerzas dentro de su corazón... caerse para siempre haciendo un estruendoso ruido dentro de ese lugar, dentro él. Cuando Chase llegó a su vida, él ya había vivido mucho más que ella, pero había vuelto a caer en una estratagema. Y es cierto que había tenido ocasiones de entender lo que realmente estaba sucediendo: Chase le había dado señales durante varias semanas. Sin embargo, quizá por culpa de la estampa de aquella rubia, o quizá por la esperanza de poseerla y hacerla suya, no había sabido reaccionar. Ahora, la esperanza por fin había estallado.

- ¡NO!, Chase, nos vendió a nosotros, no a ti. Tú sólo jugaste con ese hombre, ¡que es uno de nuestros socios y de nuestros empleados!.
- ¿Jugar?. Él también sacó partido.
- Ni siquiera tanto, Chase – le dijo Heather, que no podía negar haber compadecido a Josh y su suerte con Chase.
- ¡Tú cállate, Zorra!.
- ¡También nos negarás hablar a las ejecutantes!, ¡ejecutante!
- ¿YO?
- ¿Qué crees que eres si NO?, putita. ¡Una vulgar ejecutante que aprendió demasiado bien sus lecciones!.
- Puede que yo sea la puta que tú siempre quisiste ser...
- ¡Déjalo, ya no me duele!, mírame, ahora, mientras revelo la tramoya de tu traición.
- ¡¡Fuera!!, ¡Fuera Chase! – comenzaron a gritar los Decisores, incluso los de Bracken.
- ¡Largo de ese sillón! – le gritó Heather.
- ¡Has traicionado a este Consejo, a Hellich y a todos los socios! – le gritó Brian.

La rubia quedó totalmente bloqueada por la simultanea llegada de tanto insulto, amenaza, grito... Su habitual frialdad no encontró la manera de darle la vuelta a todo aquello. La situación se le había ido de las manos: Josh había contado suficiente para poner al Consejo tras la pista. Heather había dicho lo más peligroso de todo. Incluso Tracy, muerto, totalmente desaparecido del mundo, le estaba perjudicando... como si fuera su venganza de ultratumba. Su mente intentó aislarse de los gritos para encontrar una salida, y por un momento detectó a su propia conciencia sopesando posibilidades y respuestas alternativas, pero nada salió de aquella reflexión.

Sólo un acto reflejo que jamás pensó que terminaría haciendo: Se levantó y su mano arrancó de algún lugar bajo su atuendo algo que dejó caer sobre la mesa: Cuando todos miraron, comprobaron que allí había quedado su cinta de terciopelo negro y su medalla de oro, en cuyo revés se leía: “1013”.

- Póntelo, ¡ejecutante! – le dijo Heather con voz calmada pero dolorosa para Chase.
- ¡Sólo tú, querida!
- ¡Por el contrario!, mi amor: Tú... de todas, la mejor. Y de buena... te pasaste.

Chase sintió tal rabia que su mano se deslizó por debajo de su túnica de nuevo y sacó su revólver. Lo empuñó directamente a la cabeza de Heather.

- Me diste la razón – Le dijo Heather, que sabía que ahora nadie podría llevarle la contraria, aunque ello fuera a costarle la vida. Chase se había descubierto con aquello ante el Consejo. De alguna manera, habría salvado a la Sociedad... a cambio de su vida.

Su dedo empujó el gatillo hasta donde éste se endureció. Chase estaba a punto de mover el único músculo que necesitaba para poner fin a la vida de Heather y había comenzado a hacerlo ya. La rubia se quedó sorda escuchando el silencio que se abrió a su alrededor. Apenas podía escuchar un grito de Josh que se abalanzó sobre Heather para intentar apartarla del camino sagrado de la bala. No obstante, antes de que ese silencio se hiciera estruendoso y de que Josh consiguiera llegar hasta Heather, Chase escuchó el sonido de un revólver detrás de ella. Y al momento, un latigazo frío y revulsivo recorrió su espalda que le hizo relajar todo su cuerpo como si fuera a desmayarse. Su mano dejó caer el revólver al suelo de la Cámara y se dio la vuelta para mirar a Brian que sostenía otro revólver sucio y caliente. Éste también cayó al suelo, pero el rostro de Brian quedó frío e inmóvil, mirándola morir, caerse sobre la mesa, mirándola mirar ante el resto del Consejo, mirándola mirar después, con sus manos ensangrentadas, a Heather, mirándola morir mientras la rubia buscaba a sus antiguas compañeras ejecutantes al otro lado de la sala y mirándola morir para siempre, ver truncado su futuro, ver refulgir a Hellich.

Chase se desplomó al suelo con los ojos abiertos aunque sin vida. Era la primera vez que su cuerpo no se movía al compás de un caminar seductor. El Consejo nunca la había visto antes de aquella manera, en el suelo, con el pelo tapándole parcialmente el rostro. Sin embargo, como si la energía que por haber sido ejecutante aún corriera por sus venas, como si su destino hubiera sido ejercer esa labor por encima de sus propios objetivos y sus deseos, como si fuera una maldición imposible de sacudirse que fuera más allá de la vida y de la muerte, la túnica de Chase, que había caído al suelo con ella marcando un vuelo sólo digno de las ropas de una ejecutante sublime, había aceptado la derrota cayendo sobre el cuerpo de la rubia pero revelando como último gesto de eternidad ejecutante los irresistibles centímetros de su pierna izquierda, tan bella que ni su olor a muerte inhibía el deseo que se apoderó de la Sala al verla en el suelo. Era blanca, delicada y prohibida... mirada a través de la media que se sostenía por la antes oculta labor de un ligero del mismo color. Tenía que ser así, en su lecho de muerte seduciendo la primera y ganando sobre todos. Así era su corazón, que no entendía de estrategias, sólo de provocar deseo, y así había ganado de nuevo.

Un nuevo silencio se apoderó de la sala. Todos miraban el cadáver irresistible de Chase. Los Decisores guardaban silencio confusos. Josh, en el suelo al lado de Heather, hundía la cabeza sintiendo haber perdido a la mujer que daba sentido a su vida, sin que importara lo que había sucedido entre ellos durante los últimos meses. Heather miraba a las chicas junto a la pared, que no ocultaban cierta sonrisa. Desde fuera, claro, los sentimientos eran más clarividentes. Brian dejó caer su cuerpo sobre el sillón preguntándose si habría hecho lo correcto... ¡él que siempre había quedado al margen de todo aquello!.

Heather y Josh se levantaron y se abrazaron.

- Se acabó, Josh – le dijo la ejecutante del pelo rizado y larguísimas pestañas.
- Aún no puedo creerlo.
- Está en el suelo, mírala – le dijo señalando el cuerpo inerte de Chase.

- Yo...
- Lo sé, más que nadie en esta sala, ¡y eso que no eres el único!.
- ... la amaba – Quiso terminar Josh, mirando al suelo.

Sus cuerpos se separaron. Heather sabía qué había de hacerse inmediatamente:

- Señorías del Consejo. Yo soy una de aquellas a las que Chase decía haber traído la libertad. Os digo que cuantas como yo estamos hoy en esta sala agradecemos su muerte. No quiero venderos un Hellich que nunca entendí y que nunca se nos explicó. Quizá porque nunca pensó en nosotras, cosa que Chase nos hizo creer a todos en su propio beneficio. Sin embargo, veo que a partir de ahora, nuestro futuro será mejor.

La sala quedó muda de nuevo.

Sólo Goring encontró la lucidez para preguntar a Heather con toda su malicia, aunque algo ingenua:

- Ahora querrás ser tú su sucesora como X, ¿no es cierto?.

Heather relajó el rostro al comprobar de qué trataba el asunto en aquel mismo instante.

- No, señorías. Ni siquiera lo solicitaré ante la Cámara.
- Entonces, ¿qué busca con esas palabras?
- Pedirles, ahora mismo, que levanten la mano los que acusen a Y por su acto.

Goring no dijo nada más, como el resto de la sala. Al principio, los unos se miraban a los otros y en lugar de Decisores parecían partidarios de secretos, adolescentes que no sabían qué hacer. Pero al cabo de unos segundos, los rostros enjutos de aquellos hombres bien maduros se volvieron hacia Heather y la miraron sin intención de decir nada, fijamente.

- Gracias, amigos – Dijo Brian, derregado en el sillón, casi desolado.

Así quedó la sala durante un tiempo bien dilatado que, sin embargo, pasó rápidamente para todos los que habían presenciado aquel histórico episodio de la Sociedad. Poco a poco, después de ese período, todos fueron abandonando la sala progresivamente. Primero lo hicieron los Decisores que querían evitar nuevos movimientos políticos oportunistas. Después fueron los invitados junto a las paredes, incluidas las chicas, que se levantaron y salieron por dónde horas antes habían sido conducidas. También lo hizo el personal de la sala... y después sólo Heather, Josh y Brian quedaron allí para respirar el aire viciado del lugar. Chase, ante ellos, miraba al techo con una mirada sostenida, abierta y luminosa, que desprendía un aparente cariño seductor sólo comparable a la belleza de su rostro. Después y sin mediar palabra, los tres abandonaron la sala y dejaron a Chase sola en el centro del Consejo.

Lo que sucedió durante los días siguientes fue una muestra de cómo se debían haber hecho las cosas desde muy atrás. El Consejo deliberó calmadamente sobre el futuro de la Sociedad y de sus Principales al frente de las decisiones. Conscientes de la gravedad de la situación, se buscó la mejor manera de suceder a Chase. Sin embargo, se hizo tan sólo después de analizar todo lo sucedido y las causas por las que todos habían actuado de aquella manera durante esos meses perturbadores. El Consejo pudo conocer bien a

Josh y su historia, su móvil... y su corazón sincero. También pudo comprender la vida real de las ejecutantes que habían diseñado ... a través de los comentarios y las historias de Heather, que enseguida se ocupó de derogar cuantas resoluciones había aprobado Chase en sus últimas semanas de vida. Poco a poco, el ritmo de la Sociedad recuperaba el que tenía antes de que la rubia se convirtiera en X.

También se presentó un debate sobre si la Sociedad debía recuperar el punto anterior a la presentación de Chase ante el Consejo, aunque aquello hubo de ser descartado puesto que las asociaciones políticas y contactos entre ejecutantes habían abierto un nuevo escenario de aperturismo imposible de hacer retroceder. Por otra parte, el Consejo, por medio de Heather, con quién se contó en todas las sesiones como consejera invitada, conoció aquello que sí tenían de bueno todas sus resoluciones, que también lo había. Heather contó a aquellos hombres porqué sus antiguas vidas ejecutantes no eran dignas de un ser humano y cómo no beneficiaba a la Sociedad. Las ideas de Heather, expresadas al Consejo desde el entendimiento y el respeto por la dedicación de cada uno en la organización, convencieron al Consejo de que los cambios comenzados por Chase no habían resultado negativos y que la Sociedad debía emprender un camino de reforma parecido al propuesto por aquella mujer, aunque liderado convenientemente para alcanzar un objetivo común y no pervertido por las ansias de poder individuales. El Consejo resolvió que fuera Heather una de las nuevas Decisoras tras la era de Chase y que fuera recibida allí donde se decidiera cómo integrar a las ejecutantes en la organización de la mejor manera.

Paralelamente, el debate sobre la sucesión alcanzó un punto final al conocer la buena fe de Josh en todos sus actos. Aquellos hombres habían entendido que los sentimientos de Josh habían quedado frustrados pero había aprendido algo que todo Principal debía conocer: el mantenimiento de la distancia. Esa que él no había mantenido pero que probablemente nunca nadie volvería a atravesar en su vida. El Consejo también valoró su trabajo al servicio de la Sociedad y lo propuso para suceder a Chase al lado de Brian. En la votación final, el apoyo ejecutante y del grupo de Brian logró rápidamente su nombramiento. Al cabo de unas semanas, Josh no podía creer que hubiera sido elegido para gobernar la institución junto a otra persona que también amó a Chase, como si el Directorio X e Y fuera una metáfora del aprendizaje que Chase había procurado por la fuerza a la Sociedad.

Al cabo de varios meses, el proceso aperturista que la mujer del ligero había abierto cambió de dirección y comenzó a considerar un credo ético que puso a salvo a toda la Sociedad. Sin embargo, ello no resultó incompatible con la intensificación de las técnicas. El Consejo estudió algunas de las propuestas que Chase hubiera hecho llegar hasta la Cámara y encontró sugerencias salvajemente atractivas que se revelaron tan efectivas que no hubo más remedio que aprobarlas. Entre ellas se encontraba el reclutamiento de niñas cuyas vidas, sólo por aquella decisión de contar con ellas, quedarían para siempre intervenidas. Ante varias menores y algunas adolescentes escogidas por una comisión ad hoc formaron un conjunto de ejecución e intervención especial que cambió radicalmente el índice de éxito de la Sociedad. Gracias a su trabajo, guiado por tutores femeninos siempre ejecutantes que se convertían en sus madres virtuales, la Sociedad consiguió su objetivo en el caso de la Orange Coast y en pocos meses se hizo con el control definitivo de la AllCom. Un pequeño apoyo sexual fue suficiente para acabar con las reluctancias en su Consejo de Dirección.

Y así se abrió una nueva era en la historia de la Sociedad, donde Hellich pesaba menos que hacía unos años, pero más que hacía unos meses. Sus principios fueron revisados y muchos de ellos abandonados sin más. El paso de Chase había resultado fatal para ellos. Sin embargo, otros, los principales, fueron recuperado y aplicados. Nuevos objetivos, si cabe más ambiciosos, fueron proclamados en el Consejo y los días de avance político de la organización habían llegado. En qué medida había sido todo gracias a Chase a pesar de su perversión... es algo que el Consejo debatiría en pleno, en los pasillos y hasta en sueños durante muchas décadas. ¿Había sido bueno o malo para la Sociedad el paso de Chase por su Sillón X?. ¿Habría algún día una mujer ejecutante como ella?.

Vanessa tenía ya catorce años y había visto cambiar su vida más que ninguna otra chica en todo el país. Hacía poco iba al colegio y vivía con sus padres. Tenía algunas amigas pero ella era la más guapa de todas. Los chicos del colegio no dejaban de mirarla y le proponían todo tipo de planes que ella siempre rechazaba: se guardaba para algo más grande, o al menos esa era la sensación que tenía.

Ahora, tras la intervención de la Sociedad, era una de las ejecutantes más jóvenes, una integrante de esa fuerza de actuación especial. Vivía bajo el mismo techo que “1032”, quién le atendía totalmente y actuaba como su auténtica madre.

Un día, al volver de un lugar donde Vanessa tuvo que jugar con un abogado enseñándole sus braguitas de algodón infantiles mientras su “madre” se hacía con unos documentos de interés para la Sociedad sin que él se diera cuenta, la niña tuvo una inquietud, apenas una nimiedad:

- Mami, ¿Quién manda en nuestra Sociedad?.

Richard Sánchez Ramos.
rixard@telefonica.net